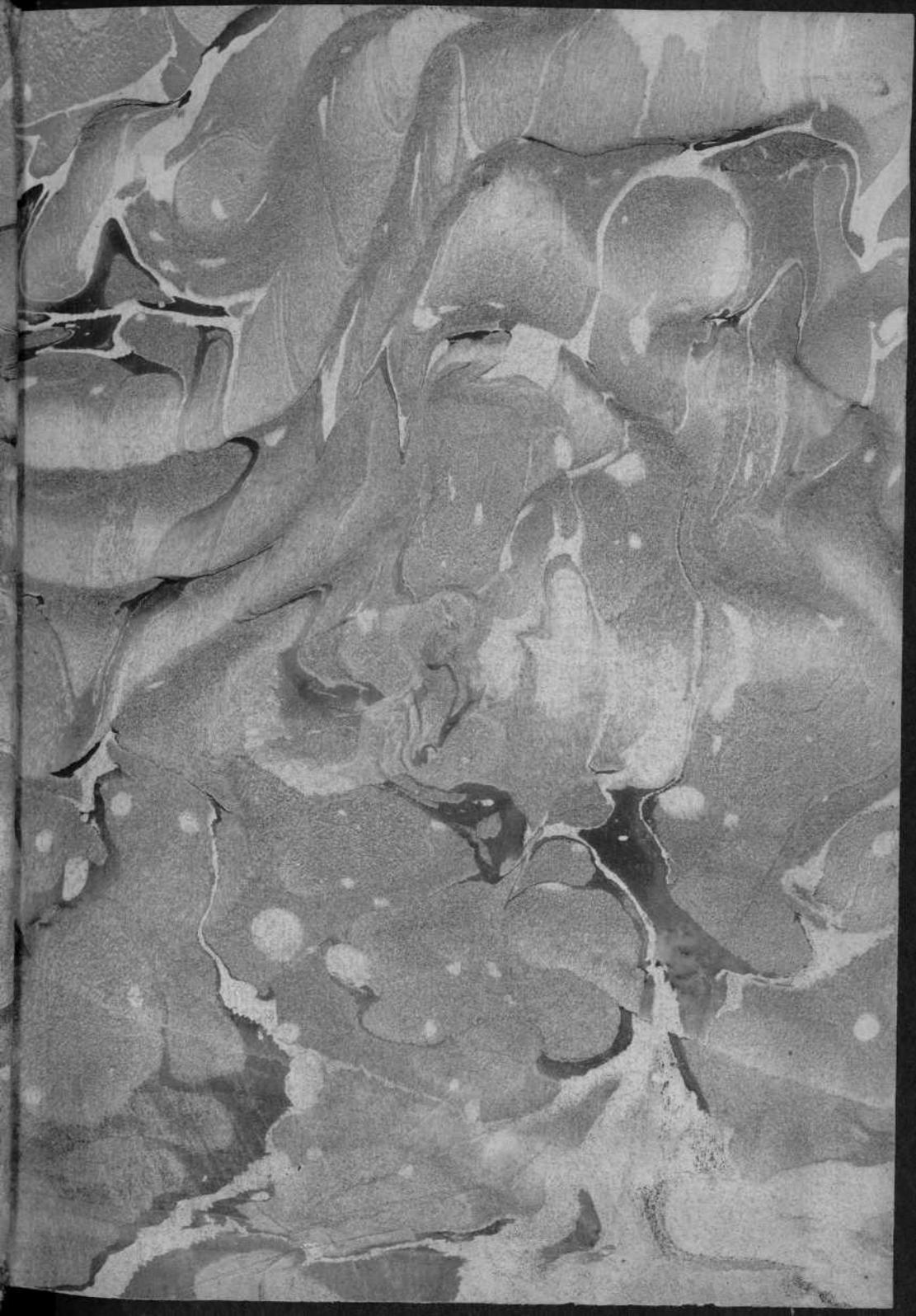


92

17592

~~13014~~





~~30-2~~

~~200~~

~~261~~

85

246

TRATADO
DE LA
IGLESIA DE JESUCRISTO,
ó
HISTORIA ECLESIAÍSTICA,

POR
EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON FELIX AMAT,
ARZOBISPO DE PALMIRA, ABAD DE SAN ILDEFONSO,
DEL CONSEJO DE S. M., &c.

TOMO TERCERO.



SEGUNDA EDICION.

MADRID.
EN LA IMPRENTA DE DON BENITO GARCÍA Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1806.

TRATADO

DE LA

IGLESIA DE JESUCRISTO

O

HISTORIA ECLESIASTICA

DEL

EL ECCELLENTE SEÑOR DON FELIX AMAR

DEPARTAMENTO DE FARMACIA, AREA DE FARMACOLOGIA

DEL INSTITUTO DE FARMACIA

TOMO TERCERO

SEGUNDA EDICION

MADRID

EN LA IMPRIMERIA DE DON FELIX AMAR Y CA

ANNO DE 1840

EN LA PLAZA DE SAN JUAN, NUMERO 10

ÍNDICE

DEL TOMO TERCERO.

NÚM. ^s		PÁG. ^s
	LIBRO IV. LA IGLESIA PERSEGUIDA.	I
I.	La Iglesia siempre perseguida	ib.
II.	en sus verdades , y en sus miembros ,	ib.
III.	halla sus glorias en sus trabajos.	2
	CAPÍTULO I. <i>La Iglesia perseguida por los</i>	
	<i>judíos , vindicada por la divina Justicia,</i>	
	<i>y gloriosa con el cumplimiento de las pro-</i>	
	<i>fecías.</i>	3
IV.	Los judíos maltratan con crueldad á los cris-	
	tianos:	ib.
V.	esparcen contra ellos mil infames calumnias ; .	4
VI.	y con esto provocan contra sí la Divina ven-	
	ganza.	5
VII.	Su castigo comienza en Alexandría ,	ib.
VIII.	donde y en Seleucia son tratados con cruel-	
	dad.	6
IX.	El emperador Calígula manda poner una es-	
	tátua suya en el templo de Jerusalem:	7
XI.	lo dice al rey Agripa que cae en deliquio : . .	8
XII.	y ultraja á Filon y demas diputados de los	
	judíos.	9
XIV.	Con la muerte de Calígula se suspenden algo	
	sus trabajos ; mas entre muchos infortunios ,	10
XV.	impostores y bandidos ,	11
XVI.	entre sucesos extraordinarios ,	12
XVII.	especialmente los gritos de Jesus Anano ,	13
XVIII.	llega el principio de la guerra en el año 66. .	14
XIX.	Rebélanse los judíos de Jerusalem : los roma-	
	nos reducidos á las torres se rinden , y con	
	todo son asesinados.	ib.
XX.	En varias provincias obran los judíos con fu-	

	ror , y son tratados con barbarie.	15
XXII.	Cestio, pudiendo ganar á Jerusalem , es derrotado :	16
XXIII.	huyen de la ciudad muchos judíos y los cristianos.	17
XXIV. ,	Vespasiano rinde la Galiléa ,	ib.
XXV.	miéntras en la Judéa y en Jerusalem los judíos unos á otros se destrozan como fieras.	18
XXVIII.	Pasada la pascua del año 70 queda sitiada la ciudad , llena de gentes :	20
XXIX.	reyna dentro una division horrenda ,	ib.
XXX.	y una hambre terrible.	ib.
XXXI.	Los que huyen son puestos en cruz por los romanos ,	21
XXXII.	ó destripados por sus tropas auxiliares :	22
XXXIII.	ni los muertos pueden contarse , ni los trabajos describirse.	ib.
XXXIV.	Mas la desesperacion á nada cede :	24
XXXV.	envisten los romanos el templo ; y á pesar de Tito se abrasa.	ib.
XXXVI.	Se completa la ruina de la ciudad ,	25
XXXVII.	y Vespasiano y Tito triunfan de la Judéa.	26
XXXVIII.	Sufren tambien mucho los judíos en el imperio de Trajano ,	ib.
XXXIX.	y en el de Adriano por la rebelion de Barcoquebas.	27
XL.	No es la idolatría lo que provoca contra los judíos la Divina venganza :	28
XLII.	sus rigores se descubren manifiestamente :	29
XLIV.	JESUS los habia profetizado :	31
XLVI.	habia prevenido á sus discípulos contra los profetas falsos ;	33
XLVII.	y cuándo habrian de huir de la ciudad.	ib.
XLIX.	Ya en los profetas de los judíos vemos el constante abandono de Dios que ahora sufren ,	35
LI.	la abolicion de sus sacrificios ,	36
LII.	su dispersion entre las naciones ,	37

LIII.	y su permanente ruina.	38
LIV.	Con todo el pueblo subsiste en un estado asombroso,	39
LVI.	con su ciega obstinacion:	40
LVIII.	subsiste para ser útil ahora á la Iglesia,	41
LXI.	y para coronarla despues de gloria en su con- version,	43
LXII.	declarada por San Pablo,	44
LXIII.	y ántes anunciada por los profetas.	45
LXV.	Luego el pueblo judáyco promueve siempre la gloria de la Iglesia,	ib.
LXVI.	hasta con su odio y persecuciones.	46
CAPÍTULO II. <i>La Iglesia perseguida por los tiranos, es fecundada con la sangre de los mártires, y ennoblecida con su fortaleza mas que humana.</i>		47
ARTÍCULO I. <i>Profecías de las persecucio- nes, sus causas, y actas de los mártires.</i>		ib.
LXVII.	En el antiguo Testamento,	ib.
LXIX.	y en el nuevo fueron profetizadas las persecu- ciones de la Iglesia.	48
LXX.	Con soberanos designios las permitió Dios, ..	49
LXXI.	y por muchas causas las movieron los hom- bres.	ib.
LXXIII.	De las diez principales se dará una idea,	52
LXXIV.	sacada de las actas genuinas de los mártires. ..	53
ARTÍCULO II. <i>Serie de las persecuciones de la Iglesia hasta la paz de Constantino.</i> ..		55
LXXVII.	Neron el primero en perseguir á los cristia- nos,	ib.
LXXVIII.	mató con crueldad á muchísimos de Roma con pretexto de su incendio,	ib.
LXXIX.	y los persiguió en todas partes.	56
LXXX.	En tiempo de Domiciano padeció el cónsul Flavio Clemente con su familia, y otros muchísimos:	57
LXXXII.	los parientes de Jesucristo fueron buscados y	

	despreciados:	58
LXXXIII.	En tiempo de Trajano, por la famosa carta de Plinio el jóven,	59
LXXXVII.	y el rescripto del emperador,	61
LXXXVIII.	vemos quán grande era el número de los mártires.	ib.
LXXXIX.	Padecieron entónces San Simeón de Jerusalem,	62
XC.	y San Ignacio, que juzgado en Antioquía,	ib.
XCI.	y enviado á morir en Roma,	64
XCII.	desde Esmirna escribe su admirable carta á los romanos:	65
XCVIII.	y ardiendo en deseo del martirio y zelo del bien de la Iglesia,	69
XCIX.	llega por fin á Roma, y es destrozado por las fieras.	ib.
C.	Sus reliquias fueron llevadas a Antioquía.	70
CI.	Calmó algo la persecucion de los gobernadores:	71
CII.	se enfureció la de los pueblos amotinados:	ib.
CIII.	procuró contenerlos Adriano con su famoso rescripto:	72
CIV.	con todo padecieron mucho los fieles en su tiempo,	73
CV.	y por su órden Santa Sinforosa con siete hijos y otros parientes.	ib.
CVI.	Antonino Pio, en cuyo tiempo fueron martirizados Santa Felicitas tambien con siete hijos, y otros muchos,	74
CVII.	dió un rescripto al Comun de Asia,	75
CVIII.	en que favorece á los cristianos; pero dexa lugar á la persecucion.	76
CIX.	En efecto fué terrible en tiempo de Marco Aurelio:	77
CX.	entónces fué el martirio de San Policarpo, que leemos en la preciosa carta de la iglesia de Esmirna,	79
CXVIII.	de San Toleméo y compañeros:	87

CXIX.	de San Justino y compañeros :	88
CXXIII.	de los mártires de Leon y Viena de Francia,	91
CXXX.	que fueron mas de quarenta y ocho :	96
CXXXI.	de San Alexandro y San Epipodio :	97
CXXXIII.	y entre otros muchos de San Sinforiano.	98
CXXXIV.	En un intervalo de paz fué el martirio de San Apolonio senador de Roma.	99
CXXXV.	Severo, que ántes contuvo el furor del pueblo contra los cristianos,	100
CXXXVI.	los persiguió despues con crueldad.	101
CXXXVII.	Cartago sola vió entónçes cortar la cabeza á los doce Escilitanos :	ib.
CXXXVIII.	vió el asombroso martirio de la ilustre Santa Perpetua con quatro catecúmenos y otros compañeros ;	102
CXLVIII.	y vió padecer á otros muchos.	109
CXLIX.	No serian ménos en Alexandría,	110
CL.	donde murió San Leónides padre de Orígenes, siete discípulos de éste,	ib.
CLI.	y Santa Potamiena.	111
CLII.	Aun muerto Severo duraba su persecucion :	112
CLIII.	calmó en tiempo de Alexandro propenso á los cristianos ;	113
CLIV.	y se renovó en tiempo de Maxímimo,	ib.
CLV.	con violencia en algunas provincias.	114
CLVI.	Aun mandando los Felipes hubo en Alexandría muchísimos mártires.	115
CLVIII.	Varias causas suscitaron la persecucion de Decio,	116
CLIX.	horrenda por su extension, y extraña crueldad.	117
CLXI.	Fueron muchos los mártires en Roma,	118
CLXII.	y mas en Alexandría :	119
CLXVI.	los hubo en Antioquía y Jerusalem :	121
CLXVII.	en Cesarea sufrió mucho Orígenes :	ib.
CLXVIII.	en el Ponto todos los fieles.	122
CLXIX.	Nos quedan los nombres de muchos mártires	

	de Cartago ,	122
CLXX	y de Lamsaco en el Helesponto :	123
CLXXII	los hallamos por toda la Asia :	124
CLXXIII	vemos la persecucion furiosa en España y otras provincias	125
CLXXIV	Pero lo mas notable es el martirio de San Pio- nio ,	ib.
CLXXV	y la confesion de Acacio	130
CLXXXII	Muerto Decio , una breve persecucion se llevó en Roma á San Cornelio con otros muchí- simos ,	133
CLXXXIII	y al célebre San Hipólito ;	134
CLXXXIV	y dió mucho que sufrir á los fieles de Cartago .	ib.
CLXXXV	Valeriano publica nuevos edictos contra la Iglesia :	135
CLXXXVII	desde el principio son desterrados San Dionisio con varios ministros suyos ,	ib.
CLXXXVIII	San Cipriano y muchísimos fieles	137
CLXXXIX	Despues entre otros muchos murieron en Ro- ma San Sixto papa ,	138
CXC	y el famoso San Lorenzo :	ib.
CXCII	en Cartago San Cipriano ,	140
CXCIV	y los Santos Lucio , Montano y demas com- pañeros :	141
CXCVIII	en Utica los trescientos llamados <i>Masa blan-</i> <i>ca</i> , y por toda la África innumerables ,	145
CXCIX	con Santiago y San Mariano	ib.
CCII	Entre los mártires de otras provincias se distin- guen San Cirilo el niño ,	147
CCIII	San Nicéforo ,	148
CCIV	San Felix de Nola ,	149
CCV	y nuestro San Fructuoso con sus diáconos	151
CCX	Con la esclavitud de Valeriano quedó la Igle- sia en paz ,	155
CCXI	durante la qual fué martirizado San Marino .	ib.
CCXII	Brevísima fué la persecucion de Aureliano	156
CCXIII	Anteriores á la general de Diocleciano parecen	

CCXVIII.	las actas de San Claudio y compañeros, . . .	157
CCXVIII.	el martirio de S. Ginés el comediante,	160
CCXIX.	de San Mauricio con su legion Tebéa,	161
CCXX.	de muchísimos en las Galias,	163
CCXXI.	á mas de San Victor de Marsella,	ib.
CCXXII.	de varios de todas provincias,	165
CCXXIII.	y el extraordinario suceso y martirio de San Bonifacio y Santa Aglae.	ib.
CCXXVIII.	Llegó en fin la persecucion mas terrible y mas gloriosa para la Iglesia :	168
CCXXIX.	que comienza por derribar la iglesia de Nico- media.	169
CCXXX.	Son varios los crueles edictos que se publican en diez años :	ib.
CCXXXIV.	su execucion, aun mas cruel, comienza por uno que arrancó el primer edicto,	172
CCXXXV.	por los domésticos de Diocleciano,	173
CCXXXVI.	y por todos los fieles de Nicomedia.	ib.
CCXXXVIII.	En Egipto fueron innumerables los mártires, é inexplicables sus varios tormentos :	175
CCXL.	nos queda singular memoria de San Fileas y San Filoromo,	176
CCXLII.	de San Dídimo y Santa Teodora,	178
CCXLIV.	y de otros muchísimos,	179
CCXLV.	á mas de San Apolonio y San Filemon.	180
CCXLVII.	En África hallamos á Santa Crispina,	181
CCXLVIII.	á San Felix de Tibara,	182
CCXLIX.	y á San Saturnino con otros quarenta y ocho.	183
CCLI.	En España, á pesar del furor con que se des- truyeron las memorias de los mártires,	184
CELII.	las hay preciosas de casi todos los pueblos :	185
CELIH.	se distinguen Alcalá con sus santos niños Jus- to y Pastor,	186
CELIV.	Mérida y Barcelona con sus Eulalias,	187
CCLVI.	y aun mas Zaragoza con los diez y ocho com- pañeros,	188
CCLVII.	con otros innumerables,	189

CCLVIII.....	y con los señalados triunfos de San Vicente . . .	189
CCLXII.....	En Francia , arruinadas las iglesias , vivian los fieles en paz baxo Constancio Cloro. . . .	193
CCLXIII.....	En Italia , cruel la persecucion se lleva á San Sabino ,	194
CCLXIV.....	y á su juez convertido San Venustiano , . . .	195
CCLXV.....	á muchísimos especialmente de Roma y de Milan ,	ib.
CCLXVI.....	á la insigne Santa Inés ,	196
CCLXVII.....	y á San Euplo , de quien tenemos bellas actas.	197
CCLXX.....	En la Recia muere Santa Afra , su madre y tres criadas :	199
CCLXXII.....	en la Panonia San Irenéo ,	200
CCLXXIII.....	San Pulion famoso lector ,	201
CCLXXIV.....	San Quirino ,	202
CCLXXV.....	y San Sereno hortelano.	203
CCLXXVI.....	En la Macedonia son memorables tres Santas, Agape , Quionia é Irene :	204
CCLXXX.....	en la Tracia tres Santos del clero , Felipe, Severo y Hermes ;	206
CCLXXXIV.....	y en la Cilicia tres Santos legos , Taraco, Probo y Andrónico ,	210
CCLXXXVII...	que sufrida la cuestión de tormento segunda vez ,	212
CCXC.....	y aun tercera , siempre con nueva crueldad , . . .	214
CCXCIII.....	fueron coronados con el mas glorioso triunfo. . . .	216
CCXCIV.....	En la Cilicia padeció tambien Santa Julita con su niño San Quirico.	217
CCXCVI.....	Por todo el oriente fué furiosa la persecucion :	218
CCXCVII.....	llevóse á San Gordio y San Barlaan ,	219
CCXCVIII.....	á otra Santa Julita y Santa Eufemia ,	220
CCXCIX.....	á San Pedro Balsamo y San Teodoro ,	221
CCG.....	y al insigne mesonero S. Teodoto , con siete vírgenes.	222
CCCHL.....	Horroriza la idea de la persecucion que nos	

	da Eusebio , especialmente en la Siria ,	224
ccciv.	Ponto , Frigia ,	225
cccv.	y sobre todo en la Palestina , en que se ha-	226
	llaba ,	
cccvii.	y de que nos refiere los martirios del año pri-	227
	mero de la persecucion ,	
cccviii.	del segundo ,	229
cccix.	del tercero ,	ib.
cccxi.	del cuarto y quinto ,	231
cccxii.	del sexto ,	232
cccxvii.	del séptimo ,	234
cccxxii.	y del octavo.	238
cccxxiii.	Así esta última persecucion fué la mas larga,	239
	di universal y cruel.	
cccxxiv.	No sabemos en qué padecieron San Casiano	239
	el maestro de niños ,	ib.
cccxxv.	San Arcadio , Santa Drosis y San Julian ,	ib.
cccxxvi.	San Peregorio y San Leon ,	241
cccxxvii.	San Julio y otros santos soldados ,	242
cccxxviii.	San Focas hortelano ,	243
cccxxix.	San Patricio obispo ,	ib.
cccxxx.	San Pablo con otros treinta y seis varones	244
	apostólicos de Egipto , ,	
cccxxxi.	y San Fidencio con diez y nueve compañeros.	ib.
cccxxxii.	Y basten estas memorias de los mártires , aun-	245
	que pudieran añadirse muchas mas.	
	ARTÍCULO III. <i>Triunfos de la Iglesia en los</i>	247
	<i>combates de los mártires.</i>	
cccxxxiii.	Las persecuciones de la Iglesia demuestran que	ib.
	es obra de Dios.	
cccxxxiv.	En las desastradas muertes de sus perseguido-	248
	res ,	
cccxxxvi.	especialmente de los últimos ,	249
cccxxxix.	se dexa entrever la omnipotente mano de	252
	Dios :	
cccxli.	se descubre mas en lo mucho que la persecu-	253
	cion extiende la Iglesia :	

CCXXIV.....	aun mas en los prodigios obrados contra los apóstatas , y á favor de los mártires ;	256
CCXXV.....	y tal vez aun mas en su maravillosa fortaleza	257
CCXXVII....	Luego las muertes y oprobios de los mártires son glorias y triunfos de la Iglesia	259
	CAPÍTULO III. <i>La Iglesia perseguida por los sabios del mundo se defiende con sólidas apologías , y conquista los filósofos mas prudentes.</i>	ib.
	ARTÍCULO I. <i>Escritos de los paganos : sus calumnias , y razones aparentes.</i>	ib.
CCXXVIII..	La razon del hombre torpemente preocupada ,	ib.
CCXXIX....	É impelida del amor á los placeres , del interres y de la ambicion ,	260
CCCL.....	alega contra la fe un sin número de calumnias y argumentos ,	261
CCCLIV.....	y tambien los publica en varios escritos	263
	ARTÍCULO II. <i>Apologías de los católicos , y sus respuestas á las objeciones de los gentiles.</i>	265
CCCLVI.....	En defensa de la fe escriben , entre otras muchas obras perecieron ,	ib.
CCCLVII.....	San Justino dos Apologías y algunos discursos :	266
CCCLVIII....	Clemente Alexandrino varias obras :	ib.
CCCLIX.....	Taciano y Hermias sus <i>Burlas de los filósofos</i> : Atenágoras su <i>Apología</i> , y tratado de la <i>Resurreccion</i> : San Teófilo los libros á <i>Autólico</i> :	267
CCCLX.....	Minucio Felix el <i>Octavio</i> : Tertuliano su <i>Apologético</i> y otros tratados :	268
CCCLXI....	San Cipriano, <i>De la vanidad de los ídolos</i> , y <i>Contra Demetriano</i> :	270
CCCLXII....	Orígenes los libros <i>contra Celso</i> :	271
CCCLXIII....	Arnobio su <i>Apología</i> ,	272

ccclxiv. . . . y Lactancio las célebres *Instituciones* y de-
 mas obras. 272

ccclxvii. . . . Estos apologistas convencen que son muy ne-
 cias las calumnias de que los cristianos es-
 tán sin Dios, y adoran cosas ridículas : . . . 277

ccclxviii. . . y de que celebran cenas crueles y deshones-
 tas. 278

ccclxix. Hacén ver que su union es irreprehensible : . . . 280

ccclxxii. . . . que su reyno es solo espiritual : 282

ccclxxiii. . . que obedecen y aman al emperador y ruegan
 por él : ib.

ccclxxiv. . . que solo faltan á las leyes y costumbres de
 los pueblos, si son injustas : 283

ccclxxv. . . . que su sufrimiento demuestra su fidelidad : ib.

ccclxxvi. . . que son los súbditos mas útiles al estado y
 bien comun : 284

ccclxxvii. . . que su inocencia es evidente : 285

ccclxxviii. . que es cosa ridícula hacerlos reos de las cala-
 midades públicas, 286

ccclxxix. . . y atribuir á los dioses la grandeza del imperio
 romano. 287

ccclxxx. . . . Nuestros apologistas, no ménos que las calum-
 nias, desvanecen los argumentos de los paga-
 nos : 288

ccclxxxi. . . demuestran que es infinita la distancia de Je-
 sucristo á Apolonio de Tyana : ib.

ccclxxxiii. . que no es locura reconocer por Dios á *JESUS*
 crucificado : 290

ccclxxxvi. . que ni esto es adorar muchos dioses : 292

ccclxxxvii. . que ni los apóstoles eran impostores, ni los
 mártires temerarios : ib.

ccclxxxviii. y que no es vana la fe de nuestra resurrec-
 cion, 294

ccclxxxix. . pues es posible, 295

ccxc. y es conforme al fin para que Dios crió al
 hombre, á su naturaleza y á la justicia de
 Dios. 296

CCG XCI.	Manifiestan que la fe cristiana es la verdadera filosofía :	297
CCGXCH.	que es conforme á razon creer á Dios :	299
CCGXCH.	que es gloria de los cristianos el ser notados de crédulos :	300
CCGXCV.	que lo es tambien padecer por su Dios :	ib.
CCGXCV.	y que nadie debe retraerse de abrazar la fe, por causa de las heregías.	302
CCGXCVI.	En fin convencen que los dioses gentiles y su culto son recientes :	ib.
CCGXCVII.	que la religion cristiana es la mas antigua, y su Dios es eterno ;	303
CCGXCIK.	aunque el Salvador del mundo tardase tantos siglos en nacer ;	305
CCCC.	y que el paganismo aunque fuese el culto mas antiguo, sería inexcusable.	306
CDI.	De lo dicho inferen quán injusto es perseguir á los cristianos, permitiéndose tanto culto falso y tanto abuso irracional :	307
CDII.	se lamentan de que siquiera en sus juicios no se siga el orden prescrito por las leyes :	ib.
CDIV.	y claman con valor contra la injusticia.	309
CDV.	de los que persiguen sus personas y su doctrina.	ib.
	ARTÍCULO III. <i>Pruebas de la verdad de la religion cristiana.</i>	310
CDVI.	Los apologistas de la fe prueban de varios modos la falsedad de la idolatría :	ib.
CDVII.	se valen de la razon natural para conducir los gentiles á la fe ;	311
CDVIII.	y en prueba de la verdad de nuestra religion alegan la confesion de los mismos demonios :	312
CDIX.	los oráculos de las Sibilas ;	313
CDXI.	y varios argumentos irrefragables. I ^o : las profecías sagradas,	315
CDXII.	infinitamente superiores á los oráculos y adi-	

	vinos ;	317
CDXIII.	y que no pudieron ser dictadas sino por Dios.	318
CDXIV.	II : la sublimidad y pureza de la doctrina de Cristo :	319
CDXV.	III : los milagros suyos y de sus discípulos , .	ib.
CDXVI.	cuya verdad no puede confundirse con los prestigios de los magos :	321
CDXVII.	cuya evidencia no puede obscurecerse con la malicia de los incrédulos ;	ib.
CDXVIII.	y cuyo autor no puede ser sino Dios :	322
CDXIX.	IV : la resurreccion de Jesucristo claramente indubitable :	323
CDXX.	V : los efectos de la predicacion de los após- toles :	324
CDXXI.	VI : los progresos de la Iglesia entre persecu- ciones :	325
CDXXII.	VII : la santidad de los cristianos :	ib.
CDXXIII.	VIII : y la mudanza de costumbres y de opiniones en los que se convertian.	326
	ARTÍCULO IV. <i>Filósofos convertidos.</i>	327
CDXXIV.	Entre los muchos sabios , que con madura de- liberacion se rindieron á la fe ,	ib.
CDXXV.	conocemos especialmente por sus escritos á San Justino ,	ib.
CDXXVII.	Taciano ,	329
CDXXVIII.	Atenágoras ,	ib.
CDXXIX.	San Teófilo de Antioquía ,	330
CDXXX.	Panteno ,	ib.
CDXXXI.	Clemente Alexandrino ,	ib.
CDXXXII.	Tertuliano ,	331
CDXXXIII.	Minucio Felix con sus compañeros ,	ib.
CDXXXIV.	San Cipriano ,	332
CDXXXV.	y Arnobio.	334
	CAPÍTULO IV. <i>La Iglesia perseguida por los errores y vicios de muchos cristianos , y defendida con las virtudes de sus justos, y con los escritos de sus sabios.</i>	335

	ARTÍCULO I. <i>Heregías y cismas principales de los tres primeros siglos de la Iglesia.</i>	335
CDXXXVI.	No hemos de admirar que siempre haya habido hereges :	ib.
CDXXXVII.	desde el principio se pudo conocerlos por varias señas ;	336
CDXXXIX.	y por sus errores particulares se dividieron en varias sectas y nombres.	338
CDXL.	Del primer siglo fueron las de Simon el Mago ,	ib.
CDXLI.	de Ebion , de Cerinto ,	340
CDXLII.	y de los Nicolaitas.	341
CDXLIII.	En el segundo vemos las de Saturnino ,	ib.
CDXLIV.	de Basílides y de Carpócrates ,	342
CDXLV.	en cuyos discípulos comenzó la secta de los Gnósticos.	343
CDXLVI.	Algo después fueron naciendo las de los Valentinianos con sus Eonas ,	344
CDXLIX.	la de los Marcionitas ,	348
CDL.	con la de Apeles ,	349
CDLI.	la de Montano con sus profetisas ,	ib.
CDLII.	la de Taciano con sus continentes :	351
CDLIII.	y las del pintor Hermógenes y del curtidor Teodoto.	ib.
CDLIV.	En el siglo tercero entre otros errores nace el de los Sabelianos y Paulianistas ;	352
CDLV.	y la terrible secta de los Maniqueos ,	354
CDLVII.	que á su error de los dos principios , añadieron otros , y mucho desprecio de la fe en lo que es superior á la razon.	356
CDLVIII.	En fin al tiempo de las persecuciones pertenece el error de los Hieracitas ,	357
CDLIX.	y los cismas de Novato y Novaciano.	358
	ARTÍCULO II. <i>Vicios y virtudes de los primeros cristianos.</i>	361
CDLXII.	Hubo sin duda muchos malos cristianos , aun	

	viviendo los apóstoles ,	361
CDLXIII.	y en toda la época de las persecuciones	362
CDLXV.	Con todo era muy comun la perfeccion y san- tidad.	364
	ARTÍCULO III. <i>Sabios escritores de la Igle-</i> <i>sia.</i>	ib.
CDLXVI.	En los tres primeros siglos no eran necesarios muchos escritos eclesiásticos :	ib.
CDLXVII.	se publicaron varios en nombre de autores sa- grados , no siéndolo :	365
CDLXVIII.	con todo deben estimarse las liturgias de los apóstoles ,	ib.
CDLXIX.	y la carta de Bernabé.	366
CDLXX.	De S. Hermas tenemos el libro del <i>Pastor</i> ,	367
CDLXXII.	digno de mucha veneracion.	369
CDLXXIII.	De S. Clemente Romano se han recobrado dos célebres cartas :	ib.
CDLXXIV.	y suelen atribuírsele las importantes <i>Constitu-</i> <i>ciones y Cánones Apostólicos</i> ,	370
CDLXXV.	y otras obras poco apreciables	372
CDLXXVI.	De San Ignacio tenemos sin duda siete car- tas ,	373
CDLXXVIII.	y de San Policarpo una.	375
CDLXXIX.	Perdiéronse los escritos de Papias , y otros muchos :	376
CDLXXX.	varias obras del admirable S. Justino :	377
CDLXXXI.	las de S. Meliton :	378
CDLXXXII.	de S. Dionisio de Corinto , de S. Claudio Apo- linar ,	ib.
CDLXXXIII.	de Bardesanes ,	380
CDLXXXIV.	de Hegesipo ,	381
CDLXXXV.	de Milcíades , de Modesto y de Rodon.	382
CDLXXXVI.	De las de S. Ireneo solo se conservan cinco li- bros <i>Contra las heregias</i> :	ib.
CDLXXXVII.	ninguna de Heraclio , de Máximo y de otros muchos escritores eclesiásticos :	385
CDLXXXVIII.	de las muchísimas del célebre S. Hipólito ,	386

CDXC.	nos quedan su homilía <i>de la Teofanía</i> ,	388
CDXCI.	su tratado <i>del Anticristo</i> ,	ib.
CDXCII.	y su <i>Ciclo pascual</i>	389
CDXCIII.	Del famoso Tertuliano tenemos.	ib.
CDXCIV.	los tratados <i>del Bautismo</i> , <i>de la Penitencia</i> , di <i>de la Oracion</i> ,	390
CDXCV.	dos libros <i>á su muger</i> , el célebre de las <i>Pres-</i> di <i>cripciones</i> , y otros que escribió siendo ca- -se autor tólico:	391
CDXCVI.	varios que escribió siendo montanista, algu- rol ab sig nos de los cuales son muy importantes:	393
CDXCVIII.	es particular el estilo de este autor, y admira- do g ble su caída.	395
CDXCIX.	Nada nos queda de Asterio y de Apolonio:	396
D.	de Julio Africano solo una preciosa carta y rob obsa fragmentos de otra:	397
DI.	del gran filósofo Ammonio Saccas,	398
DII.	se conserva la <i>Concordia evangélica</i>	399
DIII.	Orígenes con una vida asombrosa por sus aus- 578 teras costumbres y aplicacion á la enseñan- -280 zia,	ib.
DV.	á pesar de sus muchos viages,	401
DVI.	y de las persecuciones que siguieron á su sacer- do docio,	402
DVIII.	escribió un sin número de obras: siendo muy famosas sus <i>Hexâplas y Octâplas</i> ,	404
DIX.	sus <i>Comentarios de la Escritura</i> , que son de -09A oib tres especies, su libro <i>de Principios</i> , y al- gic gunas otras que nos quedan.	406
DX.	De este sabio tan alabado y tan perseguido	407
DXI.	forma un prudente juicio S. Vincencio Leri- nense.	ib.
DXII.	S. Cipriano, cuya santidad fué admirable desde di su conversion,	410
DXIII.	y que tanto invigilaba en la direccion de su iglesia desde el retiro,	ib.
DXIV.	y estando en su Sede,	411

DXV.	nos dexó la <i>Carta á Donato</i> , los libros <i>De la vanidad de los ídolos</i> , <i>De Testimonios contra los judíos</i> ,	412
DXVI.	<i>Del porte de las Vírgenes</i> , <i>De la unidad de la Iglesia</i> ,	413
DXVII.	<i>De los caídos</i> ,	414
DXVIII.	<i>De la oracion dominical</i> , <i>De la mortalidad</i> ,	415
DXIX.	<i>De la exhortacion al martirio</i> , <i>Contra Demetrio</i> , <i>De la limosna</i> ,	416
DXX.	<i>Del bien de la paciencia</i> ,	417
DXXI.	y <i>De los zelos y envidia</i> ,	418
DXXII.	y varias cartas no ménos importantes.	419
DXXIII.	Tambien se le atribuyen algunos otros tratados.	420
DXXIV.	Solo algunos fragmentos nos quedan de las obras de S. Dionisio Alexandrino y de otros muchísimos escritores.	421
DXXV.	S. Gregorio Taumaturgo, que en su extraordinaria eleccion para el obispado,	422
DXXVI.	recibió del cielo un símbolo de la fe:	424
DXXVII.	cuyos portentos fueron tan asombrosos:	425
DXXIX.	que hizo obispo á Alexandro el carbonero;	426
DXXX.	y que entre los horrores de la peste acabó de convertir los infieles de su diócesi,	428
DXXXI.	escribió muchas obras, de que á lo ménos queda el elogio de Orígenes,	429
DXXXII.	y su Carta canónica.	430
DXXXIII.	En fin ántes de la paz de Constantino florecieron S. Metodio,	432
DXXXIV.	Teognosto, Arquelao,	434
DXXXV.	S. Victorino, Pierio, y á mas de otros escritores,	435
DXXXVI.	el grande S. Pánfilo.	ib.
DXXXVII.	De esta primera época de la Iglesia Dios ha querido conservarnos pocos escritos, y de pocos autores:	436

XVIII

DXXXVIII. . . , los quales una juiciosa crítica por muchas razones cree libres 437

DXXXIX. . . . de los errores que las palabras tal vez suenan... 439

LIBRO CUARTO.

LA IGLESIA PERSEGUIDA.

Dios por medio de Moysés, ofreció varias veces en la ley antigua, abundancia de bienes temporales á los fieles observadores de sus mandatos. Pero Jesucristo, para mejor elevar los deseos y esperanzas de los fieles de su Iglesia á los bienes celestiales, léjos de ofrecerles en premio de su fidelidad riquezas, gustos ó mando, les previene que han de buscar la bienaventuranza entre la pobreza, la hambre y la sed, las lágrimas y las persecuciones. Jesucristo cabeza de la Iglesia, que durante su predicacion fué siempre perseguido, hasta derramar su sangre entre las ignominias de una muerte en cruz, previno varias veces que el mundo trataría á sus discípulos del modo que habia tratado al maestro. Y el apóstol San Pablo, sin distincion de tiempos, dixo que todos los que quierán vivir segun las reglas de Jesucristo padecerán persecucion ¹. Por esto decia San Agustin ², que en este siglo, no solo desde los tiempos de Cristo y de los apóstoles, sino desde el primer justo Abel muerto por su hermano hasta el fin del mundo, la Iglesia ha ido é irá siempre peregrinando, perseguida por el mundo, y consolada por Dios.

El desenfreno de los vicios, y los engaños de la heresia é impiedad son terribles armas, que nunca dexa de la mano el demonio para hacer la guerra á la Iglesia. Y aunque no permita Dios á sus enemigos, que la aflixan ó persigan corporalmente en todos tiempos y lugares, ántes al contrario en largas épocas, y dilatadas regiones, hemos visto y estamos viendo que suscita poderosos mo-

Y
LA IGLESIA
SIEMPRE PER-
SEGUIDA.

III
SUS AJJAM
M. SALAD
SUS TAJJAM

Y II. *Tim.* 3.
v. 12
² *De Civ Dei.*
Lib. XVIII.
c. 51.

II
EN SUS VER-
DADES, Y EN
SUS MIEMBROS,

narcas en su defensa; tampoco hemos de figurarnos que con la paz de Constantino cesaron las persecuciones contra la vida, honor y bienes de los fieles. Antes bien si tendemos la vista por la serie de los siglos que han pasado, desde Constantino, y por las vastas regiones en que es alabado y predicado el nombre de Jesucristo, desde la China y el Japon, hasta que atravesando la Asia, la África y la Europa, lleguemos á las naciones ménos civilizadas del interior de las Américas; veremos que en unos ú otros ángulos de la tierra nunca está la Iglesia sin algunos miembros que padecen aflicciones temporales, tribulaciones, opresiones, cárceles y muertes dolorosas por la fe de Jesucristo.

III
MALLA SUS
GLORIAS EN
SUS TRABAJOS.

Este Señor, que como dixo despues de su resurrección, tuvo por conveniente vivir entre trabajos, y morir entre ignominias y tormentos, para llegar por tan áspero camino al resplandor de su gloria, y para que la infamia de la cruz hiciera que su nombre fuese alabado y adorado en los cielos, en la tierra, y hasta en los abismos; quiso tambien que su esposa la Iglesia fuese perseguida y trabajada, para que sus hijos con la paciencia y la vigilancia se labrasen coronas de gloria inmortal, y para que el cuerpo de la Iglesia con los tormentos, con que el mundo intentase acabarle, se hiciese mas vigoroso, y con las calumnias y desprecios del mundo se hiciese glorioso en el mismo mundo: Tan admirable providencia se descubre claramente en los tres primeros siglos de la Iglesia. Las persecuciones, digámoslo así, espirituales, ó del vicio y del error, las cuales siguen á la Iglesia en todos tiempos y lugares, fueron entónces sobre manera seductivas y envenenadas. Las persecuciones temporales nunca han sido como entónces, ni tan generales, ni tan constantes, ni tan crueles. Pero al mismo tiempo nunca ha sido mas rápida la propagacion de la Iglesia, nunca mas gloriosos, ni en mayor número sus triunfos. De modo que la primera época de la Iglesia hasta la paz de Constantino, que suele llamarse de sus persecuciones, con igual

razon pudiera llamarse época de sus gloriosos triunfos.

En tan admirable época voy á considerar ahora la Iglesia. La haré ver perseguida por los judíos; pero vindicada por la divina Justicia, y gloriosa con el cumplimiento de las profecías. Perseguida por los tiranos; pero fecundada con la sangre de los mártires, y ennoblecida con su fortaleza mas que humana. Perseguida por los sabios del mundo; pero defendida con sólidas apologías, y conquistadora de los filósofos mas prudentes. Perseguida por los hereges y malos cristianos; pero mantenida en su pureza por los exemplos de los santos, y por las luces de los sabios. Haré ver la sucesion de los obispos en esta época, y las prudentes disposiciones de sus concilios. Por último valiéndome de las obras, y de los fragmentos de otras, que se nos han conservado de los autores del tiempo de las persecuciones, procuraré dar alguna idea de la doctrina de la Iglesia sobre misterios, y sobre costumbres, de la prudencia de su gobierno, y de las funciones de su culto; y en estos seis capítulos se dividirá el libro quarto.

CAPÍTULO I.

LA IGLESIA PERSEGUIDA POR LOS JUDÍOS, VINDICADA POR LA DIVINA JUSTICIA, Y GLORIOSA CON EL CUMPLIMIENTO DE LAS PROFECÍAS.

Los judíos que en vida de Jesucristo resolvieron arrojar de sus sinagogas á quantos le tuviesen por Mesías ^I, y que despues con tan bárbara fiereza procuraron su muerte, no se enfurecieron ménos contra sus discípulos, y contra la extension de su Iglesia. Hemos visto la crueldad con que mataron á S. Esteban, y persiguieron desde entónces á la Iglesia naciente: la persecucion mas terrible que se levantó despues en tiempo del rey Agripa: y lo mucho que en varias partes se vió atropellado de los judíos el mismo Saulo. Hacian morir á los cristia-

IV
LOS JUDÍOS
MALTRATAN
CON CRUEL-
DAD Á LOS
CRISTIANOS:

I Joan. IX.
v. 22.

¹ S. Justin.
Dialog. cum
Triph. n. 95.

² S. Justin.
Apol. I. n. 31.

³ Eus. *Hist.*
E. v. c. 16.

⁴ S. Justin.
Dial. n. 96.

⁵ Orig. in *Fer.*
Hom. 18.

⁶ S. Justin.
Dial. n. 38.
& 112.

⁷ Baron. an.
63. §. 8.

⁸ Eus. *Hist.*
E. IV. c. 15.

V

ESPARCEN
CONTRA ELLOS
MIL INFAMES
CALUMNIAS;

⁹ S. Justin.
Dial. n. 17.
108. 71

LOS JUDIOS
MARTIRIZAN
CON CRUEN-
TES DOLORES
CRISTIANOS.
I. JUD. 12.
11.

nos siempre que podian ¹; y hubieran sido sus continuos homicidas á conservar el supremo dominio de la Judéa, que habia pasado ya á los romanos, y á no ser que estos los contenian con su autoridad, y refrenaban las sediciones ó tumultos, con que en falta de poder legitimo, intentaban atropellar á los cristianos. Quando destruida su ciudad y templo se rebelaron otra vez contra el emperador Hadriano, Barcoquebas su xefe se valia de los mas inhumanos suplicios para obligar á los fieles á blasfemar de Jesucristo ². Y hasta en el siglo tercero atropellaban en las mismas sinagogas con azotes y á pedradas á las mugeres cristianas que podian coger ³. Arrojabán de sus pueblos á los cristianos siempre que podian: les maldecian públicamente en sus sinagogas ⁴ tres veces al dia ⁵: los rabinos prohibian hablar con los cristianos, y oír sus exhortaciones ⁶: habia judíos que preferian la muerte á ser curados milagrosamente por los cristianos ⁷; y en las persecuciones que los emperadores suscitaron á la Iglesia, eran siempre los judíos los mas furiosos, poniendo especial cuidado en impedir que los cristianos recogiesen los cuerpos de los mártires ⁸.

No contentos los judíos, como dice San Justino ⁹, con perseguir ellos mismos á los cristianos, quisieron hacerse reos de las persecuciones que se les suscitaron por todo el mundo, haciéndolos odiosos con las terribles calumnias, que esperecieron por toda la tierra. De comun acuerdo enviaron algunos diputados por todo el orbe con el encargo de publicar en todas partes, que se habia levantado una nueva secta, llamada de los Cristianos, la que abrazaba el ateismo y destruía todas las leyes. Que su autor era un tal JESUS de Galiléa, quien por sus imposturas habia sido condenado á morir en cruz, y que sin embargo sus discípulos, habiendo de noche robado su cuerpo del sepulcro, alucinaban á las gentes diciendo que habia resucitado, y se habia subido al cielo. Por último, que la doctrina que se publicaba como de JESUS era impia, detestable, sacrílega. Así procuraron conmover á todo el

mundo contra los que reconocian á JESUS por su Señor, y por Hijo de Dios. Y añade el mismo Santo, que todas las calumnias que se han publicado despues contra los cristianos, son dimanadas de estas primeras que esparcieron los judíos. Orígenes asegura, que las ficciones que los judíos inventaron desde el principio de la Iglesia, para hacerla odiosa á todo el mundo, se habian arrojado de tal manera que no estaban del todo borradas doscientos años despues ¹. Tambien Tertuliano atribuye á los judíos las falsedades con que entónces se procuraba desacreditar nuestra fe y nuestra conducta; y dice que ellos son los autores de la mala idea que los paganos tienen de nuestra religion ².

Los judíos querian figurarse, que persiguiendo de muerte y procurando difamar á los cristianos, hacian un particular obsequio á Dios, y que obraban por puro zeló de conservar su ley y sus ceremonias. Crecia pues continuamente su ceguedad y dureza y provocaban mas y mas la divina venganza á abandonarlos al espantoso castigo, que fué el asombro de todo el mundo, y lo será de todos los tiempos. Y como á la sinagoga debia suceder la Iglesia, como la caida del pueblo judío debió servir tanto á la elevacion del cristiano, como las ruinas de aquel solo se conservan para asegurar mas la solidez y extension de este; justo será que observemos las principales circunstancias de la ruina de Jeruálen y del pueblo judayco, y que desde ahora echemos alguna mirada sobre sus reliquias dispersas; hasta ver completa su ruina, y desvanecidas todas sus esperanzas en tiempo de Hadriano.

Podian lisonjearse los judíos de que su estado iba á ponerse de mejor condicion, quando el nuevo emperador Calígula sacó de las cárceles de Roma á Agripa nieto del viejo Herodes, le regaló una cadena de oro de tanto peso como la de hierro que ántes llevaba, le dió dos de las tetrarquías de Judéa, y poniéndole diadema sobre su cabeza, le concedió que se intitulase rey de aquel país ³. Pero habia llegado el tiempo de que las disposiciones en

¹ Orig. in *Cel.*
VI. n. 27.

² Tert. in
Marc. III. c. 23.

VI
Y CON ES-
TO PROVOCAN
CONTRA SÍ LA
DIVINA VEN-
GANZA.

III
DE F. GANCO
NOS AIDUCO
NOS PIGATAT
CRUCIBURD

VII
SU CASTIGO
COMIENZA EN
ALEXANDRÍA,

³ Jos. *Antiq.*
XVIII. c. 7.
al. 8. *De Bel.*
II. c. 9. al. 8.

Año 39.

si mas ventajosas á los judíos, contribuyesen á su destrucción. En efecto como Agripa, el año segundo de Calígula, yendo á su reyno pasase por Alexandria, los egipcios, ya de suyo contrarios á los judíos, se irritaron de que se les hubiese concedido rey, y ocultamente sostenidos de Flaco prefecto de Egipto, cometieron las mayores insolencias. Llevaron al gimnasio ó plaza de los exercicios públicos, á un demente que andaba desnudo por las calles de Alexandria: le erigieron trono, le pusieron guardia, le dieron cetro, le vistieron manto real, le saludaban, pedian, y preguntaban, para con esta farsa ridiculizar y burlar la dignidad real de Agripa. Al dia siguiente mas enfurecido el pueblo alexandrino empezó á tumultuarse, y gritar que se consagrasen estatuas, ó pusiesen ídolos en las sinagogas de los judíos: algunas fueron prontamente arruinadas, y las demas llenas de estatuas del emperador Calígula, que habia dado en la manía de hacerse adorar como Dios. Flaco, no contento con permitir estos excesos del pueblo, declaró extrangeros á los judíos y dió libertad general de tratarlos como cautivos presos en guerra; aunque tenian los mismos privilegios de ciudadanos que en Antioquia, y entre Alexandria y lo restante del Egipto eran un millon.

Á estas declaraciones del Prefecto, siguieron increíbles crueldades del pueblo. Los judíos ocupaban dos de los cinco cuarteles en que estaba dividida la ciudad: al instante se les quitó el uno enteramente, y se les dexó sola una pequeña porcion del otro. Casas, tiendas, mercaderías, muebles, todo era robado, y repartido públicamente. Tantos judíos ricos y laboriosos que en un instante quedan sin bienes, sin poder trabajar de sus oficios, sin otro abrigo que los sepuleros y muladares de la campaña, lejos de mover á compasion, son aun el blanco del odio de los gentiles, que matan ó queman un grande número, y arrastran sus cuerpos por la ciudad. El mismo Flaco, con pretexto de desarmar la nacion, hace registrar las pocas casas que les quedan: manda azotar cruelmente

1 Phil. Adv.
Flac. p. 968.
s. De Legat.
p. 1010. s.

VIII

DONDE, Y EN
SELEUCIA SON
TRATADOS CON
CRUELDAD.

á muchos de sus senadores, y á muchísimas mugeres se les da tormento, solo porque se resisten á comer carne de puerco ¹. Mientras que los judíos eran tan bárbaramente maltratados en Alexandria, en la ciudad de Seleucia los siros y los griegos, hasta entónces enemigos, se reunieron contra los judíos, y de una vez mataron mas de cincuenta mil. Los que pudieron escaparse, se refugiaron á Tesifonte, ciudad griega, creyéndose seguros á la sombra del rey de los partos, que solia pasar allí el invierno; pero conspiraron unánimes á su ruina, los siros naturales de aquellos países, y los griegos ó seleucios; y en toda la Mesopotamia, y regiones de los partos é inmediatas á Babilonia, consternados los judíos vivian en un continuo susto y opresion ². Tales fueron los primeros trabajos del pueblo abandonado de Dios.

Viéndose los judíos de Alexandria dispersos, y perseguidos por todo el Egipto, resolvieron enviar á Calígula una solemne diputacion de cinco de los principales para implorar su proteccion contra tan injustas persecuciones. Mas el emperador, hombre de sí cruel, no leía ninguna historia ni poema con tanto gusto, como la relacion de las insolentes crueldades, con que en sinagogas, bienes, y personas era ultrajada la infeliz nacion, que no queria reconocerle como Dios. Y tan justa resistencia de los judíos con el odio mortal, que por lo mismo les tenia el emperador, los fué encaminando á su total destruccion ³. Algunos extrangeros, que vivian en Jamnia, pueblo maritimo de la Palestina, erigieron un altar en honor de Calígula. Los judíos, no pudiendo sufrir tanta profanacion de la tierra santa, derribaron el altar; pero sus enemigos no se descuidaron de acusarlos al emperador. Este enfurecido mandó, que en vez del altar de tierra derribado en Jamnia, se colocase luego un coloso dorado en el mismo templo de Jerusalem; y que á este fin pasase allá Petronio gobernador de la Siria, con la mitad del ejército que tenia en las orillas del Eufrates. Petronio recogió quantas tropas auxiliares pudo, y con dos legiones romanas se fué

¹ Phil. *ibid.*

² Jos. *Antiq.*
XVIII. c. ult.

IX
EL EMPERADOR CALÍGULA MANDA PONER UNA ESTÁTUA SUYA EN EL TEMPLO DE JERUSALEN:

³ Phil. *De Leg.* p. 1008. & 1016.

1811
Año 30

acercando hácia Jerusalem, y sentó sus cuarteles de invierno en Tolemaida, puerto de mar entre Tiro y Cesaréa. Allá acudieron muchos millares de judíos á suplicarle que no hiciera tan enorme violencia á sus leyes; y que si estaba del todo resuelto á erigir la estatua, siquiera ántes les quitase á todos la vida. Desde entónces conoció Petronio, que seria menester derramar mucha sangre para colocar la estatua: así miétras que hábiles artífices la iban trabajando en Sidon, él pasó á Tiberiades, sobre el lago de Galiléa, para observar mas de cerca á los judíos, y tomar sus disposiciones. Mas allí fueron otra vez un gran número de judíos á suplicarle que no les reduxese á la última desesperacion con su estatua. Petronio les dixo: “¿Pero qué? ¿Pensais hacer la guerra al emperador, sin considerar su poder, y vuestra flaqueza?” No, respondieron los judíos, no pensamos en guerra; pero moriremos ántes de violar nuestra ley. É inclinando sus cabezas, descubrieron su cuello, manifestándose prontos á dexarse degollar sin resistencia¹.

¹ Phil. De Legat. p. 102 l. s. Jos. De Bel. II, c. 10. al. 9.

x

Estas súplicas, este espectáculo, y las persuasiones de algunos amigos, movieron á Petronio á sacar sus tropas de Tolemaida, y volverse á Antioquía. Y desde allí escribió al emperador, que desesperados los judíos abandonaban el cultivo de los campos, y era de temer que ellos mismos quemarian sus casas y árboles: que se necesitaba mas tiempo para hacer una estatua bien perfecta; y alegó otros pretextos para diferir el cumplimiento de su orden. Calígula se irritó en extremo contra Petronio. Pero como temia á los gobernadores de provincias grandes, que tenían á su mando muchas tropas, le respondió alabando su prudencia; bien que mandándole otra vez, que su primer cuidado fuese la pronta colocacion de la estatua².

² Phil. De Leg. p. 102 B. s.

XI

LO DICE AL REY AGRIPA, QUE CAEN DELIQUIO:

Nada de esto sabia el rey Agripa, que ya habia vuelto á Roma, quando un dia al presentarse al emperador le vió irritado, con señas de que lo estaba con él, y no sabia atinar el motivo. Conoció su turbacion Calígula, y le dixo: “Agripa, voy á sacarte de cuidado. Tus buenos

Año 39.

»y fieles vasallos, que entre todos los hombres son los
 »únicos que no quieren reconocerme por Dios, con su
 »inobediencia corren á su ruina. Mandé consagrar en el
 »templo una estatua de Júpiter, y se atreven á resistir-
 »se á mis órdenes.» Iba á continuar el emperador, mas
 el rey habiendo mudado muchas veces de color, empezó
 á temblar de pies á cabeza, y perdido el sentido, hubie-
 ra caído á no sostenerle. Calígula mas irritado contra los
 judíos, decia: «Si Agripa que me quiere, y me debe
 »tanto, no puede oír una palabra contra su religion, sin
 »caer en deliquio, ¿qué he de esperar de los demas?»
 Casi dos dias estuvo Agripa sin conocimiento. Pero vuel-
 to en su acuerdo, escribió al emperador con quantas ra-
 zones supo, para moverle á dexar á los judíos la libertad
 de religion. Calígula dió muestras de ceder á sus súplicas;
 mas arrepentido luego, en vez de la estatua de Si-
 don, mandó hacer otra en Roma con el ánimo de hacer-
 la meter en el templo de Jerusalem, quando nadie lo
 pensase¹.

En estas disposiciones hallaron al emperador los cin-
 co diputados de los judíos de Alexandría. La primera vez
 que se presentaron los recibió con agrado; pero Filon,
 que era el principal, hombre de experiencia, y sabio
 muy instruido en los libros y filosofia de los griegos, no
 se fiaba de estas apariencias. El emperador se fué á Pu-
 zol, para ver las casas de recreo de aquella costa. Siguié-
 ronle los diputados, para lograr audiencia. Y allí fué
 donde se les presentó un judío, que erizado el cabello,
 los ojos bañados en lágrimas, sin poder respirar, los lla-
 mó aparte, y dixo: «¿Qué no lo sabeis?» Iba á proseguir;
 pero tres veces le cortaron la palabra sus gemidos. Lle-
 nos de horror los diputados, le instaban que se explica-
 se. «Ya no tenemos templo, les dixo: Calígula hace po-
 »ner una estatua colosal en el santuario»: y en seguida les
 contó lo de Jamnia, y las órdenes dadas á Petronio.²
 Con tal novedad quedaron atónitos los diputados; y aun
 creció su pena pocos dias despues con los insultos y des-

¹ Phil. *ibid.*

XII

Y ULTRAJA Á
 FILON Y DE-
 MAS DIPUTA-
 DOS DE LOS
 JUDÍOS,

XIII

CON LA MUESTRA
 DE LA CASA
 DE CALÍGULA
 EN PUSAZOLO
 EN LA COSTA DE
 PUZZOLO

² Phil. *De*
Leg. p. 1019.

precios, que tuvieron que sufrir al darles audiencia el emperador.

XIII

Estaba entonces viendo las casas de recreo, que habia en los jardines de Mecenas y de Lania. Al llegar los judios a su presencia, se postraron, y le llamaron emperador y Augusto. Sin embargo el principe con tono severo les dixo: "¿Vosotros sois esos enemigos de los dioses, fincos en no reconocerme por dios, y en pretender que yo soy menos que ese vuestro Dios sin nombre?" Sin esperar respuesta, fué siguiendo otras habitaciones, y los diputados subiendo y baxando tras de él, eran ultrajados y atropellados de todo el séquito. Un rato despues les preguntó por que no comian carne de puerco. Movióse entre los cortesanos grande algazara, como si hubiera dicho alguna particular agudeza. En seguida les preguntó en que fundaban los derechos de ciudadanos que pretendian. Y como vió que sus razones no eran despreciables, sin dexarlos concluir, se fué á otra pieza. Á poco rato volvió á preguntarles, que decian; pero así que empezaban á hablar, se retiró otra vez. En fin aparentando que les compadecia de que no supiesen conocer que él participaba de la naturaleza de los dioses, les mandó que se retirasen. Filon para consolar á los demas les dixo: "No desconfiemos: ya que el emperador se explica tan irritado, Dios nos protegerá". Pero Filon no conocia, que todo esto no era mas que el principio de las desgracias que habian de oprimir la nacion maldita, que habia muerto á su Redentor.

Phil. Leg.
p. 1040. s. JOS.
Ant. L. XVIII.
c. 9. al. 10.

XIV

CON LA MUERTE DE CALIGULA SE SUSPENDEN ALGO SUS TRABAJOS; MAS ENTRE MUCHOS INFORTUNIOS,

No tardó mucho á ser asesinado Caligula, con lo que se suspendió algun tanto el azote, que empezaba á caer sobre los judios. Pues Claudio restituyó á los de Alexandria el derecho de ciudadanos, y dexó á Agripa la libertad de ir á gobernar su reyno de Judéa. Sin embargo en los veinte y cinco años que pasaron desde la muerte de Caligula hasta empezar la guerra que acabó con Jerusalem, no podemos decir que los judios gozasen de perfecta tranquilidad. En Alexandria varias veces en conno-

ciones populares, llegaron á las armas con los paganos. En la Palestina se vieron oprimidos de la hambre. Hacia el año 49, ó 50, en la fiesta de pascua, irritado el pueblo por la insolencia de un soldado, insultó de palabras á Cumano gobernador de Judea, quien hizo venir toda su tropa armada á la fortaleza Antonia que dominaba al templo. Temeroso el pueblo quiso huir con tal precipitacion, que en las salidas del templo, que eran angostas, quedaron sofocados muchísimos. Y al todo fueron veinte mil personas las que murieron en esta sola ocasion. Una riña entre algunos judíos de Galilea, que pasaban á Jerusalem por Samaria, y algunos samaritanos, encendió una especie de guerra civil entre estos dos pueblos, que poco contenida por los romanos, causó muchísimas muertes. Y fué causa de que se hiciese mayor y mas fiero un ejército de ladrones, que desde las montañas baxaron despues continuamente á destrozár varios distritos de la Judea.

Poco despues llegó de Egipto á Jerusalem un impostor que decia que era profeta, y persuadió al pueblo crédulo, que desde el monte de los olivos, verian caer por si mismos los muros de Jerusalem, de que en seguida se apoderarian con facilidad. Siguióle mucha gente; pero Felix, nuevo gobernador de Judea, envió tropas que mataron algunos centenares de aquellos infelices, y dispersaron á los demas. Cada dia salian semejantes impostores, que aumentaban la confusion que ya reynaba en la Judea. Persegúalos Felix. Prendió tambien algunos ladrones de los innumerables que infestaban al país, y á su mismo capitán que envió á Roma. Pero sin pensarlo los hizo mas insolentes. Quería Felix matar con disimulo al sumo pontífice Jonatás: encargólo á un confidente suyo, y éste se valió de algunos de los ladrones, que entrando en Jerusalem con pretexto de religion, y con puñales escondidos, les fué fácil acercarse á Jonatás, y matarle. La muerte del sumo pontífice dexada sin castigo, fué ocasion de otras innumerables. Ya no hubo fiesta en que no entrasen mu-

1 Jos. Antiq.
xxv. c. 5. v. 1.
5. De Bel. m.
c. 12. al. 11.

XV
IMPOSTORES Y
BANDIDOS,

chos de estos foragidos, para matar á sus propios enemigos, ó á los de quien les pagaba. Nadie estaba seguro, ni en el mismo templo. Tan enormes excesos, que por entonces se cometian en Jerusalem con algun disimulo, eran sin comparacion mayores por la Palestina. Estos ladrones, á quienes los romanos llamaron *Sicarios*, porque usaban de puñal, en latin *Sica*, excitaban los pueblos á rebelarse, y robaban á quantos se mantenian fieles á los romanos. Para colmo del desórden, los pontífices de Jerusalem riñeron con los sacrificadores menores, y con los principales ciudadanos. Se formaron dos bandos, que llenos de gente foragida cada dia venian á las manos. Nadie los contenia. Así las cosas de los judíos iban siempre de mal en peor¹.

¹ Jos. xx.
Ani. c. 7. De
Bel. 11. c. 13.
al. 12.

XVI
ENTRE SUCE-
SOS EXTRAOR-
DINARIOS,

Aumentaban su consternacion varios sucesos extraordinarios mirados justamente como pronósticos de mayores desgracias, que iban á suceder. Por una tradicion constante, atestiguada en el Talmud, sabemos que unos cuarenta años ántes de la destruccion de Jerusalem, que es decir, desde los tiempos de la muerte de Jesucristo, se veian con frecuencia en el templo extraños prodigios; de modo que un famoso rabino un dia exclamó: "¡Ó templo! ¡ó templo! ¿qué es lo que te conmueve? y ¿por qué tú mismo te llenas de temor?" Tan asombrosas fueron las señales con que el cielo manifestaba su indignacion, que serian increíbles, como observa Josefo, á no ser tantos los testigos de vista, y á no haber sido igualmente portentosas las calamidades que sucedieron. Primeramente, dice Josefo, un año entero se vió arder fixo sobre Jerusalem un cometa en figura de espada. En la fiesta de los ázimos del año sesenta y cinco de Cristo, á las nueve de la noche, apareció una luz tan clara como al medio dia, que por espacio de media hora rodeó el altar y el templo. En la misma festividad una vaca parió un cordero en medio del templo. La puerta oriental que era de cobre, y tan pesada que eran menester veinte hombres para cerrarla, y que lo estaba con barras de hierro, y con cerrojos que en-

traban muy adentro del suelo, que era de piedra y de una sola pieza, sin embargo á la media noche se abrió por sí misma de par en par. Pocos dias despues, ántes de ponerse el sol, en Jerusalem y demas ciudades del país, aparecieron en el ayre carros y tropas armadas, que corrían por las calles y al rededor de los pueblós. En la fiesta de Pentecóstes, los sacrificadores al entrar en el templo oyeron como un terremoto, y una voz que claramente decia: Salgamos de aquí ¹.

Pero el mas espantoso presagio de la ruina de Jerusalem habia comenzado algun tiempo ántes. Un pobre labrador llamado *Jesús*, hijo de Anano, quatro años ántes de la guerra, en la fiesta de los tabernáculos, en medio del templo empezó á gritar: *Voz del oriente, voz del occidente, voz de los quatro vientos, voz contra Jerusalem, y contra el templo, voz contra maridos y mugeres, voz contra todo este pueblo.* Salió del templo, y sin cesar de dia y de noche corría clamando de la misma manera por las calles de la ciudad. Nadie podia hacerle callar. Albino gobernador de los romanos, á instancia de los pontífices y judíos principales, le hizo atormentar con azotes y uñas de hierro, mas él ni lloró, ni se quejó. Solo á cada golpe con voz flaca y lastimosa decia: ¡*Ay, Ay de Jerusalem!* Albino le preguntó quién era, de dónde venia, y por qué daba aquellos clamores: á nada contestó, respondiendo solamente con su lamentación. Así el gobernador le dexó libre, teniéndole por loco. Jamas se le vió hablar con nadie, ni quejarse de quien le maltrataba, ni dar gracias á los que le daban de comer. Á todos servia de única respuesta su triste presagio. Gritaba mas los dias de fiesta: ni descansaba, ni se debilitaba su voz. Luego que la ciudad fué sitiada, anduvo por los muros clamando: ¡*Ay de la ciudad!* ¡*ay del templo!* ¡*ay del pueblo!* Siete años y cinco meses duraron tan extraordinarios lamentos, hasta que en fin añadió una vez: ¡*Ay de mí mismo!* Y al instante una piedra arrojada de una máquina le tocó y mató ². ¿Quién no ve que la divina venganza de alguna manera se hizo

¹ Jos. De Bell.
VI. c. 5. al. VII.
c. 12.

XVII
ESPECIALMEN-
TE LOS GRI-
TOS DE JESUS
ANANO,

Año 66.

XIX
LOS JUDÍOS DE
JERUSALEM:
LOS ROMANOS
A
LAS TORRES
Y, MURDRE
CON TODO SON
ALZABADO

² Jos. loc. cit.

visible en este hombre? Solo vive para intimar sus decretos; clama con una fuerza extraordinaria, para que sus clamores correspondan á las extraordinarias desgracias del pueblo, de las cuales es no solo profeta y testigo, sino tambien victima; para que así sean mas patentes las amenazas de Dios. Mas el pueblo judayco, abandonado á su obstinacion y ceguedad, á nada atendia, sino que se precipitaba siempre con mayor ímpetu á su última destruccion.

Cestio Galo, gobernador de la Siria, por la pascua fué de Antioquia á Jerusalem, para averiguar el número de los judíos. Y por medio de los corderos pascuales que se sacrificaron, se averiguó que los judíos purificados que habia en Jerusalem aquel año, eran á lo menos dos millones y setecientos mil¹. Cerca de tres millones se presentaron á Cestio, suplicándole que les quitase al presidente Floro, que en efecto los trataba con crueldad; y no habiéndolo logrado, se rebelaron públicamente en mayo del mismo año, que era el sesenta y seis de Cristo².

Entonces comenzó la última espantosa guerra de Jerusalem. Algunos de los mas alborotados sorprendieron la fortaleza Masada, y mataron quantos romanos encontraron. Eleazar, jóven atrevido, entonces capitán del templo, persuadió á los sacrificadores, que ya no se ofreciese mas sacrificio por el emperador, ni por los romanos. El rey Agripa el jóven, que habia procurado inutilmente contener al pueblo con razones, envió tres mil hombres de caballería, que favorecidos por los pontífices, y principales ciudadanos, se apoderaron de la ciudad alta, contra los sediciosos, que ocupaban la baxa, y el templo. Estos dos partidos se batieron siete dias. Pero despues los sicarios forzaron las tropas de Agripa, las echaron de la ciudad alta, y las reduxeron al palacio alto de Herodes, quemando varios edificios y archivos. El 15 de agosto los sediciosos sitiaron la fortaleza Antonia: en tres dias la ganaron, mataron á todos los soldados romanos, y la quemaron. Embistieron despues el palacio alto, ganaron la parte

XVIII
LUEGA ET
PRINCIPIO DE
EA GUERRA EN
SESENTA Y
SEIS.

¹ Jos. De Bel.
VI. c. 9. al.
VII. c. 17.
² Ibid. II.
c. 14. al. 13.

XIX
REBELANSE
LOS JUDÍOS DE
JERUSALEN:
LOS ROMANOS
REDUCIDOS Á
LAS TORRES
SE RINDEN, Y
CON TODO SON
ASESINADOS:

llamada el campo, y los romanos quedaron reducidos á las torres. Manahen, xefe de estos sediciosos, quedaba con este dueño de todo. Mas Eleazar capitan del templo, se echó sobre él, mientras hacia oracion con hábito real; y así Manahen, como los principales de su partido, fueron luego muertos con crueles tormentos. Eleazar que no pretendia sosegar la sedicion, sino ser cabeza de los sediciosos, acometió á los romanos en las torres. Ofrecióles la vida: rindiéronse: dexaron las armas: era dia de sábado; y con todo fueron asesinados.

El mismo dia y hora los gentiles de Cesaréa de Palestina se alborotaron contra los judíos; mataron más de veinte mil, y á los pocos que se libraron Floro los hizo prender, y cargados de cadenas los envió á los puertos. Esta mortandad de Cesaréa enfureció á toda la nacion de los judíos. En la Siria y regiones inmediatas acometieron los lugares y ciudades pequeñas: arruinaban unas, quemaban otras, y las dexaban todas cubiertas de cadáveres. Nada podia contener su primer furioso impetu. Los siros por su parte degollaron á quantos judíos habia dentro de las ciudades mayores; pues el antiguo odio entre las dos naciones tomó grande incremento en los siros con la precisión de precaverse de la desesperada crueldad de los judíos. Estos en la ciudad de Escitópolis se unieron con los otros habitantes, para resistir al ejército de los demas judíos que la acometió. Sin embargo los escitopolitanos temieron que sus judíos cometerian contra ellos alguna cruel traycion, para congraciarse con los demas. Así les dixeron que en prueba de su fidelidad era preciso que se encerrasen con sus familias en un bosque inmediato. Convinieron gustosos aquellos judíos, y sin embargo la tercera noche fueron acometidos por los escitopolitanos, y sin hacer resistencia fueron degollados todos en número de trece mil. Un tal Simon, hombre valeroso, que habia sido de los más zelosos contra su propio pueblo, al ver la cruel alevosía de los escitopolitanos, les dixo: "Justo es que los experimentemos traydores, pues lo hemos sido

Jos. De Bel.
II. c. 17. al. 18.

XX
EN VARIAS
PROVINCIAS
OBRAN LOS JU-
DÍOS CON FU-
ROR, Y SON
TRATADOS COM
BARBARIE.

»á nuestra nacion. Por mi culpa perezco, pero no he de
»perecer sino por mi mano». Y al instante cogiendo á su
padre por los blancos cabellos le pasó la espada, luego á
su madre, á su muger, y á sus hijos, que recibian el golpe
con indiferencia. Y por fin, levantando el brazo con fiero
denpuedo, se entró en el seno la espada hasta el puño.
Tal era el furor de los judíos¹.

¹ Jos. De Bell.
II. c. 18. al. 9.

XXI

El exemplo de Escitópolis animó á otros pueblos. Dos
mil y quinientos judíos fueron muertos en Ascalon, y dos
mil en Tolemaida: en Tiro la mayor parte, y los demas
presos con cadenas. Mas en Alexandria la mortandad fué
mas horrenda. El gobernador, cuyos consejos de paz ha-
bian despreciado, dió libertad á la tropa para matar-
los, pillar sus bienes, y quemar sus casas. Los judíos se
defendieron quanto pudieron; pero tuvieron que ceder, y
los romanos los mataron en sus mismas casas, sin distincion
de edad, ni de sexô. La sangre corria por las calles: los
cadáveres amontonados llegaban á cincuenta mil, quando
el gobernador por compasion quiso conservar los demas. La
tropa romana acostumbrada á obedecer se retiró á la primera
orden; pero costó mucho sosegar al pueblo alexandrino sediento
de mas sangre de la nacion infeliz².

² Jos. De Be-
ll. II. c. 18.
al. 20. 21.

XXII

CESTIO PU-
DIENDO GA-
NAR JERUSA-
LEN ES DER-
ROTADO:

Cestio, gobernador de la Siria, viendo á los judíos
armados en todas partes, salió de Antioquía hacia Jerusa-
len con una legion, y tropas auxiliares. Agripa que cono-
cia mejor el país le acompañó. Jope fué tomada y que-
mada; matando á todos los judíos que eran ocho mil y
quatrocientos. La Galiléa se rindió: solo algunos sediciosos
resistieron, de los cuales murieron mas de mil. Cestio se
arrimó á Jerusalem, quando habia mucha gente por la fiesta
de los tabernáculos. Los judíos tomaron las armas, y salien-
do con ímpetu de la ciudad, con grandes alaridos acomete-
rón á los romanos, penetraron sus batallones, y pusie-
ron en peligro á todo el ejército de Cestio. Pero luego,
temiendo el buen orden y valor de los romanos, aban-
donaron los arrabales, y se retiraron á la ciudad inte-

rior y al templo. Cestio quemó una buena parte de Jerusalem; y hubiera tomado la ciudad, y acabado la guerra, si hubiese luego dado el asalto. Dióle seis dias despues, y quando los soldados acababan de apoderarse del muro, los sediciosos desfallecian, y el pueblo iba á recibir á Cestio como su bienhechor, se retiró sin saberse por qué. Los sediciosos osiguieron muchos dias á los romanos, picando su retaguardia: les cogieron los bagages, y las máquinas que Cestio habia hecho traer para el sitio, y sirvieron despues contra los mismos romanos. Con la noticia de esta victoria de los judíos, los habitantes de Damasco encerraron á todos los de la ciudad en el gimnasio, y de una vez los degollaron en número de diez mil.

Despues de la derrota de Cestio, muchos judíos de los principales se salieron de Jerusalem, como quien se escapa de un navío que se va á fondo. Entónces seria tambien quando los cristianos, viendo llegar los tiempos en que el Señor habia profetizado que seria arruinada Jerusalem, encargándoles que huyesen á los montes², se retiraron, como dice Eusebio³, á Pella⁴, villa situada entre los montes cerca del desierto de la parte de la Siria. Los judíos que mandaban en Jerusalem, alentados con la victoria, enviaron gobernadores por todas las provincias. Á Josefo sacrificador, hijo de Matias, que despues escribió la historia de esta guerra, le dieron el mando de la Galilea, donde tuvo que sufrir mucho de los sediciosos⁵. Estos, y los que en Jerusalem se llamaban Zeladores, causaban tantos desórdenes, como si fuesen tropa enemiga.

Informado Neron del mal estado de la Judéa dió el mando de las tropas á Vespasiano, quien al principio del año siguiente sesenta y siete de Cristo llegó á Antioquia. Allí le esperaba el rey Agripa con sus tropas, y en Tolemaida se le juntó su hijo Tito con dos legiones romanas que le traxo de Egipto. Su ejército, contando las tropas auxiliares, quedó compuesto de sesenta mil hombres. Vespasiano entró por la Galilea, y tomó por asalto á Gadara, y la quemó. Sitió luego á Josapat donde esta-

Jos. De Bell.
II. C. 18. ad 20.
al. 22. ad 25.

XXIII
HUYEN DE LA
CIUDAD MU-
CHOS JUDÍOS,
Y LOS CRIS-
TIANOS.

² Jos. De Bell.
II. C. 18. ad 20.
al. 22. ad 25.

XXIII
HUYEN DE LA
CIUDAD MU-
CHOS JUDÍOS,
Y LOS CRIS-
TIANOS.

² Lib II. núm.
325 s.

³ Eus. Hist.
E. III. C. 5.
Año 66.

⁴ Jos. De Bell.
II. C. 20. s.
al 25. s.

XXIV
VESPASIANO
RINDE LA GA-
LILÉA,
1778

ba de comandante Josefo el historiador: defendióla con valentía; mas á los quarenta dias de sitio fué tomada, arruinada y quemada. Los muertos fueron quarenta mil. Josefo fué preso en una cueva, y aunque todos los judíos que estaban escondidos con él se mataron unos á otros por no rendirse á los romanos, él se entregó, y Vespasiano le concedió la vida, y dexó prisionero. Toda la Galilea quedó luego rendida á los romanos¹.

¹ Jos. De Bell.

III. C. I. ad

7. & IV. C. I.

XXV

MIÉNTRAS EN
LA JUDÉA Y
JERUSALEN
LOS JUDÍOS
UNOS Á OTROS
SE DESTROZAN
COMO BIERAS.

Los males de los judíos se exâsperaban con sus divisiones. Unos querian la paz, otros la guerra; y como estos eran los mas atrevidos, y ménos sensatos, tomaban las armas, robaban á sus vecinos, y se hacian mas temibles que los mismos romanos. De todas partes acudieron á Jerusalem un sin número de estos sediciosos, que tomaron allí el nombre de Zeladores, queriendo cubrir con la sombra de zelo de religion los horrores que cometian. Degollaron á muchísimos con pretexto de que querian entregar la ciudad á los romanos; y para librarse de los prudentes consejos que daban al pueblo los pontífices, dixeron que debian elegirse por suerte. Esta cayó sobre un rústico é ignorante: lo que acabando de irritar al pueblo, le movió á intentar librarse de la tiranía de tales zeladores. Los principales ciudadanos y los pontífices animaban al pueblo, observando que estos zeladores profanaban indignamente el templo, y que mas valia obedecer con todo el mundo á los romanos, que á un puñado de bandidos. Acometióseles pues en el templo, y ellos se retiraron en lo mas interior cerrando las puertas. Anano que capitaneaba al pueblo, no se atrevió á forzar las puertas sagradas, ni á dexar entrar al pueblo, que no estaba purificado².

² Ibid. IV. C. 3.

XXVI

Entre tanto Eleazar capitán de los zeladores, llamó á su socorro á los iduméos, nacion guerrera y feroz, de los quales en una noche tempestuosa entraron ocultamente veinte mil. Con este socorro los zeladores se echaron la misma noche sobre el pueblo descuidado, y llenaron de sangre todo lo exterior del templo, en donde al hacerse de dia se contaron ocho mil y quinientos muertos. Los

iduméos se arrojaron en séguida sobre la ciudad: robaban quanto hallaban: mataban quantos podian y especialmente á los sacrificadores, cuyos cadáveres insultaban bárbaramente. Es imponderable quantos murieron entónces en manos de los zeladores é iduméos. Solo á los jóvenes, y á los nobles dexaban de matar al primer encuentro; pero era para cargarlos de cadenas, y ver si con tormentos podian atraerlos á su partido: y no lográndolo, los hacian morir con horrosa crueldad; y así perecieron mas de doce mil. Los iduméos cansados de tantos excesos, y viendo que era falsa la traicion de los nobles, con cuyo pretexto los zeladores los habian llamado, dieron libertad á dos mil presos, y se volvieron. Pero los zeladores al quedar solos fueron mas furiosos. Ya no perdonaban la vida ni á noble, ni á valiente, que no se uniera con ellos. Nunca les faltaban pretextos, y en falta de otro alegaban la sospecha de que querian pasarse á los romanos. Fuera de Jerusalem una tropa semejante de sicarios ó asesinos, se habia apoderado de Masada, castillo muy fuerte. Y viendo que los romanos estaban tranquilos, salian á hacer correrías para robar los pueblos del rededor.

En efecto Vespasiano, que estaba bien informado de todo, dexaba descansar sus tropas, miéntras que los judíos con tan sangrientas divisiones se debilitaban ellos mismos. Entre tanto la guerra civil que siguió á la muerte de Nerón, hizo retirar á Vespasiano que fué elegido emperador. Pero los judíos, léjos de aprovecharse de su ausencia, aumentaban cada dia los horrores de su guerra interior. Un tal Simon, jóven robusto y atrevido, se retiró á las montañas de Judéa: empezó á hacer gente, y luego tuvo bastante, para correr robando y talando la Iduméa y la Judéa. Famoso ya por sus crueldades, acampó en las puertas de Jerusalem. Así esta desgraciada ciudad se vió atropellada por dos exércitos mas de fieras, que de hombres: los zeladores galiléos estaban dentro: Simon y los suyos fuera. Pero los galiléos eran, los

Ib. iv. c. 4.
ad 7. al. 6. s. &
v. 1. ad 3.

XXVII

peores; pues cada día mas desenfrenados mataban á los hombres é insultaban á las mugeres, juntando la afección mas licenciosa á la mas fiera crueldad. Los ciudadanos en tan lamentables coyunturas, buscaron algun consuelo en el mismo Simon: le introduxeron en la ciudad: acometió á los zeladores, y de aquí nacieron otros excesos, nuevos bandos, quemarse varias partes exteriores del templo, y hasta grandes depósitos de trigo, y demas víveres. Así permitia Dios que todo contribuyese á hacer mas horrorosa la hambre, y los demas trabajos que la divina venganza habia de descargar sobre Jerusalén, durante el sitio de los romanos ¹.

¹ *Ib.* IV. c. 9.
al. v. c. 7. ad 9.

XXVIII
PASADA LA
PASCUA DEL
AÑO SETENTA
QUEDA SITIA-
DA LA CIUDAD,
LLENA DE
GENTES:

² *Jos. De Be-
llo* lib. v. c. 2.

XXIX
REYNA DEN-
TRO UNA DI-
VISION HOR-
RENDA,

³ *Ibid.* v. c. 3.
ad II. al. VI.
c. 4. ad 12.

XXX
Y UNA HAM-
BRE TERRI-
BLE.

Á principios del año setenta de la era cristiana, Tito, que en Cesaréa habia juntado un ejército de quatro legiones, y varias tropas auxiliares de los reyes vecinos, marchó hácia Jerusalén, y sentó su campo á un quarto de legua de la ciudad. Estaba cerca la pascua: así se halló dentro una multitud innumerable de judíos, que en poco tiempo consumió todos los víveres ².

El día catorce de abril introduciéndose en el templo los zeladores galileos que habia fuera, mataron á los principales de dentro, y quedaron todos reunidos en el bando de un cierto Juan. Eran estos unos ocho mil, y á mas habia en la ciudad el partido de Simon, compuesto de diez mil judíos y cinco mil iduméos. Estos bandos siempre enemigos se reunian fácilmente quando se trataba de pelear contra los romanos, de atropellar á los judíos pacíficos, y de impedirles salir fuera de la ciudad. Tito á tres de mayo entró por una brecha, y se apoderó de la parte septentrional de la ciudad, hasta el valle de Cedron. Por aquella parte Jerusalén tenia tres muros. Cinco dias después abrió Tito brecha en el segundo, y ganó la ciudad nueva; y se arrió al tercer muro, y á la torre Antonia. Aquí tuvo que detenerse; pues los judíos en algunas salidas le quemaron las máquinas ³.
Entretanto la hambre hacia los mayores estragos en la ciudad. Se vendian los patrimonios por una medida

de trigo ó cebada; y aun era menester esconderse mucho para comerla. Pues los sediciosos armados aunque por entónces tenian algunos viveres, por asegurárselos para mas días los quitaban á los infelices que estaban pereciendo. Registraban todas las casas: si hallaban trigo, maltrataban á los dueños porque no le habian manifestado: si no le hallaban, los atormentaban con pretexto de que le tenian escondido. Una puerta cerrada era indicio de que dentro habia pan: le quitaban de la boca á viejos, mugeres y niños, y se enfurecian contra los que habian tenido tiempo de comer algun bocado ántes que ellos entrasen. Algunos pobres que con peligro de sus vidas salian de noche á coger hierbas en huertos y campos vecinos, ni pidiéndoselo por Dios, podian lograr que no se las quitasen todas. Creciendo cada día la hambre, algunos de los sediciosos comenzaron á salir igualmente de noche á buscar hierbas, y precisaban á los demas que salian con ellos á que tambien se armasen.

Tito, que lo disimulaba miéntras no salian sino hombres sin armas, muchos de los quales con esta ocasion se pasaban á los romanos, mandó á la caballería que prendiese á quantos salian de la ciudad, y sin distincion hizo crucificar á todos los que se hallaban con armas. Hubo día que pasaron de quinientos los crucificados; y los soldados por mofa los clavaban en varias ridículas posturas. Tito envió á la ciudad muchos de estos con las manos cortadas; pero nada era suficiente, ni para acobardar á los judíos, ni para ablandarlos.

Deseando pues el General rendirlos por hambre, para conservar la ciudad, resolvió rodearla con un muro que tuvo dos leguas de circuito, sostenido con trece fuertes, en donde habia tropas de día y de noche. Esta grande obra fué acabada en tres dias. Y desde entónces la hambre se llevaba familias enteras. Las casas estaban llenas de mugeres y niños muertos, y las calles de viejos. Por las plazas se veian jóvenes hinchados, sin poder andar, y cayendo á cada paso. Unos morian enterrando á otros.

LIBRO V. C. II. 12.
 LIBRO V. C. II. 12.
 XXXI
 SOGAVATERO
 -OBT SUO
 -ALIXA PAN
 XXXI

LOS QUE MU-
 YEN SON PUE-
 TOS EN CRUZ
 POR LOS RO-
 MANOS.

I Ib. v. c. 10. 11.
 al. v. c. 11. 12.

LIBRO V. C. II. 12.
 LIBRO V. C. II. 12.
 XXXI
 MI LOS MURR-
 LOS FUDOR
 CONTRA, MI
 LOS TRAHLOS
 DESCRIMINAR

Muchos se echaban á los sepulcros, esperando la muerte. Ya no se veían lágrimas, ni se oían lamentos: estaba la ciudad en un profundo silencio, como en una noche funesta. Solo los fieros zeladores andaban todavía robando, y jugando con las puntas de sus espadas con los cadáveres y moribundos, pero sin querer acabar la vida á los que se lo rogaban. Al principio á costa del tesoro público se enterraban los muertos; pero despues ya no habia manos, y así por el muro los echaban á los fosos. Tito al verlos en pocos dias llenos de cadáveres, horro- rizado levantó las manos al cielo, y tomó á Dios por tes- tigo de que no tenia él la culpa; y para dar fin á tan extraordinarias miserias, dió orden de adelantar lo pre- ciso para el asalto ¹.

Á pesar de la barbarie con que los sediciosos atormentaban á los que sorprendian huyendo al campo de los romanos, eran tantos los que lo intentaban, que lo conseguian muchísimos. Llegaban al campo hinchados como hidrópicos, y muchos morian rebentando, comiendo mas de lo que podia sufrir su debilidad. Algunos de los soldados siros, auxiliares de los romanos, observaron que uno de estos desertores recogia pedacitos de oro de entre sus excrementos; pues en efecto muchos en la ciudad se lo habian tragado, para que no se lo hurtasen los sediciosos. Corrió luego la voz por el campo, que los ju- díos estaban llenos de oro, y esto bastó para que las tro- pas árabes y siras les sacasen las tripas en busca del oro. En una noche se hallaron dos mil de estos infelices destri- pados. Al saberlo Tito, impuso pena de muerte á qual- quiera que cometiese tal barbarie. Sin embargo los siros y árabes siempre que podian esconderse de los romanos, prosiguieron en destripar á los judíos, aunque casi nunca encontraban nada de lo que los movia á tan fiera crueldad ².

Manneo, uno de los desertores, contó á Tito que por una sola puerta de que él estaba encargado, desde el catorce de abril, en que comenzó el sitio, hasta el pri-

¹ *Ibid.* v. c. 12.
al. vi. c. 13. 14.

XXXII
Ó DESTRIPADOS
POR SUS TRO-
PAS AUXILIA-
RES:

² *Ib.* v. c. 13.
al. vi. c. 15.

XXXIII
NI LOS MUER-
TOS PUDEN
CONTARSE, NI
LOS TRABAJOS
DESCRIBIRSE.

méro de julio, habian salido ciento quince mil ochocientos ochenta cadáveres de los pobres que se enterraban á costa del público. Y que quando ya no hubo manos para enterrarlos, á mas de los que desde el campo se veían echar á los fosos, eran innumerables los que se amontonaban dentro de algunas casas, cerrándolas bien despues para impedir el hedor. Los horrores que causaba la hambre eran cada día mas extraordinarios. Hasta de los muladares y caballerizas, especialmente de entre el estiércol de los bueyes, se buscaban migajas de paja y yerba, para comer lo que ántes no se habria podido mirar. Correas de sandalias, todo cuero, hasta el de los escudos, servia de alimento. Á la menor apariencia de haber algo que comer en alguna casa, se veía una guerra entre los mas íntimos. Padres é hijos, maridos y mugeres se disputaban un bocado como fieras. Y las mas veces se lo quitaban los zeladores, que como perros rabiosos andaban siguiendo las casas, y entrando dos ó tres veces cada hora en una misma.

Una muger de la otra parte del Jordan, famosa por su nobleza y riquezas, se halló como los otros encerrada en la ciudad. Los sediciosos le fueron robando las joyas, y quanto traía, sin dexarle nada del escaso vil alimento que habia podido recoger. Al verse pues pereciendo de hambre, y sola con un niño que criaba, despechada de dolor, insultó á los sediciosos, les dixo mil oprobios, á ver si podria obligarlos á que la matasen. Pero privada de tan desesperado consuelo, vueltos sus ojos al niño, le dice: "Niño infeliz, ¿para qué te conservo la vida? ¿Para que perezcas de hambre? ¿para que seas esclavo de los romanos? ¿para que caygas en manos de esos sediciosos, esas fieras?" Al llegar á estas palabras, coge al niño, le mata, le asa, come una buena parte, y esconde lo demas. Al olor de la carne, llegaron luego algunos de los sediciosos, y le intiman que la degüellan al instante, si no saca la carne que tiene. Ella con la apariencia de serenidad que le inspiraba su mis-

LIB. V. M. 7
 17 8 11 6
 137 31 171
 17 17
 XXXIX
 MAS LA DEB-
 -DE A LA SAN-
 -PERACION A
 -MADA CRON.

LIB. V. M. 7
 17 8 11 6
 137 31 171
 17 17
 XXXIX
 MAS LA DEB-
 -DE A LA SAN-
 -PERACION A
 -MADA CRON.

Año 70.

¹ *Ib.* v. al. vi.
c. últ. & vi.
c. 3. al. vii.
c. 7. s.

XXXIV

MAS LA DES-
ESPERACION Á
NADA CEDE.

mo despecho ó desesperacion, les pone delante varios miembros de su hijo asados, y al observar la sorpresa que les causa la vista de miembros humanos cocidos, les dice: "Sí, mi hijo es: yo misma le he muerto: yo he comido, ¿qué os deteneis? Comedle. ¿Sereis vosotros mas delicados que una muger? ¿Mas tiernos que una madre?"

La sola relacion de tales miserias conmovia á los romanos; pero los judíos sediciosos las miraban con indiferencia. Pasaban sin horror sobre montones de cadáveres para ir á pelear contra extrangeros con manos ensangrentadas contra sus conciudadanos. Ya no los animaba la esperanza de vencer, sino la desesperacion de su libertad. Los romanos hicieron nuevas plataformas ó terraplenes, aunque con mucho trabajo, por falta de madera, quedando ya asoladas las ántes frondosas campiñas de Jerusalem. Pero finalmente despues de furiosos combates los romanos ganaron la fortaleza Antonia, la arrasaron, llegaron al templo el diez y siete de julio, y se apoderaron de las dos galerías exteriores, que miraban al monte y al poniente. Tito que por sí mismo, y por medio de Josefo el historiador, varias veces habia hecho á los sitiados proposiciones de paz, mas ventajosas de lo que correspondia al estado en que se hallaban, aun ahora intentó de nuevo reducirlos, por no haber de forzar el lugar santo que deseaba conservar entero. Pero todas sus diligencias fueron vanas².

² *Jos. De Be-
llo* vi. al. vii.
c. i. s.

XXXV

EMBITEN LOS
ROMANOS EL
TEMPLO, Y Á
PESAR DE TI-
TO SE ABRASA.

Año 70.

En consecuencia á ocho de agosto los romanos acometieron el segundo recinto del templo. Ni pudieron derribar sus muros con los aríetes, ni quitar los suelos de las puertas, por ser piedras muy grandes, y muy bien trabajadas, ni escalar las galerías por la resistencia de los sitiados. Así Tito se vió precisado á meter fuego en las puertas del segundo recinto del templo. El fuego se apoderó luego de las galerías inmediatas, que ardieron todo el día y noche siguiente. Tito y sus capitanes, querían á lo ménos conservar el cuerpo del templo: por lo que ha-

fueron presos los dos mayores tiranos Juan y Simon, y guardados para el triunfo. Llegan á un millon y cien mil los judíos muertos en este sitio, y á noventa y siete mil los vendidos: el total de los muertos en la guerra pasa de un millon y trescientos treinta y siete mil. Tito no quiso aceptar las coronas que los pueblos vecinos le ofrecieron en honor de su victoria. *No es esta obra mia, dixo, yo no he hecho mas que prestar mis manos á la divina venganza irritada contra los judíos.* Dexó Tito una competente guarnicion sobre las ruinas de Jerusalem, y se retiró á Cesaréa, donde recogió los cautivos y despojos, esperando la primavera del año siguiente setenta y uno de Jesucristo, para pasar á Italia¹.

¹ *Ib.* VI. c. 6. s.
al. VII. c. 13. s.

XXXVII
VESPASIANO Y
TITO TRIUN-
FAN DE LA JU-
DEA.

² *Ibid.* VII.
c. 5.

XXXVIII
SUFREN TAM-
BIEN MUCHO
LOS JUDÍOS EN
EL IMPERIO DE
TRAJANO,

Al llegar á Roma triunfó de la Judéa con Vespasiano su padre. Juan y Simon, con setecientos judíos de los mas bien dispuestos, fueron llevados en este triunfo. Iba tambien la mesa, el candelero de oro, los vasos sagrados que pudieron conservarse, el libro de la ley, y las cortinas de púrpura del santuario². Aun se ve en Roma el arco que se edificó para este triunfo, y los curiosos conservan medallas de la *Judéa cautiva*.

Este grande y terrible suceso en todas sus circunstancias ofrece muy útiles reflexiones. Mas antes de recoger algunas de las mas importantes, demos una mirada sobre las ruinas de este pueblo hasta los tiempos de Constantino. Aunque en el sitio de Jerusalem perecieron tantos judíos de lo restante de la Palestina y provincias distantes, que sólo se hallaron en la ciudad por motivo de la pascua, sin embargo quedaron en grande número por todas partes; y el mismo exceso de sus trabajos los contuvo algunos años fieles á los romanos, y así libres de persecucion fueron recobrando gente y riquezas. Pero su furor y obstinacion les atraxó nuevas persecuciones, y la pérdida de quanto tenían en la Palestina. Hacia el año ciento y quince de Jesucristo los judíos de Alexandria, de todo el Egipto y Libia, como arrebatados del espíritu de rebelion, acometieron á griegos y romanos, y en las primeras embestidas

mataron mas de doscientos mil hombres. Comian su carne, se ceñian sus intestinos, y cometian otros excesos de inaudita crueldad. En Chipre igualmente mataron á doscientos quarenta mil entre romanos y griegos: lo que dió ocasion á la ley de que ningun judío, pena de la vida, pudiese desembarcar en Chipre. El emperador envió luego á una y otra parte tropas, que con el tiempo destrozaron enteramente quantos judíos habia armados. Los gobernadores de las provincias, sabida esta rebelión, los trataron con increíble rigor, y el de Mesopotamia tuvo orden de acabar con todos si podía, por miedo de que no pasasen á aumentar los desórdenes del Egipto.

Entre tanto los judíos de la Palestina, aunque no veian sino ruinas en Jerusalem, á lo ménos labraban con sosiego las fértiles campiñas de su adorada tierra. Pero acabóseles luego esta última reliquia de su antiguo reyno. Elio Hadriano, sucesor de Trajano, envió una colonia de romanos á Jerusalem, dió á la nueva ciudad el nombre de Elia, y edificó un templo de Júpiter en donde estaba el del Dios de Israel. Los judíos no podian ver la ciudad santa llena de gentiles y de ídolos; y á mas Hadriano les prohibió la circuncision. No se atrevieron á declarar luego la guerra á los romanos: pero se iban preparando, haciendo caminos cubiertos, cuevas subterranas, y otras prevenciones. Los romanos al principio no hacian caso; pero luego observaron que toda la provincia estaba en fermentacion, y en los judíos de los demas países vieron señas de que habia entre todos una conspiracion acordada, capaz de conmovier todo el imperio. Llegóse finalmente á una rebelion declarada, y quedó capitan de los judíos en la Palestina un ladron facineroso que tomó el nombre de Barcoquebas, que en siriaco significa *Hijo de la estrella*: diciendo que él era la estrella de Jacob profetizada por Balaan, que habia de exaltar á los judíos, y someter á los gentiles. Rufo gobernador de Judéa, habiéndole enviado tropas el emperador, hizo morir una infinidad de judíos, sin perdonar niños, ni mugeres, y confiscó sus tierras á

¹ Dion. *Epist. Traj.* Eus. *H. E.* IV. c. 2.

XXXIX

Y EN EL DE
HADRIANO
POR LA REBELION DE BARCOQUEBAS.

Año 132.

favor del pueblo Romano. Posteriormente llegó á la Judéa Julio Severo con nuevas tropas, y sin exponerse á una accion decisiva, por ver á los judíos en tanto número y tan desesperados, fué poco á poco destruyéndolos, de modo que fueron pocos los que se le escaparon. Solo en los combates y encuentros murieron quinientos ochenta mil hombres: los que perecieron de hambre, enfermedades contagiosas y fuego fueron innumerables. Cincuenta fortalezas, y novecientos ochenta y cinco pueblos los mas considerables de la Palestina, fueron enteramente arruinados. Así tan fértil provincia, una de las mas pobladas del mundo quedó reducida á un triste páramo, y los judíos privados de entrar en Jerusalem, ó por mejor decir en Elia, y aun de mirarla de lejos¹. Desde el año ciento treinta y quatro de Jesucristo, en que se acabó esta guerra, hasta los tiempos de Constantino, no ocurre suceso importante de los judíos. Los había por todas partes, eran zelosos de su ley y ceremonias, y sin embargo comunmente pobres, despreciados y oprimidos. Y este zelo de la ley de Moysés es la primera circunstancia que debemos observar en la espantosa catástrofe de la nacion judayca.

XL
NO ES LA IDOLATRIA LO QUE PROVOCA CONTRA LOS JUDÍOS LA DIVINA VENGANZA:

² Deuter. IV. v. 25. ad 31.

Año 133

³ Jud. II. v. 12. 14. 18.

⁴ Ib. III. v. 7. et 1.

Moysés en nombre de Dios intima á los judíos, que si despues de estar en la tierra de promision abrazan algun ídolo, con que provoquen la indignacion de su Señor Dios, el Señor irritado los sacará de aquella tierra, y quedarán dispersos entre los gentiles. Pero añade, que si despues buscan al Señor, como es Dios misericordioso, se dexará encontrar². Toda la historia de los judíos en tiempo de los Jueces se reduce á que los hijos de Israel, abandonando al Señor Dios de sus padres, seguian á los dioses extrangeros, ó de los pueblos de su rededor. Indignado Dios los hacia esclavos de sus enemigos; pero luego suscitaba algun Juez, en cuyo tiempo movido de misericordia los libraba³. La idolatría los hizo esclavos de Cusan rey de Mesopotamia hasta que los libró Otoniel⁴. Pero luego que este murió recayeron y merecieron ser esclavos del rey de Moab; hasta que arrepentidos clamaron

á Dios, que misericordioso los libró por medio de Aod ¹. ¹ *Ψ. 14. et 5.*
 Y así con mas ó ménos intervalo se sucedieron siempre, á la idolatría el castigo de Dios, á este el arrepentimiento del pueblo, y luego la libertad concedida por Dios, y á esta otra vez la idolatría.

En tiempo de los Reyes vemos tambien claras señales de una particular providencia de Dios; que castiga la idolatría de su pueblo; entregándole á sus enemigos, y le consuela y alivia quando le ve arrepentido. La idolatría de Salomon es la causa de la division del reyno de su hijo Roboam ². Perdido ya el esplendor, y fortaleza del reyno del piadoso David, se forman dos reynos de Israel y de Judá; y la idolatría es la que acaba con uno y otro en la cautividad de Babilonia. Las lágrimas con que acrecentaron las corrientes de sus rios, los lamentos con que suspiraban por su santa Sion, su arrepentimiento, y el fervor con que imploraban la misericordia y amparo de su buen Dios fueron tambien atendidos; y por medio de Ciro recobraron la libertad y la patria, y tuvieron el consuelo de ver un segundo templo de Jerusalem. Con esta larga cautividad parece que se desprendió el pueblo judayco de la propension á la idolatría, que conservaba desde Egipto: ya no vemos ídolos, ni bosques á ellos consagrados en los montes cercanos á Jerusalem. Pero si hasta entónces la idolatría del pueblo habia sido el preludio de sus grandes calamidades, ahora el zelo contra la idolatría sirve de ocasion de su última ruina. Considérese el principio de las persecuciones de Alexandria, el zelo de la ley que demuestran los judíos en Jamnia, sus vivas representaciones á Petronio, la consternacion de Agripa al oír que el emperador habla de estatua: mírese toda la serie de los antecedentes de esta horrorosa catástrofe, y se verá quán léjos está de ser la idolatría el delito de los judíos que ahora castiga la divina venganza.

Esta se descubre patentemente en la destruccion de la ciudad y del templo. Josefo, judío de nacimiento, y tenaz en su religion hasta la muerte, es quien nos refiere co-

XLI

² *III. Reg.*
C. XI. Ψ. 10.
II. 12.

XLII
 SUS RIGORES
 SE DESCUBREN
 MANIFIESTA-
 MENTE:

mo testigo de vista, quanto hemos dicho de la última guerra de Jerusalem. Y sin embargo, ¿qué de cosas nos dice, que claramente descubren que quanto allí se obraba lo dirigia con especialidad la divina venganza? ¿Qué de señales portentosas ántes de la última ruina de la ciudad? ¿Jesus Anano no fué un claro pregonero de las amenazas é indignacion de Dios? ¿Su mismo nombre no hacia eco al mayor de los delitos, que iba á ser castigado? Otras ciudades han tenido que sufrir los rigores de un asalto, de la hambre, ó de la peste. Pero ¿en qué ciudad han muerto en tan poco tiempo tan gran número, y con muertes tan desastradas? ¿En qué sitio se ha visto, que los que huían de la ciudad para entregarse al enemigo, fuesen tratados con la bárbara crueldad, con que fueron destripados innumerables judíos, por la codicia de una tropa indisciplinada? ¿En dónde se ha visto cosa semejante á aquel número sin número de crucificados expuestos á la vista de la ciudad, y del campo? Quántas crueldades, dice Josefo¹, quántos insultos pueden acompañar tan espantoso suplicio, todo fué puesto en uso por unos soldados, á quienes la rabia y el odio inspiraban el deseo de insultar á aquellos infelices. Josefo añade, que como Dios habia decretado la destruccion de todo el pueblo, los medios que hubieran debido librarle en todo ó en parte, se trocaban en nuevos suplicios. Mas en el espectáculo nunca visto de esta multitud de judíos, azotados, clavados en cruz, y de mil maneras insultados en el mismo suplicio, ¿quién no reconoce un justo castigo del furor, con que los judíos hicieron sufrir á JESUS los mismos tormentos é infamias?

¹ De Bel. v.
c. 11. al. vi.
c. 12.

XLIII

Sin embargo si reflexionamos las horrendas inhumanidades que dentro de la ciudad cometieron los que se llamaban zeladores, habremos de confesar que ellos eran, mas que los romanos, los zelosos executores de la divina venganza. No se sabia de donde les venia el nombre de zeladores, ni por que habian de arrogársele unas gentes impias, sanguinarias, enemigas de Dios, del templo, de

su patria, y destituidas de todo sentimiento de humanidad. Pero la divina Justicia halló en ellos un zelo proporcionado al falso zelo, que aparentaba Jerusalem contra JESUS, y contra su Iglesia. ¿Se ha visto jamas en otra ciudad que una parte de los sitiados tome por juego las miserias de sus paisanos, atormente con fieros suplicios á viejos, hombres y niños, se divierta con hacerlos morir de hambre? ¿que sus soldados ó gente aguerrida estén entre sí en una continua implacable guerra, solo conformes en atropellar á sus conciudadanos, abandonados á una funesta desesperacion, sordos á todo consejo, sin saber lo que intentán, solo firmes ú obstinados en arrastrar con su ruina la de su patria, de su nacion, y aun de la religion de que se quieren llamar zelosos defensores? Tal furor es único, y lo será siempre; pero tambien el delito de Jerusalem que dió la muerte al Hijo de Dios, no ha tenido, ni tendrá jamás exemplo.

Estos rigores de la divina venganza, quanto son mas extraordinarios, mas exáltan la gloria que acarrear á la Iglesia de Jesucristo sus profecías de la ruina de Jerusalem. Considérense las expresiones de JESUS quando en su entrada en Jerusalem, en medio de los gritos de alabanza del pueblo, prorrumpió en lágrimas y lamentos al considerar los males que su muerte habia de acarrear á aquella ciudad infeliz¹: la respuesta que subiendo al calvario dió á las mugeres, que se compadecian de sus trabajos²: y sobre todo el largo razonamiento con que respondió á algunos de sus discípulos en particular, quando le preguntaron entre otras cosas el tiempo en que habia de ser destruida Jerusalem³; y se verá que el Señor profetizó claramente que ántes de la ruina de la ciudad habria guerras universales y sangrientas, terremotos, hambres y pestes: que se verian en el cielo señales espantosas: que se levantarían muy crueles persecuciones contra sus discípulos: que comparecerían muchos falsos profetas, y Cristos fingidos: que vendrían exércitos á cercar á Jerusalem: que se veria la abominacion en el lugar santo:

XLIV.
JESUS LOS HA-
BIA PROFETI-
ZADO:

¹ Lib. II. núm.
308.

² Lib. II. núm.
369.

³ Lib. II. núm.
325. s.

que al verla, los que estuviesen en la Judéa debían huír á los montes: que la ciudad quedaria por todas partes estrechada, y circuida de trincheras: que las madres envidiarían la suerte de las estériles: que las tribulaciones serían tales, que jamas se ha padecido ni se padecerá tanto en otra ciudad: que Jerusalem quedaria asolada, y que no quedaria en ella piedra sobre piedra: que lo mismo sucederia á la grande fabrica del templo: que todos los del pueblo judayco, ó morirían en la guerra, ó quedarian esclavos de todos los pueblos: que Jerusalem seria pisada de los gentiles, hasta que se cumpliesen los tiempos de las naciones: y por fin se verá que el desprecio del Señor que les traía la paz, era el crimen que atraxo contra los judíos la divina venganza, y que estaban muy cerca de cumplirse unas profecías de tanto terror.

XLV

¹ *Disc. sur l'Hist. Univ.*
P. II. c. 22.

¶ Esto es lo que profetizó JESUS; y esto es lo que vemos exáctísimamente verificado. ¿No vemos en las historias, como observa el Señor Bosuet¹, que las pestes, hambres y terremotos, nunca han sido ni mas frecuentes, ni mas notables que por aquellos años? ¿La espantosa idea que nos da el Señor de sediciones, batallas y divisiones de pueblos, no nos representa al vivo los últimos años de Neron, quando todo el imperio romano, que es decir todo el mundo, tan pacífico desde Augusto, se vió de un golpe agitado en todas partes, conmovidas las Galias, las Españas, y demas reynos que le componian, quatro nuevos emperadores levantarse á un tiempo contra Neron, y unos contra otros, las cohortes pretorianas, y los exércitos esparcidos por la Siria, la Germania, y por todo el levante y poniente, atravesar de uno á otro extremo del mundo, baxo la conducta de sus emperadores, para decidir sus pretensiones con sangrientas batallas? Ya vimos el odio, con que los judíos persiguieron á los discipulos de JESUS²; y nadie ignora cuán cruel fué la persecucion que sufrió la Iglesia en los últimos años de Neron. Asimismo no es menester mas que reflexionar lo que con Josefó hemos dicho de la última guerra, y ruína de

² *Núm. 4. s.*

Jerusalén, para ver el modo, progreso, y efectos mas particulares, exáctamente delineados en la profecía de JESUS.

Sin embargo detengámonos un momento en dos de sus circunstancias particulares. Repetidas veces previno el Señor á sus discípulos, que se guardasen de los falsos cristos, y falsos profetas que se levantarían en la ciudad, y en el desierto en grande número, y que seducirían á muchos. Y como observa el Señor Bosuet ¹, no puede decirse que fuese fácil adivinarlo, por ser conforme al carácter de la nacion. Pues al contrario se habian desengañado ya los judíos de los seductores, que en tiempo de los reyes causaron tantas veces su ruina; y habian pasado mas de quinientos años, que no se habia visto ningun profeta falso en Israel. Pero Dios, que contiene quando quiere al espíritu de seducción, le soltó la rienda despues de la muerte de JESUS, para prueba de los fieles, y para castigo de los judíos. Jamas se han visto tantos profetas falsos como entónces, especialmente durante la guerra judayca. Josefo nos refiere una multitud de estos impostores, que con vanos prestigios atraxeron el pueblo al desierto, prometiéndole una pronta milagrosa libertad. Ni se limitaron á la Judéa semejantes ilusiones: corrieron por todo el imperio. No hay tiempo, en que la historia nos acuerde mas impostores, que se gloríen de pronosticar lo venidero, y engañen al pueblo con prestigios. Simon Maggo, Elimas, Apolonio de Tiana, y otros encantadores mencionados en las historias santas y profanas, compa-recieron en aquel siglo. Pero solos los de la Judéa bastaban para ver en ellos el cumplimiento de la profecía de Jesucristo, y una expresa figura del espíritu de seducción, que ha de reynar al fin del mundo en los tiempos del anticristo.

Esta semejanza de la ruina de Jerusalem con el fin del mundo, de la qual hablé en otro lugar ², la vemos tambien en el cuidado con que Dios pr eservó á sus discípulos de las desgracias de aquella infeliz ciudad. En los

XLVI

HABIA PREVENIDO Á SUS DISCÍPULOS CONTRA LOS PROFETAS FALSOS,

¹ *Ibid.*

XLVII

Y QUANDO HADRIAN DE HUIR DE LA CIUDAD.

² *Lib. II. núm. 325.*

terribles castigos con que Dios ostenta su poder á naciones enteras; las mas veces descarga sobre justos é injustos sin distincion; pues para distinguirlos tiene medios mas oportunos, que los que se descubren con nuestros sentidos. Unos mismos golpes quebrantan la paja, y separan el grano: un mismo fuego purifica al oro, y consume la escoria; y con unos mismos castigos quedan exterminados los malos, y los fieles mas puros. Mas en la desolacion de Jerusalem, para que fuese mas expresa la imagen del último juicio, en que han de quedar los buenos tan separados de los malos, y mas declarada la divina venganza contra los incrédulos, no quiso que los judíos que habian abrazado el evangelio quedasen confundidos con los demas; y Jesucristo dió á sus discípulos señales ciertas, para conocer quando habian de salir de la ciudad reprobada. Les dice, que quando vean la abominacion profetizada de Daniel en el lugar santo, ó quando vean un ejército al rededor de Jerusalem, entónces será el tiempo de salir de la Judéa, y de huir á las montañas ¹. Y es de advertir que el Señor, que tan claramente profetizó la extraordinaria circunvalacion de fosos y trincheras que hizo Tito, no les dió esa por seña de que se escapasen, sino solamente la vista de un ejército al rededor de Jerusalem: lo que se verificó en el de Cestio gobernador de Siria, el año sesenta y seis de Cristo.

¹ Lib. I. I. núm.
326.

XLVIII

Obedecieron los cristianos á la voz de su maestro. Y escaparon con tan feliz suerte, que habiendo tantos millares de ellos en Jerusalem, y por la Judéa, no hay indicio en ninguna historia de que ninguno se hallase dentro de la ciudad en el último sitio. Al contrario positivamente se nos asegura, que los cristianos se retiraron á la pequeña ciudad de Pella, en un país de las montañas junto al desierto, en los confines de la Judéa y Arabia: desde donde, al modo que Lot salido de Sodoma, consideraban con asombro los efectos de la divina venganza contra la Judéa, de que Dios se habia dignado preservarlos, por medio del aviso que les dió

2 Eus. III.
Hist. El. c. 5.

JESUS al tiempo de profetizar la ruina de Jerusalem.

A estas profecías de JESUS, añadamos algunos de los muchos lugares del viejo Testamento, en que vemos profetizado el abandono de Dios que sufre ahora el pueblo judayco, la abolicion de sus sacrificios, su dispersion por todo el orbe, su tan dilatada cautividad, y permanente ruina de su ciudad y templo, y hasta su conversion ántes del fin del mundo. Los profetas que denunciaron la ruina de Jerusalem por Nabucodonosor, y la cautividad del pueblo judayco en Babilonia, se valen casi siempre de expresiones tan enérgicas, que persuaden que tenían á la vista otra más terrible destruccion y cautividad, de que aquella no fué mas que sombra, y en que vemos sumergido al desgraciado pueblo despues de tantos siglos. Pero á veces parece que directa y únicamente hablan de los tiempos posteriores á la venida del Redentor, y establecimiento de la Iglesia. Isaías desde la primera vision predice á los judíos, que su provincia ha de quedar asolada por exercitos enemigos, y la misma Jerusalem desamparada y reducida á un monton de ruinas ¹. Pero añade que Dios le restituirá sus jueces antiguos, y Jerusalem quedará redimida de su desolacion y cautividad ². Quien lea todo este capítulo, verá una clara alegórica profecía del abandono del pueblo judayco, y otros misterios del nuevo Testamento, aunque tambien declarase Isaías á los judíos lo que habian de sufrir de Nabucodonosor, y su restauracion por Ciro.

Mas al principio del capítulo segundo parece que el profeta ya mira únicamente los tiempos del Mesías deseado de las gentes, y esperado de Israel: *Habrá, dice, en los últimos dias un monte preparado para casa del Señor en la cima de los montes, y se levantará sobre los collados, y á él correrán, á la manera de los rios al mar, todas las naciones. Irán los pueblos, y dirán: Venid, subamos al monte del Señor, y á la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y andaremos por sus sendas, porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalem la palabra del Señor. Él será Juez de las gen-*

XLIX

YA EN LOS
PROFETAS DE
LOS JUDÍOS VE-
MOS EL CONS-
TANTE ABAN-
DONO DE DIOS
QUE AHORA SU-
FREN,

¹ Isai. i. v. 48.

² v. 27.

tes, y dexará convencidos á muchos pueblos; y de sus espadas harán réjas, y hoces de sus lanzas: no tomará espada pueblo contra pueblo, ni se exercitarán mas en batallas. ¿En dónde hallarán los judíos esa casa del Señor á que concurren las naciones á recibir su doctrina, ese Juez de las gentes que convence los pueblos, y les inspira la paz? Pero nosotros en la magnífica idea de un monte tan elevado, vemos claramente la Iglesia de Jesucristo plantada en Jerusalem, y salida de la Judéa, á que con tanta velocidad han corrido tan varias, y entre sí distantes naciones. En este pacífico Juez de las gentes no podemos dexar de reconocer á nuestro buen JESUS, cuya ley es toda de mutuo amor, y que quiso nacer en una época en que estuviese todo el mundo en paz. Observemos ahora que el profeta, despues que supone que los gentiles ya están en el monte del Señor, y andan por sus caminos, se vuelve al pueblo judayco, le exhorta á abrazar la luz de la fe, y le dice: *Casa de Jacob, venid, y andemos con la luz del Señor.* Y luego como dando razon de que tantos descendientes del fiel Jacob se queden fuera del monte, nueva casa del Señor, habiéndó entrado ya tantas naciones gentiles, se vuelve al mismo Dios con estas sentenciosas palabras: *Porque tú, Señor, tú has abandonado á tu pueblo, á la casa de Jacob;* y en seguida manifiesta las justas causas, que han movido la divina venganza á tan terrible abandono.

II
LA ABOLICION
DE SUS SACRI-
FICIOS,

Este abandono del pueblo judayco aun mas claramente le profetizó Malaquías. Despues que este profeta ha reprehendido con vehemencia los vicios del pueblo, y de los sacerdotes de Israel, habla de esta manera: *No os quiero á vosotros, dice el Señor de los exercitos, ni aceptaré dones de vuestras manos.* Y en seguida para darnos á entender que no se trata de desamparar al pueblo por algun tiempo, como hasta entónces, sino de substituir al pueblo judayco un pueblo escogido que abraze todas las naciones, y á los sacrificios de Jerusalem un sacrificio que se ofrezca en todos los lugares, prosigue así: *Porque*

de levante á poniente es grande mi nombre entre los gentiles; y en todo lugar se sacrifica y ofrece á mi nombre una oblacion pura; porque grande es mi nombre entre las gentes, dice el Señor de los exercitos ¹. ¿Qué respondeis á esto? podemos decir á los Judíos con San Agustin ²: "Abrid finalmente los ojos, y ved como desde levante á poniente los cristianos ofrecen el sacrificio, no en lugar determinado como se os habia mandado á vosotros, sino en todas partes: no á qualquiera Dios, sino al que predixo estas cosas, al Dios de Israel. Y confesad, que desde que Jesucristo plantó su Iglesia, é instituyó su sacrificio, desechó Dios á su antiguo pueblo, y los sangrientos sacrificios del templo de Jerusalem."

Que el pueblo judayco despues de abandonado por Dios subsistiria, bien que disperso entre todas las naciones, lo predixo el real profeta David en el salmo 58. Este salmo conviene admirablemente á JESUS, y á su Iglesia; y en él hallamos estas palabras: *Dios me ha hecho ver la venganza de mis enemigos. No los mateis; para que mis pueblos no lo olviden* ³. Cristo es el que ruega á su padre que no destruya enteramente á la ingrata nacion que le negó y despreció: para que su castigo, aunque terrible, si fuese pasagero no llegase á ser olvidado de los cristianos. *Sean dispersos*, prosigue, *con tu poder, y degrádalos, ó Señor protector mio*. Y así se ha cumplido, dice San Agustin ⁴: dispersos vemos á los judíos entre todas las naciones, dando un constante testimonio de su iniquidad, y de la verdad de nuestra fe. El mismo real profeta en el salmo 17. nos pinta una guerra, y una victoria contra sus enemigos. Y como este salmo, segun el título, le compuso David quando ya era pacífico poseedor del reyno de Israel, debemos creer, que este es uno de los muchos pasages, que en el salmo hay muy propios del Mesías; y que solo se habla de la guerra de Cristo con el infierno y con el demonio, la que terminó con la victoria de Cristo que reduxo los gentiles á la fe, y exterminó á los judíos rebeldes al evangelio, homicidas

¹ Malach. I.
v. 10. & 11.
² S. August.
Cont. Jud. t. 8.
& 9.

III
SU DISPERSION
ENTRE LAS
NACIONES,

³ Psal. LVIII.
v. 2.

⁴ Enar. in
hunc psalm.

¹ Psal. xvii.
v. 40. 41.

LIII
Y SU PERMA-
NENTE RUINA.

² Isai. xxv.
v. 2. 3.

LII
SU DIGNIDAD
DE SU DIGNIDAD
DE SU DIGNIDAD

LII
DE SU DIGNIDAD
DE SU DIGNIDAD

³ Jer. xix.
v. 11.

LII

⁴ Dan. ix.
v. 25.

del Mesías, y obstinados perseguidores de su Iglesia. De los judíos pues enemigos de Cristo, leemos en este salmo¹: *que fueron precisados á huir: que fueron dispersos: que gritaron, y no habia quien los ayudase: que gritaron al Señor, y no quiso oírles.*

Al modo que la dispersion por todo el orbe, tambien hallamos en los antiguos profetas la dilatada cautividad, y permanente ruina de este pueblo. Isaías alaba al Señor, porque ha dexado á Jerusalem hecha un sepulcro: ha arruinado la ciudad, y la ha dexado en términos, que *nunca jamas vuelva á ser ciudad, ni á reedificarse*². Estas expresiones no pueden referirse á los tiempos de Nabucodonosor sin mucha violencia, habiéndose reedificado la ciudad ántes de un siglo. Y aun será mas difícil señalar qual era entónces el pueblo fuerte que alababa al Señor por la ruina de Jerusalem, segun leemos en el verso siguiente. Mas en tiempo de Tito la Iglesia con un santo temor alabó la divina Justicia, que castigaba aquella obstinada ciudad; y á esta ruina ha seguido sin duda la mas constante desolacion. Jeremías anuncia á Jerusalem un sitio, en que ha de quedar tan cerrada por sus enemigos, que llegarán los padres á comer las carnes de sus hijos; y luego añade: *Esto os dice el Señor de los exercitos: Haré pedazos á este pueblo y á esta ciudad, del mismo modo con que se quiebra un vaso de barro, que no puede restaurarse nunca jamas*³.

En la famosa profecía de las setenta semanas de Daniel, quando ya la ciudad y templo habian sido arruinados por Nabucodonosor, con los mas evidentes caracteres se nos pinta la ruina de Jerusalem por Tito, y la desolacion que aun padecen la ciudad, el templo, y el mismo pueblo. Para consuelo de sus compañeros en la cautividad les anuncia el profeta, que serán reedificados los muros, y plazas de su adorada Jerusalem, bien que en tiempos de angustias, ó entre contradicciones y trabajos⁴: dexa siete semanas, ó quarenta y nueve años, para el cumplimiento de esta primera parte de su profecía. Pero

Inégo, hablando de lo que sucederá pasadas otras sesenta y dos semanas de años, dice que será muerto el Cristo: que el pueblo le negará, y dexará de ser pueblo suyo: que vendrá un ejército que arruinará ciudad y santuario: que la guerra se acabará con una devastacion universal, y dexando por todo la desolacion: que faltarán los sacrificios: y que esta desolacion perseverará hasta la consumacion, y hasta el fin¹.

Ya hemos visto que la devastacion de toda la Judéa fué tan horrorosa como habian pronunciado los profetas; y estamos viendo á los judíos arrojados de la Palestina, y dispersos por todo el mundo. Sin embargo este pueblo aun subsiste de un modo asombroso: subsiste en su ciega obstinacion: subsiste para ser útil ahora á la Iglesia, y para coronarla despues de gloria con su conversion. Si consultamos la historia de los asirios, fenicios, lacedemonios, atenienses, galos, celtíberos, y otros pueblos antiguos, ninguno hallaremos que acabase con una desolacion tan terrible y tan universal. Sin embargo las reliquias de los demas pueblos quedaron confundidas con las naciones que conquistaron sus tierras; pero los judíos, aun ahora despues de tantos siglos, se conservan claramente distinguidos de toda otra nacion antigua y moderna.

La religion judayca parecia especialmente vinculada á Jerusalem, y á su templo; pues en él únicamente ofrecia sacrificios. Pendia necesariamente de la distincion de tribus y familias; pues de Leví habian de nacer los ministros de las cosas sagradas, de Aaron los sacerdotes y pontífices, y el mismo Mesías de David y de Judá. Despues de la venida y muerte del ungido del Señor, debiendo faltar los sacrificios, como habia profetizado Daniel², y habiendo comenzado el nuevo sacerdocio segun el orden de Melquisedec, y el imperio espiritual de todo el mundo: ya era por demas que hubiese templo, y que se supiese quien descendia de Aaron, de Leví, de Judá, ó de David. Asi dispuso Dios, que con la ruina de la ciudad y templo pereciése la distincion de tribus y familias,

¹ *v.* 26. & 27.

LV

CON TODO EL
PUEBLO SUBSISTE
EN UN ESTADO ASOM-
BROSO,

² *Dan.* IX.
v. 27.

y se acabase la sucesion de los pontífices, que se habia conservado continua desde Aaron. Y sin embargo despues de tantos siglos que están los judíos sin templo, y sin distincion de tribus ni familias, se hallan muchísimos zelosos de sus escrituras, y fieles observadores de su circuncision y de algunas otras ceremonias religiosas, que los distinguen de todo otro pueblo ó nacion. Á la verdad es cosa muy admirable que la nacion judayca, ni baxo el imperio de reyes paganos, ni de los cristianos, haya perdido la señal de su ley, que la distingue de los demas pueblos y naciones. Dios que puso una señal en Cain, para que no le matase ninguno de los que le hallasen, ha dispuesto que esta nacion, homicida del mejor Abel, tuviese su señal, con que la hallasen los emperadores y reyes en sus reynos, y ninguno la matase; esto es, ninguno impidiese que haya muchos judíos separados de todos los demas pueblos, con la cierta peculiar señal de sus observancias¹.

¹ Vid. S. Ang.
C. Faust. Lib.
XII. c. 13.

LVI

CON SU CIEGA
OBSTINACION;

² Ep ad Dar.

¿Pero quién no se pasma de la ceguedad y dureza de este pueblo, que ni ve la luz de tantas profecías ya evidentemente verificadas, ni se ablanda con tan largo castigo, en que está tan declarada la venganza de Dios? “¿Qué esperas, ó judío incrédulo? pregunta San Gerónimo? “Tú cometiste muchos delitos en tiempo de los Jueces: tu idolatría te hizo esclavo de las naciones vecinas; pero Dios tuvo luego compasion de tí, y no tardó á enviarte salvadores. Tú multiplicaste tus idolatrías en tiempo de tus Reyes; pero las abominaciones en que caiste en los reynados de Acaz y Manases, no fueron castigadas sino con setenta años de cautividad. Reynó Ciro, y te volvió tu patria, tu templo, y tus sacrificios. Finalmente quedaste abatido por Vespasiano y Tito. Cincuenta años despues Hadriano acabó de exterminarte, y llevas ya quatrocientos años de opresion.” Ahora diria el Santo que ha pasado ya diez y siete siglos baxo el yugo de su cautividad. “¿Qué has hecho pues, ó pueblo ingrato? Esclavo en todos los países y de todos los principes, tú

» no sirves á dioses extrangeros. ¿Cómo es que te haya ol-
 » vido Dios que te habia elegido? ¿Qué se han hecho
 » sus antiguas misericordias? ¿Qué crimen, qué atentado
 » mayor que la idolatría, te hace sufrir un castigo que
 » nunca te habian acarreado tus idolatrías? ¿Callas? ¿No
 » puedes comprehender porque está Dios tan inexorable?
 » Acuérdate de quando tus padres dixeron: su sangre cay-
 » ga sobre nosotros, y sobre nuestros hijos; y tambien: No
 » tenemos otro rey que al César. No será pues tu rey el
 » Mesías: quédate con el que elegiste: seas esclavo del Cé-
 » sar y de los reyes, hasta que haya entrado la plenitud de
 » los gentiles, y en fin se salve todo Israel". Hasta aquí
 » San Gerónimo.

Tan fuertes reconvenciones de nada sirven contra la
 obstinación judayca: ni las mas claras profecías bastan
 para remedio de su ceguedad. Josefo llegó á estar tan per-
 suadido de que el tiempo en que vivia era el señalado por
 Daniel, que tuvo por cierto que Jerusalem quedaria ven-
 cida, y en poder de Tito ¹. Sin embargo no llegó á ver
 que Daniel pone la ruina de la ciudad despues de la veni-
 da y muerte del Cristo. ¡Ó ceguedad imponderable! De
 Josefo y de sus semejantes Isaias profetizó, que por no
 querer oír, ver, ni entender las visiones ó profecías ²,
 quedará endurecido su corazon, sordos sus oídos, ciegos
 sus ojos: ni verán, ni oirán, ni entenderán, y así serán
 incorregibles é incurables. De ahí la dureza de corazon
 la sordera, y la ceguedad espiritual, que JESUS y San Pa-
 blo tantas veces echaron en rostro á los judíos de su tiem-
 po: á los mismos vicios venimos enteramente abandonados
 los judíos de los siglos posteriores; y este abandono es el
 mas terrible efecto de haber Dios desechado á su pueblo:
 este es el mas rigoroso castigo de la divina venganza con-
 tra los judíos.

Pero como la divina Providencia todo lo dirige al bien
 de sus escógidos, esa misma obstinacion de la mayor par-
 te del pueblo judayco ha cooperado á la salud de las na-
 ciones gentílicas, y aun de aquellos hebréos que quiere

IX. MOH
 .2
 VII. MOH
 .2. OP

XII

LVII

¹ Jos. Antiq.
 VI. c. 2. al. VII.
 c. 4.

² Is. vi. v. 9.
 IO.

LANGUA 2.
 LB. LVIII
 SUBSISTE PARA
 SER ÚTIL AHO-
 RA Á LA IGLE-
 SIA,

¹ Rom. XI.
v. 2.

² Act. XIII.
v. 46. s.

LIX

Dios preservar de la ruina comun á la nacion ¹. La palabra de Dios debia comenzar á predicarse á los judíos, y el rechazarla estos, fué ocasion de que se predicase mas pronto á los gentiles ². Y los mismos hebreos, viendo que las promesas hechas á sus padres eran transferidas á las demas naciones, tenian ocasion de entrar en una santa envidia, que los moviera á imitarlas.

Así la perfidia judayca fué útil á la Iglesia en sus principios. Y aun en los siglos posteriores no en vano, dice San Agustin, los judíos vencidos por los romanos no quedaron del todo destruidos; y en lo que toca al culto de Dios, han conservado la ley, y costumbres de sus padres. Destruido su templo, extinguido el antiguo sacerdocio, todavía conservan la circuncision, ázimos y sábados, que los distinguen de las demas naciones. Dispersos andan por todas partes los judíos, trayendo sus códices, en que se halla profetizado Cristo. Presento un códice, leo un profeta; hago ver el cumplimiento de la profecía: ¿Duda el pagano, si yo la habré fingido? Ahí está mi enemigo con su códice; muy recomendado por sus mayores desde muy remota antigüedad. Á ambos pues los dexo convencidos. Al judío, porque le hago ver la profecía y su cumplimiento: al pagano, porque ve que yo no lo he fingido. ¡Ó altísimo misterio! Quando los paganos en la fe de los reyes, en la ruina de los ídolos, y en la mutacion de las cosas humanas, ven tan claramente cumplidas en el nombre de Cristo las profecias sagradas, algunas veces se han atrevido á decir que son escritas despues de los sucesos. Al modo que su poeta Virgilio refirió como profetizado el nacimiento de los príncipes de los romanos, que habian nacido ya quando él escribia. Mas ahora con los códices de los judíos los vencemos: los códices de los judíos sirven para hacer cristianos. ¡Ó gloria de nuestro Rey!

³ S. August.
Serm. 374. de
Epiph. al. 671.

LX

Los judíos nos guardan nuestros libros, ellos son los archiveros, y los liberos de la Iglesia de Jesucristo. Ellos llevan por todas partes los sagrados códices, en que fué

profetizado Cristo y su Iglesia. Porque, ¿no guardan ellos con religiosa vigilancia las divinas escrituras, en que vimos tan claramente prenunciados los sucesos y misterios de nuestro Redentor JESUS, desde su encarnacion hasta su ascension á los cielos? ¿No se hallan en sus libros sagrados las evidentes profecias del reyno espiritual de Jesucristo ó de su Iglesia? Mas ellos llevan en sus manos la antorcha de la ley, y de los profetas, solo para alumbrar á los demas. Presentan las pruebas de nuestra fe, y la persiguen. Poseen las sagradas escrituras, no ya para su salvacion, sino en testimonio de la nuestra. Y lo que mas asombra es, que en el claro espejo de los libros divinos, no solo se representa la serie de los sucesos de Cristo y de su Iglesia, sino tambien el infeliz actual estado de los judíos, sus mismos oprobios y obstinacion; pero como en un espejo comun el semblante de un ciego, que es visto de todos, ménos de él mismo ¹. De esta manera la subsistencia de un pueblo enemigo de los cristianos, que conserva las antiguas escrituras, aumenta considerablemente la fuerza de las profecias, y su mismo infeliz estado hace brillar mas la luz del evangelio, en que se halla evidentemente profetizado su exterminio. Con tanta razon, dixo S. Pablo, que la criminal infidelidad de los judíos es la riqueza del mundo ².

Pero si es así, pregunta el mismo apóstol, si la escasez del número de elegidos de este pueblo es la riqueza de las naciones gentiles, ¿quánto mas lo será su plenitud? ³ Si mientras son ramos cortados y echados por tierra, aun dan algun fomento al árbol de la Iglesia, ¿quánta frondosidad y hermosura le añadirán, quán abundante y suave fruto darán quando sean otra vez inertos en el místico olivo, quando otra vez participen de las suaves influencias de la fecunda raiz, esto es, de las gracias de nuestro Redentor JESUS? ⁴ En efecto ántes del fin del mundo se convertirá el pueblo judayco, segun nos insinuó Jesucristo, nos declaró S. Pablo, y habian anunciado ántes los antiguos profetas.

¹ S. August.
Enar. in Ps.
LVI.

² *Rom. xi.*
v. 12.

LXI

Y PARA CORO-
NARLA DES-
PUES DE GLO-
RIA EN SU CON-
VERSION,

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid. v. 17.*
seq.

LXII
DECLARADA
POR SAN PA-
BLO,

¹ Luc. XXI.
v. 24.

² Rom. XI.
v. 1.

³ v. 5.

⁴ v. 7. ad 10.

⁵ v. 11.

⁶ v. 22. s.

⁷ v. 25. 26.

Una de las circunstancias mas misteriosas de esta profecía del Redentor, es que nos advierte que la esclavitud de los judíos entre todas las naciones, y el estar privados de su ciudad, durará *hasta que se hayan cumplido los tiempos de los gentiles* ¹. En cuyas palabras, si las cotejamos con la doctrina que nos da S. Pablo en la carta á los Romanos, fácilmente entenderemos que Dios no tendrá abatido y abandonado al pueblo judayco hasta el fin del mundo, sino solo hasta que se hayan cumplido los tiempos de la gentilidad, ó hasta que las varias naciones gentiles en la sucesion de los tiempos hayan entrado en la Iglesia. Sienta San Pablo ², que Dios no ha desechado del todo, ni para siempre al pueblo judayco; pues al modo que en el tiempo de Elias, tambien en los tiempos de JESUS, fueron muchos los de ese pueblo, escogidos para alcanzar la gracia del Salvador ³. Es verdad, prosigue, que los demas han quedado ciegos y sordos hasta el dia de hoy, y que los mismos medios de salud les han servido de escándalo ⁴. Pero su caída, ó su delito ha servido á la conversion y salud de los gentiles ⁵. Á quienes para que no abusen de la bondad de Dios en orden á ellos, ha de servir de escarmiento la severidad de Dios contra los judíos ⁶. Pero no quiero, añade S. Pablo, elevándose hasta penetrar los designios de la divina Providencia, no quiero que vosotros ignoreis este misterio, para que vosotros mismos no os tengais por sabios; porque la ceguedad ha caido sobre una parte de Israel, hasta que haya entrado la plenitud de las gentes; y así se salve todo Israel, segun está profetizado ⁷. Como si dixera: Para que vosotros, ó gentiles convertidos no os ensoberbezcais, voy á descubrir os un misterio; y es, que la ceguedad y dureza que veis en una gran parte del judaismo, tiene un término fixado en los decretos de Dios. Este término, mas allá del qual no pasará la obstinacion judayca, es quando habrán entrado en la Iglesia el cuerpo, ó el mayor número de todas las naciones. Entonces toda la nacion de Israel recibirá el evangelio y la salud, segun profetizó Isaías.

Este profeta, en el lugar á que se refiere el Apóstol, habla de la venida de Dios, Salvador del mundo. Luego de la conversion de los gentiles, diciendo que el temor del Señor y su gloria llegarán de levante á poniente, y que extenderá su imperio, ó su Iglesia, con la rapidez de un violento rio agitado de un viento impetuoso. Y por último añade lo que cita el Apóstol, esto es, que el Redentor vendrá tambien á Sion, y que borraré las iniquidades de los descendientes de Jacob, admitiéndolos á un nuevo pacto ó alianza, que durará hasta el fin del mundo¹, ó todo el tiempo que será del divino agrado que dure el mundo despues de tan maravilloso suceso.

El Señor por Oseas se vale del exemplo de una muger adúltera, que pasa largo tiempo separada ya de sus cómplices, pero sin volver con su marido, para prenuñciar á los hijos de Israel que estarán muy de asiento dilatados dias apartados ya de la torpeza de sus ídolos, pero abatidos, y separados aun de Dios, sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin altar, sin el sagrado ornamento llamado *Efo*, con que los pontífices profetizan, y tambien sin ídolos que adoren. Pues si los hijos de Israel, aun en este estado de oprobio y abatimiento, contribuyen á promover la gloria del mismo JESUS, á quien crucificaron; cuánto mas la promoverán en aquellos tiempos posteriores, en aquellos últimos, ó remotísimos dias, en que el mismo profeta asegura que se convertirán, que buscarán al Señor su Dios, y al Mesías hijo de David, y que llenos de pavor y asombro contemplarán al Señor, y los dones de su infinita beneficencia, especialmente al mismo Redentor fuente de todo bien²?

Concluyamos pues, que quanto sucede al pueblo judayco en todas épocas y circunstancias se ordena á promover la gloria del nombre de JESUS y de su Iglesia. Si en las primeras edades del mundo sus príncipes, sacerdotes y profetas, sus cosas sagradas, sacrificios y ceremonias, su paz, sus victorias, y tambien sus cautividades, todo era figuras de nuestro Redentor JESUS, todo pre-

LXIII
Y ÁNTES
ANUNCIADA
POR LOS PRO-
FETAS.

LXII
1^a Isai. LIX.
v. 15. ad 21.

LXIV

2 Ose. III.
v. 3. 4. 5.

LXV
LUEGO EL PUE-
BLO JUDAYCO
PROMUEVE
SIEMPRE LA
GLORIA DE LA
IGLESIA,

nuncios de las personas, cosas y sucesos de la Iglesia: si al fin del mundo los hijos de Israel otra vez ensalzarán el nombre del Señor, y trocarán su actual odio á la Iglesia en zelo de su extension y esplendor: tambien ahora desde que la verdad hizo cesar las figuras, ó desde que vino JESUS al mundo y plantó su Iglesia el pueblo judayco antes de convertirse ya contribuye á su esplendor y gloria.

LXVI
HASTA CON SU
ODIO Y PERSE-
CUCIONES.

Las persecuciones que desde luego suscita contra la persona de Jesucristo y contra su Iglesia, hacen que esta mas rápidamente se extienda por toda la Judéa, por toda Samaria, por todo el oriente, por todo el mundo. Las mismas persecuciones provocan la divina venganza á fulminar contra su ciudad y templo, contra la Palestina, y contra todo el pueblo judayco, esa desolacion espantosa y esa dispersion constante, por cuyo medio se ve en todas partes un pueblo enemigo de JESUS y de su Iglesia, el qual en sus mismas desgracias es un evidente testimonio del cumplimiento de las profecías de JESUS; y en sus libros sagrados conserva innumerables pruebas de que quanto sucedia al Redentor, y los principales sucesos de la Iglesia fueron muchos siglos antes profetizados por Dios, y por tanto dirigidos por Dios. Y de esta manera la Iglesia, no solo queda por la divina Justicia vindicada de las persecuciones y del odio del pueblo judayco, sino que por lo mismo es mayor su gloria en el cumplimiento de las profecías.

CAPÍTULO II,

**LA IGLESIA PERSEGUIDA POR LOS TIRANOS, ES FECUNDADA
CON LA SANGRE DE LOS MÁRTIRES, Y ENNOBLECIDA
CON SU FORTALEZA MAS QUE HUMANA.**

ARTÍCULO I.

*Profecías de las persecuciones, sus causas, y Actas
de los Mártires.*

En las antiguas profecías con que el Dios de Israel anunciaba las desgracias de su pueblo mucho ántes que sucediesen, hallamos con frecuencia expresiones que nos convencen que en los justos del antiguo pueblo, perseguidos y atribulados, miraba el Señor desde entonces á los cristianos, y les preparaba el consuelo de ver profetizadas muchos siglos ántes las persecuciones y trabajos que habian de sufrir por la causa de Dios. San Pablo en la carta á los Romanos ¹, hablando de las tribulaciones, hambre, desnudez, peligros, persecuciones y muertes que los discípulos de Cristo padecen por el Señor que tanto los amó, las supone profetizadas en aquellas palabras de David: *Por tu causa se nos mortifica sin cesar: tratado se nos ha como ovejas del matadero.* Y si miramos el salmo 43. de que se tomaron, le vemos lleno de amorosos damentos y súplicas, con que los justos piden el amparo de Dios al verse despreciados, afligidos y perseguidos hasta la muerte, y largo tiempo abandonados por Dios á la miseria, tribulación y abatimiento, aunque su corazon se haya mantenido fiel á Dios, y solo se vean mortificados por defender su causa. Todo lo qual aunque tuvo cumplimiento en Eleazar y en los Macabéos, pero mucho mas en las crueles y largas persecuciones de la Iglesia, y en sus valerosos é innumerables mártires.

Asímismo nuestro divino Redentor, previniendo á los

LXVII
EN EL ANTI-
GUO TESTA-
MENTO, OV
PROPHETIZADAS
LAS PERSECUCIONES
DE LA
IGLESIA:

¹ Rom. IX.
v. 35. 36. 37.

LXVIII

¹ *Mat. xxvi.*
* 31.

² *Zach. vii.*
* 7, 8, 9.

— LXIX —
Y EN EL NUE-
VO FUERON
PROFETIZADAS
LAS PERSECU-
CIONES DE LA
IGLESIA:

³ *Mat. x. 16.*

⁴ *Mat. xxiv.*
* 9, 10.

⁵ *Juan. xvi.*
* 2.

⁶ *Col. i. 24.*

⁷ *II. Cor. vi.*
* 4.

⁸ *Ib. xi. 23. s.*

apóstoles que en la noche de su pasión huirían dispersos y escandalizados, añade ¹: *Porque escrito está: Heriré al pastor y quedarán dispersas las ovejas del rebaño. Y si acudimos al capítulo trece de Zacarías, en seguida de estas palabras hallamos que la misma mano que descarga sus golpes contra el pastor, se vuelve igualmente contra los corderos ó inocentes: y que la misma tercera parte del rebaño que ha de permanecer invocando el nombre de Dios y siendo atendida por su divina Magestad, será con todo purificada con el fuego de las angustias y persecuciones, será abrasada y acrisolada como suele probarse con el fuego el oro y la plata. Y entonces dirá el Señor: Este es mi pueblo; y este dirá: El Señor es mi Dios ².*

Mas así nuestro divino Redentor como San Pablo, no contentos con hacernos ver indicadas por los antiguos profetas las persecuciones de los cristianos, las prenunciaron con mucha claridad. El Señor declaró varias veces á sus apóstoles y discípulos que los enviaba como ovejas entre lobos, que serian presentados á los tribunales y castigados como delinquentes ³, atribulados y muertos, hasta ser aborrecidos de todas las gentes solo por ser cristianos ⁴. Y aun les añadió que llegaría tiempo en que quien les daria muerte creeria hacer obsequio á Dios ⁵. El apóstol San Pablo juzgaba tan propio de la Iglesia el padecer á imitación de Cristo su cabeza, que se gozaba en los trabajos que padecía, por considerarlos como un complemento de lo que Cristo debe padecer en sus miembros ⁶. Y exhortando á los corintios á portarse en todo como ministros de Dios, lo primero que les acuerda es la paciencia, las tribulaciones, las angustias, las llagas, las cárceles, las sediciones excitadas contra ellos, y los trabajos ⁷. Asimismo en prueba de que se le debe mas que á algunos otros el honor de ministro de Cristo, solo alega que ha padecido mas, que ha sido encarcelado, azotado, apaleado, apedreado, muchas veces casi muerto, que se ha visto en toda suerte de peligros, y que ha sufrido toda especie de trabajos ⁸. Y estas y semejantes prevenciones, que son fre-

qüentes en los libros del nuevo Testamento, y que los fieles veían sin interrupcion verificadas desde Cristo y sus apóstoles, cooperaban mucho á conservar viva su fe, y animosa su esperanza; á pesar de la extension, crueldad y constancia de las persecuciones en los tres primeros siglos de la Iglesia.

Quien considere los tormentos é ignominias que quiso padecer nuestro Señor Jesucristo para fundar la Iglesia sobre la tierra, no admirará que dexase padecer tantos y tan crueles martirios á los primeros cristianos. Á mas de que para arraygar en sus corazones el desprecio de las cosas de la tierra, y avivar sus deseos de los bienes celestiales, eran muy á propósito los desprecios y persecuciones que sufrían, y el inminente peligro en que siempre estaban de perder quanto hay de apreciable en este mundo, y hasta la misma vida. ¿Y de qué manera podía mejor evidenciarse que la Iglesia no era establecimiento humano, sino obra de la divina Omnipotencia, que viéndola extenderse y arraygarse por todas partes, mientras que todos los sabios y poderosos de la tierra trabajaban en destruirla, por espacio de trescientos años? Pero no queramos indagar los designios de la divina Providencia en permitir las persecuciones de la Iglesia. Mas fácil será considerar las causas que las motivaron de parte de los hombres.

Las atroces calumnias que los judíos esparcieron contra los cristianos, fueron causa de que desde el principio el pueblo gentil y sus magistrados los tuviesen por reos de toda maldad. Con esta preocupación, y la facilidad con que se creen y extienden los rumores de cosas malas, se suponían comunes á todos los cristianos los particulares delitos de que era acusado alguno de ellos, ó de que eran convencidos algunos hereges de los que desde entónces infestaron la Iglesia. Así los gentiles llegaron á figurarse que los dioses afligian al imperio romano porque toleraba á los cristianos, y atribuyeron á estos todas las calamidades públicas. Si el Tiber, dice Tertuliano ¹, sube á los muros, si el Nilo no inunda los campos, si no llueve, si hay ter-

LXXI
Y POR MUCHAS
CAUSAS LAS
MOVIERON LOS
HOMBRES.

¹ Apol. c. 40.

remoto, hambre, peste, luego: cristianos á los leones.

Algunos gentiles con la evidencia de las apologías que publicaban los cristianos, llegarían á convencerse de que eran falsas quantas crueldades y abominaciones se contaban de los fieles; pero á lo ménos era cierto que ni querían ofrecer sacrificios á los dioses, ni jurar por ellos, ni asistir á sus fiestas, ni á los juegos públicos, aun por motivo de victorias, ó de cumpleaños del emperador, ni para su salud, ó para el bien de la patria. Así tambien algunos emperadores, por otra parte piadosos, procuraron extirpar á los cristianos, como enemigos no solo de su religion, sino tambien de su prosperidad y autoridad. El príncipe que habia mandado algun sacrificio público, y el gobernador que mandaba en particular á alguno que sacrificase á los dioses, creían su autoridad vilipendiada en la resistencia de los cristianos. Y así los más benignos juzgaban digna de un severo castigo, á lo ménos su tenaz inobediencia. Los políticos, viendo que los cristianos hablaban públicamente contra todas las demas religiones, é insistían en que la suya era necesaria, y la única verdadera, juzgaban que interesaba la república en destruirlos del todo, para preçaver divisiones intestinas por causa de religion. Y el vulgo se alegraba de su muerte, por verlos contrarios de las fiestas públicas en que tanto se gozaba, y de las antiguas divinidades que con tanto respeto habia recibido de sus abuelos.

Algunos impios modernos han querido deslumbrarse hasta el extremo de atribuir las muertes de los mártires á causas distintas de la religion; y á este fin ponderan la tolerancia de los judíos en Roma, y la facilidad con que el senado, pueblo y emperadores romanos admitían los dioses de los pueblos que vencían, y toleraban el culto de qualesquiera deidades. Quanto diremos en este capítulo será una continua demostracion de que la resistencia de los fieles al culto de los ídolos, y la adoracion de Jesucristo eran los únicos delitos que en ellos se castigaban. Y es evidente que la política de Roma tenía dos particulares

motivos para creer intolerable la religion de los cristianos. Estos venian de la Judéa, y el Dios que predicaban habia nacido y vivido siempre en la Judéa. Con todo no estaba reconocido como bienhechor singular, y como Dios por el pueblo judayco. Al contrario los judíos le habian juzgado digno de muerte afrentosa, y un juez romano le habia hecho morir en cruz. Así la religion cristiana no podia ser tolerada en Roma por las razones políticas que hacian tolerar las religiones de los demas pueblos, á quienes no queria exáasperar.

Los romanos á ningun pueblo, ni á ningun particular hubieran permitido que despreciase públicamente los dioses patrios de Roma: y esta es la principal razon de la intolerancia de Roma contra los cristianos; pues ni querian adorar los dioses de Roma con el suyo, como solian hacer los ídólatras extrangeros, ni tenian aquella excesiva atencion, con que los judíos domiciliados en Roma se abstentian de toda accion ó palabra que pudiese parecer injuriosa al culto de la república. Al contrario con gran zelo procuraban extender el culto del verdadero Dios, y la fe de Jesucristo, como necesarios á los mismos romanos; y declamaban contra la adoracion de los ídolos como indigna de gente de razon, y causa de una infelicidad eterna. Esta resistencia de los cristianos á los actos públicos de la religion dominante en el imperio, daba bastante ocasion de proceder contra ellos en fuerza de las leyes que mandaban el culto de los dioses patrios; y la adoracion de Jesucristo como Dios la daba tambien, en fuerza de la antigua ley que prohibia toda religion nueva ó peregrina, como dice Ciceron¹.

Sin embargo no se contentaron con esto el senado, pueblo, y emperadores romanos; pues Orígenes nos asegura² que con sus leyes determinaron que no hubiese cristianos, y Tertuliano³ supone tambien leyes promulgadas directamente contra ellos. Á estas leyes varios emperadores añadieron edictos, en fuerza de los quales los cristianos eran buscados con gran diligencia, y castigados

¹ Lib. II. de Leg.

² Hom. 9. in f. s.

³ In Apolog. c. 37.

con severísimos tormentos. Y sin que el emperador hubiese promulgado edicto, ó despues de haberle revocado, todavía en fuerza de las leyes eran castigados los cristianos siempre que fuesen delatados, como sucedió en San Apolonio ¹ y en San Marino ². Así para perseguir á algunos cristianos en particular, ó á todos los de un lugar ó provincia, bastaba el odio que les tuviesen los magistrados y presidentes, ó la avaricia de apropiarse á sí, ó al fisco los bienes de los fieles. Pero sobre todo excitaban muchas de estas persecuciones particulares, y hacian mas crueles las generales, los sacerdotes y magos muy respetados entre los gentiles, pues se abrasaban de zelos y envidia, porque al paso que se extendia el cristianismo, caian en desprecio sus ídolos, sus oráculos y sus templos, y así sus rentas iban pereciendo. Por la misma razon el interes enfurecia tambien contra los fieles á los comerciantes y artesanos que traficaban en ídolos, víctimas, y demas concerniente á templos y sacrificios ³.

De todos estos medios se valia el demonio para impedir los progresos de la Iglesia. De manera que por unas causas ó por otras, en unas ú otras provincias, nunca ó casi nunca faltó la persecucion hasta la paz de Constantino. Sin embargo por haber sido mas universal, mas sangrienta, ó haber tenido mártires mas famosos en diez distintas épocas, ó solo por alusion á las diez plagas de Egipto, como dice San Agustin, desde su tiempo empezaron á contarse diez persecuciones principales: á saber, la primera en el imperio de Neron, la segunda de Domiciano, la tercera de Trajano, la quarta de Antonino, ó por mejor decir de Marco Aurelio ⁴, la quinta de Severo, la sexta de Maxímimo, la séptima de Decio, la octava de Valeriano, la nona de Aureliano, y la décima en tiempo de Diocleciano y Maxímiano ⁵. De todas vamos á dar alguna idea, siguiendo el orden de los tiempos: y haciendo despues algunas observaciones sobre la crueldad de los tormentos y multitud de los mártires, será fácil colegir quán admirable fué su fortaleza, y quán útil su

¹ Eus. Hist.
E. v. c. 21.
² Id. VII. c. 15.

³ Act. XIX.
25.
LXXIII
DE LAS DIEZ
PRINCIPALES
SE DARÁ UNA
IDEA,

⁴ Véase. Núm.
109. s.

⁵ De Civit.
Dei. XVIII.
c. 52.

sangre para fecundar la Iglesia naciente. Pero ántes de todo diremos algo de las actas de los mártires.

Como los romanos hacian en las plazas públicas todos los actos judiciales, así los fieles de varias maneras lograbán relaciones puntuales de quanto pasaba con los mártires. Primeramente los notarios públicos de oficio escribían palabra por palabra quanto decían el juez y el paciente, y eran estos procesos verbales mas exáctos que los que se hacen ahora; pues con el arte de escribir por abreviaturas, escribían con tanta velocidad como se pronunciaba. De estos procesos, que se llamaban *Actas*, procuraban los fieles tener copias auténticas, comprándolas á qualquier precio. Y les solían añadir un breve prólogo, y á mas la relacion de la muerte del mártir; pues estas actas judiciales terminaban con la sentencia. Tambien á veces algunos fieles miéntras se hacían los interrogatorios á los mártires, confundidos entre las muchas gentes que solía haber, iban notando lo que se hacia y decía; y estas actas exáminadas y aprobadas por los obispos tenían su autoridad. Tambien hubo mártires que en las cárceles escribieron quanto habían padecido, hecho ó dicho, así ellos como otros compañeros suyos. Por último los obispos, ó el clero y fieles principales de las iglesias, procuraban siempre por relaciones fidedignas informarse de quanto acaecía á los mártires, y á veces con una carta circular comunicaban á las demas iglesias la relacion de todo ¹.

Las actas de los mártires, ó relaciones de sus martirios, formadas de qualquiera de estos modos, se leían en las juntas de las iglesias, y las leían en sus casas los fieles con muy particular edificacion. Veneraban las respuestas ó palabras de los mártires como particularmente inspiradas por aquel Señor, que prometió sugerirles quanto hubiesen de responder ². Admiraban sus hechos, como portentos de la fortaleza y gracia que les comunicaba el Espíritu Santo. En los triunfos de los que habían padecido se fortalecían los ánimos de los que quedaban expues-

LXXIV

SACADA DE LAS
ACTAS GENUINAS DE LOS
MÁRTIRES.

¹ Ruif. *Præf.*
Gener. §. 1.
n. 2. 3.

LXXV

² *Marc. XIII.*
§. 11.

¹ Ruin. *ibid.*
n. 1. 5. 6.

tos á padecer¹. Allí aprendian razones, y hallaban exemplos de confesar la fe con valor, desear la gloria eterna con firme esperanza, despreciar todo lo de este mundo, y sufrir qualesquiera tormentos, infamias y muertes ántes que negar á JESUS. Por esto la persecucion se extendió tambien contra las actas de los mártires, no ménos que contra los libros sagrados; y especialmente en la de Diocleciano perecieron muchísimas actas, como se lamentan Prudencio y otros antiguos. Eusebio habia formado una coleccion de las mas célebres que subsistian en su tiempo.

LXXVI

Pero las sucesivas irrupciones de bárbaros, que fueron devastando todo el imperio romano, al modo que acabaron con otros innumerables libros de la antigüedad eclesiástica y profana, hicieron perder tambien la coleccion de Eusebio, y muchas de estas actas originales. Y como entre los fieles se conservó siempre tan singular veneracion á los mártires, y tanto cuidado en conservar la memoria de sus hechos: así de muchos de los mártires cuyas actas antiguas perecieron, se fueron formando otras nuevas con las noticias que se conservaban por tradicion. Y en estas nuevas actas fué fácil que se introduxeran especies ménos ciertas, y aun claramente falsas. Varios autores han trabajado con acierto en distinguir las actas sinceras de las que no lo son². Y el Padre D. Teodorico Ruinart, monge de la Congregacion de San Mauro, formó una coleccion de las mas escogidas, que ha merecido el aprecio de los críticos piadosos. De esta coleccion, y del prefacio general que la precede, he sacado casi todas las noticias que contiene la idea que voy á dar de las persecuciones de la Iglesia hasta la paz de Constantino.

² Ruin. *ibid.*
n. 4 7. 8. 9.

ARTÍCULO II.

Serie de las persecuciones de la Iglesia hasta la paz de Constantino.

Suetonio refiere que Tiberio Claudio desterró de Roma á los judíos, que continuamente estaban conmovidos á instancias ó por ocasion de Cristo ó Cresto¹. Es muy verisímil que las conmociones de que habla Suetonio, eran solo las que excitaban los judíos quando se amotinaban contra los cristianos. Es regular que en este destierro de Claudio quedasen comprehendidos aquellos que siendo de la nacion judayca habian abrazado la religion de Jesucristo, como Aquila y Priscila, de quienes dice San Pablo que salieron de Roma por haber Claudio desterrado todos los judíos². Sin embargo parece que Tiberio estuvo muy distante de perseguir á los cristianos, como tales, ó como discípulos de Cristo³; y los santos padres cuentan á Neron por el primer emperador romano que persiguió á la Iglesia, gloriandose los fieles, como dice Tertuliano⁴, de que fuese tal el primero que dedicó ó consagró contra ellos la sentencia de muerte. De la persecucion neroniana nos hablan dos autores gentiles. Suetonio entre las cosas que alaba de Neron, cuenta los suplicios con que afligió á los cristianos, gente, añade, de una supersticion nueva y maligna⁵.

Tácito se extiende mas. Refiere el incendio de la ciudad de Roma, que algunos atribuyeron á desgracia, y otros á travesura de Neron, y las providencias que éste dió despues especialmente para el alivio del pueblo, y añade: "Pero ni con socorros humanos, ni con liberalidades del príncipe, ni con los sacrificios á los dioses, calmaba la infame voz de que el incendio fué mandado. Neron pues para destruir este rumor, dió por reos, y atormentó con penas exquisitísimas á unos hombres abotrecidos por sus maldades, á quienes el vulgo llamaba

LXXVII
NERON EL
PRIMERO EN
PERSEGUIR Á
LOS CRISTIA-
NOS,

¹ Suet. Lib. v.
c. 25.

² Act. xviii.
v. 2.

³ In Apolog.
c. 5.

⁴ Véase Lib.
iii. n. 43.

⁵ Suet. Lib. vi.
c. 16.

LXXVIII
MATÓ CON
CRUELDAD Á
MUCHÍSIMOS
DE ROMA CON
PRETEXTO DE
SU INCENDIO,

Año 64.

» cristianos. Cristo, de quien viene este nombre, habia sido
 » sentenciado, mandando Tiberio, por el Procurador Pon-
 » cio Pilato. Tan perjudicial supersticion, contenida por
 » entónces, retoñaba otra vez no solo en la Judéa donde
 » nació, sino tambien en la capital, á donde va á parar, y
 » se celebra toda atrocidad é infamia. Castigóse á algunos
 » que publicaban serlo, y por los indicios que de estos se
 » tomaron, á una muy grande multitud: con todo no fue-
 » ron convencidos del crimen del incendio, sino de ser
 » odiosos al género humano. Se les hizo morir con escar-
 » nio: ya cubiertos de pieles de fieras, y despedazados por
 » los perros: ya crucificados: ya ardiendo como antorchas
 » al faltar la luz del dia». Para esto, segun colegimos de
 Juvenal y Séneca ¹, los mandaba cubrir con cera, y otras
 materias propias para dar luz, y atados á un paló los ha-
 cia abrasar vivos. «Neron, prosigue Tácito, daba en sus
 » jardines este espectáculo, y el de los juegos circenses,
 » vestido de auriga entre la plebe, ó sobre el carro. De
 » modo que aunque fuesen reos dignos de singulares cas-
 » tigos, daba compasion el que fuesen sacrificados, no al
 » bien comun de todos, sino á la crueldad de uno». Has-
 ta aquí Tácito ².
 Y de esta manera el incendio de Roma sirvió de pretextó ú ocasion para atormentar con atrocísimos tormentos á una muy grande multitud de cristianos. Pero es de advertir que, segun Tácito, ya ántes eran mirados como dignos de todo castigo; y que Suetonio no hace ninguna mencion del incendio, y refiere el castigo de los cristianos entre las providencias ó establecimientos de Neron que suponen edicto. Y esto persuade bastante que la persecucion, aunque empezada por ocasion del incendio, se extendió á todos los cristianos. Así lo dice expresamente Sulpicio Severo ³, y hace memoria de leyes y edictos promulgados entónces que prohibian el ser cristiano. San Pedro y San Pablo no fueron martirizados con pretexto del incendio. Orosio ⁴ asegura que Neron, no contento con atormentar y hacer morir á los fieles de Roma, mandó que por

¹ Seneca *Ep.*
 14 *Juv. Sat.* 1.
 N. 156.

² Tac. *Annal.*
 Lib. xv. c. 44.

Y LOS PERSI-
 GUIÓ EN TO-
 DAS PARTES.

³ Lib. II. *Sac.*
Hist. c. 29.

⁴ Lib. VII.
Hist. c. 7.

todas las provincias fuesen atropellados con igual persecucion. Lactancio supone que la principal causa de la persecucion neroniana, fué el ver que en Roma, y por todas partes se convertian continuamente innumerables idólatras, y el deseo de arruinar del todo la Iglesia ¹. No podemos pues dudar de que en todas las provincias del imperio sufrieron los cristianos la cruel persecucion que de Roma nos refiere Tácito. En España fué tan terrible, que creyeron los gentiles que ya no quedaban en ella cristianos, y con este motivo erigieron un monumento en memoria de Neron. Así consta de una inscripcion que se halló en el rio Pisuerga, y se lee en las colecciones regulares, de cuya legitimidad no debe dudarse ².

De Vespasiano nos dice Eusebio ³, que nunca intentó injuriar á los cristianos. Así es de creer que si algun santo padre le cuenta entre los perseguidores de la Iglesia, habla solo de lo que en algunas partes durante su imperio padecerian los cristianos en fuerza de las leyes y edictos de su predecesor Neron. De la impiedad de éste, de su odio y declarada guerra contra Dios y la Iglesia, se acreditó sucesor Domiciano en los últimos años de su imperio, como dice Eusebio ⁴. Y esta es la segunda persecucion de la Iglesia. En el compendio que Xifilino hizo de Dion, ámbos autores gentiles, leemos que «Domiciano hizo morir como reo de impiedad, entre otros muchos, á Flavio Clemente cónsul, aunque era primo suyo y estaba casado con Flavia Domitila su consanguínea. Añade que muchos que habian adoptado las costumbres de los judíos, (nadie ignora que los cristianos eran tenidos por judíos ó por ateistas) fueron condenados por el mismo motivo: parte de los cuales fueron muertos, y otros privados de sus bienes; mas Domitila solo fué desterrada á Pandateria. Hasta aquí Dion: en el qual se ve que en la persecucion de Domiciano fueron muchos los cristianos sentenciados con pena capital, y lo mismo aseguran tambien el Cronicon Pascual, y el de Eusebio.

LXXX

¹ Vid. Lact. De mort. persec. Lib. I. c. 2.

² Florez Esp. Sag. tom. III. P. 152. Véase Num. 251.

LXXX

ENTIEMPO DE DOMICIANO PADECIÓ EL CÓNsul FLAVIO CLEMENTE CON SU FAMILIA, Y OTROS MUCHÍSIMOS:

³ Hist. E. III. c. 17.

⁴ Ibid.

LXXXI
Año 94.

LXXXI

Lib. III. c. 18.

Este en su historia nos habla de otra Flavia Domitila, no muger del cónsul Clemente, sino hija de una hermana suya. Nos dice que por haber confesado á Cristo, fué con otros muchísimos desterrada á la isla Poncia. Añade que este destierro fué el año quince de Domiciano, y que lo sabe de autores paganos, de los quales observa que hicieron memoria de la persecucion y martirios de los fieles, porque en aquellos tiempos ya florecia mucho la doctrina de la fe. Eusebio no dice que la persecucion no hubiese comenzado ántes del año quince de Domiciano. Ni puede limitarse la persecucion á algunos meses de este año último de la vida del emperador. Pues San Juan fué echado en aceyte hirviendo en su año catorcé. En los cronicos mencionados se habla de la persecucion de la Iglesia, ántes que de S. Flavio Clemente y de las dos Santas Flavias Domitilas de la familia del santo cónsul. Y en el principio de las actas de San Ignacio vemos que fueron muchas las tempestades de persecuciones que en tiempo de Domiciano sufrieron los fieles. Ni puede dudarse de que este emperador mucho ántes habia dado en la manía de hacerse llamar Dios y Señor²; lo que habia de darle ocasiones de enfurecerse contra los cristianos, que sin duda no condescenderian con tal locura.

Suet. Lib.
VIII. c. 12.

LXXXII

LOS PARIENTES DE JESUCRISTO FUERON BUSCADOS Y DESPRECIADOS.

Algunos judios cristianos nietos de San Júdas, y parientes de Cristo, fueron acusados á Domiciano como descendientes de David, y sospechosos de reconocer á Cristo por rey. Llamados á su presencia, les preguntó de sus riquezas, y cómo, cuándo y dónde habia de declararse el reyno de Cristo. Ellos aseguraron que tenían muy pocos bienes: con los callos de sus manos justificaron que vivian de su trabajo; y manifestaron que el reyno de Jesucristo no era terreno, sino celestial, y que no habia de declararse hasta el fin del mundo. Domiciano los despreció, y dexó libres; y aun añade Hegesipo³, que con edicto contuvo la persecucion que habia movido contra la Iglesia. Aquí parece que se habla solo de la iglesia de la Judéa, de donde eran los parientes de Cristo. Pues Euse-

Eus. Hist.
E. III. c. 20.

bio en el mismo lugar cita á los historiadores de aquel tiempo en prueba de que muerto Domiciano, el Senado volvió los bienes y libró del destierro á los que el emperador habia injustamente atropellado; y que entonces San Juan volvió á Éfeso.

Á Domiciano sucedió Nerva, en cuyo imperio descansó en paz la Iglesia; pero la vemos otra vez cruelmente perseguida en tiempo de Trajano. Este emperador tan celebrado por su mansedumbre, lo es tambien por su religiosidad, y por su zelo de mantener las leyes romanas en vigor. Por esto solo habia de contribuir mucho á las crueldades que en su tiempo sufrieron los cristianos, tenidos por enemigos de los dioses, é inobedientes á las leyes. Y aunque no sepamos que publicase ningun edicto general contra la Iglesia, vemos su modo de pensar en orden á los cristianos, en la famosa carta que le escribió Plinio, y en su rescripto ó respuesta. Plinio Secundo, el jóven, era gobernador de Bitinia, en cuya povincia habia predicado San Pedro, y á cuyos fieles dirigió tambien la primera carta ¹. Era entonces, como dice Eusebio ², tan universal y tan cruel la persecucion en algunos lugares, que Plinio, el mas famoso entre los gobernadores de provincias, despues de haber condenado á muerte á muchos cristianos, y degradado á otros, consultó con el emperador como debia portarse con ellos. La carta de Plinio es del tenor siguiente.

“Señor: Juzgo indispensable daros cuenta de los asuntos dudosos. Porque ¿quién puede mejor guiarme en mi perplexidad, ó instruirme en mi ignorancia? Jamas he asistido á los procesos de los cristianos: así ignoro qué y cómo se suele inquirir y castigar. No dexo de dudar mucho, si se hace diferencia de edades, ó si los tiernos niños se castigan como los adultos mas esforzados: si se perdona á los que se arrepienten, ó si de nada sirve dexar de ser cristiano al que lo fué: si lo que se castiga es solo el nombre, aunque sin crimen, ó bien los crímenes que van con el nombre. Entretanto con los que se

LXXXVIII
EN TIEMPO
DE TRAJANO
POR LA FAMOSA
CARTA DE
PLINIO EL JÓVEN.

¹ *1. Pet. init.*
² *Eus. Hist.*
E. III. c. 33.

Año 104.

LXXXIV

LXXXI

» me han denunciado como cristianos he seguido este mé-
 » todo. Les he preguntado si eran cristianos: á los que lo
 » han confesado les he preguntado segunda y tercera vez,
 » amenazándoles con el suplicio, al qual he mandado lle-
 » var á los que han sido constantes. Pues jamas dudé que,
 » sea lo que fuere lo que ellos confesaban, debía casti-
 » garse su tenacidad é inflexible obstinación. Otros hubo
 » igualmente locos, que por ser ciudadanos romanos los
 » noté para enviarlos á Roma".

» Despues aumentándose, como suele suceder, con las
 » mismas sentencias las acusaciones, han ocurrido varios
 » casos. Se me presentó un libelo sin nombre de denun-
 » ciador, que contenia los nombres de muchos. Los que
 » negaban que fuesen ó hubiesen sido cristianos, juzgué
 » que debía dexarlos libres; pues conmigo invocaban los
 » dioses, y ofrecian incienso y vino á tu imágen, que yo
 » de propósito habia hecho traer con los simulacros de los
 » dioses: á mas maldecian á Cristo; y á nada de esto, se-
 » gun dicen, puede obligarse á los que son verdaderos
 » cristianos. Otros de los nombrados por el denunciador
 » dixeron que eran cristianos, y luego lo negaron, di-
 » ciendo que lo habian sido, pero qué ya lo habian dexado,
 » unos tres años ántes, otros mas, y alguno hasta veinte.
 » Todos adoraron tu imágen y los simulacros de los dio-
 » ses, y tambien maldixeron á Cristo".

» Estos aseguraban que su falta ó error se reducía á
 » juntarse en ciertos dias ántes de salir el sol, cantar á
 » coros himnos á Cristo como Dios; y con juramento se
 » obligaban, no á ninguna cosa criminal, sino á no come-
 » ter ni hurto, ni latrocinio, ni adulterio, á no faltar á la
 » palabra, y á no negar el depósito: que hecho esto solian
 » retirarse, y despues volver á juntarse para hacer una co-
 » mida comun é inocente; y que aun esto lo habian sus-
 » pendido despues de mi edicto, en que segun tus órde-
 » nes habia prohibido las juntas".

» Con esto creí mas preciso para indagar la verdad,
 » hacer dar tormento á dos esclavas, que segun se decia les

„estaban sirviendo. Pero nada mas encontré que una su-
 „persticion mal reglada y excesiva: por eso suspendiendo
 „el juicio, me he dado priesa á consultaros. En efecto me
 „ha parecido cosa digna de consultarse principalmente por
 „el número de los que están comprometidos; porque lo
 „están y lo estarán muchos de toda edad, de toda condi-
 „ción, y de todo sexô. Pues esta pestilencial supersticion
 „se ha extendido no solo por las ciudades, sino tambien
 „por los lugares y aldeas, y parece que podria conte-
 „nerse y corregirse. Á lo ménos es cierto que los tem-
 „plos de los dioses, ya casi desiertos, vuelven á frecuen-
 „tarse: que otra vez se celebran los sacrificios solemnes
 „despues de una larga interrupcion: y que por todas par-
 „tes se venden víctimas, que rara vez hallaban comprado-
 „res. De lo que es facil colegir quán grande multitud de
 „hombres se corregirá, si se da lugar al arrepentimiento”.

La respuesta de Trajano á Plinio fué la siguiente.
 “Mi Secundo: Has seguido el método que debias en las
 „causas de los que se te han delatado como cristianos.
 „Porque nada puede establecerse que sirva de regla gene-
 „ral. No es menester buscarlos; pero los que fueren de-
 „nunciados y convencidos, deben ser castigados. Pero de
 „suerte que el que niegue que sea cristiano, y realmen-
 „te lo manifieste, sacrificando á nuestros dioses, sea per-
 „donado por su arrepentimiento, aunque fuese sospechoso
 „por lo pasado. En quanto á los libelos sin firma, en nin-
 „guna acusacion deben tener lugar; porque es cosa de
 „mal exemplo, y agena de nuestro siglo¹.”

Estas dos cartas dan abundante materia á muy útiles observaciones. Por ahora solo advertiré, que tenemos en Plinio un testimonio nada sospechoso de los grandes progresos que habia hecho la Iglesia mucho ántes de cumplir un siglo; y en él, y en Trajano dos exemplos de que los gentiles mas benignos y moderados, aunque convencidos de la inocencia de costumbres de los cristianos, con todo los juzgaban dignos de severos castigos, solo por su constancia, ó como ellos decian, obstinacion en no querer sa-

LXXXVII
 Y EL RESCRIPTO
 DEL EMPERADOR,

¹ Plin. *Epist.*
 Lib. x. *Ep* 97.
 & 98.

LXXXVIII
 VEMOS QUAN
 GRANDE ERA
 EL NÚMERO DE
 LOS MÁRTIRES.

crificar á los dioses. El temperamento que á instancias de Plinio tomó Trajano , de que no fuesen buscados los cristianos, pero que fuesen castigados los que fuesen denunciados por tales , aun dexó lugar á que el falso zelo de los sacerdotes de los ídolos, los resentimientos particulares, y la crueldad ó avaricia de los gobernadores de provincias, hiciesen perecer á muchos cristianos. Así observa Eusebio¹, que en algunas provincias continuó en arder el fuego de la persecucion y que fueron muchísimos los fieles que aun despues sufrieron varios géneros de martirio. Sin embargo no podian dexar de ser muchos mas ántes, quando la persecucion era mas violenta y mas pública.

¹ *Hist. E. III.*
c. 33.

LXXXIX
PADECIERON
ENTÓNCESSAN
SIMEON DE JE-
RUSALEN,

² *Eus. Hist.*
E. III. c. 32.
33. Hieron. *in*
Chron.

LXXXIX
PADECIERON
ENTÓNCESSAN
SIMEON DE JE-
RUSALEN,

³ *Eus. Hist.*
E. III. c. II.
32.

xc
Y SAN IGNA-

Ninguna memoria nos queda de los fieles que el mismo Plinio dice que hizo morir por su constancia en la fe de Cristo; ni de los muchísimos que Eusebio y San Gerónimo dicen que padecieron martirio en tiempo de Trajano , especialmente por las violentas conmociones de los pueblos². De los muchos mártires de quienes nos consta cierto el martirio mas no el tiempo, algunos hay que pueden haber padecido en esta persecucion. Pero sin duda pertenecen á ella dos de los mas ilustres mártires de la Iglesia, San Simeon de Jerusalem y San Ignacio de Antioquía. San Simeon hijo de Cleofas, y segun se cree, primo hermano de Jesucristo, habia sucedido al apóstol Santiago el Menor en la silla de Jerusalem. Estaba ya en los ciento y veinte años de edad, quando algunos hereges le delataron como pariente de Jesucristo, y defensor de su fe. Ático, gobernador de la Siria, le mandó atormentar muchos dias seguidos con cruellísimos tormentos. Mas el Santo se mantuvo tan firme en la confesion de la fe, que quantos le veían quedaban asombrados de tanto valor y paciencia en un viejo de tanta edad. Por último murió clavado en cruz por sentencia del mismo juez³. Segun Eusebio, el martirio de San Simeon fué el año 107 de Jesucristo; y al fin del mismo año le sufrió tambien San Ignacio.

Trajano, dicen las actas del martirio de este San-

to¹, ensoberbecido con las victorias que habia ganado contra los escitas, dacios, y otras naciones bárbaras, en el año nono de su imperio, se imaginó que para ser bien absoluto su poder, era menester que precisase á toda la Iglesia cristiana á adorar á los demonios, como los idólatras. Asi reduxo los fieles á la necesidad de sacrificar ó morir. Pasando el emperador por Antioquía quando iba á hacer la guerra á los partos, San Ignacio, por otro nombre *Teoforo*, ó el que lleva á Dios, que entónces gobernaba la iglesia de Antioquía, como generoso soldado de Cristo, sufrió de buena gana el ser llevado al emperador. ¿Quién eres, le dixo éste, tú endemoniado que desprecias mis órdenes, y persuades á los otros que las desprecien, para que se pierdan infelizmente? Ignacio dixo: *No debe llamarse endemoniado Teoforo, ó el que lleva consigo á Dios. Los demonios se apartan de los siervos de Dios. Teniendo conmigo á Cristo, rey celestial, hago desaparecer sus engaños.* Trajano dixo: ¿Quién es Teoforo? San Ignacio respondió: *El que tiene á Cristo en su pecho.* Trajano dixo: ¿Qué nosotros no tenemos en el corazon á nuestros dioses, que nos defienden contra los enemigos? San Ignacio dixo: *Te engañas llamando dioses á los demonios de las naciones. Pues uno solo es el Dios que crió el cielo, la tierra, el mar, y todo lo que en ellos hay: y uno es Jesucristo Hijo Unigénito de Dios, cuyo reyno oxalá consiga yo.* Trajano dixo: ¿Hablas del que fué crucificado baxo Poncio Pilato? Hablo, dixo Ignacio, *del que crucificó á mi pecado con su autor, y por cuya sentencia todos los engaños y malicia diabólica quedan rendidos á los pies de los que le traen en su corazon.* Trajano dixo: Segun esto ¿tú traes en tí mismo al crucificado? *Así es,* respondió Ignacio, *porque escrito está: En ellos habitaré y andaré.* Entónces Trajano pronunció esta sentencia: "Mandamos, que Ignacio, que dice que trae en sí mismo al crucificado, sea llevado á Roma por soldados, y con cadenas, y allí sea devorado de las bestias, para diversion del pueblo." Al oír esta sentencia el santo mártir, con gran

CIO FUÉ JUZ-
GADO EN AN-
TIOQUÍA,

¹ Vid. Ruin.
Acta Mart.
Amstel. 1713.
p. 15.

gozo exclamó: *Gracias os doy, Señor, porque me honrais con el distintivo de vuestro perfecto amor; pues permitís que sea yo atado con cadenas de hierro, como vuestro apóstol Pablo.* Dicho esto oró por la Iglesia, la encomendó al Señor con lágrimas, y recibiendo las cadenas con alegría, fué entregado á los soldados para conducirlo á Roma ¹.

El Santo salió de Antioquía con la alegría que le inspiraba su ardiente deseo de padecer por Cristo. Varios fieles antioquenos procuraron adelantarse, para esperarle en Roma ². Filon diácono de Cilicia, Agatopode, y al parecer algunos mas le acompañaron en todo el viage ³. Diez eran los soldados que le guardaban de dia y de noche, por mar y por tierra, á los quales el Santo llama leopardos, porque quanto mas bien les hacia, peor le trataban ⁴. Sin embargo no dexaba de instruir y fortalecer á los fieles de todas las iglesias por donde pasaba; previniéndoles con especialidad, que pusiesen mucho cuidado en guardarse de las heregías que comenzaban entónces á tomar incremento, y en mantenerse con firmeza en las tradiciones apóstolicas ⁵. Los de las ciudades inmediatas le salian al encuentro: todos le ofrecian quanto necesitase ⁶: las iglesias del Asia le enviaban diputaciones de obispos, presbiteros y diáconos, con la esperanza de participar de sus gracias y bendiciones ⁷: de modo que él mismo dice que tenia consigo muchas iglesias ⁸. Desde Antioquía los soldados llevaron al Santo á Seleucia: allí se embarcaron, y despues de muchos trabajos llegaron á Esmirna. Tuvo el Santo mucho gusto de aportar á esta ciudad, por ser su obispo San Policarpo, antiguo amigo de San Ignacio, pues ámbos habian sido discípulos de San Juan. Viéronse luego: trató con él de las gracias espirituales: y gloríandose en sus cadenas le rogaba, como tambien á todas las iglesias, que le alcanzase la gracia de un pronto martirio ⁹. Desde Esmirna escribió San Ignacio á algunas iglesias, entregando las cartas á los mismos diputados que le habian enviado. Escribió á la iglesia de Éfeso, en cuyo nombre le habia visitado Onésimo su obispo, Burro diá-

¹ Act. S. Ign.

n. 2.

XCI

Y ENVIADO Á MORIR EN ROMA,

² S. Ign. ad Rom.

³ Ad Philadelph.

⁴ Ad Rom.

⁵ Eus. Hist.

E. III. c. 36.

⁶ Ad Trallia.

⁷ Act. S. Ign.

n. 3.

⁸ Ad Trallian.

⁹ Act. S. Ign.

n. 3.

cono, Croco, Euplo, y Fronto: á la de Magnesia, cuyos diputados habian sido Dámaso su obispo, con Baso y Apolon presbíteros, y Sotion diácono; y á la de los Tra- lianos, cuyo obispo Políbio le habia tambien visitado en Esmirna.

En otro lugar hablaremos de estas y demas cartas, que nos quedan del Santo. Pero no podemos dexar de ha- blar ahora de la que desde la misma ciudad escribió á los romanos. Temería el Santo que con empeños y regalos lograrían librarle, y sin duda temia que con oraciones alcanzarían de Dios que las fieras no le dañasen: así les escribe para rogarles que no quieran privarle del mayor de sus deseos, que es morir por Cristo. Tal vez esta carta es única en su especie; y sin duda es uno de los monumentos mas admirables del fervor y caridad apostólica. Á imitacion pues de los discípulos del Santo, que la insertaron en las actas de su martirio, suspendo la relacion para darla traducida.

“Ignacio, por otro nombre Teoforo: Á la que ha al-
 » canzado la misericordia por la magnificencia del Padre
 » Altísimo, y de Jesucristo, único Hijo del mismo: á la
 » Iglesia querida é iluminada por voluntad del que quie-
 » re todas las cosas que son conformes al amor de Jesu-
 » cristo nuestro Dios: á la que preside en el lugar de la
 » region de los romanos, digna de Dios, digna de decoro,
 » digna de ser llamada feliz, digna de alabanza, digna de
 » que se cumplan sus deseos, dignamente casta, sobresa-
 » liente en la caridad, honrada con el nombre de Cristo y
 » del Padre, á la qual saludo en nombre de Jesucristo,
 » Hijo del Padre: á los que en cuerpo y alma están unidos
 » á todos sus preceptos, enteramente llenos de la gracia
 » de Dios, y purificados de toda agena infeccion: Muy
 » abundante y puro gozo en Jesucristo nuestro Dios?”

“Habiendo pedido á Dios que me concediese ver
 » vuestras caras dignas del Señor, he alcanzado mas de lo
 » que pedía; y estando entre cadenas por Cristo JESUS,
 » confio daros un abrazo, si por la voluntad de Dios soy
 » digno de llegar al fin. Pues se ha comenzado con buena

XCIH
 DESDE ESMIR-
 NA ESCRIBE SU
 ADMIRABLE
 CARTA Á LOS
 ROMANOS:

XCIH

VI. 200. 117
 .81. *

VIDE

„disposicion; si alcanzo la gracia de que nada me impida
 „alcanzar mi suerte. Pero temo que vuestra misma cari-
 „dad no me dañe: á vosotros os es fácil lo que quereis;
 „mas á mí me es difícil alcanzar á Dios, si vosotros me al-
 „canzais la libertad. No quiero daros gusto como á hom-
 „bres, sino agradar á Dios, al modo que vosotros le com-
 „placeis. Jamas llegará yo á tal ocasion de alcanzar á Dios:
 „ni vosotros podeis hacer cosa mejor que callar. Porque
 „si vosotros no hablais de mí, yo seré de Dios; mas si
 „amáis á mi cuerpo, otra vez habré de correr. No hagais
 „por mí otra cosa que dexar que sea sacrificado á Dios,
 „mientras está aparejado el altar; para que formando con
 „vuestra caridad un coro, canteis al Padre en Cristo JE-
 „sus, por haber Dios juzgado al obispo de Siria digno de
 „ser hallado en el occidente, llamándole desde el oriente.
 „Bien me está morir por Dios al mundo, para nacer en
 „Dios. Jamas habeis tenido envidia á nadie: esta es vuestra
 „doctrina; y lo que yo quiero es la firmeza en lo que en-
 „señais. No pidais para mí sino fuerza interior y ex-
 „terior, para que no solo hable, sino que quiera; no so-
 „lo me llamen cristiano, sino que me hallen tal. Si de he-
 „cho me acredito cristiano, podrán darme este nombre;
 „y podré serlo fielmente quando desaparezca del mundo.
 „Nada de lo que aquí aparece es eterno. *Pues las cosas*
 „*que se ven son temporales; mas las que no se ven son eter-*
 „*nas*¹. Porque el mismo Jesucristo nuestro Dios en quan-
 „to está en el Padre se manifiesta mas. El cristianismo no
 „es obra de solo silencio; sino tambien de grandeza”.
 „Yo escribo á las iglesias, y á todas prevenigo que
 „muy de buena gana muero por Dios, si vosotros no me
 „lo estorbais. Os ruego, quan encarecidamente puedo, que
 „no me tengais un afecto imprudente. Dexadme ser co-
 „mida de las fieras, pues por este medio gozaré de Dios.
 „Yo soy trigo de Dios: he de ser molido con los dientes
 „de las fieras para ser puro pan de Cristo. Mejor será que
 „halagueis á las fieras, para que sean mi sepulcro, y no
 „dexen nada de mi cuerpo, para que despues de mi muer-

I II. Cor. IV.
 * 18.

XCIV

„te no sea gravoso á nadie. Entónces seré verdadero dis-
 „cípulo de Cristo, quando el mundo no vea ni aun mi
 „cuerpo. Rogad por mí á Cristo, para que yo sea víc-
 „tima sacrificada con estos instrumentos. No os mando como
 „Pedro y Pablo: ellos eran apóstoles, yo un ajusticiado:
 „ellos libres, yo hasta ahora siervo; pero si padezco seré
 „un liberto de Cristo y resucitaré libre por él. Ahora en-
 „tre cadenas aprendo á no desear ninguna cosa vana del
 „mundo”.

EVOK

xcv

„Desde la Siria hasta Roma estoy combatiendo con las
 „fieras, atado con diez leopardos, que tales son esta pa-
 „trulla de soldados, que se vuelven peores con el bien que
 „se les hace. En sus injurias hallo mi instruccion; *con to-
 „do no por eso quedo justificado*¹. Oxalá goze yo de las
 „bestias que me están preparadas: las quales deseo ha-
 „llar prontas, y á las quales halagaré para que me devo-
 „ren luego; no sea como á algunos, á quienes por respe-
 „to no han tocado. Pero si ellas por sí mismas no quie-
 „ren devorarme, yo á fuerza las moveré. Perdonadme,
 „yo sé lo que me conviene: ahora empiezo á ser discípulo.
 „No se me oponga ninguna criatura visible, ni invisible:
 „dénxeme alcanzár á Jesucristo. El fuego y la cruz, las ma-
 „nadas de fieras, descoyuntamiento, rotura, separacion de
 „huesos, division de miembros, contusion de todo el cuer-
 „po, crueles tormentos del demonio vengán sobre mí, con-
 „tal solamente que yo llegue á gozar de Jesucristo. De
 „nada me sirven los placeres del mundo, de nada los rey-
 „nos de este siglo. Mejor me está morir por Cristo JE-
 „SUS, que reynar hasta los extremos de la tierra. *Porque
 „¿qué aprovecha al hombre ganar á todo el mundo, si pier-
 „de su alma?*². Á aquel busco, que murió por nosotros: á
 „aquel quiero, que por nuestra causa resucitó: esta es la
 „ganancia y usura que me espera. Perdonadme, herma-
 „nos: no me estorbéis de vivir: no queráis que muera yo,
 „que quiero ser de Dios. No os gozeis con el mundo: de-
 „xadme ver la luz pura: así que llegue allá seré varon de
 „Dios: dexad que yo junte la pasion de mi Dios. Quien

¹ I. Cor. iv.
 v. 4.

² Mat. xvi.
 v. 26.

EVOK

»le tenga en sí mismo, piense que es lo que yo quie-
 »ro; y sabiendo lo que me angustia, tenga compasion
 »de mí».

xcvi

»El príncipe de este mundo quiere arrebatarme, y
 »corromper mi voluntad para con Dios. No le ayude nin-
 »guno de vosotros; antes bien poneos de mi parte, esto es,
 »de la de Dios. Si hablais de Jesucristo no ameis al mun-
 »do: no se halle en vosotros la envidia. Si quando yo
 »esté ahí os hiciera otra súplica, no me creais, creed so-
 »lo á lo que os escribo: en vida os escribo ansioso de la
 »muerte. Mi amor está fixo en la cruz: no es en mí un fue-
 »go amoroso de cosas materiales; sino una agua viva, que
 »habla é interiormente me dice: Ven al Padre. Ni me de-
 »leyta el alimento que se corrompe, ni los placeres de
 »esta vida: lo que quiero es el pan de Dios, el pan ce-
 »lestial, el pan de vida, que es la carne de Jesucristo Hijo
 »de Dios, que en los últimos tiempos se ha hecho des-
 »cendiente de David y Abrahan: quiero tambien la bebi-
 »da de Dios, la sangre del mismo, que es un convite in-
 »corruptible, y la vida eterna. Ya no quiero vivir mas con
 »los hombres: así será, si vosotros lo quereis. Sea pues de
 »vuestro agrado, y me complacereis. En pocas palabras
 »os lo pido, creedme: Jesucristo os hará ver que pido
 »con verdad: es veraz su boca, por la qual el padre ver-
 »daderamente habló. Pedid por mí para que lo consiga:
 »os he escrito, no segun la carne, sino segun el espíritu
 »de Dios. Si padezco, me habeis querido: si soy desecha-
 »do, me habeis aborrecido».

xcvii

»Acordáos en vuestras oraciones de la iglesia de Si-
 »ria, que en mi lugar tiene á Dios por pastor. En lugar
 »del obispo la gobernará Jesucristo solo, y vuestra cari-
 »dad. Me confundo de que me cuenten en el número de
 »aquellos, de que no soy digno, por ser el último de ellos
 »y un aborto; pero he alcanzado la misericordia de ser
 »algo, si alcanzo á Dios. Os saluda mi espíritu, y la ca-
 »ridad de las iglesias, que me han recibido no como á
 »un pasajero, sino en nombre de Jesucristo; pues no te-

niendo conmigo ninguna conexión segun la carne, me han ido llevando de ciudad en ciudad”.

“Os envío esta carta desde Esmirna por algunos efectos dignos de alabanza. Con otros muchos está conmigo Croco mi estimado. Juzgo que habreis conocido á los que por gloria de Dios desde la Siria se me adelantaron para Roma. Hacedles saber que ya estoy cerca; porque dignos son de Dios y de vosotros, y es justo que los alivieis en todo. Lo escribí á los nueve dias de las calendas de septiembre, ó á 23 de agosto¹. Os saludo deseándoos hasta el fin la paciencia en Jesucristo. Así sea”.

El ardiente deseo del martirio que brilla con especialidad entre los santos afectos que exhalan todas las expresiones de esta carta, hizo que San Ignacio viese con mucho gusto que sus guardas llevaban priesa de llegar á Roma. Embarcándose pues otra vez en Esmirna, navegaron hácia Troade², desde donde escribió á los fieles de Filadelfia, á la iglesia de Esmirna, y en particular á San Policarpo³. Desde Troade pasaron á Nápoles, de allí á Filipos y atravesando la Macedonia, parte del Epiro, y mar adriático, entraron en el Tirreno, ó mar de Toscana. Tocaron en varias islas y muchas ciudades, y viendo á Puzol, el Santo hubiera querido desembarcar para ir á Roma por el camino que siguió San Pablo. Un impetuoso viento los apartó de la playa; pero despues en un dia y una noche de viento favorable llegaron al puerto de Roma ó á Porto, con mucha pena de los fieles que le seguian, por ver que luego quedaban privados de la presencia de tan santo pastor; pero con gran gozo del Santo que se consideraba cerca de unirse con su amado JESUS.

Entre tanto los soldados, sabiendo que se acababa el tiempo de los espectáculos, se dieron priesa en salir de la ciudad de Porto. Y como ya se habia extendido la fama del santo mártir, le salian al encuentro muchísimos fieles, llenos á un tiempo de gozo y de tristeza: de un gozo singular por la dicha de oír y tratar á Teoforo, y de una indecible pena al ver que tan grande varón iba á

¹ Parece ha de decir 24.

XCVIII
Y ARDIENDO
EN DESEO DEL
MARTIRIO, Y
ZELO DEL BIEN
DE LA IGLE-
SIA,

² Act. S. Ign.
n. 4.
³ Euseb. Hist.
Ec. III. c. 36.

H. 2.
 Hist. c. 16.
 C.
 S. Ign. 22.
 Euseb. Hist.
 Ec. III. c. 36.

XCIX
LLEGAR POR FIN
Á ROMA, Y ES
DESTROZADO
POR LAS FIE-
RAS.

morir. Algunos decían que era preciso procurar ganar al pueblo, para que no muriera un varon tan justo. Mas el Santo, sabiéndolo por inspiración del Espíritu Santo; les rogó encarecidamente que le tuviesen un amor verdadero: les repitió lo que habia dicho en la carta, y procuró persuadirles que no le envidiasen la prontitud con que habia de gozar del Señor. Y puestos de rodillas todos los hermanos, hizo oracion al Hijo de Dios por la Iglesia, para que cesara la persecucion, y para que conservara la mutua caridad entre los fieles.

El Santo despues de esta fervorosa oracion, á toda priesa fué llevado al anfiteatro; y en cumplimiento de la orden dada en Antioquia por el emperador fué arrojado á las fieras. El concurso fué singularmente grande, porque se acababan ya las fiestas de los espectáculos: porque en aquel dia, el trece de las fiestas, celebraban alguna solemnidad especial¹; y tal vez porque atraxo á los gentiles la curiosidad de ver á un viejo venerable, al doctor y jefe de los cristianos de toda la Siria, enviado desde la grande Antioquia capital del oriente, como solian los reos mas famosos de las provincias. Apenas el Santo oyó los rugidos de los leones, repitió aquellas palabras de su carta á los romanos: *Trigo soy de Dios: molido he de ser con los dientes de estas fieras, para ser pan puro de Jesucristo*². Y á la vista de toda la ciudad de Roma deramó su sangre con un gozo increíble.

“Cumpliéronse los deseos del varon justo: en un momento fue devorado de las bestias, ni quedaron sino los huesos sagrados, ó las partes mas duras de sus santas reliquias: las que llevadas á Antioquia, y depositadas en una arca son para aquella iglesia un tesoro inestimable”. Así se explican los discípulos del Santo, que como testigos de vista formaron las actas del martirio: luego añaden que tan preciosa muerte fué á los veinte de diciembre, siendo cónsules Sura, y Sedecio ó Sinecio, esto es, el año 107 de Jesucristo: que ellos pasaron la noche siguiente arrodillados en oracion: que fueron consolados

¹ Act. S. Ign.
n. 4. 5.

² S. Hieron.
Catal. c. 16.

SUS RELIQUIAS
FUERON LLEVADAS
A ANTIOQUÍA.

en sueños con visiones celestiales; y concluyen: "Os hemos expresado el día y tiempo de su martirio, para que juntándonos en el tiempo en que padeció, participemos del triunfo de este generoso atleta y mártir de Cristo, que ha hollado al demonio, y ha llegado al fin de su carrera en nuestro Señor Jesucristo, por el qual, y con el qual está la gloria y el poder en el Padre, con el Espíritu Santo en todos los siglos¹. Así sea".

La persecucion de Trajano en Antioquia no se dirigia solo contra San Ignacio. El ser el doctor ó maestro de los cristianos de la Siria, ó el mas distinguido entre ellos, pudo merecerle el castigo mas ignominioso y cruel, qual era el ser enviado desde tanta distancia á ser destrozado por las fieras á vista del pueblo romano. Pero fué sin duda mas universal la persecucion en Antioquia², aunque no duró mucho, tal vez por haberse ausentado el emperador. El Santo al llegar á Troade tuvo el singular gozo de saber, que Dios habia oido las oraciones de los fieles, y dado la paz á su propia iglesia. Así en sus cartas á los de Filadelfia y de Esmirna les encarga que envíen á la iglesia de Siria algun diácono á darle la enhorabuena por haber recobrado la paz, la gloria, todos sus miembros, esto es, á aquellos fieles que se habían separado ó escondido por causa de la persecucion. Sin embargo el Santo poco ántes de entrar en el anfiteatro rogaba á Dios por la Iglesia en general, y para que la persecucion cesase: con lo que entendemos que aun proseguía en algunas provincias.

En efecto parece que si con el rescripto de Trajano á Plinio los gobernadores de provincias dexaron de buscar á los cristianos, se extendía mas y mas otra suerte de mas fiera persecucion particular: á saber, el furor de los pueblos, que ya en unas, ya en otras ciudades, amotinados pedían la muerte de todos ó de algunos determinados cristianos, y los gobernadores no se atrevían á negársela. Serenio Graniano, procónsul de Asia, escribió al emperador Hadriano, para representarle que era muy injus-

¹ Act. S. Ign. n. 6.

CI

CALMÓ ALGO LA PERSECUCION DE LOS GOBERNADORES;

² Vid. Acta S. Ign. n. 2.

CII

SE ENFURECIÓ LA DE LOS PUEBLOS AMOTINADOS:

Año 125.

¹ Euseb. *Hist.*
E. IV. c. 8. et 13.

CIII

PROCURÓ CON-
TENERLOS HA-
DRIANO CON SU
FAMOSO RES-
CRIPTO,

ONIA CIVI
LA BENE
FOR DE
CORRADO
RES

LIB. 2
2. n. 1. 2.

² Euseb. *Hist.*
E. IV. c. 8.
et 26.

³ *Ibid.* c. 13.

⁴ Vid. Till.
Pers. d' Adr.
art. 6.

⁵ Lamp. *Vita*
Alex. ONA

to hacer morir á los cristianos sin forma de juicio, sin convencerlos de ningun crimen, solo por complacer á los tumultuarios clamores de la plebe. Otros muchos gobernadores hicieron representaciones semejantes ¹.

El emperador no pudo resistir á tan justas instancias; y su respuesta dirigida al sucesor de Graniano fué del tenor siguiente. "Elio Hadriano Augusto á Minucio Fundano Procónsul, salud. Recibí la carta del muy ilustre Serenio Graniano tu predecesor: el asunto de los cristianos no debe tratarse sin diligente cuidado, para que ni ellos se conmuevan, ni se dé ocasion de calumniarlos. Por tanto si los pueblos de tu provincia tienen que pedir contra los cristianos, de modo que puedan probarlo en juicio, sigan este medio; y no se valgan de solas demandas y clamores. Pues si alguno quiere acusarlos, justo es que conozcas tú de la causa. Si alguno pues los delata, y prueba que en alguna cosa obran contra las leyes, castígalos conforme al delito. Pero si alguno intentase calumniarlos, será tambien de tu cargo castigarle segun mereciere". La misma respuesta dió el emperador á otros muchos gobernadores ². Y aunque parece que dexa lugar á que siga la persecucion, por la facilidad con que los paganos podian probar que la religion cristiana era contraria á las leyes del imperio; sin embargo á lo ménos contenia el furor de los pueblos, y daba tambien lugar á creer que no contaba el ser cristiano entre los delitos dignos de castigo, como lo entendió su sucesor Antonino ³. Lo cierto es que los apologistas de la Iglesia, y demas escritores antiguos hablan de este Rescripto con muchos elogios ⁴. Lampridio, escritor gentil, dice que Hadriano pensó en hacer adorar á Jesucristo como Dios, y dedicarle templos: y que solo dexó de hacerlo por miedo de que todos los templos de los idolos quedarian desiertos, y el culto de los demas dioses abandonado ⁵. Y aunque este miedo manifiesta que no queria abrazar la religion cristiana como única y verdadera, sino como otra de muchas; con todo de lo que dice Lampridio se colige

que Adriano no era tenido por enemigo de los cristianos y que conocia la falsedad de las calumnias que se publicaban contra ellos. En efecto San Agustín¹, y otros muchos no ponen en su tiempo ninguna de las principales persecuciones de la Iglesia.

Sin embargo Sulpicio Severo² le atribuye la quarta, ni puede darse de que en su tiempo padeció mucho la Iglesia. San Gerónimo nos dice que las supersticiones de Adriano dieron ocasion á los enemigos de los cristianos para mover contra ellos una gravísima persecucion, especialmente en Atenas³. Entre las severas providencias que dió contra los judíos, dió contra los cristianos la de poner ídolos en los lugares sagrados de Jerusalem, para borrar del todo la memoria de Cristo⁴. En las representaciones de los gobernadores, y en el rescripto de Adriano vemos que los cristianos eran atropellados en su tiempo, bien que sin su orden. Vemos muy universal el odio de los pueblos contra ellos, y la cruel condescendencia de los que mandaban: á lo que desde los tiempos de Trajano pudieron contribuir las rebeliones, y las crueldades de los judíos, con los cuales los gentiles confundian á los fieles. El rescripto, quando preservase de castigo á los cristianos por ser de esta religion, no los preservaba por la resistencia á sacrificar á los dioses, ó jurar en su nombre, especialmente en las ocasiones en que urgia alguna particular ley, precepto ó costumbre de hacerlo. Y en esto solo quedaba muy ancha puerta á los sacerdotes de los ídolos, á los gobernadores, y aun á los pueblos mas enemigos de los cristianos, para facilitar á muchos el martirio, mayormente estando apoyados con repetidos exemplos del mismo Adriano.

Este emperador habia edificado un palacio en la villa de Tibur ó Tívoli inmediata á Roma, y quiso celebrar la dedicacion con sacrificios á los ídolos. Sus falsos sacerdotes le dixerón que nada seria del agrado de los dioses, si ántes de todo no sacrificaba la viuda Sinforosa con sus siete hijos. Adriano mandó comparecer á la

Dei oñA

¹ De Civ. Dei
XVIII. c. 52.

CIV

CON TODO PA-
DECIERON MU-
CHO LOS FIE-
LES EN SU
TIEMPO,

² Lib. II. c. 43.

³ D Hieron.
Catal V. Qua-
dratus: et in
Ep. ad Mag-
num.

⁴ Ruin. Pref.
n. 33.

4 Ruin. Pref.

Año 126.

Santa con su familia , y primero con blandura , y luego con amenazas les persuadia que sacrificasen. Todo fué en vano. Así el emperador mandó abofetear á la Santa , y colgarla por los cabellos ; y manteniéndose todavia constante , la hizo echar al rio atada con una grande piedra. Al dia siguiente hizo venir á su presencia á los siete hermanos juntos y despues de varias inútiles tentativas para que sacrificasen á los dioses , les dió tormento de cuerda atados en siete palos , y les hizo clavar un puñal , á Crescente en la garganta , á Juliano en el pecho , á Nemesio en el corazón , á Primitivo en el ombligo , á Justino por la espalda , á Estrateo por el lado , y á Eugenio le hizo partir de arriba á baxo , mandando despues que sus cuerpos fuesen echados en un hoyo profundo. Las actas del martirio de estos santos se hallan entre las sinceras de Ruimart ; y en ellas vemos que esta ilustre mártir , y feliz madre de tantos mártires , habia sido tambien muger , y cuñada de mártires , y de mártires que lo habian sido igualmente por orden del mismo emperador , y por no querer sacrificar á los ídolos. En efecto quando Hadriano queria persuadirle que sacrificase á los dioses , la santa viuda le respondió : " Mi marido Getulio con su hermano Amasio , siendo tribunos tuyos , sufrieron varios suplicios , y la muerte por no sacrificar " . Y poco despues : " No pienses amedrentarme. Mis deseos son gozar del descanso de que goza mi marido , á quien tú hiciste morir " .

CVI
ANTONINO
PIO, EN CUYO
TIEMPO FUE-
RON MARTI-
RIZADOS SAN-
TA FELICITAS
TAMBIEN CON
SIETE HIJOS, Y
OTROS MU-
CHOS,

En tiempo de Antonino Pio , sucesor de Hadriano , hallamos otra madre que padeció martirio con siete hijos. Esta fué Felcitas muger de la clase de los ilustres. Se mantenía viuda en Roma , habiendo hecho voto de castidad , y estaba en oracion de dia y de noche con grande edificacion de los fieles. Por lo mismo los pontífices paganos se quejaron al emperador de que Felcitas y sus hijos insultaban á los dioses. El emperador mandó á Publio que obligase á madre é hijos á aplacar á los dioses con sacrificios. Publio los hizo prender. Primero á solas , y despues en pú-

blico exhortó, amenazó y preguntó á la madre, y á los siete hijos de uno en uno. Todos permanecieron constantes. Y el emperador visto el proceso verbal, los entregó á varios jueces, para que pereciesen con diferentes castigos. Uno murió á golpes de correas con plomo: otro arrojado á un precipicio: dos á palos: y tres cortada la cabeza. La madre fué degollada¹. En tiempo del mismo emperador fué también martirizado San Telesforo pontífice romano²; y fueron sin duda muchos mas los mártires de aquellos años, segun se colige de una antigua inscripcion hallada en los cementerios de Roma³, y de varias expresiones de la primera apología que escribió San Justino, y dirigió á este emperador.

Esta apología, y varias representaciones que vinieron de las provincias, movieron al emperador Antonino Pio á dar un rescripto ú orden bastante favorable á los cristianos. Eusebio⁴ nos le conserva, y nos dice que fué de Antonino Pio, aunque en su título se lee *Aurelius Antoninus* en lugar de *Ælius Antoninus*, que es como leyó Aurelio este rescripto, que es del tenor siguiente: "El Emperador César Marco Aurelio Antonino, Augusto, Arménico" (ó como en San Justino: El Emperador César Tito Elio Adriano Antonino, Augusto, Pio, &c.) Pontífice Máximo, Tribuno de la plebe en la XV vez, Cónsul por tercera vez: Al Comun del Asia, salud: Pensé que los dioses cuidarían de que estas gentes no quedén ocultas. Pues mucho mas les toca á ellos que á vosotros, castigar á los que no quieren darles culto. Á estos contra quienes os alborotáis, vosotros mismos los haceis mas constantes en su opinion, acusándolos de impiedad¹. Porque ellos mas que en conservar la vida, se complacen en ser sentenciados, y hacer ver que sufren la muerte por su Dios. Así salen victoriosos perdiendo antes la vida, que consentir en hacer lo que vosotros les mandais".

"Ni será fuera del caso deciros algo de los terremotos

¹ Ruin. *Acta* p. 25.

² Euseb. in *Chron. et H. E.* v. c. 6.

³ Vid. Ruin. *Prof.* n. 25.

CVII

DÓ UN RES-
CRIPTO AL CO-
MUN DEL ASIA,

⁴ Eus. *Hist. E.* IV. c. 13.

⁵ *Apol.* I. n. 70.

Año 152.

« pasados y presentes, ya que quando suceden quedáis
 « consternados, vosotros que comparais vuestra religion
 « con la de aquellos. Entónces es quando ellos ponen ma-
 « yor confianza en Dios. Pero vosotros en todo aquel tiem-
 « po caidos de ánimo, por poco conocimiento segun yo
 « creo, os descuidais de los dioses: ni pensais en las cere-
 « monias, ni en el culto del inmortal. Y con todo arrojais, y
 « perseguis con furor hasta la muerte, á los cristianos que
 « le adoran. Sobre estas gentes habian ántes escrito á mi
 « divino padre muchos gobernadores de provincias, á
 « los quales respondió que no debian ser molestados, á no
 « ser que intentasen algo contra el estado del imperio Ro-
 « mano. Tambien ha habido muchos que me han escrito á
 « mí; y conformándome con la constitucion de mi padre,
 « les he respondido que si se prosigue en molestar á alguno
 « por ser cristiano, el acusado quede absuelto, aunque
 « conste que realmente es cristiano, y el acusador sea cas-
 « tigado”. Esta carta concluye así: “*Propuesta en Efeso, en
 « el público Consejo del Asia*”. Lo que denota que la órden
 « del emperador fué promulgada ó publicada en el lugar
 « en que se juntaban los legados ó diputados de toda el
 « Asia.

CVIII
 EN QUE FAVO-
 RECÁ Á LOS
 CRISTIANO,
 PERO DEXA LU-
 GAR Á LA PER-
 SECUCION.

Para la perfecta inteligencia de esta órden imperial es
 menester tener presente que, como otras veces hemos di-
 cho, la religion cristiana se oponia á las leyes del impe-
 rio por dos razones distintas: á saber por adorar como
 Dios á Cristo, sin licencia del senado, y por no querer
 adorar como dioses á los que las leyes reconocian por ta-
 les. Plinio con toda su moderacion solo procuró que los
 cristianos no fuesen castigados sin forma de juicio; pero
 para que los acusados salvarsen sus vidas juzgaba precisas
 dos cosas: blasfemar de Cristo, y dar culto á los ídolos.
 Antonino Pio habia observado que, atendido el modo de
 pensar de los cristianos, los tormentos de muerte eran
 mal medio para amedrentarlos, y hacerlos prevaricar. Así
 parece que quisiera dexar á los dioses el cuidado de ven-
 garse de los que no les den culto. Parece tambien que juz-

gaba conveniente unir el culto de los dioses, con el del inmortal, que adorau los cristianos. Y en efecto la política de los romanos reconocia fácilmente los dioses de los pueblos que vencía, y permitía su culto; y los idólatras en general fueron siempre fáciles en adorar todo lo que pasaba por cosa Divina. Así Antonino Pio para precaver en sus pueblos toda guerra de religion, no podía hallar medio mas oportuno que dexar libre el culto de Cristo como Dios, si con esta condescendencia los cristianos hubiesen dexado de oponerse al culto de los dioses.

Quando pues el emperador resuelve que nadie sea perseguido por ser cristiano, es lo mismo que si dixera por adorar á Cristo, ó reconocerle por Dios. Pero, como antes dixe de Hadriano, tambien Antonino dexaba abierto campo á la persecucion de los cristianos con motivo de su resistencia á dar culto á los dioses, especialmente en fiestas de victorias, en sacrificios ofrecidos por la salud del emperador, y en otros casos en que en el concepto general de los idólatras no dar culto á los dioses era un atentado contra el bien del imperio Romano: en cuyo caso supone Antonino, que los cristianos han de ser castigados. Entretanto en este rescripto tenemos un testimonio nada sospechoso de la heroyca constancia con que los cristianos generalmente tenian por triunfo el padecer, y morir por Dios y por no adorar á los ídolos, y tambien de que era muy comun perseguirlos de muerte por este motivo.

De uno y otro se vieron mas frecuentes exemplares en el imperio de su sucesor Marco Aurelio el Filósofo. Tertuliano¹ da á entender que este emperador no publicó ninguna ley contra los cristianos. Pero Meliton² supone que durante su imperio en algunas provincias se habia encruelcido la persecucion con motivo ó por ocasion de los edictos; y hace especial mencion de un edicto inaudito, tan cruel que no debia publicarse contra los enemigos mas bárbaros, ni el Santo podia creer que fuese del emperador. Mas, ó bien este edicto fuese efectivamente de algun

Clavon
Lib. v. c. 24.
De Civ. Dei.
lib. 18. c. 23.

Año 166.

Theoph. III.
ad Athanasia
In.
De Apoc.

CIX
EN EFECTO
FUÉ TERRIBLE
EN TIEMPO DE
MARCO AU-
RELIO:
¹ Apoc. c. 5.
² Ap. Euseb.
Hist. E. IV.
c. 26.

EL MARTIRIO

gobernador de provincia, ó fuese del emperador, aunque no fuese general para todo el imperio, y Tertuliano hablase solo de leyes generales; lo que no tiene duda es, que en tiempo de Marco Aurelio la Iglesia padeció una de las mas violentas persecuciones, que cuentan por quarta Eusebio¹, Orosio², y tambien San Agustin³, quien da á Marco Aurelio el nombre de Antonino, como solian los antiguos.

Á algunos parece que un emperador filósofo habia de tolerar á los cristianos, en términos de no molestarlos ni por lo que adoraban, ni por lo que dexaban de adorar. Pero si reflexionan que Marco Aurelio era un filósofo dominado de máximas impías, y que tenia á todas las religiones por igualmente inútiles ó indiferentes; por lo mismo deben suponer que como filósofo no podria sufrir la constancia con que los cristianos defendian la necesidad y verdad de su religion, y la falsedad y perjuicios de las otras: y como emperador se irritaria por la resistencia de los fieles á las leyes y órdenes de sacrificar, y temeria que sus máximas turbasen la quietud del imperio. Á Marco Aurelio se dió el nombre de Filósofo por su amor á la filosofia estoica: así lograban su protección y disfrutaban de sus liberalidades los filósofos gentiles de aquel tiempo. San Justino, Taciano, y algunos otros famosos por su sabiduría se convirtieron al cristianismo, y conservando el nombre y traje de filósofos, enseñaban una filosofia cristiana, demostraban la falsedad de la griega, y descubrian los excesos y desórdenes de los Filósofos que se mantenian gentiles. Estos en todos tiempos aborrecieron á los cristianos⁴. Mas entónces el amor de sus intereses y de su fama los unió con especialidad con los sacerdotes y pueblos gentiles; y los movió á publicar las mas atroces calumnias y vehementes acusaciones contra los cristianos. Así es muy verisímil que los mismos filósofos inducirian á Marco Aurelio á perseguir la Iglesia. Pudo tambien moverle su aficion supersticiosa á los idolo; que los mismos paganos notaron de excesiva. Ammiano Mar-

¹ Chron.

² Lib. vii. c. 15.

³ De Civ. Dei.

lib. 18. c. 52.

⁴ Vid. S. Just.

Apol. 11. n. 3.

et 9.

A. B. C.

A. B. C.

A. B. C.

celino¹, burlándose de la profusion con que sacrificaba á los ídolos en sus victorias, dice que las vacas blancas le rogaban que nunca mas volviese vencedor, pues con pocas veces acabaría con todas ellas. Á estas causas particulares deben añadirse las generales de todas las persecuciones. Y de qualquier modo es innegable, que la filosofia y la mansedumbre de Marco Aurelio no impidieron que en su tiempo fuésen cruelmente tratados muchísimos cristianos, sin otro delito que su religion.

San Justino comienza la pequeña apología presentada á M. Aurelio con estas palabras: "Lo que ayer, y en los días inmediatos sucedió en vuestra ciudad, ó Romanos, por orden de Urbicio, y lo que en todos lugares hacen igualmente los presidentes, contra toda razon, &c." Y luego explica lo que habia sucedido en Roma, esto es, el martirio de San Tolomeo y compañeros. Teófilo, que gobernaba la iglesia de Antioquia en este tiempo, dice que aun entónces no dexaba de perseguirse con crueldad á los cristianos, haciéndolos azotar bárbaramente, apedreando á unos, y matando á otros². Atenágoras supone á los procónsules, y prefectos de las provincias muy ocupados en las causas de los cristianos³. Y Meliton se lamenta de que entónces la persecucion en algunos lugares del Asia era sumamente cruel, y suplica á M. Aurelio que exámine por sí mismo á los cristianos, y vea si son ó no dignos de castigo, no permitiendo que sean atormentados y muertos con tanta precipitacion, y con tan inexorable severidad⁴. Por último Eusebio al emprender la relacion de los mártires Lugdunensés, dice que de lo acaecido en una provincia podrá colegirse la casi innumerable multitud de mártires que entónces hubo por todo el mundo⁵. Al mismo fin de que pueda formarse alguna idea de quanto padeció la Iglesia en tiempo de Aurelio, acordaré algunos de los mártires, de que nos quedan mas circunstanciadas y seguras noticias.

Desde luego se nos ofrece el ilustre discípulo de los apóstoles San Policarpo. De este Santo sabemos que vi-

Lib. xxv.
c. 4.

Año 166.

² Theoph. iii.
ad Authol. in
fin.

³ In Apol.

⁴ Eus. Hist.
E. iv. c. 26.

⁵ Hist. Eccl.
Lib. v. Procem.

cx
ENTÓNCES FUÉ
EL MARTIRIO

DE SAN POLI-
CARPO, QUE
LEEMOS EN LA
PRECIOSA CAR-
TA DE LA IGLE-
SIA DE ESMIR-
NA:

¹ Eus. Hist.

E. v. c. 24.

² Tert. Pres-

cr. c. 32.

³ Núm. 478.

851.

vió con San Juan y otros apóstoles¹, y que por ellos fué instruido y hecho obispo de Esmirna². Algunos han creído que lo era ya quando San Juan escribió el Apocalipsis, y que á él se dirigen los elogios que el Ángel de Esmirna recibe de la boca de la verdad. En otro lugar diré algo de su viage á Roma, y de su carta á los fieles de Filadelfia³, pues han perecido todos sus demás escritos. Ahora antes de referir su martirio, veamos el diseño que nos hace San Ireneo de su conducta. Escribe Ireneo á Florino, el qual habiendo sido condiscípulo suyo en la escuela de San Policarpo, cayó después en varios errores; y le habla de esta manera: "Tales dogmas no son los que te enseñaron los obispos que nos precedieron, y que habian sido discípulos de los apóstoles. Pues siendo yo niño te ví en el Asia inferior en casa de Policarpo, quando tu vivias esplendidamente en la corte del emperador, y ponias gran cuidado en merecer la estigación del santo obispo. Yo me acuerdo mejor de lo de entonces, que de lo que me pasa ahora. Yo podría aun señalar el puesto en que el bienaventurado Policarpo solia sentarse para predicarnos, é instruirnos en la palabra de Dios: tengo muy presente su modo de andar, el tenor de su vida, el talle de su cuerpo, las instrucciones que daba al pueblo, y lo que nos contaba de las conversaciones familiares que habia tenido con Juan, y con los demás que habian visto al Señor: como hacia memoria de todas las palabras que les habia oido, y de todas las particularidades que le habian contado del Salvador, tanto de sus milagros como de su doctrina. Todo lo referia Policarpo conforme la relacion de los que eran testigos de vista del Verbo de vida, y así en todo se conformaba exactamente con la Escritura. Yo por la gracia de Dios le escuchaba entonces con cuidado, fixando en mi corazón quanto decia, y por la misma gracia no se me ha olvidado nunca, y lo repaso continuamente en mi interior. Yo pues en la presencia de Dios puedo asegurar que si aquel varon apostólico y bienaventurado obispo, hu-

in. Theoph. in
in. in
in. in
in. in

¹ Eus. Hist.
E. v. c. 24.

² Tert. Pres-
cr. c. 32.

851.
in. in
in. in
in. in

„biese oído algo de vuestros errores, al instante tapándose los oídos hubiera exclamado como solía : ¡Ó buen Dios! ¿ por qué me habeis conservado la vida hasta ahora , si había de oír tales blasfemias? En seguida hubiera huido del lugar en que se hubiesen dicho”. Hasta aquí San Ireneo.

Tal era el zelo de la fe que ardía en el corazón de Policarpo. Era sin duda obispo el año 107, ó al tiempo del martirio de San Ignacio, y aun es de creer que lo era antes de morir San Juan, esto es, el año ciento ó ciento y quatro de la era vulgar. Y como su martirio fué en el año 166, así su Obispado duró mas de sesenta años. Luego veremos que poco antes de morir contaba ochenta y seis de servicio del Señor: ¿ Quán admirables serían pues los frutos de tan largo pontificado en un varon tan zeloso de extender y mantener pura la fe, á quien San Ignacio desde sus principios dió tantos elogios, los gentiles al tiempo de su muerte le aclamaron padre y doctor de los cristianos, y San Gerónimo le llamó principal obispo de toda la Asia? Esta reflexion hace mas sensible la falta de memorias circunstanciadas, y auténticas de los hechos de su vida. Detengámonos pues en la relacion de su gloriosísima muerte, que se nos conserva en uno de los mas preciosos monumentos de la antigüedad cristiana. Tal es la carta con que la iglesia de Esmirna dió cuenta del martirio del Santo á la iglesia de Filadelfia, y á todas las parroquias ó juntas particulares de la santa Iglesia católica que hay por todo el universo.

Los fieles de Esmirna desde el principio celebran la constancia y paciencia de los muchos mártires, que padecieron entónces. Algunos fueron de tal manera descarnados con azotes, que se les veian las mas interiores venas y arterias. Los que estaban presentes lloraban de compasion; pero ellos ni gemian, ni se quejaban. Otros fueron echados al fuego, otros condenados á las bestias. Mas antes por ver el tirano si podria reducirlos á negar á Cristo con la continuacion de los tormen-

1 S. Hier. Cat.
c. 17.

Año 161,
166.

¹ *Epist. Eccl. Smyr. ap. Co-*
tel. n. 1. 2.

tos, los hacia echar sobre mariscos ó piedras puntiagu-
das, y les hacia sufrir otros crueles suplicios ¹. Un jóven
llamado Germánico, que estaba animando á sus compañe-
ros, se atraxo la atención del Procónsul, quien le dixo
que tuviese compasion de sí mismo, y que atendiese á su
tierna edad. Mas el valeroso mártir, arrimándose á una
fiera, la incitó á que le despedazara. Entónces el pueblo
infiel absorto é irritado del valor de los cristianos, empe-
zó á gritar: "Acabad con los impios: búsquese á Poli-
carpo". Entre tanto un tal Quinto, recién venido de
Frigia su patria, al ver las fieras, se atemorizó. Se habia
presentado voluntariamente, y habia inducido á otros á
hacerlo. El procónsul con eficaces instancias le reduxo á
jurar y sacrificar: siendo un triste exemplo de que no
conviene ofrecerse sin precision ².

² n. 3. & 4.
cxi

San Policarpo, varon sumamente admirable, informado
de lo que estaba pasando quedó tranquilo, y no queria
moverse de la ciudad. Le instaron que se escondiera, y se
retiró á una casa de campo inmediata. Allí estuvo con al-
gunos fieles, y segun su costumbre, no hacia mas que
orar de dia y de noche por todos, y por todas las iglesias
del mundo. Tres dias ántes de prenderle tuvo una vision
mientras oraba, en que vió su almohada ardiendo. Entón-
ces vuelto á sus compañeros, les dixo en profecia: *To he*
de ser quemado vivo. Retiróse á otra casa de campo; y lue-
go llegaron á la primera los ministros ó soldados de pie y
de á caballo que le buscaban. Prendieron dos muchachos
criados del Santo; y uno de ellos cediendo á los tormentos
le descubrió ³. Con esta guía los ministros, que iban arma-
dos como si hubiesen de prender algun famoso ladron, lle-
garon un dia de viérnes muy tarde á la casa en que estaba
el Santo, á tiempo que se hallaba descansando en un quar-
to alto. Bien pudo el Santo escaparse; pero no quiso, di-
ciendo: *Hágase lo voluntad del Señor*. Al oirlos llegar, ba-
xó, y les habló. Ellos pasmados de su edad, y de su firme-
za, decian: ¿Tanto habíamos de atropellarnos para pren-
der á este viejo? El Santo mandó que les diesen de co-

³ n. 5. 6.

101 oñA
1001

mer y beber quanto quisiesen, y les pidió que le concediesen una hora para orar con libertad. Y habiéndolo logrado, lleno de la gracia de Dios, estuvo en pie orando en alta voz dos horas seguidas sin cesar. Pasmáronse quantos le oyeron, y muchos sentian haber venido á prender á un viejo tan divino¹. En esta oracion hizo expresa memoria de quantos habia conocido de todas edades y condiciones, y de la Iglesia católica esparcida por todo el orbe.

1 n. 7.

CXII

Acabada la oracion, le conduxeron á la ciudad montado en un asno. El Irenarca, ó Juez de paz, salió á recibirle con su padre. Le tomaron en su carroza, y procuraban ganarle, diciéndole: ¿Qué mal hay en decir: Señor, César, en sacrificar, y así salvar la vida? El Santo calló, pero instándole mas ellos, dixo: *To no he de hacer lo que me aconsejais*. Entónces despechados le insultaron de palabras, y le echaron de la carroza con tal précipitacion, que cayó, y se estropeó una pierna. Por éso nada se conmovió: alegre, y expedito prosiguió hasta al anfiteatro. Habia tal confusion y gritería, que nada se oía². Mas al entrar el Santo, se oyó una voz del cielo que decia: *Sé constante, pórtate varonilmente, Policarpo*. Nadie vió quien lo decia; pero la voz la oyeron los cristianos que estaban presentes. Pasó adelante, y al saberse que estaba allí preso, se movió un gran tumulto. Presentáronle al Procónsul, quien le preguntó si era Policarpo, y dixo que sí. El Procónsul le exhortaba á negar, diciéndole que mirase su edad, y lo demas que suelen en estos casos; y añadió: "Jura por el genio de César: vuelve en tí, y di: Acabad con los impios." Entónces Policarpo mirando con un semblante grave y severo la multitud de infieles que habia en el anfiteatro, y extendiendo la mano hacia ellos, levantó los ojos al cielo, y suspirando dixo: *Acabad con los impios*. Era esta la popular aclamacion, con que los infieles pedian el exterminio de los cristianos. Mas el Santo da bien á entender, que debia aplicarse á los idólatras; y atendido el modo con que la profirió, pudo manifestarnos sus ansiosos deseos de que se convirtieran todas

2 n. 3.

las naciones, de modo que quedásen acabados, ó no hubiese mas impíos. Pero pudo tambien en tono profético anunciar á los idólatras el eterno exterminio con que los ha de castigar la divina Justicia.

EXIII

x n. 9.

Instaba el Procónsul que jurase, y dixese injurias á Cristo, y le dexaria en libertad. Policarpo le respondió: *Ochenta y seis años ha que le sirvo: y en nada me ha agraviado. ¿Y cómo podria yo decir blasfemias contra mi rey que me ha salvado?* Replicó el Procónsul: "Jura por el genio, ó por la fortuna del César". El santo respondió: *Si con tanto aparato insistes en que yo jure por lo que tú llamas fortuna del Cesar, y aparentas que no sabes quien yo soy: escucha: lo digo abiertamente: soy cristiano. Pero si quieres conocer en qué consiste la religion cristiana, dame el espacio de un dia, y escucha.* El Procónsul le dixo: *Persuádelo al pueblo.* El Santo respondió: *En quanto á ti te he juzgado digno de que yo te hablase, y te diese razon de mí. Pues se nos enseña honrar á los principes y magistrados establecidos por Dios del modo que es decente, y que no es perjudicial. Mas á ellos no los juzgo dignos de darte razon de mí.* El Procónsul le dixo: *Fieras tengo, y á ellas te arrojo si no vuelves en tí.* Mas el Santo dixo: *Hazlas venir; pues no suelo mudar de lo mejor á lo peor. Pero bueno es que yo pase de los trabajos á las cosas justas.* Replicó el Procónsul, amenazándole con el fuego; y el Santo: *Me amenazas, dixo, con un fuego que arde una hora, y luego se apaga. Porque tú no conoces el fuego del juicio venidero y de la pena eterna, que está reservado á los impíos. ¿Pero qué tardas? Venga lo que quieras.*

6 n. 10. II.

EXIV

Decia el Santo estas y otras muchas cosas con firmeza, con alegría, y con un semblante lleno de agrado: de modo que en vez de desfallecer con lo que se le decia, al contrario el Procónsul quedó asombrado, y envió su pregonero á decir tres veces en medio del anfiteatro: *Policarpo ha confesado que es cristiano.* Al acabarse esta publicacion, toda la multitud de judíos y gentiles, que habitaban en Esmirna, con desenfrenado furor á voz en gri-

to clamaban: Éste es el maestro del Asia, el padre de los cristianos, el destructor de nuestros dioses. Él es quien ha inducido á muchos á no sacrificar á los dioses, ni adorarlos. Con esto clamaban al Asiarca ó superintendente de las fiestas religiosas, de las cuales eran los espectáculos, que soltase un leon contra Policarpo. El Asiarca dixo que no podia, por haberse ya concluido los espectáculos de las fieras. Entonces á una voz clamaron que Policarpo fuese quemado vivo; y con esta sentencia se cumplió su profecía ¹.

Al instante todo el pueblo corrió á recoger leña y sarrimientos de los baños y oficinas, distinguiéndose los judíos como acostumbra. Así que estuvo preparada la leña, Policarpo se quitó el ceñidor y los vestidos y se esforzó á descalzarse: lo que no solia hacer, porque los fieles á porfia le hacian este obsequio, por la mucha veneración que aun ántes del martirio le acarrea la santidad de costumbres. Pusieron á su rededor los instrumentos del fuego; y quando iban á clavarle, dixo: *Dexadme así: el que me da fuerza para sufrir el fuego, me la dará para permanecer firme sobre la pira sin la precaucion de vuestros clavos* ². Con esto no le clavaron, y solo le ataron con las manos detras. El Santo pues así atado, á semejanza de un carnero escogido de un grande rebaño, para ser ofrecido á Dios en holocausto agradable, levantando los ojos al cielo, dixo: *Señor Dios omnipotente, Padre de vuestro muy amado y bendito Hijo Jesucristo, por el qual hemos alcanzado vuestro conocimiento: Dios de los ángeles, y de las virtudes, Dios de todas las criaturas, y de todo el pueblo de los justos que viven en vuestra presencia: os doy gracias por haberme concedido este dia y esta hora, para que tenga parte en el número de vuestros mártires, y en el cáliz de vuestro Cristo, para resucitar á la vida eterna del alma y del cuerpo, en la incorruptibilidad del Espíritu Santo. Oxalá sea yo en el dia de hoy admitido entre ellos en vuestra presencia, como una víctima piñe y agradable, del modo que vos la habeis preparado, lo habeis predicho y cumplido, Vos que sois Dios de verdad, incapaz de menti-*

¹ n. 12.

cxv

Año 166.

² n. 13.

ra. Por lo que, por todas las cosas os alabo, os bendigo, os glorifico con vuestro muy amado Hijo Jesucristo celestial y eterno: con el qual á Vos y al Espíritu Santo, sea dada la gloria ahora y en los siglos venideros. Amen ¹

¹ n. 14.

CXVI

Así que dixo Amen, los ministros encendieron el fuego: se levantó una grande llama; y se vió un gran portentó. Pues el fuego se extendió al rededor del mártir, á modo de bóveda, ó de una vela de nave hinchada por el viento; y el santo cuerpo no se parecía á la carne que se quema, sino al pan que está cociendo en el horno, ó á la plata y oro que brilla en el crisol. Exhalaba también un olor suave como de incienso, ó algún precioso aroma. Viendo los infieles que el fuego no podia consumirle, mandaron á uno de los que llamaban *Confectores*, destinados á acabar de matar las fieras heridas en el anfiteatro, que le atravesase con un puñal. Salió mucha sangre, y apagó el fuego: todo el pueblo admiraba que hubiese tanta diferencia entre los infieles y los cristianos ². No faltó quien instase al Procónsul que no permitiese que el santo cuerpo fuese sepultado, aparentando miedo de que los cristianos dexasen al crucificado para adorar á Policarpo; ³ y aun los judíos (añaden los fieles que escriben esta carta) nos observaban á ver si lo sacabamos del fuego. Pero no saben que jamas podremos dexar á Cristo, que siendo inocente padeció por los pecadores, y por la salud de todos los que se salven de todo el mundo: ni podemos adorar á ningun otro. Pues á Cristo como Hijo de Dios le adoramos; mas á los mártires como discípulos é imitadores del Señor, con razon los amamos por su grande amor á su rey y maestro ³.

² n. 15. 16.

81. n. 2

³ n. 17.

CXVII

Añaden luego, que el santo cuerpo fué quemado, y prosiguen: "Nosotros despues recogimos sus huesos, mas apreciabes que oro y piedras preciosas, y los colocamos en un lugar decente. En donde el Señor nos hará la gracia de que juntándonos del modo que pudiéremos, celebremos el dia de su martirio con fiesta y gozo, tanto en memoria de los que ya combatieron, como para exer-

„cicio y alegría de los que vendrán.¹” Estas y otras muchas expresiones de la carta demuestran claramente que esta relación está hecha por testigos de vista: así fué muy digna de que Eusebio ² la transcribiera casi toda en su historia. Los fieles de Esmirna desde el principio nos hacen observar que fueron muchos los que padecieron entónces ántes que Policarpo, y al fin dan á entender que fueron doce en aquella ciudad casi á un tiempo, aunque solo se hable de San Policarpo, por ser el mas famoso y conocido aun entre los gñtiles ³. Tambien nos aseguran que la violenta persecucion que agitaba entónces la iglesia de Esmirna, quedó sellada ó cerrada con el martirio de su santó prelado ⁴. El qual sucedió á las dos de la tarde de un sábado, que segun parece mas verisímil fué á 23 de febrero del año ciento sesenta y seis.

1 n. 18.

2 Hist. E. IV. c. 15.

3 n. 19

4 n. 1.

Hácia el mismo tiempo padecieron en Roma tres santos, cuyo martirio denota con quanta facilidad se condenaba á muerte á los cristianos. Dos casados vivian muy deshonestamente. La muger se hizo cristiana; y así no contenta con vivir ella castamente procuraba la enmienda de su marido, hablándole del fuego eterno con que serán castigados los lascivos. Mas él cada vez peor, procuraba darle que sentir, y proseguia en sus deshonestidades, sin respeto á leyes de matrimonio, ni de naturaleza. La muger habia resuelto dexarle; pero las instancias de los amigos, y alguna esperanza de lograr su conversion la detuvieron. Mas habiendo el hombre hecho un viage á Alexandría, ella supo que se abandonaba de dia en dia á mayores excesos: por lo que se creyó precisada á separarse, y le intimó el divorcio. El marido por vengarse la acusó de que era cristiana; y ella acudió al emperador, pidiendo algun plazo para arreglar sus asuntos domésticos, ofreciendo contestar después á la acusacion. Concedióselo el emperador. Mas el marido se volvió entónces contra Toleméo, con cuyas instrucciones ella se habia convertido.

Año 166.

Á sus instancias fué Toleméo preso y cargado de ca-

denas, sin preguntársele nada mas que si era cristiano. Despues de haber pasado mucho tiempo en la cárcel, fué presentado al prefecto Urbicio, que tambien solo le preguntó si era cristiano. Toleméo lo confesó otra vez con mucha constancia, y Urbicio le mandó llevar al suplicio. Al oír esta sentencia un cristiano, llamado Lucio, dixo al prefecto: *¿Por qué condenas á un hombre que no ha cometido ni adulterio, ni homicidio, ni hurto, y á quien no se hace otro cargo que la confesion del nombre cristiano? Tal modo de sentenciar no se conforma con las máximas de nuestro piadoso emperador, ni del filósofo su hijo, ni del senado romano.* Urbicio por única respuesta le dixo: *Paréceme que tú tambien eres cristiano.* Respondió que sí, y el prefecto mandó que le llevasen tambien al suplicio. Se lo agradeció Lucio, y en seguida se les unió un tercer cristiano, que fué sentenciado con ellos dos ¹.

El martirio de S. Toleméo, S. Lucio, y su compañero parece que dió ocasion á S. Justino de componer su apología mas breve, que es la segunda que escribió, aunque en algunas impresiones sea la primera. Habla con el emperador Marco Aurelio, y comienza por el martirio de estos tres santos, que supone que entónces acababa de suceder ². Este zeloso apologista, que ilustró tanto la Iglesia durante su vida ³, no tardó mucho á sellar con su sangre, por orden del prefecto de Roma, el testimonio de su fe, que habia dado de palabra y por escrito contra gentiles, judíos y hereges. Por los años de 167, ó 168, San Justino y los que estaban con él fueron llevados á Rústico, prefecto de Roma. Éste dixo á Justino: *Vamos, obedece á los dioses, y á los edictos de los emperadores.* Pero Justino respondió: *El que obedece á los preceptos de nuestro Salvador Jesucristo nunca podrá ser reprehendido ni condenado.* Entónces el prefecto le preguntó á qué género de estudio se habia aplicado. Justino respondió: *Emprendí el estudio de toda clase de ciencias y erudicion. Por último me fixé en la doctrina de los cristianos, aunque no sea del gusto de los que siguen el error.*

Eus. Hist. E. IV, c. 17.
 -OT CXXIX
 DE SAN JUSTINO Y COMPANEROS:

² S. Justin.
Apol. II. c. I.
³ Véase n.
 357.425.480.

¡Ah miserable! dixo el prefecto, ¿ese estudio te gusta? *Muchísimo*, dixo Justino, *porque sigo á los cristianos, fundado en buenas sentencias.* ¿Y cuáles son estas? dixo el prefecto. Y Justino: *Las sentencias ó doctrinas que los cristianos piadosamente conservamos, consisten en reconocer un solo Dios, Criador de todas las cosas visibles é invisibles, y confesar al Señor Jesucristo, Hijo de Dios, pre-nunciado por los profetas, el qual ha de venir á juzgar al género humano, y anuncia la salud, y es el maestro de los que reciben bien su doctrina. En quanto á mí, yo me cono-có débil é incapaz para decir algo que sea digno de su Di-
vinidad infinita. Esto queda á cargo de los profetas, que muchos siglos ántes pronunciaron la venida del Hijo de Dios al mundo.* Preguntó el prefecto en qué lugar se jun-
taban los cristianos. Y Justino respondió: *Cada uno se jun-
ta donde quiere, y donde puede.* ¿Pensas que nosotros nos
juntamos siempre en un mismo lugar? *No es así: el Dios
de los cristianos no está ceñido á un lugar, sino que siendo
invisible llena cielos y tierra, y en todas partes los fieles le
adoran y alaban.* ¿Dí pues, replicó el prefecto, en dónde
juntas tus discípulos? Respondió Justino: *Hasta ahora yo
he vivido cerca de la casa de un tal Martin, junto al ba-
ño llamado Timiótimo. Esta es la segunda vez que he ve-
nido á Roma, ni sé otro lugar que este que digo. Si alguno
ha venido á buscarme, le he comunicado la doctrina de la
verdad.* Luego tú eres cristiano, dixo Rústico. Y Justino:
Seguramente: cristiano soy.

Entónces el prefecto dixo á Cariton: ¿Y tú eres cris-
tiano? Cariton dixo: *Soy cristiano por la gracia del mis-
mo Dios.* El prefecto hizo la misma pregunta á una mu-
ger llamada Caritana, y respondió que tambien lo era
por la gracia de Dios. Entónces Rústico dixo á Evelopisto:
¿Y tú quién eres? Y él respondió: *Soy esclavo del César,
pero cristiano. Cristo me ha dado libertad; y por su gracia
soy participante de la misma esperanza que estos.* En segui-
da el prefecto preguntó á Hierax si tambien era cris-
tiano: respondió: *S.n duda soy tambien cristiano, pues*

sirvo y adoro al mismo Dios. ¿Qué tal vez Justino, dixo el prefecto, os ha hecho cristianos? Hierax solo dixo: *Yo he sido cristiano, y lo seré.* Peon que estaba allí, dixo: *Tambien soy cristiano.* ¿Quién te ha instruido? dixo el prefecto; y él respondió: *Mis padres.* Después Eveltisto dixo: *Yo á la verdad oia los sermones de Justino con gran gusto; pero tambien mis padres me instruyeron para ser cristiano.* El prefecto dixo: ¿En dónde están tus padres? Y respondió: *En Capadocia.* El prefecto preguntó tambien á Hierax en qué país estaban sus padres. Hierax respondió: *Nuestro verdadero padre es Cristo, y nuestra madre la fe con que creemos en él. Mis padres terrenos murieron; y á mí me sacaron de Frigia, y vine acá.* El prefecto preguntó á Liberiano qué decia, y si era tambien cristiano é impio contra los dioses: *Yo tambien, respondió, soy cristiano, pues sirvo y adoro al solo verdadero Dios.*

Entónces el prefecto vuelto á Justino le dixo: Escucha tú que tienes fama de eloqüente y crees tener la verdadera ciencia: ¿Si te despedazan con azotes de pies á cabeza, crees tú que subirás al cielo? Y Justino respondió: *Yo creo que si sufro lo que dices, conseguiré lo que poseen los que guardaron los preceptos de Cristo; porque sé que la gracia de Dios queda reservada hasta el fin del mundo para los que vivieren así.* Á lo que replicó el prefecto: ¿Con que tú te imaginas que subirás al cielo á recibir alguna recompensa? *No me lo imagino, respondió el Santo, sino que lo sé, y lo tengo por tan cierto, que no tengo la menor duda.* Rústico dixo: *Vamos al caso, y á lo que importa.* Juntáos, y todos á una sacrificad á los dioses. Justino dixo: *Quien piensa con tino, no abandona la piedad, para caer en la impiedad y en el error.* El prefecto dixo: *Si no obedecéis mi orden, sereis atormentados sin ninguna compasion.* Y Justino: *En gran manera deseamos padecer tormentos por nuestro Señor Jesucristo. Esto nos conciliará gracia y confianza para comparecer delante del tremendo tribunal del mismo Señor y Salvador nuestro, en el qual por orden de Dios comparecerá todo el mundo.* Lo mismo di-

CXXI

XXX

xeron los demás mártires, y añadieron: *Haz luego lo que queieras ; pues somos cristianos , y no sacrificamos á los dioses.*

Al oírles el prefecto, pronunció esta sentencia: " Los que no han querido sacrificar á los dioses, y obedecer al edicto del emperador, sean azotados y castigados con pena capital, conforme mandan las leyes". Con esto los santos mártires alabando á Dios fueron llevados al lugar acostumbrado, y despues de los azotes se les cortó la cabeza con la segur, y así consumaron su martirio en gloria del Salvador. " Despues algunos fieles ocultamente recogieron sus cuerpos, y los colocaron en un lugar oportuno, con la ayuda de la gracia de nuestro Señor Jesucristo, al qual sea dada la gloria por todos los siglos de los siglos. Amen". Así concluyen las actas antiguas, cuya autenticidad, como tambien el que hablan de San Justino el apologista famoso de los cristianos, queda bien probada en varios autores modernos, entre otros en Ruinart ¹, y Tillemont ².

Aun fué mayor el número de los mártires en los últimos años del emperador Marco Aurelio, esto es por los de 177, si como Eusebio nos dice, hemos de formar juicio de lo que pasaba en todo el imperio por lo que acaeció en las iglesias de Leon y Viena de Francia, segun vemos en la carta que estas iglesias dirigieron á las de Asia y Frigia, la qual casi entera nos ha conservado el mismo Eusebio ³. El furor con que el pueblo gentil solia perseguir á los cristianos, en estas dos ciudades llegó entónces á increíbles excesos. Amotinados los idólatras, todos se creían autorizados para arrojar de todas partes, insultar, apedrear, apresar, despojar, y de mil maneras atropellar en bienes y personas á los cristianos. Los mas débiles se escondieron: muchos animosos hicieron frente á la persecucion. El gobernador, que al principio estaba ausente, á su arribo encontró muchos detenidos en la cárcel por el tribuno y magistrados. Se entregó de ellos, y los trataba con tanta crueldad, que Vecio Epagato, jóven cristiano, de cos-

CXXII

¹ *Admon. ad acta S. Just.*

² *S. Justin. Art. xxii. & n. ult.*

CXXIII

DE LOS MÁRTIRES DE LEON Y VIENA DE FRANCIA,

³ *Hist. E. v. c. i. & seq.*

tumbres irreprehensibles, no pudo contener su zelo, y le pidió permiso para defender jurídicamente á los cristianos. El presidente le preguntó si lo era; y confesándolo, fué tambien preso con el glorioso título de abogado de los cristianos. Crecia todos los dias el número de los presos: siéndolo con especialidad los fieles mas famosos de ámbas iglesias; y se procedia contra todos. Se prendió á algunos gentiles esclavos de cristianos, y con tormentos y amenazas se les hizo declarar que los fieles celebraban *cenas Tiesteas*, ó convites de carne humana, y *bodas de Edipo*, ó deshonestidades las mas monstruosas. Estas calumnias acabaron de irritar al pueblo, hasta á aquellos que habian tenido particular amistad ó conexiõn con algunos cristianos.

Tanto el pueblo, como el gobernador y los soldados estaban especialmente furiosos contra San Sancto diácono de Viena, San Maturó neófito, San Attalo de Pérgamo, y Santa Blandina esclava. Era esta de cuerpo tan delicado, que todos, especialmente su ama, temian que no podria hacer una confesion valerosa. Fué puesta en el ecúleo ó potro de dar los tormentos. Parecia que habia de morir al primero; pero la Santa los sufrió todos: llegó á fatigar á los que la atormentaban; y siendo así que todos sus miembros quedaron dislocados, y todo su cuerpo cubierto de llagas, no salió de su boca otra queja, ni otra respuesta á las preguntas que le hacian, sino estas palabras: *To soy cristiana: nada se practica entre nosotros que sea malo.* Sancto sufrió tambien mas tormentos de lo que puede imaginarse; y léjos de prorrumpir en ninguna palabra indecorosa ó ilícita, á todas las preguntas de su nombre, patria, condiciõn y otras semejantes, respondia en latin: *Soy cristiano.* El gobernador, y los verdugos se irritaron de tal manera, que no sabiendo ya como atormentarle mas, le aplicaban planchitas de metal hechas brasa á los miembros mas delicados. En su cuerpo no se veian sino llagas y heridas: no parecia cuerpo humano; mas el ánimo se mantuvo inalterable é inmóvil en la fe. Pocos

días después los paganos le volvieron al ecúleo, para renovar sobre sus llagas los primeros tormentos. Pero contra toda esperanza los miembros dislocados se repusieron en el estado natural: de modo que por un efecto de la gracia de Dios, lo que se intentó para tormento insufrible, fué eficazísimo remedio.

Diez de los cristianos habían tenido la flaqueza de ceder á las primeras persuasiones y amenazas del gobernador, quien por entónces los tenia en la cárcel con los demas. Biblias, que era de este número, fué puesta en el ecúleo para que confesase los crímenes de que se acusaba á los cristianos. Los tormentos la hicieron volver en sí; y como si despertase de un profundo sueño, acordándose del fuego y penas eternas, *¿cómo es posible*, exclamó, *que nos comamos á los niños, nosotros que ni siquiera comemos la sangre de los animales?* Desde entónces se declaró cristiana, y se unió con los demas mártires. En estos tres santos se vió que la gracia del Señor, y la paciencia de los mártires dexaban burlados los designios del gobernador en aquellos tormentos. Éste mandó encerrar á todos los mártires otra vez en la cárcel; les puso ámbos pies en prisiones tan violentas, los tuvo en tal estrechez, y trató con tal crueldad, que si bien algunos de los que ya habían padecido tormentos de muerte se restablecieron por especial providencia de Dios, los mas murieron en la cárcel, hasta algunos de los presos de nuevo, que no habían padecido fuera ningun tormento.

San Potino, obispo de Leon, fué de este número. Era ya de noventa años, de complexión débil, y apenas podía respirar. Mas alentado con el deseo del martirio se mostró muy alegre, quando los soldados le llevaban al tribunal, entre los baldones con que el pueblo le insultaba. El gobernador le preguntó quien era el Dios de los cristianos. El Santo respondió: *Si eres digno, tú lo sabrás.* El juez se retiró sin mas exámen; y creyendo los gentiles que vengaban á sus dioses, insultando al Santo sin compasion ni respeto, á puñadas, puntapiés, y de mil

CXXV

CXXVI

CXXVII

maneras le atropellaron, y medio muerto le arrojaron á la cárcel, donde murió dos dias despues. Los que habian negado la fe, estaban aun detenidos en la cárcel con los mártires. Estos recreados y fortalecidos con el gozo de su confesion, con la esperanza de las promesas, con el amor de Jesucristo, y con el espíritu de Dios Padre, se presentaban con un semblante alegre y magestuoso, no tanto oprimidos como adornados con las cadenas. Aquellos atormentados por su conciencia, estaban tristes, abatidos, confusos. Y tan diferente espectáculo servia mucho para animar á los fieles. Era tambien muy admirable la humildad y caridad de estos santos encarcelados. Se juzgaban indignos de ser llamados mártires: é instaban con lágrimas á los fieles que estaban libres, que con fervorosas oraciones les alcanzasen la constancia hasta el fin. Penetrados del temor de Dios, rogaban por los que les maltrataban, en vez de hablar mal de ellos. Sobre todo tiernamente compadecidos de la flaqueza de algunos de sus compañeros lapsos, ofrecian por ellos muchas lágrimas al Padre celestial. Su paciencia, exhortaciones, y súplicas alcanzaron la vida á los que habian negado la fe. Entre los mártires habia uno llamado Alcibiades que no tomaba otro alimento que pan y agua. Attalo por revelacion supo que Alcibiades era ocasion de escándalo á algunos, y que haria mejor en comer de todo. Díxoselo; y éste dócil comió en adelante como los demas.

CXXVII

LXXII

Entre tanto se iban destinando varios martirios para los Santos. Maturo, Sancto, Blandina y Attalo fueron sacados de la cárcel para ser expuestos á las fieras en una fiesta extraordinaria que de propósito se dió. Maturo y Sancto volvieron á salir al anfiteatro como si nada hubiesen padecido ántes. Fueron azotados, arrastrados, mordidos de las fieras, y se les hicieron sufrir quantos tormentos pedia á gritos el furioso pueblo, hasta el de sentarse en una silla de hierro ardiendo: por último fueron degollados. A Santa Blandina la pusieron en un palo como en cruz, para ser devorada de las fieras; mas estas no le

hicieron daño, y la volvieron á la cárcel. El pueblo gritaba contra San Attalo; más el gobernador habiendo sabido que era ciudadano romano, le hizo volver á la cárcel; y escribió al emperador para ver que haría de todos los presos. La respuesta fué, que los que confesasen fuesen muertos, y los que negasen puestos en libertad. Era entónces grande el concúrsó de gentes, por haberse de empezar unos juegos solemnes, y el gobernador con gran pompa hizo comparecer á los mártires en el tribunal. Preguntóles otra vez: á los ciudadanos romanos se les cortó la cabeza: los demás fueron arrojados á las bestias. Examinó á parte á los que habian ántes negado, creyendo no haber de hacer mas que darles libertad. Pero con gran gozo de la Iglesia, todos mientras estaban en la cárcel habian vuelto en sí: confesaron valerosamente la fe, y fueron unidos á los demás mártires. Solo quedaron fuera algunos que jamás habian tenido verdadera fe, ni temor de Dios, y habian deshonrado la religion con su mala conducta.

Durante el interrogatorio, un médico llamado Alexandro, natural de la Frigia, hombre famoso por su caridad y valor en publicar la fe, con señas animaba á los confesores. Los gentiles lo repararon: así viendo que confesaban aquellos que ántes habian negado, se irritaron, y clamaron contra Alexandro, como si él fuese la causa. El gobernador le preguntó quien era. Y él respondió: Soy cristiano. Indignóse el juez, y le condenó á las bestias. Al dia siguiente fué ajusticiado con San Attalo, á quien el gobernador, por complacer al pueblo, condenó tambien á las fieras. Ambos sufrieron toda suerte de tormentos en el anfiteatro, y por último fueron degollados. San Alexandro ni se quejó, ni habló palabra: solo hablaba con Dios en su interior. San Attalo, quando sentado en la silla de hierro se abrasaba todo su cuerpo, y echaba mucho olor, dixo al pueblo: *Mirad lo que vosotros haceis: esto es qué es devorar á los hombres. Nosotros ni comemos carne humana, ni hacemos daño á nadie.*

CXXVIII

1710
 ROSSETT SUP
 -AUG 20 2AM
 OROO Y-ATHRE

CXXIX

Finalmente el último dia de los espectáculos fué expuesta Santa Blandina con S. Pontico, muchacho de quince años. Todos los dias les habian hecho ver los suplicios de los demas para intimidarlos, y reducirlos á jurar por los dioses. Mas ellos permanecieron constantes en el desprecio de los ídolos; y enfurecido el pueblo pidió que pasasen todos los tormentos. Sufriólos primero San Pontico con generosa constancia, y en ellos murió. La bienaventurada Blandina iba á la muerte con mas gozo que á un festin de bodas. Y despues de los azotes, de las mordeduras de las fieras, y de la silla ardiente, encerrada en una red, fué arrojada á un toro, que un gran rato la estuvo echando al ayre, y haciéndole dar crueles golpes. Por último fué degollada. Ni con esto quedó satisfecha la fiereza de aquellos idólatras: extendióse la persecucion á los cadáveres. Los de los que murieron en la cárcel, y lo poco que el fuego y las fieras dexaban de los que padecieron en el anfiteatro, todo se arrojaba á los perros; y de dia y de noche habia centinelas para que los fieles no pudiesen recoger ninguna reliquia, ni pararon hasta que lo reduxeron todo á cenizas, y las esparcieron por la corriente del Ródano. De esta manera, decian los gentiles, no les quedará á los cristianos esa esperanza de la resurreccion, con que nos introducen una religion nueva, y sufren con alegría qualesquiera tormentos hasta la muerte. Á ver si ahora resucitarán, y si su Dios podrá quitarnoslos de entre las manos. Así hablaban instigados por la antigua serpiente.

CXXX

QUE FUERON
MAS DE QUAR-
RENTA Y OCHO

Algunos creen que los que en esta ocasion padecieron martirio, ó en la cárcel, ó en el anfiteatro, fueron en todo quarenta y ocho, y los individuan con sus nombres. Mas San Euquerio de Leon, en la homilia intitulada de Santa Blandina, los llama *un pueblo de mártires*. Y denotan tambien mucho mayor número las actas de San Epipodio y San Alexandro, que hablando de la crueldad con que en esta ocasion se trató á los cristianos, dicen: "De muchos se conserva la memoria de sus nombres, y

„particulares martirios; pero son innumerables los que mu-
 „rieron despedazados de varias maneras, ó entre las cade-
 „nas de los calabozos, cuyos nombres solo se hallan es-
 „critos en el libro de la vida celestial”. Creian los gen-
 tiles, añaden las actas, que *con esta grandísima mortandad*
 habian acabado con todos los cristianos de aquellas pro-
 vincias; pero poco despues estos dos santos Epipodio y
 Alexandro fueron acusados al gobernador de Leon, de
 que ocultamente fomentaban la religion católica.

San Alexandro era de Grecia, San Epipodio de Leon
 mismo, ámbos jóvenes de nobilísimo linage, amigos des-
 de niños, sobrios, castos y de muy exemplar caridad.
 Quando en el año 17 de M. Aurelio se excitó una perse-
 cucion muy cruel, especialmente en Leon, se escondieron
 en casa de una pobre viuda cristiana de un lugar inme-
 diato. Pasado algun tiempo fueron descubiertos, y al
 tiempo de querer huir quedaron presos. Al salir con la
 idea de escaparse, á Epipodio se le quedó un zapato, que
 la buena muger guardó como un precioso tesoro. En se-
 guida fueron puestos en la cárcel: tres dias despues se les
 hizo comparecer atados en el tribunal: y preguntados de su
 nombre y profesion, se declararon cristianos. El pueblo
 á gritos y el gobernador exclamando, publicaban su ra-
 bia de que todavia los hubiese. El gobernador emprendió
 primero á San Epipodio; y con varias razones procuraba
 pervertirle, especialmente comparándole los placeres y
 regalos de los que daban culto á los dioses, con la auste-
 ridad de vida y tormentos de los discípulos del Crucifi-
 cado. El santo jóven abominó de la cruel compasion que
 le manifestaba el gobernador: dió un público testimonio
 de la divinidad y eternidad de Jesucristo, de que es Dios
 y hombre verdadero, y de que con su resurreccion nos
 abrió el camino de la inmortalidad. Y le hizo ver quán
 juiciosa filosofía es la de los cristianos, que desprecian los
 placeres del cuerpo por el bien del alma, y la muerte tem-
 poral por la vida y felicidad eterna. El juez irritado, le hi-
 zo dar de puñadas en la boca. Y el Santo, bañados los dien-

CXXXI
 DE SAN ALE-
 XANDRO, Y
 SAN EPIPO-
 DIO:

Año 178.

ten en sangre, decia : *Confieso que Jesucristo es Dios con el Padre, y el Espíritu Santo: que es justo que yo dé mi alma por mi Criador y Redentor: y que esto no es perder la vida, sino trocarla por otra mejor.* El gobernador le mandó poner en el ecúleo, y que dos verdugos le rasgasen el cuerpo con uñas de hierro. El pueblo estaba gritando que se le entregasen, para desahogar en él su furor á pedradas, ó haciéndole pedazos. El gobernador temiendo al pueblo, mandó apartar al mártir, y que se le cortase luego la cabeza.

Dos dias despues el gobernador hizo comparecer á San Alexandro, y le dixo que escarmentase con los demas cristianos; y que casi casi él era el último. El Santo le dió gracias de que le animase con el exemplo de los mártires: le hizo ver que el nombre cristiano no puede acabarse, y que con la persecucion se extendia; y concluyó: *To soy cristiano, lo he sido, y lo seré para gloria de Dios.* Esta confesion le mereció que extendido en el ecúleo, con las piernas violentamente separadas, tres verdugos le azotasen por largo espacio, uno despues de otro. No se le escapó ni una palabra ménos compuesta. El Juez confundido de ver tal constancia le mandó clavar en cruz; en la que no padeció mucho, pues estaba su cuerpo tan descarnado de los azotes, que luego murió invocando á Jesus. Los fieles pudieron recoger los cuerpos de estos dos santos, y los escondieron en un valle cubierto de árboles, que despues fué muy famoso por la piedad de los fieles que le frequentaban, y los milagros que allí obraba Dios.¹

No fueron solos San Alexandro y San Epipodio los que habiéndose escapado de Leon cayeron sin embargo en manos de los perseguidores, y lograron la corona del martirio. De Leon habian salido muchos santos de los que padecieron entónces en aquella provincia²; entre los quales merece particular mencion San Sinfiriano. Era hijo de una familia noble y cristiana de la ciudad de Autun: estaba muy instruido, y en la flor de la edad. Tropezando con una turba de gentes que llevaban en un carro á la

¹ Ruin. *Pas-*
sio S. Epip.
et Alex.

CXXXIII
Y ENTRE
OTROS MUCHOS
DE S. SINFORIANO.

² Till. *S. Mar-*
cel. &c. S. Be-
nigne. &c.

diosa Cibeles, estuvo muy distante de hacer ningun acto de adoracion al ídolo. El pueblo enfurecido le prende, y le presenta como sedicioso á Heraclio varon consular, que seria gobernador del país. Éste le reprehende como sacrilego contra los dioses, y rebelde contra las leyes, que le hace leer. Sinforiano permanece constante, y es azotado, y puesto en la cárcel. Dos dias despues le llama otra vez Heraclio, y le anima á sacrificar, ofreciéndole honorosos empleos. La generosa respuesta de Sinforiano hizo ver que eran por demas las promesas y las amenazas, y fué condenado á muerte. Al llevarle al suplicio, su madre desde el muro le gritaba: *Hijo mio, ten muy presente al Dios vivo. Animo, hijo: no se ha de temer una muerte, que sin duda conduce á mejor vida. Levanta ese corazón, hijo: mira al que está reynando en el cielo. Este es el dia en que se te da vida mejor y eterna.* Se le cortó la cabeza cerca de una fuente: algunos fieles pudieron recoger y esconder allí mismo el santo cuerpo, donde despues fué muy venerado ¹.

Estas son las memorias mas seguras que nos quedan de los estragos que la persecucion causó en la provincia de León en las Galias: las que, junto con lo que hemos dicho de Roma y Esmirna, bastan para conocer que con razon se cuenta entre las principales persecuciones de la Iglesia la que padeció baxo de Marco Aurelio. En los años de Cómodo, segun dice Eusebio, gozaba de una paz general ². Sin embargo no dexó de haber algunos martirios, de los quales el mismo Eusebio nos refiere uno muy digno de memoria. S. Apolonio era senador de Roma, gran filósofo, muy versado en las letras humanas, y sobre todo fiel cristiano. De este crimen le acusó un esclavo suyo. El prefecto Perennio desde luego condenó á muerte al esclavo, como contraventor del edicto que prohibe acusar á los cristianos. Pero como este emperador no revocó las leyes que mandaban sacrificar á los dioses, no pudo absolver á San Apolonio. Por ser senador tampoco se atrevió á condenarle, sino que procuró que diese cuenta al senado de su

¹ Ruin. Acta
S. Simph.

CXXXIV
EN UNINTER-
VALO DE PAZ
FUÉ EL MAR-
TIRIO DE SAN
APOLONIO SE-
NADOR DE
ROMA, 176

² Eus. Hist.
E. v. c. 21.

Año 186.

¹ Eus. *ibid.* et
S. Hier. *Cat.*
c. 42.

CXXXV

SEVERO QUE
ÁNTES CONTU-
VO EL FUROR
DEL PUEBLO
CONTRA LOS
CRISTIANOS,

² Vid. Tertul.
ad Scap. c. 4.



³ *Apol.* c. 35.
37.

⁴ *Scorp.* c. 1.

⁵ Vid. Ruin.
S. Iren. &c.

religion. Hizolo con mucha elegancia; y á esta pública confesion de fe, fué consiguiente la sentencia de cortarle la cabeza, con que logró la corona del martirio. Eusebio advierte que en su coleccion de las actas de los mártires, estaban las de San Apolonio, y la oracion que dixo al senado en defensa de su fe. Así no es de admirar que S. Gerónimo le coloque entre los escritores eclesiásticos ¹.

Septimio Severo en los primeros años de su imperio no molestó á los cristianos: ántes bien contuvo al pueblo de Roma conmovido contra muchos de la clase de senadores, que habian abrazado la fe ². Sin embargo el pueblo se obstinaba mas y mas en mirar á los cristianos como causa de todas las calamidades públicas, por ser enemigos de los dioses; y como enemigos del estado, porque no daban á los emperadores honores sacrílegos como los paganos, y en los triunfos y otras fiestas no tomaban parte en las diversiones populares, siempre acompañadas de idolatría y disolucion. Así nos dice Tertuliano que en Roma el pueblo pedia con frecuencia que los cristianos fuesen expuestos á los leones, y á veces sin acudir á los magistrados los atropellaba á pedradas, y hasta con fuego; aunque los cristianos lo sufrían todo con la mayor paciencia, pudiendo fácilmente defenderse y vengarse ³. Este furor del pueblo romano, que Severo en sus principios contuvo algo, no dexaría de explayarse desde el año 197 en que el emperador pasó al oriente, de donde no volvió hasta el año 203, quando ya la persecucion se hacia por orden suya. Tales violencias, así del pueblo como de los magistrados, eran muy frecuentes en Roma y en todas partes. De Tertuliano ⁴ colegimos que ántes de llegar á África la persecucion, ó ántes del año 200, en varios lugares habian sido martirizados muchos con fuego, espada y fieras, y otros muchos despues de algunos tormentos suspiraban en los calabozos por la consumacion de sus martirios. Y es muy verisímil que fué hacia el año 200 el martirio de San Irenéo, obispo de Leon en Francia, con otros muchísimos fieles ⁵.

Pero fué mas terrible la persecucion despues que Severo en el año 202, viniendo triunfante del oriente, al pasar por la Palestina, prohibió con grandes penas el hacerse judío ó cristiano. Y aunque parece que esta ley solo comprehendia á los que en adelante se convirtiesen: ó sea que realmente comprehendiese á los que ya eran cristianos, ó que despues Severo añadiese otros mas crueles edictos: lo que no puede dudarse es, que la violencia de esta persecucion hizo creer á muchos cristianos, que habian llegado los tiempos del Anticristo ¹: que en todas las provincias é iglesias se vieron ilustres martirios: y que en Alexandria fué tan universal y rigorosa, que de todo Egipto, y hasta de la misma Tebaida, se sacaban valerosos atletas, para que fuesen á aquella ciudad á luchar con los tormentos mas bárbaros ².

CXXXVI
LOS PERSIGUÍO
DESPUES CON
CRUELDAD.

¹ Eus. Hist.
E. VI. c. 8.

² Ibid. c. 1.

Dos años ántes del edicto de Severo, ó en el año 200, encontramos en Cartago doce mártires conocidos con el nombre de Escilitanos: los quales es regular que fuesen de la ciudad de Escilita, la qual era de la misma provincia de Cartago. Fueron presentados á Saturnino procónsul, quien segun Tertuliano fué el primero que entónces desenvainó la espada contra los fieles ³. Saturnino desde luego les ofreció el perdon si daban culto á los dioses. San Esperato dixo: *Ni hemos obrado mal, ni hecho injusticia, ni injuria á nadie: si nos maltratan, damos gracias á Dios: oramos por quien nos persigue. Así adoramos al verdadero Dios.* Instóle el procónsul que jurase por el genio del emperador. Respondió que no sabia que venia á ser este genio, y que servia á Dios con fe, esperanza y caridad. El procónsul se volvió á los demas en cuyo nombre Citino le dixo: *Nosotros no tememos sino á nuestro Dios y Señor, que está en los cielos.* Entónces los mandó poner en la cárcel y en el cepo. Al dia siguiente, sentado otra vez en el tribunal, se los hizo presentar todos, y dixo á las mugeres: *Honrad á nuestro rey, y sacrificad á los dioses.* Donata le respondió: *Nosotras honramos al César como á César; pero ofrecemos á nuestro Dios el honor, y la ora-*

CXXXVII
CARTAGO SO-
LA VIÓ EN-
TÓNCE COR-
TAR LA CABE-
ZA Á LOS DOCE
ESCILITANOS:
³ Tertul. ad
Scap. c. 3.

cion. Vestina añadió: *Yo tambien soy cristiana. Y Segunda dixo: Yo creo en mi Dios, y con él quiero estar. A vuestros dioses ni les servimos, ni los adoramos.* Entónces el procónsul llamó á los hombres, y preguntó qué libros leían al tiempo de la adoracion. Esperato le respondió: *Los quatro evangelios de nuestro Señor Jesucristo, las epístolas de San Pablo, y toda la Escritura inspirada por Dios.* Querria darles tres dias de tiempo para reflexionar; pero Esperato le dixo: *Yo soy cristiano, y lo son todos los que están conmigo, y nosotros no abandonamos la fe de nuestro Señor Jesucristo. Haz lo que quieras.* Viendo el procónsul tanta firmeza, por mano del notario dió esta sentencia: “Á Esperato, Narzal, Citino, Veturio, Felix, Acilino, Letancio, Januaria, Generosa, Vestina, Donata, y Segunda, por haber confesado que son cristianos, y no quieren honrar y respetar al emperador, mando que se les corte la cabeza”. Los mártires dieron gracias á Dios, y se executó la sentencia ¹.

En la misma Cartago, dos ó tres años despues ², fué el glorioso triunfo de los quatro catecúmenos S. Revocato y Santa Felicitas, esclavos de un mismo amo, y San Saturnino y S. Secundulo: el de Santa Vivia Perpetua, de unos 22 años de edad, muger noble, casada, que estaba criando un niño, y tenia un hermano catecúmeno; y el de San Satur, que voluntariamente se unió á los cinco que habían sido presos. Las actas del martirio de estos Santos son uno de los mas apreciables monumentos de aquel siglo; y las escribió casi todas Santa Perpetua. De ellas vamos á dar un resumen. “Aun estábamos, dice la Santa, con los perseguidores, quando mi padre queria hacerme caer. Pero yo le dixe: *¿Padre no veis ese vaso?* Dixo: Sí. *¿Puede dársele otro nombre que el suyo?* Dixo: No. *Tampoco yo puedo llamarme sino lo que soy, esto es, cristiana.* Irritado mi padre se echó contra mí para sacarme los ojos, pero no hizo mas que maltratarme, y se fué: estuve algunos dias sin verle, de que dí gracias á Dios. En estos dias fuimos bautizados, y Dios me inspiró que ya

¹ Ruin. *Act. Mart. Scillit.*

CXXXVIII
VIÓ EL ASEM-
BRADO MARTI-
RIO DE LA
ILUSTRE SAN-
TA PERPETUA
CON QUATRO
CATECÚMENOS
Y OTROS COM-
PAÑEROS;

² Ruin. *Alm. ad Act. Sanct. Perp. &c.*

„no había de pedir sino paciencia en las penas corpora-
 „les. Pocos dias despues nos metieron en la cárcel: quedé
 „asombrada, pues nunca me habia visto en tales tinieblas.
 „¡Terrible día! El calor excesivo por tanta gente: los sol-
 „dados nos atropellaban: sobre todo el cuidado del niño
 „me consumia. Entónces los diáconos Tercio y Pompo-
 „nio, que nos asistian, lograron con dinero que nos de-
 „xasen pasar algunas horas en una pieza mas cómoda.
 „Allí dí de mamar al niño que moria de hambre, le en-
 „cargué á mi madre, y animé á mi hermano. Me consu-
 „mia al ver lo que ellos padecian por mí: esta inquietud
 „me duró muchos dias. Me acostumbé á tener conmigo
 „al niño en la cárcel; y con esto me alenté, y ya la cárcel
 „me parecia un palacio. Mi hermano me dixo: Hermana,
 „conozco que Dios te favorece mucho: pídele que te haga
 „conocer si esto pasará á martirio. Yo que he experimen-
 „tado de Dios tantos beneficios, llena de confianza le dixe:
 „Mañana te lo diré. Lo pedí á Dios, y tuve esta vision.

„Ví una escalera de oro que llegaba al cielo: por ám-
 „bos lados llena de espadas, lanzas, hoces, y tan estre-
 „cha, que solo podia subir uno; y si no miraba atento
 „hácia arriba, no podia dexar de estrellarse en aquellos
 „hierros. Habia al pie un enorme dragon. Satur fué el
 „primero que subió; y al llegar arriba me dixo: Perpe-
 „tua, acá te espero; pero cuidado con el dragon. Yo le
 „respondí: *En nombre de nuestro Señor Jesucristo no me da-
 „ñará.* Subí por sobre la cabeza del dragon; y ví un es-
 „paciosísimo jardín, y en medio un pastor venerable ro-
 „deado de millares de vestidos de blanco. Vióme, y me
 „dixo: Bien venida, Hija; y me dió un bocado de cosa
 „de leche: le recibí con las manos juntas, le comí, los
 „circunstantes dixerón *Amen*; y á esta voz desperté, mas-
 „cando algo dulce. Lo referí á mi hermano: conocimos
 „que habiamos de padecer; y ya no tuvimos mas espe-
 „ranzas en este mundo.

„Pocos dias despues corrió la voz de que íbamos á
 „ser juzgados. Vino mi padre consumido de tristeza, y

CXXXIX

CXL

„me decía: Hija mia, si soy digno de que me llames pa-
 „dre, mira mis canas: compadécete de tu padre. Si yo
 „mismo te he cuidado hasta ahora: si te he estimado mas
 „que á tus hermanos, no me hagas ser el oprobrio de
 „las gentes. Mira tus hermanos, tu madre, tu tia, tu hijo
 „que no puede sobrevivirte. Dexe esa fiereza: no nos pier-
 „das á todos. Ni hablar podremos, si tú llegas á ser cas-
 „tigada. Así hablaba el padre movido de ternura: me be-
 „saba las manos, se me echaba á los pies, llorando y lla-
 „mándome no hija, sino señora. Yo me compadecía de
 „su vejez, viendo que era el único de mi linage, que no
 „se alegraría de mi martirio. Para consolarle le dixé: *En*
 „*el cadahalso, sucederá lo que Dios quiera. Porque habéis*
 „*de saber que nosotros no estamos á nuestra disposicion,*
 „*sino á la de Dios.* Y se fué contristado.

CXLI

„Al otro dia quando estábamos comiendo, vinieron á
 „toda priesa á llevarnos á la plaza al interrogatorio. Cor-
 „rió la voz, y hubo un gentío inmenso: subimos al cada-
 „halso: preguntóse á los demas, é hicieron su confesion.
 „Llegóse á mí, y al instante salió mi padre con el niño,
 „para moverme á compasion. Hilariano, procurador, que
 „tenia el mando por muerte del procónsul Minucio Timi-
 „niano, me dixo: Compadécete de la vejez de tu padre,
 „y de la niñez de tu hijo: sacrifica por la salud del em-
 „perador. Yo respondí: *No lo hago.* Hilariano dixo: ¿Eres
 „cristiana? Y respondí: *Cristiana soy.* Mi padre queria sa-
 „carme del cadahalso. Hilariano mandó que le quitasen de
 „allí, y le dieron con una vara: lo que sentí mucho, com-
 „padecida de su miserable vejez. Entónces Hilariano nos
 „sentenció á todos, y nos condenó á ser arrojados á las
 „fieras, y con esto volvimos alegres á la cárcel. Luego
 „envié al diácono Pomponio á buscar el niño: Mi padre
 „no quiso dármelo; pero Dios dispuso que ni él quisiese
 „mamar, ni á mí me incomodase la leche.

CXLI

CXLI

„Pocos dias despues estando todos en oracion, sin re-
 „pararlo llamé á Dinócrato; y me pasmé que hasta en-
 „tónces no me hubiese acordado de él. Su desgracia me

»enterneció: conocí que debía orar por él, y lo hice con
»fervor. La misma noche tuve esta vision: Ví á Dinócra-
»to, que salia de un lugar tenebroso, en que habia otros
»muchos, abrasado de calor y sed, el color pálido, la
»cara fea con las llagas con que murió: estaba junto á
»una balsa de agua, y no podia llegar para beber. Este
»Dinócrato era hermano mio segun la carne; y á los sie-
»te años murió de un cáncer en la cara, que daba hor-
»ror. Disperté; y conocí que mi hermano estaba en
»pena. Confié que mi oracion le habia de aprovechar, y
»la hacia por él todos los dias y á todas horas con mu-
»chas lágrimas, hasta que fuimos transferidos á la cárcel
»del campo, para ser expuestos en el espectáculo que de-
»bia darse en la fiesta del César Geta. El dia que está-
»bamos en el cepo, tuve otra vision en que ví el mismo
»lugar que ántes, pero lleno de luz: á Dinócrato limpio,
»bien vestido, lozano, y bebiendo á satisfaccion. Disper-
»té, y conocí que Dinócrato habia salido de sus traba-
»jos.

»El carcelero, que era un oficial llamado Pudente,
»viendo que en nosotros habia una grande virtud divina,
»comenzó á apreciarnos, y dexaba entrar á muchos her-
»manos para comun consuelo. Al acercarse el dia del es-
»pectáculo, entró mi padre muerto de pesadumbre: se
»arrancaba la barba, se echaba por tierra, maldecia sus
»años, y decia tales cosas, que eran para conmovér á to-
»do el mundo: yo me compadecia de su desgraciada ve-
»jez. La vispera de nuestro combate, en otra vision se
»me apareció el diácono Pomponio, que con mucha priedad,
»y por lugares difíciles, me conduxo al anfiteatro, y
»me dixo: *Nada temas, contigo estoy, y contigo peleo.* Ví
»un pueblo inmenso y asombrado: esperaba las bestias; y
»salió contra mí un egipcio muy feo con sus compañe-
»ros. Salieron en mi ayuda unos jóvenes bien dispuestos:
»me hallé trocada en atleta con vigor varonil: fui frotada
»con aceyte para el combate; y el egipcio se revolvió
»en el polvo. Se apareció un varon de admirable magni-

»tud, con un ramo verde con manzanas de oro, y dixo:
 »Si el egipcio vence á la muger, la matará: si ella ven-
 »ce, tendrá este ramo. Entonces empezamos nuestro
 »combate á puñadas: él me quería coger por los pies,
 »con los que le dí en la cara: fuí elevada al ayre, y le
 »pateaba la cabeza, como quien patea el suelo. Però vien-
 »do que esto duraba mucho, junté las manos cruzando
 »los dedos, le cogí por la cabeza, y echándole boca aba-
 »xo, se la hollé. El pueblo empezó á gritar, y mis
 »compañeros á cantar. Acerquéme al juez, quien me dió
 »el ramo con un ósculo, y me dixo: Hija, la paz sea
 »contigo. Disperté, y del sueño colegí que yo no habia
 »de pelear con las bestias, sino con el demonio, y que
 »tenia segura la victoria. Esto es lo que hice hasta la vis-
 »pera del espectáculo: lo que sucederá ahora, otro lo es-
 »cribirá si quiere." Hasta aquí Santa Perpetua; á que en
 »las actas sigue la vision de Satur.

CXLIV

»Me pareció, dice, que ya habíamos padecido: que
 »salíamos de nuestros cuerpos, y que llevados de quatro
 »ángeles íbamos hácia arriba. Vimos una luz inmensa: lue-
 »go nos hallamos en un espacioso jardín, de cuyos árbo-
 »les siempre caían hojas: anduvimos por un camino an-
 »cho, donde hallamos á Jocundo, Saturnino y Artaxio,
 »que habian sido quemados en la misma persecucion, y á
 »Quinto que habia muerto en la cárcel: les preguntamos
 »donde estaban los demas; y los ángeles nos dixeron:
 »Venid ántes, entrad, y saludad al Señor. Las paredes de
 »aquel lugar eran de luz: los ángeles nos vistieron esto-
 »las blancas: entramos, y vimos una luz inmensa, y oí-
 »mos la voz de los que cantaban sin cesar: Santo, Santo,
 »Santo. Vimos sentado en medio un varon, cuyos cabellos
 »eran blancos como la nieve, y la cara de jóven. Á sus
 »lados habia veinte y quatro ancianos, y detras otros
 »muchos. Elevados por los ángeles, dimos un ósculo al
 »que estaba sentado; y los ancianos nos dieron la paz.
 »Al salir encontramos al obispo Optato, y á Aspacio
 »presbítero doctor, que se nos echaban á los pies, para

que los pusiésemos en paz. Y les diximos : ¿Tú que eres nuestro padre, y tú que eres sacerdote, os postrais delante de nosotros? Los levantamos y abrazamos. Y los ángeles dixeron á Optato: Corrige á tu pueblo, que va á tus juntas como si viniera del circo, ó fuera á reñir. Allí conocimos á muchos hermanos y mártires : á todos nos alentaba un olor inexplicable. Entónces me desperté lleno de gozo." Tal fué la vision de Satur.

Secúndulo murió en la cárcel. Felicitas estaba en cinta de ocho meses ; y como á las preñadas se les diferia la muerte hasta después del parto, temia no padecer con los cristianos, sino después con facinerosos. Hicieron todos oracion por ella, y se le movieron dolores de parto, que como del octavo mes fué difícil. Ella se quejaba ; y diciéndole uno de los carceleros qué haria después al ser arrojada á las fieras, la Santa respondió : *Ahora yo soy la que padezco: entónces otro padecerá en mí y por mí, por que yo padeceré por él.* Parió una niña, que una muger cristiana crió como si fuese hija suya. En honor de Santa Perpetua acuerdan las actas, que como el tribuno tratase á los mártires con rigor, temiendo que con arte mágica no se le escapasen, la Santa le dixo : *¿Cómo no permites algun alivio á unos presos destinados á combatir en la fiesta del César? ¿No es honor tuyo que comparezcamos lucidos?* El tribuno confuso permitió á los cristianos que entrasen en la cárcel, y les hiciesen compañía. El carcelero ya se habia convertido. En la cena pública, que la víspera del combate se daba á los sentenciados, los mártires acreditaron su moderacion y caridad. Hablaban al pueblo con la firmeza acostumbrada: reprehendian su curiosidad en los espectáculos ; y les decian que les mirasen bien la cara, para que los conociesen después en el dia del juicio. Todos se volvian atemorizados, y muchos se convirtieron.

Llegó finalmente el dia de su triunfo ; y los mártires salieron de la cárcel para el anfiteatro, como que iban al cielo, alegres, con un semblante agradable, mas con-

CXLV

CXLVII

movidos de gozo que de temor. Perpetua seguía tranquila, con paso grave, y ojos modestos, como matrona estimada de Cristo Dios. Felicitas se gozaba de haber salido bien del parto, para combatir con las fieras. Al entrar en el anfiteatro quisieron vestirlos, según costumbre, á los hombres como sacerdotes de Saturno, y á las mugeres como sacerdotisas de Ceres: lo resistieron los mártires, y el tribuno los dexó entrar como iban. Perpetua cantaba como victoriosa. Revocato, Saturnino y Satur amenazaban al pueblo, y vueltos hácia Hilariano decían: *Tú nos juzgas á nosotros: Dios te juzgará á tí.* El pueblo pidió que se les diesen baquetas ó azotes, pasando desnudos por delante de las filas de los que llamaban *cazadores*, y eran los que en falta de reos peleaban armados con las fieras. Los mártires se alegraron de participar de la pasión del Salvador. Dios les concedió á todos la muerte que deseaban: pues quando ántes hablaban del martirio, Saturnino decía que quería ser expuesto á varias fieras para padecer más. Y en efecto junto con Revocato despues de haber sido embestidos por un leopardo, fueron muy atropellados por un oso. Satur que temia al oso, esperaba que un leopardo le mataría á la primera dentellada. Soltóse contra él un javalí, que dió al cazador que le soltaba, un golpe de que murió pocos dias despues. Pero Satur solo fué arrastrado: le pusieron en el puente de cerca de un oso; y el oso no quiso salir de la jaula: de modo que expuesto dos veces, quedó sin daño.

Perpetua y Felicitas, desnudas y puestas dentro de unas redes, fueron arrojadas á una vaca furiosa. El pueblo se horrorizó al ver á la una tan delicada, y á la otra recién parida; y así las vistieron, sin atarlas. Perpetua fué la primera acometida: cayó de espaldas; y viendo su vestido rasgado por el lado, le recogió para quedar cubierta. Recibió otro golpe, y habiéndosele esparcido los cabellos, los recogió y ató, por no parecer afligida. Levantóse, y viendo á Felicitas muy golpeada, le dió la mano, y la levantó. Vencida ya la dureza del pueblo,

fueron llevadas á una de las puertas del anfiteatro. Hasta entónces Santa Perpetua arrebatada en espíritu, estuvo extática y casi sin sentidos. Pero recibida por un catecúmeno llamado Rústico, que la seguía, como despertando de un profundo sueño, dixo: *¿Quándo se nos arroja á esta vaca?* Dixéronle lo que habia pasado; y no lo creía hasta reparar en su cuerpo, y en su vestido, las señales de lo que habia padecido. Hizo llamar á su hermano, al qual y á Rústico dixo: *Sed firmes en la fe: amáos todos unos á otros, y no os escandalizeis de nuestros tormentos.*

Satur estaba en otra puerta exhortando al soldado Pudente, y asegurándole que moriría, como habia dicho, á la primera dentellada de un leopardo. En efecto al fin del espectáculo le arrojaron á un leopardo, que al primer golpe le cubrió de sangre; de modo que el pueblo gritó: Bien lavado. Satur dixo al soldado: *Á Dios: acuérdate de mi fe, y haz que estas cosas te fortalezcan, en vez de perturbarte:* le pidió la sortija que llevaba, la bañó en su sangre, se la volvió, y cayó muerto. El pueblo quiso que los demas volbiesen al medio del anfiteatro, para verlos degollar. Los mártires fueron de buena gana, dándose ántes el ósculo de paz. Satur fué el que primero murió como habia profetizado Perpetua: los demas sufrieron el golpe inmortales, y sin queja. Á Perpetua le tocó un gladiador inexperto, que le dió entre los huesos, y la hizo gritar: mas ella misma conduxo la trémula mano del verdugo. Así consumaron su glorioso martirio Santa Perpetua, y sus compañeros; que son los mártires de la persecucion de Severo, de que nos quedan mas noticias. Del Hilariano que sentenció á estos Santos nos dice Tertuliano ¹, que en su tiempo el pueblo pidió que se quitasen á los cristianos las eras ó campos en que enterraban á los cuerpos de los fieles. Así la persecucion llegaba á los bienes que, ya en aquel tiempo, poseía la Iglesia.

En Cartago mismo padeció tambien por entónces Santa Guddena virgen, que como dice Adon ² fué extendida quatro veces en el ecúleo, rasgada con uñas ó garfios de

EXCEL
NO SERIAN
MAYOR EN
AUMENTO
S. HILAR. VI.

SC
DOWNE MURD
SAN ILMON
DE LAS PADER
DE OLANDES
MATE DISCIPU
LOS DE ESTE
S. HILAR. VI.

Año 202

¹ Ad Scap.
c. 3.

CXLVIII
Y VIÓ PADECER
Á OTROS
MUCHOS.
² 18. Jul. 8

hierro, metida mucho tiempo en un calabozo, y por último degollada. En la misma persecucion parece que padecieron San Casto y San Emilío, que como dice San Cipriano¹, cedieron á los primeros tormentos; pero despues arrepentidos de su flaqueza, y confesando con valor, fueron otra vez atormentados, y pedian perdon á Dios, no solo con palabras, sino principalmente con la voz de sus heridas, de su cuerpo medio quemado, y de la sangre, que derramaban en vez de lágrimas.

¹ De Laps.

CXLIX

NO SERIAN
MÉNOS EN
ALEXANDRÍA,

² Hist. E. VI.
C. 2.

CL

DONDE MURIÓ
SAN LEÓNIDES,
PADRE
DE ORÍGENES,
SIETE DISCÍPULOS
DE ESTE,

³ Eus. *ibid.*

Año 202.

De lo que pasaba en Cartago se puede colegir qual seria el furor de esta persecucion en Alexandría, en donde, como dice Eusebio, fué singular el incendio, é innumerables los mártires². Sin embargo las noticias mas seguras é individuales que nos quedan, son las que nos da el mismo Eusebio, con ocasion de hablar del famoso Orígenes.

Desde luego nos dice³, que fué puesto en la cárcel su padre San Leónides: de quien alaba la instruccion en las sagradas escrituras, y el cuidado de educar bien á este hijo suyo. Á S. Leónides se le cortó la cabeza, y sus bienes fueron confiscados: dexando á Orígenes en suma pobreza, con la madre viuda, y seis hermanitos menores que él. Tenia entonces Orígenes diez y siete años; y con todo al siguiente ya se le encargó la instruccion de los catecúmenos. Iban á oírle muchos gentiles: algunos se convirtieron. Y de esta escuela salieron muchos mártires en la misma persecucion en tiempo del prefecto Áquila. Los principales fueron: primeramente San Plutarco, á quien Orígenes asistió al tiempo de padecer martirio, y por poco no le mataron los paysanos del mártir, atribuyéndole su muerte. El segundo fué San Sereno, que fué quemado. El tercero fué San Heráclides catecúmeno. El quarto San Neron neófito, y ámbos murieron degollados. El quinto fué otro San Sereno, á quien despues de muchos tormentos se cortó la cabeza. El sexto una muger aun catecúmena llamada Santa Herais, que murió quemada, y así bautizada con fuego⁴. El séptimo fué San Basíli-

⁴ Eus. Hist.
E. VI. C. 4.

des; el que habia llevado al suplicio á la famosa Santa Potamiena; y el martirio de ámbos fué de esta manera

Santa Potamiena era una esclava de rara hermosura. Tentóla su amo, y no pudiendo reducirla, la entregó al prefecto Áquila, acusándola de ser cristiana, y pidiéndole que si no se rendia á complacerle, la hiciese morir, para que no se burlase de él. El prefecto despues de haberla hecho padecer otros muchos tormentos, mandó calentar una grande caldera de pez, y quando estaba hirviendo, le dixo: Ó da gusto á tu amo, ó vas á ser echada allá dentro. Ella respondió: *No quiera Dios que haya un juez tan injusto, que me condene á consentir á una passion deshonesta.* Hízole otras amenazas, y como se mantuvo constante, mandó que desnuda fuese arrojada á la pez hirviendo. Potamiena le dixo: *Por la vida del emperador, á quien tú temes, no me hagas desnudar: hazme meter vestida en la pez hirviendo muy poco á poco, para que veas quanta paciencia me ha dado Jesucristo, á quien tú no conoces.* El prefecto se lo concedió, y encargó á Basíldes el cuidado de la execucion de la sentencia.

Este ministro contenia al populacho, que la insultaba con palabras deshonestas, y la trataba con compasion. Ella le dixo que estuviese de buen ánimo, que despues de muerta rogaria á Dios por él, y le compensaria aquellos favores. Luego la fueron metiendo en la pez hirviendo muy poco á poco desde los pies hasta la cabeza; y hasta el último aliento manifestó en tan cruel muerte la mayor constancia. Poco despues, por no sé qué motivo, los compañeros de Basíldes le querian hacer jurar; y como los juramentos que solian hacer eran actos de idolatria, respondió que no podia jurar, porque era cristiano. Viendo que lo decia seriamente, lo llevaron al juez: allí confesó constantemente la fe, y fué llevado á la cárcel. Fueron luego algunos fieles á visitarle, y le preguntaron la causa de tan impensada conversion. Y les dixo: *Potamiena tres dias despues de su martirio se me apareció por la noche: me puso una corona sobre la cabeza; y me dixo que habia rogado á Dios*

CLY
Y SANTA PO-
TAMIENA.

por mí, y que por su gracia no tardaría mucho en ir al cielo. Fué bautizado, y al día siguiente se le cortó la cabeza. Son muchos los ciudadanos de Alexandria de quienes se dice que entónces se convirtieron repentinamente, de resultas de haberlos animado en sueños Santa Potamiana ¹.

CLII
AUN MUERTO
SEVERO DU-
RABA SU PER-
SECUCION:

* Tert. De fuga c. 5. 6.

No sabemos si pertenecería al gobierno de Alexandria, ó al de Cartago, Rutilio santísimo mártir, de quien nos habla Tertuliano ². Había procurado librarse de la persecucion, no solo huyendo, sino tambien dando dinero para escapar de algun peligro: con todo fué descubierto y preso: sufrió muy grandes tormentos con valor singular, y últimamente murió consumido por el fuego, y bendiciendo á la Divina misericordia, que le concedia el honor del martirio, despues que él por humildad, y temor de su flaqueza, habia huido tanto tiempo.

El pueblo de Alexandria, que en el imperio de Severo se enfureció tanto contra los cristianos, no tardó mucho en ser castigado de Dios. El emperador Antonino Caracalla informado de que aquel pueblo se burlaba públicamente de algunas de sus cosas, especialmente de que hubiese hecho matar á su hermano, para mejor vengarse fingió aficion á la ciudad: entró en ella con mucha pompa: convocó todos los jóvenes como para revista; y habiéndolos hecho cercar de tropa, los mandó matar á todos con quantos los acompañaban. Luego alojó los soldados en las casas, y los mandó que cada uno matase á su huésped. Tan cruel emperador no publicó ningun edicto contra la Iglesia. Sin embargo duraba en su tiempo en algunas provincias la persecucion de Severo ³. Tertuliano en la representacion á Escápula, habla de Severo, como que ya no reynaba ⁴; y supone existente la persecucion. Se queja particularmente de Escápula, porque hacia quemar vivos á los cristianos, siendo así que otros gobernadores se contentaban con hacerles cortar la cabeza. Añade que el calor con que Escápula perseguia á los cristianos, puso en conmocion á toda la provincia; porque con pretexto de

³ Till. Pers. de Sever. art. VII.

⁴ c. 3. & 4.

buscarlos, los soldados cometian muchas violencias y todos hallaban medio de vengarse de sus enemigos.

Fué calmando esta tempestad; y aunque desde el año 222, hasta el de 235, reynando Alexandro Severo, hubiese algunos mártires particulares por especial conmoción de algun pueblo, ú odio de algun gobernador¹, con todo á estos trece años debe referirse la paz que Tertuliano llama larga y feliz². En efecto de este emperador nos dice Lampridio³, autor pagano, como cosa especial, que toleraba á los cristianos: lo que indica que les daba entera libertad en el exercicio de su religion; pues el no mandarlos perseguir, tambien otros lo habian hecho. Añade, que adjudicó á su favor un lugar que les disputaban los taberneros: que en un oratorio doméstico todas las mañanas adoraba á sus dioses, entre los cuales contaba á Apolonio de Tiana, á Jesucristo, á Abraham, y á Orfeo: que quiso hacer un templo á Jesucristo; y que en las elecciones de sus principales ministros, hacia ántes proclamar los nombres, diciendo que para el acierto de esta elección no debian tomarse ménos precauciones, que las que tomaban los cristianos para elegir sus sacerdotes. Este emperador murió asesinado por orden de su sucesor Maxímimo; quien poco despues por indicios ó rezelos de alguna conspiración, hizo matar á mas de quatro mil personas, y principalmente á los amigos, criados y ministros de Alexandro. Y como muchos de éstos eran cristianos, no solo perecieron ellos, sino que de ahí tomó ocasion el ferroz Maxímimo para perseguir á la Iglesia⁴; á lo que contribuyeron los terremotos de aquellos tiempos, por la preocupación con que los gentiles, hasta los mas juiciosos, imputaban á los cristianos todas las calamidades publicas.

La persecucion de Maxímimo que se suele contar la sexta⁵, y empezó por los años de 235, es la primera en que sabemos que las iglesias de los cristianos fueron quemadas ó arruinadas⁶. Eusebio dice que Maxímimo solo impuso la pena de muerte contra los principales de las

CLIII
CALMÓ EN
TIEMPO DE
ALEXANDRO
PROPENSO Á
LOS CRISTIA-
NOS;

¹ Vid. Till.
S. Calliste.

² De Cor. c. I.

³ Vita Alex.

Año 248.

⁴ Eus. Hist.
E. VI. c. 23.

CLIV AD
Y SE RENOVÓ
EN TIEMPO DE
MAXIMINO,

⁵ Eus. Chron.
S. August. De
Civ Dei XVIII
c. 52. Oros.
VII. 19.

⁶ Origen. in
Mat. c. 23.

¹ *Hist. E. vi.*
c. 28.

² *Oros. vii.*

c. 19.

³ *ibid.*

⁴ *De Martyrio.*

⁵ *Hist. E. vi.*
c. 28.

⁶ *Vid. Tillem.*
Pers. de Max.
art. 5.

⁷ *Cat. 56.*

CLV
CON VIOLEN-
CIA EN ALGU-
NAS PROVIN-
CIAS,

iglesias, como autores de la predicación evangélica¹: en lo que no comprendía á solos los obispos, sino á todos los sacerdotes y clérigos, esto es, á todos los encargados de instruir á los demas². En efecto los perseguidores buscaban con especialidad á Orígenes³, á quien Dios se dignó mantener oculto; y prendieron á sus amigos Protócteto, presbítero de Cesaréa, y á S. Ambrosio diacono, el qual era muy noble y rico. Se les confiscaron los bienes, se les trató con mucha ignominia, y se les hicieron sufrir las afrentas é incomodidades de viajar muchas provincias, como reos infames. Orígenes les dirigió un discurso⁴ para animarlos á sufrirlo todo por Jesucristo; á no temer ni oprobios, ni dolores, ni la muerte: á no violar en ocasion tan importante, y á la vista de los hombres, demonios, y ángeles, las promesas solemnes que habian hecho en el bautismo de renunciar á sataná, y á todos los dioses extranjeros para servir únicamente al verdadero Dios. Por este tratado sabemos la prision, y muchos trabajos de estos Santos, pero no sabemos si dexaron de sufrir el martirio por alguna casualidad, ó solo por haber muerto el emperador, mientras procuraba cansarlos con los tormentos de la cárcel. Eusebio nos asegura, que alcanzaron muy singular gloria por la confesion de la fe⁵; el nombre de S. Ambrosio se halla en muchos martirologios, y alguno le da el título de mártir⁶. S. Gerónimo le pone entre los autores eclesiásticos por sus cartas á Orígenes, en que manifiesta un ánimo digno de su ilustre nacimiento⁷.

Aunque el edicto de Maximino no se dirigiese sino contra los eclesiásticos, bastaba que se declarase enemigo de la religion cristiana, para que quantos la profesaban quedasen expuestos á las tropelias de los gobernadores de provincias, y al odio general que les tenia el pueblo gentil. Pero no seria mucho que Maximino, dexando la pena de muerte para el clero, ó los que instruyesen á otros en la fe, sujetase á otras penas á todos los fieles. Lo cierto es que en la Capadocia todos los cristianos se vieron precisados á esconderse, ó escaparse á países extranjeros,

para librarse de la inhumana crueldad con que el gobernador Sereniano trataba á quantos podia prender. Así nos lo refiere Firmiliano ¹; que entonces mismo era obispo de Cesaría en Capadocia. De manera que si la persecucion de Maxímimo no se extendió á toda la Iglesia, á lo ménos no puede negarse que en algunos lugares fué muy violenta. Rufino nos asegura que la persecucion duró tres años, y que no se acabó sino con la vida del emperador ².

Mas breve, pero no ménos cruel, y mucho mas universal fué la persecucion séptima, ó del emperador Decio: de lá qual se vió un como presagio en Alexandria durante el imperio de los Felipes. Un año entero ántes de la persecucion de Decio, dice S. Dionisio Alexandrino testigo de vista ³, un infeliz que se gloriaba de profeta y poeta conmovió los ánimos del pueblo alexandrino, de tal manera que creían no poder hacer mejor acto de religion que acabar con los cristianos. El primero que cogieron, fué un vñejo llamado Metras: querian que dixese palabras impias, ó que le denotasen idólatra: resistióse: le apalearon, le punzaron en la cara, y hasta en los ojos, con cañas puntiagudas: y por fin le acabaron de matar á pedradas. Llevaron despues á un templo de ídolos á una muger llamada Quinta, ó Cointa. Querian que sacrificase: se resistió con valor; y atada por los pies la arrastraron por las calles de peor piso: le hacian dar golpes en piedras grandes, la azotaron, y tambien acabaron con ella á pedradas. Luego se echaron con furor sobre las casas de los cristianos: cada uno á las de sus vecinos, ó conocidos: todo lo robaban: se quedaban con lo precioso y los muebles de madera ó de poco valor los quemaban en la calle. Parecía una ciudad abandonada al pillage de los enemigos. Los cristianos se escondian, sufriendo con gusto la pérdida de sus bienes: ni hubo mas de uno que negase la fe.

Entónces fué presa la admirable Santa Apolonia, vírgen de adelantada edad. Á golpes en las mexillas, le hi-

¹ Ap. S. Cypr. Ep. 75.

² Hist. vi. c. 19.

CLVI
AUN MANDANDO LOS FELIPES HUBO EN ALEXANDRIA MUCHÍSIMOS MÁRTIRES.

³ Ap. Euseb. Hist. E. vi. c. 41.

Año 248.

cieron caer todos los dientes; y habiendo encendido un gran fuego la amenazaban de quemarla viva, si no pronunciaba con ellos palabras impías. La Santa hizo como que pedía tiempo para deliberar, y luego que la soltaron, con valor se echó en el fuego, y consumió su martirio. A un S. Serapion le prendieron en su casa: le hicieron padecer cruelísimos tormentos: le rompieron ó descoyuntaron todos los miembros, y desde lo alto le arrojaron. No había calle grande, ni pequeña, por donde pudiesen pasar los cristianos de día ni de noche. Por todas partes, y á todas horas, quien no quisiese pronunciar palabras impías, era arrastrado y consumido por el fuego. En fin sobrevino una sedición ó guerra civil: volviéronse los paganos unos contra otros; y así los fieles respiraron algun tanto. Todo esto nos dice San Dionisio, y en seguida, aludiendo á la muerte del emperador Felipe, añade: "Pero luego supimos la mudanza del emperador, de aquel que para nosotros había sido benignísimo, y vimos fulminar contra nosotros las mas espantosas amenazas". Con lo que pasa á hablar de los estragos que la persecucion de Decio causó en Alexandria ¹.

Los autores paganos no haciendo caso, de que este se levantó con el imperio, é hizo matar al emperador Felipe y á su hijo, suelen alabar su amor á la justicia y su valor: y el senado de Roma en vida le proclamó *óptimo Príncipe*, y despues de muerto le contó entre los dioses. Mas atendido el modo con que los gentiles, y especialmente el senado de Roma, pensaban de los cristianos, estos elogios mas bien corroboran, que contradicen lo que los mas antiguos autores eclesiásticos refieren de la crueldad con que persiguió á los cristianos. Por ellos sabemos que el sentimiento de ver que el culto de los dioses del imperio caía á toda priesa ², el odio contra Felipe que había protegido á los cristianos, y el aparentar zelo de reformar los desórdenes introducidos en tiempo de su predecesor, le movieron á perseguir cruelmente á la Iglesia ³. Para que Dios lo permitiera, nos descubre San Cipriano ⁴ una nue-

¹ Ap. Euseb.
loc. cit.

CLVIII

VARIAS CAUSAS SUSCITARON LA PERSECUCION DE DECIO,

² Greg. Nys.
Vita Thaum

³ Eus. *Hist.*
E. VI. c. 39.
OTOS. VII. C. 21.

⁴ S. Cypr. *De Lap.* init.

va causa en la relaxacion de los cristianos, que introduxo la larga paz de que habian gozado; y nos advierte que mucho ántes habia Dios en una vision declarado á uno de los santos de su Iglesia, que permitiria la persecucion, porque los preceptos de Jesucristo eran poco observados.

Como si Decio únicamente hubiese ascendido al trono imperial para enfurecerse contra los siervos de Dios: desde luego expidió contra ellos un sangriento edicto, y le envió á todos los gobernadores de las provincias, amenazándolos con su indignacion si no obligaban con toda suerte de suplicios á los cristianos, á abandonar el culto de Jesucristo y volver á la religion de sus padres ¹. Así la persecucion comenzó con extraordinario furor: los magistrados no se ocupaban sino en buscar y castigar á los cristianos. Espadas, fuegos, fieras, sillas de hierro ardiendo, uñas de acero, y otros mil bárbaros instrumentos empleados contra los mártires, eran los espectáculos en que mas se complacia la crueldad de los idólatras. Unos denunciaban los fieles á los magistrados, otros buscaban á los que se habian escondido, estos corrian tras de los que se escapaban, y muchos procuraban apoderarse de sus bienes. Como en una ciudad tomada por asalto, sin respeto á la vejez ó á la nobleza, sin compasion del sexô ó de la infancia, quedaban abandonados á la misma crueldad y violencia quantos estaban unidos en una misma fe. Se comenzaba por cárceles, amenazas, y por un espantoso aparato de toda suerte de suplicios: seguian estos, se sucedian unos á otros, se interrumpian, se reiteraban con la mas penosa prolixidad. Se negaba á los fieles el consuelo de morir: se les curaban las llagas para mejor renovarlas despues: todo el cuidado era mantenerles la vida para que pudiesen padecer, y buscar atroces, largos, exquisitos tormentos para llevarlos á cansar ².

San Gerónimo ³ nos conserva dos exemplos de extraña crueldad. Despues de haber un mártir sufrido los tor-

CLIX

HORRENDA
POR SU EXTEN-
SION Y EXTRA-
ÑA CRUELDAD.

Año 249.

¹ Greg. Nys.
Vita Thaum.

² S. Gregor.
Nysep. *Vit.*
Thaum. S.
Cypr. *Ep.* 53.
Euseb. *Hist.*
L. VI. c. 39.

CLX

³ *Vita Pauli,*
inait.

mentos del ecúleo, y las planchas ardientes, el juez mandó que desnudo, y atadas atrás las manos, se le pusiese al sol cubierto de miel, para que su ya destrozado cuerpo sufriese el impertinente cruel martirio de las avispas y moscas. A otro que estaba robusto y en la flor de su edad, le ataron desnudo con cordones de seda, en una blanda cama puesta en un lugar retirado de un jardín delicioso. Dexáronle solo, y al instante le acometió una jóven muger, no ménos hermosa que lasciva, que con quánta audacia y blandura supo inspirarle el demonio, intentó marchitar su castidad. El mártir no sabiendo cómo librarse de tan terrible tentación, se cortó la lengua con los dientes, y la escupió á la cara de la desenfrenada muger, que confusa y horrorizada se retiró. Era tal la crueldad y la seducción con que se procuraba pervertir á los fieles, que San Dionisio nos asegura, que se creyó que habian llegado los tiempos profetizados por el Salvador, en que apenas los escogidos podrian mantenerse ¹. Y San Cipriano cree dignos de particular indulgencia á los que entónces cayeron, rendidos á tanta reiteracion de crueles tormentos ². Á la verdad fueron muchos, especialmente en Alexandría, los que llegaron á sacrificar á los ídolos ³. Pero tambien hallamos por todas partes muy señalados triunfos de la fe y constancia de los mártires.

En Roma fué el papa San Fabiano una de las primeras víctimas sacrificadas á Jesucristo por Decio ⁴; y la sede quedó vacante un año y medio, por estar presos, ó escondidos gran parte de los presbíteros de Roma y obispos circunvecinos. En algunos fragmentos de cartas de San Cornelio ⁵, y entre las de San Cipriano ⁶, hallamos por incidencia; que San Moysés murió con un ilustre y admirable martirio: que San Celerino nacido de una familia fecunda en mártires, con un cuerpo débil sufrió con gran fortaleza todo género de tormentos: que muchos sacerdotes, diáconos, y legos estuvieron largo tiempo encancelados; y se nos conservan los nombres de Máximo, Urbano, Sidonio, Macario, y de algunos otros de los mártires.

¹ Ap. Euseb. *Hist. E.* vi. c. 41.

² *Epist.* 56. al. 53.

³ Eus. *ibid.*

CLXI
FUERON MUCHOS LOS MÁRTIRES EN ROMA,

⁴ Euseb. *Hist. E.* vi. c. 39.

⁵ *Ibid.* c. 43.

⁶ S. Cyp. *Ep.* 21. 22.

25. 26. 51. &c.

chos que entónces confesaron la fe de Jesucristo en la capital del mundo.

Publicada en Alexandría la persecución, el prefecto de Egipto Sabino envió un ministro á prender al obispo San Dionisio. El Santo le esperaba tranquilo en su casa, mientras el soldado creía que se habia escapado ó escondido, y le buscaba por todas partes ménos allí. Pasados quatro dias se fué por orden de Dios con sus criados, y muchos fieles: al anochecer quedaron todos presos por los perseguidores, á saber por un centurion que iba con los magistrados de la ciudad, soldados, y ministros de justicia. Pasaban la noche en una pequeña aldea, quando compareció una turba de gentes, que aquella noche estaban en un convite de boda; y sabiendo por casualidad que San Dionisio estaba allí preso, intentaron librarle. Al llegar los paysanos, huyeron todos los soldados y ministros. El Santo al principio los creyó ladrones; pero luego conociendo su intento se lo desaprobó, y no quiso moverse: mas ellos cogiéndole por las manos y pies, lo iban sacando por fuerza. Entónces Cayo y Fausto, Pedro y Pablo, que eran de los que le seguian; le tomaron en brazos, se lo llevaron de la aldea, y montándole en un asno en pelo le escondieron.

No obstante la ausencia del prelado, fueron muchos entónces los que en Alexandría sufrieron un glorioso martirio. San Juliano, viejo venerable cargado de gota, que no podia andar ni estar en pie, fué presentado con otros dos fieles que le llevaban. Uno de estos luego negó: el otro llamado Cronion, y San Juliano, montados sobre camellos, fueron azotados por todas las calles de aquella gran ciudad y despues quemados á vista de un inmenso gentío. Al llevarlos al suplicio un soldado llamado Besa, contenía á los que los insultaban: le llevaron al juez: peleó por la fe con valor; y fué degollado. Un S. Macar de la Libia, no bastando nada para hacerle negar á Cristo, fué quemado vivo. Epimaco y Alexandro, despues de mucho tiempo de calabozo y cadenas, despues de las uñas de hierro,

CLXII
Y MAS EN ALEXANDRIA:

¹ Eus. Hist. E. VII. C. II.

² Ibid. VI. C. 41.

CLXIII

de los azotes, y otros mil tormentos, murieron abrasados en cal viva. Con ellos fueron martirizadas quatro mugeres: Ammonarium, vírgen santísima, por haber ántes dicho que no proferiria ninguna de las palabras impias que le mandase el juez, fué atormentada cruelísimamente por largo espacio de tiempo: se mantuvo constante, y fué llevada al suplicio. Á Mercuria venerable por su vejez, á Dionisia madre de muchos hijos, y á otra Ammonarium se les cortó la cabeza sin nuevos tormentos, por avergonzarse el juez de atormentarlas mas sin provecho, y quedar vencido por mugeres.

Fueron tambien presentados al juez, Heron, Ater, é Isidoro egipcios, y un muchacho de quinze años llamado Dióscoro. Comenzó el juez por éste, creyendo ganarle con promesas, ó aturdirle con amenazas y tormentos. Mas atónito de su valor, y de la prudencia de sus respuestas, dixo que por su tierna edad le concedia tiempo para volver en sí. Dióscoro luego que se vió libre, se retiró con San Dionisio. Los otros tres despues de crueles azotes y otros tormentos, fueron quemados. Otro egipcio llamado Nemesion fué acusado de estar en compañía de ladrones: purgóse de esta calumnia; y entónces, llevado al prefecto como cristiano, fué azotado y atormentado dos veces mas que los ladrones y asesinos públicos, y quemado vivo con ellos en una misma hoguera. Habia junto al tribunal una patrulla de quatro soldados, Ammon, Zenon, Toleméo, é Ingenuo, en ocasion que un cristiano parecia que iba á ceder, y rendirse al juez y á los tormentos. Los soldados, y un viejo llamado Teófilo que estaba con ellos, con señas y movimientos manifestaban su pena, y le animaban. Todo el pueblo fixó en ellos la vista: iban á prenderlos; pero ántes corrieron al pie del tribunal, y se confesaron cristianos. El prefecto y sus consejeros quedaron asombrados; pero los mártires con gran gozo se fueron al suplicio¹.

Quanto se ha dicho de Alexandría lo sabemos por el mismo San Dionisio, el qual añade que fueron tambien

¹ Eus. Hist.
E. Lib. vi.
c. 41.

muchísimos los cristianos, que al mismo tiempo perecieron en manos de los gentiles en las otras ciudades y pueblos, y que fué grande la multitud de los que habiéndose escondido en los montes y desiertos, murieron de hambre, de sed, de frio, de enfermedad, ó despedazados por ladrones ó fieras. De los primeros nos cita por exemplo un San Isquirion, procurador de un magistrado, al qual por no querer sacrificar á los ídolos, su mismo amo le mató, clavándole un largo y agudo baston en el vientre, con que le pasó las entrañas. Por exemplo de los segundos nos hace memoria de San Queremon venerable anciano, obispo de Nilópolis, que habiéndose escondido en el monte con su muger, no se supo mas de él, por mas que los fieles le buscaron con exquisitas diligencias. Por último añade San Dionisio, que muchos de los que se escondieron en el monte arábico fueron presos por los bárbaros sarracenos, de cuya esclavitud hasta entónces solo se habian redimido algunos á mucha costa ¹.

No tenemos noticias tan individuales, como de Roma y de Alexandría, de la persecucion de las otras iglesias patriarcales, Antioquía y Jerusalem. Pero no podemos dudar de que tambien á ellas se extendieron los crueles efectos del edicto de Decio. El obispo de Antioquía San Babilas igualmente fué preso, encarcelado, y murió entre cadenas ²: con ellas previno que le enterrasen; y con él padecieron y murieron tres jóvenes á quienes instruia. San Alexandro obispo de Jerusalem, varon de venerable virtud y ancianidad, que ya habia confesado á Jesucristo en la persecucion de Severo, fué tambien ahora presentado al gobernador de la Palestina; y en premio de su segunda gloriosa confesion, fué puesto en la cárcel, donde entre cadenas murió algun tiempo despues ³.

En Cesaréa de Palestina experimentó tambien Orígenes la crueldad de la persecucion. Como era el mas famoso sabio de los cristianos, el demonio inspiraba á los perseguidores mil medios para vencerle, esperando que su caída arrastraria la de muchos mas. Estuvo en la cárcel,

¹ Ap. Euseb.,
Hist. E. VI.
c. 42.

CLXVI

LOS HUBO EN
ANTIOQUIA, Y
JERUSALEN:

² *Ibid.* c. 39.

³ Ruinart *De*
S. Alex. p.
133.

CLXVII
EN CESARÉA
SUFRÍO MUCHO
ORÍGENES:

¹ Eus. Hist.
E. VI. c. 39.
Vid. Till. Ori-
gen. art. 25.

CLXVIII
EN EL PONTO
TODOS LOS VIR-
RES.

segun parece , hasta la muerte de Decio , cargado de ca-
denas , con un pesado collar de hierro , y ámbos pies en
el cepo en extremo separados : se le atormentaba de mil
modos ; pero procurando siempre que no acabase de mor-
rir.

En el Ponto era tal el furor de los gentiles , que San
Gregorio Taumaturgo , obispo de Neocesarea , aconsejó
á todos los fieles que huyesen : creyeronle , y tuvo el con-
suelo de que ninguno apostatase. El mismo se retiró á un
monte desierto , acompañado de un diácono. Los perse-
guidores supieron que estaba por allí : unos tenían cerca-
do el monte , y otros le fueron registrando. El Santo y
su diácono estaban orando en pie , las manos levantadas,
y los ojos al cielo. Los que los buscaban creyeron que eran
dos árboles , y se volvieron. Pero irritados los paganos se
desahogaron con sus feligreses , los buscaban por los mon-
tes y aldeas , y llenaban de ellos las cárceles. El Santo
oraba por ellos sin cesar. Un dia los que estaban con él
viéron que al tiempo de la oracion hacia grandes extre-
mos y poco despues prorumpió en alabanzas de Dios
preguntaronle la causa : les dixo que habia tenido una vi-
sion de un combate , en que un jóven habia vencido al
demonio ; y que este jóven era el noble Troadio , que en-
tonces mismo acababa de ganar la corona del martirio con
muchos crueles tormentos. El diácono envió á la ciudad ,
y supo que en efecto habia sucedido del mismo modo.

Entonces parece que fué el martirio de San Alexandro el
carbonero ; y por todo aquel país fueron tantos los márti-
res , que acabada la persecucion , San Gregorio visitó toda
la comarca , para establecer en cada lugar las fiestas de
los mártires que en él habian padecido.

El pueblo infiel de Cartago , desde el principio de la
persecucion , en el circo y en el anfiteatro , pidió muchas
veces que San Cipriano , obispo de aquella ciudad , fuese
echado á los leones. El Santo por orden particular de
Dios , y por el bien de su iglesia se escondió : sus bienes
fueron confiscados , y los gentiles desahogaron su furor

² S. Greg. Nys.
Vita Thaum.
³ Vid. Ruin.
Præf. §. III.
n. 51.

CLXIX
NOS QUEDAN
LOS NOMBRES
DE MUCHOS
MÁRTIRES DE
CARTAGO,

contra los feligreses del Santo. Al principio se contentaban con desterrarlos ó encarcelarlos. Dos ó tres mugeres piadosas de Roma mantenian á sesenta y cinco confesores cartaginenses¹. Despues habiendo llegado á Cartago el procónsul de África, ya se emplearon los azotes, los palos, los ecúleos, las uñas de hierro, y los fuegos; y se reiteraban tan á menudo los suplicios, que los nuevos golpes no caían sino sobre llagas. Así fueron muchos los mártires. Los principales son San Mapalico, muerto en la misma question de tormento: S. Pablo, al salir de ella: S. Fortunion en la cárcel despues de haberla sufrido; y S. Baso en el infame lugar en que se queria precisar á los mártires á sacrificar á los dioses, y jurar en su nombre. Como el fin de los perseguidores era atormentar los cuerpos para dar la muerte á las almas, los dexaban en la cárcel, amontonados en estrechos calabozos, con un calor y hedor insopórtables, dándoles únicamente un poco de pan y agua, para hacerles sufrir una penosa dilatada hambre. De los que murieron con esta especie de martirio solo sabemos los nombres de los santos Victorino, Victor, Herenéo, Donato, Firmo, Venusto, Fructo, Marcial y Ariston, y de las santas Fortuna, Crédula, Herena y Julia². En las cartas de S. Cipriano hallamos tambien los nombres de algunos otros mártires ó confesores insignes de aquella persecucion, como de S. Rogaciano y S. Numídico presbiteros.

En Lamsaco, ciudad de la Misia cerca del Helesponto, S. Pedro, bello jóven y valeroso cristiano, fué presentado al procónsul. Este le mandó sacrificar á Venus. Mas el Santo le dixo: *Me pasmo de que me mandes sacrificar á una muger infame y deshonestá, de cuyas acciones vosotros mismos abominais. Mejor es que yo ofrezca al Dios vivo y verdadero, y á Jesucristo rey de todos los siglos, sacrificios de oracion y alabanza.* Al oírle el procónsul, le hizo extender sobre una rueda, atarle con cadenas, y darle tales tormentos, que sus huesos se rompian por mil partes. El Santo con un semblante sereno daba gracias á Jesucristo; y el procón-

¹ Ap. S. Cypr
Ep. xx.

² Ap. S. Cypr.
Ep. xxxi.
³ Vid. Tillem.
S. Mappalig.
&c.

CLXX
Y DE LAM-
SACO EN EL
HELESPONTO:

sul viendo tal perseverancia le mandó cortar la cabeza. Al mismo tiempo pasando el procónsul á Troade, se le presentaron tres cristianos, Andrés, Pablo, y Nicomaco. Éste respondia al procónsul con mucho denuedo é impaciencia; pero quando ya estaba muy atropellado de los tormentos, prometió sacrificar. Al instante le sacaron: sacrificó: y al mismo punto poseido del demonio, revolcándose en el suelo, y mordiéndose la lengua, murió. Una doncellita de diez y seis años, llamada Dionisia, compadecida de la desgracia de Nicomaco, exclamó: "¡Ay infeliz! ¡Por librarte de una hora mas de tormento, te has acarreado penas eternas é inexplicables!" Al oírla el procónsul la llamó, y no pudiendo reducirla á sacrificar, la abandonó á la brutalidad de dos jóvenes. Mas estos, despues de haber intentado inútilmente violentarla, vieron á la media noche comparecer un resplandeciente jóven, que llenaba de luz toda la casa. Llenos de temor se echaron á los pies de la inocente doncella, y le rogaron que intercediese por ellos. La Santa los levantó, y dixo: No temais, éste es mi defensor, y mi guarda.

El procónsul había mandado volver á la cárcel á S. Andrés, y á S. Pablo; y al dia siguiente el pueblo conmovido por dos sacerdotes de Diana, los pedia. El procónsul los hizo comparecer otra vez al tribunal; y no pudiendo rendir su constancia, los mandó azotar, y despues los abandonó al pueblo; por el qual fueron arrastrados fuera de la ciudad, y muertos á pedradas. Quando se los llevaban, santa Dionisia, escapándose de los guardas, queria irse con ellos, diciendo: *Para vivir con vosotros en el cielo, quiero con vosotros morir en la tierra.* Mas el procónsul, informado de todo, la mandó separar y cortarle la cabeza ¹.

En la misma Asia hallamos á S. Máximo, que por no haber querido sacrificar á Diana murió apedreado ². En Nicomedia á S. Quadrato, que despues de atormentado muchas veces, se le cortó la cabeza. En Nicéa á

1 Ruñ. *Act.*
S. Petri &c.
 p. 153.

CLXXXII
 LOS HALLAMOS
 POR TODA EL
 ASIA:

2 Ib. *S. Max.*
 p. 155.

San Trifon y S. Respicio, que despues de haber padecido tres veces los tormentos de la quëstion, fueron tambien descabezados ¹: en la Licia á S. Cristóbal: en Cesaréa de Capadocia á S. Mercurio: en Melitena á S. Polieucto; y dexando otros muchos, hallamos cerca de Éfeso á los llamados Siete Durmientes, los quales huyendo de la persecucion, se escondieron en una caverna, en la qual fueron encerrados, y murieron ó durmieron en el Señor ².

En quanto á España tenemos un claro argumento de que sufrió la violencia de esta persecucion, en la carta de San Cipriano, que nos habla de los dos obispos Basíides y Marcial, que tuvieron la flaqueza de negar la fe, y de Felix, obispo de Zaragoza, conocido en África por su valor en confesarla ³. La iglesia de Vique ó Ausona, se gloria de poseer las reliquias de los santos Luciano y Marciano, martirizados en la persecucion de Decio: en cuyo tiempo con los mismos nombres hubo seguramente dos santos. Eran gentiles y magos de profesion, y por confesarles el demonio que nada podian sus hechizos para atraer una vírgen cristiana, se convirtieron, confesaron la fe con valor, y consumaron su martirio entre las llamas ⁴. Las Galias, la Toscana, y varios pueblos de Italia tuvieron tambien sus mártires ⁵. Pero para dar fin á los estragos de la persecucion de Decio, nos detendremos solo en el martirio de S. Pionio, y confesion de San Acacio, dando un resumen de sus actas que pueden verse en Ruinart ⁶.

El obispo de Esmirna en el Asia menor apostató, y con su caída arrastró á muchos fieles: Pionio presbítero suyo, se mantuvo constante. La vispera de la fiesta de San Policarpo, en que ayunaba, tuvo una vision en la que Dios le declaró que al día siguiente seria preso con Sabina y Aselepiades. Con esta seguridad, los tres se cargaron de cadenas, para que los perseguidores viesen que la prision ni les venia de nuevo, ni contra su gusto. En efecto el día de S. Policarpo acabada la oracion solemne, y re-

¹ Idem SS. *Tryph. &c.* p. 161.

² Till. *Persec. de Dec.*

CLXXIII
VEMOS LA PERSECUCION FURIOSA EN ESPAÑA Y OTRAS PROVINCIAS.

³ Vid. Núm. 584.

⁴ Ruin. *Act. SS. Lucian. & Marc.* p. 164.
⁵ Till. *Pers. de Dec.* art. XI. s

⁶ Ruin. *Pass. S. Pion.* p. 137. & *Act. Disp. Sanct. Achat.* p. 152.

CLXXIV
PERO LO MAS NOTABLE ES EL MARTIRIO DE SAN PIONIO,

Año 250.

cibido el pan santificado, ó el Santísimo Sacramento, llegó á prenderlos Polemon, guarda del templo de los ídolos, con los ministros que se le habian dado para buscar á los cristianos. La novedad de salir los Santos con cadenas, atraxo un gentío inmenso á la plaza. Allí les dixo Polemon que sacrificasen como los demás, para librarse de los suplicios. Pero San Pionio respondió con un vehemente discurso, en que reprehendió tanto á los gentiles, como á los judíos, por la inhumanidad con que se burlaban é insultaban á los cristianos, á quienes se prendía ó atormentaba para hacerles sacrificar: los amenazó con el último juicio y fuego eterno, y concluyó con estas palabras: *Por tanto no adoramos á vuestros dioses, ni á vuestras imágenes de oro, en las cuales el peso es lo que vale, no la religion.* Oyóle todo el pueblo con atencion y silencio.

Muchos procuraban persuadirle que sacrificase, diciéndole que por sus méritos era digno de vivir, y que la vida no era cosa despreciable. Pionio les respondió, que en efecto la vida es un don de Dios: que estaba muy lejos de mirarla con desprecio; y que solo la dexaba por no perder otra vida mejor. Les agradeció la compasion que le tenian, aunque fuese con mal fin; y añadió que siempre daña ménos un odio declarado, que halagos engañosos. Con igual entereza y prudencia respondió á quantos le iban con razones y preguntas satíricas y burlescas. Polemon con buenas palabras intentó reducirle á que á lo ménos entrase en el templo de los ídolos, ó sacrificase al emperador. El Santo le respondió, que no convenia á los ídolos que él entrase en sus templos, y que no podia ofrecer sacrificios á un hombre. Y le dixo tambien: *Si tienes orden de persuadir ó castigar, habrás de castigar, porque persuadir no podrás.* Durante estas altercaciones repararon los gentiles que Santa Sabina se sonreía, y con furor le dixeron: ¿De qué te ries? *Me rio,* respondió, *si Dios lo quiere, porque somos cristianos.* Sufrirás, le dixeron, contra tu voluntad, pues las que no sacrifican son

abandonadas á los lugares infames. Y ella dixo: *Sea lo que Dios quiera.*

Despues Polemon haciendo escribir por el notario las respuestas, preguntó jurídicamente á S. Pionio: ¿Cómo te llamas? Respondió: *Cristiano.* ¿De qué iglesia? Dixo: *De la católica.* Preguntó lo mismo á Santa Sabina, y en seguida: ¿Qué Dios adoras? Respondió: *Al Dios Omnipotente que hizo el cielo, la tierra, el mar, y lo que en ellos hay, al qual conocemos por Jesucristo que es su Verbo.* Á San Asclepiades tambien despues de su nombre é Iglesia, le preguntó, ¿qué Dios adoras? Respondió: *Á Jesucristo.* ¿Qué éste es otro Dios? dixo Polemon; y Asclepiades: *No, que es el mismo que éstos acaban de confesar.* Concluido el interrogatorio fueron llevados á la cárcel, rodeados é insultados de un concurso grandísimo. En la cárcel encontraron á un presbítero católico llamado Lemno, á una muger, y á uno de la secta de los frigios ó montanistas. Los pusieron juntos; y como Pionio por no ser gravoso á nadie, no quiso recibir lo que los fieles le ofrecían, los guardas de la cárcel, que solian con este motivo recibir muchos regalos, se irritaron, y le metieron con sus compañeros en lo mas profundo é incómodo del calabozo. Y aunque despues el carcelero quiso volverlos al primer lugar, ellos prefirieron quedarse en el mismo, porque estando mas retirados, tenían mas ocasión de orar incesantemente de dia y de noche.

Visitaron á Pionio muchos paganos, procurando persuadirle que sacrificase; pero se volvian pasmados de sus respuestas. Ibán tambien á la cárcel los que habian sacrificado vencidos de la fuerza, y allí lloraban muy amargamente; en espedial los que antes habian llevado una vida exemplar. San Pionio los compadecía: sentia el mas penetrante dolor de que las perlas de la Iglesia fuesen holladas de los cerdos, y las estrellas del cielo arrastradas por la cola del dragón: lo atribuía á sus pecados; y sabiendo que los judíos buscaban á estos cristianos lapsos, declinaba con vehemencia contra ellos, diciendo entre

otras cosas: " Los judíos propalan que Jesucristo murió por fuerza. Pero ¿qué maestro hay muerto por fuerza, cuyos discípulos hayan arrojado los demonios por tanto tiempo? ¿Qué hombre hay muerto por fuerza, por el qual tantos otros hayan despues sufrido voluntariamente los mayores suplicios?

Sobre esto acababa de tener un largo discurso, quando llegó á la cárcel Polemon con sus guardas y séquito, para llevárselos al templo. Resistieron quanto pudieron: se echaban por tierra: no hacian caso de golpes y puntapiés: clamaban continuamente que eran cristianos. Mas en fin, á pura fuerza los hicieron llegar al templo, y arrojaron á S. Pionio al pie del altar, como si fuese una víctima. Estaba allí Eudemon, que habia sacrificado. Los jueces con voz severa les dixerón: ¿Por qué no sacrificais? Ellos respondieron: *Porque somos cristianos. ¿Qué Dios adorais?* Pionio dixo: *Al que crió el cielo y la tierra, y fixó los términos de los mares.* Ellos dixerón: ¿Hablas del que fué crucificado? Y Pionio: *De aquel hablo, al qual envió el Padre para la salud del mundo.* Oyó Pionio que los jueces entre sí decian: *Es menester forzarlos á sacrificar.* Y Pionio dixo: *Avergonzaos, adoradores de los ídolos, respetad en algo la justicia, obedeced siquiera vuestras leyes: no se os manda hacer violencia á los que se resisten, sino hacerles morir.* Un orador famoso quiso convencer á Pionio; pero enmudeció luego que el Santo respondió. Pusiéronle sobre la cabeza una corona de las que llevaban para sacrificar: el Santo la arrojó é hizo pedazos. Con esto entre las mofas, bofetadas, y toda suerte de insultos del pueblo, los volvieron á la cárcel, donde dieron á Dios gracias de la fortaleza que les habia concedido.

Pocos dias despues llegó á Esmirna el procónsul Quintiliano, y sentado en el tribunal, hizo comparecer á S. Pionio, le preguntó su nombre, y le dixo: *Sacrifica.* El Santo respondió: *De ningun modo.* Dixo el procónsul: ¿De qué secta eres? *De la católica.* ¿De qué cató-

lica? *Presbítero de la Iglesia católica.* ¿Tú eras el maestro? Y el Santo respondió: *Yo enseñaba.* Eras maestro de locuras, le dixo el procónsul; y el Santo respondió: *De piedad.* ¿De qué piedad? *De la piedad que mira á Dios, al que hizo el cielo, la tierra, y el mar.* El procónsul otra vez le dixo: *Sacrifica* pues; y el Santo: *Yo he aprendido á adorar al Dios vivo.* Nosotros, le dixo el procónsul, adoramos á todos los dioses, al cielo, y los que allí hay. ¿Pero qué te vuelves hácia el ayre? *Sacrifica.* Y el Santo respondió: *Yo no me dirijo al ayre, sino al Dios que hizo el ayre.* Instóle aun mas el procónsul, hizole poner pendiente para darle la quèstion de tormento; y miéntras seguía el suplicio le repitió varias veces que sacrificase, y añadió: ¿Qué soberbia es esta que te hace morir por vanidad? Haz lo que se te manda. Pionio respondió: *No hablo así por vanidad, sino porque temo al Dios eterno.* El procónsul estuvo un gran rato confiriendo con sus consejeros: y le repitió otras muchas veces que sacrificase. El Santo respondía siempre: *No puedo, ó De ningun modo;* ni quiso mas tiempo para deliberar. Entónces le dixo el procónsul: *Pues te das tanta priesa para morir, serás quemado vivo.* Y hizo leer la sentencia en estos términos: “*Man-*”
damos que Pionio, hombre sacrílego, que ha confesado
ser cristiano, sea quemado vivo, para terror de los
hombres, y en venganza de los dioses.”

Pionio fué luego al lugar del combate: andaba apriesa, alegre, despejado. Así que llegó, sin esperar aviso, se desnudó él mismo, y se presentó al soldado que debía clavarle. Despues de clavado ofreció el ministro desclavarle si prometía obedecer. El Santo no hizo caso: ántes bien manifestó que habia de morir, para que con su muerte todo el pueblo conociese que ha de haber una resurreccion despues de la muerte. Levantaron los palos en que estaban clavados el Santo, y Metrodoro de la secta de los marcionitas, y rodeándolos de leña, metieron fuego. San Pionio, cerrados los ojos, hacía oracion á Dios. Levantóse una llama grandísima, y el Santo abrió los

ojos, miró al fuego con alegre semblante, dixo *amen*, añadió, *Señor, recibid mi alma*, y murió. Apagado el fuego, los fieles hallaron el cuerpo entero, como en perfecta salud: las orejas nada caídas, los cabellos mejorados, la barba hermosa, el semblante agradable: en todo remozado: de modo que su cuerpo despues del fuego hacia ver su mérito, y tambien un exemplo de la resurreccion, como él habia profetizado. Así quedaron los fieles muy alentados en sus esperanzas, y los gentiles apoderados de temor. Sucedió este martirio á las quatro de la tarde de un sábado, á primeros de marzo del año 250. Las actas no nos dicen, ni por otra parte sabemos, como acabaron los demas compañeros de San Pionio. Pero los mas antiguos mártirologios le dan quatro ó cinco compañeros mártires.

CLXXIX
Y LA CONFESION DE ACACIO.

Á fines del mismo marzo del año 250 San Acacio, que era el escudo y columna de la cristiandad en la region de Antioquía, no de la patriarcal, sino de alguna otra de las ciudades de este nombre, fué preso por orden de Marciano varon consular, gobernador nombrado por Decio, y presentado al tribunal de Marciano. Éste le dixo: *Pues vives segun las leyes romanas, justo es que ames á nuestros príncipes.* Acacio le respondió: *¿Y quién ama mas al emperador que los cristianos? Por él oramos sin interrupcion para que viva largos años, gobierne á los pueblos con justo poder, y disfrute un imperio pacífico. Rogamos tambien por los soldados, y por todo el mundo.* Todo esto lo alabo, dixo Marciano, pero para mas acreditar vuestro obsequio al emperador, ofrécele sacrificio con nosotros. Acacio respondió: *Yo ruego al Señor, Dios grande y verdadero, por la salud del emperador; mas éste ni puede exigir sacrificio, ni nosotros ofrecérsele. Porque ¿quién ofrece sacrificios á un hombre?* Marciano le dixo: *Dinos á qué Dios haces oracion, para que tambien nosotros le sacrifiquemos.* Y Acacio: *Lo que yo deseo es que conozcas al Dios verdadero, de modo que te aproveche.* Pues dínos su nombre, añadió Marciano. Y el Santo: *Dios de Abraham, Dios*

de Isaac, y Dios de Jacob. ¿Qué estos, dixo Marciano, son nombres de dioses? No, dixo Acacio: *el que les habló á ellos, es el Dios verdadero: á él debemos temer.* ¿Y quién es éste? Es, dixo el Santo, *el Altísimo Adonai, el que está sentado sobre los Querubines y Serafines.* ¿Qué es un serafin? preguntó Marciano. Y Acacio respondió: *Es un ministro de Dios Altísimo, que tiene un elevado tronó.*

Marciano dixo: ¡Cuán vana filosofía te ha seducido! Dexa estas cosas invisibles: adora por verdaderos esos dioses que ves. ¿Á qué dioses, respondió Acacio, me mandas sacrificar? ¿Á Apolo, ese enamorado infeliz, á quien una mozueta dexó burlado? ¿Á Esculapio muerto con un rayo? ¿Á Venus la adúltera? ¡y á esos monstruos, yo ofrecer sacrificios! Aunque me cueste la vida. ¿Cómo he de adorar á quienes no puedo imitar, y cuyos imitadores vosotros mismos castigaríais? Marciano dixo: Esta es la costumbre de los cristianos: inventar calumnias contra nuestros dioses. Por esto te mando que vengas conmigo á sacrificar á Júpiter y á Juno, y celebraremos un festin agradable. Acacio respondió: ¿Cómo he de sacrificar al que está enterrado en Creta? ¿Qué resucitó? Marciano dixo: Ó sacrificar, ó morir. Y Acacio: *Así lo hacen los salteadores de Dalmacia. Al coger á un pasagero en lugar estrecho, luego le intimán: ó el dinero, ó la vida. No se busca lo que es de razon, sino lo que puede el que atropella. Pero nada temo. El derecho público castiga á los adúlteros, á los ladrones, á los homicidas. Si soy reo de esto ó cosa semejante, yo mismo me condeno, ántes que tú. Pero si me castigas porque adoro al Dios verdadero, tal sentencia no es de la ley, sino de tu capricho. En seguida le amenazó con el último juicio. Y Marciano dixo: Á mí no se me manda juzgar, sino forzar: por tanto sino obedeces, tienes segura la pena. Á mí, respondió Acacio, se me manda que en ningun caso niegue á mi Dios: el qual dixo: Si alguno me negare delante de los hombres, yo le negaré en la presencia de mi Padre, que está en los cielos.*

Con esto, dixo Marciano, acabas de confesar el error

CCLXX

CLXXI

de vuestra doctrina que yo deseaba saber. ¿ Con qué Dios tiene Hijo ? *Le tiene*, respondió Acacio. ¿ Y quién es este Hijo de Dios. ¿ *Es el Verbo de verdad y de gracia*, y se llama *Jesucristo*. Dime pues, dixo Marciano, ¿ de qué muger le ha tenido ? *Dios*, respondió Acacio, *no engendró á su hijo como los hombres. El Hijo de Dios, Verbo de verdad, procede de su corazon*. Luego, dixo Marciano, Dios es corporal, pues sin cuerpo no hay corazon, ni sentimiento. Y Acacio: *Él solo se conoce: nosotros no conocemos su forma invisible, pero veneramos su poder y su virtud. La sabiduría no nace de nuestros miembros. Dios es quien la da. ¿ Á qué pues se necesita el cuerpo para el conocimiento, ó sentimiento ?* Marciano le citó el exemplo de los catafriges, que habian sacrificado, y le mandó que convocase todos los cristianos católicos, para seguir con él la religion del emperador. Acacio respondió: *Ellos no se rigen por mi voluntad, sino por la ley de Dios. Á mí me habrán de oír, si lo que les persuado es justo; pero si es malo y dañoso, deben despreciarme.*

Marciano le pidió los nombres de todos, especialmente de los maestros, á quienes llamó magos. El Santo le dixo que los nombres están escritos en el cielo por la virtud invisible de Dios: que los fieles miran con horror el arte mágica: que solo desprecian los dioses hechos por los hombres, y temen al que los crió como Señor, los amó como Padre, y como buen Pastor los libró de la muerte eterna; y añadió: *Pero si tanto deseas los nombres, yo me llamo Acacio Agatángelo; y de estos mis dos compañeros, el uno es Pison obispo de Troya, y el otro Menandro presbítero*. Marciano le puso en la cárcel, y envió el proceso al emperador, consultando lo que debía hacer. Decio leído el proceso, se rió de esta disputa, dió á Marciano la prefectura de Panfilia, y á Acacio le puso en libertad. No debemos extrañar esta resolución de Decio, por mas que le supongamos cruel con los obispos, y que Acacio lo fuese. Pues sin apelar á la omnipotencia de Dios sobre los corazones de los hombres: hasta los mas crueles dexan de ser-

lo en algunos lances por capricho, ó por desear la fama de benignos: ni Acacio era obispo de alguna ciudad populosa. Á mas de que pudo concedérsele la libertad á fines del año 250, ó entrado ya el siguiente, en que es muy verisímil que, subsistiendo los mismos edictos ú órdenes del emperador contra los cristianos, habia calmado en su ánimo el primer furor; pues en Roma pudo hacerse la elección de papa, despues de una vacante de diez y seis meses, y aun se celebró un concilio de sesenta obispos.

Á fines del año 251, Decio entrando á caballo en un lugar pantanoso pereció, tan infelizmente, que no fué posible hallar su cuerpo. Y con esta muerte, en que los cristianos reconocieron un particular castigo de Dios¹, la Iglesia recobró la paz. Como en la persecucion de Decio era muy comun detener á los mártires mucho tiempo en la cárcel, y hacer que con largos intervalos padeciesen varios tormentos, ántes de darles la muerte: así fueron muchísimos los confesores que al tiempo de la paz recobraron la libertad. Mas este consuelo no duró mucho. En el año 252, una cruel peste iba assolando varias provincias del imperio. Galo sucesor de Decio mandó ofrecer sacrificios, especialmente á Apolo, para alcanzar el remedio. Se buscaba con furor á los cristianos, como causa de la venganza de los dioses, para que los aplacasen sacrificando; y su resistencia era castigada con rabiosa crueldad. En Roma el poder del siglo acometió con imprevista violencia á la iglesia de Jesucristo, al papa San Cornelio, y á todo el clero. San Cornelio confesó gloriosamente el nombre de Jesucristo: su exemplo animó de tal suerte á los fieles, que fué grande el número de los cristianos que le imitaron. Muchísimos de los que habian caído en la persecucion precedente confesaron ahora sin temor de la muerte, ni de los mas crueles suplicios². Es muy verisímil que San Cornelio murió desterrado en Civitavecchia³. Y es cierto que debemos venerarle no solo como un varon lleno del Espíritu Santo, y como un prelado justo y pacífico, sino tambien como un santo y glorioso mártir⁴.

INDEX
 DE LOS AUTORES
 DE LOS LIBROS
 DE LA BIBLIOTECA
 DE LA ACADEMIA
 DE LAS CIENCIAS
 DE LA HISTORIA
 DE LA LINGÜA
 DE LA FILOSOFIA
 DE LA MEDICINA
 DE LA FÍSICA
 DE LA AGRICULTURA
 DE LA COMERCIO
 DE LA INDUSTRIA
 DE LA MANUFACTURA
 DE LA MINERIA
 DE LA METALURGIA
 DE LA QUÍMICA
 DE LA AERONAUTICA
 DE LA AERONAUTICA
 DE LA AERONAUTICA

CIXXXII
 MUERTO DECIO UNA BREVE PERSECUCION SE LLEVÓ EN ROMA Á SAN CORNELIO CON OTROS MUCHÍSIMOS,

¹ Lactant. de Morie Pers. c. 4 S. Dion. Alex. ap Eus. Hist. E. VII. c. 1. S. Cyr. De Laps. init.

DE LOS AUTORES
 DE LOS LIBROS
 DE LA BIBLIOTECA
 DE LA ACADEMIA
 DE LAS CIENCIAS
 DE LA HISTORIA
 DE LA LINGÜA
 DE LA FILOSOFIA
 DE LA MEDICINA
 DE LA FÍSICA
 DE LA AGRICULTURA
 DE LA COMERCIO
 DE LA INDUSTRIA
 DE LA MANUFACTURA
 DE LA MINERIA
 DE LA METALURGIA
 DE LA QUÍMICA
 DE LA AERONAUTICA
 DE LA AERONAUTICA
 DE LA AERONAUTICA

² S. Cyprian. Ep. 57. 58.

³ Till S. Cornelle art. xv 1.

⁴ S. Cyr. Ep. 67. 76.

CLXXXIII
Y AL CÉLEBRE
S. HIPOLITO,

Año 252.

Pero uno de los mas ilustres de aquella persecucion es S. Hipólito presbítero romano. Al llevarle al martirio, previno á los fieles que huyesen del cisma de Novato, que él habia seguido, y que estuviesen unidos con la Iglesia católica, asegurándoles que se arrepentia de lo que habia enseñado. El prefecto de Roma, que habia inundado la ciudad de sangre de cristianos, estaba en Ostia persiguiendo á los de aquellas cercanías. Su tribunal estaba rodeado de verdugos, de instrumentos de suplicios, y de cristianos sacados de las cárceles para atormentarlos. Pero viendo que los tormentos eran inútiles, los hizo morir á todos: á unos cortada la cabeza, á otros en cruz, á algunos quemados, y á los mas ahogados, llenando de ellos un barco inútil y tan podrido, que luego se sumergió. Al comparecer al tribunal San Hipólito cargado de cadenas, los gentiles clamaron que debia perecer con algun nuevo suplicio, por ser el xefe de los cristianos. El prefecto mandó unir dos caballos briosos aun no domados, para que arrastrasen al Santo con una cuerda larga con que se le ató por los pies. Soltaron los potros, que corriendo sin freno por parages desusados y ásperos, en pocos minutos quedó el santo cuerpo hecho dos mil pedazos. Las últimas palabras, que el Santo dixo, fueron: *Señor, pues ellos me despedazan el cuerpo, recibid Vos el alma*. Los fieles, bañados en lágrimas, seguian el rastro de la sangre: la iban recogiendo con esponjas: con el mayor cuidado cogian sus miembros y hasta las menores reliquias, y despues las sepultaron todas en las catacumbas junto á un altar ¹.

¹ Prud. de Cor.
ron. *Hym.* IV.

CLXXXIV
Y DIÓ MUCHO
QUE SUFRIR Á
LOS FIELES DE
CARTAGO.

² *Ep.* 55.

En Cartago fué tambien furiosa esta breve persecucion. San Cipriano escribe á S. Cornelio ², que con ocasion de los sacrificios que el nuevo edicto mandaba celebrar, el pueblo gentil otra vez habia pedido que él fuese arrojado á los leones. Y al juez Demetriano le dice: "*Tú destierras á los inocentes, les quitas los bienes, los cargas de cadenas, los metes en calabozos, los atormentas con fieras, con espadas, con fuego. Destrozas los cuerpos con lar-*

gos tormentos : los multiplicas para llegar hasta las entrañas. Tu fiereza inhumana no se satisface con los tormentos acostumbrados, los inventas nuevos con ingeniosa crueldad. Pero pasemos ya á la persecucion de Valeriano, que suele contarse la octava ¹, y de la qual nos quedan bastantes noticias.

Valeriano en los primeros años favorecia á los cristianos tanto ó mas que los mismos Felipes. El palacio estaba lleno de siervos de Dios, y parecia una iglesia. Pero Macriano, valeroso capitán y tenido por gran político, de quien hacia la mayor confianza el emperador, arrastrado de una infeliz ambicion, se declaró protector de los magos egipcios, que degollaban niños para exâminar sus entrañas. Como los cristianos no solo abominaban de tales magos, sino que con frecuencia frustraban sus prestigios con algunas palabras, ó con la sola vista : Macriano concibió contra los fieles un odio irreconciliable, y reduxo á Valeriano á perseguir la Iglesia ². Esta persecucion comenzó con el año 257 de Cristo, y duró tres años y medio, hasta que Valeriano cayó en poder de los persas. Pues S. Dionisio aplica á este emperador ³ aquellas palabras del Apocalipsis ⁴: *Se le ha dado una boca soberbia y blasfema; y se le ha confiado el poder por quarenta y dos meses.*

Al principio las órdenes parece que se ceñian á que se abrazase la religion de los romanos, sin hablarse de abandonar la de Jesucristo : que solo se dirigian á los ministros de las iglesias : y que no prescribian otra pena que la de destierro ⁵. Sin embargo en el año 257 no solo confesaron la fe en África muchos obispos, presbíteros y diáconos, sino que tambien muchos de todas clases, edades y sexôs fueron coronados : parte con la consumacion del martirio, parte en las cárceles y en las minas de metales entre cadenas, como dice San Cipriano ⁶. En el año 258 fueron mucho mas crueles las órdenes del emperador. Estando en oriente en la expedicion contra los persas, remitió al senado una carta en que mandaba que

¹ S. August. *De Civit Dei* XVIII. c. 25. *Oros.* VII. c. 22. &c.

CLXXXV
VALERIANO
PUBLICA NUE-
VOS EDICTOS
CONTRA LA
IGLESIA:

² Eus. *Hist.* E. VII. c. 10.

³ Ap. Euseb. *Hist.* E. VII. c. 10.

⁴ Apoc. XIII. v. 5.

CLXXXVI

⁵ Vid. Till. *Pers. de Valer.* art. II.

⁶ S. Cyprian. *Ep.* 77.

los obispos, presbíteros y diáconos muriesen sin dilación: que los senadores, las personas calificadas, y caballeros romanos fuesen desde luego privados de sus dignidades y bienes; y si aun después persistian en ser cristianos, se les cortase la cabeza: que las damas de calidad fuesen privadas de los bienes, y desterradas: que los *Cesareos*, ó libertos del emperador, que hubiesen confesado á Jesucristo, ó le confesasen en adelante, fuesen confiscados como esclavo del emperador, y con grillos enviados á labrar sus tierras.

Estas son las nuevas órdenes del emperador, cuya memoria nos conserva San Cipriano. Y aunque en ellas no se habla expresamente de los cristianos en general, es cierto que la persecucion á lo ménos en algunas provincias lo era; y tal vez toda la diferencia consistia en que las personas expresadas en la carta del emperador debian ser castigadas solo por ser cristianas, aunque ofreciesen no serlo en adelante, quedando para el comun de los fieles lugar al perdón si abandonaban la fe. Tal vez el designio del emperador era que de oficio se buscase y prendiese á los principales que menciona, dexando en pie para los demas las leyes que mandaban castigar á los que fuesen acusados de ser cristianos, ó de no querer sacrificar. Uno y otro tiene fundamento en los hechos de la persecucion. Pues veremos á los eclesiásticos mas buscados, y muertos con pocos tormentos previos para hacerlos apostatar; y veremos tambien mártires de todo estado, edad y sexó.

Desde el principio de la persecucion, Emilianó prefecto de Egipto hizo comparecer á su tribunal á S. Dionisio obispo de Alexandria con Máximo presbítero, Fausto, Eusebio, y Queremon diáconos, y Marcelo que era de Roma. Con mucho agrado procuró persuadirles que diesen gusto al emperador adorando sus dioses. S. Dionisio respondió: *No todos adoran á todos los dioses, sino cada uno á aquellos que tiene por tales. Nosotros adoramos á un solo Dios, Hacedor de todas las cosas, que ha dado el imperio á*

De S. Augustino.
De S. Dionisio.
XVIII. C. 22.
Orosio. C. 22.
Año 257.
CLXXXVII.
VALERIANO.
HONORIO NUN.
S. CYPRIANO.
Ep. 80. al. 82.

De S. Valeriano.
Till. Pers.
de Valer. art.
III.

CLXXXVII
DESDE EL
PRINCIPIO SON
DESTERRADOS
SAN DIONISIO
CON VARIOS
MINISTROS SU-
YOS,

Año 257.

los sacratísimos Augustos Valeriano y Galieno, y continuamente le hacemos oracion por el bien y seguridad del Imperio. El prefecto replicó: ¿Qué reparo hay en que con este Dios adoreis tambien á los demas, que todo el mundo adora? Dionisio respondió: *Nosotros no adoramos á ningun otro Dios.* En consecuencia Emiliano los desterró á Cefro lugar de la Libia: despues los hizo pasar á la Mareótide, previniendo que estuviesen separados uno en cada lugar. Les mandó que no celebrasen ningunas juntas, ni fuesen á los cimiterios ¹.

Á fines de agosto del mismo año 257, fué desterrado tambien San Cipriano. Paterno procónsul le intimó la órden de Valeriano y Galieno, de que todos abrazasen la religion de los romanos. San Cipriano le dixo: *To soy cristiano y obispo. No reconozco otros dioses sino un solo verdadero Dios, Criador de todo. Á este Dios servimos los cristianos: á él rogamos de dia y de noche, por nosotros, por todos los hombres, y por la salud de los mismos emperadores.* El procónsul le dixo que habia de ir desterrado á Curubita. El Santo respondió que estaba pronto. Pidióle el procónsul los nombres de los presbíteros de la ciudad; y San Cipriano respondió que no podía descubrirlos, pues las mismas leyes prohibian la delacion, y que ellos tampoco podian presentarse espontáneamente, por ser contra la práctica de la Iglesia, y tambien contra la voluntad de los mismos jueces; pero que si los buscaba los hallaría. Entónces Paterno le intimó la órden de no tener juntas, ni entrar en los cimiterios baxo pena de muerte ². El Santo en su destierro supo que habian sido presos nueve obispos, con varios presbíteros y diáconos, y un grandísimo número de fieles, hasta vírgenes y niños; y que despues de haberles dado de palos, los habian enviado á trabajar en las minas de cobre de la Mauritania y Numidia. El Santo les envió algun dinero; y en la carta consolatoria que les escribe, vemos que muchos de éstos habian ya consumado su martirio, y que todos los de las minas, mal vesti-los, sin otro alimento que un poco de pan, con mu-

¹ Eus. Hist. E' VII. C. II. Vid. Ruin. de S. Dion. p. 176.

CLXXXVIII
SAN CIPRIANO Y MUCHÍSIMOS FIELES.

² Ruin. Acta. Proc. S. Cyprian. p. 216.

1 S. Cypr.
Ep. 77. s.

CLXXIX

DESPUES EN-
TRETROS MU-
CHOS MURIE-
RON EN RO-
MA SAN SIXTO
PAPA,

2 Vid. Till.
S. Sixte n. 1.

3 S. Cyrian.
Ep. 82.

CXC

Y EL FAMOSO
SAN LOREN-
ZO.

4 Vid. Perez.
Bay. Dam. &
Lauren. &c.

5 Serm. 303.
6 Serm. de S.
Laurent.

Año 258.

cho trabajo de dia, y en cárceles infelices de noche, pasa-
ban una vida penosísima ¹.

Tales eran los estragos de las primeras órdenes del em-
perador: pero fueron mucho mayores despues de su carta
al senado, en el año 258: en cuyo cumplimiento mu-
rió luego en Roma el papa S. Sixto. Quando iban á mar-
tirizarle, S. Lorenzo, el primero de sus diáconos, con lá-
grimas se lamentaba de que no pudiese acompañarle en
el martirio, ya que como ministro le solia acompañar en
el sacrificio. El Santo le consoló, anunciándole con espí-
ritu profético que tres dias despues habia de padecer
mas crueles tormentos: pues el combate de S. Sixto, como
de un viejo, seria breve y facil. Con todo parece que fué
puesto en el ecúleo, y que murió clavado en cruz ². San
Cipriano nos dice que San Sixto fué martirizado en el ci-
menterio de Calixto: que junto con él lo fueron quatro
diáconos: y que los prefectos de la ciudad todos los dias
estaban entendiendo en la persecucion, haciendo degollar
á los que eran presentados, y confiscando sus bienes ³.

El mas famoso de estos mártires es nuestro español ⁴
S. Lorenzo, cuyo triunfo, como decia S. Agustin ⁵, es tan
imposible de ocultarse como la misma Roma: á la qual,
añade San Leon ⁶, que dió tanto lustre como S. Estéban á
Jerusalen. Creia el prefecto de Roma, que los vasos can-
deleros, y demas alhajas de la Iglesia era todo de plata y
oro, y que además eran muy grandes los tesoros que los
cristianos tenian escondidos. Y sabiendo que San Lorenzo,
como primero de los diáconos, estaba encargado de todo,
le hizo comparecer; y para que no ocultase nada, sin ame-
nazas, con muy buen modo le mandó que entregase el te-
soro para las urgencias del estado. San Lorenzo sin alterarse
le dixo: *Confieso que nuestra iglesia es rica, y que el em-
perador no tiene tanto tesoro. Os haré ver quanto hay en
ella de precioso; pero dadme algun tiempo para arreglarlo
y notarlo.* El prefecto le concedió tres dias, en los cuales
S. Lorenzo corrió todas las calles de la ciudad, formando
listas de los pobres que la iglesia mantenía, y previnién-

dolos para que estuviesen juntos en el día y lugar aplazado. Llegado pues el día, se fué á buscar al prefecto, y le dixo: *Ven, y veras los tesoros de nuestro Dios: un grande patio lleno de vasos de oro, y de talentos amontonados.* El prefecto siguió, y al llegar al patio de la puerta de la iglesia, viendo aquella multitud de ciegos, tullidos y estropeados, con semblante ayrado se volvió á Lorenzo, quien le dixo: *De qué te trastornas? El oro que tú buscas no es mas que un vil metal salido de la tierra, é instrumento de mil crímenes: el verdadero oro es la luz celestial, cuyos discípulos son estos pobres. Las verdaderas enfermedades son las pasiones y vicios: los grandes del mundo son los pobres verdaderamente miserables. Estos son los tesoros que tiene la iglesia, y que te prometí. Si quieres perlas y piedras preciosas, mira por tales á estas pobres vírgenes y viudas. Aprovechate pues de estas riquezas para utilidad de Roma, del emperador, y tuya. ¿Con que tú, exclamó furioso el prefecto, has querido burlarte de mí, é insultarme? Sé que vosotros os gloriais de despreciar la muerte; pero yo haré que la tuya sea larga y cruel.*

Entónces hizo traer una cama de hierro, y encender por debaxo de ella algo de fuego, no mucho, para que el Santo se fuese abrasando lentamente. Al instante le desnudan, le extienden sobre aquella cama, ó parrillas, y los fieles ven en su semblante un resplandor extraordinario; y así que se iban quemando sus carnes despedían muy suave olor. Despues de haber estado mucho tiempo de un lado, dixo el Santo al prefecto: *Hazme volver del otro lado, que este bastante asado está.* Volviéronle; y poco despues le dixo con tono alegre: *El asado está pronto: ya puedes comer.* Luego levantando los ojos al cielo, con muy fervorosa oracion pidió á Dios la conversion de Roma, y en seguida espiró. Unos senadores, que se convirtieron á vista de tan valerosa constancia, recogieron el sagrado cuerpo ¹. De San Sixto nos dice S. Cipriano ², que murió el día siete de agosto; y como San Lorenzo murió tres días despues, es consiguiente que muriese el día diez.

cxcr

¹ Prudent. *De Coron. Hym.* 3.
² *Ep.* 82.

CXCII
 EN CARTAGO
 SAN CIPRIANO,

Año 258.

Á catorce del septiembre inmediato fué el martirio de San Cipriano. Con permiso del emperador habia vuelto del destierro, y estaba en un huerto ó casa de campo, no muy léjos de Cartago, desde donde dirigia los asuntos de su iglesia. Por indicios de que Galerio Máximo, nuevo procónsul, queria prenderle, las personas mas distinguidas fueron á instarle que se retirase, y á ofrecerle lugares oportunos. No queria el Santo condescender; pero sabiendo que el procónsul estaba en Utica, y habia enviado soldados á prenderle, se retiró por no morir en Utica, diciendo que era justo que el obispo confesase con su muerte al Señor en la misma ciudad, cuya iglesia gobernaba. Así, luego que el procónsul volvió á Cartago, volvió el Santo á su casa de campo. Á los trece de septiembre fueron á prenderle dos príncipes, ó principales dependientes del procónsul, con soldados. Los príncipes le tomaron en su carroza, y lo llevaron á un lugar junto á Cartago llamado Sexti, donde estaba el procónsul, que mandó que le volviessen al dia siguiente. Aquella noche le alojaron en casa del primero de los oficiales, que le trató muy bien, y permitió que comiese con sus amigos segun su costumbre. Entré tanto corrió por la ciudad la voz de que Cipriano estaba preso. Los fieles pasaron la noche en la calle de la casa en que estaba, como celebrando la vigilia del martirio. El Santo que en todo atendia al bien de su rebaño, mandó que se cuidase de las muchachas jóvenes que habia entre las gentes.

CXCIII

Al dia siguiente acudió un inmenso gentío. El procónsul hizo comparecer al Santo en la sala criminal, y le dixo: Eres tú Tascio Cipriano? El Santo dixo: *To soy*. El procónsul dixo: ¿Tú te has hecho papa de hombres sacrilegos? Y el Santo respondió: *Sí*. El procónsul prosiguió: Los emperadores mandan que sacrifiques. Y Cipriano: *Esto no lo hago*. Galerio le dixo: Piensa lo que te importa. Cipriano respondió: *Haz tú lo que se te manda*. En una cosa tan justa no tengo que discurrir. El procónsul, habiéndolo conferido con su consejo, dió la sentencia

con estas palabras: "Mucho tiempo ha que vives sacrílegamente, y juntas contigo muchas personas de una conspiración ilícita, y te has hecho enemigo de los dioses romanos, y de las leyes sagradas: ni los piadosos y sacratísimos príncipes Valeriano y Galieno Augustos, y Valeriano César nobilísimo, han podido reducirte á seguir sus ceremonias. Por tanto, pues quedas convencido autor y maestro de crímenes muy perniciosos: tú mismo servirás de exemplo á los que has hecho compañeros de tus crímenes: con tu sangre se dará fuerza á la disciplina." Y dicho esto leyó el decreto escrito en una tablilla: "Tascio Cipriano sea muerto con espada" Cipriano obispo dixo: *Gracias á Dios*. Publicada la sentencia, conmovidos los muchos fieles que estaban presentes, decian: *Córtense tambien nuestras cabezas con la suya*. El Santo fué sacado al campo: él mismo se quitó la capa, que era encarnada, se arrodilló, y se postró para hacer oracion á Dios: despues se quitó la dalmática, la dió á sus diáconos, y se quedó en túnica. Mandó dar al verdugo veinte y cinco sueldos de oro. Él mismo se vendó los ojos; y no pudiendo atarse las manos, se las ataron Juliano presbítero, y un diácono del mismo nombre. Los cristianos ponian delante de él lienzos y pañuelos para recoger la sangre. Así se le cortó la cabeza á 14 de septiembre del año 258. Su cuerpo al pronto quedó depositado allí cerca, para satisfacer la curiosidad de las gentes. Mas á la noche con velas y hachas fué llevado al cimiterio de Macrobio con grande pompa ¹.

San Cipriano, en la carta á Suceso, asegura que sus clérigos estaban aparejados para recibir el martirio; y Poncio en la vida del Santo ² nos dice que sus discípulos tambien con la sangre confirmaron la doctrina de los mártires. Acordemos siquiera los nombres y géneros de muerte de los pocos de que nos queda noticia. El procónsul Galerio Máximo murió pocos dias despues del martirio de San Cipriano, como leemos en sus actas procónsulares. Pero Solon, procurador del fisco, continuó la persecucion

¹ Ruin. *Acta Proc. S. Cypr.*
p. 216.

CXCIV
LOS SANTOS
LÚCIO, MONTA-
TANO, Y DE-
MAS COMPA-
ÑEROS:

² c. 17.

entre tanto que llegaba de Roma el nuevo próconsul. Hizo prender juntos á ocho cristianos, que son los santos Lucio, Montano, Flaviano, Juliano, Victorico, Primolo, Reno, y Donaciano. Éste era catecúmeno: fué bautizado en la cárcel, y allí murió. San Primolo murió tambien en la cárcel, sirviéndole de bautismo la confesion de fe que poco ántes habia hecho. Los demas supieron que el presidente los queria luego hacer quemar vivos: tenian especial horror á este tormento: rogaron á Dios que les concediera otro género de martirio; y en efecto el presidente mudó de idea.

Los Santos fueron llevados al tribunal cargados de cadenas; y de esta manera tuvieron que ir de una á otra parte, dando vueltas por la plaza entre un gentío inmenso: ignominia que les pareció un triunfo. Confesaron todos la fe con gran valor, y los volvieron á la cárcel. Allí padecieron penas imponderables y sobre todo mucha hambre, hasta que Luciano pudo hacerles introducir algun socorro por medio de Hereniano subdiácono y Januario catecúmeno. Los consoló Dios con varias visiones celestiales, y se consolaban mutuamente con el tierno amor y perfecta concordia que entre ellos habia. En las mismas actas de estos Santos vemos que en la cárcel habia tambien otros cristianos presos. Se nos habla de un San Victor sacerdote, que murió luego despues de habersele manifestado en una vision que sus compañeros lograrian una corona mas gloriosa. Se nos habla tambien de Santa Quartillosa: su marido é hijo habian sido martirizados tres días ántes: la Santa lo fué luego despues; y quando los mártires en la cárcel estaban pereciendo de hambre, les hizo entender en una vision, que luego serian socorridos.

CXCV

Pasados en la cárcel muchos meses fueron presentados al presidente; y todos hicieron una gloriosa confesion. Los amigos de San Flaviano dixeron que no era diácono, como él decia. Así fué vuelto á la cárcel; y se sentenció á los demas, á saber, á los santos Lucio, Monta-

no, Juliano, y Victorico. El concurso tanto de gentiles, como de cristianos, fué extraordinario. Iban los Santos al lugar del suplicio con semblante alegre, con el qual, y con sus pa'abras exhortaban al pueblo. San Lucio, de natural humilde y modesto, estaba muy acabado de los trabajos de la cárcel, y de una enfermedad. Fué solo adelante con poca compañía, temiendo que el tropel de la gente no le sofocara, y así quedase privado del honor de derramar su sangre. Se alentó quanto pudo para instruir y animar á los que iban con él. Los fieles le rogaban que se acordase de ellos; mas él, sumamente humilde entre la gloria del martirio, respondia: *Vosotros tambien acordaos de mí.* San Juliano y San Victorico exhortaron mucho los fieles á la paz, y les encargaron los clérigos, especialmente los que habian padecido el hambre de la cárcel.

San Montano, robusto de cuerpo y de ánimo, aunque siempre habia predicado la verdad con valor y constancia, ahora cercano al martirio, con especial generosidad clamaba repetidas veces con el profeta: *Exterminado será quien sacrifique á los falsos dioses, y á otro que al Señor.* Reprimia el orgullo y temeridad de los hereges, haciéndoles ver que la sola multitud de los mártires debia hacerles conocer qual es la verdadera Iglesia. Exhortaba á los que habian caido á no precipitarse, y á cumplir la penitencia: á los otros á permanecer firmes: á las vírgenes á conservar la pureza: á todos á venerar á los obispos; y á éstos á conservar la paz. *Porque, decia, es padecer por Cristo, el imitarle, y dar con nuestros exemplos pruebas de nuestra fe.* Quando el verdugo iba á descargar el golpe, el Santo, levantadas al cielo las manos, en muy alta voz rogó á Dios que Flaviano al tercero dia los siguiera: partió por medio el pañuelo con que habia de vendarse los ojos, hizo guardar la mitad para Flaviano, y previno que en el cimiterio le reservasen tambien lugar para enterrarle en medio de ellos. Y todo se cumplió.

San Flaviano volvió á la cárcel, triste al verse pri-

vado de tan buena compañía, pero rendido á la voluntad de Dios. Su valerosa madre, aunque no tenia otro hijo, sentia la dilacion de su martirio. El Santo la consolaba diciéndole que de esta manera confesaba mas veces la fe, y comparecia en público mas veces cargado de cadenas, que era lo que siempre habia deseado. Despues de dos días, en que Dios le regaló con visiones celestiales, el presidente le mandó comparecer. Los fieles se atropellaban para hablarle; y él les dixo que en el parage llamado Fuciano les daria la paz. Al entrar en casa del gobernador, algunos gentiles discípulos suyos con lágrimas le suplicaban que sacrificase entónces, y despues hiciese lo que quisiese, y que á la segunda muerte incierta no la temiese mas que á la presente. El Santo les agradeció su amistad, y les añadió que para mantenerse libre, mas vale morir que adorar piedras: que hay un Señor Soberano que lo ha hecho todo, y así debe ser adorado él solo; y les añadió lo que ménos creen los gentiles, aun quando tienen algun buen sentimiento de Dios, á saber, que nosotros vivimos despues de la muerte, y que para llegar al conocimiento de la verdad debian hacerse cristianos.

CXCVII

El presidente le preguntó por qué se fingia diácono, no siéndolo. El Santo dixo que no lo fingia; y reconviniéndole un centurion, el pueblo, y el mismo presidente, el Santo decia: *¿Qué provecho sacaria de mentir?* El pueblo irritado pedia que se le diesen tormentos; mas el juez le sentenció luego, y condenó á muerte. Iba el Santo al suplicio con gran séquito, y mucho decoro. Sobrevino una lluvia blanda y copiosa, que hizo decir al Santo que su sangre se juntaria con agua, como en la pasion del Señor. Con esta lluvia se retiraron los gentiles, y el Santo tuvo lugar de meterse en un meson junto á Fuciano, y allí aninó y dió la paz á todos los hermanos. Al salir del meson subió á un lugar elevado, y les dixo á todos juntos estas palabras: *Hermanos carísimos, tenéis la paz con nosotros, si la tenéis con la Iglesia y conservais el vínculo de la caridad.* Por último recomendó el mérito

17219

del presbítero Luciano, y baxando al lugar del suplicio, vendados los ojos con la mitad del pañuelo de Montano, puesto de rodillas se le cortó la cabeza, consumando su martirio en oracion ¹.

En las actas de estos Santos se habla por incidencia de otros dos mártires, San Pablo y San Suceso. En Prudencio ² hallamos que unos trescientos cristianos murieron abrasados en un horno de cal viva, por no sacrificar á los dioses. Á los quales San Agustín ³ llama: *Masa blanca Uticense*: *masa*, por su gran número: *blanca*, por la cal: y *Uticense* por haber padecido en Utica. Tillemont ⁴ hace memoria de San Teogenes obispo de Hipona, de las tres santas nobles, Máxima, Donatila, y Secunda, y de otros santos que en África padecieron martirio en la persecucion de Valeriano. Pero lo que mas prueba la universalidad y furor de esta persecucion en aquella parte del mundo, son las actas de Santiago, San Mariano, y otros mártires de la Numidia.

Viajando por esta provincia Santiago y San Mariano, hicieron alto en el lugar de Mugas, junto á Cirta, colonia romana. Era por allí tan impetuosa la tempestad de la persecucion, que el presidente por medio de los soldados hacia buscar y prender á todos los cristianos: hasta los desterrados hacia volver para darles la muerte. Dos Santos obispos, Agapio y Secundino, célebres ámbos por su caridad, y el uno por la pefecion de su continencia, viniendo presos del desierto para ser martirizados, al pasar por Mugas se hospedaron en casa de otros confesores, y los aleataron y consolaron mucho. Dos dias despues de haber partido, una multitud de fieles cogieron á los confesores de Mugas, y los llevaron á Cirta. Allí fueron atropellados con muchos y crueles tormentos por un oficial de los que llamaban *Estacionarios*, que tenia el encargo de atormentar á los fieles, ayudado de los magistrados de las ciudades de Cirta, y de Centurion. Santiago se confesó cristiano y diácono: San Mariano se confesó lector, y así quedó sujeto á la cuestión de tormento. Para la qual le tuvie-

¹ Ruin. *Pass.*
SS. Montani
&c.

CXCVIII
EN UTICA LOS
TRES CIENTOS
LLAMADOS MA-
SA BLANCA, Y
POR TODA LA
ÁFRICA IN-
NUMERABLES.

² *De Coron.*
Him. v.

³ S. August.
Serm. 311. n.
10.

⁴ Till. *Pers.*
de Valer. art.
4. 5. *S. Cypr.*
art. 57. 48.

CXCVIII
CON SANTIAGO
Y SAN MA-
RIANO.

Año 259.

ron al ayre con grandes pesos en los pies, pendiente de unas cuerdas atadas solo á sus dedos pulgares. Despues de los tormentos los volvieron á la cárcel. Ambos fueron premiados por Dios con visiones, que les prenunciaron la gloria y delicias que lograrían con su martirio.

Estaba tambien en la cárcel San Emiliano, de noble linage, y de cincuenta años de edad, que siempre había vivido con exemplar continencia, y hacia en la cárcel ayunos de dos dias, y oraciones continuas. En un sueño Dios le hizo entender que todos los que estaban en la cárcel morirían, y que lograrían mayor premio aquellos que tenían mas que vencer para el triunfo, como los ricos. Pasados algunos dias en la cárcel, fueron preguntados en público por los magistrados de Cirta. Un cristiano que estaba entre los espectadores, con los movimientos que su zelo le hacia hacer se atraxo la atencion de los gentiles, que le preguntaron si era de la misma religion; y confesándolo, fué unido con los demas, y todos remitidos al presidente: quien luego que se le presentaron los hizo poner en la cárcel de Lambesa. Habia el presidente separado á los clérigos de los legos, creyendo así mas facil que algunos de estos cediesen á los halagos, ó á los tormentos. Pero hallándolos constantes, estuvo muchos dias derramando su sangre; y entre tanto sentían los clérigos que á ellos se les retardase la victoria. Á Santiago en la cárcel se le apareció en sueños San Agapio, que ántes había consumado el martirio con dos jovencitas, Santa Tertula y Santa Antonia, á las cuales estimaba como hijas. Vióle muy alegre, celebrando un solemne convite con todos los que se habían hallado juntos en la cárcel de Cirta. Vió tambien que quando él y Mariano iban á entrar, uno de dos gemelos, que tres dias ántes habían sido martirizados con su madre, les salió al encuentro con una corona de rosas, y una palma muy verde, y les dixo: Alegraos: mañana cenareis con nosotros.

En efecto al dia siguiente Santiago, San Mariano, y todos los demas clérigos fueron condenados á muerte. Exe-

cutóse la sentencia á la orilla de un rio, entre dos colinas, desde donde podian verlo infinitas gentes. Como los mártires eran tantos, no fué posible cortarles la cabeza en un mismo lugar, haciéndolos venir sucesivamente donde estuyese el verdugo; pues luego el monton de cadáveres hubiera embarazado la execucion. Para despachar con mas presteza y facilidad, los pusieron en filas, de modo que el verdugo iba pasando, y cortando cabezas. Algunos de los Santos quando ya estaban con los ojos vendados publicaban las visiones con que Dios los estaba confortando. San Mariano con espíritu y fortaleza de profeta decia que la venganza de tanta sangre inocente estaba cerca, y que se verian luego grandes calamidades. Su madre, que se llamaba Maria, se daba la enhorabuena de haber tenido tal hijo; y no se veia satisfecha de dar tiernos ósculos al cuello de San Mariano en el lugar en que fué cortado ¹.

Aunque de las demas partes del mundo no podamos con documentos autorizados recordar tanto número de mártires en esta persecucion: en todas hallamos algunas memorias que prueban bastante que por todas partes fué excesivo su rigor. En Cesaréa de Palestina hallamos tres jóvenes distinguidos, San Prisco, San Malco, y San Alexandro, que por miedo de la persecucion se habian retirado á la campaña. Pero deseosos despues de aprovechar tan oportuna ocasion de adquirir la corona del martirio, se fueron á Cesaréa, y con solo presentarse al juez, fueron condenados á las fieras ². En la otra Cesaréa de Capadocia un santo niño llamado Cirilo invocaba siempre el nombre de Jesucristo, y ni palabras, ni golpes, ni sus compañeros, ni su padre podian impedir que se declarase cristiano. El padre le arrojó de su casa: el juez se le hizo traer. Procuró aturdirle con amenazas: no le hicieron mella. Mudó de estilo, y le habló con blandura: no hizo caso. En suma le respondió: *Estas reprehensiones me gustan; pues Dios me abona. El ser echado de mi casa me alegra; pues Dios me la da mayor y mejor. Soy*

¹ Ruin. Pass.
SS. Jacobi &c.
p. 223.

CCII

ENTRE LOS
MÁRTIRES DE
OTRAS PROVINCIAS SE
DISTINGUEN
SAN CIRILO
EL NIÑO,

Año 259.

² Eus. Hist.
E. VII. C. 12.

pobre de buena gana: así gozaré de riquezas eternas. No temo una muerte buena, porque tendré vida mejor.

Decia esto con gran valor, como inspirado de Dios. El juez mandó atarle publicamente, como que le llevaban al suplicio, previniendo que no hicieran mas que meterle miedo. Pero quando supo que el niño ni habia llegado á llorar, ni á temer el fuego, á que hacian como que iban á arrojarle, vuelve á llamarle el juez, y con agrado procura ganarle. Mas el niño se le queja de que haya revocado la orden de martirizarle, y le asegura que sus deseos son de gozar luego de los bienes que Dios le tiene preparados. Los circunstantes lloraban al oirle, y él les decia: *Mas bien debierais retros, y con júbilo acompañarme al suplicio. No sabeis en que ciudad habitaré, ni quales son mis esperanzas.* Á este tenor se explicó hasta el mismo punto de la muerte, con asombro de todos los habitantes de Cesarea¹.

¹ Ruin. *Mart.*
S. Cyril. pue-
ri. p. 246.

CCIII

SAN NICÉFORO,

En Antioquía se estimaban como hermanos Saprício presbítero, y Nicéforo lego: pero riñeron hasta el extremo de no saludarse si se encontraban. Pasado algun tiempo vuelto en sí Nicéforo, y haciendo reflexion de que la enemistad es vicio de demonio, se valió de algunos amigos para que en su nombre pidiesen perdon á Saprício, y los reconciliasen. Saprício no quiso perdonarle. Nicéforo segunda y tercera vez le hizo hablar por otros, pero siempre en vano. En fin fué en persona á casa de Saprício, se echó á sus pies, y le dixo: *Padre, perdonadme por nuestro Señor*; mas el presbítero duro é inflexible no quiso perdonarle. Entre tanto llegó la persecucion, y Saprício fué preso: confesó con valor que Cristo Dios es el solo Dios verdadero, Criador de cielo y tierra. Fué cruelmente atormentado en una prensa: se mantuvo constante, y fué condenado á muerte. Nicéforo sabiendo que le llevaban al suplicio, corrió á su encuentro, se echó á sus pies, y le dixo: *Mártir de Jesucristo, perdonadme si os he ofendido.* Saprício no le respondió. Insistió Nicéforo con mas eficacia en otra calle, y por tercera vez en el lugar del su-

plició; pero no pudo vencer la dureza de Saprício: á quien Dios privó de su reyno, por haberse él apartado de su gracia.

En efecto al decirle el verdugo que se arrodillara para cortarle la cabeza, dixo que obedecería al emperador y sacrificaría. Al oirlo Nicéforo le dice: *No hermano, no quieras negar á nuestro Señor Jesucristo, no quieras perder la corona que has ganado con tantos trabajos y tormentos.* Y viendo que Saprício no le escuchaba, vuelto á los verdugos, decia: *To soy cristiano, y creo en nuestro Señor Jesucristo, á quien éste ha renunciado. Hacedme pues morir á mí.* Uno de los verdugos fué á informar al presidente de la mudanza de Saprício, y de lo que pasaba con San Nicéforo; y el gobernador dió esta sentencia: "Si éste no sacrifica á los dioses, como los emperadores mandan, sea degollado". En consecuencia logró luego San Nicéforo la corona del martirio en premio de su fe, de su caridad con el próximo, y de su humildad ¹. Á la misma persecucion de Valeriano pueden referirse el martirio de San Saturnino obispo de Tolosa, con el de otros muchos santos de las iglesias del occidente, ² y tambien los últimos trabajos de San Felix presbítero de Nola.

Por los versos que en elogio de este Santo compuso San Paulino obispo de la misma ciudad, sabemos que habiéndose movido una fiera persecucion, el obispo Máximo se retiró á unas montañas desiertas, quedando Felix encargado entretanto del cuidado de aquella iglesia. El zelo con que el santo presbítero suplía las veces de su pastor le descubrió luego á los gentiles: fué preso y presentado al juez: confesó la fe, y en consecuencia fué puesto en un lóbrego calabozo con cadenas á las manos y al cuello, y con ámbos pies extendidos y cerrados en el cepo. Solo podía sentarse ó tenderse en el suelo, que estaba sembrado de cascós de teja y ladrillo. Así se intentaba vencer su constancia con crueles y prolongados suplicios. Entre tanto Máximo en el desierto, rendido de la hambre y del frio, cayó sin aliento entre abrojos y espinas, y estaba á

¹ Ruin. *Cer-tam. S. Ni-ceph.* p. 239.

² Till. *Pers. de Valer.* art. 6.
7. *S. Pat. &c.* Ruin. p. 247. et 128.

CCIV
SAN FELIX DE
NOLA,

punto de espirar. Mas el Señor le alentó con la promesa de que Felix le socorrería, y envió á éste un ángel, á cuyo imperio se le cayeron las cadenas, se abrió el cepo, y las puertas de la cárcel. San Felix, á la manera que ántes había sucedido á S. Pedro, no sabia al principio si era sueño lo que le estaba sucediendo. El ángel le guió hasta el lugar en que estaba el santo viejo, y desapareció. Felix al verle privado de conocimiento, de voz, y de sentido, exprimió un racimo de uvas en la boca de Máximo, fomentó sus miembros ya casi muertos, y con un consuelo inexplicable le vió recuperar el calor vital, y el uso de los sentidos, y de la voz. Le cargó despues sobre sus hombros, y lo llevó á la ciudad á la casa episcopal. Entónces S. Máximo, poniéndole la mano sobre la cabeza, le dió su bendicion, á cuya eficacia atribuía San Felix los grandes portentos con que el Señor le distinguió.

El santo confesor se mantuvo algunos dias oculto en su casa; pero habiéndose suspendido la persecucion, volvió á instruir y exhortar al pueblo. Renovada aquella, los perseguidores con espada en mano fueron á buscarle. Preguntaron por él en la plaza donde estaba enseñando; y teniéndole delante, no le conocieron. Quando iban á retirarse, uno los trató de ciegos de furor y locos, y les aseguró que Felix era aquel con quien poco ántes habian hablado. Retrocedieron para volver á buscarle: el Santo se refugió entre los muros de una casa arruinada: al instante la puerta por divina virtud se cubrió de telarañas: los perseguidores teniendo por imposible que hubiese podido entrar nadie por ella, pasaron adelante, y el Santo se escondió despues en una cisterna antigua, donde estuvo retirado seis meses, hasta que la Iglesia recobró la paz. Habia muerto Máximo entretanto: el pueblo quería por obispo á Felix, quien procuró que fuese elegido Quinto que tenia algunos dias mas de sacerdocio. Felix hubiera podido recobrar los bienes, que se le quitaron durante la persecucion, pero los despreció. Arrendó una pequeña porcion de tierra: la cultivaba con sus ma-

nos ; y con esto se mantenía , y hacia participar á los pobres de los frutos de su sudor. Últimamente lleno de años y de méritos acabó sus dias en paz : pero por los trabajos que padeció por la fe se le da tambien el titulo de mártir.

Mas cerremos ya tan larga serie de mártires con nuestros esclarecidos españoles el obispo de Tarragona S. Fructuoso , y sus dos diaconos San Augurio y San Eulogio , los quales sin duda padecieron en la persecucion de Valeriano. Por ser sus actas las mas antiguas que se nos conservan indisputables de la iglesia de España , las daremos enteras , traducidas con la posible exactitud.

“En tiempo de los emperadores Valeriano y Galieno , siendo cónsules Emiliano y Baso , á 16 de enero , dia de domingo fué preso Fructuoso obispo con Augurio y Eulogio diaconos. Estando tranquilo Fructuoso obispo en su quarto , fueron á su casa Aurelio , Festucio , Elio , Polencio , Donato , y Máximo , militares de los que llamaban Beneficiados. Al oír el ruido que hacian se levantó prontamente , y les salió al encuentro , en chinelas. Los soldados le dixeron : Ven : el presidente te llama con tus diaconos. Á los quales el obispo Fructuoso dixo : *Vamos ; pero si quereis me calzaré.* Los soldados le dixeron : Calzate , como quieras. Así que llegaron , fueron puestos en la cárcel. Pero Fructuoso lleno de gozo , y seguro de la corona del Señor á que estaba llamado , oraba sin cesar. La hermandad , esto es , los hermanos ó fieles estaban con él , dándole este gusto , y rogándole que se acordase de ellos. Al dia siguiente bautizó en la cárcel á nuestro hermano Rogaciano : estuvieron en ella seis dias ; y fueron presentados al tribunal el viérnes 21 de enero , y fueron oídos.

“El presidente Emiliano dixo : Haced entrar á Fructuoso obispo , á Augurio , y á Eulogio. Los oficiales dixeron : Aquí están. Emiliano presidente dixo á Fructuoso obispo : ¿Has oído lo que han mandado los emperadores ? Fructuoso obispo dixo : *No sé lo que han manda-*

CCV
Y NUESTRO
S. FRUCTUOSO
CON SUS DIÁ-
CONOS.

Año 259

do: pero yo soy cristiano. Emiliano presidente dixo: Han
 mandado que se dé culto á los dioses. Fructuoso obispo
 dixo: *To adoro á un solo Dios, que hizo el cielo, la tier-
 rra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay.* Emiliano
 dixo: ¿ Tú sabes que hay dioses? Fructuoso obispo di-
 xo: *No lo sé.* Emiliano dixo: Despues lo sabrás. Fruc-
 tuoso obispo levantó los ojos al Señor, y se puso á orar
 en su interior. El presidente Emiliano dixo: ¿ Á quién se
 da oídos, á quien se teme, á quien se adora, si no se
 da culto á los dioses, ni se adoran los retratos de los
 emperadores? Emiliano presidente dixo á Augurio diá-
 cono: No hagas caso de las palabras de Fructuoso. Au-
 gurio diácono dixo: *To doy culto á Dios Omnipotente.* Emi-
 liano presidente dixo á Eulogio diácono: ¿ Tú tambien
 das culto á Fructuoso? Eulogio diácono dixo: *To no doy
 culto á Fructuoso, sino á aquel á quien le da Fructuoso.*
 Emiliano presidente dixo á Fructuoso obispo: ¿ Eres
 obispo? Fructuoso obispo dixo: *Lo soy.* Emiliano dixo:
 Lo fuiste. Y en su sentencia mandó que fuesen quemados vivos.

ccvi

Y quando llevaban á Fructuoso obispo con sus diá-
 conos al anfiteatro, el pueblo se compadeció de Fruc-
 tuoso obispo; porque era singularmente amado no solo
 de los hermanos, sino tambien de los gentiles. Pues era
 tal, qual debia ser, segun declaró el Espíritu Santo por
 medio de San Pablo apóstol, vaso escogido, doctor de
 las gentes. Por eso los hermanos, sabiendo que iba á go-
 zar de tanta gloria, se alegraban mas que se dolian. Y
 como muchos por caridad les ofreciesen una bebida com-
 puesta, dixo: *Aun no es hora de concluir el ayuno.* Pues
 eran las diez de la mañana. El miércoles en la cárcel ha-
 bian celebrado con solemnidad la estacion ¹ ó ayuno. El
 viérnes pues con alegría, y firme esperanza se daba
 priesa para concluir el ayuno con los mártires y profe-
 tas en el paraíso que Dios preparó para los que le aman.
 Así que llegaron al anfiteatro, luego se le acercó un
 lector suyo, que se llamaba Augustal, rogándole con

¹ Vid. Macri.
 Verb. *Statio.*

«lágrimas, que le permitiera descalzarle. Al qual, el bien-
 «aventurado mártir respondió: *Déxalo, hijo: yo mismo me*
 «*descalzo: fuerte estoy, alegre, y cierto de las promesas*
 «*del Señor.* Así que se hubo descalzado, se le acercó un
 «hermano y compañero nuestro llamado Felix, y le cogió
 «por la mano, rogándole que se acordase de él. Al qual
 «San Fructuoso, oyéndolo todos, con clara voz respon-
 «dió: *Necesario es que yo tenga presente á la Iglesia Ca-*
 «*tólica, esparcida desde levante hasta poniente.*

«Puesto en la puerta del anfiteatro, quando ya esta-
 «ba cerca de llegar no tanto á la pena, como á la corona
 «inmarcesible, aunque estaban observándole de oficio los
 «Beneficiados ántes nombrados, Fructuoso obispo, por avi-
 «so é inspiracion del Espíritu Santo, dixo de modo que le
 «oyeron nuestros hermanos: *Ta no os faltará pastor, ni*
 «*puede faltar la caridad y la promesa del Señor, tanto*
 «*aquí como en lo venidero. Pues esto que estais viendo, se*
 «*ve que es enfermedad de una hora.* Habiendo pues conso-
 «lado á la hermandad, ó á los hermanos, entraron los
 «tres en el fuego, en que estaba su salud: felices en el
 «mismo martirio: dignos de percibir los frutos de las pro-
 «mesas de las sagradas escrituras. Fueron semejantes á
 «Ananías, Azarías, y Misael, para que tambien en ellos
 «resplandeciese la divina Trinidad. Pues en efecto pues-
 «tos ya en el fuego no les faltó el Padre, y el Hijo les so-
 «corrió, y el Espíritu Santo como que andaba en medio
 «del fuego. Luego que se hubieron quemado los lazos con
 «que estaban atadas las manos, pensando en hacer oracion
 «á Dios segun su costumbre, puestos de rodillas, y en
 «forma de cruz, ó representando el troféo del Señor, lle-
 «nos de gozo, y seguros de la resurreccion oraban á Dios
 «hasta que juntos entregaron sus almas.

«No faltaron despues las acostumbradas maravillas del
 «Señor. El cielo se abrió, viéndolo Babilon, y Migdonio
 «hermanos nuestros, que eran de la familia del presi-
 «dente Emiliano: los quales á la hija de éste, cuyos cria-
 «dos eran, le hicieron ver á San Fructuoso obispo con sus

» diáconos, que subian al cielo con coronas, permanecien-
 » do aun los palos en que estaban atados. Al mismo Emilia-
 » no le llamaron diciendo: Ven, y mira como van al cielo,
 » segun esperaban, aquellos que hoy has condenado. Pero
 » Emiliano, aunque vino, no fué digno de verlos. Los her-
 » manos tristes pasaban gran cuidado por la pérdida del
 » Pastor: no que sintiesen la suerte de Fructuoso; pues an-
 » tes bien la deseaban atendida su fe, y su combate. Lle-
 » gada la noche fueron apresia al anfiteatro para apágan-
 » con vino los cuerpos medio quemados. Y despues cada
 » uno se apropió como pudo las cenizas de los mártires
 » que recogió. Pero ni en esto faltaron los portentos de
 » nuestro Señor y Salvador, para aumento de la fe de los
 » creyentes, y exemplo de los pequenuelos. Pues conve-
 » nia que el mártir Fructuoso diese en su pasion, y reu-
 » nion de su carne, alguna prueba ó indicio de la resur-
 » reccion, que en vida habia enseñado y prometido por la
 » misericordia de Dios, y por nuestro Señor y Salvador.
 » Por tanto despues de su martirio se apareció á los her-
 » manos, y les previno que sin demora restituyesen todo
 » lo que á impulso de su caridad habian tomado de las
 » cenizas, y procurasen ponerlas juntas en un lugar.

» Fructuoso con sus diáconos, y con el ropage de la
 » gloria prometida, se apareció tambien á Emiliano que
 » los habia condenado. Le increpó y echó en rostro que
 » de nada le habia servido lo que habia hecho: para que
 » creyera que en vano habia en la tierra despojado del
 » cuerpo á los que estaba viendo llenos de gloria. ¿Ó bien-
 » aventurados mártires, que fueron probados con el fue-
 » go, como el oro precioso: vestidos con la armadura de
 » la fe, y el yelmo de la salud: que fueron coronados con
 » una diadema y corona inmarcesible, porque hollaron la
 » cabeza del demonio! ¿Ó bienaventurados mártires que
 » merecieron una digna habitacion en los cielos: que estan
 » á la derecha de Cristo: que bendicen á Dios padre om-
 » nipotente, y á nuestro Señor Jesucristo su hijo! Reci-
 » bió pues á los mártires en su paz, por medio de una bue-

na confesion, el Señor, á quien sea dado el honor y la gloria por todos los siglos de los siglos. Amen". Estas son las actas de San Fructuoso y sus diáconos ¹, las mismas que se leían en las iglesias de África en tiempo de San Agustin ²; y sobre las cuales trabajó Prudencio el himno de estos Santos ³.

Poco mas de seis años habria reynado Valeriano, quando quedó esclavo de Sapor rey de Persia, que le trató con inaudita barbarie. Los gentiles admiraban su fatal suerte, pues le tenian por uno de los buenos emperadores. Pero los cristianos la miraban como justo castigo de la divina venganza ⁴; en el qual, en las guerras que siguieron su esclavitud; en la peste, y demas calamidades que oprimian á varias provincias del imperio, vieron el cumplimiento de la triste profecía de San Mariano de Numidia ⁵. Galieno, que va nombrado en las actas de muchos mártires como compañero de Valeriano, luego que quedó solo emperador trató á los cristianos muy bien: envió edictos para hacer cesar la persecucion; y permitió á los obispos que recobrasen los lugares de sus cimiterios que se les habian confiscado ⁶.

○ Pero mientras que la Iglesia gozaba de esta paz general, no faltaron particulares ocasiones de regarla con la sangre de algunos mártires. En Cesaréa de la Palestina habia un oficial del emperador, rico y noble, llamado Marino, á quien segun el orden regular tocaba una plaza de centurion que estaba vacante. Otro oficial entró á pretenderla, acusando á Marino de que era cristiano, y no queria sacrificar á los emperadores, y que así segun las leyes no podia obtener la plaza vacante. Conmovido el juez ó gobernador, preguntó á Marino cómo pensaba; y viendo que con valor se confesaba cristiano, le dió tres horas para mejor deliberar. Retiróse el Santo del tribunal, y fué á encontrarle Teotecno, obispo de la ciudad, y le llevó á la iglesia. Allí junto al altar, apartando un poco su capa, le hizo ver la espada que traía, y al mismo tiempo le presentó el códice de los evangelios, di-

¹ Vid. Rain. Act. S. Fruct. &c. pag. 219. Florez Esp. Sag. tom. 25. trat. 63. c. 2.
² Vid. S. Aug. Serm. 273. n. 2.
³ De Coron. hymn. 10.

CCX
 CON LA ESCLAVITUD DE VALERIANO QUEDÓ LA IGLESIA EN PAZ:

⁴ Lactant. de Mort. Persec. c. 5.
⁵ Núm. 201.

Año 260.

⁶ Eus. Hist. E. VII. c. 13.

CCXI
 DURANTE LA QUAL FUÉ MARTIRIZADO SAN MARINO.

ciéndole que escogiese. San Marino sin detenerse alargó la mano derecha, y tomó los evangelios; y Teotecno le dixo: *Únete, pues, únete con Dios: fortalecido con su virtud, anda á conseguir lo que elegiste. Vete en paz.* Luego salió de la iglesia; y ya el pregonero le llamaba en la puerta del pretorio, pues el término había pasado. Compareció al tribunal; y habiéndole confesado su fe con mas despejo y alegría que antes, fué en seguida llevado al lugar del suplicio, y logró la corona de mártir. Asturio, senador romano, muy amado de los emperadores, hombre célebre por su nobleza y riquezas, lo fué aun mas por su religiosa piedad con el cuerpo de San Marino. Le cargó sobre sus hombros sin quitarse sus magníficos vestidos, y se le llevó para darle decente sepultura. De este Asturio se cuentan cosas muy admirables: entre otras el portento de hacer salir de debaxo del agua una víctima que los gentiles echaban, suponiendo que por milagro de los dioses no volvía á comparecer jamas.

¹ Eus. Hist. E. VII. c. 15, 16, 17. Vid. R. lib. p. 162.

CCXII

BREVÍSIMA
FUÉ LA PERSECUCION DE
AURELIANO.

² S. Aug. De Civitate Dei XVIII. c. 52. Oros. VII. c. 23.

³ Lactant. de mort. Persec. c. 6.

Año 275.

⁴ Eus. Hist. E. VII. c. 30.
⁵ Oros. VII. c. 27.

Ni Galieno, ni Claudio alteraron con ningún edicto la paz de la Iglesia. Aureliano al principio fué tambien bastante propicio á los cristianos; mas al fin de su imperio encontramos con la nona persecucion de la Iglesia². Ó fuese arrastrado de su ciega adhesion á las supersticiones paganas, ó cediendo á las instancias de los sacerdotes de los ídolos, cuyos templos fundaba y adornaba con gran magnificencia, ó por el odio á la religion cristiana, que debía inspirarle la loca vanidad con que se dexaba adorar como Dios: lo cierto es, que corrió la fama de que iba á perseguir á la Iglesia con crueldad, y que llegó á publicar sangrientos edictos³. Pero quando, por decirlo así, aun estaba firmándolos, la divina Justicia le envió la muerte: haciendo ver que si la Iglesia padece persecuciones, las padece solo porque Dios lo permite por sus inescrutables juicios, y para el bien de la misma Iglesia⁴.

En esta persecucion, segun lo que dice Orosio⁵, fué mayor el espanto que los estragos. Sin embargo es muy verisímil que la sola fama de que el emperador iba á

mándar nueva persecucion, y el solo breve intervalo que en algunas provincias pasaria entre el arribo de sus crueles edictos, y la noticia de su muerte, bastaria para que fuese muy sangrienta en muchos lugares. Á lo ménos queda memoria de muchos santos, que con bastante fundamento se suponen coronados en la persecucion de Aureliano, especialmente en las Galias ¹, y en Italia ².

Los antiguos martirologios colocan en la misma persecucion á S. Mames ó Mamante de Cesaréa de Capadocia, de cuya vida y triunfos son tan escasas las noticias, como célebres las memorias de su nombre. San Basilio ³, y San Gregorio Nazianzeno ⁴ hicieron elegantes sermones en su alabanza: en ellos vemos que el Santo habia sido pastor, y que fué insigne mártir. San Basilio dice que eran muy freqüentes los prodigios que ilustraban su memoria y su sepulcro.

Con esto nos vamos acercando á la época mas fecunda en mártires, ó á lo ménos á la de que nos quedan mas seguras memorias. Diocleciano entró en el imperio el año de 284, y luego declaró César á Maximiano. La persecucion última general de la Iglesia conocida con sus nombres no empezó hasta el año 303. Pero no dexó de haber algunos mártires desde el principio de su imperio: no solo por las varias causas que los ocasionaban, aun quando los emperadores miraban á los cristianos con benignidad, ó con indiferencia, sino porque no dexaron de verse muchos años ántes de la persecucion general algunas centellas del encendido furor con que despues Diocleciano y sus compañeros intentaron acabar con toda la Iglesia. Merecen muy particular atencion las actas proconsulares de los santos Claudio, Asterio, Neon, Domnina, y Teonila, que vamos á dar casi mas traducidas que extractadas ⁵.

Lisias, gobernador de la provincia de la Licia ó de la Cilicia, hallándose en la ciudad de Egéa, sentado en su tribunal, dixo: Vengan á mi presencia los cristianos, que los oficiales entregaron á los magistrados de la ciu-

¹ Vid. Till. Pers. de Aurel.

² Vid. Tillem. S. Felix pape.

³ S. Bas. Hom. 23. de mart. Mam.

⁴ S. Gregor. Naz. Orat. 43.

CCXIII

ANTERIORES
Á LA GENERAL
DE DIOCLECIANO PARECEN LAS ACTAS DE SAN CLAUDIO Y COMPAÑEROS:

VIXEO

Año 285.

⁵ Vid. Baron. 285. §. 3. Ruin. Acta SS. Claudii, &c. p. 266.

„dad. Eutalió carcelero dixo: Señor, segun tu mandado,
 „se te presentan los cristianos, que han podido prender
 „los magistrados de esta ciudad, y son tres muchachos
 „hermanos, y dos mugeres con un niño. Uno de ellos
 „está aquí delante de vuestra excelencia. ¿Qué es lo que
 „de él inanda vuestra nobleza? Lisias le preguntó: ¿Có-
 „mo te llamas? Respondió: *Claudio*: Lisias le dixo: No
 „quieras perder tu juventud con esa locura. Sacrifica á los
 „dioses, y te librarás de los tormentos. Claudio dixo:
 „*Mi Dios no necesita de tales sacrificios. Mas estima las li-*
 „*mosnas, y una vida inocente. Vuestros dioses, como de-*
 „*monios impuros, se complacen en estos sacrificios, que*
 „*pienden para siempre á las almas que los adoran. Así de*
 „*ningun modo me inducirás á adorarlos.* Lisias mandó dar-
 „le azotes con varas, ofreciéndole honores y empleos si
 „sacrificaba. El Santo dixo: *Los tormentos no me dañan:*
 „*esos honores son temporales: la confesion de Jesucristo da*
 „*la salvacion eterna.* Entónces Lisias mandó ponerle en
 „el ecúleo: aplicarle fuego á los pies: cortarle parte de
 „los calcañares: rasgarle con las uñas de hierro: estre-
 „garle los costados con cascos; y quemarle con velas en-
 „cendidas. El Santo, en vez de quejarse, repetia de varios
 „modos que estos tormentos le aseguraban mayor glo-
 „ria eterna, y á Lisias tormentos eternos. En fin fué
 „vuelto á la cárcel.

CXXIV

„El carcelero dixo: Señor, Asterio segundo herma-
 „no está aquí, como mandó vuestro poder. Lisias le dixo:
 „Siquiera tú sacrifica á los dioses, viendo los tormentos
 „que si no lo haces vas á padecer. Asterio dixo: *No hay*
 „*sino un solo Dios: mis padres me han enseñado á adorar-*
 „*le y amarle. Á estos que tú adoras, y llamas dioses, no*
 „*los conozco. Son la perdicion de todos vosotros.* Lisias le
 „mandó poner en el ecúleo, atormentarle en los costa-
 „dos, atarle los pies, atenázearle todo el cuerpo, apli-
 „carle brasas encendidas á las plantas de los pies, y dar-
 „le con varas y correas fuertes á las espaldas y al vien-
 „tre. Asterio á cada tormento correspondia con alguna

sentencia: le acordaba su locura ó ceguedad en no temer los tormentos eternos, y le pedia que no le dexase parte del cuerpo sin llaga. Lisias le mandó volver á la cárcel.

El carcelero presentó el tercer hermano Neon. Lisias le instó á sacrificar, y Neon dixo: *Si tus dioses pueden algo, defiéndanse ellos mismos contra quien los niegue, sin necesitar de tu defensa. Pero si tú eres compañero de su malicia, mejor soy yo que tú y tus dioses: ni quiero obedeceros, teniendo al Dios verdadero que crió el cielo y la tierra.* Lisias dixo: Rompedle los sesos: cogedle por los pies, y ponédle extendido: echadle brasas por encima: despedazadle la espalda con correas. Hecho todo esto, Neon decia: *Sé lo que conviene á mi alma: no puedo mudar de resolución.* Entónces Lisias dixo: Eutalio carcelero, y el verdugo Arquelao cuidarán de que estos tres hermanos sean crucificados, como merecen, fuera de la ciudad, para que las aves despedacen sus cuerpos.

ecxv

Pronunciada la sentencia, Eutalio carcelero dixo: Señor, aquí está Domnina, como mandó vuestra excelencia. Lisias le dixo: Muger, ya ves los tormentos y fuego que te esperan. Si quieres librarte, ven y sacrifica. Domnina dixo: *Por no caer en el fuego eterno y tormentos perpetuos, adoro á Dios y á su Cristo, que hizo el cielo, la tierra, y quanto en ellos hay. Porque vuestros dioses son de piedra y de madera, hechos por manos de hombres.* Lisias dixo: Quitadle los vestidos: extendedla desnuda: y con varas moleidle las espaldas. Á poco rato el verdugo dixo: Domnina ya ha muerto. Lisias dixo: Arrojad su cuerpo al fondo del rio.

ecxvi

Eutalio carcelero dixo: Aquí esta Teonila. Lisias le dixo: Estás viendo que fuego y que tormentos sufren los que replican. Adora pues á los dioses, y quedas libre. Teonila dixo: *El fuego que yo temo es el eterno, que hace perécer á cuerpo y alma, especialmente de aquellos que impiamente abandonan á Dios, y adoran ídolos y de-*

ecxvii

monios. Lisias dixo: Abofeteadla bien: echadla por tierra: atadla de pies: atormentadla con rigor. Teonila dixo: *¿Te parece justo atormentar así á una muger extran- gera, que no es esclava? Pero Dios ve lo que haces.* Lisias dixo: Tenedla al ayre pendiente de sus cabellos, y abofeteadla bien. Teonila dixo: *¿Aun no te basta el tenerme desnuda? Hasta á tu madre, á tu muger, y á todo el sexo ofendes con esta infamia.* Lisias le dixo: *¿Eres casada ó viuda? Teonila le dixo: Veinte y tres años ha que soy viuda. Así me quedé por mi Dios, ayunando y orando desde que le conocí, y me aparté de los impuros ídolos.* Lisias dixo: Rapadle con navaja toda la cabeza para mayor oprobio: ponedle un ceñidor de espinas: extendla atada á quatro palos; y con correas dadle fuerte, no solo á las espaldas, sino á todo el cuerpo. Ponedle ascuas baxo del vientre, y así muera. A poco rato el carcelero y verdugo dixeron: Señor, ya murió. Lisias dixo: Meted su cuerpo en un saco, y echadle al agua. El carcelero y verdugo dixeron: Señor, en quanto á los cuerpos de los cristianos se ha practicado como vuestra eminencia mandó." Hasta aquí las actas; bien que en los mas de los códices se añade. "Sucedió este martirio en la ciudad de Egéa á los diez de las calendas de septiembre, siendo cónsules Augusto y Aristóbulo:" esto es, á 23 de agosto del año 285. Por orden del mismo Lisias padecieron tambien en Egéa los dos santos hermanos médicos S. Cosme y San Damian, y otros muchos mártires ^I.

I Fleur. VIII.
n. 17.

CCXVIII
EL MARTIRIO
DE SAN GINES
EL COMEDIAN-
TE:
IIXXII

Al mismo año 285, ó al siguiente, se puede referir la extraordinaria conversion del comediante San Gines. Para dar gusto á Diocleciano quiso representar en el teatro las ceremonias de los cristianos. Fingióse enfermo: pidió el bautismo; y al dársele el que hacia papel de presbítero, Gines, mudado con divina inspiracion, decia seriamente y de lo íntimo del corazon: *Deseo recibir la gracia de Cristo, para con ella renacer, y quedar libre de mis iniquidades.* Concluidas las ceremonias, le vistieron de blan-

co; y prendiéndole los soldados le presentaron al emperador, como se hacia con los cristianos. Entónces desde un lugar elevado habló de esta manera: *Emperador, exercito, sabios, y pueblo, oidme. Hasta ahora me horrorizaba solo al oír hablar de cristianos, é insultaba á los que veía constantes en la confesion. He detestado á mis padres y parientes por ser cristianos; y para mejor burlarme de sus misterios, los he aprenido para daros con ellos una representacion. Mas al punto que el agua me ha tocado, y he respondido que creía, ví sobre mí una mano que baxaba del cielo, y ángeles resplandecientes, que leyeron en un libro todos mis pecados desde mi infancia: los han lavado con el agua, y me han hecho ver que quedaba blanco como la nieve. Ahora pues, ilustre emperador, y vosotros todos los del pueblo, que os reisteis de mis misterios, creed conmigo que el verdadero Señor es Cristo, que es la luz y la verdad, y que por él podeis alcanzar el perdon.* El emperador Diocleciano, irritado en extremo, le hizo dar de palos con crueldad, y le entregó al prefecto Plauciano para que le obligase á sacrificar. Fué puesto en el ecúleo, terriblemente atormentado con uñas de hierro, y con fuego. No hizo mas que lamentarse de sus errores y pecados antiguos, y asegurar que no le quitarian jamas á Cristo de la boca y del corazon. Por último fué degollado á 25 de agosto ¹.

Tambien podemos muy probablemente aplicar al año 286 el señalado triunfo de la legion Tebéa ó Tebana. Maxímiano hizo venir del oriente á las Galias esta legion, cuyos soldados eran todos cristianos, y tal vez originarios de Tebaida. Queriendo emplearla en perseguir á los cristianos, manifestaron serlo, y no poder obedecer tan cruel órden. Maxímiano irritado mandó que la legion fuese diezmada, esto es, que de cada diez se matara uno como cayere la suerte, y que los restantes fuesen compellidos á sacrificar. La muerte de tantos, en vez de acobardar, animó mas á los soldados tebéos que quedaron con vida; y el emperador mandó diezmarlos segunda vez.

¹ Ruin. Pass. S. Genesii p. 270. ed. Amstel. 1713.

San Mauricio, San Exûperio, y San Cándido, que eran los primeros oficiales de la legion, exhortaban á los soldados que fuesen constantes, y en nombre de todos se presentó al emperador una representacion, que en substancia decia:

Soldados tuyos somos; pero tambien siervos de Dios: lo confesamos de buena voluntad. Á tí te debemos el servicio militar: á Dios la inocencia. De tí recibimos la paga: de Dios la vida. En ninguna manera podemos por obedecerte á tí, negar á Dios nuestro Criador, y tambien Señor y Criador tuyo, quieras que no quieras. En lo que no sea ofensa suya, te obedeceremos siempre como hasta ahora. De otra suerte hemos de obedecer ántes á Dios que á tí. Aquí tienes nuestras manos prontas contra qualquier enemigo; pero no creemos poder bañarlas con sangre inocente. Juramos fidelidad á Dios ántes que á tí: si faltáramos al primer juramento, debieras tú desconfiar del segundo. Nos mandas que busquemos á los cristianos para castigarlos: aqui nos tienes á nosotros, que confesamos á Dios Padre, autor de todo, y á su Hijo Jesucristo verdadero Dios. Hemos visto degollar nuestros compañeros: en vez de compadecerlos, nos gozamos de su feliz suerte de morir por Dios. Nada será capaz de hacernos rebelar contra tí: tenemos aun las armas; pero mas queremos morir inocentes, que vivir culpados. Prontos estamos al fuego, á los tormentos, á la espada, á quanto dispongas de nosotros. Pero somos cristianos: no podemos perseguir á los cristianos. Esta representacion quitó á Maximiano toda esperanza de vencer la fortaleza de los tebéos: así envió tropas, y los hizo matar á todos, sin que hiciesen la mas mínima resistencia. Un soldado veterano, que no era de esta legion, llamado Victor, pasó casualmente por donde los que habian muerto á los mártires jugueteaban con sus despojos. Contáronle el suceso, y le convidaron á beber; y como él horrorizado pasase adelante, le preguntaron si tambien era cristiano: lo confesó; y en seguida le mataron, y echaron con los demas ¹. En Tillemont pueden verse algunas memorias de

¹ Ruin. Pass.
SS. Mauricii
&c. p. 271.

santos mártires de la misma legion Tebéa, que no murieron con sus compañeros, sino separadamente en otros lugares.

1. A Maxímiano en sus viages á las Galias pueden atribuirse varios mártires de esta provincia, de quienes es muy incierto el año del martirio ². Los principales son San Donaciano y San Rogaciano, nobles hermanos, éste catecúmeno, ambos jóvenes, tranquilos entre graves tormentos, y constantes hasta la muerte ³, San Fermin, Santa Victoria, San Fusciano, y San Genciano, San Quintin, San Crispin y San Crispiniano, San Piato presbitero, Santa Macra virgen, San Justo ó Justino, Santa Fe virgen y San Caprasio, San Modesto, San Tiberio, y Santa Florencia, San Juliano, San Vicente, San Oroncio, y San Victor, San Ferreolo militar, que en Viena de Francia se manifestó pronto á obedecer las órdenes de los emperadores contra qualesquiera enemigos, y en todo lo que le permitiese su religion, pero de ningun modo á sacrificar á los ídolos, por lo que padeció grandes tormentos, salió milagrosamente de la cárcel, y prendiéndole otra vez, se le cortó la cabeza ⁴; y por último San Gines, escribano de Árlés, que por no escribir una orden que dictaba el juez contra los cristianos, se escapó, y fué condenado á morir luego que se le hallase. Aun no habia recibido el bautismo: pidióle, y el obispo, ó por no hallar proporción, ó por estar poco seguro de su constancia, lo suspendió, y le hizo decir que con su sangre quedaria suficientemente bautizado. Entre tanto permitió Dios que fuese descubierto: quiso huir pasando á nado el Ródano, mas al otro lado le alcanzaron, y cortaron la cabeza ⁵.

El famoso San Victor de Marsella padeció tambien por orden de Maxímiano, despues de la legion Tebéa. Era Victor un soldado cristiano de tanto zelo, que por las noches visitaba los fieles para animarlos al martirio. Le prendieron, y presentado á los prefectos, fué interrogado y remitido al emperador. En una y otra parte respondió con la mayor constancia; y atado de brazos y pies fué arras-

¹ Vid. Till. S. Maur. &c.

CCXX
DE MUCHÍSIMOS EN LAS GALIAS,

² Vid. Till. S. Denys de Paris: S. Quentin &c.

³ Vid. Ruin. Pass. SS Rogat. &c. pag. 280.

⁴ Id. S. Ferr. pag. 462.

⁵ Id. S. Gen. Arch. p. 538.

CCXXI
Á MAS DE SAN VICTOR DE MARSELLA,

trado por toda la ciudad, expuesto á los golpes y ultrages de la plebe gentil. Lleno de heridas y de sangre volvió al tribunal de los prefectos, que otra vez procuraron reducirle. Pero el Santo respondió asegurando su fidelidad y respeto al emperador, y su desprecio de los dioses, á cuyas infamias contraponia la verdadera grandeza de Jesucristo. Habló un buen rato; y los prefectos le dixeron: Déxate de filosofar: una de dos, ó aplaca á los dioses, ó pereces infelizmente. El Santo al instante respondió: *Pronto estoy á confirmar mis palabras con mi exemplo. Yo desprecio á los dioses, y confieso á Jesucristo: hacedme padecer quanto podais.*

Así lo hicieron: le pusieron en el ecúleo, y le atormentaron mucho tiempo con la mayor crueldad. Jesucristo se le apareció con la cruz, y le dixo: *La paz sea contigo Victor. Yo soy Jesucristo: yo sufro en mis santos: ten ánimo: contigo estoy en el combate.* Estas palabras le quitaron todo dolor: alegre empezó á cantar las divinas alabanzas; y confusos los prefectos le enviaron á la cárcel. Allí Jesucristo le envia ángeles que le animan: queda la cárcel con luz mas clara que al medio día: Alexandro, Longino y Feliciano, tres soldados que le guardaban, al ver la luz se postran á sus pies, le piden perdon, y el bautismo. El Santo los instruye quanto puede, y los hace bautizar. Al día siguiente corre la fama de su conversion: los prenden y llevan al juicio público: acude infinita gente: confiesan con valor: y manda el emperador que luego se les corte la cabeza. Victor es otra vez atormentado en el ecúleo con palos y correas, y se le vuelve á la cárcel. Tres dias despues el emperador le hace venir á su presencia: se trae un altar de Júpiter, y le manda que ponga incienso. Victor de un puntapie derriba el altar: el emperador le manda cortar el pie allí mismo: luego le ponen en un molino de mano, y se hace pasar sobre él la rueda: empieza á molerse su cuerpo hasta los huesos: se descompone la máquina; y como aun parece que respira, se le corta la cabeza ¹.

¹ Ruin. Pass.
SS Vict. &c.
p. 291.

Sin estos mártires de las Galias, hallamos otros en varias provincias que padecieron por orden de Diocleciano y Maximiano, y segun parece antes de la persecucion general. En España las dos célebres santas hermanas Justa y Rufina, cuyos gloriosos triunfos advierte el misal muzárabe que eran fumosos en todo el orbe ¹. En Inglaterra á San Albano y otros mártires ². En Tebeste de la Numidia á San Maximiliano ³, jóven de veinte y un años, que fué degollado en pena de no querer ser soldado, por no mezclarse en las cosas malas, á que estaba entónces tan expuesta la milicia. En Tángér á San Marcelo centurion, que por lo mismo dexó el servicio, y fué degollado ⁴; y á San Casiano notario, que al pronunciar el juez la sentencia contra San Marcelo, no quiso escribirla, diciendo que era iniqua: por lo que fué martirizado poco tiempo despues ⁵. En Roma al valeroso San Sebastian, que como dice San Ambrosio ⁶, desde Milan su patria fué á Roma donde era mas cruel la persecucion, y logró la corona del martirio. Es muy fundado que era militar de bastante graduacion, y que le hicieron disparar muchas saetas por la trópa, y despues darle de palos hasta que murió ⁷. Pero entre los mártires del tiempo de Diocleciano, que se cree haber padecido ántes de la persecucion general, es digno de mas extensa memoria San Bonifacio por las particulares circunstancias de su martirio.

Áglæ, muger riquísima, de linage de senadores, vivia en Roma deshonestamente con Bonifacio su mayordomo principal, quien con grandes vicios juntaba la compasion con los pobres, y la hospitalidad con los peregrinos. Despues de algunos años Áglæ compungida de sus desórdenes emprendió á Bonifacio: le convenció de la necesidad de mudar de vida; y le encargó que fuese al oriente, donde ardia entónces la persecucion á buscar reliquias de mártires, para que dandoles culto pudiesen salvarse, y facilitar la salvacion de otros. Bonifacio partió cargado de tesoros y perfumes, diciendo por chanza á su ama al despedirse que si le traían su propio cuerpo por

CCXXII
DE VARIOS DE
TODAS PROVINCIAS;

¹ Flor. *Esp.*
Sag. tom. IX.
c. II.

² Till. *S. Alban.*

³ Ruin. *Act.*
S. Maximil.
p. 299.

⁴ Id. *S. Marcelli.* p. 302.

⁵ Id. *S. Cass.*
p. 304.

⁶ *In ps.* 118.
n. 44.

⁷ Mart. Rom.
20. *Jan.*

CCXXIII
Y EL EXTRA-
ORDINARIO SU-
CESO Y MARTY-
RIO DE S. BONIFACIO, Y
SANTA ÁGLÆ.

reliquias de mártir, que le tratase bien. En el viage no comia carne ni bebia vino, para mejor prepararse á llevar las santas reliquias; y hacia oracion á Dios para alcanzar un feliz éxito de su viage, para gloria del santo nombre de Dios.

Con esto viajaba alegre; y al llegar á Tarso, supo que entónces mismo estaban algunos santos padeciendo martirio. Envió sus criados á la posada; y se fué en derecha donde eran atormentados los mártires. Vió á uno pendiente con la cabeza abaxó puesta sobre fuego: otro atado á quatro palos, que estaban dándole azotes sin cesar: otro cortadas las manos: otro clavado en tierra con un palo que le atravesaba el cuello; y otros hasta veinte con semejantes horriblos tormentos. Acercóse á ellos Bonifacio, y empezó á clamar: *¡Cuán grande es el Dios de los cristianos! ¡Cuán grande es el Dios de los mártires! Rogad por mí, siervos de Cristo, para que yo llegue á ser compañero vuestro en el combate con el demonio.* Se echaba á los pies de los mártires, los abrazaba, y besaba sus cadenas, animándolos á la constancia y paciencia.

El juez irritado le mandó llevar al tribunal, y le dixo: *¿Quién eres tú que con tanta insolencia te burlas de un tribunal respetable?* San Bonifacio le respondió: *To soy cristiano; y teniendo por mi Señor á Jesucristo, te desprecio á tí, y á tu tribunal.* El juez le preguntó el nombre, y mandó que sacrificase. Y viéndole constante en el desprecio de los ídolos, le mandó poner en el ecúleo, y rasgarle con uñas de hierro, hasta vérselo los huesos. Una hora despues le dixo el juez: *Infeliz, sacrifica á los dioses inmortales, y ten compasion de tí.* El Santo respondió: *¿No te averguenzas de repetirme tantas veces que sacrifique, quando yo no quiero oír hablar de tus simulacros perecederos?* Enfurecido el juez mandó aguzar algunas puntas, y clavárselas entre la carne y las uñas de las manos. Bonifacio levantados los ojos al cielo, sufría con serenidad. Entónces el juez mandó echarle en la boca plomo derretido. El Santo hizo esta oracion: *Gracias os doy,*

Señor Jesucristo Hijo de Dios: amparad á vuestro siervo: dadme alivio en estas penas: no permitais que sea vencido de este infame juez. Vos sabéis que todo lo padezco por vuestro nombre. Y vuelto á los mártires dixo: Siervos de Cristo rogad por mí. Los mártires en alta voz dixeron: Nuestro Señor Jesucristo envíe su ángel, y te libre de este infame juez: acabe pronto tu carrera; y ponga tu nombre entre los primogénitos. Amen. Los clamores de los mártires enternecieron y conmovieron al pueblo, que se alborotó, y empezó á pedradas, de modo que el juez por miedo se retiró.

Al día siguiente sentado el juez en el tribunal, hizo venir á San Bonifacio, y le dixo: ¿Cómo es tanta tu locura, que pones tu confianza en uno que murió crucificado como malhechor? El Santo le respondió: *Calla infeliz, no abras tus labios contra nuestro Señor Jesucristo, que padeció por salvar el género humano.* El juez al oírle mandó llenar de pez una grande caldera, y que quando estuviese hirviendo echasen á Bonifacio de cabeza. Le echaron en efecto, haciendo el Santo la señal de la cruz. Pero derritiéndose la caldera, quedó ileso el Santo, y quemados algunos de los ministros. Entónces el juez asombrado del poder de Jesucristo y de la paciencia del mártir, mandó cortarle la cabeza, como inobediante á las leyes de los emperadores. El Santo rogó á los verdugos que le dexasen un corto rato para hacer oración: al concluirla se executó la sentencia, y luego hubo terremoto: de modo que todos exclamaron: Grande es el Dios de los cristianos; y muchos creyeron en el Señor Jesucristo.

Entre tanto los compañeros de Bonifacio viendo que no comparecia, maliciaban que estaria en algun lugar de placer. Pero preguntando á las gentes si habian visto un extrangero romano, tropezaron con un hermano del carcelero, que al oír las señas les aseguró que el que buscaban habia padecido martirio. No podian creerlo; pero fueron á donde estaba el cuerpo, y en efecto le conocieron: sucediendo además el prodigio de que la cabeza del

CCXXVI

CCXXVII

Santo se sonrió. Ellos le pidieron perdón de lo mal que de él habian pensado y hablado, y compraron su cuerpo y cabeza por quinientos sueldos de oro: le embalsamaron, y emprendieron su vuelta, dando gracias á Dios del dichoso fin del santo mártir. Antes que llegasen á Roma, un ángel se apareció á Áglæ, y le dixo: El que era tu esclavo, es ya hermano nuestro: recíbele como Señor, y colócale dignamente; pues por su intercesion se te perdonarán tus pecados. Con este aviso Áglæ, con clérigos y varones piadosos, salió á recibir al santo cuerpo, y le colocó en un decente oratorio, donde sucedieron muchos prodigios. Áglæ dió libertad á sus esclavos, sus bienes á los pobres, y con algunas jóvenes que tambien renunciaron al mundo, observó un tenor de vida admirable y exemplar. Trece años despues murió, y fué enterrada junto al cuerpo del santo mártir ¹.

¹ Ruin. Pass.
S. Bonif. p.
283.

CCXXVIII

LLEGA EN FIN
LA PERSECUCION MAS TER-
RIBLE Y MAS
GLORIOSA PA-
RA LA IGLE-
SIA:

En la historia de San Bonifacio y Santa Áglæ vemos que entónces no era perseguida la iglesia de Roma; aunque lo fuese la de Tarso, y tal vez alguna otra en particular. En efecto en los diez y ocho primeros años de Diocleciano la Iglesia por lo general estuvo en paz. Mas aun durante esta, el demonio, como cansado ya de hacer la guerra á la Iglesia solo ocultamente, se valió de la supersticiosa curiosidad con que Diocleciano miraba las entrañas de las víctimas, para moverle á mandar que quantos servian en su palacio y en sus tropas sacrificasen luego á los ídolos: los militares baxo pena de dexar el servicio, y sus criados baxo la de graves tormentos. Fueron muchísimos los que renunciaron los honores de la milicia; y hubo tambien algunos á quienes se quitó la vida ². Estos no fueron muchos, y la tempestad calmó sin estragos muy sangrientos. Pero en el año 19 de Diocleciano, 303 de Jesucristo, empezó la persecucion de la Iglesia mas terrible y mas gloriosa. La mas terrible por su duracion, por la crueldad de los tormentos, y por la extension á todos lugares, sexos, edades y condiciones: y la mas gloriosa, porque entónces mas que nunca se vió que la Iglesia no era establecimiento humano, sino de Dios.

² Eus. Hist.
E. VIII. c.4.
& Lact. De
mort. Per. c.x.

Orgullosa con su victoria de los persas el César Galerio Máximo, no pudiendo sufrir que los cristianos despreciasen los dioses, que él adoraba con zelosa superstición, y que ayunasen con austeridad los días en que su madre celebraba grandes convites en honor de los dioses de las montañas: en todo el invierno del año diez y nueve de Diocleciano, que pasó en su compañía en Nicomedia, no paró de instarle que persiguiera á los cristianos. El viejo emperador se resistió mucho tiempo, por no turbar la tranquilidad del estado. Pero cediendo en fin á las violentas instancias del César, quiso tomar consejo de algunos ministros de justicia y de guerra. Estos, siquiera por complacer á Galerio, estuvieron por la persecucion: ni dexaba de preverlo Diocleciano; pero su política le inclinaba á pedir consejo en los asuntos odiosos, para echar la culpa á los demas. Hizo tambien consultar á Apolo de Mileto. Y aunque no quiso desde el principio ceder enteramente al furor con que Galerio queria que fuesen luego quemados vivos quantos se resistiesen á sacrificar: con todo quedó resuelta la persecucion; y quedó resuelto comenzarla el día 23 de febrero, en que celebraban la fiesta de los *Términos* ó *Terminales*: como que pensaban dar término ó fin de una vez á la religion cristiana ¹. Llegado pues este día del año 303 de Jesucristo, y décimo nono de Diocleciano ², así que amaneció, va á la iglesia de Nicomedia el prefecto con capitanes, tribunos, y tesoreros. Rompen las puertas: buscan el Dios de los cristianos, y no le hallan, ó no ven ningun simulacro: encuentran los libros sagrados y los queman, y se llevan todo lo demas. Como la iglesia estaba rodeada de grandes edificios de particulares, Diocleciano no quiere que le peguen fuego: van los soldados en forma de batalla con instrumentos á propósito, y en pocas horas la arrasan ³.

Al día siguiente 24 de febrero se fixó un edicto, en que se mandaba que todas las iglesias fuesen derribadas, y todos los libros sagrados echados en el fuego: que todos los cristianos quedasen privados de qualquier honor, ó dig-

CCXXX
COMIENZA POR
DERRIBAR LA
IGLESIA DE
NICOMEDIA:

Año 303.

Los Persas
M. VIII. C. 3.
C. 3.

Los Persas
M. VIII. C. 3.
C. 3. de Vitis
Castell. C. 3.

CCXXX

¹ Lactant. De
mor. Persec.
c. 10. 11. 12.
² Vid. Tillem.
Pers. de Dio-
cl. n. 6.

³ Lactant. De
morte Pers.
c. 12.

CCXXX
SON VARIOS
LOS CRUELES
EDICTOS QUE
SE PUBLICAN
EN DIEZ AÑOS.

nidad de que gozasen : que de qualquier condici6n 6 estado que fuesen, quedasen sujetos 6 la qu6stion de tormento : que en toda accion que otro les intentase, los jueces sentenciasen contra ellos, y al contrario no se les oyese en justicia en ninguna demanda, aunque fuese para pedir lo que se les hubiese hurtado, 6 para quejarse de adulterio, 6 otras injurias. Por fin que los esclavos no pudiesen recobrar la libertad ¹. 6 este edicto luego sigui6 otro que mand6 que los ministros de la Iglesia fuesen puestos en la c6rcel. 6 este, otro que dispuso que 6 los presos se les obligase 6 sacrificar con toda suerte de grav6simos tormentos ². Y un a6o despues del primero, tenemos uno de los edictos de que Constantino dixo con razon que se habian escrito con plumas ba6adas en sangre. Mand6se que todos sin distincion ; en todos los pueblos, ofreciesen p6blicamente sacrificios 6 los dioses, previniendo 6 los jueces que con toda la fuerza de su ingenio procurasen inventar los mas crueles suplicios ³ para reducir 6 los que se resistiesen. Los edictos se enviaron al otro emperador Maximiano Herculeo, y al otro c6sar Constantino Cloro, para que en sus provincias procediesen con el mismo furor.

Tan crueles providencias en el occidente no fueron observadas con vigor sino los dos primeros a6os. En el oriente subsistieron mas de ocho, 6 hasta que en el a6o 311 el mismo emperador Galerio, buscando algun alivio en la extraordinaria y terrible enfermedad que padecia, se reduxo 6 publicar un edicto en nombre suyo, de Constantino y de Licinio, para hacer cesar la persecucion. En este edicto confiesa que sin embargo de que muchos cristianos han padecido varios g6neros de suplicios y de muerte, los mas perseveran constantes en no querer adorar 6 los dioses; y as6 queriendo que su clemencia se extienda 6 todos los hombres, manda que 6 los cristianos no se les impida el reedificar las casas de sus juntas, ni se les obligue 6 nada que sea contrario 6 su religion. Y les encarga que rueguen al Dios que adoran, por su salud y por el bien del imperio ⁴. Este edicto fu6 publicado por todas partes, 6

¹ Till. Pers.
de Diocl. n. 8.

² Eus. Hist.
E. VIII. c. 2.
et 6.

³ Euseb. De
Mart. Palest.
c. 3. et Vita
Const. II. c. 51.

CCXXXI

⁴ Eus. Hist.
E. VIII. c. 17.

excepción de la Siria, Egipto, y demas lugares en que mandaba Máximo, enemigo capital de la religion cristiana. Sin embargo no se atrevió á oponerse á la voluntad de Galerio, y de palabra mandó á sus ministros que hicieran cesar la persecucion. Sabino prefecto del pretorio en el oriente comunicó esta orden con una carta, en que dice que viendo que es tal la pertinacia de los cristianos, que ni se conviencen con razones, ni se amedrentan con suplicios, y no queriendo por su bondad los emperadores que perezca tanta gente, mandan que se les dexen seguir su religion. Los gobernadores y magistrados de los pueblos creyeron que en efecto era este el ánimo de Máximo; y así no ménos en sus provincias, que en las demas del imperio, se abrieron las cárceles á los cristianos, y se dió libertad á los desterrados en las minas ¹.

Este edicto imperial de Galerio pareció que iba á poner término á la persecucion general. Mas no fué así; pues en varias provincias se renovó luego la tempestad. Murió Galerio pocos meses despues; y Máximo al instante, con no sé qué pretexto, prohibió á los cristianos juntarse en los cimiterios. Luego se valió de hombres malignos, para hacer que varias ciudades le enviasen diputados para suplicarle que no permitiese vivir en ellas á los cristianos. Comenzó por Antioquia, donde se valió de Teoctecno, que tenia el empleo de protector ó curador de la ciudad. Éste ya habia ántes perseguido á los cristianos, como si fuesen ladrones y malhechores, y habia hecho morir á innumerables. Posteriormente erigió un ídolo de Júpiter Filio, ó protector de la amistad: y para adular al emperador, fingió un oráculo de este Dios, en que pedia que todos los cristianos, como enemigos suyos, fuesen arrojados de la ciudad y su territorio ².

El exemplo de Antioquia, y las instancias de los gobernadores de provincias, movieron á todas las ciudades sujetas á Máximo á hacerle semejantes súplicas, que salian siempre bien despachadas. Al mismo tiempo el em-

¹ *Ibid.* IX. C. I.

CCXXXII

² *Ibid.* C. 2.
et 3.

- CCXXXIII

perador puso por sacrificadores de los ídolos en las ciudades, á los hombres mas distinguidos, honrándolos con particularidad. Todo el mundo sabia, que el mejor mérito para Maximino, era clamar contra los cristianos, ó inventar algo de nuevo para desacreditarlos ó perseguirlos. Entónces se fingieron unas actas llamadas de Pilatos, como que eran el proceso, que éste habia hecho á JESUS, donde se metieron extrañas blasfemias. Un comandante romano en Damasco prendió á unas mugeres infames, y con amenazas de tormentos les hizo decir que eran cristianas, y que en las iglesias se cometian impurezas abominables. Estas declaraciones y las actas de Pilatos fueron publicadas por orden del emperador, á fin de que sirvieran en las escuelas para aprender á leer los niños. Todas las ciudades tenian en lugar público gravados en bronce sus decretos, y los rescriptos del emperador contra los cristianos: siendo así que ántes nunca se habian gravado en bronce.

¹ *Ibid.* c. 4. 5.
et 7.

Renovóse pues por todo el imperio de Maximino el furor de la persecucion: muchísimos fieles se escondieron ó huyeron: y otros muchos consiguieron entónces la corona del martirio. Fueron tantos y tan grandes, dice Eusebio, los estragos que en poco tiempo causó Maximino, que esta última parte de la persecucion parecia mas cruel que la primera. Pero llegó finalmente el tiempo en que el Señor, que nunca dexa de proteger á su Iglesia, habia resuelto concederle la paz, y aun la proteccion de los emperadores. Pues quedando el ejército de Maximino derrotado por el de Licinio, desde el junio del año 313, ó diez años y quatro meses despues de haber comenzado la persecucion en Nicomedia, quedó por todo el imperio publicado el famoso edicto de Constantino y Licinio que dió la paz á la Iglesia, del qual hablaremos en otro lugar.

Ahora veámos como se cumplieron las órdenes imperiales de perseguir la Iglesia: en lo que sin duda habremos de admirar con frecuencia una crueldad ó barbarie mucho mayor que la que las dictó. Luego que se fixó en Nicomedia el primer edicto, un cristiano de mucha dis-

CCXXXIV
SU EXECUCION AUN MAS
CRUEL COMIENZA POR
UNO QUE ARRANCÓ EL PRIMER EDICTO,

tincion en el siglo por sus honores y empleos, inflamado de zelo, le arrancó, é hizo pedazos. Esta accion seguramente no era conforme á las reglas ordinarias de la prudencia cristiana. Pero á mas de que Dios á veces guía á sus siervos por caminos extraordinarios, si este Santo se excedió algo, purgó luego su falta con un glorioso martirio. Fué atormentado con quanto rigor puede pensarse. Entre otros tormentos sufrió el de las parrillas de fuego, en que finalmente murió, manifestando la mas inalterable paciencia y serenidad de ánimo hasta el último aliento.

El César Galerio, cuya crueldad quedó poco satisfecha con el primer edicto de Diocleciano, para mas irritarle, hizo poner fuego ocultamente en su palacio. Se atribuyó el incendio á los cristianos, como enemigos públicos; y se hizo correr la voz de que con los eunucos habian conspirado en hacer morir á los dos emperadores. Rezeloso el viejo emperador lo creyó: Galerio para no dar tiempo á que se entibiase su furor, quince dias despues hizo poner otra vez fuego en palacio; y se fué de Nicomedia el mismo dia, diciendo públicamente que huía por no morir abrasado. Diocleciano hizo dar la muerte á algunos domésticos y ministros suyos, de los mas autorizados y mas zelosos de su servicio, á quienes estimaba. Su hija Valeria, y su muger Prisca fueron obligadas á sacrificar. Muchísimos eunucos y criados del palacio, y entre ellos San Gorgonio y San Doroteo, despues de mil maneras de tormentos, fueron sofocados con un lazo. Á San Pedro le desnudaron, y levantado en el ayre, le dieron tan terribles azotes por todo el cuerpo, que en varias partes se le veian los huesos: luego le frotaron sus llagados miembros con sal y vinagre: en seguida le pusieron sobre las parrillas de hierro con fuego muy lento, intimándole que no le sacarian sin que prometiera sacrificar. El Santo persistió constante y tranquilo, hasta que por último el fuego le mató.

Con tanta ó mayor indignacion que con sus domésticos, procedió Diocleciano desde entónces con el clero y

† Eus. Hist.
E. VIII. c. 5.
Lact. De mor.
Pers. c. 13.

CCXXXV
POR LOS DOMÉSTICOS DE
DIOCLECIANO,

† Eus. Hist.
E. VIII. c. 5.
Lact. De mor.
Pers. c. 13.
† Val. Rufin.
† Prisc. Dioc.
Lact. n. 2. Tit.
† Geor. Abat.
De sanct. de
cap. 10. § 2.

CCXXXVI

† Eus. Hist.
E. VIII. c. 5.

CCXXXVI
Y POR TODOS
LOS FIELES DE
NICOMEDIA.

pueblo cristiano de Nicomedia. Fueron presos los presbíteros y diáconos: sin otro examen que su confesion eran atormentados, y llevados al suplicio: á San Antimo obispo de dicha ciudad se le cortó la cabeza. La multitud de mártires de todas clases fué grandísima: los jueces dispersos por los templos obligaban á toda clase de gentes á sacrificar: quantos cristianos se descubrieron en la ciudad por este ú otro medio, todos perecieron con sus criados y domésticos, unos degollados, otros abrasados, y un sin número fueron atados por los verdugos, puestos en barcos, y sumergidos en el profundo del mar. Allá arrojaron tambien los cuerpos de los que eran oficiales del emperador, mandándolos sacar de sus sepulcros. Tal fué el principio de la persecucion en Nicomedia, segun nos dicen Eusebio y Lactancio ¹. Los martirologios añaden los nombres de muchos de los que padecieron entónces en dicha ciudad. Y de ellos puede muy bien ser el famoso San Jorge, cuya memoria ha sido tan celebrada en oriente y occidente, á lo ménos desde el siglo sexto, y cuyo patrocinio con tanta confianza han invocado los exércitos cristianos, especialmente los antiguos de nuestra corona de Aragon, en sus batallas contra los enemigos de la fe ².

Lo que luego despues pasaba en las provincias excede toda ponderacion. Con el segundo edicto las cárceles quedaron llenas de obispos, presbíteros, diáconos, lectores, y exórcistas, sin quedar lugar para los malhechores. Y desde que llegó el otro que daba libertad á quantos sacrificasen, y órden de atormentar cruelmente á los que no quisiesen, son casi innumerables los mártires que murieron en las provincias, especialmente en África, Mauritania, Tebaida, y Egipto. Esta es la idea general que de la persecucion nos da Eusebio ³. Pero demos una vuelta por las provincias del imperio. Comenzando por el Egipto, sigamos las costas de África en el mediterraneo: despues desde las columnas de Hércules, atravesemos toda la Europa, entremos en el Asia, especialmente en la Siria y Palestina; y consideremos en todas partes algunos

¹ Eus. Hist. E. VIII. c. 6. Lact. de mor. Pers c. 14. 15.

² Vjd. Ruin. Persec. Dioclet. n. 5. Till. S. Geor. Abarca Anal. de Arag. 1096.

GCXXXVII

³ Eus. Hist. E. VIII. c. 6.

de los mas ciertos y señalados triunfos de la constancia y paciencia de los cristianos.

En Egipto, nos dice Eusebio ¹, casi innumerables hombres con sus mugeres, é hijos murieron por la fe con varios suplicios. Despues de las uñas de hierro, azotes cruelísimos, y otros horrosos tormentos, unos fueron arrojados á las llamas, otros sumergidos en el mar, á otros se les cortó la cabeza. Algunos murieron en los mismos tormentos, otros perecieron de hambre, y muchos clavados en cruz, ó del modo regular en los malhechores, ó con la extraordinaria atrocidad de clavarlos con la cabeza hácia abaxo, y dexarlos en la cruz hasta que muriesen por sí mismos de hambre, ó de dolor. Pero son inexplicables é increíbles, prosigue Eusebio ², los tormentos que padecieron los mártires de la Tebaida. En vez de uñas de hierro, se valian de cascós puntiagudos para rasgar, no alguna parte del cuerpo por un breve rato, sino todo el cuerpo, y hasta que los mártires espiraban. Á las mugeres del todo desnudas las ataban por un solo pie, y así las levantaban con máquinas, y quedaban colgadas con la cabeza abaxo, de un modo en extremo vergonzoso y cruel. Á veces baxaban con mucha violencia dos ramas grandes de dos árboles, ataban á los mártires una pierna en cada una, soltaban las ramas, y al enderezarse se despedazaban los santos cuerpos con una violencia espantosa.

Estos horrosos no se acabaron en poco tiempo: duraron la larga carrera de algunos años. Unos dias morian diez, otros veinte y mas, á veces hasta treinta, y aun sesenta: y alguna vez en un mismo dia murieron ciento entre hombres, mugeres y niños con varios tormentos. Á todo esto, añade Eusebio, que él mismo hallandose en aquellas partes vió un dia que fueron tantos los quemados y degollados, que los instrumentos embotados ya no querian cortar, y los verdugos de puro cansados no podian mas. Vió tambien que apenas se acababa el interrogatorio, y se daba sentencia contra algunos cristianos,

CCXXXVIII
EN EGIPTO
FUERON IN-
NUMERABLES
LOS MÁRTIRES,
É INEXPLICABLES SUS VARIOS TORMENTOS.

¹ *Ibid.* c. 8.

² *Ibid.* c. 9.

luego saltaban otros al tribunal, y se confesaban cristianos. Todos sufrían la cuestión de tormento y demas suplicios con serenidad, oían la sentencia de muerte con gozo, y cantaban alegres las divinas alabanzas.

Entre todos, causaban singular admiración á Eusebio los que tenían gran fama de ricos, nobles, eloquentes, ó sabios filosofos; y no obstante todo lo abandonaban, todo lo trocaban por una muerte infame y dolorosa por la fe en nuestro Salvador Jesucristo. Cita á dos de estos que padecieron juntos: San Filoromo, que tenía un empleo considerable en Alexandria, y San Fileas famoso filósofo, hombre riquísimo, que con sus limosnas socorría á los pobres de casi toda la provincia, y era obispo de Tumis. De este conserva Eusebio una carta escrita desde Alexandria á sus feligreses, en que hablando de los crueles martirios de los cristianos de esta ciudad, dice entre otras cosas: *Quién será capaz de contar los exemplos de virtud y fortaleza que han dado? Todo el mundo tiene libertad de atormentarlos: y así palos, varas, azotes, correas, cuerdas, todo sirve contra ellos. Á unos atados á un palo les tiran con máquinas violentamente todos los miembros del cuerpo, y les hacen rasgar con las uñas de hierro, hasta el vientre. Á otros los tienen colgados de una sola mano; y esto no solo mientras dura el interrogatorio sino casi todo el dia. Los desatan á veces, si ven que ya van á espirar, y aun entonces los echan por tierra, y los arrastran. Sirven de espectáculo las muchas maneras de tormentos que han inventado. Dicen que á nosotros se nos ha de tratar, como que ya no somos hombres.*

De San Fileas y San Filoromo nos dice Eusebio, que un sin número de amigos y parientes, los magistrados y el juez les rogaban con amistosas instancias que mirasen por sí, por sus mugeres é hijos. Mas ellos con ánimo varonil y filosófico, ó por mejor decir con su voluntad religiosa y consagrada á Dios, fueron constantes contra todas las amenazas, é ignominias del juez, y murieron con la segur². Pero se nos conservan todavía las actas de su

¹ *Hist. Ecol.*
VIII. C. IO.

CCXL
NOS QUEDA
SINGULAR ME-
MORIA DE SAN
FILEAS, Y
SAN FILO-
ROMO,

² *Ibid.* c. IX.

martirio: en las que entre las preguntas y acciones generales, vemos algunas dignas de observarse. Llegado Fileas al cadalso, Culciano presidente le dixo por que no sacrificaba, siquiera á aquel Dios solo que reconocia. El Santo respondió, *que Dios no gustaba de aquellos sacrificios, sino de la pureza de corazon, sinceridad de juicio, y verdad de las palabras.* Preguntóle tambien el juez, si la carne misma resucitaría; y el Santo le dixo *que sí.* Culciano le dixo, que por conciencia debia sacrificar para cumplir con lo que debia á sus hijos, y á su muger; mas el Santo le respondió, *que era mas sublime su obligacion y vínculo para con Dios.* Preguntó tambien el juez de dónde conocia que Cristo era Dios; y el Santo respondió *que de los muchos milagros que hizo, y de su propia resurreccion.* Replicóle como podia un Dios ser crucificado; y el Santo dixo, *que lo fué porque quiso, por nuestra salud, y diciéndolo ántes.* Y Pablo, preguntó el juez ¿era Dios? Mas el Santo respondió *que Pablo fué un hombre como los demas, y que hacia milagros porque el Espíritu Divino estaba en él.* Su muger, parientes, y amigos se echaban á sus pies. El Santo decia, *que quien le habia llamado á él, podia llamar tambien á su muger; y levantados los ojos al cielo, protestaba que sus parientes y amigos habian de ser los santos apóstoles y mártires.*

San Filoromo, que estaba presente, viendo que á San Fileas le daban pena las lágrimas de los parientes, y réplicas del juez, exclamó: *¿Quán en vano intentais rendir la constancia de ese varon, y hacerle infiel á Dios? ¿No reparais que ni os mira, ni os escucha, y que solo atiende y piensa en la gloria celestial?* Estas palabras irritaron á todos los circunstantes contra San Filoromo: pidieron que fuese sentenciado con San Fileas: convino el juez; y á ámbos los condenó á muerte. Miétras iban al lugar del suplicio, un hermano de Fileas fué á decir al presidente que el Santo habia apelado. Culciano le hizo venir luego; mas el Santo con valor dixo: *No hay tal: no apelé: no lo permitirá Dios: no hagais caso de lo que dice este infel-*

liz. *To doy gracias á los emperadores y presidentes, lleno de gozo de ser coheredero de Jesucristo.* Así que llegaron al lugar del suplicio, exhortó á los fieles á velar contra las tentaciones del demonio, conservar la pureza de corazón, ser fieles á los preceptos de nuestro Señor Jesucristo, é invocar al incomprehensible Criador de todo, principio y fin de todas las cosas. "Y luego, concluyen las actas, »cortadas sus cabezas, volaron de los cuerpos los espíritus, por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que siendo Dios vive y reyna con el Padre, y el Espíritu Santo »por todos los siglos de los siglos. Amen" ¹.

1 Ruin. Act.
SS. Phileæ
&c. p. 493.

CCXLII
DE SAN DÍDIMO,
Y SANTA
TEODORA;

El martirio de estos dos santos, segun Ruinart, fué en el año 306; y él mismo juzga que fué anterior, ó del 304, el martirio de San Didimo y Santa Teodora. Esta santa virgen fué presentada al presidente ó juez en Alexandria; y despues de haber confesado su fe, y su amor á la virginidad, fué abofeteada en público ignominiosamente, y amenazada por el juez de que si no sacrificaba sería abandonada á la brutalidad de los que frecuentan las casas de prostitucion. Animada la Santa con el conocimiento de que Dios penetra los corazones, de que no tiene por delito lo que se padece por fuerza, y de que si era de su divino agrado conservaría la integridad de su cuerpo, perseveró constante en no querer sacrificar á los ídolos. Envióla el juez á la cárcel: llamóla tres dias despues; y hallándola mas animosa, y mas llena de esperanza de que Dios, que todo lo conoce y puede, la libraría de quantos hombres lascivos intentasen su deshonra, la mandó llevar á una casa de prostitucion. La Santa, así que la dexaron sola, hizo á Dios una oracion fervorosa. Y mientras que los hombres mas corrompidos estaban mirando quien primero entraria donde ella estaba, Didimo cristiano con vestido militar entró ántes que nadie. La Santa al verle, turbada iba huyendo por los ángulos de la pieza; y Didimo le estaba diciendo: *No soy lo que te figuras: soy hermano tuyo: me he vestido así para librar-te: ven acá: mudemos los vestidos: toma este que te da*

miedo: con él saldrás segura; y yo con el tuyo, me quedaré. Convino la Santa, púsose el vestido de soldado, y advertida por Dídimo, se entró el sombrero bien hácia delante: con lo que casi tapada la cara, cabisbaxa, los ojos en tierra, y sin decir nada á nadie, salió con felicidad.

Pasado un buen rato entró otro; y al ver solo un hombre, y ninguna muger, quedó absorto, y estaba pensando si tambien JESUS hacia el portentoso de convertir las mugeres en hombres. Pero Dídimo le descubrió luego que no habia allí ningun milagro, sino solo la astucia de librar á la muger, quedándose él con su vestido y en su lugar. El juez informado se irritó contra Dídimo, mandó que le diesen duplicados tormentos, y que despues le cortasen la cabeza, y quemasen lo restante del cuerpo ¹. Á esto que nos dicen las actas, añade San Ambrosio ² que Santa Teodora corrió al lugar del suplicio, á disputar á San Dídimo la corona del martirio. *Yo, decia el Santo, soy el sentenciado á muerte. Antes bien, decia Teodora, la sentencia solo ha de ser contra mí; pues solo es por mi causa. Yo he consentido en que tu me salvases el honor, mas no la vida: he huido la infamia, mas no la muerte. Si tú me privas del martirio, me habrás engañado.* Así disputaban; pero ámbos salieron victoriosos, pues para ámbos fué la corona del martirio.

Aunque Maximino hácia el fin de la persecucion, ó en el año 311, pareció contentarse con desterrar á los cristianos de las ciudades que se lo pedian: con todo fueron muchos los que entónces murieron por su orden. Eusebio nos lo dice expresamente del insigne prelado de la iglesia de Alexandria San Pedro, y de otros muchísimos obispos del Egipto á quienes se cortó la cabeza. Al mismo tiempo debe referirse el martirio de San Silvano obispo de Emesa en la Fenicia, que despues de quarenta años de obispado con otros dos fieles fué echado á las fieras ³; y parece que tambien el de los santos Fausto, Dio, y Amonio presbiteros alexandrinos, Fileas, Hesiquio, Pacumio, y Teodoro obispos, y de un sin número de otros mártires,

CCXLIII

¹ Ruin. Act.
SS. Did. et
Theod. p. 397.
² S. Ambr. De
Virg. 11. c. 4.

CCXLIV
Y DE OTROS
MUCHÍSIMOS,

³ Eus. Hist.
E. IX. c. 6.

¹ *Ibid.* VIII.
C. 13.

² *Ibid.* c. 14.

³ *In Psal.* 44.

⁴ *Ruin.* p. 316.

CCXLV

A MAS DE SAN
APOLONIO Y
SAN FILEMON.

cuya memoria era muy celebrada en las iglesias de aquellas regiones ¹. El mismo Eusebio, hablando de la desenfrenada lascivia de Maximino, dice que entre las muchísimas cristianas, que sufrieron la muerte por no condescender á sus torpes deseos, se distinguió una santa de Alexandria. Era muy noble, muy rica, y famosa por su ciencia; y no pudiendo por ningun medio el tirano rendir su modestia, la privó de los bienes, y la envió á destierro ²: algunos creen que esta santa fué la insigne Santa Catalina, á la qual San Eutimio ³ llamó *sapientissima*, y era ya muy célebre su fama en el siglo nueve ⁴.

Por último Rufino nos conserva una relación de muchos mártires de Alexandria, de que solo sabemos que murieron en esta persecucion, pero no en que año. El monge San Apolonio, que por su vida sublime fué tambien ordenado diacono, durante la persecucion visitaba los fieles, y los animaba al martirio. Fué preso y puesto en la cárcel en Antioch de Egipto. Los paganos iban á insultarle, y decirle mil oprobios: en especial un tal Filemon, famoso tocador de flauta, le trataba de tramposo, seductor, y digno de ser aborrecido de todos. Mas Apolonio solo le respondió: *Hijo mio, Dios se apiade de tí, y no te haga cargo de esto que dices.* Estas palabras dieron tan maravilloso impulso al corazon de Filemon, que compungido se convierte, se confiesa cristiano, se presenta al tribunal, aclama inocentes á los cristianos, y dice al mismo juez que es solemne iniquidad el castigarlos. El juez que conoce á Filemon al principio lo toma á chanza: ve que va de veras, y pregunta si se ha vuelto loco, ó delira: procura reducirle con blandura; pero luego irritado manda atormentarle con toda suerte de suplicios.

Sabe el juez que la mudanza de S. Filemon proviene de las palabras de Apolonio: le hace comparecer: le manda atormentar; y Apolonio á sus crueles ordenes é injuriosas palabras, solo responde: *Quiera Dios, que tú, ó juez, y todos los que te asisten y me oyen sigan este que tú llamas error mio.* Mas el juez al instante mandó que Apolonio y

CCXLVI

Filemon fuesen quemados vivos en público. Así que entraron en las llamas, San Apolonio en alta voz hizo oración á Dios; y al instante baxó una nube muy húmeda que los rodeó y apagó el fuego. Asombrados el juez y el pueblo exclamaron: *Grande es el Dios de los cristianos: único es: él solo es inmortal.* Apenas supo este suceso el prefecto de Alexandria, envió ministros de su confianza, é hizo traer atados al juez, y á los dos santos. Por el camino S. Apolonio procuró instruir y persuadir á los oficiales que los conducian; y con tan feliz suceso, que al tiempo de presentar al prefecto los prisioneros, dixeron que tambien ellos eran cristianos. El prefecto, viéndolos á todos constantísimos en la fe, los hizo sumergir en el profundo del mar; y sus cuerpos despues se hallaron enteros en la ribera, y fueron puestas en un mismo sepulcro, donde aun en tiempo de Rufino se obraban muchos milagros ¹.

No encontraremos tantos mártires como en el Egipto, en las provincias de África y Mauritania, en la España, las Galias, Sicilia é Italia, en que el furor de la persecución no duró sino dos años. En África así que llegó el primer edicto de Diocleciano se derribaron todas las iglesias, y se buscaban con ansia las sagradas escrituras. En Cirta de la Numidia el primer magistrado fué á la casa en que se juntaban los fieles despues de arruinada la iglesia: pidió las Escrituras: el obispo y presbíteros se excusaron con que las tenían los lectores, y estos despues entregaron muchos exemplares. El magistrado pidió al obispo todo quanto tenía, y se hallaron dos cálices de oro, seis de plata, y otras varias alhajas preciosas con muchos vestidos para dar á los pobres ². En tiempo de San Agustín ³ era muy famosa en África la mártir Santa Crispina, en la qual el Santo alaba especialmente la tranquilidad con que se mantuvo en las cárceles, entre cadenas, y en el eucleo. En las actas vemos que si el juez le hablaba de sacrificar, respondia: *Sacrifico sí, mas no á los demonios, sino á Dios criador de todo:* Si de la orden imperial, de-

¹ Rufin. de
Vit. Patr. c.
19.

CCXVII
EN EL AFRICA
HALLAMOS Á
SANTA CRIS-
PINA,

Año 303.

² Fleur. VIII.
c. XL.

³ Serm. 286.
et al.

cia: Con la orden cumpla, pero con la de mi Señor Jesucristo. Si de precisarla á ser devota de los dioses: No es devocion, decia, la que es forzada. Si se la amenazaba con tormentos y oprobrios, decia: Todo esto es nada: lo terrible es el ser abandonado de Dios en el último dia. Así eran sentenciosas y agudas sus respuestas, hasta que en fin, habiendo el juez hecho leer el proceso, le mandó cortar la cabeza.

*1 Ruin. Act.
S. Crisp. pag.
449.*

*CXXLVIII
Á SAN FELIX
DE TIBARA,*

San Felix obispo, segun parece, de la pequeña Tibara, no léjos de Cartago, habia pasado á esta ciudad el dia en que Magniliano, primer magistrado de Tibara, hizo comparecer á un presbitero y dos lectores, pidiéndoles los libros divinos para quemarlos. Ellos se excusaron con que los tenia el obispo: el qual vuelto de Cartago al dia siguiente fué llamado por un oficial de Magniliano, que le dixo: Dame quantos libros y pergaminos tengas. San Felix confesó que los tenia; pero añadió que no los entregaria, pues mas quisiera que le quemasen á él mismo que á las divinas escrituras, y ántes debia obedecer á Dios que á los emperadores. Dióle Magniliano tiempo para mejor deliberar, y tres dias despues hallándole del mismo dictámen, le envió atado al procónsul, quien le metió en la cárcel así que llegó. Oyóle al dia siguiente, y viéndole resuelto á no entregar las Escrituras, le mandó poner en lo mas incómodo de la cárcel. Diez y seis dias despues le hizo comparecer otra vez en el tribunal, y mandó llevarle al prefecto. Por orden de éste anduvo embarcado de unas á otras partes cargado de cadenas, para llevarle á los emperadores. Pero finalmente en Venusia de Apulia le hizo quitar las cadenas, y le dixo: Felix, ¿por qué no entregas las Escrituras? ¿Qué tal vez no las tienes? El Santo respondió: *Sí tengo, pero no he de entregarlas.* Entónces el prefecto le mandó cortar la cabeza, y á los 30 de agosto murió, diciendo en alta voz: *Gracias os sean dadas, ó Dios mío: cincuenta y seis años he vivido en este mundo: he guardado la virginidad: he observado el evangelio: he*

Año 308

182

182

182

predicado la fe y la verdad. Señor Jesucristo, Dios del cielo y de la tierra, inclino mi cabeza para ser inmolido á Vos que vivís eternamente: alabado seáis y engrandecido por todos los siglos de los siglos. Amen¹.

En otra ciudad del África proconsular hallamos mayor número de mártires, por haberse juntado, contra lo mandado en los mismos edictos de los emperadores. Destruída la iglesia de Abitina, se juntaban los fieles en casa de un tal Octavio Felix: quando un día miéntras celebraban los divinos misterios, comparecieron los magistrados de la ciudad con soldados. Por haber poco ántes apostata-do el obispo, presidia la junta Saturnino presbítero: con él habia quatro hijos suyos, Saturnino el jóven y Felix lectores, María religiosa, é Hilarion aun niño. Además se hallaban Dativo que era senador, Telica varon de mucho ánimo, dos llamados Felix, Emerito, Victoria, y otros hasta quarenta y nueve, los treinta y dos hombres, y diez y siete mugeres. Todos fueron presos: todos llevados á la plaza pública, y habiendo todos confesado á Jesucristo, cargados de cadenas fueron llevados á Cartago. Por el camino iban alegres, cantando himnos en alabanza del Señor.

Al presentarlos al tribunal del procónsul Anulino, se le hizo presente que los enviaba el magistrado de Abitina, porque contra los edictos imperiales se habian juntado, y habian celebrado los misterios del Señor. El procónsul hizo extender en el ecúleo para la quëstion de tormento, primero á San Dativo, despues á San Telica, á San Saturnino, San Emerito, los dos santos Felix, San Ampelio, y otros. Con fiera crueldad les rasgaban los costados con las uñas de hierro, y los apaleaban con tanto furor, que uno de los Felix murió allí mismo, y el otro poco despues. Los Santos en medio de los tormentos invocaban á Jesucristo como segura esperanza de los cristianos, imploraban su asistencia como Salvador, le daban gracias, le pedian que perdonase á los perseguidores, y sobre todo hacian actos de fe, y repetian con frecuencia

¹ Ruin. Act.
S. Fel. p. 353.

CCXLIX

Y A SAN SA-
TURNINO CON
OTROS QUAR-
RENTA Y OCHO.

CCL

que eran cristianos. No te pregunto esto, dixo á alguno el juez, sino si asististe á la junta, y si tienes algunas escrituras. Pero los Santos protestaban que no era posible dexar de juntarse para los misterios del Señor, y para leer las Escrituras, las cuales confesaban tener en el corazon. Y si el juez instaba, por que quebrantaban en esto la órden imperial, se contentaban con responder: *La ley lo manda, la ley lo enseña.*

A Victoria queria librarla un hermano suyo, que era abogado, diciendo que habia sido engañada, é intentando probar que estaba fuera de sí. La Santa con valor respondió: *Nadie me ha instado: de mi propio movimiento fuí á Abitina: asistí á la junta, y celebré el domingo con los hermanos, porque soy cristiana. En mi acuerdo estoy: en mí jamas hubo mudanza.* El juez preguntó al niño Hilarion, ó Hilariano, si habia seguido á su padre y hermanos; y el Santo con voz de niño, pero con ánimo mas que varonil respondió: *Soy cristiano, y de mi movimiento, y por mi gusto asistí á la junta con mi padre y hermanos.* Amenazóle el juez de que le haria cortar los cabellos, la nariz y orejas; mas el niño en vez de amedrentarse, le dixo: *Haz lo que quieras, cristiano soy.* Era ya muy tarde: así no pudiendo continuar el interrogatorio de uno á uno, dixo el juez á los restantes que ya veían los tormentos que se grangeaban los que permanecian en su confesion. Así, añadió, los que querais libraros, decidlo. Pero como todos en alta voz respondieron: *somos cristianos*, los envió á la cárcel, destinándolos todos al martirio. Muchos murieron de hambre en la misma cárcel; y los restantes derramaron su sangre en varios tiempos y lugares ¹.

¹ Ruin. Act.
SS. Saturn.
&c. p. 381.
CCLI

EN ESPAÑA Á
PRESAR DELFU-
ROR CON QUE
SE DESTRUYE-
RON LAS ME-
MORIAS DE SUS
MÁRTIRES,

Mucho mas sangrienta que en África y demas provincias occidentales fué en España la última persecucion. Lo indican bastante las inscripciones de dos lápidas romanas halladas en Coruña del Conde: la una se dedica á Diocleciano, y á Maximiano Herculeo, por haber extendido el imperio romano, y acabado con los cristianos: *et*

nomine Christianorum deleto. La otra se dedicó á Diocleciano y á Galerio, por haber borrado en todas partes la superstición cristiana, y propagado el culto de los dioses. Como estas dos lápidas, y la que cité sobre la persecucion de Neron¹, han desaparecido, como tantas otras enterradas, destinadas á edificios, ó hechas pedazos: así aunque las tienen por ciertas y genuinas gran número de sabios españoles y extranjeros, algunos dudaban de su legitimidad. Pero por fortuna se descubrió despues otra, que aun subsistia pocos años hace, la que desvanece todos los reparos que se objetaron contra las primeras, como puede verse en las observaciones de los editores valencianos de la historia de Mariana². Hallóse esta lápida en Tera, aldea de Castilla, cerca de los manantiales del Duero; y en ella se lee que en nombre de los quatro emperadores Diocleciano, Maximiano, Galerio y Constancio Cloro se ofreció un sacrificio á la diosa Pasifae; en memoria de haberse enteramente acabado la religion cristiana: *ob christianam suppressam extinctamque superstitionem*³. En esta persecucion, segun nos dice Prudencio⁴, el envidioso furor de los gentiles quitaba á los fieles las actas de los mártires, procurando que no quedase memoria de sus martirios. Lo mismo insinua el autor de la relacion del martirio de San Vicente, que como observa Ruinart⁵, se escribió al principio del siglo IV. Sin embargo algunos martirologios, breviarios y misales antiquísimos, y la constante tradicion de varias iglesias, nos han conservado la memoria de una multitud innumerable de mártires españoles de los años 303 y 304. De los quales, por no extenderme demasiado, acordaré solo los mas distinguidos, y de que se nos habla en monumentos aceptados por la crítica mas severa.

Daciano, segun parece, fué en España el principal encargado de perseguir la Iglesia, aunque varios mártires padecieron por sentencia de otros jueces de particulares ciudades ó distritos. Á esta persecucion, y al mismo Daciano parece que debe referirse el martirio de San Fe-

¹ Núm. 72.

² Tom. II. p. 489.

³ Masd. Esp. Rom. inscrip. 353.

⁴ Hym. de S. Hem. et Chef. v. 75. Véase Arévalo *ib.*

⁵ Ruin. Adm. ad Pas. S. Vinc.

¹ Prud. De
Coron. Hym.
IV.

² Vid. Boll.
18. martii.

³ De Coron.
Hym. IV.

⁴ Tom. XXIX.
c. 8.

⁵ Ruin. Ad-
mon. ad Pass.
S. Vinc. n. 5.

⁶ Prud. De
Coron. Hym.
IV. & Ruin.
cit. n. 3.

⁷ Ruin. Acta
SS. Faustii,
&c. p. 535.

⁸ Prud. De
Cor. Hym. I.

⁹ Florez, Esp.
Sag. t. VI.

¹⁰ Lib. X. n. 32.
59. 66.

ECLIII
SE DISTINGUEN
ALCALÁ CON
SUS SANTOS
NIÑOS JUSTO
Y PASTOR,

lix, con cuyas reliquias en tiempo de Prudencio ¹ se ha-
haba enriquecida la ciudad de Gerona. La misma admi-
raba en el siglo once, y con mas razon está todavía admi-
rando ahora la integridad con que se conserva otro cuer-
po santo que posee. Este es el de San Narciso, que con
razon se cree ser el mismo Santo obispo que convirtió á
Santa Afra, y que por consiguiente padeció en esta per-
secucion ². En Barcelona por orden de Galerio y otros,
padeció cruelísimos tormentos y obró singulares prodigi-
os San Cucufate, de quien hace muy honrosa memoria
Prudencio ³, y cuyas actas procura sostener el Padre Flo-
rez en la España Sagrada ⁴. En Ávila por orden de Da-
ciano padeció S. Vicente con sus dos hermanas Santa Sa-
bina, y Santa Cristeta ⁵. En Córdoba, siendo presidente
Dion, S. Ascisclo, S. Zoilo, y Santa Victoria ⁶; y man-
dando Eugenio, los tres hermanos San Fausto, San Janua-
rio, y San Marcial, que despues de haberseles cortado la
nariz y orejas, y de otros crueles tormentos, fueron
abrasados lentamente, segun leemos en sus actas entre las
genuinas de Ruinart ⁷. En Calahorra San Hemeterio y
San Celedonio ⁸, por cuya victoria Prudencio comenzó
sus himnos. Y en Toledo la ilustre vírgen Santa Leoca-
dia, de linage nobilísimo, que habiendo confesado la fe
con gran valor, y sufrido crueles tormentos con invicta
paciencia, murió en el calabozo en que fué encerrada ⁹. De
esta Santa hallaremos gloriosas memorias en tiempo de
los godos ¹⁰. Pero las ciudades de que nos quedan mas
ilustres memorias son Alcalá por los dos niños San Justo
y San Pastor, Mérida y Barcelona por las Eulalias, y so-
bre todo Zaragoza por la multitud de sus mártires, y triun-
fos de San Vicente.

Quando Daciano estaba en Compluto, ahora Alcalá
de Henares, haciendo buscar á los cristianos para pre-
cisarlos con cruelísimos tormentos á sacrificar á los ído-
los, los santos niños Justo de siete años y Pastor de nue-
ve, ardiendo en deseos de padecer martirio, salen de la
escuela, y van á presentarse á Daciano, confesándose

cristianos. El presidente manda que los azoten como niños; mas ellos con ánimo varonil se alientan mutuamente con la memoria de la felicidad eterna con que Dios ha de premiarlos, y con la esperanza de que Dios les dará fortaleza para sufrir qualesquiera tormentos. Y esta conversacion de los Santos referida á Daciano, le hace desconfiar de vencerlos; y así manda degollarlos sin estrépito en el campo ¹.

¹ Id. *De Cor.*
Hym. IV.

CCLIV
MÉRIDA Y
BARCELONA
CON SUS EU-
LALIAS:

² Id. *De Cor.*
Hym. III.

Poco ménos niña que Justo y Pastor era la esclarecida vírgen Santa Eulalia de Mérida, cuyos triunfos cantó Prudencio ². La modesta gravedad, y el desprecio de galas y adornos, muy superiores á sus tiernos años, acreditaban sus deseos de consagrar á Dios su cuerpo con la virginidad y el martirio. Ápénas llegaba á los doce años de edad, quando publicada la persecucion en Mérida, entónces capital de la Lusitania, sus padres la tuvieron fuera de la ciudad, escondida en una casa de campo. Pero la Santa una noche escapó sola, se fué á la ciudad á pie, y la misma mañana siguiente se presentó al tribunal, y con alta voz dixo: «¿Qué furor es este? Perseguir de muerte á las gentes para que rindan sus corazones á unas piedras, y nieguen al Dios omnipotente! Infelices, ¿buscáis á los cristianos? Aquí me tenéis: yo lo soy. No hago caso de vuestros dioses, porque son nada. Se me hace despreciable Maxímiano, porque los adora. Si él, siendo dueño de tantos tesoros, quiere ser esclavo de piedras, ¿por qué ha de perturbar los generosos corazones que miran con horror semejante prostitucion?»

El pretor en vano procuró ganarla con buenas palabras: así la amenazó con tormentos. La Santa calló: mas encendida de zelo escupió á la cara al mismo pretor, echó por tierra los ídolos, y la harina que le daban para que la ofreciera. Al instante dos verdugos con los garfios de hierro á modo de uñas rasgaron sus costados hasta los huesos. La Santa contaba las llagas, y aludiendo á la costumbre de entónces de escribir con puntas de hierro, decía que de aquella manera se escribía con su sangre el

trianfo de Jesucristo. Ni se quejó, ni lloró: cantaba alegre, como si fuese insensible. Luego le aplicaron por todas partes hachas encendidas; y como la Santa por modestia tenia los cabellos esparcidos sobre la cara y pecho, se encendieron: subió la llama á la cara: abrió la boca; y murió. Inclino la cabeza; y todos, hasta los verdugos, vieron salir por su boca una paloma blanca como la nieve, que se subió al cielo, queriendo Dios con este prodigio manifestar la gloria de su alma. Al instante cayó en la plaza mucha nieve, que cubrió el cuerpo de la Santa y le sirvió de sepulcro.

Murió la Santa en diciembre del año 304. Y ya en febrero del mismo año se habia visto en Barcelona otra Eulalia doncella de pocos años venir de una casa de campo, presentarse al tribunal de Daciano, hablarle con valor, sufrir crueles tormentos, y lograr tambien la corona del martirio entre prodigios del cielo. La mucha semejanza entre estas dos santas hizo sospechar á algunos sabios que seria una misma, venerada en ámbos lugares. Mas el juicioso Ruinart, aunque rezela que se han confundido las actas de estas dos santas, atribuyendo á la una lo que es de la otra: sin embargo supone cierto que hubo dos distintas Santas Eulalias, una en Barcelona, y otra en Mérida¹. Y así lo demuestran completamente Don Ramon Ponsich en la vida de Santa Eulalia de Barcelona, y el erudito Maestro Florez en la España Sagrada²; en quienes podrán verse mas individuales noticias de estas Santas, y en qué se distinguen.

Pero recojamos ya las singulares memorias que nos conserva Prudencio de la multitud de los mártires de Zaragoza en esta persecucion. Su himno quarto se dirige principalmente en alabanza de diez y ocho, que en dicha ciudad se veneraban en un mismo sepulcro, por haber padecido á un tiempo varios cruelísimos tormentos. Fueron estos los santos Optato, Luperco, Suceso, Marcial, Urbano, Julia Quintiliano, Publio, Fronton, Felix, Ceciliano, Evocio, Primitivo, Apodemio, y quatro Satur-

M. De Cor.
Hym. IV.
CCLV
MÉRIDA Y
MERCADO
CON SUS
LATERAN.
M. De Cor.
Hym. III.

cclv

¹ Ruin. *Admon. in mart. S. Eulal. p. 45¹.*
² Tom. XXIX. c. 8. Tom. XIII. c. 12.

CCLVI
Y AUN MAS
ZARAGOZA
CON LOS DIEZ
Y OCHO COM-
PAÑEROS,

niños. En el mismo himno se hace memoria de los santos Caio y Cremente, que despues de haber confesado dos veces el nombre del Señor gustaron el cáliz del martirio: y de Santa Encratis ó Engracia, de la qual puede decirse que vivió despues de haberle dado varias muertes. Pues le rasgaron bárbaramente todo el cuerpo, le cortaron uno de los pechos, le arrancaron parte del hígado, llegaba á vérsese el corazon; y sobreviviendo á tantos tormentos, derramada casi toda su sangre, fué llevada á la cárcel, donde luego despues murió de resultas de sus llagas ¹.

Al principio de este himno, Prudencio hace memoria de algunos insignes mártires de varias ciudades, y dice que sola la de Zaragoza tiene aun mas numerosas compañías de mártires: que en esta parte, apénas Cartago y la misma Roma pueden exceder su gloria: que la sangre derramada en todas las puertas, ahuyentó de todas partes al demonio; y añade otras expresiones que parece aluden á aquella innumerable multitud de mártires Cesaraugustanos, de que nos hablan muy antiguos martirologios. Daciano, nos dicen, para acabar de una vez con todos los fieles, se valió de la cruel astucia de publicar que quedarían seguros, donde quiera que fuesen, con tal que saliesen luego de la ciudad; teniendo al mismo tiempo en todas sus avenidas tropas preparadas para ir degollando quantos saliesen ². Y como los cristianos sufrían con gusto las penas que se les imponían por causa de su fe: así fueron innumerales los que partieron luego en cumplimiento de la órden que los desterraba. Y por lo mismo fueron tambien innumerales los degollados cerca de las puertas de la ciudad.

De tantos mártires Cesaraugustanos el mas famoso es el esclarecido diácono San Vicente, de cuyo illustre martirio se nos conservan tres testigos de la primera acepcion: San Agustin en varios sermones ³, Prudencio en el himno que compuso en su alabanza ⁴, y las actas que Ruinart ⁵ tiene por ciertas y anteriores á San Agustin, aunque no se escribiesen al mismo tiempo del martirio: de las quales vamos á resumir las circunstancias mas notables. Lue-

¹ Prud. *De*
Cor. hym. iv.

CCLVII
CON OTROS
INNUMERA-
BLES,

² *Fid. Ruin.*
in Hymn iv.
Prud. n. 12.

CCLVIII
Y CON LOS
SEÑALADOS
TRIUNFOS DE
S. VICENTE.

³ S. Aug. *Serm.*
274 & seq.
⁴ Prud. *De*
Coron. hym. v.

⁵ Ruin. *Ad-*
mon. in mart.
S. Vinc.

go que Daciano, por orden de Diocleciano y Maximiano, empezó á exercer su crueldad con los fieles, mandó prender á los obispos, presbíteros, y demas ministros de la Iglesia. El obispo San Valerio, y su primer diácono ó arcediano San Vicente, fueron alegres á confesar la fe de Jesucristo. Era San Vicente de una noble familia de Huesca: estaba muy instruido especialmente en la ciencia de la salud; y así San Valerio que hablaba con pena, le encargó la instruccion de los fieles, Daciano lo mandó llevar á Valencia, donde se hallaba, cargados de cadenas: allí los hizo poner en la cárcel, mandando que se les hiciese sufrir mucha hambre, para que llegasen débiles y sin fuerzas al interrogatorio público. Quando se los figuraba casi muertos, los hizo comparecer, y los exhortó á sacrificar. San Vicente como sabia la dificultad con que San Valerio hablaba, le dixo: *Padre, si me lo mandais, yo responderé.* El santo obispo le dixo: *Hijo carísimo, tiempo ha que te fié el ministerio de la palabra: así mismo ahora te encargo, que respondas por la fe que defendemos.* Entónces San Vicente, vuelto á Daciano, detestó el culto de los dioses muertos, de piedra y madera: se glorió de que ellos eran siervos y testigos del único verdadero Dios, y de su Hijo Jesucristo: se manifestó pronto á sufrir cualesquiera tormentos, como medios para alcanzar coronas de gloria; y se lamentó de la miseria de los gentiles, que se dexaban seducir por el demonio hasta el extremo de adorarle en los ídolos, de abandonar al mismo Criador, y de perseguir á los cristianos que desprecian al demonio, y le arrojan de los cuerpos de los hombres con la invocacion del nombre de Dios.

Daciano, casi fuera de sí de rabia, envió á destierro á San Valerio; mas á San Vicente mandó ponerle en el ecúleo, extendido el cuerpo con violenta tirantez para que se descoyuntasen los miembros, y en esta situacion mandó aplicarle otros muchos tormentos. El Santo con sereno semblante decia á Daciano: *Así se cumplen mis deseos: nadie mas que tú me ha hecho demostraciones de amigo.*

Aparejado estoy á sufrirlo todo por el Salvador. Vaya pues, sigue todo el impetu de tu crueldad. Con la gracia de Dios, tendré yo mas valor para ser atormentado, que tú para atormentarme. Tu crueldad es mi gloria: tus tormentos son mi gozo. Al oírle Daciano, se irritaba contra los verdugos, como que no sabian hacer bien agudos los dolores del Santo: se quejaba de que habiendo tantas veces inducido con los tormentos á los reos á confesar graves delitos dignos de muerte, ahora no supiesen reducir al Santo siquiera á que callase. Descansad un rato, les dixo: rehacéos, y renovad con mas brio los tormentos para que cesen las palabras con que éste nos insulta, y oigamos sus gemidos. Mas el Santo sonriéndose, le dixo: "Profetizada está esta tu ceguedad y obstinacion. Confieso que Cristo es el Señor, el Hijo del Padre altísimo, el Unigénito del único Dios. Confieso que él es un solo Dios con el Padre, y el Espíritu Santo. Y porque confieso la verdad, me comparas con los que niegan sus delitos. Quando debieras atormentarme, sería si mintiera, ó llamara dioses á los príncipes. Pero atormentame mas: no ceses de atropellarme; para que siquiera de este modo conozcas la insuperable fuerza que me da la verdad que confieso."

Entre tanto corria la sangre no solo de sus costados, sino de todo el cuerpo: se le veían las entrañas: y Daciano que solo prolongaba y encruelcía los tormentos para reducir al Santo á negar la fe, apeló entónces á la blandura: se compadecía de que en su juvenil edad quisiese acabar la vida, y le suplicaba que á lo ménos se librase de los espantosos tormentos que todavía le quedaban que sufrir. Pero Vicente, lleno del Espíritu Santo, exclamó: "¡Ó venenosa lengua del demonio! ¡Qué mucho que á mí me tenten, habiendo tentado á nuestro Dios y Señor!" Y vuelto al presidente le decia: "No temo tus suplicios, por irritado que estés al mandarlos: mas temo esa compasión que aparentas. Vengan penas: saca todas las fuerzas y astucias de tu crueldad. Así verás quán dulce es,

»á pesar de vuestras amarguras, la fe y la fortaleza de
 »un ánimo cristiano. Fuerzas me dará quien me dixo que
 »no tema á los que matan al cuerpo, y no pueden hacer
 »daño al alma. Añade suplicios: en todo te habrás de
 »confesar vencido.»

ECLX

Entonces Daciano mandó que le hiciesen seguir con el mayor rigor todos los más acerbos tormentos de la cuestión; y que le fuesen quitando los miembros, si esto podía ser, sin matarlo. De tan horrorosa sentencia se dió la enhorabuena el Santo; y dixo á Daciano, que en esto mismo en que creía proceder más irritado, le acreditaba mejor que antes su compasión. Entonces fué quitado del eculeo, y puesto en el lecho ó parrillas de hierro, con brasas abaxo para abrasarle lentamente. Allí fué de nuevo azotado, y quemado tambien por encima con planchas ardientes: se echó sal al fuego, para que sus chispas multiplicasen los dolores: no habia en su cuerpo donde hacer nueva llaga: se añadian llagas á llagas, y tormentos á tormentos. Y el Santo inmóvil, los ojos levantados al cielo, haciendo oracion á Dios. Daciano no sabiendo qué mas hacerse, le mandó poner en un oscuro calabozo, sembrado de cascós de teja y vidriado, con que léjos de poder descansar, se le renovasen las llagas á cada movimiento: á mas le hizo meter los pies en el cepo.

Así le dexaron los guardas. Pero tantas penas juntas quedan en un instante trocadas en consuelos y glorias. Amanece entre aquellas tinieblas una luz mas resplandeciente que el sol: la escabrosidad de los cascós queda convertida en blandas olorosas flores: el cepo roto; y el invictísimo atleta de Dios se ve libre, recreado, canta alegre salmos é himnos al Señor; y mira á su rededor una multitud de ángeles que le consuelan, y entre otras cosas le dicen: «Reconoce, ó invictísimo Vicente, la bondad del Señor, por cuyo nombre valerosamente peleaste. En el cielo te tiene preparada la corona, quien en la tierra te hizo triunfar de los tormentos. Dexado el peso de la carne, vendrás luego á agregarte á nuestra com-

pañía". Al armonioso canto de los ángeles, que con Vicente cantaban las divinas alabanzas, despiertan los guardas: absortos del portento, se acercan á la puerta del calabozo: miran por las rendijas: ven los ángeles, las flores, la luz, y los demas prodigios: se convierten; y el Santo con sus palabras los acaba de fortalecer en la fe.

Informado de todo Daciano, quiere á lo ménos quitarle la gloria de morir en los tormentos: manda ponerle en una cama bien mullida para que se cure y refuerce, con que pueda padecer de nuevo sin morir. Los fieles aprovechan la libertad que se les da de cuidarle: le toman en brazos: le besan las llagas, y recogen su sangre en varios lienzos, para ser venerados de sus descendientes, con mucha utilidad suya. Así que el Santo descansó en un lecho cómodo, y entre los fieles, entregó luego el espíritu á Dios, y pasó al eterno descanso. Daciano hizo arrojar el cuerpo al campo para que fuese comido de las bestias; pero un cuervo le defendió de las aves, y hasta de un lobo. Arrojéronle despues á alta mar atado con una grande piedra; mas el Santo se aparece á uno de los fieles, le avisa que su cuerpo ha salido á la playa, y le señala el lugar. Una santa viuda, avisada tambien en sueños, lo dice á muchos cristianos: van todos al lugar señalado: hallan entre la arena al santo cuerpo, y le sepultan en una pequeña iglesia. Así se complació el Señor en multiplicar los prodigios, no ménos para conservar el cuerpo del Santo, que para dirigir su corazon en el combate, y mantener invicto su ánimo entre los tormentos.

Mientras que en España, y en las demas provincias cristianas, el demonio y las potestades de la tierra estaban armados contra la Iglesia, y la divina Providencia la estaba defendiendo con grandes prodigios: en las Galias, ó en la Francia, quedaban tranquilos los templos vivos del Espíritu Santo, y solas las paredes de las iglesias, ó los templos materiales fueron destruidos. Á esta sola parte de los crueles edictos dió cumplimiento Cons-

CCLXI

CCLXII

EN FRANCIA
ARRUINADAS
LAS IGLESIAS
VIVIAN LOS
FIELES EN PAZ
BAXO CONS-
TANCIO CLO-
RO.

¹ Lact. *De mort. Persec.* XV.

fancio Cloro, que mandaba entónces en las Galias¹; y aun mas que con esta indulgencia acreditó con otra disposicion el buen concepto que tenia de los cristianos. Habia muchos en su palacio: les propuso á todos que eligiesen, ó sacrificar á los dióses, y con esto proseguir en sus empleos; ó bien si no sacrificaban, salir de su palacio, y perder su amistad. Muchos prefirieron el interés temporal á la religion: otros permanecieron constantes. Pero todos quedaron sorprendidos quando despues de haberse resuelto y declarado vieron que el emperador desterraba de su palacio á los apóstatas, diciendo que no debía fiarse de que fuesen fieles á su príncipe los que tan facilmente eran infieles á su Dios. Al contrario á los que todo lo abandonaban para ser fieles siervos de Dios, los juzgó dignos de toda la confianza del príncipe, y así les confió la guarda de su persona y estado, y les contó entre sus mayores amigos².

² Eus. *de Vita Const.* l. c. 16.

CCLXIII

EN ITALIA
CRUELIA PER-
SECUCION SE
LLEVA Á SAN
SABINO,

³ Lactant. *De mort. Persec.* c. XV.

El viejo Maximiano, léjos de proceder con tanta clemencia como Constancio, hizo executar en Italia los sangrientos edictos de Diocleciano y Galerio³. Á San Sabino obispo de Asis con dos diáconos y muchos clérigos los hizo prender Venustiano gobernador de Toscana. Confesó Sabino su fe en Jesucristo resucitado, arrojó al suelo el ídolo que le presentaban para que le adorase; y al instante el juez le hizo cortar ambas manos. Hizo poner á los dos diáconos San Exúperancio y San Marcelo en la cuestión de tormento; y les rasgaron los costados con los garfios de hierros, con tanta crueldad que murieron allí mismo. San Sabino fué metido en la cárcel; y una dama cristiana, que recogió sus manos, y las embalsamó, visitaba de noche al santo obispo en la cárcel, y le pidió que alcanzase de Dios que recobrase la vista un nieto suyo que la habia perdido, y los médicos no sabían como curarle. El Santo puesto de rodillas hizo oración: puso los extremos de sus brazos sobre los ojos del ciego, quien al instante vió. Un milagro tan patente convirtió á todos los presos, que eran once, y se hizo público por toda la ciudad.

CCI. XIV
Y Á SU JUZG
CONVERTIDO
SAN VENUS-
TIANO:

Poco despues el mismo Venustiano padeció tan terrible mal de ojos, que ni podia comer, ni dormir, y los médicos no hallaban modo de aliviarle el dolor. Acudió pues al preso San Sabino: le envió su muger é hijos á rogarle que se compadeciera de su trabajo. El Santo fué á verle. Venustiano le pedia perdon de la crueldad con que le habia tratado. Mas el Santo le dixo: "Mis pecados lo merecian: lo que te importa es, que te arrepientas, creas en Jesucristo, y recibas el bautisimo, y así curarás de tu dolor, y alcanzarás la vida eterna". Venustiano se manifestó pronto á todo y deseoso de bautizarse. Entónces el Santo le mandó hacer pedazos y arrojar al rio un ídolo que tenia: le preguntó sucesivamente si creía en Dios Padre Omnipotente, en su Hijo Jesucristo, y en el Espíritu Santo: que Jesucristo subió á los cielos, y vendrá á juzgar vivos y muertos: el perdon de los pecados, y la resurreccion de la carne. En seguida le bautizó; y al instante Venustiano se halló del todo curado, y echándose á los pies del santo obispo de nuevo le pedia perdon. Luego que Maximiano supo que Venustiano se habia bautizado, envió á Asis á Lucio, quien sin forma de proceso hizo cortar la cabeza á San Venustiano, á su muger é hijos, y á San Sabino le hizo dar de palos hasta que murió. Sus cuerpos fueron recogidos por los cristianos, y escondidos con mucho cuidado. En las actas de estos mártires, que publicó Baluzio¹, vemos que el pueblo de Roma varias veces pidió á Maximiano que acabase con los cristianos; y que habiendo el emperador juntado el pueblo en el capitolio por abril del año 303, alabó su amor á la religion de sus padres, y les dixo que iba á dar orden al prefecto de Roma, y á todos los ministros, para buscar y prender á los cristianos, y obligarlos á sacrificar.

En el mismo año 303 Diocleciano estuvo algun tiempo en Roma; y entre los muchos mártires que aquel año y el siguiente padecieron en dicha ciudad², merecen particular memoria Santa Soter, y San Marcelino,

Tom. II.
Miscel. p. 47.

ECLXV
Á MUCHÍSIMOS
ESPECIALMEN-
TE DE ROMA,
Y DE MILAN:

² Vid. Till.
Pers. de Dio-
cle. art. 23.
48. s.

con San Pedro. Á Santa Soter, vírgen del noble linage de que fué San Ambrosio, por no querer sacrificar se la condenó á ser abofeteada en público. Quitóse el velo, y solo para el martirio descubrió la cara, que traía siempre muy tapada para ocultar su extremada hermosura. Con inalterable paciencia sufrió la ignominia, y dolor de los golpes con que la desfiguraron: no volvió la cabeza, no se le vió ni un suspiro, ni una lágrima. Sufrió otras especies de tormentos; y por fin se le cortó la cabeza ¹. Á San Marcelino presbítero, y á San Pedro exôrcista, mandó el juez que los degollasen en un bosque ó desierto, para que los fieles no supiesen el lugar en que quedaban los santos cuerpos. Mas una santa muger advertida por revelacion fué á buscarlos, y se los llevó. Esta memoria nos ha conservado S. Dámaso ², á quien quando niño se lo contó el mismo verdugo que executó la sentencia. San Ambrosio encontró despues las reliquias de San Agrícola que murió crucificado, y de su esclavo San Vital, que despues de sufridos toda especie de tormentos, murió al acabar esta oracion: *Señor Jesucristo, Salvador mio, y Dios mio, recibe mi espíritu: mis deseos son ya solo de recibir la corona que tu santo ángel me ha manifestado* ³. El mismo Santo halló tambien las reliquias de S. Nasario, y San Celso mártires de Milan, y de San Gervasio y S. Protasio de la misma ciudad. De estos dos no se tenia noticia alguna, aunque estaban enterrados junto á otros dos mártires San Nabor y San Felix, á quienes y á San Victor, el Santo supone tambien milaneses ⁴.

Pero de los muchísimos mártires que padecieron entonces en lo restante de la Italia é islas adyacentes ⁵, acordaremos solo á Santa Inés tan celebrada de San Ambrosio y otros santos padres, y á San Euplo ó Euplio mártir de Sicilia. San Ambrosio ⁶ hace un digno elogio del duplicado martirio, que por conservar la fe y la virginitad sufrió la esclarecida Santa Inés. Era de doce á trece años de edad, quando por no querer sacrificar á los ídolos, el juez la abandonó á unos jóvenes deshonestos. Uno

¹ S. Ambros.
De Exhort.
Virg. c. 12.
De Virg. III.
c. ult.

² Carm. XII.

³ D. Ambros.
Exh. Virg.
c. 1. et 2.

⁴ Paul. Vita
Amb. S. Ambros.
in Luc. CVII.
n. 178.

CCLXVI
Á LA INÉS
SANTA INÉS,

⁵ Vid. Till.
Pers. de Dio-
cl. art. 50. ad
56.

⁶ De Virg.
Lib. I. c. 2.

de ellos que se atrevió á mirarla con ojos impuros, herido por un ángel, como por un rayo, quedó ciego y medio muerto; y por intercesion de la Santa recobró despues la salud y la vista. Entónces el juez, desconfiado de rendir por ningun medio su constancia, la condenó á muerte. La Santa dió gracias á Dios, hizo una fervorosa oracion, inclinó la cerviz y se le cortó la cabeza, quedando los verdugos asombrados de ver tan heroyca fortaleza en tan tierna niña ¹.

De San Euplo se nos conservan actas auténticas, que vamos á dar traducidas segun la edicion de Baronio, que Ruinart prefiere á las demas ². " En el consulado nono de Diocleciano, y octavo de Maxímiano (esto es en el año 303) á 14 de agosto en la ciudad de Catana, Euplo diácono desde fuera de la cortina del despacho, dixo: *Cristiano soy, y por el nombre de Cristo deseo morir.* Oyóle el consular Calvisiano, y dixo: Éntre ese que gritó. Y entrando Euplo en el gabinete del juez, con los evangelios en la mano, un tal Maxímimo amigo de Calvisiano dixo: No parece bien que éste tenga tales escritos contra el mandato real. Calvisiano dixo á Euplo: ¿De dónde los has sacado? ¿Son de tu casa? Euplo respondió: *No tengo casa. Mi Señor Jesucristo lo sabe.* Calvisiano dixo: ¿ Los has traído tú? Euplo dixo: *Yo mismo los he traído como ves. Me prendieron con ellos.* Calvisiano dixo: Léelos. Euplo abrió y leyó: *Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reyno de los cielos.* Y en otro lugar: *El que quiera venir en pos de mí trayga su cruz, y sígame.* Mientras iba leyendo, Calvisiano dixo: ¿ Qué viene á ser esto? Euplo dixo: Es la ley de mi Señor, que se me ha entregado. Calvisiano dixo: ¿ De quién? Euplo respondió: *De Jesucristo Hijo de Dios vivo.* Calvisiano pronunció esta interlocutoria: Pues que su confesion es evidente, sea preguntado en la questão, y entregado á los verdugos. Y luego que fué entregado, comenzó el segundo interrogatorio en los tormentos.

¹ Prud. De Coron. hym. XIV.

CCLXVII
Y Á SAN EUPLO, DE QUIEN TENEMOS BELLAS ACTAS.

² Ruin. Adm. in Act. S. Eupli p. 405.

ECLXVIII

„En el consulado nono de Diocleciano, y octavo de
 „Maximiano, dia 14 de agosto, Calvisiano dixo á Eu-
 „plo puesto en el tormento: ¿Qué dices tú ahora de lo
 „que hoy confesaste? Euplo, haciéndose en la frente la
 „señal de la cruz con la mano que tenia libre, dixo: Lo
 „que entónces dixes, tambien ahora lo confieso. Cristiano soy,
 „y leo las escrituras divinas. Calvisiano dixo: ¿Por qué re-
 „tuviste y no entregaste estos escritos que los emperado-
 „res prohibieron? Euplo respondió: Porque soy cristia-
 „no, y no me era lícito entregarlos: mas valiera morir.
 „En ellos está la vida eterna: la pierde quien los entre-
 „ga. Yo doy mil vidas para no perder la eterna. Calvi-
 „siano pronunció esta interlocutoria: Euplo, que no en-
 „tregó las escrituras, conforme el edicto de los príncipes,
 „antes bien las leyó al pueblo, sea atormentado. Durante
 „el tormento Euplo dixo: *Gracias os doy, ó Jesucristo.*
 „*Defendedme, pues por vos padezco.* Calvisiano dixo: Dé-
 „xate, Euplo, de esta locura: adora á los dioses, y que-
 „darás libre. Euplo dixo: Adoro á Cristo: detesto á los
 „demonios. Haz lo que quieras: cristiano soy. Esto es lo
 „que tiempo ha que deseo. Haz lo que quieras: añade
 „otros tormentos: cristiano soy. Quando ya habia mu-
 „cho tiempo que los verdugos le daban tormento, se les
 „mandó cesar, y Calvisiano dixo: Infeliz, adora á los
 „dioses: da culto á Marte, Apolo, y Esculapio. Euplo
 „dixo: Yo adoro al Padre, y al Hijo, y al Espíritu San-
 „to. Yo adoro á la Santa Trinidad, fuera de la qual no
 „hay Dios. Perezcan los dioses que no han criado el cie-
 „lo, la tierra y lo que en ellos hay. Yo soy cristiano. Cal-
 „visiano prefecto dixo: Sacrifica, si quieres librate. Eu-
 „plo dixo: Ahora me sacrifico yo mismo á Cristo Dios:
 „no tengo mas que hacer. En vano te cansas. Yo soy cris-
 „tiano. Calvisiano mandó que le atormentasen otra vez
 „con mas rigor. Y entretanto Euplo dixo: *Cristo, gra-
 „cias os doy: Jesucristo, asistidme. Por vos padezco, ó
 „Jesucristo.* Lo repitió muchas veces: y quando le falta-
 „ban las fuerzas, ya sin voz, con el movimiento de los

„labios decia lo mismo ó cosas semejantes.
 „Calvisiano se entró tras la cortina, dictó la senten-
 „cia, y salió otra vez con la tablita, y leyó: Mando que
 „Euplo cristiano, que desprecia los edictos de los prin-
 „cipes, que blasfema de los dioses, y no vuelve en sí,
 „sea degollado. Llevadle al suplicio. Entónces le colgarón
 „al cuello el evangelio con que le prendieron. Un prego-
 „nero iba diciendo: Euplo cristiano, enemigo de los dioses
 „y de los emperadores. Euplo lleno de gozo decia siem-
 „pre: *Gracias sean dadas á Cristo Dios.* Y habiendo lle-
 „gado al lugar del suplicio, oró largo tiempo de rodi-
 „llas. Y dando otra vez gracias, presentó la garganta, y
 „el verdugo le cortó la cabeza. Los cristianos despues se
 „llevaron el cuerpo, le embalsamaron, y dieron hon-
 „rosa sepultura ¹.”

Un acto de semejante piedad con el cuerpo de Santa Afra, ocasionó el martirio de otras quatro santas. Afra habia sido famosa muger pública de Ausburg, ó Augusta, ciudad de la Recia. El juez le instaba que sacrificase para recobrar la amistad y dones de sus amantes, y le decia que el Dios de los cristianos no admitia rameras. La Santa detestaba sus antiguos pecados, y las riquezas que le habían acarreado, y habia repartido ya á los pobres. Se confesaba indigna de ser, ni llamarse cristiana; pero tenia presente la infinita benignidad con que nuestro Señor Jesucristo recibió á publicanos, y mugeres públicas, y los perdonó; y miraba como señal de la misericordia de Dios para con ella, el facilitarla que confesase su fe. Así á las amenazas de ignominias y tormentos con que el juez intentaba amedrentarla, respondia: “Mis afrentas son so-
 „lo mis pecados. Padezca varios tormentos este cuerpo
 „con que tanto pequé. Morir por la fe es lo que deseo,
 „si Dios me hace esta gracia, para que con el martirio
 „merezca el descanso eterno.” El juez la condenó á ser quemada viva. Lleváronla pues á una isleta del rio Lec, ó Lico: la desnudaron, la ataron á un palo, la cercaron de sarmientos, pusieron fuego, y así murió, pidiendo á

CCLXIX

183309

1 Bar. ad an.
 303 n. 146.
 Ruin. S. Eu-
 pli p. 406.

CCLXX

EN LA RE-
 CIA MUFRE
 SANTA AFRA,
 SU MADRE, Y
 TRES CRIADAS:

1 Ruin. S. E.

303 n. 146.

Ruin. S. Eu-

pli p. 406.

CCLXX

EN LA RE-

CIA MUFRE

SANTA AFRA,

SU MADRE, Y

TRES CRIADAS:

1 Ruin. S. E.

303 n. 146.

Ruin. S. Eu-

pli p. 406.

CCLXX

EN LA RE-

CIA MUFRE

SANTA AFRA,

SU MADRE, Y

TRES CRIADAS:

1 Ruin. S. E.

303 n. 146.

Ruin. S. Eu-

pli p. 406.

CCLXX

EN LA RE-

CIA MUFRE

SANTA AFRA,

SU MADRE, Y

TRES CRIADAS:

1 Ruin. S. E.

303 n. 146.

Ruin. S. Eu-

pli p. 406.

Dios en alta voz perdon de sus pecados, dando gracias, y ofreciéndose en sacrificio " al Señor Jesucristo, que "siendo Dios vive y reyna con el Padre y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos".

CCLXXE

Estaban á la orilla del rio Digna, Eunomia, y Eutropia que habian sido criadas suyas, compañeras de sus excesos, y tambien como ella convertidas y bautizadas por San Narciso obispo, del qual se cree que es el mismo que murió despues mártir en Gerona. Estas santas penitentes pasaron en un barco á la isla, y hallaron entero el cuerpo de Santa Afra. Un niño que las seguia pasó el rio á nado, y corrió á decirlo á Hilaria madre de la mártir. La qual de noche acompañada de sacerdotes de Dios recogió el santo cuerpo, y se le llevó dos millas de la ciudad á un sepulcro que habia construido para sí y para los suyos. Por orden del juez fueron allá soldados, y no pudiendo reducir las á sacrificar, las metieron dentro del sepulcro, le llenaron de sarmientos, y espinas secas, y pegaron fuego. Con que el mismo dia en que fué sepultada Santa Afra, padecieron martirio su madre Santa Hilaria, y sus tres criadas Santa Digna, Santa Eutropia, y Santa Eunomia ¹.

¹ Ruin. Pas S.
Afra, p 454.

CCLXXII
EN LA PANNONIA SAN IRE-
NÉO,

En la Recia solo hallamos memorias seguras del martirio de estas santas. En la Panonia la persecucion en sus principios se dirigió principalmente contra el clero. San Ireneo obispo de Sirmio fué presentado á Probo presidente. Quando éste le intimó el mandato de sacrificar, el Santo respondió: *Á mi lo que se me manda es sufrir los tormentos ántes de negar á mi Dios.* Quando le amenazaba con suplicios decia: *En ellos tendré mi gozo, porque participaré de la pasion de mi Señor.* Quando le instaba que mirase por su juventud respondia: *Por mí miro, por toda la eternidad, y por esto no sacrificio.* Quando le hacia observar las lágrimas de sus padres, muger, hijos, y amigos, que lamentaban su muerte, el Santo decia: *Mi Señor Jesucristo me manda amarle mas que á mis padres, muger, hijos y hermanos.* Así despues de dos

interrogatorios, de muchísimos dias de penosa cárcel, y de haber sido apaleado, y atormentado de otras maneras, el juez pronunció esta sentencia: "Mando que Ire-
"néo, por inobediente á los mandatos reales, sea arrojado
"al rio." El Santo solo manifestó pena de que no le hicie-
se pasar ántes de la muerte por los atroces tormentos con
que le habia amenazado. Y el juez no pudiendo sufrir
tanta constancia en el mártir, añadió la órden de cortar-
le la cabeza. Dió el Santo gracias á Dios: llegado al puen-
te él mismo se quitó el vestido, hizo una fervorosa ora-
ción en que recomendó los fieles de la iglesia católica de
Sirmio, y luego se le cortó la cabeza: y fué arrojado al
rio ¹.

*1 Ruin. Pas.
S. Iren. p. 401.*

CCLXXIII
S. PULION FA-
MOSO LECTOR,

Poco despues estando Probo en Cibala, tambien ciu-
dad de la Panonia, le fué presentado Pulion ó Polion,
el primero de los lectores, como un soberbio que no ce-
saba de hablar mal de los dioses y de los emperadores.
Declarado su nombre, que era cristiano, y lector, ó de los
que leen al pueblo las escrituras divinas, Probo le dixo:
¿Qué eres de esos que van pervirtiendo las mugeres livi-
anias, para que no se casen, persuadiéndoles una vana
castidad? Pulion le respondió: "Los livianos é impru-
"dentes son los que dexan á su Criador por sujetarse á
"vuestras supersticiones. Pero se acreditan de constan-
"tes y fieles á su reyno eterno, los que á pesar de los
"tormentos, procuran cumplir con los preceptos que han
"leido. ¿Qué preceptos son estos? dixo Probo. ¿De qué
"Rey? ¿Qué dicen? Y Polion: "Son los santos mandamien-
"tos de Cristo verdadero rey. Estos nos dan á conocer al
"único Dios que despide rayos desde el cielo, y que no
"puede ser Dios lo que es piedra ó madera. Corrigen á
"los malos, y confirman á los buenos en la inocencia. En-
"señan á las vírgenes á guardar el sublime estado de su
"integridad, y á las casadas una continencia modesta aun
"teniendo hijos. Á los amos á mandar con blandura, á los
"esclavos á servir con amor, y á todos á obedecer á los re-
"yes y potestades en las cosas justas que manden. Á tra-

»tar á los padres con honor, á los amigos con igualdad;
 »á los enemigos con indulgencia, á los conciudadanos con
 »cariño, á los huéspedes con humanidad, á los pobres con
 »misericordia, á todos con caridad. No hacer mal á na-
 »die: sufrir con paciencia las injurias, y no hacer ningun-
 »na: ceder los bienes propios, y los ajenos no desearlos,
 »ni aun con miradas de complacencia. Por último nos
 »enseñan que vivirá eternamente quien por la fe despre-
 »cie la muerte momentánea que vosotros podeis causar.
 »Si estas máximas te disgustan, podrás ahora condenarlas
 »con conocimiento de causa". Pero bien, replicó el pre-
 sidente, ¿de qué servirá todo esto á un muerto privado de
 la luz, y de todos los bienes del cuerpo? Pulion respon-
 dió: "La luz eterna vale mas que esta que vemos: los
 »bienes eternos son mas suaves que los perecederos; y no
 »es prudencia preferir estos á aquellos". Intimóle entón-
 ces el presidente la orden de sacrificar. El Santo se de-
 claró resuelto á seguir los pasos de los obispos y presbíte-
 ros, y á sufrir qualesquiera tormentos y muertes, antes que
 sacrificar á los ídolos. En consecuencia fué sentenciado á
 morir entre llamas; y así se executó á una milla de la ciu-
 dad, el mismo dia que años antes habia sido martirizado
 S. Eusebio, obispo de la misma Cibala, cuya fiesta se ce-
 lebraba con júbilo. El mismo Probo en Singido ciudad de
 la Mesia hizo matar á San Montano, presbítero de aquella
 iglesia, varon exemplar por sus virtudes cristianas.

1 Ruin. Pas.
 S. Poll. p.
 403.

CCLXXIV
 SAN QUIRINO,

Estos y otros santos padecieron en la Panonia en
 los años 303 ó 304. Pero hácia el año 309 encontramos
 en la misma provincia otros mártires. San Quirino obis-
 po de Siscia, viendo el rigor de la persecucion, y sabien-
 do que tambien le buscaban á él, quiso seguir el consejo
 del Señor, y huir á otra ciudad. Pero le prendieron en el
 camino, y el valor con que confesó la fe, hizo ver que
 no huía por cobardía ó temor. De resultas de su gloriosa
 confesion fué apaleado, cargado de cadenas, y metido
 en la cárcel. Á media noche apareció tan singular resplan-
 dor, que Marcelo carcelero se postuló á los pies del San-

to, y le dixo: *Ruega por mí al Señor, porque creo que no hay otro Dios sino el que tú adoras.* El santo obispo le animó, instruyó, é impuso la señal del nombre de nuestro Señor Jesucristo: esto es, le bautizó, ó á lo ménos le hizo catecúmeno. Hasta aquí padeció San Quirino por orden de Máximo; pero tres días despues fué enviado á Amanacio en la alta Panonia. Por las orillas del Danubio tuvo que andar muchas ciudades cargado de cadenas. Allí le traxeron que comer unas buenas mugeres; y al bendecir el Santo lo que le traían, se le cayeron las cadenas de las manos y pies. Fué llevado por fin á la ciudad de Sabaria, en cuyo teatro Amanacio le hizo comparecer. Manifestó compadecerse de su avanzada edad, y procuró reducirle á sacrificar. Pero viéndole inflexible, sin desear la vida presente, ni temer una muerte cruel, constante en la ley de Cristo Dios que habia predicado, le mandó atar por el cuello á una rueda de molino, y echar en el rio desde el puente. Con gran asombro del pueblo se mantuvo mucho tiempo sobre el agua. Desde allí exhortó á los fieles á la constancia en la fe; é hizo una fervorosa oracion, en que dió gracias á Dios del portentoso que estaba obrando y concluyó protestando que eran vivos sus deseos de morir por Cristo Dios. Entónces, cediendo el agua al peso de la piedra, se sumergió: su santo cuerpo fué despues encontrado allí cerca, y venerado como correspondia ¹.

Por aquel tiempo padeció martirio en Sirmio San Sereno, griego de nacimiento, y hortelano de profesion. Fué citado al tribunal del presidente, no como cristiano, sino á instancias de un oficial del emperador, que le acusó de haber insultado á su muger. Pero habiendo respondido Sereno que no habia hecho mas que reprehenderla de que se estuviese paseando por su huerto en una hora muy irregular para mugeres de honor, el marido se retiró confuso de la liviandad de su consorte. Mas el presidente entró en sospechas de que un hortelano tan zeloso de la honestidad seria cristiano; y le preguntó: ¿De qué nacion eres? Él al instante respondió: *Soy cristiano.* ¿Cómo

1 Ruin. *Pas.*
S. *Quirini.* p.
497. *Prud. de*
Coron. Hym.
VII.

CCLXXV
Y SAN SERENO
HORTELANO.

pues, le dixo el presidente, ó en dónde te has escondido para no sacrificar? Y el Santo respondió: "Ha sido del agrado de Dios conservar mi vida hasta ahora. Era como una piedra desechada; mas ahora el Señor me llama á su edificio. Pues que ha querido que yo fuese descubierta, pronto estoy á padecer por su nombre, y participar de su reyno con sus santos". El presidente irritado dixo: Pues que así desprecias los mandatos imperiales, mando que se te corte la cabeza. Y así se executó luego en el lugar acostumbrado ¹.

¹ Ruin. Pas. S. Seren. p. 492.

CCLXXVI
EN LA MACEDONIA SON MEMORABLES TRES SANTAS, ACAPPE, QUIONIA, É IRENE:

² Vid Tillem. Pers. de Diocle. art. 57. & 58.

³ Ibid. art. 58. & n. 64.

Si en la Recia y Panonia continuó la persecucion en fuerza de los edictos imperiales, despues que habia calmado en las demas provincias occidentales del imperio ²: mucho mas en la Macedonia que pertenecia al imperio del oriente. Así hallamos á San Demetrio, sin forma de juicio mandado traspasar á lanzadas por Galerio en Tesalónica, en el año 310, ó poco ántes ³. Pero las memorias mas preciosas que nos quedan de los mártires de esta capital, son las de tres santas hermanas Agape, Quionia, é Irene, martirizadas en el año 304. Fueron presentadas al tribunal de Dulcecio, con Agaton, Casia, Felipa, y Eutiquia, por no haber querido comer de los manjares sacrificados á los ídolos. Dulcecio les preguntó á todos de uno en uno por que no obedecian á los emperadores, y no comían de aquellos manjares. Agaton respondió: *Porque soy cristiano.* Agape: *To creo en Dios vivo, y no quiero perder la tranquilidad de conciencia.* Quionia: *No he hecho lo que dices, porque creo en Dios vivo.* Irene: *Por temor de Dios.* Casia: *To quiero salvar mi alma.* Felipa: *Mas quiero morir que comer de vuestros sacrificios.* Eutiquia: *Tambien yo moriré ántes de hacer lo que mandas.* Eutiquia estaba en cinta; y así el presidente Dulcecio se detuvo algo mas en persuadirle que obedeciese al edicto imperial. Mas ella respondió: *No quiero obedecerle de ningun modo. Soy cristiana, sierva de Dios Omnipotente.* Entonces Dulcecio dixo: Ya que Eutiquia está en cinta, entre tanto esté en la cárcel.

El presidente vuelto á Santa Agape, y Santa Quionia, les preguntó si tenían libros sagrados; y dixeron que todos se los habian quitado por orden de los emperadores. Preguntó tambien quien las habia instruido en la fe; y respondieron: *Dios Omnipotente, y su Unigénito Hijo Jesucristo nuestro Señor.* Vista pues su invencible constancia, Dulcecio dixo: Es evidente que vosotras debéis obedecer á nuestros emperadores y césares. Ya pues que á pesar de tantos avisos, tantos edictos, y tales amenazas, con temerario atrevimiento despreciáis las órdenes de los emperadores y césares, permaneciendo con el impio nombre de cristianos: ni hasta hoy habéis querido firmar la negacion de Cristo, que os presentaban los ministros y soldados: por tanto sufrid los castigos que mereceis. Dicho esto, leyó la sentencia en estos términos: "Agape y Quionia que por un espíritu de iniquidad y contradicción han contravenido al sagrado edicto de los augustos y césares, y aun ahora hacen profesion de la temeraria y vana religion de los cristianos; detestada por toda la gente piadosa, mando que sean arrojadas al fuego." Y añadió: "Agaton, Casia, Felipa, é Irene, estén en la cárcel hasta nueva orden".

CCLXXVII

CCLXXVIII

Segun parece Santa Irene tenía algunos libros sagrados y eclesiásticos muy escondidos, y fueron hallados durante la prision. Porque despues de executada la sentencia de las dos hermanas, fué otra vez presentada á Dulcecio, que le dixo: Tu misma conducta comprueba tu locura: pues estás viendo y confesando que eran tuyos esta multitud de libros ó escritos cristianos, y ántes cada dia negabas que los tuvieses. Con todo quiero usar contigo de indulgencia: sacrifica á los dioses, y quedas libre. "De ninguna manera, respondió la Santa: no lo permita Dios omnipotente, Criador de todas las cosas. La espantosa pena de un fuego eterno caerá sobre los que nieguen á JESUS Verbo de Dios". Dulcecio le preguntó quien la habia movido á guardar las escrituras, y quien de su casa lo sabia. Pero la Santa respondió que se lo

Y Rein. de
la 22 de Agos.
de 1790.
CCLXXVII
EN LA TIA
CIA DE LA
LOS DE LA
NO. 1790.
2.º DE LA
LIBRERIA

habia mandado Dios, y que solo Dios lo sabia; pues no se fiaba de sus domésticos por miedo de que no la acusasen. Quería tambien descubrir el presidente en donde estaban escondidas las tres hermanas el año antecedente en la primera publicacion de los edictos, quien lo sabia, y las asistia. Pero la Santa solo declaró que vivian al descubiertò por los montes: que su padre no sabia donde paraban: y que les daba de comer Dios que da á todos. Por último quiso saber Dulcecio en donde, y delante de quienes leían las escrituras. Pero la Santa dixo: "No nos atrevíamos á sacarlas de casa; y sentiamos en extremo no poderlas leer de día y de noche, como hacíamos hasta el año pasado en que tuvimos precision de esconderlas". Entónces el presidente le hizo memoria de la sentencia de sus hermanas, y le dixo que ántes de hacerla morir la quería abandonar á la infamia de un lugar público; y así lo hizo, apercibiendo á los ministros con pena de muerte, si la dexaban salir ni un instante.

Obedecieron con puntualidad. Pero por la gracia del Espíritu Santo que la protegía, nadie se atrevió á insultarla, ni con acciones, ni con palabras, ni aun á acercársele. Dulcecio la hizo comparecer otra vez en el tribunal: le preguntó si persistia en su temeridad, y la Santa respondió: *La resolucíon en que me mantengo no es temeridad, sino piedad hácia Dios.* Y Dulcecio escribió esta sentencia: "Pues que Irene no ha querido obedecer á los emperadores, ni sacrificar á los dioses; ántes bien aun ahora persevera en la religion de los cristianos; mandó que sea quemada viva, como sus dos hermanas". Luego los soldados la llevaron á un lugar elevado, en que sus hermanas habian muerto, y encendiendo una grande hoguera la mandaron subir. La Santa, cantando salmos en alabanza de Dios, se entró en el fuego, y murió ^f.

El mismo martirio que en Tesalónica padecieron estas tres santas hermanas, sufrió en Heracléa, metrópoli de la Tracia, su santo obispo Felipe, anciano venerable, con dos discípulos suyos San Severo presbítero, y San Her-

† Ruin. *Acta SS. Agape*
&c. p. 390.

CCLXXX
EN LA TRACIA
TRES SANTOS DEL CLERO,
FELIPE, SEVERO, Y
HERMES:

més diácono. Publicada la persecucion, muchos aconsejaban al santo obispo que se retirase de la ciudad; mas él no salia de la iglesia, instruyendo y animando á los fieles sin cesar. Cerca de la fiesta de la Epifanía, un ministro del gobernador pasó á la iglesia, hizo inventario de quanto habia, y puso su sello, especialmente en la puerta, para que no pudiesen abrirla. San Felipe viendo á los fieles afligidos, los consolaba, y decia de los perseguidores: "Esta gente liviana y necia, se imagina que Dios habita mas en las paredes, que en los corazones de los hombres". Se congregaban los fieles junto á la puerta: allí los encontró el gobernador Baso, y los hizo comparecer en el tribunal. Preguntó quien era el maestro de los cristianos, y San Felipe dixo: *Yo soy el que buscas*. Baso prosiguió: Todos sabeis que el emperador prohibe á los cristianos el juntarse, y manda que sacrifiquen ó mueran. Entregad pues quanto tengais de oro, plata, ó cosa de valor, y todos los escritos que leais, y con que enseñais: que sino, lo habreis de hacer despues de los tormentos. San Felipe le respondiό: "Si gustas de atormentarnos, prontos estamos. Los vasos y alhajas de valor, tómalos luego: de esto no hacemos caso. Cristo se complace mas en el adorno del corazon, que en el de la Iglesia. En quanto á las escrituras, ni á tí te está bien pedir las, ni á mí dar las". Baso hizo tambien algunas preguntas á San Severo sin poder averiguar nada; y entre tanto hacia atormentar terriblemente á San Felipe. San Hermes le decia: "Si con tu crueldad hallases y recogieses todas nuestras escrituras, de modo que no quedase ninguna: entόnces nuestros hijos harian otros libros aun mayores, y enseñarian con mas zelo el temor que se debe á Cristo".

En seguida el gobernador pasó á apoderarse de todas las alhajas de la iglesia. Su asesor Publio queria tomar ocultamente algunos vasos: lo reparó San Hermes, y procuró impedirlo. Publio le dió una cruel bofetada, que le hizo arrojár sangre: Baso reprehendiό á Publio,

y dió orden de que se curase á San Hermes. Para diversion de los infieles y espanto de los cristianos, el gobernador mandó que San Felipe, y los que estaban con él cercados de tropa, fuesen llevados á la plaza pública: que se quitase el techo á la iglesia: y que las escrituras amontonadas se quemasen. Levantóse tan alta llama, que todos se asombraron; y San Felipe tomó de ahí ocasion de hablar de la divina venganza que amenaza á los impios, y hacer memoria de incendios de ídolos, y de sus templos: concluyendo que lo mismo que es fuego y castigo para los malos, sirve de prueba y de luz para los buenos. Entre tanto compareció en la plaza un sacerdote idólatra con lo preciso para sacrificar, y Baso con una multitud de gentes de toda edad y sexó. Algunos se compadecian de los cristianos; y otros especialmente los judíos hablaban de ellos con furor. Baso instó á San Felipe que sacrificase á los dioses, ó á lo emperadores, ó á la fortuna de la ciudad, ó tambien á Hércules, de quien habia allí una muy bella estatua. El Santo respondió: "Que á los emperadores les debía obediencia, mas no culto;" y que el de los ídolos era cosa muy absurda y detestable". Baso se volvió á San Hermes, y viendo que no queria sacrificar, le dixo: ¿Si Felipe sacrifica, bien seguirás su exemplo? *De ninguna manera*, respondió el Santo, *pero no se lo persuadirás*. En consecuencia los mandó llevar á la cárcel. Por el camino algunos insolentes á empellones hacian caer al santo viejo, que se levantaba como podia, pero con semblante alegre, sin señas de indignacion, ni de dolor. Entraron en la cárcel cantando salmos en accion de gracias. Pocos dias despues se les permitió que la casa de un cristiano les sirviese de cárcel: de allí los pasaron á la del teatro; y en una y otra parte podian ir los fieles á visitarlos, y oír sus instrucciones.

CCLXXXII

Entre tanto á Baso, bastante benigno con los cristianos, y cuya muger lo era, sucedió Justino. Los santos fueron presentados á su tribunal: San Felipe confesó que

era cristiano y obispo, y que no queria sacrificar. Y por órden de Justino fué atado por los pies, y arrastrado por la ciudad. Los golpes de las piedras destrozaron su cuerpo, y despues fué llevado á la cárcel en brazos de los fieles. El pueblo enfurecido buscaba á San Severo, que habia podido esconderse; pero por inspiracion del Espíritu Santo, él mismo se presentó. Justino no pudo persuadir ni amedrentar, ni á San Severo, ni á San Hermes: así los mandó ir á la cárcel. Despues de siete meses de rigurosa prision los envió á Adrianópolis: quedando con su ausencia muy desconsolados los fieles de Heracléa. Pasó el presidente á Adrianópolis; y formado el tribunal en las Termas, los hizo comparecer. Renovó San Felipe su confesion con la misma constancia, y Justino le mandó azotar con varas, con tanta continuacion que llegaron á vérsese las entrañas. San Hermes habia sido decurion, y por su buen trato todos le querian y compadecian: se mantuvo constante; y ámbos fueron vueltos á la cárcel.

Tres dias despues los llamó Justino otra vez á su audiencia pública: los halló constantes; y Hermes le hacia ver con tanta eficacia la ceguedad de los idólatras, que Justino irritado le dixo: Tú hablas como si pudieras hacerme cristiano. Y el Santo respondió: *Lo deseo no solo de tí, sino tambien de todos los circunstantes.* Por último Justino dió esta sentencia. "Felipe y Hermes, que despreciando el mandato del emperador romano, se han hecho indignos hasta del nombre de romanos, mandamos que sean quemados vivos para escarmiento de los demas". Iban alegres al lugar del martirio; y el presbítero San Severo, que habia quedado en la cárcel, quando lo supo pidió á Dios la gracia de serles compañero en el martirio, ya que lo habia sido en la cárcel y en la confesion. Oyó el Señor, y fué martirizado el dia siguiente.

Yendo San Felipe al suplicio, dixo que Dios le habia revelado con certeza su martirio, pues en sueños se le habia aparecido una paloma muy cándida, que le dió á comer un manjar suavisimo: con lo que conoció que Dios

2 Roin. Par.
2 Philip. R. p.
Irene. p. 400.
CCLXXXIII
CCLXXXIII
Y EN LA CI-
LICIA TRES
SANTOS EX-
COS TIRACOS.
PADO, Y AN-
BONICO.

le juzgaba digno de padecer. Puestos en el lugar del suplicio, los metieron de pies en un hoyo: los cubrieron de tierra hasta las rodillas: con las manos atras los clavarón en un palo: amontonaron leña al rededor, y quando iban á poner fuego, San Hermes llamó á un cristiano, cuyo nombre era Vologeso, y le dixo: "Por nuestro Señor Jesucristo te pido que de mi parte digas á mi hijo Felipe, que vuelva con fidelidad todo lo que yo tenia de otros. Así lo mandan hasta los emperadores de este mundo; y no quiero quedarme con ningun escrúpulo". Lo dixo, porque tenia muchas cosas, que otros le habian encargado que se las guardase. Y añadió: "Dile que él es jóven, y que es justo que viva de su trabajo como lo ha hecho su padre, que ha procedido bien con todos". Dicho esto acabaron de atar á San Hermes, pusieron fuego, y los mártires dieron gracias á Dios mientras pudieron hablar. Sus cuerpos fueron hallados enteros: Justino los mandó echar al rio; mas algunos fieles con redes de pescar los sacaron, y los escondieron algo lejos de la ciudad.

† Ruin. *Pas.*
S Philip Ep.
Herac. p. 409.

██████████

CCLXXXIV

Y EN LA CILICIA TRES SANTOS LEGOS TARACO, PROBO, Y ANDRÓNICO,

Hemos visto el valor con que murieron por la fe tres santas mugeres en la Macedonia; y tres santos eclesiásticos en la Tracia. Veamos ahora tres santos legos, confesando tres veces la fe en tres distintas ciudades de la Cilicia, sufriendo en cada una los mas crueles tormentos, y coronados en fin con un glorioso martirio. Sus actas fueron copiadas de los registros públicos entónces mismo, á instancia de los cristianos, y las remitieron á las iglesias de Iconio, Pisidia y Panfilia; añadiéndoles al principio un breve prólogo, y al fin la relacion de la muerte de los Santos, y sucesos á ella posteriores. Así no puede dudarse de su autenticidad. Vamos á resumir lo que nos parece mas importante.

En Tarso, metrópoli de la Cilicia, sentado Máximo presidente en su tribunal, le fueron presentados los santos Taraco, Probo, y Andrónico. San Taraco era ya de sesenta años ó mas, habia sido militar y dexado el ser-

vicio con licencia. San Probo habia renunciado grandes bienes para mejor servir á Cristo. San Andrónico era el mas jóven, y de una de las mas ilustres familias de Éfeso. Máximo comenzó el interrogatorio por San Táraco como de mayor edad. Y al preguntarle el nombre, respondió: *Soy cristiano*. Dexa esa impia profesion, le dixo Máximo, y dí tu nombre. Y repitiendo Táraco: *Soy cristiano*, Máximo le hizo dar una puñada en la boca. Y el Santo insistió en que *Cristiano* era su nombre verdadero, aunque en su casa le habian llamado Táraco, y en la milicia Victor. Máximo procuró reducirle á sacrificar, como hacen y mandan los emperadores. Mas el Santo dixo: *En esto se engañan, como hombres seducidos por satanás*. El presidente le hizo dar otro golpe en la boca; y el Santo dixo: *To sirvo á mi Dios, y le ofrezco no sacrificios sangrientos, sino un corazon puro: ni me aparto de la ley del Señor Dios. ¡ Ah perverso! dixo Máximo, ¿ qué hay otra ley que la de los emperadores? Sí, respondió el Santo, y porque la hay, sois impios vosotros adorando piedras, madera, y obras de mano de hombre*. Máximo le hizo dar un violento golpe al pescuezo, desnudar, y azotar con varas. Pero Táraco le decia que con estos tormentos se fortalecia su confianza en Dios, y en Cristo, que es Hijo de Dios y la esperanza de los cristianos. Un centurion quiso como amigo persuadirle que sacrificase; pero San Táraco le dixo: *Vete de aquí con tus consejos, ministro de satanás*. Y Máximo le mandó llevar á la cárcel, cargado con las cadenas grandes.

En seguida fué presentado San Probo. Pidiósele el nombre, y dixo: *El primero que me da honor es el nombre de Cristiano: los hombres me llaman Probo*. Máximo le dixo: Con el primer nombre no harás fortuna: sacrifica á los dioses, y serás honrado, y seremos amigos. El Santo respondió: *No es esto lo que busco. Muchos bienes tenia, y los he dexado por Dios*. Máximo le mandó desnudar, poner en el ecúleo, y azotar con nervios de buey. Y le dixo: ¿ Aun permaneces en tu vana obstinacion? No

por eso soy vano, dixo Probo. En no querer sacrificar á los dioses, me acredito mas prudente que vosotros: Máximo le hizo volver, y azotar en el vientre. El Santo dixo: Señor, amparad á vuestro siervo. Y preguntándole donde estaba el que habia de ayudarle, respondió: "Me da, y me dará sus auxilios; y por esto no hago caso de tus tormentos. Quanto mas padece mi cuerpo por Cristo, tanta mas salud y vida adquiere mi alma". Máximo mandó ponerle en el cepo en el quarto agujero, y que nadie le curase.

CCLXXXVI

En fin fué presentado San Andrónico, que igualmente se confesó cristiano, al preguntarle el nombre. Á las instancias del juez y del centurion para que sacrificase, por fin respondió: *Mas quiero que perezca mi cuerpo que mi alma.* Así fué puesto en el ecúleo, y atormentado con crueldad. El Santo dixo: *Dios es testigo de que me tratas como á un homicida, sin haber hecho ningun mal.* Máximo le dixo: Desprecias las órdenes de los príncipes, y mi tribunal, ¿y todo esto te parece nada? El Santo respondió: *Padezco, porque pongo mi confianza en la misericordia y en el culto del verdadero Dios; y fuera impiedad abandonarla para adorar piedras.* Máximo le hizo rasgar fuertemente las piernas, y los costados, refregar sus llagas con cascós de teja, y le amenazó de que le haria morir con la mas cruel lentitud. El Santo despreció las amenazas y los tormentos; y cargado de cadenas al cuello y pies, fué encerrado en la cárcel.

CCLXXXVII

QUE SUFRIDA
LA QUESTION
DE TORMENTO
SEGUNDA VEZ.

Poco tiempo despues sufrieron un segundo interrogatorio en Mopsuesta, donde se hallaba Máximo. Comenzó por San Táraco, y le dixo: La vejez suele respetarse porque obra con juicio: así espero que habrás hecho tus reflexiones, y sacrificarás. El Santo respondió: *To soy cristiano. T si los emperadores, y los que piensan como ellos conocieran el honor y la felicidad de esta profesion, saldrian de su ceguedad, y serian vivificados y fortificados por el verdadero Dios.* Máximo le hizo romper los dientes, y darle varios golpes á las mexillas con una piedra, de modo que el Santo casi no podia ha-

blar: *Si me impides, le dixo el Santo, el uso de la palabra, no por eso mudas mi modo de pensar; ántes bien con tus suplicios aumentas mi fortaleza, que está en el nombre del Señor.* El juez le mandó abrir las manos, y ponerlas en el fuego; y San Táraco dixo: *No temo tu fuego temporal: el que temo es el eterno, en que caería si te obedeciera.* Quemadas las manos, fué colgado por los pies, é hicieron un fuerte humo que le diese en toda la cabeza: pusieron vinagre y sal en sus narices, y añadieron mostaza. El Santo con gran serenidad, dixo á Máximo: *Mira que en vez de mostaza parece que me pones miel.* Y el juez esperando vengarse mas otro dia, le hizo volver á la cárcel.

Compareció San Probo, y á las primeras persuasiones del juez, dixo: *Con los tormentos del otro dia han crecido mis fuerzas y mi ánimo. Ningunos tormentos me harán sacrificar á tus dioses.* En consecuencia de esta y de otras semejantes valerosas respuestas, Máximo le hizo dar golpes en la cara, aplicar hierros encendidos á los pies, atarle y ponerle violentamente extendido en el ecúleo: azotarle en las espaldas con nervios crudos, ponerle brasas encendidas sobre la cabeza; y amenazándole de cortarle la lengua, le envió otra vez á la cárcel.

Entónces entró San Andrónico, y el juez intentó engañarle, suponiéndole que sus compañeros habian sacrificado. Mas el Santo le dixo: *No creas ganarme con este artificio: ni los otros han consentido, ni me reducirás á mí á tal extravagancia. Junta quantos tormentos puedas inventar: para todo estoy armado con la confianza en Dios.* Irritado el juez le hizo poner en el ecúleo, y azotar con nervios crudos: hizo refregar con sal las llagas de sus espaldas: y le hizo volver, y darle de nuevo azotes en el vientre, para que se renovasen las llagas antiguas. Andrónico le dixo: *Muchas llagas me hicisteis el otro dia; pero de todas estoy curado.* Y como Máximo se irritó contra los soldados, suponiendo que le habian dexado curar, aunque ellos lo negaban, el Santo prosiguió: *Nuestro Médico no cura con emplastos, sino con su pa-*

CCCLXXXVIII

CCCLXXXIX

CCCLXXX

labra, á los que esperan en él; y aunque habita en los cielos, está en todo lugar. Máximo le dixo: No te burlarás de mí; y el Santo respondió: Ni tú nos convencerás á nosotros con el terror de tus amenazas y tormentos: en tu presencia estamos como valerosos combatientes confortados por Jesucristo nuestro Señor. El juez mandó preparar nuevos suplicios para otro dia, y meterle en lo mas profundo de la cárcel, cargado de cadenas, y sin dexarle ver á nadie.

CCXC

Y AUN TERCE-
RA VEZ SIEM-
PRE CON NUE-
VA CRUELDAD,

XXXXXXXXXX

El tercer interrogatorio fué en la ciudad de Anazarbo. Compareció el primero Táraco, y despues de algunas generosas respuestas á Máximo, éste le dixo: Infeliz, ¿qué paga esperais de tantos trabajos? El Santo respondió: "No puedes tú saber la recompensa que nos tiene preparada Dios en los cielos, por la qual sufrimos con gusto los efectos de tu indignacion. Tentó Máximo varios medios de reducir al Santo, y viéndole constante le mandó atar y colgar, y en esta situacion, despues de haberle amenazado inútilmente, le hizo dar fuertemente en la cara, y partirle los labios. Luego le hizo aplicar al pecho puntas de hierro ardiendo: mandó cortarle las orejas, y poner brasas sobre su cabeza, levantando el pellejo para introducir las sobre el mismo cráneo. Despues hizo abrasar de nuevo las puntas de hierro, y aplicárselas baxo los brazos. Entónces el Santo, que á cada tormento le decia una sentencia, exclamó: *Vedlo Vos, ó Dios del cielo, y juzgado.* Máximo le preguntó que Dios invocaba, y San Táraco dixo: *Al que tú no conoces, y que dará á cada uno segun sus obras.* No pienses, le dixo Máximo, que despues las mugerzuelas te han de componer con aromas y bálsamos: te haré quemar, y aventar tus cenizas. El Santo le respondió: *Te lo he dicho, y te lo repito: haz de mi cuerpo lo que quisieres, ahora y despues de muerto.* Entónces Máximo mandó que le guardasen para ser echado á las fieras el dia siguiente.

XXXXXXXXXX

CCXCI

Luego hizo comparecer á San Probo, y no pudiendo con buenas razones pervertirle, mandó colgarle por los

pies, aplicarle puntas de hierro encendidas á los costados y á las espaldas, y meterle por fuerza en la boca vino y carnes ofrecidas á los ídolos. El Santo le dixo: *Gran cosa has hecho. Aunque me hicieras tragar todas las inmundicias de vuestras aras, mi alma quedará sin mancha. Porque Dios está viendo la violencia que me haceis.* Luego le hizo aplicar las puntas de hierro abrasadas á las pantorillas, pasarle las manos con clavos encendidos; y observando que en todo su cuerpo ya no tenia parte sana sino los ojos, se los sacó poco á poco á punzadas. El Santo lo sufrió todo con invencible paciencia; y entre otras expresiones de heroico valor, dixo: *Mientras tenga vida no cesaré de bendecir á Dios, que me da fuerza y paciencia. Mis deseos en este combate son de dar á Dios un testimonio perfecto, y acabar la vida con la muerte mas cruel que sepas darme.* Mandó Máximo que le guardasen para las fieras; y no le dexasen hablar con los fieles.

Por último San Andrónico fué presentado al tribunal. Máximo procuró ganarle con varias promesas que el Santo desechó con horror. De aquí pasó el juez á los tormentos. Mandó poner rollos de papel encendidos sobre su vientre, y puntas de hierro ardiendo entre sus dedos: el Santo decia que no temia los tormentos, porque tenia consigo á Jesucristo. Ese Cristo, le dixo Máximo, fué un malhechor condenado por Poncio Pilatos. *Calla impio,* le dixo el Santo, *eres indigno de hablar del Señor.* Máximo le hizo echar dentro de la boca vino y carnes sacrificadas. El Santo decia: *Señor, Dios mio, ved qué gran violencia me hacen.* Y como el juez quisiese persuadirle que hiciese de buena gana lo que habia hecho por fuerza, le respondió con tal valentía, que le amenazó de cortar la lengua: *Lengua y labios,* le dixo Andrónico, *te suplico que me mandés cortar; pues han tocado tus inmundicias.* En efecto le hizo romper los dientes, y cortar la lengua, previniendo que la quemasen y aventasen las cenizas, para que los cristianos no pudiesen guardarla como cosa preciosa y santa. Y en orden al Santo, mandó

CCXCIII
 FUERON CORO-
 NADOS CON EL
 MAS GLORIOSO
 TRIUNFO,

tambien reservarle para las fieras en el dia siguiente. Así terminaron gloriosamente los Santos el tercer interrogatorio, ó su tercera pública confesion. Máximo mandó desde luego disponer un combate de fieras para el dia siguiente. El concurso fué innumerable: algunos cristianos para observar lo que sucederia con los mártires, se escondieron entre unas rocas de un monte vecino. Despues de haber las fieras destrozado ya varios cuerpos de reos, mandó el juez que llevasen á los tres cristianos. Y como de resultas de las llagas y fuego del dia antecedente no podian andar, los llevaron en hombros, y dexaron en medio del anfiteatro. Al ver unos hombres tan atropellados, mas muertos que vivos, se oyó un gran murmullo, y se fueron muchos, murmurando de la crueldad de Máximo, quien mandó que se notase quienes se iban. Soltáronse muchas fieras; pero no tocaron á los mártires. Irritóse Máximo: echó la culpa á los guardas de las fieras, creyendo que las habian soltado domesticadas: hízolos castigar; y mandó que hiciesen salir las mas feroces. Soltaron entónces una osa feroz, que aquel mismo dia habia muertos tres hombres. Mas la fiera pasó por el lado de los otros dos, y se fué á San Andrónico: se sentó á su lado, y lamia sus llagas. El Santo le ponía encima su cabeza, y la inquietaba; mas ella ni se movió ni se alteró. Máximo la hizo matar allí mismo. Soltaron por fin una leona, que acababan de enviar de Antioquia. Así que salió, sus fieros rugidos hicieron temblar á los espectadores. Miró á los tres mártires tendidos por tierra: fuese á San Táraco, y se echó á sus pies. El Santo la cogió por las melenas, y por las orejas, y la tiraba hácia sí: la leona seguía sin resistencia. Luego se levantó, y sin pararse en San Probo y en San Andrónico, se fué hácia la puerta: con sus rugidos precisó á que abrieran, y se metió en su cueva. Máximo se enfureció contra el pontífice que tenia á su cargo los combates de las fieras, mandó que entrasen los gladiadores, y al instante los tres Santos fueron degollados.

El juez encargó á diez soldados la guarda de los cuerpos de los Santos, mandando que los mezclasen con los de los reos para que no pudiesen distinguirse. Los cristianos que estaban á la mira en el monte inmediato, pedían á Dios con fervor la gracia de poder recoger los cuerpos de los Santos. Siendo ya de noche vieron que los soldados habian encendido un gran fuego, y estaban comiendo. Á poco rato se movió una gran tempestad de truenos, rayos y lluvia, que apagó el fuego é hizo huir á los soldados. Así que calmó, los fieles se acercaron: hicieron de nuevo oracion á Dios; y le pidieron que se dignase hacerles conocer quáles eran los cuerpos de los Santos. Al instante Dios misericordioso envió una estrella sobre cada uno de los tres cuerpos, que luego tomaron con gran gozo, y guiándolos la misma luz milagrosa, los escondieron entre unas peñas de un lugar retirado de la montaña. Tres fieles de los que se hallaban presentes, y de quienes es esta última parte de las actas, se quedaron en el mismo lugar con ánimo de pasar allí lo restante de su vida ¹.

En Tarso, metrópoli de la misma provincia de Cilicia, padeció hácia el año 305 Santa Julita con su niño San Quirico. Era la Santa de una de las mas nobles familias de Licaonia; y temiendo la crueldad con que allí eran perseguidos los cristianos, abandonó sus bienes, que eran muy considerables, y se escapó con su hijo Quirico, niño de tres años, y dos criadas. Llegó á Seleucia en donde la persecucion no era ménos furiosa, por lo que se fué á Tarso. Mas al mismo tiempo pasó de Seleucia á esta ciudad el presidente Alexandro, con la comision de acabar con los cristianos; y la Santa fué descubierta, y presentada al tribunal con el niño en los brazos. Preguntada de su nombre, condicion y patria, con grande ánimo respondió: *Soy cristiana*. Alexandro se hizo dar el niño que era muy agraciado; é hizo poner la madre en el ecúleo, y azotarla con nervios crudos con inaudita crueldad. La Santa como si fuese insensible, por mas que los verdugos redoblasen el furor de los tormentos, solo respondía:

† Ruin. Act.
SS. Tar. &c.
p. 422.

CCXCIV
EN LA CILICIA
PADECIÓ
TAMBIEN SAN
TA JULITA CON
SU NIÑO SAN
QUIRICO.

Cristiana soy: á los ídolos no sacrificaré jamas. El niño por mas que Alexandro le acariciase, no cesaba de llorar: fixos los ojos en su madre, arañaba la cara al presidente con sus manecitas, le daba puntapiés, y con todos los esfuerzos posibles á la niñez, procuraba apartarse de Alexandro para ir á su madre. Por fin remedando á la madre, dixo tambien: *To soy cristiano.* Enfurecido entónces el presidente le cogió por los pies, y lo arrojó á tierra con tal ímpetu, que dando cabalmente de cabeza en un ángulo de las gradas del solio, quedó muerto. La madre llena de gozo, exclamó: *Gracias os sean dadas señor, por haberos dignado conceder la inmarcesible corona del martirio á mi niño ántes que á mí.*

CCXCIV

El juez confuso luego de la impetuosa barbarie con que habia muerto á un inocéntico, en vez de ablandarse con la madre, le hizo rasgar los costados y echar pez hirviendo á los pies. Intimóle una pronta muerte cruel, si no sacrificaba: la Santa protestó de nuevo que *no adoraba sino á Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios, por el qual el Padre crió todas las cosas.* Alexandro dió la sentencia de que se le cortase la cabeza. Lleváronse los verdugos, poniéndole una mordaza en la boca. Llegados al lugar del suplicio le permitieron hacer una fervorosa oracion á Dios; y le cortaron la cabeza, echando el cuerpo fuera de la ciudad, donde habian arrojado el de su hijo. Sus criadas al dia siguiente recogieron los dos, y los escondieron en una cueva allí inmediata; y una de ellas que aun vivia en tiempo de Constantino, descubrió el lugar de las santas reliquias, y despues de la paz de la Iglesia fué muy frecuentado de los fieles ¹.

¹ Ruin. Mart.
SS Cir. et Jul.
P. 477.

CCXCVI

POR TODO EL
ORIENTE FUÉ
FURIOSA LA
PERSECUCION:

No ménos que en las demas provincias del oriente fué cruel la persecucion en la Capadocia. Fueron muchos los mártires que combatieron hasta la muerte: muchos ya casi muertos con espantosos suplicios fueron conservados para escarmiento de los demas. Tambien fueron muchos los que se escondieron ó huyeron; como los abuelos de San Basilio, que pasaron los siete años del

mayor furor de la persecucion en unos bosques desiertos, con muchos trabajos ^{1.}

Al mismo San Basilio debemos la memoria de S. Gordio natural de Cesaréa de Capadocia, y de San Barlaan y Santa Julita, que segun parece eran de la misma ciudad. San Gordio fué centurion; pero viendo el furor de los perseguidores, dexó el servicio militar, y abandonando sus bienes, honores y comodidades, se retiró al desierto. Allí con ayunos, vigiliás, oraciones, y la continua meditacion de los libros sagrados, se iba preparando para el martirio: hasta que un dia que se celebraban en honor de Marte corridas de caballos, se presentó en medio del concurso del todo el pueblo. Con gentiles y judíos habia tambien muchos cristianos ménos fervorosos. Puesto en un lugar eminente del teatro, con alta voz dixo: *Hallado me han los que no me buscaban: descubierto me he á los que no me preguntaban* ^{2.}

Con estas palabras se atraxo la atencion y los ojos de todo el concurso. Iba con cayado y zurrón, el vestido despilfarrado, los cabellos sueltos, la barba larga, el cuerpo seco. Mas en medio de un aspecto montaraz, como que ya habia tiempo que habitaba en los desiertos, relucia un ánimo agradable. Así que le conocieron, todos se pusieron á gritar, los cristianos de gozo, los gentiles de indignacion. El gobernador que presidia los juegos impuso silencio, é hizo llevar el Santo á su tribunal. En el interrogatorio manifestó todas sus circunstancias, y el motivo de su ausencia y de su regreso. Á las amenazas del juez respondió con serenidad asombrosa; y entre otras cosas dixo: *Quanto mas me atormentareis, tanto mayor premio me facilitaréis. Este es el contrato y comercio, que tenemos con nuestro Señor. Por las llagas y ronchas, en la resurreccion se nos dará un vestido de gloria: por las afrentas é ignominias, palmas y coronas: por las cadenas y cárceles, el paraíso: si se nos condena con malhechores, allá viviremos con ángeles. Por tanto tus tormentos son para mí una semilla prodigiosa, de que cogeré la inmortalidad y*

¹ S. Gregor.
Naz. Orat. 20.

CCXCVII
LLEVÓSE Á S.
GORDIO Y Á
S. BARLAAN,

² Rom. x. v. 20.
Is. lxxv. v. 3.

gozos *eternos*. Con la misma franqueza despreció las promesas y halagos con que intentaba reducirle el gobernador, quien por último le condenó á muerte. Estaba el teatro extraordinariamente lleno; pues á más del concurso que habia, acudió de nuevo toda la ciudad, hasta los viejos, y vírgenes mas retiradas. Los parientes y amigos del Santo con lágrimas le instaban que conservase la vida, y que siquiera disimulase la fe. Mas él siempre constante y sereno les decia: *No lloreis por mí: llorad por los perseguidores de los cristianos, que se preparan el fuego del abismo y la indignacion de Dios, infinitamente mas espantosos que el fuego y la muerte con que nos amenazan.* Por último hecha la señal de la cruz, fué al suplicio con la misma tranquilidad, sin mudar de color ¹.

¹S. Basil. *Hom.*
de S. Gord.

San Barlaam fué un hombre sin letras, pero de gran valor. Sufrió toda su suerte de tormentos, hasta cansar á los verdugos, que le rasgaban el cuerpo y le azotaban. Llevado delante del altar de los ídolos, se le pusieron en la mano brasas encendidas con incienso, para que arrojándolas, pareciera que ofrecia incienso. Mas el Santo tuvo la mano firme, y la dexaba quemar ², y parece que en este tormento acabó la vida.

²S. Basil. *Hom.*
de S. Barl.

CCXCVIII
Á OTRA SAN-
TA JULITA Y
SANTA EUFRE-
MIA,

Santa Julita citó en justicia á uno que le iba usurpando sus bienes. Y conociendo éste que tenia mala causa, dixo que no debía ser oida, porque era cristiana; pues en efecto los últimos edictos lo mandaban así. El juez al instante hizo traer fuego é incienso, é intimó á Julita que sacrificase. Pero la Santa se confesó sierva de Cristo, y pronta no solo á perder los bienes, sino tambien á sufrir la mas cruel muerte ántes que negar la fe. Fué condenada al fuego: iba alegre al lugar del suplicio, exhortando á las mugeres á no ceder á los hombres en el valor de padecer por JESUS; y echándose alegre á la hoguera, murió. Su cuerpo quedó entero, y despues fué enterrado en el pórtico de la iglesia principal. Al tiempo de su muerte nació una fuente muy útil á la ciudad ³.

³S. Basil. *Hom.*
de S. Jul.

En Calcedonia hallamos la insigne mártir Santa Eu-

femia; en cuya iglesia se celebró el quarto Concilio general, que confiesa deber su feliz éxito á la intercesion de la Santa. En el Niceno segundo hallamos inserta la descripción que San Austerio obispo de Amaséa, al fin del siglo quarto, hizo de un quadro de Santa Eufemia, en que se representaba su martirio; y de aquí deben tomarse las mas seguras noticias de la Santa. Habia consagrado á Dios su virginidad. El pintor representó bien su grande hermosura, y mayor modestia. La pone delante del tirano con los ojos baxos, pero con un aspecto que denota la firmeza del ánimo. Mas allá un verdugo le tiene firme la cabeza, y otro con un martillo le va rompiendo los dientes. La sangre que se le cae de los labios; saca lágrimas de quantos ojos lo ven. El pintor la representa tambien en la cárcel, y puesta en oracion con las manos levantadas al cielo, y sobre su cabeza la señal de la cruz. Mas allá una grande hoguera; y en medio la santa Virgen con semblante risueño, y en ademan de orar á Dios.

En una ciudad llamada Aulana, que es regular fuese de la Grecia, padeció martirio San Pedro llamado *Bálsamo*. El juez, despues de varias disputas, en que solia el Santo valerse de sentencias tomadas de la Escritura, le hizo sufrir la quèstion de tormento. Las gentes viendo que derramaba tanta sangre, que corria por el suelo, por compasion le instaban que sacrificase. El Santo les dixo: *Estas penas no son nada, ni me causan dolor. Pero si yo negase á mi Dios, conozco bien que incurriria penas verdaderas, y tormentos eternos.* El juez por último le dixo: ¿Qué dices Pedro? Sacrifica, sino te arrepentirás. Y el Santo: *ni me arrepentiré, ni sacrificaré.* Entónces le condenó á morir clavado en cruz.

En Amasia ó Amaséa, metrópoli del Ponto, San Teodoro soldado fué preso por no querer sacrificar. Dixo luego: *Yo no conozco á estos dioses: mi Dios es Jesucristo, Hijo único de Dios.* Diéronle tiempo para mejor deliberar: en este intervalo, impelido de un zelo extraordinario, incendió el templo de Cibeles: confesó que él lo habia hecho: sin

Los Griegos
de
San Pedro
y
San Teodoro

CCC
Y AL INSIGNIA
M. S. R. R. R.
SAN TEODORO
CON LA
CCXCIIX
Á SAN PEDRO
BÁLSAMO Y
SAN TEODORO.

1 Ruin. Pas.
S. Pet. Bals.
p. 501.

embargo le ofrecian el perdón y los honores de pontífice, si sacrificaba. Se mantuvo constante: le pusieron en el ecúleo: le atormentaron terriblemente: no hacia mas que cantar lo del Salmo: *En todo tiempo bendeciré al Señor: sus alabanzas estarán siempre en mi boca.* Fué llevado á la cárcel, y por la noche el carcelero vió luces, y oyó cánticos prodigiosos. Por fin padecidos otros tormentos, San Teodoro consumó su martirio con el fuego. San Gregorio Niseno hizo una elegante oracion en elogio de este Santo, en que hace memoria de la veneracion de sus reliquias, y del polvo de su sepulcro, de las pinturas de su martirio, que adornaban el templo, y de la pia creencia con que atribuian á la intercesion del Santo el haberse contenido el furor de los escitas, y la confianza con que le suplicaban continuase su patrocinio.

† S. Gregor.
Nys. *Orat. de*
mag. Mar.
Theod.

ccc

Y AL INSIGNE
MESONERO
SAN TEODOTO
CONSISTE VÍR-
GENES.

En Galacia fué encargada la persecucion á Teoteco, hombre de carácter tan violento, que apoyaba cualesquiera excesos que cometiesen los gentiles contra los cristianos. Así mientras que los principales estaban cargados de cadenas en las cárceles, todos eran insultados en bienes y personas con increíble furor. Entre los muchísimos que consumaron el martirio se distinguió San Teodoto mesonero, que hospedaba y daba de comer en su casa. Este oficio le daba ocasion de asistir á los cristianos confesores en los mayores trabajos; y su piedad le proporcionó el martirio de un modo particular. Fueron presentadas al tribunal siete vírgenes cristianas de muy exemplar virtud; y por el juez entregadas á unos jóvenes disolutos, con el encargo de hacerles experimentar toda la violencia de sus pasiones. Santa Tecusa, que era la de mas años se postró á los pies de uno de los jóvenes, y con sus lágrimas y ruegos logró que movidos de compasion las dexasen libres á todas. Sintiólo mucho el juez: les ofreció hacerlas sacerdotisas de Diana y Minerva; y desechando ellas tan impios ofrecimientos, fueron arrojadas á un lago con piedras al cuello.

cccc

San Teodoto habia sido educado por Santa Tecusa, y

ellos conversacion, de la qual entendió que había sido martirizado San Teodoto, y que Dios le enviaba á recoger sus reliquias. Agasajó á los soldados: les regaló con un buen vino que llevaba; y quando muy entrada la noche los vió sumergidos en profundo sueño, tomó el cuerpo del martir, le puso en el dedo un anillo que él mismo le había dado en prenda de que le facilitaria reliquias, y dexó ir libre la jumenta, la qual se fué á su mismo pueblo, y en el lugar en que paró se edificó despues un templo. Es digna de leerse la historia que acabo de resumir; y fué escrita por un tal Nilo, que se halló en la cárcel con el mismo San Teodoto ¹.

¹ Ruin. *Par.*
S. Theodoti.
&c. p. 336.

CCCIII

HORRORIZA
LA IDEA DE LA
PERSECUCION
QUE NOS DA
EUSEBIO, ES-
PECIALMENTE
EN LA SIRIA,

En Antioquía padeció un glorioso martirio San Luciano presbítero de aquella iglesia. Viendo el juez que había sufrido con la mayor constancia varios horrendos suplicios, mandó que en la cárcel se le hiciese padecer hambre cruel. Al cabo de algunos días le hizo poner delante una mesa provista de exquisitos manjares sacrificados á los ídolos; mas el Santo no probó ninguno. San Juan Crisóstomo nos dice que á quantas preguntas le hizo el juez, respondió solo: *Soy cristiano*, y que murió en esta confesion. Pero ántes delante del emperador, como dice Eusebio, había pronunciado una eloqüente apología del reyno de Jesucristo ².

² S. Chrys.
Hom. in S.
Lucian. Eus.
Hist. E. VIII.
c. 13.

Eusebio que de los mártires de Antioquía solo nos conserva el nombre de Luciano, nos da una idea de qué terrible fué la persecucion en toda la Siria y provincias comarcanas. «¿Quién podrá contar, dice, el número de
» los mártires, y la variedad de los tormentos? Á unos
» los hicieron pedazos con segures, como en la Arábia:
» otros murieron cortándoles las piernas, como en Ca-
» padocia: otros colgados por los pies y sofocados con
» humo y fuego lento, como en Mesopotamia: otros cor-
» tadas las manos, orejas, la nariz, y sucesivamente otros
» miembros, como en Alexandria. En Antioquía á unos
» los metían en las parrillas con fuego, no para que mu-
» rieran luego, sino de modo que fuese largo el suplicio:

„otros metian sus manos en el fuego , ántes que ofrecer
 „incienso, ni en apariencia. Dos vírgenes nobles y ricas,
 „de extraordinaria hermosura y virtud , fueron sumergi-
 „das en el mar. Una madre con dos hijas vírgenes para
 „no exponerse á la brutalidad de los soldados que acaba-
 „ban de prenderlas, se arrojaron ellas mismas al rio. Y
 „algunas por no dexarse prender de los perseguidores se
 „precipitaron de muy alto”. Así se explica Eusebio ¹.

En efecto entónces fué quando en Antioquia Santa Pelagia con semblante sereno y ánimo tranquilo pidió permiso á los guardas para entrar en su quarto , mudar de vestido y ataviarse para ser presentada al juez ; y despues de una larga oracion se arrojó de lo alto de su casa y cayó muerta ². La madre y las dos hijas, de que habla Eusebio , pudieron muy bien ser la madre y hermanas de Santa Pelagia : á las quales , segun dice San Ambrosio, despues de habérseles escapado la Santa buscaban con ansia los tiranos , y ellas se arrojaron al rio ³. Con todo es mas verisimil que fueron Santa Domnina con sus hijas, Santa Berenice y Santa Prodoce , de las quales nos dice San Juan Crisóstomo que habiéndose escondido primero en Antioquia , y despues huido á Edesa de Mesopotamia, se publicaron en esta ciudad crueles órdenes para buscar á los cristianos ; y en consecuencia fueron encarceladas para llevarlas á Antioquia. Y aprovechándose de un momento de descuido de los guardas , se arrojaron al rio y quedaron sumergidas ⁴. Estas Santas , como observa San Agustín ⁵ , hemos de creer que obraban guiadas por una divina ilustracion que les mandaba lo que hacian ; porque sin mandato cierto de Dios nunca sería lícito darse la muerte.

“En el Ponto, prosigue Eusebio , á unos les clavaban
 „puntas de caña entre los dedos y las uñas, á otros les
 „echaban sobre las espaldas plomo ú otro metal derreti-
 „do ; y á muchos les hacian sufrir no ménos infames que
 „dolorosos tormentos, indignos aun de mencionarse. Dis-
 „currian á porfia los jueces para hallar nuevos y crueles
 „suplicios , como si compitiesen para ganar algun premio.

¹ Eus. Hist. E. V. 111. c. 12.

² S. Chrys. Tom. 1. hom. 40.

³ S. Ambr. De Virg. III. c. ult.

⁴ S. Chrys. Tom. 1. Or. 15.
⁵ De Civ. Dei I. c. 26.

cccc
 PONTO, FRI-
 GIA,

» Y quando llegaron á cansarse de tanta muerte, quisie-
 » ron algunos aparentar benignidad, y resolvieron perdo-
 » nar la vida á los cristianos; pero con pretexto de distin-
 » guirlos, y conocerlos, ó escarmentarlos, les quitaban un
 » ojo, les aplicaban un hierro encendido en la rodilla para
 » que quedasen cojos, los enviaban á las minas, ó les ha-
 » cían sufrir algún otro cruel tormento¹. En Tiro, ciudad
 de la Frigia, vió Eusebio á muchos mártires, que despues
 de otros sangrientos suplicios, fueron expuestos á leopar-
 dos, osos, javalies, toros y otras fieras, á las quales se
 irritaba con hierto y fuego. Las fieras se arrojaban con
 ímpetu contra quantos gentiles veian; mas á los cristianos
 que estaban allí desnudos, y se les mandaba mover las
 manos para provocarlas, no los tocaban. Á veces los acometian;
 mas al punto paraban, ó retrocedian, como repe-
 lidas por una virtud divina.

Vió un jóven de ménos de veinte años, que levanta-
 dos los brazos en forma de cruz, estaba en pie inmóvil
 orando con fervor: se le acercaban las fieras, y quando
 parecia que iban á despedazarle, se retiraban. Vió á cinco
 contra quienes se soltó un toro feroz, que habia dexado
 casi muertos á algunos infieles: envistió á los mártires
 con furioso ímpetu; mas al llegar cerca de ellos se detuvo,
 y lo mismo sucedió con otras fieras. Quedaron asombrados
 los gentiles; mas los Santos fueron degollados allí mismo,
 y despues arrojados al mar². En la misma Frigia habia un
 pueblo en que todos eran cristianos, hasta el tesorero y
 demas magistrados: todos unánimes se resistieron á sacrifi-
 car; y el pueblo fué cercado de tropa é incendiado, de
 modo que todos murieron invocando á Jesucristo nuestro
 Señor. Entónces un cierto Adaucto de una familia muy no-
 ble de Italia, que habia pasado por los cargos mas honro-
 sos, alcanzó la corona del martirio. Tanto era el furor con
 que se perseguía á los cristianos en estas provincias, segun
 nos refiere Eusebio³.

Pero como esté famoso historiador, á quien debemos
 gran parte de las memorias de los primeros siglos de la

¹ Eus. Hist.
 E. VIII. c. 12.

S. Chrys.
 Hom. in S.
 c. 7.

² Ibid. c. 7.

S. Chrys.
 Hom. in S.
 c. 7.

S. Chrys.
 Hom. in S.
 c. 7.

³ Ibid. c. 11.

CCCV
 Y SOBRE TODO
 EN LA PALES-

Iglesia, durante la persecucion de Diocleciano se hallaba en la Palestina: esta es la provincia, de cuyos mártires ha hablado con mas detencion, habiendo sido testigo de vista en mucho de lo que refiere. San Procopio¹, varón que desde la juventud vivió con admirable castidad é inocencia, fué el primer mártir de la Palestina en esta persecucion. Presentado al tribunal del presidente, no hubo forma de hacerle reconocer sino un solo Dios, ni sacrificar á los emperadores: por lo que se le cortó la cabeza en Cesarea. Luego despues en la misma ciudad muchos obispos de la provincia sufrieron grandes tormentos. No dexó de haber algunos que cedieron á la violencia: á uno le dexaron libre, como si hubiese sacrificado, aunque no habia tocado el sacrificio, sino por fuerza, cogiéndole otros la mano. De uno que no habia llegado á tocar el incienso, con todo decian los gentiles que habia sacrificado, y se fué callando. Á otro medio muerto le quitaban las cadenas contándole entre los que habian sacrificado: él gritaba que no, y á puñadas en la boca no le dexaban hablar. Tanto procuraban los perseguidores aparentar que lograban su intento, reduciendo á los eclesiásticos á abandonar la fe. Aunque fueron muchos los atormentados, solos dos lograron entónces la corona del martirio, y fueron San Alléo, y San Zaqueo, que despues de crueles azotes, garfios de hierro, y toda suerte de atrocisimos tormentos, estuvieron veinte y quatro horas en el cepo, con los pies estirados hasta el quarto barreno; y confesando á Jesucristo por unico Señor y Dios, se les cortó la cabeza á 17 de noviembre².

El mismo dia padeció en Antioquia San Roman diácono de la iglesia de Cesarea de Palestina. Entraba en aquella ciudad, mientras iban demoliendo las iglesias, y una multitud inmensa de gentes iba sacrificando á los ídolos: inflamóse su zelo, y los reprehendió: prendieronle al instante, y consiguó el mas glorioso martirio. Mientras que le iban atormentando, defendia contra el juez la vanidad de los ídolos, y la excelencia de la religion cristiana. Propúsole nombrar árbitro de su disputa á un niño inocente. Con-

TINA, EN QUE SE HALLABA:

¹ Ruin. *Pal.*
S. Procop.

Año 304.

² Euseb. *de*
Mart. Palest.
C. 1.

CCCVI
Y DE QUE NOS
REFIERE LOS
MARTIRIOS
DEI AÑO PR-
MERO DE LA
PERSECUCION,

Año 303.

vino el juez, y se llamó á uno de siete años llamado Barulas. Dixole el Santo: ¿Que vale mas: adorar á Jesucristo y por él á Dios Padre, ó á la multitud de los dioses? El santo niño respondió: *No hay sino un Dios, y Jesucristo es verdadero Dios.* El juez llamó á la madre, y en su presencia hizo azotar al niño con tanta crueldad, que de su pequeño cuerpo salian arroyos de sangre. Los asistentes, y hasta los verdugos enternecidos lloraban: la madre con gran ánimo alentaba al hijo; y habiendo sido este condenado á muerte, en sus brazos lo llevó al lugar del suplicio y sin derramar una lágrima le dió un abrazo, se encomendó á sus oraciones, y le entregó al verdugo que le cortó la cabeza. Había la madre tendido su manto para recogerla, y se fué contenta con tan preciosa reliquia.

Entre tanto proseguian los tormentos de San Roman; y por fin se le sentenció á ser quemado vivo. Estaba ya clavado á un palo, y cercado de leña; y solo se esperaba que llegase el que habia ido al emperador Galerio, que cabalmente se hallaba en la ciudad, por la confirmacion de la sentencia, ú orden de ejecutarla; quando repentinamente cayó tan copiosa lluvia, que no fué posible encender el fuego. Con esta noticia el emperador revocó la sentencia; y el juez la conmutó en cortarle la lengua; mas como proseguía hablando, se sospechó que no se le habia cortado bien. El que lo habia hecho, que cabalmente era un cristiano que por flaqueza habia sacrificado, demostró con evidencia que faltándole el pedazo de lengua, que todos veían que le habia cortado, naturalmente no podia hablar, ni aun vivir. El Santo fué vuelto á la carcel, puesto en el cepo con los pies extendidos hasta el quarto agujero; y en tan violenta situacion pasó mucho tiempo, hasta que allí mismo fué ahogado con un lazo; cabalmente quando entraba el año vigésimo del emperador Diocleciano, y con este motivo se habia publicado un perdon general, de que no se exceptuó otro preso que el Santo. Estos fueron en el primer año de la persecucion los mártires de la Palestina, con los cuales cuenta Eusebio á San

Roman, por ser del clero de aquella iglesia, aunque padeciese en Antioquia ¹.

En el segundo año todavía fué mas furiosa la persecucion en Palestina, y no se cifó á los eclesiásticos. Urbano, entónces gobernador, publicó un edicto imperial, mandando que, sin excepcion, todos y en todos los pueblos sacrificasen publicamente á los idolos. San Timotéo en Gaza, despues de tormentos innumerables, consumó su martirio á fuego lento. Con él fueron presos San Agapio, y una Santa, que como la otra mas antigua, se llamaba Tecla. Los dos fueron condenados á las fieras, aunque la sentencia de San Agapio no se executó hasta dos años despues, ó por compasion del juez, ó por esperanza que tuviese de hacerle renegar ². Corrió despues la voz de que en el próximo espectáculo serian tambien expuestos algunos cristianos. Y entónces seis jóvenes, á saber San Timolao, que era del Ponto, San Dionisio de Trípoli en la Fenicia, San Rómulo subdiácono de Dióspolis, los santos Pausis y Alexandro egipcios, y otro Alexandro de Gaza se presentaron al gobernador, confesando publicamente que eran cristianos. Los puso en la cárcel: á la que fueron enviados poco despues otro San Agapio, famoso por los crueles tormentos que habia padecido por la fe en varias ocasiones, y otro San Dionisio, que llevaba de comer á los santos presos. Á todos ocho se les cortó la cabeza en un mismo dia en Cesaréa ³.

El César Maxímimo luego que fué emperador persiguió á los cristianos con mayor violencia. En el tercer año de la persecucion llegaron á Palestina nuevas órdenes suyas para hacer sacrificar á todas las gentes sin distincion. En Cesaréa los pregoneros llamaban á los amos de casa para que con sus mugeres y familias fuesen á sacrificar; y los tribunos convocaban á los soldados por sus nombres y órden de las listas. Es imponderable el torbellino de males que cayó sobre los fieles; entre los quales se distinguió San Afiano, amigo de Eusebio, en cuya casa vivia. Era Afiano de Pagas en la Licia, hijo de

¹ Euseb. de Mart. Pal. cap. 2. Ruin. Mart. S. Romani.

CCCVIII
DEL SEGUNDO,

Año 304.

² Euseb. de Mart. Pal. c. 6.

³ Ibid. c. 3.

CCCIX
DEL TERCERO,

Año 305.

padres ricos: habia estudiado en Berito, y se habia librado de malas compañías y de todo vicio de la juventud, viviendo con la pureza y modestia propias de un cristiano. Vuelto á su patria, y no hallando libertad para vivir conforme á su religion, abandonó las riquezas y honores de la casa de sus padres, y pasó á Cesaréa; en donde vivió con Eusebio, aplicándose al estudio de los sagrados escritores, y ejercicios de la piedad cristiana. Aun no habia cumplido los veinte años San Aufiano, quando un dia sin comunicar su designio á nadie, ni al mismo Eusebio, se presentó á Urbano gobernador, en ocasion en que estaba sacrificando: le detuvo la mano, y con gravedad le representó quán fuera de razon era sacrificar á los ídolos y demonios, negando el culto al único verdadero Dios. Los que asistian al sacrificio se arrojaron sobre él como fieras, le llenaron de golpes y llevaron á la cárcel, donde pasó un dia y una noche con los pies en el cepo, violentamente estirados.

El dia siguiente fué presentado al gobernador, que para obligarle á sacrificar le hizo rasgar los costados muchas veces: se le descubrian los huesos y las entrañas, y su cara y cabeza estaban tan hinchadas y demudadas con la violencia de los golpes, que nadie le hubiera conocido. Como tan dolorosos tormentos en nada enflaquecian su constancia, por orden del presidente le encendieron al rededor de los pies mechas con aceyte; y quando la violencia del fuego, consumidas las carnes, ya quemaba los huesos, le volvieron á la cárcel. Al dia siguiente fué otra vez presentado al tribunal, y se vió que ya casi acabadas las fuerzas del cuerpo, era la misma la constancia de su ánimo en la fe; y así fué arrojado al mar. "Conozco, añade Eusebio, que parecerá increíble lo que voy á referir; mas ello sucedió: todos los de Cesaréa fueron testigos del milagro: así no es justo callarlo. Luego pues que el santo cuerpo fué sumergido en el agua, se movió la mas horrorosa tempestad en el mar y en el ayre, y hasta la tierra y la ciudad de Cesaréa se estremeció; y al mismo

„tiempo el mar arrojó el cadáver del Santo á las puertas
de la ciudad” ¹. *De Mart. Pal. c. 4.*

Con el martirio de San Afiano pueden juntarse el de S. Edesio hermano suyo, y el de San Urbano tambien jóven, que padeció casi el mismo dia en la ciudad de Tiro. Este Santo fué azotado y atormentado acerbísimamente, y despues metido en un saco de piel de buey, con un perro y un aspid, y arrojado al mar como parricida. San Edesio habia adelantado mucho en los estudios, como filósofo de profesion; y como cristiano habia confesado la fe muchas veces, sufrido varios tormentos, y largas prisiones, y habia sido condenado á las minas de la Palestina. Hallándose en Alexandria vió que el presidente procedia con excesiva crueldad contra los cristianos, ya con los afrentosos castigos con que insultaba á varones respetables, ya abandonando á la torpeza de hombres disolutos las mugeres de exemplar modestia, y las vírgenes consagradas á Dios. Estos males parecieron intolerables á San Edesio. Así con singular valor se presentó al juez, y le dexó confuso con vehementes reprehensiones. En consecuencia padeció muchas especies de tormentos, y despues murió sumergido en el mar como su hermano ².

Del año quarto de la persecucion no nos conserva Eusebio la memoria de otro martirio que el de San Agapio, que saliendo de entre las fieras destrózado, mas no del todo muerto, fué arrojado al mar ³. En el año quinto, el mismo dia de pascua, Santa Teodosia vírgen cristiana de diez y ocho años de edad, viendo á unos confesores de Jesucristo delante del pretorio, se les acercó para saludarlos, y encomendarse á sus oraciones. Al instante la prendieron y llevaron al presidente, quien le hizo dar varios tormentos, entre otros el de rasgarle con garfios de hierro los costados y el pechó, hasta descubrir los huesos. Lo sufrió todo con alegre semblante, y quando ya casi espiraba, fué arrojada al mar. Vuelto el juez á los confesores, los condenó á las minas de cobre de la Palestina. Á dichas minas fueron enviados en noviembre del mis-

cccxi

*Ibid. c. 5.*cccxii
DEL QUARTO
Y QUINTO.*Ibid. c. 6.*

Año 307.

mo año otro gran número de confesores, á quienes ántes habian estropeado, aplicándoles un hierro encendido á los nervios de los pies. Entre éstos se hallaba San Silvano, entonces presbítero de Cesaréa, que fué despues obispo y mártir. Al mismo tiempo fué quemado vivo San Dominno, famoso por varias confesiones, y por el valor con que hablaba. Otros tres fueron sentenciados á pelear á puñadas como los atletas. San Auxencio, anciano de mucha santidad y prudencia, fué devorado por las fieras. Á otros que eran hombres adultos, se les hizo eunucos, y se les envió á las minas. Otros despues de atrocísimos tormentos fueron detenidos en la cárcel, uno de los cuales fué San Panfilo, sabio y famoso presbítero de la iglesia de Cesaréa ¹.

¹ *Ibid.* c. 7.

CCCXIII
DEL SEXTO,

Año 308.

En el año sexto de la persecucion, habiendo sido condenado á muerte Urbano presidente de la Palestina le sucedió Firmiliano: al qual fueron presentados noventa y siete hombres con varias mugeres y niños, que eran parte de la multitud innumerable de confesores desterrados en un lugar de la Tebayda, llamado Porfirito, por haber canteras de pórfido. Todos confesaron la fe; y por esto con un hierro encendido les quemaron algunos nervios del pie izquierdo, y les sacaron el ojo derecho. Los mismos tormentos se dieron á muchos de Gaza, que fueron presos por haberse juntado para leer las Escrituras: á otros les rasgaron los costados, y atormentaron con mas crueldad. Entre los cristianos de Gaza hubo una vírgen que al oír las amenazas infames del presidente, dixo que el príncipe encargaba el gobierno de las provincias á hombres muy crueles. Al instante le dieron sangrientos azotes, y puesta en el ecúleo se le rasgaron los costados. Entonces otra vírgen de Cesaréa llamada Valentina, muger fea, pero de grande ánimo, levantó el grito, contra el juez diciendo: *¿Hasta cuándo atormentarás á mi hermana con tanta crueldad?* Al momento la prendieron: confesó el nombre del Salvador: lleváronla á un altar de ídolos: y á puntapiés lo echó por tierra. Enfurecido el juez le hizo rasgar los cos-

tados con nunca visto rigor, y atándola con la que ella llamaba hermana, las mandó arrojar juntas al fuego.

Entónces mismo fué condenado á muerte un santo llamado Pablo. Logró del verdugo un poco de tiempo para hacer oracion; y la hizo en alta voz, primero para que Dios concediera la paz y libertad á los cristianos, despues por la conversion de los judíos, de los samaritanos, y de los gentiles, especialmente de los que estaban oyéndole; y en fin por los emperadores, por el juez que habia dado su sentencia de muerte, y por el verdugo que iba á ejecutarla. Casi todos los circunstantes lloraban enternecidos: el Santo con grande serenidad se iba disponiendo, presentó la garganta, y se le cortó la cabeza. Poco tiempo despues fueron tambien condenados á las minas de la Palestina y de la Cilicia otros ciento y treinta cristianos de Egipto, á quienes en premio de su confesion se les habia estropeado el pie izquierdo, y sacado el ojo derecho ¹.

Despues de tan gloriosas hazañas de los mártires pareció que iba á apagarse la persecucion, y los que trabajaban en las minas de la Tebayda fueron puestos en libertad. Pero repentinamente, sin saber cómo, ni por qué, se inflamó de nuevo el furor de los perseguidores. Salieron nuevas órdenes de Maximino, y de los gobernadores de provincias: se cometió á los magistrados y comandantes de plazas el hacer reparar los templos de los ídolos arruinados, hacer sacrificar y comer de los sacrificios á todos sin distincion, hombres, muges, esclavos y niños: que todos los víveres venales fuesen profanados con libaciones de los ídolos, y que en las puertas de los baños públicos hubiese centinelas, que obligasen á manchar el alma con sacrificios á quantos saliesen de lavarse el cuerpo con las aguas. Hasta los gentiles se quejaban públicamente de estas nuevas vexaciones; y la divina fuerza de nuestro Salvador se vió en sus atletas del mismo modo que ántes. En Cesaréa tres cristianos, San Antonino presbítero, San Zebinas de Eleuterópolis, y San Germano en oca-

¹ Euseb. de
Mart. Palest.
c. 8.

sion que el presidente estaba sacrificando, le dixerón en alta voz que saliese de su error, pues no habia otro Dios que el Criador del mundo. Preguntóles quiénes eran. Respondieron: *Cristianos*. Y luego les mandó cortar la cabeza sin otros tormentos.

cccxvi

El mismo dia fué llevada por fuerza al tribunal de Firmiliano una vírgen de Escitópolis llamada Ennatas. Sufrió crueles azotes y otros tormentos, y despues un tribuno llamado Maxis, hombre fiero y brutal, de su autoridad la desnudó de la cintura arriba, y la paseó por toda la ciudad de Cesaréa, azotándola bárbaramente con correas. Volvióla en fin al tribunal, y el juez la mandó quemar viva. Tuvo éste gran cuidado de que los cuerpos de los mártires quedasen sin sepultura, á cuyo fin destinó muchos guardas. En efecto las aves, perros, y otras bestias despedazaron los santos cuerpos, cuyos huesos y entrañas se veían sembrados al rededor de la ciudad, con lástima y horror hasta de los gentiles. Era entonces el tiempo sereno y el ayre seco; y con todo las columnas de los pórticos de la ciudad se vieron cubiertas de gotas de agua á manera de lágrimas, y las calles y plazas se vieron mojadas sin haber caido rocío. Lo que, como observa Eusebio, hizo decir á las gentes que la tierra y las piedras lloraban la inhumanidad con que eran tratados los mártires y sus cadáveres¹. Un mes despues fueron presos en Cesaréa algunos cristianos egipcios que iban á Cilicia para asistir á los confesores sentenciados á las minas; y fueron condenados á la misma pena, sacándoles tambien uno de los ojos, y privándolos del uso de un pie. Tres de ellos padecieron martirio en Ascalon, á saber San Arés que murió quemado, y San Probo ó San Promo y San Elías á quienes se cortó la cabeza.

¹ *Ibid.* c. 9.

cccxvii

DEL SÉPTIMO,

Año 309.

El año séptimo de la persecucion, á once de enero, fué martirizado en Cesaréa San Pedro, llamado tambien Aspelamo ó Abselamo, natural de Anea junto á Eleuterópolis, el qual vivia vida ascética, esto es, renunciados

todos los bienes y negocios mundanos, se aplicaba continuamente á la meditacion de las santas Escrituras y de mas ejercicios de piedad. Era muy jóven; y así el juez y consejeros le exhortaban á que se compadeciese de sí mismo; pero permaneció constante, y murió abrasado. En el mismo fuego murió tambien Asclepio, obispo marcionita.

El mes de febrero del año séptimo de la persecucion fué famoso en la Palestina por el martirio de San Panfilo y otros doce mártires. Este Santo, natural de Berito en la Fenicia, fué ordenado presbítero de Cesaréa por el obispo Agapio. Pasó la vida en un continuo ejercicio de las virtudes cristianas, humilde, liberal con los pobres, pronto á servir á los amigos y parientes, y desprendido del mundo y de sus bienes: era de singular constancia y destreza para conseguir los buenos designios que se proponía. Y tenía mucho mérito en las ciencias sagradas, como veremos en otro lugar ¹. Despues de San Panfilo habia entrado en combate un viejo venerable, llamado Valente, diácono de la iglesia de Elia, esto es, de Jerusalem, el qual sabia de memoria las Escrituras divinas con tal perfeccion, que de qualquier lugar ó libro las recitaba como si leyera. Con los dos estaba Pablo, natural de Jamnia, varon de singular piedad y fervor, que habia sufrido ya el tormento de los hierros encendidos.

Habia dos años que los tres Santos estaban en la cárcel, quando ocasionó su martirio la llegada de algunos egipcios, que habian acompañado hasta Cilicia á algunos confesores condenados á aquellas minas. En su vuelta pues, preguntados en la puerta de Cesaréa de dónde venian, y del motivo de su viage, lo declararon con franqueza, y fueron llevados á la cárcel. Al día siguiente, que era el diez y seis de febrero, fueron presentados al tribunal con Panfilo, y compañeros. Los egipcios eran cinco, y al hacerse cristianos habian tomado los nombres de algunos profetas, á saber, Elías, Jeremías, Isaías, Samuel, y Daniel. Comenzó el juez por éstos, y preguntado el primero de su nombre y

¹ *Ibid.* c. 10² *Núm.* 536.

patria, respondió que se llamaba Elías, y era de Jerusalen. Como esta ciudad se llamaba entónces Elia, el juez que no sabia ó no tenia presente, que se hubiese llamado ántes Jerusalen, no le entendiò, y exasperado mandó atar á San Elías con las manos detras, tirarle los pies con suma violencia, rasgarle con los garfios de hierro, y por fin le hizo cortar la cabeza. Semejantes tormentos y la misma muerte padecieron sus quatro compañeros.

En seguida fué llamado San Panfilo con San Valente y San Pablo. Fueron preguntados, y conociendo el juez que venian con su antigua constancia, sin detenerse en tormentos, tambien les mandó cortar la cabeza. Oyólo San Porfirio, esclavo y discípulo de San Panfilo, á quien amaba mucho, y dió singulares muestras de sentimiento. El juez le preguntó si era tambien cristiano: lo confesó; y al instante fué entregado á los verdugos, que le rasgaron los costados hasta los huesos y las entrañas. Ni se quejó, ni dió muestras de dolor; y el juez le condenó á morir quemado con el mismo vestido que llevaba, que era el manto filosófico. Lleno del Espíritu Santo anduvo animoso hasta el lugar del suplicio. El cuerpo estaba destrozado con los tormentos; mas el semblante se mantuvo risueño y tranquilo aun entre las llamas. Comenzaron á arder algo apartadas: quando llegaron á él, dixo en alta voz: *Jesús, Hijo de Dios, amparadme*; y despues sufrió en silencio hasta el fin. Era San Porfirio muy jóven, y de ánimo sosegado: lograba lo que queria de quantos trataba.

Quando murió aun no se habia acabado de executar la sentencia de su amo San Panfilo: al qual fué á decirlo un santo confesor llamado Seleuco. Era éste un jóven natural de Capadocia, tan alto, corpulento, fuerte y bien dispuesto, que todo el mundo le conócía. Habia servido en las tropas romanas; pero desde el principio de la persecucion padeció por la fe el tormento de los azotes, y fué echado de la milicia. Abrazó la vida de los que se consagraban enteramente á los ejercicios de piedad, y asistía á los huérfanos, viudas, pobres y enfer-

mos, sirviendo de padre y tutor á todos los desamparados. Viendo pues los soldados que Seleuco hablaba con S. Panfilo y daba un ósculo á otro mártir, le prendieron y llevaron al juez, que mandó cortarle tambien la cabeza. Así fué el décimo de los que murieron en este feliz dia.

El undécimo fué San Teódulo, familiar del mismo presidente Firmiliano, que le queria mucho por su inviolable fidelidad, y por ser ya muy viejo, pues tenia terceros nietos. Su crimen fué manifestar compasion de los mártires, y así descubrirse cristiano. El juez se irritó mas, por lo mismo que era doméstico suyo y el de mayor confianza; y le hizo clavar en cruz. Por último un cristiano de Capadocia llamado Julian, varón santísimo, lleno del Espíritu Santo, llegó entónces á Cesaréa. Supo la muerte de los mártires, y fué corriendo al lugar en que estaban los santos cadáveres, y con singular gozo los abrazó todos. Viéronlo los soldados, y le llevaron á Firmiliano, que le condenó á morir quemado. El Santo transportado de gozo cantaba á Dios humildes acciones de gracias. Los cuerpos de todos estos doce Santos quedaron al descubierto quatro dias y quatro noches; pero no hubo perro, ave, ni otra bestia que los tocara. Retirándose despues los guardas que habia puesto Firmiliano, fueron enterrados por los fieles con el honor acostumbrado. Pocos dias despues, quando aun no se hablaba sino de estos martirios, llegaron á Cesaréa Adrian y Ébulo, que del país de Manganea venian á visitar á los confesores de esta ciudad. Preguntados en la puerta, dixeron abiertamente el motivo de su viage, y fueron llevados á Firmiliano, que les mandó rasgar los costados, y los condenó á las fieras. Dos dias despues se celebraba en Cesaréa la fiesta del genio de la ciudad, y San Adrian fué arrojado á un leon, y despues degollado. Otros dos dias despues el juez ofreció á San Ébulo la libertad si sacrificaba. No quiso, y fué abandonado á las fieras, y tambien degollado. Y este fué el último mártir de Cesaréa: en la qual desde entónces cesó la persecucion ¹.

¹ Euseb. de
Mart. Pal. c.
xi.

CCCLXXII
Y DEL OCTA-
VO.

Año 310.

Por todas partes iba tambien calmando: y los confesores condenados á trabajar en las minas de la Palestina, gozaban de tal libertad, que construyeron algunas iglesias. Pero habiendo llegado á la provincia por gobernador un hombre cruel y maligno, informado del modo de vivir de los Santos, dió parte al emperador, añadiendo mil calumnias. Poco despues llegó el superintendente de las minas, y aparentando órden del emperador, envió algunos á Chipre, otros á Líbano, esparció los demas por varios lugares de la Palestina, y los atropelló á todos con muy improbos trabajos. Á los quatro principales, que eran San Peleo y San Nilo obispos de Egipto, un presbítero, y San Patermucio, famoso por el singular amor con que cuidaba de todos, los envió al capitan general de las tropas de aquel distrito: quien no pudiendo reducirlos á sacrificar, los hizo morir entre llamas.

Á los confesores exêntos del trabajo por viejos, ó inválidos, se les destinó á un país ó lugar aparte. Era su cabeza el obispo Silvano descendiente de Gaza, verdadero modelo de la piedad cristiana: el qual desde el primer dia de la persecucion se habia distinguido en varios combates, sufridos por confesar la fe de Jesucristo; y pareció destinado por Dios para poner el sello á la persecucion de la Palestina. Habia con él muchos egipcios: entre otros el famoso San Juan á quien en la persecucion no solo estropearon el pié, sino que tambien le quemaron los ojos aunque era ya ciego de los dos. Era muy admirable la santidad de costumbres de este varon, pero lo fué mas su memoria, en que tenia tan presente la sagrada Escritura, que la recitaba en qualquier lugar que se le pidiese. Eusebio confiesa que la primera vez que le oyó en la iglesia, creyó que leía; pero quando llegó mas cerca, y vió que solo podia servirse de los ojos del alma, quedó pasmado, y no pudo dexar de alabar á Dios. Todos los confesores, que estaban con los santos Silvano y Juan, se dedicaban sin cesar á la oracion, al ayuno, y demas exercicios de piedad; y á todos en número de treinta y nueve

en un mismo dia se les cortó la cabeza por orden de Maximino. Estos son, concluye Eusebio, los martirios que hubo en la Palestina en el espacio de ocho años, que duró en ella la persecucion.

Con lo que dexamos dicho se ve claramente, que con razon añadió el mismo Eusebio ¹ que fueron innumerables los mártires que hubo en cada una de las provincias orientales del imperio hasta el Iliria: que fueron tambien grandes los trabajos que padecieron los fieles en las occidentales, en solos dos años que duró en ellas la persecucion; y que si esta fué la última general, excedió á todas las precedentes en duracion y en crueldad.

Digamos ahora algo de los mártires, de quienes consta que padecieron ántes de la paz de Constantino, y es del todo incierto en qué tiempo, ó por orden de que emperador. Tillemont ² forma de ellos un largo catálogo, que aun podria aumentarse; pero bastará hacer memoria de algunos, especialmente de los mencionados en las actas genuinas de Ruinart. Sea el primero San Casiano, cuyo extraño martirio nos refiere Prudencio ³. Era maestro de niños en Imola ó *Forum Cornelii*, ciudad de la Romania, y enseñaba á leer y escribir. Acusado de ser cristiano, y no pudiendo el juez reducirle por ningún medio á sacrificar, manda que atado y desnudo le entreguen á los niños, para que á su gusto le atormenten hasta matarle. Los mas le aborrecian, como suelen niños traviesos á maestros exáctos: así se arrojaron sobre él, unos á golpes en la cara con las tablitas en que escribian hasta romperlas, otros con sus mismos estilos ó punzones de escribir: ninguno hacia herida mortal; pero las heridas y golpes fueron sin número, y por lo mismo fué mas cruel su martirio, que por fin consumó en manos de los mismos tiernos verdugos ⁴.

Tambien fué extrañamente cruel el martirio de San Arcadio, ó fuese en Acaya, ó como parece mas verisímil en Cesaréa de Mauritania. Se habia escondido temiendo la violencia de la persecucion; y desde su retiro supo

CCCXXIII

ASÍ ESTA ÚLTIMA PERSECUCION FUÉ LA MAS LARGA, UNIVERSAL Y CRUEL.

¹ *Ibid.* c. 13.

CCCXXIV

NO SABEMOS EN QUAL PADECIERON S. CASIANO EL MAESTRO DE NIÑOS.

² Tillem. *S. Cassien.* &c.³ *Hym.* xi.⁴ Vid. Ruin. p. 532.

CCCXXV

SAN ARCADIO, SANTA DROSIS, Y SAN JULIAN,

que el juez tenia preso á un pariente suyo, mortificándole para que descubriese donde estaba el Santo: presentóse pues para librar á su pariente. Y como se mantuvo con la mayor serenidad y constancia en los tormentos del ecúleo, garfios de hierro, azotes con balas de plomo, y demas acostumbrados, el juez dió la bárbara sentencia de que comenzando por los dedos de los pies, fuesen despacio cortándole á pedazos todo el cuerpo hasta que muriese. En tan inhumano suplicio San Arcadio parecia insensible. Daba la enhorabuena á sus miembros, segun los iban cortando, por la singular gloria que por esto lograrian despues de la resurreccion. Acordaba á sus oyentes la inmortalidad feliz con que se le premiarian aquellos trabajos, y el amor de Dios que le hacia tener por ligeros tan crueles dolores. Quando ya le habian cortado hasta los muslos, dió su alma al Criador ¹.

San Juan Crisóstomo hace un singular elogio de la grande mártir Santa Drosis, de que no hacen mencion los martirologios griegos, ni latinos. En una iglesia junto á Antioquia, en el dia en que se celebraba la fiesta de esta Santa, predicó el Crisóstomo; y en su sermon vemos que en edad muy tierna y en cuerpo débil, fortalecida con la gracia del Señor no temió el fuego á que fué condenada, y entre las llamas se ofreció en holocausto á su esposo y Señor JESUS ².

Por otro sermon del mismo Santo conocemos á San Julian mártir de Cilicia. Duró su martirio un año, en que fué llevado de unas á otras partes de la provincia, sufriendo repetidos interrogatorios, y teniendo así ocasion de difundir por mas lugares el buen olor de sus virtudes, y purificarse mas el oro de su caridad. Padeció los mas crueles tormentos: le rasgaron los costados, le descarnaron los huesos, llegaron á vérsese las entrañas: azotes, fuegos, hierros, nada bastó á perturbar su fe. Por fin metido en un saco casi lleno de arena, en que habia tambien víboras, escorpiones y otros animales venenosos, fué arrojado al mar ¹.

² S. Chrys.
Tom. v. Hom.
71.

² S. Chrys.
Tom. i. Hom.
47.

En Pátara de la Licia habia muerto por la fe San Paregorio; y San Leon, que habia sido su compañero, visitaba con frecuencia el sepulcro, y allí meditaba las glorias y hazañas del santo mártir. Tuvo en sueños una vision, con que entendió que iban á cumplírsele los deseos de seguir á San Paregorio en la carrera del martirio. Para ir al sepulcro de su santo amigo, pasaba San Leon junto á un templo de la Fortuna; y viendo un dia por allá lámparas y luces encendidas, compadecido de la ceguedad de los que ofrecian aquellos cultos, apagó las luces, descompuso las lámparas, y pasó adelante. De esta manera Dios por un camino extraordinario le conduxo al martirio. Pues como Leon por la pobreza de su porte, austeridad y constante tenor de su vida cristiana, era conocido de todos, fué luego acusado al procurador de la provincia, que envió soldados, y le prendieron á la vuelta de su acostumbrada visita. Preguntado por el juez sobre lo que habia hecho junto al templo, respondió confesándose cristiano y declamando contra la vanidad del culto de los ídolos.

Este es peor crimen, le dixo el juez, y así reconoce á los dioses, ó sufre las penas de quien los niega. *Si por esto has de castigarme, dixo el Santo, no lo difieras: no has de rendirme con los tormentos que crees mas atroces: sé que estos trabajos me alcanzarán la vida eterna; y la Escritura me advierte que es estrecho y difícil el camino que á ella conduce. Ya que confiesas que es estrecho, dixo el juez, ven por nuestro camino que es ancho y cómodo. Y el Santo respondió: No dixe que sea angosto porque no quepan muchos; pues son muchísimos los que por él andan. Es angosto, porque por él se va entre las aflicciones, angustias y trabajos que se padecen por la justicia. Pero la fe le hace ancho para los que le siguen con amor, y con deseos de la bienaventuranza á que conduce. Estas y semejantes sentenciosas respuestas le grangearon los azotes, y que despues abandonado al populacho fuese arrastrado hasta un torrente; y allí dando*

CCXXXVI
SAN PAREGORIO,
Y SAN
LEON,

CCXXXVI
SAN PAREGORIO,
Y SAN
LEON,
CCXXXVI

¹ Ruin. *Cer-*
tam. S. Leon.
¶ Pareg. p.
545.

CCCXXVII
SAN JULIO, Y
OTROS SANTOS
SOLDADOS,

gracias á Dios, y rogando por la conversion de los que se divertian en atormentarle, dió su espíritu al Señor.

San Julio, soldado veterano, en las primeras respuestas del interrogatorio dió razon de sus proezas y fidelidad en el servicio militar, concluyendo que no debia ser menos fiel en servir á Dios. El presidente, alabando su prudencia, le rogaba que si quiera para darle gusto sacrificase: *No puedo complacerte*, le dixo el Santo, *porque incurriría en un pecado y pena eterna.* Si culpa hay, dixo el presidente, yo la tengo, pues te violento para que sacrifiques: hazlo pues: se te pagará lo que en el año décimo dan los príncipes; y nadie te molestará mas. *Ni el dinero, ni esa tu engañosa persuasión*, respondió el Santo, *me privará de mi Dios. No puedo negarle. Da pues tu sentencia contra mí como cristiano.* Es cosa necia, le dixo el juez, hacer mas caso de un muerto crucificado que de los reyes vivos. Y San Julio respondió: *El mismo que murió por nuestros pecados, para darnos vida eterna, es también Dios eterno: y quien le confiese tendrá vida eterna; pero quien le niegue, sufrirá pena eterna.* En fin, despues de otras inútiles instancias, el juez le condenó á pena capital. Otro santo soldado llamado Esiquio, que ya estaba preso, al darle el ósculo de caridad, se encomendó á sus oraciones, y le hizo memoria de San Pasicrates y San Valention que habian sido martirizados poco ántes ².

² Ruin. *Act.*
S. Ful. p. 549.

También se hace memoria de San Pasicrates en las actas de San Nicandro y San Marciano. Los dos eran soldados. En el primer interrogatorio, Daria muger de Nicandro le animaba á ser fiel á Jesucristo. El presidente le dixo: *Perversa muger, ¿por qué quieres que muera tu marido? Para que viva en Dios*, respondió, *y así nunca muera.* Buena excusa, dixo el juez, tú que quieres casarte con otro. Mas ella respondió: *Si esto sospechas, haz que yo muera por Cristo ántes que él.* El presidente dixo que de las mugeres no tenia orden: con todo la metió en la cárcel, como también á los dos santos. Veinte dias despues los hizo comparecer otra vez al tribunal, y como se man-

tuvieron constantes á pesar de todas sus amenazas y de los ruegos de amigos y parientes, los condenó á pena capital ¹.

Juntemos con el martirio de estos soldados el de San Focas hortelano. Poseía un huerto inmediato á la puerta de la ciudad de Sinope; y con sus productos tenía con que socorrer á los pobres, y exercer la hospitalidad. Por este medio hallaba ocasión de instruir á muchos, y exercitar su zelo por la fe. Acusado al que mandaba en la provincia, éste envió soldados á Sinope con orden de buscar á Focas el cristiano y matarle, sin dexarle escapar. Los soldados casualmente se hospedaron, como otros muchos, en casa del mismo Santo sin conocerle: los trató con la acostumbrada caridad; y de sobre mesa les preguntó el motivo de su venida á Sinope. Los soldados viendo el buen trato de su huésped, le hicieron confianza de su comision, esperando y rogándole que les informase en donde paraba Focas el cristiano. El Santo les respondió que le conocia muy bien, y que descansasen tranquilos hasta el dia siguiente, y que él los guiaria para el seguro desempeño de su comision. En la noche preparó el sepulcro, y todo lo necesario para su entierro. Y al dia siguiente les dixo: *Os tengo bien buscado á Focas: la presa está á punto: quando querais podeis prenderle.* Llenos de gozo le preguntaron donde estaba. Y el Santo: *No le teneis léjos; porque soy yo mismo. Ea, cumplid con vuestra orden: no sea en vano vuestro viage.* Yertos quedaron y asombrados; el agrado y generosidad con que los habia hospedado, los dexó sin palabra y sin accion. Mas en fin animándolos el mismo Focas, le cortaron la cabeza ².

En un lugar en que habia aguas muy calientes estaba preso San Patricio obispo; y el procónsul saliendo de los baños llamó al Santo, y le reprehendió su ingrata impiedad de no querer adorar á los dioses, que por la salud de los hombres habian concedido tanta virtud y calor á aquellas aguas. El Santo con un largo discurso procuró persuadirle que el fuego, el agua, y todas las cosas las

¹ Ruin. Act.
SS. Marc. &
Nic p. 551.

CCXXVIII
SAN FOCAS
HORTELANO,

² Ruin. En-
com. S. Phoc.
p. 559.

CCXXIX
SAN PATRICIO
OBISPO,

habia criado de la nada Dios omnipotente por su unigénito Hijo Jesucristo, y le hizo ver la vanidad de sus dioses, y la ridiculez de hacerlos autores de la naturaleza. El próconsul despues de otras réplicas, le dixo: Si es así, aunque yo te mande arrojar á estas aguas hirviendo, Cristo su autor, hará que no te quemén. *Puede librarne*, dixo el Santo, *si es de su agrado: y puede tambien valerse de estas aguas para romper el vínculo de mi vida mortal. Pues quanto sucede lo sabe, y él es quien lo dispone. Esto es la pura verdad; y lo es tambien que á los que dan culto á las piedras, los tiene condenados á los eternos tormentos del abismo.* Irritóse el juez, mandóle arrojar desnudo al agua mas caliente; y sucedió el portento de que no se quemaba: por lo que pasado un gran rato, le hizo dar muerte con la seguridad de que le sobrevendría la vida.

1 Ruin. Act.
S. Patric. p.
554

CCCXXX

SAN PABLO
CON OTROS
TREINTA Y
SEIS VARONES
APOSTÓLICOS
DEL EGIPTO.

En el Egipto treinta y siete cristianos, que aun en el mundo eran gente principal, ansiosos de la conversion de todo el Egipto á la fe, se distribuyeron en quatro compañías, y se fueron unos á los países del levante, otros al poniente, otros al norte, y los demas al medio dia. Animaba á todos una santa emulacion de ganar mas almas al Señor, extender mas su doctrina, y padecer mas por su amor. En efecto fué mucho lo que sufrieron en sus santas misiones. Pero últimamente el que mandaba en Egipto los hizo prender á todos; y haciéndolos comparecer juntos en el tribunal procuró persuadirles que sacrificasen, previéndoles que solo así podrian evitar una muerte cruelissima. San Pablo que era el principal de todos respondió: *Subemos muy bien que el sacrificar á los dioses es peor que el morir. Así, mátanos: no tienes que perdonarnos; pues en ninguna manera sacrificaremos á los demonios.* En consecuencia mandó que los que hacian mision en los pueblos meridionales y orientales fuesen quemados: á los del norte se les cortase la cabeza; y los del poniente fuesen crucificados².

Á tan ilustre compañía de mártires añadamos otra de veinte africanos, cuyo conocimiento debemos á San Agus-

2 Ruin. Pas.
SS. XXXVIII.
Egip. p. 557.

CCCXXXI

Y SAN FIDEN-

tin , que supone celeberrima su memoria en Hipona. En su obra *De la ciudad de Dios* ¹, refiere un milagro acaecido en su templo , donde predicó varios sermones en su fiesta anual. En ellos vemos , que el principal de estos santos mártires era San Fidencio obispo , y que habia tambien una Santa Valeriana , y una Santa Victoria. Vemos el valor con que dixerón al juez que no podían sacrificar á los demonios , sino al Dios eterno : que debían abandonar todo , aun á los padres , muger é hijos por el nombre del Señor y para alcanzar la vida interminable , y que no podían hacer caso de la autoridad ú orden del emperador , hombre mortal , quando se oponia á la autoridad y mandatos del Rey eterno. Vemos en fin que enviados á la cárcel cargados de cadenas , fueron despues coronados con el martirio ². Y estos son los principales martirios de época mas incierta , que se hallan entre las actas de Ruinart , y que me ha parecido dar como suplemento al artículo de las principales persecuciones de la Iglesia.

En este largo artículo no encontrará sobradas memorias , ni difusion en referirlas , quien considere que la historia y conocimiento de los mártires es una parte muy principal de la historia y conocimiento de la Iglesia. Pero juzgo que se ha dicho lo bastante para formar una justa idea de quán prodigioso fué el número de estos héroes de nuestra religion : para aprender de ellos la mas pura doctrina de nuestra fe : para hallar en ellos eficaces estímulos y exemplos de toda virtud , y varias evidentes demostraciones de que la Iglesia es obra muy particular de la mano de Dios. Así espero que nadie tendrá á mal que no haya hecho memoria de todos los mártires que se veneran con fundamento en iglesias particulares , ni aun de todos los del martirologio Romano ; mayormente no siendo propio de mi designio apurar una materia tan abundante.

En lo demas estoy muy distante de creer poco fundada la existencia ó martirio de quantos omito. Pues sé muy bien que de muchísimos de estos hallamos el nombre , ó

CIO CON DIEZ
Y NUEVE COM-
PAÑEROS.

¹ Lib. XII. c. 8.

² S. August.
Serm. 325. s.

CCCXXXII
Y BASTEN ES-
TAS MEMORIAS
DE LOS MÁR-
TIRES , AUN-
QUE PUDIERAN
AÑADIRSE MU-
CHAS MAS.

alguna particular acción en martirologios dignos de fe, en autores antiguos, y tambien en las obras de los santos padres. Por poco que se miren las historias de las iglesias particulares, y la famosa coleccion general de actas de los santos, conocida con el nombre de PP. Bolandos, se hallará fundada en monumentos antiguos dignos de crédito la memoria de varios mártires, de quienes no he hecho mencion. Y aun me parece que en aquellos cuyo culto está solo apoyado en la tradicion de alguna iglesia particular, no debe confundirse la existencia con las circunstancias del martirio. En efecto es innegable que la pia credulidad de las gentes sencillas, y el indiscreto zelo de algunos autores, han introducido tormentos y milagros falsos en la relacion de martirios verdaderos. Así en esta parte no debè admitirse sin un cauto exâmen lo que el pueblo dice.

Mas en quanto á la existencia de los mártires, solo raras veces habrá podido suceder que el que realmente fué uno, con el tiempo haya sido venerado como dos, ó por habersele dado culto especial en dos distintos lugares, ó por hallarse mencionado por distintos autores, con alguna variedad en el nombre, ó por otra casualidad. Pero sobre no constar, ni tampoco ser verisimil, que jamas se hayan fingido de propósito nuevos mártires, ni aun en los tiempos llamados de ignorancia, repetidas veces hallamos auténticos testimonios de que hubo muchísimos mártires en varias provincias ó ciudades, sin quedarlos ni en los mismos, ni en otros monumentos antiguos, siquiera el nombre de ninguno en particular. Así no basta el silencio de los antiguos, ántes son menester fuertes positivas razones, para poner en duda la existencia de algun mártir, quando le venera un pueblo desde tiempo inmemorial. Pero baste ya lo dicho sobre la multitud de los mártires, y crueldad de sus tormentos. Veamos ahora los triunfos que en su paciencia logró la Iglesia.

ARTÍCULO III.

Triunfos de la Iglesia en los combates de los Mártires.

Solo con ver que la Iglesia subsiste al principio del siglo quarto despues de tres siglos de persecuciones, es menester confesar que no debe su sér y permanencia al poder é industria de los hombres. Porque ¿qué pueblo, qué secta filosófica, qué falso culto religioso, ó qué establecimiento humano ha habido nunca, cuyos individuos desde su primera union hayan sido perseguidos de muerte por otros de número y fuerzas sin comparacion mayores, y sin embargo haya subsistido no digo trescientos, pero ni siquiera cien años? Añadamos que la Iglesia no solo es perseguida de los que mandan, sino de toda clase de gentes del pueblo, y no solo en una ú otra provincia, sino en todos los lugares en que intenta establecerse: que los que entran en su gremio no se grangean nuevos placeres, sino el abandono de los antiguos: no pueden prometerse sino la pérdida de bienes y de empleos, los insultos del pueblo, la burla y desprecio de los tenidos por sabios y prudentes: y que para llevar una vida austera y obscura, y á mas de esto sufrir cárceles, oprobios, suplicios y muertes, no se les alienta sino con esperanzas y temores de la otra vida. Si á pesar de todo esto la Iglesia, tres siglos despues que nació en la Judéa, no solo permanece, sino que se halla extendida por todas las provincias del orbe conocido: no solo en las ciudades populosas, sino tambien en los lugares y aldeas, entre pobres y ricos, ignorantes y sabios, en todas clases, y en grande número: solamente quien esté destituido de la luz de la razon dexará de conocer que la Iglesia no puede ser obra sino de la mano de Dios: de aquella mano omnipotente, que al paso que dexa que los pueblos nazcan, se engrandezcan, caygan de su esplendor, sean abatidos y exterminados, segun el curso consiguiente á las pasiones

ECCXXXIII

LAS PERSECUCIONES DE LA IGLESIA DEMUESTRAN QUE ES OBRA DE DIOS.

y afectos de los hombres, se complació en que sirviesen para que su Iglesia se estableciera y extendiera sobre la tierra los mismos medios, que segun el curso regular de los sucesos humanos debian impedir su establecimiento, y aun acabarla despues de establecida.

CCCXXXIV
EN LAS DES-
ASTRADAS
MUERTES DE
SUS PERSEGUI-
DORES,

Detengámonos algo mas en tan importante reflexion, y observemos como la mano de Dios, protectora de la Iglesia, se dexa entrever en las desastradas muertes de sus perseguidores: como se descubre mas en los varios modos con que las persecuciones sirven á extender la Iglesia; y como se ostenta grandiosamente la divina omnipotencia en los milagros con que dirige y consuela á los mártires, y en la prodigiosa constancia que les inspira.

En Eusebio hallamos muchos ministros subalternos de las persecuciones, que pagaron la pena de su odio contra la Iglesia ya en este mundo con notables infortunios y muertes desastradas ¹. Y entre las obras que con razon se atribuyen á Lactancio Firmiano, tenemos una muy preciosa intitulada: *De las muertes de los perseguidores*, cuyo objeto es referir el modo con que Dios hizo ostension de su magestad y poder, exterminando los enemigos de su santo nombre, ó de la Iglesia ².

¹ Eus. *Hist.*
E. IX. c. 6. &c
II. &c.

² *De mort.*
Persec. c. I.

CCCXXXV

³ Cap. 2.

Año 68.

Nerón, digno por su crueldad de ser el primer emperador romano que persiguió la Iglesia, fué tambien digno de un desastrado fin ³. De la elevada cumbre del imperio Romano cae al abismo de verse condenado por el senado á padecer una infame muerte. Y no halla otro medio de precaverla que matarse él mismo, con una desesperacion tan furiosa que le hace centellear los ojos, con horror y espanto de los que estaban presentes ⁴. Domiciano, á pesar de su crueldad, reynaba tranquilamente: despues de muchos años de imperio instigado del demonio, comenzó á perseguir la Iglesia; pero no tardó mucho en experimentar la divina venganza. Fué asesinado por sus mismos familiares y ministros; y el senado de Roma decretó que se borrara del todo su memoria, y que se quita-

⁴ Suet. *Lib.*
VI. c. 49.

sen sus retratos y su nombre de todas partes , hasta de los edificios con que habia hermoseado la ciudad ¹. Decio luego que subió al trono imperial empezó á atropellar á los cristianos. Mas apénas habia dos años que mandaba , quando destruido su ejército por los bárbaros , pereció de tal manera , que no se halló su cuerpo para darle sepultura ². Ménos que la de Decio duró la crueldad con que Aureliano provocó la ira de Dios ; pero murió víctima de la infidelidad de sus confidentes y amigos ³. ¿ Y á qué vino á parar Valeriano , aquel que en tan poco tiempo derramó tanta sangre de los justos ? Dios le condenó á nuevos suplicios de muy singular tormento é ignominia. Vencido y preso por los persas , el rey Sapor le trató peor que á un vil esclavo. Para montar á caballo , ó en la carroza , le hacia poner de manos en el suelo , y montaba poniendo el pie sobre su espalda. Solia decirle que este era verdadero triunfo : no los que pintaban los romanos. Tenia Valeriano un hijo emperador , el qual aunque instado por varios pueblos , que le ofrecian socorros , no intentó librar á su padre de tan infame esclavitud. En ella perseveró casi diez años , hasta la muerte ; y no quedando todavía satisfecha la inhumanidad de Sapor , le hizo quitar el pellejo , adobarlo , pintarlo y ponerlo en el templo de sus dioses , para eterno oprobio de los romanos ⁴.

Si los últimos perseguidores con mas furor y atrevimiento se levantaron contra Dios , tambien todos experimentaron en vida los rigores de la Divina justicia , llegando algunos á conocer que sus trabajos eran castigo de su crueldad contra la Iglesia. Al cumplirse el primer año de la última persecucion general , quando Diocleciano celebra el vigésimo de su imperio , contrae una penosísima enfermedad , que le dura un año ; y son tan furiosos los arrebatos de hipocondría , que le causan verdaderos intervalos de locura. Poco despues el mismo Galerio , por cuyas instancias publicó sus edictos contra la Iglesia , le persuade , ó por mejor decir le obliga á renunciar la púrpu-

Año 95.

¹ De mort.
Persec. c. 3.
& Suet. Lib.
viii. c. 16.
& 23.

Año 251.

² De morte
Persec. c. 4.
³ Ibid. c. 6.

Año 260.

Año 269.

⁴ Cap. 5.

CCCCXXVI
ESPECIALMEN-
TE DE LOS ÚL-
TIMOS.

ra. Reducido Diocleciano á la vida privada, y en nada atendido de los que mandan, vive siete años entre disgustos y pesares continuos, y cada vez mayores. Detesta su vida infeliz: no hace mas que gemir y llorar, ir de una á otra parte, sin querer tomar alimento ni descanso, hasta que por fin muere consumido de inquietud y aflicción¹. Tambien Maximiano Herculeo despues de renunciado el imperio queda en una agitacion violenta, no sabiendo sufrir la obscuridad de una vida privada. Tienta varios medios de recobrar la púrpura; pero inútilmente. Es sorprendido en el mismo acto de su infame traicion contra Constantino: su hija es quien le descubre; y el yerno á pesar de su benignidad y respeto, se ve precisado á hacerle morir².

¹ C. 17. 18. 42.

² C. 30.

CCCXXXVII

Los otros dos emperadores mas jóvenes, Galerio y Maximino, tenian mas culpa que Diocleciano y Maximiano en los trabajos que padecia la Iglesia. Pero ¿quán extraordinario y horroroso fué en ellos el castigo? En Galerio comenzó por una cruel llaga en las partes mas delicadas del cuerpo: ni el hierro, ni los remedios bastan á contenerla: arroja tanta sangre, que le dexa sin fuerzas: la gangrena va creciendo: vienen de todas partes los médicos mas famosos, y de nada sirven: se acude á los dioses, da un remedio Apolo, pónese en execucion, y el mal aumenta. Asentaderas y muslos se deshacen en corrupcion: los conductos de orina y excrementos quedan confundidos: llega á los intestinos la gangrena: el hedor apesta no solo á todo el palacio, sino á toda la ciudad. Salen gusanos de dentro de su cuerpo: se aplican animales cocidos y calientes para atraerlos: en efecto cada vez se saca un enjambre; pero con todo siempre van naciendo mas. Su cuerpo corrompido por el medio no tiene figura de cuerpo en los extremos. La parte superior tan seca y demacrada, que no se ve mas que un cárdeno pellejo pegado á los huesos: la inferior hinchada como un cuero sin señal de pies. Sus dolores son intolerables, los gritos y lamentos horrorosos. Tanta infelicidad no le acaba

mento de la divina venganza; y con todo se la atraxo contra sí, renovando los trabajos de la Iglesia. Pero tambien despues, vencida su armada naval y destrozado su ejército por Constantino, se ve precisado á postrarse á los pies sin púrpura, pidiéndole la vida; y aunque la benignidad de Constantino se la concede, y le envia á Tesalónica, su genio sedicioso precisa al emperador á mandarle cortar la cabeza un año despues¹.

¹ Eus. *Hist.*
E. IX. c. 8.
et 9.

CCCXXXIX
SE DEXA EN-
TREVVER LA
OMNIPOTEN-
TE MANO DE
DIOS:

No solo Lactancio y Eusebio, sino tambien Tertuliano, San Cipriano, los demas santos padres, y generalmente todos los cristianos, han alegado estos trágicos sucesos en prueba de la venganza de Dios contra los malos, y de su amorosa providencia á favor de la Iglesia. Pero qué, dirá alguno, ¿por ventura pensamos que toda desgracia temporal es castigo de Dios? ¿y pretendemos que la ruina y muerte de estos emperadores no fueron naturales efectos del curso ordinario de las cosas humanas, sino verdaderos milagros? Ni uno ni otro pretendemos los cristianos: no es menester tanto para justificar nuestro designio. Los cristianos sabemos que las mismas adversidades son tal vez castigo de los réprobos; y útil exercicio ó amorosa prueba de los justos; y que un fin desastrado en la mas alta fortuna no exige mas causa que la inestabilidad de las cosas humanas. Mas esto ¿nos impide tal vez de reconocer la justa mano de Dios en el desgraciado fin de tantos emperadores?

Á la verdad la misma Providencia omnipotente que detuvo al sol en tiempo de Josué, é inundó la tierra con el diluvio universal, es la que arregla el constante orden natural de los días, y hace caer las lluvias regulares. Por lo que un entendimiento ilustrado y reflexivo, tambien en las cosas y sucesos mas comunes descubre y reconoce la Primera Causa omnipotente, que lo hace y gobierna todo. Pero quando la Primera Causa se complace en dispensar en el orden que tiene establecido para la naturaleza; ¿la novedad de los portentos no excita la atencion hasta de los hombres mas rústicos? ¿No les mueve á reconocer la infi-

nita providencia de Dios? ¿No pasa por tradicion á las generaciones siguientes, con la memoria del milagro, el respeto á Dios que le dispensó? Pues si los verdaderos milagros demuestran claramente á todas clases de gentes la omnipotente mano de Dios: tambien la descubren con especialidad aquellos sucesos, que si bien están comprehendidos en el orden que estableció Dios en la naturaleza, sin embargo por un extraordinario concurso de circunstancias despiertan la atencion del comun de los hombres, y los llaman á reflexionar que Dios es quien lo dispone todo por los fines conformes á su bondad y justicia. Y si con estos principios pasamos á considerar los trágicos fines de los principales perseguidores de la Iglesia, ¿cómo podremos dudar de que estos sucesos eran muy propios para que en ellos el comun de las gentes reconociera la omnipotente mano de Dios?

No es pues la ignorancia del estado político del mundo, ni una excesiva credulidad, sino una filosofia sólida y sublime, la que convence al cristiano de que la divina Providencia con tan extraordinarios sucesos le excita á considerar sus soberanos designios. Y como fácilmente conoce que es muy conforme á la divina Justicia presentar á la vista de los hombres algun espantoso castigo de los malos: como la fe le enseña que Dios ordena todas las cosas al bien de sus escogidos, y nunca dexa de proteger al cuerpo místico que los reúne, ó á su Iglesia; así quando ve caer rigurosos y extraordinarios infortunios sobre un gran número de emperadores romanos, y observa que son los que mas abusaron de su poder para oprimir á la Iglesia, con razon toma de aquí motivo para avivar su fe y alentar su esperanza: adora con temblor los rigores de la divina Justicia, y reconoce con hacimiento de gracias aquella omnipotente mano que hasta en los sucesos mas contrarios á la Iglesia le da muestras de su proteccion.

Sin embargo no puede negarse que ésta, aun mas que en el castigo de los perseguidores, se descubre en los progresos admirables que hizo la Iglesia por medio de las

CCCXI.

CCCXLI

SE DESCUBRE
MAS EN LO
MUCHO QUE LA
PERSECUCION
EXTIENDE LA
IGLESIA:

mismas persecuciones, que al parecer debian acabarla. Recien venidos somos al mundo, decia Tertuliano en el tercer siglo á los romanos idólatras, y ya lo llenamos todo, vuestras ciudades, islas, castillos, municipios, consejos, exércitos, tribus, decurias, palacio, senado, foro. Solo os dexamos los templos. Si tanta multitud de hombres nos trasladáramos á algún ángulo remoto del mundo, os asombraria vuestra soledad, quedarían desiertas vuestras ciudades, no hallaríais á quienes mandar. Cada vez que tomáis la hoz y segur para asolar nuestros campos, crecemos en número: semilla es la sangre de los cristianos.

¹ *Apol. c. 37.*
et 50.

² *Strom. VI.*
in fin.

La doctrina de nuestro Maestro, decia Clemente Alexandrino, no está reducida á la Judéa, como la filosofia á la Grecia. Se halla esparcida por toda la redondez de la tierra: ha convencido á griegos, y á bárbaros, á ciudades grandes y á lugares pequeños: hasta á muchos filósofos ha introducido en el conocimiento de la verdad. Si algun magistrado prohibe la filosofia griega, al instante desaparece. Pero nuestra doctrina, desde que comenzó á predicarse, está prohibida por los reyes y tiranos, por todos los gobernadores y magistrados que nos hacen la guerra con todos sus dependientes, y con innumerales hombres que con el mayor esfuerzo procuran acabarnos. Sin embargo nuestra doctrina de dia en dia está mas floreciente: porque no es doctrina humana, que pueda acabarse, ni es una prenda frágil, que pueda desmerecer. Hasta aquí Clemente, y á este tenor otros muchos. Observemos ahora algunos de los suaves medios de que se valió la divina Providencia, para hacer que las persecuciones, en vez de acabar con la Iglesia, sirviesen para extenderla.

cccxliv

Quantos fieles sacaba de sus casas la persecucion, enviándolos á trabajar en minas ó canteras de los montes desterrándolos á las islas ó ciudades mas remotas del imperio, ó precisándolos á huir entre los bárbaros, eran otros tantos misioneros que hacían resonar por todo el mundo el nombre de Cristo. Como entre los romanos los actos judiciales se hacían en público: quando un cris-

tiano era preguntado, sobre todo en la cuestión de tormento, las verdades cristianas, que en sus respuestas manifestaba ó defendía, eran oídas con atención de un numeroso concurso de toda clase de gentes: muchas de las cuales sin este medio nunca hubieran oído, y ménos deteniéndose en máximas ó dogmas tan superiores á sus conocimientos, y tan contrarias á las pasiones. De manera que la persecucion fué un medio eficazísimo para que el conocimiento de Cristo y de los principales dogmas de la religion cristiana llegase prontamente á todos los pueblos del mundo, y á todos los individuos de cada pueblo.

La frecuencia con que se veian cristianos en juicio público, comunmente acusados solo de su fe, y que si tal vez se les culpaba de otros delitos, nunca quedaban probados, á pesar del odio de jueces, testigos y pueblo, era para los fieles un argumento muy eficaz para desvanecer las calumnias con que los judíos y gentiles procuraban infamarlos. El mismo rigor de las sentencias llamaba la atención á informarse de la vida de los sentenciados, y á conocer por consecuencia la pureza de sus costumbres. Y lo que es mas, la misma persecucion las purificaba: ya avivando en los fieles la esperanza y deseo de los bienes eternos: ya excitando los malos á la penitencia: ya dando ocasion á los que estaban libres de exercitar su caridad y su zelo con los presos: ya haciéndoles conocer mejor la injusticia de las máximas, y la corrupcion de los afectos de este mundo: ya de tantas otras maneras, que San Cipriano contó la relaxacion de las costumbres de los cristianos, entre las causas de que Dios enviase persecuciones para reformarlos¹.

Quando los hombres con la segur y espada, azotes y hambre, bestias y fuego intentaban cortar de raiz el recién nacido árbol de la Iglesia, ajar su frondosidad, tronchar sus tiernos pimpollos, abrasarlo enteramente: tan improbos conatos fomentaron los progresos de la Iglesia. Se iba purgando de ramos nudosos é inútiles: donde se le cortaba un pimpollo, nacia al instante muchos tanto

¹ Cypr. De Laps.

ó mas vigorosos : un nuevo calor la animaba en todas sus partes : extendia sus ramas por toda la redondez de la tierra. Y estos admirables efectos ; quán claramente descubren la omnipotente mano de Dios , que con suavidad y eficacia lo hace servir todo al cumplimiento de su soberana voluntad !

CCCXLIV
AUN MAS EN
LOS PRODIGIOS
CONTRA LOS
APÓSTATAS , Y
 FAVOR DE
LOS MÁRTIRES ;

 S. Cypr. de
Laps.

La divina Omnipotencia se manifestó con especialidad en los varios portentos que obró en castigo de los apóstatas , y para consuelo de los mártires. San Cipriano ¹ para inspirar  los fieles , que durante la persecucion cayeron en idolatría , un justo horror de su pecado , les acuerda que un cristiano que subió de buena gana al capifolio , apénas acabó de pronunciar las palabras con que negó la fe , quedó mudo : que una muger que igualmente habia apostatado , queriendo despues abrir el cofrecito en que solian los fieles guardar la eucaristía , vió salir de dentro una espantosa llama , que la hizo huir horrorizada ; y refiere otros semejantes prodigios , con que el Señor quiso dar algun indicio del rigor con que ha de castigar en la eternidad  los que le nieguen , y hacer concebir  los fieles un santo temor.

Peró  con quánta mas frecuencia animó su confianza con repetidos portentos de su proteccion á favor de los que le sirven con fidelidad ?  Quántas veces se vieron las obscuras cárceles de noche iluminadas como al mediodia , consolados los santos confesores con visiones de ngeles , avisados por Dios de los tormentos que habian de padecer , y aun curados repentinamente de las llagas de los tormentos anteriores ?  Quántas veces se les caían de las manos las cadenas , se les trocaban en flores los cascos de ladrillo y teja , sobre que los tenian echados , se les abrian las puertas de las cárceles ? Aunque para disminuir la impresion que tales portentos debian hacer en el ánimo de quantos los viesen , la malicia diabólica los atribuía siempre  arte mágica : sin embargo  no fueron muchos los carceleros , verdugos y jueces que se convirtieron de repente , sin otro exterior impulso que la vista de alguno de estos milagros ?

¿No se oyeron resonar los anfiteatros en aclamaciones de que era grande el Dios de los cristianos, á vista de la portentosa mansedumbre con que se les sujetaban las bestias mas feroces, y la maravillosa fortaleza con que sus cuerpos muchas veces no recibian lesion alguna de grandes llamas, y de otros crueles suplicios?

Pues aun convertia mas idólatras, y no era ménos maravillosa la fortaleza con que los sufrían todos. ¿No ves decia San Justino á Diogneto ¹, no ves que quantos son arrojados á las fieras, para que nieguen al Señor, quedan invencibles? ¿No ves que quantos mas son los ajusticiados, tanto mas crece el número de los fieles? Pues esto no lo hacen los hombres: esto es obra de Dios: indicios son estos de su venida al mundo. Tertuliano en la apología que dirige al presidente de la provincia de África le dice: No se acabará esta secta (de los cristianos:) entiende que quando parece que se arruina, entónces se edifica mas; porque á qualquiera el ver tanta tolerancia le da golpe, se inflama en deseo de saber en que consiste, y luego que conoce la verdad tambien él la sigue ². El mismo decia á los principales de Roma: Aquella obstinacion, que tanto afeais, es la maestra que dá discípulos á la verdad. Porque ¿quién al contemplarla, no se conmueve para saber que es lo que hay de parte de dentro? ¿Quién al haberlo averiguado, no se nos arrima? ¿Y quién al haberse arrimado, no desea padecer? ³ La que llamaban obstinacion los idólatras, era la constancia con que los fieles ántes de sacrificar á los ídolos, ó negar la fe, sufrían qualesquiera horribosos tormentos. Esta constancia, como observa Tertuliano, en cada mártir habia de dar golpe ó sorprender á los gentiles, y moverlos á informarse en que se fundaba. Pero considerada en algunos mártires en particular, y aun mas en todos los mártires juntos, es muy superior á quanto puede la resolucion ó fuerzas naturales del hombre, es un verdadero prodigio.

Porque no se trata aquí de uno ú otro sabio, que tenazmente adicto á sus opiniones, creyendo su gloria pen-

CCCXLV
Y TAL VEZAUN
MAS EN SU MA-
RAVILLOSA
FORTALEZA.

¹ S. Just. ad
Diogn. n. 7.

² Ad Scap.
c. 5.

³ Apol. c. 50.

CCCXLVI

diente del valor en defenderlas , sufre sin queja y con ánimo , al parecer tranquilo , grandes trabajos ó la muerte misma. Se trata de un inmenso número de gentes , hombres y mugeres , viejos y jóvenes , y aun niños , filósofos , militares y jurisconsultos , nobles y plebeyos , gente instruida é ignorante , ricos y pobres , de ciudades cultas , y de rústicas campiñas , de todas las provincias del imperio romano y aun del orbe conocido , á quienes por el espacio de tres siglos se les hace morir , no por deliquio desangrados , ó con un veneno que les quite el sentido y conocimiento , sino con quantos agudos dolores y prolongados tormentos sabe inventar la mas ingeniosa crueldad. Se trata de gentes de todas edades , sexos y condiciones , que pudiendo muchas veces resistir á la fuerza , jamas resisten. Pues tan fuerte tolerancia , en tan varios países , en tantas clases de gentes , y por tanto tiempo , ¿ de dónde puede nacer sino de aquel Señor que , como dicen los mismos mártires , les da una fortaleza superior á los tormentos á que los sujeta ?

Sócrates condenado á una muerte pronta y sin dolor , por ser contrario de los dioses , declara que es esta una calumnia : protesta que los adora , y ofrece sacrificios , cuya vanidad es increíble que no conociese ; y sin embargo de esta debilidad de ánimo , se admira su fortaleza como de un héroe. Al contrario , un sin número de cristianos condenados por el mismo motivo á muertes dolorosísimas , saben que con solo prometer que sacrificarán á los dioses quedarán libres de la muerte y de los tormentos. Continuamente se les repite que sacrifiquen , y serán honrados y premiados : no obstante permanecen firmes en lo que creen justo. Se ven á un tiempo combatidos de toda la fuerza de los halagos y horrores de este mundo : dura el combate semanas , meses , y tal vez años. Pero nada es capaz de trastornar su constancia : nada puede hacer titubear su fe. ¿ Una fortaleza pues en el sufrimiento , una constancia en sus principios tan superior á las mas celebradas de uno ú otro sabio y héroe del mundo , podrá

sin milagro ser tan universal entre gentes sencillas, delicadas é ignorantes?

Confesemos pues que la fortaleza y constancia de tanto número de mártires es un prodigio que nos demuestra que Dios es quien los sostiene, y que por consiguiente de Dios es la doctrina ó la fe por cuyo amor padecen: que la sangre de los mártires es una fecunda semilla de nuevos cristianos, y sus penas y suplicios son un glorioso triunfo de la Iglesia. En los combates de los mártires triunfa la Iglesia de los obstáculos que el demonio opone á su propagacion, y los convierte en medios de extenderse: triunfa del culto de los ídolos, y hace quedar desiertos los templos: triunfa de las potestades de la tierra, y con su paciencia las rinde á que la protejan: triunfa tambien de la vana sabiduria del mundo, siendo los hechos y dichos de los mártires otros tantos rayos de brillante luz, que disipan las tinieblas con que los filósofos procuraron obscurecer y desacreditar nuestra doctrina, como vamos á ver en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO III.

**LA IGLESIA PERSEGUIDA POR LOS SABIOS DEL MUNDO
SE DEFIENDE CON SÓLIDAS APOLOGÍAS, Y CONQUISTA
LOS FILÓSOFOS MAS PRUDENTES.**

ARTÍCULO PRIMERO.

*Escritos de los paganos: sus calumnias, y razones
aparentes.*

II

Hemos visto como la Iglesia triunfó de la violencia y de la crueldad: veamos ahora sus triunfos contra la calumnia y la seduccion. Estos á primera vista nos parecen fáciles, pues parece que no podia haber otras armas que la violencia para pelear contra los cristianos en defensa de la idolatría. Porque ¿qué alucinamiento ni ceguedad

CCCLXVII

LUEGO LAS
MURTES Y
OPROBIOS DE
LOS MÁRTIRES
SON GLORIAS Y
TRIUNFOS DE
LA IGLESIA.

CCCLXVIII

LA RAZON DEL
HOMBRE TOR-
PEMENTE PRE-
OCUPADA,

habia de ser bastante para preferir los delirios é infamias del culto de los dioses, á la sublimidad y pureza de la doctrina cristiana, luego que fuese conocida? ¿Qué cosa mas insubistente á la luz de la razon, y mas llena de evidentes extravagancias, que la idolatría? Sin embargo, si bien se mira, este mismo cúmulo de extravagancias contrarias á la recta razon, hace ver su dificultad en vencerlas. Pues no puede dudarse de que habia muchos siglos que dominaban pacíficamente en casi todo el mundo, y que por consiguiente habia muchos siglos que estaba muy corrompida la razon humana, y que el mundo encantado por sus ídolos, se mantenía sordo á las voces con que la naturaleza estaba clamando contra ellos.

CCCXLIX
 É IMPELIDA
 DEL AMOR Á
 LOS PLACERES,
 DEL INTERÉS,
 Y DE LA AM-
 BICION,

Act. XIX.
 v. 23.

Los divertimientos, los espectáculos, y aun los excesos de disolucion eran parte del culto divino: las fiestas consistian en juegos: de modo que la idolatría pudo creerse inventada solo para diversion; y por consiguiente todos los sentidos y pasiones humanas estuvieron á su favor. Defendíala tambien el interés de muchos particulares, como de los plateros de Éfeso¹: el de todos los sacerdotes, que sacaban sus ganancias de los ricos presentes á los dioses: el de muchas ciudades, que debian á sus templos singulares privilegios y el concurso de extranjeros que las enriquecia. En fin la ambiciosa política romana juzgaba nociva al bien del estado toda nueva religion: y se creía particularmente interesada en mantener el culto de los dioses, á quienes atribuía sus victorias. Ahora pues, ¿qué mucho que de los corrompidos lagos de una razon despues de tantos siglos trastornada, de unos sentidos disolutos, y pasiones estragadas, con el ardor del interés, y movimientos de una política rezelosa, se levantasen nubes de calumnias contra los cristianos, que llegasen á oscurecer su inocencia, aunque mas clara que la luz del dia? ¿Qué mucho que en el entendimiento de los ídólatras entre tanta corrupcion y obscuridad se levantasen falsas vislumbres de aparentes razones, fuegos fátuos, que se apartasen del camino de la verdadera luz? Pero reco-

CCCXLIX
 É IMPELIDA
 DEL AMOR Á
 LOS PLACERES,
 DEL INTERÉS,
 Y DE LA AM-
 BICION,

jamós ya baxo de un punto de vista quanto se opuso á los cristianos en los primeros siglos.

„Las leyes, decian los idólatras, y el bien del imperio declaran que es delito intolerable el ser atea, ó no reconocer ningun Dios; y que es preciso adorar alguno, sea el que fuere, para que el temor de la deidad, contenga de obrar mal. Pero los cristianos son verdaderos ateistas; ó sino que enseñen su Dios, si alguno adoran. Si ya no es que, segun hay señales, tengan por dios á un asno ó á una cruz ¹.

„Sus convites ocultos y misteriosos, ¿qué abominaciones no encubren? Para iniciar á alguno en sus misterios ó hacerle cristiano, le presentan un niño cubierto de harina, de modo que pensando cortar un pan, mata un niño: luego le hacen pedazos, todos los que asisten lamen la sangre, se comen el niño, y el nuevo cristiano hecho cómplice de tan gran crimen queda por lo mismo obligado á guardar el secreto ².

„Á los que tienen estas cenas *tiesteas*, no les faltan los convites de *Edipo*. Juntanse ciertos días con todas sus familias, madres, mugeres, hermanas é hijas: de modo que en el festin hay gentes de toda edad y sexo: despues que han comido y bebido con exceso, se echia algo á un perro que está atado al candelero: al movimiento del perro cae el candelero: quedan á obscuras; y se abandonan á los mayores excesos, segun lo proporciona el acaso ³.

„Esa union íntima que se observa entre los cristianos, quando no nazca de los desórdenes de sus convites, ¿puede dexar de ser sospechosa al estado ⁴? Ellos hablan siempre de su reyno ⁵. Al emperador no quieren llamarle *Señor*, ni jurar por su fortuna. Su tenaz resistencia á las órdenes de sacrificar, ¿no los hace reos de lesa magestad humana? Todo hombre está sujeto á las leyes del país en que vive; y el orden y utilidad publica exigen que cada uno se conforme con las costumbres de su patria. Pero los cristianos ningun caso hacen de

CCCL
ALEGA CONTRA
LA FE UN SIN
NÚMERO DE CA-
LUMNIAS Y
ARGUMENTOS,

¹ Athenag.
Leg. n. 1. 3.
4. Tert. *Apol.*
c. 16. *Ad Nat.*
I. c. 11. Véase
despues num.
367.

² Origen. *C.*
Cels. vi. c. 27.
Véase num.
368.

³ Athen. *Leg.*
n. 3. Orig. *C.*
Cels. vi. c. 27.
Véase num.
368.

CCCLII
⁴ S. Just. *ad*
Diogn. n. 1. 8.
5. Véase num.
369.

⁵ *Id.* *Apol.* x.
n. 11. Véase
num. 372.

- ¹ Orig. *C. Cels.*
v. c. 25. s.
Véase núm.
373. s.
² Véase núm.
376.
³ Tert. *Apol.*
c. 40. Arnob. 1.
n. 3. Véase
núm. 378. s.
⁴ Eus. *C. Hie-*
rocl. init. Véase
núm. 381. s.
⁵ Véase núm.
383. s.
⁶ Véase núm.
387. 420.
⁷ Orig. *C. Cels.*
vi. c. 39. Véase
núm. 415. s.
⁸ Véase núm.
387.
⁹ Véase núm.
388. s.
¹⁰ Véase núm.
391.
¹¹ Véase núm.
1392.
¹² Véase núm.
393.
¹³ Min. Fel.
Oct. Clem.
Alex. Strom.
iv. Véase n.
394.
¹⁴ Clem. *Alex.*
Strom. vii.
n. 15. Véase
núm. 395. s.

CCCLIII

» las leyes, ni de las costumbres concernientes al culto ó
 » religion del país ¹. ¿ Y de qué sirven con su extraña
 » vida y despreciable inaccion al comercio é industria
 » del trato social ²?
 » ¿ Quién duda de que la grandeza de los romanos
 » es premio de su piedad con todos los dioses? ¿ Quién
 » duda que las buenas cosechas, la salud, la abundan-
 » cia, y semejantes bienes los debemos á los dioses?
 » Luego tampoco debe dudarse de que estos que in-
 » sultan á nuestros dioses, provocan su venganza con-
 » tra el imperio que los tolera; y así reos son de to-
 » das las calamidades públicas ³.
 » Y mirando mas de cerca su religion, su fortaleza,
 » sus milagros, sus apóstoles, y su Cristo: si éste hizo gran-
 » des y portentosas acciones, ¿ no está á favor de los dio-
 » ses Apolonio de Tiana ⁴? Con su Dios eterno é inmu-
 » table adoran á Cristo que confiesan hombre. ¿ No es
 » esto adorar muchos dioses? ¿ Y qué mayor baxeza que
 » tener por Dios á un crucificado ⁵? Pedro, Pablo, y sus
 » demas discípulos, ¿ qué mas fueron que unos impostor-
 » res muy hábiles ⁶?
 » Los milagros de los cristianos, ¿ qué prueban sino
 » que son diestros en la magia ⁷? Su fortaleza en los tor-
 » mentos, ¿ qué es sino un proceder de desesperados ⁸?
 » La esperanza de la resurreccion que los anima, ¿ no es
 » bien ridícula? Despues de quemados ó comidos de las
 » fieras, ¿ quién los resucitará ⁹? Su religion ¿ qué otra
 » cosa es sino una secta de filósofos, como otras muchas
 » que ha habido ¹⁰? ¿ Y quién ha de sufrir la certeza con
 » que deciden en puntos oscuros y dificiles? ¿ y con qué
 » quieren que se les crea ¹¹? Mayormente siendo una fac-
 » cion de la plebe mas vil é ignorante, y de mugerzuelas
 » livianas y crédulas ¹²? Si su religion fuese verdadera, á
 » buen seguro que su Dios no los dexaria padecer tanto
 » como padecen ¹³. Ni habria entre ellos tantas divisiones
 » como hay ¹⁴.
 » Sobre todo los libros de los cristianos son nuevos:

su religion es nueva. En materia de religion es abominable toda novedad ¹. ¿Y quién ha de creer que el Dios soberano hubiese dexado á los hombres en la ignorancia del culto que debian darle, hasta que vino el autor de los cristianos, que es decir hasta los tiempos de Augusto ²?

Dios solo se conoce á sí mismo, y sabe como se le ha de dar culto: los hombres no debemos discurrir de cosas tan altas: no hemos de hacer mas que creer á nuestros pasados, que lo aprendieron de Dios. Por consiguiente todo hombre de juicio debè seguir la religion que halla establecida en su patria ³.

Tales eran las máximas con que se sostenian los errores groseros é impios que llenaban toda la tierra, y las vanas razones y calumnias con que los idólatras procuraban cerrar sus ojos y oídos á las verdades que publicaban los cristianos. Á esto se reducen los rumores populares que corrian contra los fieles, las reconvenciones que solian hacer los jueces á los mártires, y los argumentos que en sus escritos ó disputas verbales alegaban los filósofos. Á todo respondian con gran solidez y claridad los fieles; y sus principales respuestas las copiaron despues, de las obras que nos quedan de aquellos tiempos. Ahora deseo dar á conocer los sabios del mundo que defendieron la idolatría é impugnaron la Iglesia por escrito, y nuestros más célebres defensores.

Luciano de Samósata en sus diálogos intentó ridiculizar las verdades de la religion cristiana, del mismo modo que las supersticiones del paganismo, el fausto de los filósofos, y la vanidad de los hombres de varios estados. Mas el primero que sepamos que escribiese de propósito en defensa de la idolatría, contra la religion cristiana, fué Celso, filósofo epicúreo del tiempo del emperador Hadriano. Escribió primero dos libros contra los cristianos ⁴; y despues publicó otro que intituló *Discurso de la Verdad*, en que hizo disputar á un judío con un cristiano, para despues impugnar á los dos y burlarse

¹ S. Teoph. ad Autol. III. n. 1.

² Véase núm. 396. s.

³ Véase núm. 375. 400.

CCCLV
Y TAMBIEN
LOS PUBLICA
EN VARIOS ES-
CRITOS.

Año 125.

⁴ Orig. C. Cels. l. c. 8. 68. 14. c. 36.

de todos. Su obra, de que solo nos quedan algunos fragmentos en Origenes, era una sátira continua, en que trataba á sus contrarios con el mayor desprecio. De Crescente, filósofo cínico, nos dice San Justino¹ que solo por ostentacion, y para complacer al populacho, publicaba varias calumnias contra los cristianos, ó con muy crasa ignorancia, ó con muy mala fe. Autólico, á quien dirigió sus tres libros San Teófilo, se burlaba del nombre de cristiano: decia al Santo que le enseñara su Dios, y que nó podía creer la resurreccion de los muertos². Pero de Crescente y de Autólico no sabemos si en efecto escribieron contra la fe, ó si sus dicerios y calumnias eran solo de palabra.

Uno de los filósofos gentiles que mas escribieron contra nuestra santa fe fué el famoso Porfirio, el mas docto y pernicioso enemigo del cristianismo. Despues de haber estudiado las ciencias naturales, baxo la direccion de los mas excelentes maestros, leyó con gran cuidado todos los libros de la divina escritura del viejo y nuevo Testamento: ó fuese con el solo deseo de impugnarla y desacreditarla, ó por hallarse su ánimo todavía indeciso en materia de religion. Lo cierto es que compuso quince libros para impugnar la revelacion divina: pretendiendo hallar en la Escritura manifiestas contradicciones indignas del espíritu de Dios, negar la divinidad de Jesucristo, y defender en algunas cosas el culto de los dioses. Porfirio murió en los últimos años de Diocleciano³.

Entónces mismo, al comenzar en Nicomedia la última persecucion, se publicaron dos escritos contra la religion cristiana. El autor del uno era filósofo de profesion, pero de costumbres muy estragadas. Decia que como filósofo estaba obligado á remediar los errores de los hombres, procurando reducirlos al culto de los dioses que gobiernan al mundo, y librar de los seductores á la gente sencilla, para precaverla de la obstinacion que le hacia sufrir inútilmente tantos suplicios. Entraba despues en materia haciendo ver que ningun conocimiento tenia de lo

¹ Just. *Apol.*
II. n. 3.

Año 161.

² Theoph. I.
n. 1. 4. 3.

³ Vid. Hols.
Vit. Perph.

cclv

Año 303.

que impugnaba. El otro era del orden de los jueces, y se cree que fué Hierocles, despues gobernador de Alexandria, quien parece que habia tambien aconsejado la persecucion. Escribió dos libros que intituló *Filaletes*, ó el amigo de la verdad, y se proponia dar saludables consejos á los cristianos con quienes hablaba ¹. Quando Maximino despues de la muerte de Galerio renovó el furor de la persecucion, se publicó con el título de *Actas de Pilatos*, un proceso que se fingia ser el que este juez habia hecho á Jesucristo: habia las mayores blasfemias. El emperador le hizo enviar á todas partes, á pueblos grandes y pequeños; mandando que en las escuelas sirviera para dar leccion de leer á los niños, y se procurase que le aprendiesen de memoria. En fin las respuestas que el mismo emperador daba á las ciudades, de quienes logró que le pidiesen la abolicion del cristianismo, se grababan en láminas de bronce; y en la que dió á la ciudad de Tiro, y nos conserva Eusebio, vemos que procuraba con aparentes razones excusar sus crueles providencias contra los cristianos ².

¹ Lact. Div. Instit. v. c. 2.

² Eus. Hist. E. ix. c. 7.

ARTÍCULO II.

Apologías de los católicos, y sus respuestas á las objeciones de los gentiles.

Luego que se vieron correr escritos de filósofos contra la Iglesia, comenzaron los fieles á publicar discursos en su defensa, los cuales con voz tomada de los griegos, se llaman *Apologías*. En ellas desvanecian las calumnias, y deshacian las razones que contra los fieles se publicaban; y solian tambien implorar la clemencia y la justicia de los emperadores, para que no permitiesen que se castigase en los cristianos el solo nombre, sin probárseles ningun delito. La primera, de que tenemos noticia, fué de San Quadrato, obispo de Atenas, que la presentó al emperador Hadriano, por los años de 126, la segunda vez que

ccclvi
EN DEFENSA
DE LA FE ES-
CRIBEN, EN-
TRE OTROS
CUYAS OBRAS
PERECIERON;

³ Eus. Chron.
an. 127. S.
Hier. Cat. c.
19.

⁴ Eus. Hist.
E. IV. c. 3.
Hier. Cat. c.
20.

CCCLVII

SAN JUSTINO,
DOS APOLO-
GÍAS Y ALGU-
NOS DISCUR-
SOS:

estuvo en aquella ciudad , visitando las provincias del imperio ¹. Aristides, filósofo de la misma Atenas , poco despues publicó otra ; pero de esta nada nos queda , y de aquella solo un breve fragmento ².

De San Justino se nos conservan dos : la primera y mas larga la dirigió en el año 150 al emperador Antonino Pio, á sus dos hijos adoptivos , y al senado y pueblo romano. La segunda , que es mas corta , la dirigió el año 166 al senado de Roma , y la presentó al emperador Marco Aurelio ; pidiendo que se mandase publicar con la respuesta que el senado juzgase conveniente , para que todas las gentes conociesen mejor á los cristianos. Del mismo Santo tenemos con el título de *Diálogo con Trifon* , dos largas conversaciones que tuvo con este y otros judíos , en que se demuestra el cumplimiento de las antiguas profecias en Cristo y en la Iglesia. Tenemos tambien otras obritas dirigidas á los Griegos , con cuyo nombre significaba los gentiles : una *Oracion* ó discurso , en que da los motivos de haberse hecho cristiano : una *Exhortacion* , para que dexados los filósofos se apliquen á los libros y estudio de nuestra santa fe ; y un librito intitulado *De la Monarquía*. En este advierte que al principio del mundo se adoraba un solo Dios ; pero que los ídolos y supersticiones de su culto han adquirido ya fuerzas con la costumbre. Por lo que fiado en la fuerza de la verdad , é impelido de su amor á Dios y á los hombres , va á manifestar con los mismos poetas que solo se debe dar culto al Dios único que lo conoce todo , que ha de juzgar á todos , y que pedirá cuenta á los que pasan la vida ociosos sin buscarle , é ingratos sin darle culto. Del mismo Santo es , ó de otro autor tanto ó mas antiguo , una carta que va con las obras del Santo , y se dirige á *Diogneto* , en respuesta de algunas preguntas que habia hecho sobre los cristianos. Todos estos escritos se pueden contar entre los apologeticos de nuestra fe.

CCCLVIII

CLEMENTE
ALEXANDRI-

Tambien el *Pedagogo* , *Estromas* , y *Exhortacion* á los gentiles de Clemente Alexandrino. El *Pedagogo* contiene

un resumen de la moral cristiana, compuesto principalmente para los catecúmenos, de cuya instruccion estaba encargado Clemente, y á quienes iba apartando de sus pasiones y malas costumbres, y disponiendo á la doctrina de la Iglesia. Los *Estromas*, ó *Tapicerías*, son un tejido de verdades cristianas, unidas sin especial orden, pero con agradable variedad, siendo esta obra como un libro de memoria para apuntar las vivas sentencias, ó sublimes discursos de los varones respetables que habia oido, y facilitar que permanezca constante la bienaventurada tradicion. La *Exhortacion* á los gentiles con singular eloqüencia y muchos pasages de los poetas hace ver que en la religion cristiana todo es razon y virtud, y en la idolatría todo falsedad é infamia.

Con las obras de San Justino suelen juntarse algunas otras escritas contra los gentiles en su tiempo ó muy poco despues: una *Oracion contra los Griegos*, de su discípulo Taciano, que defiende la antigüedad y excelencia de la religion cristiana, y ridiculiza á los filósofos y gramáticos gentiles: otra de un filósofo llamado Hermias con el título de *Burla de los filósofos gentiles*, en que hace ver con quanta razon dixo San Pablo que la *sabiduría de este mundo es necedad respecto de Dios*: dos obritas que escribió Atenágoras, filósofo de Atenas, á saber una apología con el título de *Embaxada por los cristianos*, que dirigió al emperador Marco Aurelio, y un libro de la *Resurreccion de los muertos*: y por último tres libros de San Teófilo, obispo de Antioquia, dirigidos á un sabio llamado Autólico, que se burlaba de los cristianos, especialmente de su Dios, y de la resurreccion. Eusebio nos conserva algunos fragmentos de otra *Apología* ó *Súplica de los cristianos*, que dirigió tambien á Marco Aurelio, Meliton obispo de Sardis¹; y solo el título de otra que le dirigió Apolinar obispo de Hierápolis, quien habia escrito otros cinco libros contra los gentiles. Bien que hablando de la lluvia milagrosa que los soldados cristianos alcanzaron de Dios á favor del ejército de Marco Aurelio en la Ger-

NO VARIAS
OBRAS:

CCCLIX
TACIANO Y
HERMIAS SUS
BURLAS DE
LOS FILÓSOFOS:
ATENÁGORAS SU
APOLOGÍA Y
TRATADO DE
LA RESURRECCION:
S. TEÓFILO SUS
LIBROS Á AUTÓLICO:

¹ Eus. *Hist.*
E. IV. c. 26.

² *Ibid.* v. c. 5.

¹ *Ibid.* c. 17.
S. Hier. *Cat.*
c. 39.

CCCLX

MINUCIO FELIX SU OCTAVIO: TERTULIANO SU APOLOGÉTICO, Y OTROS TRATADOS:

mania, dice que lo refiere también Apolinar, sin decir en que obra; y es regular que fuese en la representación á dicho emperador ¹. Al mismo, ó á Cómodo, ó á los gobernadores de provincias, dirigió otra apología Milciades en defensa de la filosofía cristiana que profesaba ².

No mucho tiempo después, por los años de 209, Minucio Felix, abogado de Roma, escribió un excelente diálogo intitulado *Octavio*, en que se avivan las quejas de los paganos contra el cristianismo, y se responde con solidez y claridad á sus objeciones y calumnias.

Al principio de la persecución de Severo, ó por los años de 200, publicó Tertuliano dos libros dirigidos á las Naciones, ó á los gentiles. En el primero demuestra la inocencia de los cristianos, y que los gentiles solo los persiguen por odio, y con furor, sin querer oírlos. En el segundo combate contra todas las deidades del paganismo, impugnando de propósito á Varrón; y como éste pone tres clases de dioses, á saber de los filósofos, de los poetas, y de las gentes ó naciones, Tertuliano demuestra que la existencia de los primeros solo se funda en conjeturas, la de los segundos en ficciones, y la de los terceros en caprichos populares. Á estos libros siguió luego su *Apologético*, ó apología, que parece la mas completa y famosa de quantas publicaron los cristianos, y la dirigió á todos los magistrados del imperio, esto es, al senado y gobernadores de las provincias.

Desde el principio clama Tertuliano contra la injusticia de condenar á los cristianos solo por confesar este nombre, sin probárseles ningún delito: hace ver la inconsecuencia é injusticia de las leyes ó decretos que mandan la persecución: desvanece las groseras calumnias que se publicaban contra los cristianos: los defiende de la acusación de lesa magestad divina, y á este fin demuestra la falsedad de la idolatría, y la verdad é inocencia de la doctrina cristiana: los vindica igualmente del crimen de lesa magestad humana, demostrando que los cristianos son los vasallos mas obedientes á los emperadores, mas

zelosos de la quietud pública, mas útiles á la sociedad, y ménos sospechosos en sus juntas particulares. En fin hace ver que así en la extension y sublimidad de conocimientos, como en la pureza de costumbres, ninguna secta filosófica puede compararse con los cristianos, y aun ménos en la constante fortaleza en los tormentos y muertes cruelísimas; y concluye, que los cristianos en vez de irritarse contra sus perseguidores, les quedan agradecidos: pues quando ellos los condenan, Dios los absuelve.

En el Apologético habia dicho Tertuliano que nuestra alma naturalmente abraza la creencia de un solo Dios: y poco despues escribió un libro intitulado *Del testimonio del Alma*, en que extiende aquel argumento en defensa de la religion cristiana. Pues viendo que la obstinacion de los paganos no se rendia á tantas apologías que se habian publicado, y que tambien despreciaban á sus poetas y filósofos en lo que decian favorable á nuestra religion, quiso convencerlos de su injusticia y error con el testimonio de su propia conciencia. Así considerando al alma sin ninguna luz ni afecto de educacion, y únicamente con lo que tiene por su naturaleza, descubre en ella la invocacion de un solo Dios, el deseo de la inmortalidad, y así el conocimiento de la otra vida. Observa que estos testimonios son los mismos en todas las naciones, por varias que sean sus costumbres y su religion; y por lo mismo exhorta á gentiles y cristianos á aceptarlos. Á mas de estas obras, que escribió Tertuliano siendo aun católico, algunos años despues, quando segun parece habia muerto ya Severo, y con todo duraba su persecucion en África, dirigió una representacion á *Escápula* procónsul de dicha provincia, exhortándole á hacer cesar la persecucion, ya por ser inocentes los cristianos, ya por ser inevitable á quien los persigue la venganza de Dios. De esta le recuerda algunas señales recientes en castigos de pueblos, con carestías, inundaciones, tempestades, fuegos y eclipses extraordinarios; y en castigos de varios gobernadores, que perdieron la vista, y contraxeron enfermedades extrañas y vio-

lentas, como la del mismo Escápula luego que condenó un cristiano á las fieras. Le hace tambien memoria de muchos gobernadores que con estos escarmientos se habian movido á favorecer á los fieles.

CCCLXI
SAN CIPRIANO, DE LA VANIDAD DE LOS ÍDOLOS, Y CONTRA DEMETRIANO:

De Tertuliano y Minucio Felix tomó San Cipriano, casi todo quanto dixo en el tratado de la *Vanidad de los ídolos*. Algunos juzgan que le escribió en el año 246, para justificar su conversion. Pero es mas verisímil que al empezar la persecucion de Decio, ántes de huirse, aprovechó algunos breves instantes para con este tratado confirmar á los cristianos en la fe, y hace ver á los paganos la vanidad de su culto y ficcion de sus dioses. Le divide en tres partes. En la primera, prueba que los que la gentilidad adora como dioses, no lo son: en la segunda que no hay sino un Dios y Señor: y en la tercera que Jesucristo es Dios y autor de nuestra salud. Tambien se vale mucho de Tertuliano, en su oracion ó libro *contra Demetriano*, ministro subalterno de la persecucion: quien al paso que atropellaba á los fieles con crueldad, queria tambien entrar en disputa, y publicaba mil calumnias contra ellos.

El Santo á pesar de su modestia, y de la tierna caridad con que al fin le exhorta á reconocer al Dios verdadero, entra con una vehemente invectiva contra Demetriano, por las blasfemias que vomita contra Dios, y se propone en particular hacerle ver que las calamidades del imperio no pueden atribuirse á que los cristianos no den culto á los ídolos. Á este fin describe con singular elegancia el estado del mundo, para persuadir que falta ya el antiguo primer vigor, y que van las cosas en decadencia, como las fuerzas del hombre al adelantarse la edad, y las luces del sol al caer el día. Pero luego se eleva á los conocimientos que inspira la religion, y advierte que estos males son profetizados por nuestro Dios: que Dios con ellos castiga al mundo por su descuido en conocerle y adorarle como Señor, por el desenfreno general de los vicios, de que hace una horrorosa pintura, y en especial por

el furor con que se persigue á los únicos que le sirven. Observa que estos males son comunes á fieles é infieles ; pero que son castigo de estos , y exercicio ó prueba de los cristianos , y que vendrán despues los castigos eternos profetizados , en que caerán únicamente los injustos. En este escrito , aunque dirigido á un idólatra , San Cipriano con gran prudencia se vale de muchos testimonios de la Escritura , ya para hacerle ver profetizado el castigo de idólatras y pecadores : ya para inspirarle el respeto á Dios , que infunden las graves sentencias de la Escritura que refiere : ya porque muchos gentiles , aunque no venerasen como divinas nuestras Escrituras , las estimaban como obras de sabios muy antiguos : ya tambien porque el Santo queria que su escrito publicado sirviese de instruccion á los fieles.

Todo quanto se habia dicho y se podia decir á favor de la idolatría , y en contra de la Iglesia , todo , segun Eusebio ¹ , lo disolvió y desvaneció Orígenes en los ocho libros contra Celso. Se propone impugnar quanto dixo este epicureo en el tratado que intituló *Discurso de la verdad*: así va siguiéndole en todos sus pasos , y desvaneciendo con admirable claridad y solidez quantas calumnias y aparentes razones habia alegado contra las juntas de los cristianos y su desprecio de los templos é ídolos , contra el origen de sus dogmas , perfeccion de su moral , docilidad de su fe , historia del antiguo Testamento , sencillez de los apóstoles , subordinacion , instruccion , prudencia y humildad , y contra las otras máximas y principios de nuestra sagrada religion. Al mismo tiempo prueba la divinidad de las profecías , la verdad de los milagros , la extension de la Iglesia entre persecuciones , la resurreccion del Salvador , la ruina del pueblo judayco , y otras verdades que demuestran que la religion cristiana es la verdadera y dictada por Dios. Al modo que Orígenes impugnó á Celso , así San Metodio tomó la pluma contra los libros de Porfirio. La obra del Santo estaba escrita con mucha solidez y elegancia : contenia diez mil líneas ,

CCCLXII
ORÍGENES SUS
LIBROS CON-
TRA CELSO:

¹ In Hierocl.
init.

Año 246.

² Hier. Ep. 83.
ad Mag. Cat.
c. 83.

CCCLXIII
ARNOBIO SU
APOLOGÍA:

Año 294.

CCCLXIII
ORNOBIO SU
APOLOGÍA:
CCCLXIII
ORNOBIO SU
APOLOGÍA:
CCCLXIII
ORNOBIO SU
APOLOGÍA:

Año 294.

CCCLXIV
Y LACTANCIO
SUS CÉLEBRES
INSTITUCIO-
NES, Y DE-
MAS OBRAS

² Hier. Ep.
49. ad Paulin.

ya sin embargo no impugnaba toda la de aquel filósofo ¹.
Contra el mismo escribieron Apolonio de Laodicéa, Eu-
sebio Cesariense, y otros muchos en los tiempos poste-
riores, como veremos en otro lugar. ^{sup y consiguiente}

Por último debemos contar entre las apologías anti-
guas de la religion cristiana los siete libros de Arnobio, y
las obras de Lactancio. Arnobio, en el primer libro, la de-
fiende de las calumnias de los gentiles, y justifica que con
razon adoramos como Dios á Cristo, aunque crucificado:
convence que sus milagros son indubitables; y prueba la
verdad del evangelio con la conversion de todo el mundo
por medio de unos hombres sencillos. En el segundo ob-
serva que ha abrazado y defiende constantemente la fe
toda clase de gentes de todas naciones, á pesar de los
suplicios mas crueles: manifiesta quan prudente es abra-
zar la religion cristiana; y así en este libro como en los
tres siguientes, como orador fecundo se explaya en ha-
cer ver quan nuevo, quan insubsistente, quan falso, quan
lleno de ridiculezes, obscenidades, é injusticias es el cul-
to de los dioses. En los dos últimos libros responde Ar-
nobio á las comunes objeciones de los paganos de que
los cristianos no tienen templos, ni ídolos, ni sacrificios.
Estos libros los escribió Arnobio antes de ser instruido, ni
admitido por los obispos, para convencerlos de la verdad
de su conversion: así se le escaparon varios errores, y
proposiciones ménos exáctas. ^{los errores, si se hubi}

De Arnobio fué discípulo Lactancio Firmiano. Y aun-
que sus obras principales las publicó despues de la conver-
sion de Constantino; como las ideó antes, no le separare-
mos de su maestro, y daremos desde ahora alguna noti-
cia de este apologista que con razon se mira como un rio
de eloqüencia comparable á Ciceron ².

Lactancio Firmiano, á quien algunos llaman tambien
Lucio Celio, ó *Cecilio*, estudió la retórica en Sica con
Arnobio, y la enseñó despues algun tiempo en Nicomedia.
En esta ciudad fué testigo de la violencia con que se per-
siguió á la Iglesia por espacio de diez años. Y aunque se-

gun parece no era cristiano, ni quando estudiaba con Arnobio aun gentil, ni quando enseñaba á los jóvenes á ser, como él dice, ingeniosos en defender el mal¹: con todo lo era desde el principio de la persecucion última; pues desde entónces resolvió dedicarse enteramente á refutar la idolatría, y levantar sobre sus ruinas el edificio de la fe, no pudiendo sufrir que Hierocles y otros filósofos insultasen con escritos á los cristianos, no contentos con verlos atropellados con tanta crueldad². Siendo ya de muchos años pasó á Francia, llamado de Constantino para preceptor de su hijo Crispo³; y no obstante vivió siempre en suma pobreza⁴: habla de sí mismo con gran humildad⁵; y el único fin de su trabajo era apartar á algunos del error y guiarlos por el camino del cielo⁶. Nada sabemos de su muerte. En quanto á sus escritos, el mas antiguo que tenemos es el de la *Obra de Dios*⁷. Es esta obra puramente filosófica, pero muy digna de un filósofo cristiano. En la primera parte prueba con la admirable estructura del cuerpo humano que ha de ser obra de Dios, y que ha de haber una providencia que lo gobierne todo; y con sólidas razones impugna á los epicúreos que negaban uno y otro. En la segunda, prueba que el alma es inmortal, y que nuestras acciones no dependen del hado, ni del influxo de los astros.

Hacia el año 320 publicó con el título de *Instituciones divinas*⁸, siete libros; á cada uno de los cuales dió tambien su título particular. En el primero, que es *De la falsa religion*, probada de paso la providencia, se detiene mas en probar la unidad de Dios: ya con varias razones: ya con el testimonio de los profetas, manifestando la autoridad de sus oráculos: ya con la autoridad de los poetas y filósofos paganos. En seguida impugna las deidades gentílicas, y las abominaciones de sus misterios. En el segundo libro, que es del *Orígen del error*, pasmado de que los hombres, á pesar de las luces de la razon natural, hayan llegado á adorarlo todo, ménos al Dios único digno de ser adorado, reconoce que esta ceguedad viene del

¹ Lact. *Inst.*
Dio. Lib. 1.
praf.

² *Inst.* v. c. 4.

³ S. Hier. *Cat.*
c. 80

⁴ Eus. *Chron.*
an. 310.

⁵ Lact. III.
Inst. c. 13. &c.

⁶ Id. *De Offic.*
c. 20.

⁷ *De Officio Dei.*

⁸ *Divin. Institut.*

espíritu maligno, únicamente ocupado en mantener á los hombres en la ignorancia y el error. Deshace las razones en que los paganos apoyaban el culto de los ídolos, especialmente la autoridad de sus mayores: acuerda la creacion del mundo: y llegando á señalar el origen de la idolatría, le pone en los cananéos ó hijos de Cam, maldito de su padre: advirtiendo que sus progresos y subsistencia se deben en gran parte á los demonios, que con su natural agudeza prevén algunos sucesos, y engañan á los hombres con augurios y oráculos.

Mostrada la vanidad de la religion de los gentiles, pasa en el tercer libro á tratar de la *Falsa sabiduría*, haciendo ver que lo es la de los antiguos filósofos, y que no hay entre ellos sino vanidad, opiniones ridículas, inútiles, y entre sí contrarias. De que concluye que la sola verdadera filosofía es conocer y adorar un solo Dios, y que por consiguiente la verdadera filosofía es inseparable de la verdadera religion. De aquí pasa en el quarto libro á tratar de la *Verdadera sabiduría y religion*, probando que lo es solo la cristiana. Prueba la antigüedad y autoridad de los profetas: sienta la generación eterna del Verbo; y la temporal de Jesucristo. Esta la prueba contra los judíos con las profecías; y contra los gentiles con razones de congruencia. Defiende la divinidad de Jesucristo; y advierte á los que quierán abrazar esta verdadera sabiduría y religion, que se guarden de los hereges.

En el quinto libro trata de la *Justicia*: demuestra que esta virtud fué desterrada del mundo por la idolatría: hace una larga enumeracion de las injusticias de los paganos; y se detiene en la de perseguir á los fieles. Con este motivo observa la constancia de los cristianos de todo sexó, edad y condicion, en sufrir qualesquiera suplicios por no faltar á la fe, ni ofender á Dios; y que si algunos han caído en idolatría, han procurado luego reconciliarse con Dios con el fervor de la penitencia. De donde infiere que solo entre los cristianos se halla la verdadera justicia, que consiste en adorar á Dios en verdad, y dar-

le el culto que se le debe , y en tratar á los hermanos pobres ó ricos como consiervos de un mismo Dios. Y de todo concluye , que Dios permite las persecuciones para bien de los fieles ; y que como juez castigará á su tiempo la injusticia de los perseguidores.

En el libro sexto trata *del Verdadero culto* , ó de como se ha de dar á Dios un culto que le sea agradable. Este culto ha de consistir en el sacrificio interior que hace á Dios una alma purificada de vicios : de donde infiere que no puede serle agradable el culto del pueblo gentil , ni de los filósofos , que tuvieron falsa idea de la virtud ; y prueba que el hombre virtuoso es el que conoce á Dios , le venera como debe , y ama al próximo como imagen de Dios. Con este motivo habla de varias obras de misericordia comunes entre los cristianos. Previene que es menester guardarse tambien de los vicios pequeños , ser humilde , liberal , veraz , paciente , y sobre todo reprimir las pasiones , y arrepentirse de las faltas cometidas. Y entonces se ofrecerán á Dios sacrificios de su agrado , esto es , pureza de corazon , alabanzas , y acciones de gracias. Por último en el libro séptimo , que intitula de la *Vida bienaventurada* , trata de los premios del varon justo , que sigue la verdadera religion y sadiduría. Hace ver que Dios crió el hombre para ser feliz : prueba la inmortalidad del alma , y sienta que en fin vendrá el último juicio y resurreccion , en que los justos se transformarán en ángeles , y los impios serán condenados á penas eternas. El mismo Lactancio hizo un epitome de estas instituciones , á instancias de un tal Pentadio , á quien le dirige. El principio de este libro se había perdido en tiempo de San Gerónimo ¹ ; pero se halló despues , y solo nos faltan el capítulo quince y los tres siguientes.

Muchos filósofos gentiles por dos distintos rumbos negaban que Dios castigase á los malos. Los epicúreos pretendian que Dios mira con la mayor indiferencia quanto dicen y hacen los hombres , y los estoycos juzgaban indigno de Dios todo deseo de vengarse y de castigar ; por-

¹ S. Hier. *Cat.*
cap. 80.

que estos movimientos suelen causar algun rubor al hombre después que dos ha concebido. Lactancio escribió contra todos el libro de la *Ira ó Indignación de Dios*¹. Prueba contra los primeros que es muy propio de Dios extender su Providencia sobre todas las cosas, especialmente sobre el hombre que es su obra principal. Contra los segundos demuestra que confesando que Dios premia á los buenos, no pueden negar que castiga á los malos: que negar á Dios este castigo y aquel premio, es arruinar toda religion, que es lo que mas nos distingue de las bestias: que para que Dios castigue, no es menester que conciba las pasiones de temor, deseo, y demas que en el hombre nacen de la fragilidad de su naturaleza; y que no hay inconveniente en atribuir á Dios una santa indignacion contra los malos.

Ademas de estas obras de Lactancio, tenemos el tratado *De las muertes de los Perseguidores*², de que dimos un extracto en el capítulo segundo: y al qual desde que Baluzio le publicó, generalmente todos los sabios le han tenido por obra genuina de Lactancio. Los reparos que se han ofrecido en contra, sobre no ser de gran peso, dexan del todo cierto que á lo ménos el autor de este precioso libro era del mismo tiempo de Lactancio, y escribió ántes de la persecucion de Licinio. En varias ediciones de este autor se halla una coleccion de enigmas en verso, creidas ántes de un tal *Symposium*, autor desconocido; y que con fundamento se cree que son el *Symposium*, ó convite, que escribió Lactancio en su juventud, como dice San Gerónimo³. Habia escrito tambien en verso su itinerario de África á Nicomedia, y otros poemas y obras en prosa, que han desaparecido. Algunas suelen atribuirsele, de las quales solo el poema de la *Pasión del Señor* puede ser suyo. De lo dicho hasta aquí podemos concluir que sin embargo de que en los escritos de Lactancio se encuentran varios errores, y San Gerónimo observó que no fué tan feliz en asegurar las verdades de la fe, como en derribar los fundamentos de la idolatría⁴:

¹ De *Ira Dei*.

² De *Mortibus Persecutorum*.

³ S. Hier. *Cat.*
c. 80.

⁴ S. Hier. *Ep.*
49. ad *Paulin*.

con todo establecé muchas verdades importantes con solidez: nadie ha impugnado á los gentiles con mas fuerza, ni con tanta elegancia; y por uno y otro merece contarse entre los mas célebres apologistas de la religion cristiana contra los filósofos de la gentilidad.

Todas las apologías, que se nos conservan publicadas por los católicos en la época de las persecuciones, son muy dignas de que las lea por entero y las medite, quien desee conocer la Iglesia en sus tres primeros siglos. Á lo ménos deberian leerse los resúmenes, y coleccion de pasajes escogidos, que de ellas han hecho varios autores. Los que no me resolví á insertar en este libro, y me contenté con dar una breve noticia de lo que contienen, pareciéndome que con algun mayor trabajo podria en ménos páginas, y con mas utilidad de los lectores, recoger de estas obras, primero sus respuestas á los argumentos de los gentiles con el orden con que ántes los mencioné; y despues las pruebas con que directamente demostraban la verdad de nuestra religion.

Nosotros, respondian los cristianos á los idólatras, hemos dexado de adorar á vuestros dioses, luego que conocimos que no lo son. Pero no estamos sin Dios. Adoramos al Dios único y verdadero, que por su palabra crió de la nada al mundo y quanto hay en él. ¿Quereis conocerle? Mirad sus obras, y conoceréis su infinito poder: ved el orden de las cosas, y conoceréis su Providencia. Limpiad de todo vicio los ojos de vuestro entendimiento, y los oídos de vuestro corazón, y entonces conoceréis á Dios. Oid á lo ménos el testimonio del alma naturalmente cristiana, que á pesar de su educacion entre pasiones é ídolos, suele exclamar, ¡Gran Dios! ¡Buen Dios! Dios lo ve; y diciendo esto no mira al capitolio, sino al cielo. Pero si todavía quereis mas perfecto conocimiento de Dios, atended que el verdadero Dios es el Padre de la justicia, de la castidad, y de todas las virtudes sin mezcla de ningún vicio: que en Dios adoramos á Dios Padre, á Jesu-
cristo, que sabemos que es Hijo del verdadero Dios, y al

CCCLXVII
ESTOS APOLOGISTAS CONVENCEN QUE SON MUY NECIAS LAS CALUMNIAS DE QUE LOS CRISTIANOS ESTAN SIN DIOS, Y ADORAN COSAS RIDÍCULAS:

1 Desde el número 350 hasta el 354.

2 Núm. 350.

Espíritu Profético. Sobre todo estudiad la doctrina que nos enseñó Jesucristo, y las divinas escrituras que nos han dexado varones llenos del Espíritu de Dios, justos y dignos de conocerle, y de darle á conocer ¹.

Por tanto es verdad que no adoramos ni al sol, ni á los astros; porque se nos ha enseñado á elevarnos noblemente sobre todas las criaturas. Y si los que adoran al sol no adoran la luz de un candil, con mas razon nosotros que conocemos que Dios es la luz, y que el Hijo de Dios es la verdadera luz que ilumina á todo hombre, no podemos adorar esta pequeña vislumbre de la verdadera luz, que hay en el sol y en los astros. No despreciamos estas grandes obras de Dios; pero sabemos que Dios y su Hijo único son infinitamente superiores, y solos ellos dignos de ser adorados. Y si en nuestras oraciones nos volvemos hácia el oriente: si celebramos el dia del sol con fiestas y descanso, es por razones particulares muy distantes de toda sombra del culto del sol ². En lo demas los rumores populares de que tenemos por Dios á una cruz, ó á una cabeza de asno; y ese quadro ridículo, con que algun infeliz ha querido pintar al Dios de los cristianos con orejas y pies de asno y un libro en la mano, no merecen sino nuestro desprecio. Y es cosa extraña que Cornelio Tácito, á quien tenéis por hombre juicioso, háya caído en la sandez de creer, ó á lo ménos de querer persuadir á los otros, que judíos y cristianos adoramos una cabeza de asno ³.

Por lo que toca á las crueldades y disolucion que fingís en nuestras juntas ó misterios, si son verdaderas, castigadlas con el debido rigor. Pero ¿qué cosa mas injusta que difamar, y aun castigar á un grande número de hombres, sin ninguna prueba de sus delitos, solo por rumores populares? ¿Y qué cosa mas vana que estas calumnias? Los cristianos creen que Dios lo ve todo hasta los afectos del corazón, y que ha de juzgar á todos los hombres: creen que despues de esta vida hemos de resucitar para otra eterna, en que los malos han de ser castigados con

¹ S. Just. I. Ap. n. 13. Tert. Ap. c. 10. 17. s. Athen. Leg. pro Christ. n. 3. 10 Theoph. ad Autol. I. n. 2. 9.

² Origen. C. Cels. v. c. 11.

³ Tert. Ap. c. 16. Ad Nat. I. c. 11. 14.

el fuego por el divino Juez. Esta fe les hace despreciar los honores, los bienes y placeres del mundo: les hace sufrir los tormentos y muertes mas crueles con valerosa constancia, como todo el mundo ve. Pues ¿cómo es posible que con esta fe se abandonen, en las mismas juntas de religion, á excesos que la naturaleza mira con tanto horror? Los cristianos detestan y abominan la fiera crueldad con que los gentiles abandonan sus niños á una muerte segura, ó á una venal prostitucion peor que la muerte; y el infame comercio de tantas gentes, que mantienen niñas y aun niños para venderlos despues á la brutalidad de la gente mas disoluta. Detestan las deshonestidades y violencias de los dioses gentiles: huyen del desenfreno de los juegos teatrales, y de la barbarie de los gladiadores.

Al contrario no tienen por lícito mirar con mal afecto á una doncella: ni en el uso del matrimonio buscan mas que la procreacion de los hijos: son innumerables los que envejecen en el mas puro celibato para mejor servir á Dios: hasta el segundo matrimonio se ve entre ellos rara vez. Al mismo tiempo el justo amor de la vida de los niños les hace declamar contra la crueldad de las que procuran el aborto: no comen la sangre de los animales, ni aun la carne de los ahogados, porque quedaron con su sangre: quando son insultados y atropellados, léjos de vengarse, presentan la mexilla izquierda á los que les dan en la derecha. Pues ¿cómo es posible que los que piensan y obran con tanta mansedumbre y pureza, sean acusados de torpezas y crueldades horrendas, cabalmente por los mismos que se divierten en espectáculos lascivos é inhumanos, que adoran dioses adúlteros y parricidas, y que toleran, promueven, y exercen con los niños, ó una crueldad de fieras, ó una brutalidad mas que de fieras? Tanto puede el odio del vicio contra la virtud. Á tanto llega el conato de los gentiles en aparentar razones de su furor contra la Iglesia, y su confianza de lograr á fuerza de calumnias, que los cristianos desistan, ó que los principes los acaben.

† Athen. *Le-
git.* n. 3 31. s.
Tert. Apol. c.
9. S. Theoph.
III. n. 15.

CCCLXIX
HACEN VER
QUE SU UNION
ES IRREPRE-
HENSIBLE:

² Véase núm.
351.

³ Tert. Apol.
c. 39. ap. 370.

CCCLXX

Tert. Ap. c.
16. ad Nat. l.
c. 11. 14.

CCCLXXI
Y de que co-
locacion de
capitulos y
distinciones

T. A. de A. l.
c. 11. 14.
T. A. de A. l.
c. 11. 14.
T. A. de A. l.
c. 11. 14.

Por lo demas los cristianos se glorian de estar unidos de corazon¹ y así con franqueza se comunican sus bienes. Entre ellos todo es comun, sino las mugeres. Y de esta amistad no podian dexar de nacer cenas comunes, que llaman *agapes* ó convites de caridad. Ellas sirven de algun alivio á los pobres; pero no se permite, ni baxeza, ni inmodestia. Antes de sentarse á la mesa se hace oracion á Dios: se come segun la gana, y se bebe lo que es menester, pero sin exceso: se tiene conversacion, pero pensando que Dios la escucha. Lavadas las manos, y encendidas las lámparas cada uno canta en alabanza de Dios lo que ha sacado de la Escritura, ó él ha compuesto. Acabado el convite se hace otra vez oracion; y se separa la junta con el mismo decoro y modestia. Tales son las juntas y convites de los cristianos. Quando nõ se repara en tantos convites de sociedades paganas, en que se ven toda suerte de excesos y desórdenes: ¿qué puede haber que decir en las cenas moderadas, que la caridad inspira á los fieles, para alivio de sus pobres²? Y qué cuidado pueden dar á los que mandan, las juntas de unas gentes que nada se mezclan en los negocios públicos, que están libres de toda ambicion de honores y de empleos, y que huyen de los espectáculos en que suelen dominar las facciones?

Pero veamos en que consiste el partido de los cristianos. No se diferencian de los demas hombres, ni en el lugar, ni en el idioma, ni en los actos de la vida civil. Viven en pueblos griegos ó bárbaros, donde diere la suerte; y al paso que en vestido y modo de vivir siguen las leyes y costumbres de sus paysanos, se descubre siempre en ellos la santidad y perfeccion de la vida y política cristiana. Cumplen con todos los cargos de ciudadanos; y son oprimidos como extrangeros. Se casan y dan hijos al estado como los demas; pero respetan mas al matrimonio, y nõ abandonan á los hijos. Aman á todos; y todos los persiguen. Obedecen las leyes; pero viven con mas santidad de la que mandan las leyes. En todas partes se portan como los mas buenos: y son tratados como los mas ámpios.

Son castigados como delinquentes; y se gozan en el castigo como si fuese premio. Gentiles y judíos los persiguen como enemigos; y ni unos ni otros pueden dar razon de su odio. En suma la union y conformidad entre los cristianos consiste en que todos en todas partes se portan como buenos ciudadanos, tratan con amor á todos, y sufren con paciencia los peores tratamientos.

Forman un cuerpo, porque tienen una misma religion, una misma moral, una misma esperanza. Se juntan para una santa conjuracion de obligar á Dios con oraciones, y para leer las escrituras divinas: allí se exhorta, se corrige, y se tiene por terrible señal de condenacion eterna, si alguno peca hasta haber de ser privado de nuestras oraciones y juntas. Los presidentes son viejos experimentados, que ascienden á este honor por sus méritos, y no por dinero, que en nada influye en las cosas de Dios. Pero tenemos tambien nuestro erario: no porque se pague nada por entrar en la religion, sino porque suele todos los meses el que puede, llevar algun dinero, quando quiere, y lo que quiere. Á nadie se precisa: la contribucion es voluntaria; y este depósito sirve para mantener y enterrar pobres, alimentar huérfanos y viejos, y socorrer á los que trabajan en minas, y están en desierto ó cárcel por la causa de Dios. Esta caridad ¿por qué ha de reprehenderse? Y esta union ¿por qué ha de ser sospechosa en ningun estado? Al contrario ¿quién promueve mas el bien comun y la pública tranquilidad que los cristianos, que enseñan que es imposible que ningun delito se oculte á Dios, y que todo hombre indispensablemente ha de llegar ó á la eterna salvacion, ó á las penas eternas, conforme merecieren sus obras? Si todos los hombres estuviesen convencidos de estas máximas: si los malos considerasen que con sus pecados corren á una condenacion eterna, y que ni sus pensamientos mas ocultos se esconden al conocimiento de Dios, ¿quánto mas se contendrían con esta fe, que por el temor de las leyes humanas, y de las injuicias de los jueces, de quienes pueden ocultarse,

1 S. Just. *Ap.*
 1. n. 12. *Ep.*
ad Diog. n. 6.
Tert. Ap. c.
 39. 45. *Athen.*
Legat. n. 31.

CCCLXXII
 QUE SU REYNO
 ES SOLO ESPI-
 RITUAL:

2 S. Just. *Ap.*
 1. n. 11.

CCCLXXIII
 QUE OBEDECEN
 Y AMAN AL
 EMPERADOR,
 Y RUEGAN POR
 ÉL.

quando no esperen corromperlos? Seguramente la pública tranquilidad quedaría mas asegurada con nuestra creencia; mas esto no está á cuenta de los demonios que buscan las adoraciones y sacrificios de los que obran mal ¹.

Sin razon entrais tambien en sospecha, quando oís que esperamos un reyno; porque es evidente que no hablamos de reyno humano, sino del eterno con Dios. Es-tais viendo que confesamos que somos cristianos, aunque sabemos que está intimidada la pena de muerte á quien lo confiesa. Y claro está que si esperasemos levantar de entre nosotros algun hombre para rey en este mundo, negaríamos ser cristianos, y procuraríamos vivir y ocultar nuestro designio hasta lograrle. Pero como no tenemos ninguna esperanza ni deseo de las cosas presentes, no hacemos caso de la muerte, que ya en sí es inevitable ².

Al emperador le llamaremos SEÑOR sin reparo, siempre que con este nombre no se le reconozca Dios. En este sentido no reconocemos sino un Señor, Dios omnipotente y eterno, que tambien es señor suyo. Al emperador no le llamamos Dios, porque ni podemos mentir, ni el respeto que le debemos nos permite burlarnos de él. Y en efecto no es un Dios, sino un hombre establecido por Dios, no para ser adorado, sino para juzgar á los demas. Al modo pues que los emperadores no permiten, que á sus ministros se les llame emperadores, porque este nombre no debe darse sino al que lo es: así Dios no permite que demos el nombre de Dios y adoremos á los emperadores. Tampoco juramos por su genio, porque los genios no son mas que demonios; pero juramos si conviene por su salud, que es mas augusta é importante que todos los genios. Le respetamos y veneramos amándole, obediéndole, y rogando por él. No rogamos por él á los dioses que no lo son; pero por la salud de los emperadores invocamos al Dios vivo, Dios verdadero, Dios eterno. Levantados los ojos al cielo, extendidas las manos, y con la cabeza desnuda, rogamos por todos los emperadores. Pedimos por ellos una vida larga, un reynado tranquilo,

seguridad en su casa, valor en las tropas, fidelidad en el senado, bondad en el pueblo, paz por todo el mundo, y quanto pueda desear un hombre y un emperador. No lo pedimos sino á aquel Señor que sabemos que puede concederlo; y le ofrecemos la víctima que ha mandado, esto es, la oración que sale de un cuerpo casto, y de una alma inocente, y del influxo del Espíritu Santo ¹.

Es verdad que los dias de público regocijo no tomamos parte en las borracheras é insolencias que se ven por las calles. Pero ¿será gran crimen celebrar las victorias y dias de los emperadores con castidad, sobriedad y modestia? Es verdad tambien que no sacrificamos á los ídolos, aunque se nos intime orden del emperador. Pero es porque se nos enseña dar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. Por tanto no adoramos como dioses, ni á los ídolos, ni á los emperadores, porque no lo son. En quanto á las costumbres de los pueblos sería cosa muy absurda pretender que todas se han de seguir; y que el que vive entre los escitas ha de hacer morir á su propio padre, entre los persas ha de casarse con su madre y hermana, y así conformarse con otras injustas é indecentes costumbres de varios pueblos. Á la manera que los filósofos saben elevarse sobre las preocupaciones de su patria, por comunes que sean: así los cristianos conocen la vanidad de las supersticiones idolátricas, y las abandonan, aunque las vean autorizadas por la costumbre ó por la ley. Porque á la verdad es menester distinguir dos especies de leyes: ley de naturaleza, cuyo autor es Dios; y ley escrita, con que las sociedades políticas se gobiernan. Justo es que la ley escrita, siempre que no se oponga á la natural, sea fielmente observada por el que vive en sociedad; é injusto fuera despreciarla con pretexto de otras leyes de diferentes países. Pero quando la ley natural, esto es la ley de Dios, manda lo contrario de lo que manda la ley escrita, la razon quiere que se obedezca á Dios ².

Este es el único motivo de nuestra resistencia á sacri-

¹ Tert. *Apol.*
c. 28. s. S.
Theoph. *ad*
Aut. 1. n. 11.

CCCLXXIV
QUE SOLO FALTAN Á LAS LEYES Y COSTUMBRES DE LOS PUEBLOS, SI SON INJUSTAS:

² Orig. *C. Cels.*
v. c. 27. 35.
37. s.

CCCLXXV
QUE SU SUERTE

MIEN TO DE-
MUESTRA SU
FIDELIDAD:

ficar á los ídolos, ó á los hombres, á pesar de los mandatos imperiales, de las leyes, y costumbres públicas. Pero en todo lo demas, en quanto no se oponga á lo que debemos á Dios, ¿no servimos á los emperadores con amor y con gusto? ¿No somos los primeros en pagar los tributos? ¿Quién con mas exáctitud que nosotros obedece qualesquiera órdenes tuyas? ¿Y qué mayor prueba de nuestra fidelidad, que la que teneis siempre á la vista? Son continuos y horrorosos los suplicios que sin cesar sufrimos, ya por orden de los emperadores, ya por mala voluntad de los que mandan en las provincias y ciudades, ya por conmocion de los pueblos, ya por violencia de particulares. ¿Quántas veces ni nuestros cadáveres están seguros en los sepulcros? Mas ¿habeis visto nunca que los cristianos se hayan vengado, ni aun intentado vengarse de tantas injusticias? Si fuésemos enemigos del bien comun, como propalais, ¿una sola noche con quatro hachas no bastaria para tomarnos cumplida satisfaccion? Si quisiéramos defender nuestras vidas, y haceros la guerra, ¿tal vez nos faltarian tropas y fuerzas? Los moros, los marcomanos, y aun los partos no son tantos como nosotros. Cristianos hay por todas las naciones del mundo, y en todas partes llenamos los pueblos grandes y los pequeños. El desprecio que veis que hacemos de la muerte, ¿quán propios nos haria para la guerra, aun con fuerzas desiguales? Pero no: no hay que temer que volvamos mal por mal: nuestra máxima es sufrir la muerte ántes que darla. Con solo huirnos del imperio romano, le veriais trocado en una soledad, y quedariais con ménos vasallos que enemigos. Pero no huiremos: aunque nos trateis con mas crueldad que á los enemigos, la multitud de los cristianos es, y será causa de que tengais ménos enemigos entre los hombres, y que no os molesten los enemigos invisibles ó demonios, de que os libramos á cada paso.

Ahora pues ¿qué razon hay para tratar de enemigos del estado á los que á nadie ofenden, y de todos sufren sin resistencia? ¿Y cómo la habrá para decir que somos

2 Tert. *Apol.*
c. 35. 37. S.
Just. *Apol.* I.
n. 17. Theoph.
ad Autol. I.
n. 11.

CCCLXXVI
QUE SON LOS
SÚBITOS MAS
ÚTILES AL ES-
TADO Y BIEN
COMUN:

inútiles al comercio de la vida? Nosotros vivimos como vosotros gentiles: usamos del mismo alimento, de los mismos vestidos y muebles. Vamos á vuestras plazas, mercados y ferias, á vuestros baños, tiendas y casas de posada. Navegamos con vosotros, comerciamos, servimos en la milicia, trabajamos la tierra, y en todas las artes, para uso de vosotros mismos. Por tanto sino frecuentamos vuestras diversiones, no es por vivir en despreciable inacción ú ociosidad. Si no vamos á vuestras ceremonias, no por esto dexamos de vivir y gastar para el baño, y para la mesa. Sino nos coronamos de flores, no por esto dexamos de comprarlas; y al que las vende, ¿qué le importa que yo las quiera para esto ó aquello? No compramos incienso para sacrificar, pero le gastamos para los entierros. No damos á los templos, y estos empobrecen; pero tampoco tenemos bastante para socorrer á los hombres y á los dioses pobres: con todo si Júpiter alarga la mano, tambien le daremos limosna. Sobre todo examinése la fidelidad con que pagamos los tributos: compárese con vuestras falsas declaraciones, y demas fraudes; y se verá que este solo artículo compensa todos los demas: y demuestra que los cristianos somos los súditos mas útiles al estado y bien comun. ¿Sabeis quienes pueden quejarse de que pierden en que haya cristianos? Los que comercian con mugeres prostitutas, los asesinos, los que hacen venenos, los magos, los arúspices, los adivinos, los astrólogos. Pero se gana mucho en no dar qué ganar á estas gentes.

Por último ¿qué ceguedad es menester para colorear con razones de estado la opresion de los cristianos, sin atender la grande y efectiva pérdida que sufre el estado con la muerte de tan gran número de inocentes? Inocentes digo, y tomo por testigos vuestros mismos registros de las causas criminales. Entre tantos autores y cómplices de rebeliones contra los emperadores, de atentados contra la pública tranquilidad, entre todos los reos; ¿hay siquiera uno que sea cristiano? Seguid vuestras cárceles,

I Tert. Ap.
c. 42. s.

CCCLXXVII
QUE SU INOCENCIA ES EVIDENTE;

Tert. *Ap.*
c. 43. ad 45.

CCCLXXVIII
Y QUE ES COSA
RIDÍCULA HA-
CERLOS REOS
DE LAS CALA-
MIDADES PÚ-
BLICAS;

ved los que trabajan en las minas, ó son arrojados á las fieras: no hallareis cristiano, que no esté por este solo título. Y es que la inocencia en nosotros es casi necesaria: la conocemos con perfeccion, porque nos la ha enseñado Dios, maestro el mas sabio: la guardamos con fidelidad, porque nos la ha mandado Dios, juez el mas respetable. Justificada así nuestra inocencia, es por demas que nos detengamos en desvanecer la ridícula acusacion de que las guerras, inundaciones, pestes, hambres, y demas calamidades públicas, provienen de nuestra resistencia á adorar los ídolos. ¿Qué acaso ántes de haber cristianos no se veían semejantes calamidades en el imperio? Vosotros mismos rígidos exáctores de la servidumbre, castigais con azotes, hambre, suplicios, y hasta con la muerte los descuidos de vuestros siervos ó vasallos: ¿y no conocéis, que es el Señor universal de todas las cosas, quien castiga vuestro general descuido en servirle y adorarle? Están dominando la soberbia, avaricia, y toda suerte de vicios: las deshonestidades mas vergonzosas, y las injusticias mas horrendas se cometen pública é impunemente: ¿y con todo quereis buscar otra causa de las calamidades públicas? Quando vuestra vida está manchada con toda suerte de crímenes, vuestros altares y templos llenos de víctimas que ofreceis hasta á las fieras; solo contra nosotros, á quienes no probais ningun delito, contra nosotros que adoramos y tememos al Dios único y verdadero, empleais las cárceles, tormentos, y muertes crueles: ¿y sobre esto, aun intentais atribuirnos los castigos del cielo? Pues entended que Dios, nuestro buen Dios, es quien justo y misericordioso os castiga con tantos males, para que siquiera así llegueis á conocerle, temerle y adorarle. Os castiga con los mismos trabajos con que á nosotros nos prueba y exercita. Pues claro está que la sequedad que abrasa las mieses, el yelo que consume las viñas, la carestía que ocasiona la hambre, la peste que acaba la vida, y las demas aficciones temporales son para vosotros

verdaderos castigos, pues os privan de lo que más deseais, y vuestras quejas y lamentos declaran quanto repugnan á vuestro corazón. Mas al cristiano, que solo desea los bienes venideros, todos los trabajos de este mundo le son medios para asegurar sus esperanzas, son ocasiones de acrescentar sus merecimientos, son combates que desea, no son castigos que sufra. El mismo Señor Dios por sus profetas nos previno, que en los bienes y trabajos corporales de este mundo no habría distincion de justos é injustos, de fieles é infieles. Pero los bienes y males de esta vida, solo son indicios de los premios y castigos de su justicia omnipotente. Al llegar el día del juicio de Dios, al pasar los hombres á las mansiones de la inmortalidad, entónces será quando los que traygan la gloriosa señal de la pasión y muerte de Cristo, alcanzaran la corona de su fe: y los demas al contrario, en pena de su perfidia, serán adjudicados á las voraces eternas llamas del abismo entre tormentos que no han de tener consuelo ni fin, conservándose sus almas unidas con los cuerpos, solo para que sufran suplicios innumerables, y eterno dolor ¹.

Á tan desgraciado abismo ha de precipitaros vuestro sacrilego culto de los ídolos. Y con todo llega vuestra preocupacion á imaginarse que la prosperidad y grandeza del imperio romano, son un premio que dan vuestros dioses á la piedad con que este pueblo los adora. ¿Qué ceguedad! Tan grandes revoluciones del orbe, que suponen, y os mueven á reconocer una providencia superior á los hombres en general y á los mas poderosos imperios, ¿serán efecto de unos dioses que hasta su divinidad deben á algunos hombres? A lo ménos no habrán premiado á los romanos los dioses extrangeros; pues solo han tenido culto en Roma, despues de experimentar su flaqueza, y sufrir el oprobrio de ser vencidos por los romanos. Y en quanto á los dioses patrios, ¿qué honores recibieron en Roma ántes de su grandeza? ¿Quán frugal era la religion en tiempo de Numa, cuán pobres sus ce-

1. S. Cypr. ad Demet. Tert. Apol. c. 40. s.

CCCLXXIX
Y ATRIBUYE
Á LOS DIOS
LA GRANDEZA
DEL IMPERIO
ROMANO.

1. S. Cypr. ad Demet. Tert. Apol. c. 40. s.

CCCLXXIX
Y ATRIBUYE
Á LOS DIOS
LA GRANDEZA
DEL IMPERIO
ROMANO.

CCCLXXIX
Y ATRIBUYE
Á LOS DIOS
LA GRANDEZA
DEL IMPERIO
ROMANO.

remonias? Solo habia altares de céspedes, vasos de barro, un poco de humo, y ningunos ídolos. Los griegos y toscanos vencidos fueron los que llenaron de estatuas la ciudad: de manera que la grandeza de los romanos, á lo mas fué ocasion ó causa, no efecto ni premio de su profusion en el culto de los ídolos. Y de lo dicho hasta aquí es preciso concluir, que los verdaderos enemigos del estado y facciosos, son los que con tan vanos pretextos conmueven á los pueblos contra los cristianos, perturbando la pública quietud para atropellar á los ciudadanos mas fieles, y mas útiles ¹.

¹ Tert. *Ap.*
c. 25. Min.
Fel. *Oct.* Ar-
nob. lib. 1. n.
4. s.

CCCLXXX

NUESTROS
APOLOGISTAS
NO MÉNOS QUE
LAS CALUM-
NIAS, DESVA-
NECEN LOS AR-
GUMENTOS DE
LOS PAGANOS:

² Véase núm.
352.

EXTRACTO
DE LA OBRA DE
S. JERONIMO
DE LA VIDA DE
S. PAULO
APÓSTOLO
DE LOS GENTILES
LIBRO I.

CCCLXXXI
DE MUESTRAN
QUE ES INFI-
NITA LA DIS-
TANCIA DE JE-
SUCRISTO Á
APOLONIO DE
TIANA:

¹ De esta manera los antiguos defensores de la fe rebatieron las calumnias de los gentiles y judíos, y las vanas acusaciones de lesa magestad divina y humana, con que se procuraba excusar la crueldad de los perseguidores de la Iglesia. No les fué mas difícil rebatir los argumentos, con que los sabios gentiles directamente acometian la verdad de nuestra religion, y procuraban derribar sus fundamentos ². Y como estas objeciones de los paganos por la mayor parte provenian de la mala inteligencia de nuestros dogmas y misterios: así los apologistas se vieron precisados á revelar muchos arcanos, y descubrir claramente las verdades mas sublimes. Así lo veremos despues tratando de la doctrina, y disciplina de la Iglesia en esta época. Por ahora resumiremos las respuestas que daban á los enemigos de la fe, sin detenernos en la explicacion de los dogmas. Pero ántes de todo, digamos algo de Apolonio de Tiana.

Uno de los medios de que se valia el demonio para mantener á los idólatras en su ceguedad, á pesar de la predicacion de los apóstoles y de sus discípulos, era procurar que fuesen tambien por el mundo varios filósofos, que aparentando zelo de la reforma de las costumbres, mantuviesen á los pueblos en las supersticiones antiguas. Así corrieron muchas provincias Eufates de Tiro, Demetrio el Cínico, su yerno Artemidoro, Musonio, Damis Pitagórico, Epicteto Estoyco, y algunos otros. Pero á todos

excedió Apolonio. Fué natural de Tiana, lugar de Capadocia, de singular ingenio, memoria y eloquencia, buen talle y bella fisonomia, aplicado á las ciencias, y enamorado de los pitagóricos: tenia fama de sobrio, casto y desinteresado. No comia carne, ni pescado; ni en el vestido queria usar nada que hubiese sido de animal: vivia en un templo de Esculapio, suponiéndose favorecido de este Dios: hablaba con agrado, mas en tono de oráculo; y pasó cinco años sin hablar, sino por señas. Viajó despues por varias regiones: llegó á las Indias para tratar con los bracmanes, y á la Persia para ver á los magos. En sus viages acudian de todas partes á verle y consultarle. Componia disensiones: encargaba el culto de los dioses: unos le tenian por mago: otros por Dios; y los mas celebraban algunas obras suyas como portentos, y algunas proposiciones obscuras como profecías. Aunque Apolonio estuvo en Roma en tiempo de Domiciano, y corrió tantos años con tanta fama por tantas provincias; y aunque Filóstrato, que es el único autor de quanto de él se dice, escribió su vida en tiempo de Septimio Severo: sin embargo por entónces no pensaron los gentiles en alegar las exhortaciones, exemplos, prodigios y profecías de Apolonio en defensa del culto de los dioses. Pues ni San Justino, ni Tertuliano, ni Orígenes, ni los demas apologistas anteriores á la última persecucion, nos hablan palabra de este filósofo.

Solo al fin del siglo tercero, quando iba á moverse la persecucion última, Hierocles en el escrito intitulado *Filalethes*, que publicó contra la Iglesia, se extendió en las cosas de Apolonio; y fué el primero que con insolente temeridad se atrevió á compararle con Jesucristo. Así lo observa Eusebio al principio de la impugnacion de aquella obra de Hierocles. Y suponiendo todo lo demas, que esta contiene, sobreabundantemente rebatido en los otros escritos apologéticos de la religion, especialmente en los libros de Orígenes contra Celso, se detiene solo en lo que dice de Apolonio. Desde luego observa que aunque

fuese verdad quanto dice Filóstrato de este insigne impostor, mago ó filósofo, siempre quedaria con una notoria infinita distancia de los milagros indisputables, profecias claras, pureza de doctrina, progresos de sus discipulos, y demas distinguidos caractéres de la Divinidad de nuestro Señor Jesucristo. Pero pasa adelante Eusebio: hace un resumen de los ocho libros de la vida de Apolonio; y demuestra con evidencia que el estilo y contexto de la obra es mas de novela ó fabula que de historia: que Filóstrato ningun crédito merece, aunque no sea mas que por los ridiculos cuentos y prestigios de los magos y bracmanes con que adorna su novela: y que aun en lo que dice de Apolonio, no se ve ningun carácter de veracidad, sino solo el deseo de excitar admiracion, hasta alabar en su héroe muchas cosas reprehensibles. Tales son entre otras, el desprecio con que hablaba de los emperadores: la vanidad con que se daba por hombre inspirado y estimado de los dioses: la seriedad con que publicó que Aquiles se le habia aparecido, y le habia revelado los secretos de la Iliada: la extravagancia con que quiso dar á entender que las aves tienen su idioma, y que él le entendia; y aun mas la crueldad con que hizo matar á pedradas á un pobre viejo, para curar la peste de Éfeso ^I.

I Vid. Eus.
cont. Hiero-
clem.

CCCLXXXIII
QUE NO ES LO-
CURA RECONO-
CER POR DIOS
Á JESUS CRU-
CIFICADO:

Á vista de todo esto, no es de admirar que durante la vida de Apolonio, y miéntras fué mas reciente su memoria, nadie formase de sus hechos un argumento contra nuestra religion. El que desde el principio, y miéntras subsistió lo idolatría pareció indisoluble á los gentiles, y le objetaban continuamente, era el que se funda en lo que San Pablo llama flaqueza y locura de la cruz. Acostumbrados los paganos á venerar por dioses á los héroes que mas se distinguieron en hazañas ostentosas, con que hicieron bien á algunos hombres, ó atropellaron á muchos; y á mirar la divinidad como premio, no de un justo sufrimiento, ni aun de virtudes ocultas y pacíficas, sino solo de acciones ruidosas en que brillase un valor ó un ingenio superior al comun de los hombres: tenían por verda-

dera locura el reconocer por Dios á Jesucristo , viéndole muerto en el suplicio de la cruz , que era entónces el mas infame : pareciéndoles que tan cruel y afrentosa muerte , quando no probase delitos , probaba á lo ménos mucha debilidad é ignorancia , en quien no sabia , ó no podia evitarla.

Pero los cristianos , para conducir á los gentiles á admirar la fortaleza y sabiduría de Dios en medio de tantas apariencias de flaqueza é ignorancia ¹ , les hacían observar la necesidad que tenían los hombres de un Legislador ó Maestro , que les enseñase el camino de la felicidad , y de un Mediador que les reconciliase con Dios. El Legislador y Maestro , para hacer mas eficaces sus leyes y doctrina , era conveniente que fuese Dios para autorizarlas , y que fuese hombre para poder con sus exemplos persuadirlas mejor. El Mediador era preciso que fuese Dios para valorar la mediación , y hombre sujeto á las flaquezas de nuestra naturaleza para merecer el remedio. Así fué decoroso y conveniente que el Hijo que habia nacido de Dios en la eternidad , naciese despues hombre para ser Dios y hombre, Maestro y Redentor de los hombres ². Con semejantes razones de congruencia , los disponían á creer la encarnacion del Verbo. Pero para quitarles el escándalo de la cruz , les demostraban que Jesucristo habia ántes profetizado que moriría en cruz , que habia ido á Jerusalem con conocimiento de lo que habia de sucederle , y que no podia dudarse que solo habia sido crucificado porque quiso. Procuraban suavizarles la horrorosa é infame idea que tenían de la cruz ; y con los sencillos exemplos de la cruz que forman los palos que sostienen las velas y hacen andar el navío , los del arado , del hombre con los brazos tendidos , y otras cosas útiles , les demostraban que no es menester tener por infame todo aquello en que se ve cruz ³.

Sobre todo les advertían que la Divinidad de Jesucristo no era aquella falsa y ridícula divinidad , que pueden merecerla ó adquirirla los que ántes solo eran hombres. Jesucristo , les decían , es único y verdadero

CCCLXXXIV

I I. Cor. I.

W. 21. s.

2 Lact. Inst.

IV. c. 22. s.

3 S. Just. Ap.

I. n. 55. Min.

Fel. Oct. Ter-

tul. I. ad Nat.

c. 12.

CCCLXXXV

Hijo de Dios, engendrado de Dios, es su Verbo, su primogénito, su virtud. Y este Señor, Hijo único de Dios Padre del universo, que ántes habia hablado con imágenes sensibles á Moysés y á los profetas, ahora se hizo hombre en el seno de una Virgen, y tomó cuerpo y alma humana; y despues de este misterio el cuerpo y alma quedan tan perfectamente unidos con el Verbo de Dios, que JESUS y el Verbo ó Hijo de Dios no son dos, sino una misma persona. Así el Hijo de Dios hecho hombre por la salud de los que creen en él, quiso ser ultrajado y padecer, para vencer la muerte con su muerte y resurreccion. No es pues locura adorar á un hombre crucificado, quando este hombre es la misma soberana razon, la misma sabiduría, la misma verdad. Sepan nuestros calumniadores, que si adoramos á un hombre crucificado es porque creemos que desde la eternidad es Dios é Hijo de Dios ¹.

¹ S. Just. Ap.
I. n. 53. Orig.
C. Cels. I. c. 54.
II. c. 79. III.
c. 35. VIII.
c. 12. S.

CCCLXXXVI
QUE NI ESTO
ES ADORAR
MUCHOS DIOS-
SES:

² S. Just. Ap.
I. n. 6. Athen.
Legat. n. 10.
S. Teoph. ad
Autol. lib II.
n. 15. Orig.
VIII. C. Cels.
c. 8. 12.

CCCLXXXVII
QUE NI LOS
APÓSTOLES
ERAN IMPOS-
TORES, NI LOS
MARTIRES TE-
MERARIOS:

Pero quando oyen que adoramos á Jesucristo por ser el Hijo de Dios, entiendan que le confesamos engendrado de Dios Padre, porque es el Verbo, la inteligencia ó sabiduría del Padre; mas no á la manera que ellos y sus poetas fingen hijos de dioses, engendrados como los hijos de los hombres. Por tanto sin razon nos acusan de adorar á muchos dioses; porque la misma Razon eterna, Sabiduría ó Verbo del Padre, despues de haberse hecho carne nos dixo: Yo y el Padre somos una misma cosa. Adoramos pues nosotros á Dios Padre, adoramos como á Dios á su Hijo, adoramos tambien como Dios al Espíritu Santo que inspira á los profetas: reconocemos en Dios la Trinidad de Dios Padre, y del Verbo, y del Espíritu, fuente de sabiduría. Mas en esta Trinidad no hay tres dioses, sino un solo Dios ².

Despues veremos las eficaces razones con que los cristianos probaban que el entendimiento prudentemente se sujeta á creer estos misterios, aunque no pueda penetrarlos, y que su misma incomprehensibilidad es una clara demostracion de que vino de Dios la docilidad con que

los abrazaron tantos judíos y paganos al predicarlos los santos apóstoles. Acusar á estos de impostores hábiles, era una de las calumnias mas dignas de desprecio : era una contradiccion evidente con la nota de groseros é ignorantes, que tambien les imponian. Y léjos de poder nuestros enemigos vestirla con ninguna apariencia de fundamento, la desmentian claramente todas las acciones, palabras, y conducta de los apóstoles. Así es fácil colegirlo de lo que se ha dicho en varios lugares. Tambien con lo que se dixo de los mártires se puede observar quán tranquila y prudente fué su fortaleza, y quán distante del furor de un hombre despechado ó desesperado.

Con todo añadiré algo de lo que en este particular dixo Tertuliano. Los filósofos gentiles decian que sin razon se quejaban los cristianos de ser perseguidos, una vez que su despecho ó su furor les hacia desear los tormentos y la muerte. En efecto, respondia Tertuliano, deseamos padecer. ¿Pero cómo? Al modo que los que están en guerra, conociendo los peligros y llevándose los sustos de la guerra, no la sufren de buena gana, y sin embargo pelean con el mayor esfuerzo; y el mismo que ántes sentia la batalla, quando vence se goza en ella, porque recoge el botin, y alcanza gloria. En batalla entramos nosotros quando se nos lleva á los tribunales: allí con peligro de la vida peleamos en defensa de la verdad. Por tanto si la defendemos bien, ganamos la victoria. Esta victoria nos da el grande honor de ser agradables á Dios, y el inestimable botin de una vida eterna. Morimos, pero consiguiendo la victoria. Dadnos pues quantos nombres de oprobrio sepais fingir, al vernos ardiendo atados á un palo, que sirve de eje á la haz de sarmientos que se ponen á nuestro rededor. Este mismo es el tren de nuestra victoria: esta es la toga sembrada de palmas: este es nuestro carro triunfal. Ni es mucho que á vosotros como vencidos os disguste nuestro aparato. El ser vencidos es lo que os hace imaginar que nosotros somos unos desesperados y abandonados.

Entre vosotros mismos se concede á semejante desesperacion y abandono la preeminencia del valor en punto de gloria y fama. Si Mucio se dexa cortar la mano con serenidad, luego exclamais; qué animo tan sublime! Si Empédocles se arroja entre las llamas del Etna, ¿qué resolucion tan vigorosa! Si la fundadora de Cartago consume en el fuego su segundo matrimonio, ¿qué castidad tan excelente! Si Régulo padece por muchos enemigos, ¿ó varon fuerte, vencedor en su misma cautividad! Si Anaxárcos se burla del que le da en la cabeza, ¿ó magnanimidad de filósofo! De esta manera el desprecio de la muerte y de los tormentos, léjos de ser tenido por una preocupacion desesperada, es celebrado como muy glorioso, mientras que es puramente humano, mientras que se padece por la patria, por el imperio ó por los amigos. ¿Y no será lo mismo quando se padece por Dios? Á todos aquellos les erigis estatuas, les sacais retratos, y les grabais inscripciones para la posteridad. En quanto es de vuestra parte procurais dar á aquellos muertos una especie de resurreccion. ¿Y con todo será loco el que espere de Dios la verdadera resurreccion, si padece por Dios? Hasta aquí Tertuliano¹. Veamos ahora qué respondian los cristianos á los que se burlaban de esta esperanza en la resurreccion, teniéndola por imposible.

¹ Tert. *Apol.*
c. ult.

CCCLXXXVIII
Y QUE NO ES
VANA LA FE
DE NUESTRA
RESURREC-
CION;

Finjamos, decia San Justino, que no tuviésemos cuerpo, ó no se hubiese formado del modo que se formó. Si se nos enseñase una imagen de un cuerpo humano, y una gota del licor de que se forma en el seno de nuestras madres, ¿no nos parecería imposible, que de tal cosa se formasen los huesos, la carne, y la hermosa contextura de nuestro cuerpo? Sin embargo tal es nuestro cuerpo, y de tal principio procedió. Pues ¿por qué no hemos de creer que nuestros cuerpos, aunque deshechos y esparcidos por la tierra á modo de semilla, quando Dios lo mande renacerán ó resucitarán para quedar incorruptibles? No sé que idea forman del poder de Dios los que le niegan tal facultad. Lo que sé es que nuestro Maes-

tro Jesucristo nos enseñó que lo que es imposible para los hombres, es posible respecto de Dios, y que Dios puede arrojar cuerpo y alma á un infierno. Témanle pues quantos viven mal, y quantos no creen lo que el mismo Dios nos enseñó por medio de Jesucristo ¹. Aunque por la muerte, decia Taciano ², parecerá que dexo de existir, con todo existiré despues resucitado: al modo que ahora existo engendrado, siendo así que ántes no existia. Aunque mi cuerpo desaparezca entre las llamas: toda su materia á modo de vapor queda en el mundo. Aunque sea sumergido en los rios ó en la mar, ó despedazado de las fieras, siempre permanece en los tesoros del Señor. ¿Qué importa que el miserable ateista no sepa donde estoy? El Dios y Señor de todo, quando quiera, volverá á su antiguo estado esta substancia esparcida, que él solo sabe donde está. Niegas la resurreccion de los muertos, decia San Teófilo á Autólico ³, y me insultas diciéndome que te enseñe un muerto resucitado. Gran cosa harías creyéndolo, si lo vieses. Con todo crees que Hércules vive, no obstante que se abrasó; y que Esculapio fué resucitado despues de muerto por un rayo. ¿Y lo que Dios te dice no quieres creerlo? Le alega despues varios símiles de la resurreccion, ya en la tierra en el grano de trigo, que muere para nacer despues planta, y dar fruto, y en las demas semillas de plantas y árboles: ya en el cielo en la alternativa de dias y de noches, y en el mensual renacimiento de la luna, ya tambien en el mismo hombre, en quien despues de una enfermedad resucita el antiguo vigor, las fuerzas, las carnes, y la figura que ántes se habian muerto ó perdido.

Como el dogma de la resurreccion sirve de tanto consuelo entre las persecuciones y trabajos, y los gentiles ponian particular estudio en ridiculizarle: así tambien los apologistas de nuestra fe le defendian con zelo y erudicion. Despues veremos el tratado que en su defensa escribió Tertuliano, particularmente contra algunos hereges. Ahora daré un resúmen del libro que Atenágoras

¹ S. Just. *Ap.*

1. n. 19. s.

² Orat. *cont.*

Græc. n. 6.

³ S. Teoph.

ad Autol. 1.

n. 13.

CCCLXXXIX

PUES ES POSI-
BLE,

las obras de Dios, es consiguiente que Dios criase al hombre para ser perpetuo; y por consiguiente para resucitar incorruptible despues de muerto ¹. El segundo se funda en la misma naturaleza del hombre, á la qual es tan conforme la union del alma con el cuerpo, que parece que ha de ser uno mismo el paradero de ámbos. Pues mientras está sola el alma sin el cuerpo, no puede decirse que está la naturaleza completa del hombre; y el alma siempre queda con inclinacion ó deseo del cuerpo, con el qual siente y conoce naturalmente. Por lo que siendo el alma perpétua, es consiguiente que tambien el cuerpo lo sea, y que por tanto resucite ². Pues al modo que el alma, por su naturaleza inteligente, en el sueño pasa un intervalo de tiempo sin conocer, pero despues el conocimiento revive ó resucita: así naturalmente unida al cuerpo, aunque por el sueño de la muerte pase un intervalo sin él, despues se le reune por la resurrección ³. El tercer argumento con que esta se prueba, estriba en el justo juicio de Dios: pues siendo el cuerpo compañero de las acciones con que el alma merece ó desmerece, lo ha de ser tambien del juicio y de sus penas ó premios. El juicio de Dios no se cumple en esta vida, en que vemos justos en opresion, é impios en prosperidad. Por tanto ha de resucitar el cuerpo á otra vida, en que la justa providencia de Dios le coloque en el premio ó pena que le corresponda ⁴.

De esta manera Atenágoras, y tambien los demas apologistas de la religion cristiana, para facilitar á los gentiles la creencia de la resurreccion y de otras verdades, se valian como los filósofos de principios y reflexiones conocidas por la razon natural. Ni se oponian á que se diese á la religion cristiana el nombre de filosofía, entendiéndolo de la verdadera. Al contrario con la incertidumbre de quanto enseñan los filósofos gentiles, aun acerca de las cosas naturales y sumo bien del hombre, y con la diversidad, injusticia, ridiculez y contradiccion de opiniones entre sus mayores sabios, demostraban que

¹ Cap. 11. ad.
13.

² Cap. 15.

³ Cap. 16.

⁴ Cap. 17. s.

CCCXCI
MANIFESTAN
QUE LA FE
CRISTIANA ES
LA VERDADERA
FILOSOFÍA:

la verdadera filosofía no está entre los gentiles; y que con mucha razón Pitágoras había confesado que entre ellos no había *sabiduría*, sino á lo mas amor ó deseos de alcanzarla ¹. La doctrina de nuestro Salvador, decia San Justino, es la única verdadera filosofía. Trae consigo un cierto ayre de magestad y terror, muy á propósito para conmovér á los que viven disipados; y al mismo tiempo difunde una suavísima tranquilidad á los que la meditan: con ella sola se vive con felicidad, y se consigue la verdadera salud ². Y á la verdad ¿qué secta ha habido entre los filósofos que promoviese y adelantase tanto como la religion cristiana el conocimiento de verdades sublimes, y la práctica de sólidas virtudes? No solo se instruye á los ricos, sino tambien á los pobres, no solo á los hombres, sino á las mugeres, no solo á los ancianos, sino tambien á los niños. Entre nosotros todos pueden filosofar ³. Un sencillo artesano entre los fieles conoce á Dios mejor que los mas sabios gentiles; y le da á conocer á los otros con zelo y facilidad, quando los filósofos lo poco que conocen lo ocultan al pueblo. Y en quanto á las costumbres, mírense los filósofos en esta parte mas alabados, cotejense con el comun de los fieles; y se verá quán infinitamente exceden estos en la castidad, en la modestia, en la humildad, en la paciencia, en la fidelidad, en la sencillez, en la mansedumbre, en todas las virtudes ⁴.

Si los filósofos tuvieron algun conocimiento del último juicio; del paraíso, del infierno, y de otras verdades sublimes, le debieron á las santas escrituras y antigua tradicion; mas ellos y los poetas corrompieron estas verdades, como han hecho despues los hereges. Así las exhortaciones de sufrir los tormentos y la muerte, que han escrito varios filósofos, ninguna fuerza tienen; pero aquellas máximas de los cristianos y sus exemplos; qué fortaleza y constancia no inspiran? Vuestra filosofía alaba á los que murieron por la patria, por el imperio, por la amistad; pero nuestra filosofía nos enseña que aun es mas debido y mas digno de alabanza morir por Dios: nos en-

¹ Lact. *Inst.*
III. c. 2.

² S. Just. *Dial.*
n. 8.

³ Tat. *cont.*
Græc. Orat.
n. 32.

⁴ Tert. *Apol.*
46.

seña que la inocencia ha de preferirse á la vida; y aun habeis visto vírgenes cristianas que mas han temido la pérdida de su integridad, que los mas crueles tormentos y la muerte. Esta filosofía es la que nos mantiene fieles á Dios á pesar de vuestros suplicios: la que nos da valor y constancia, para oponer á vuestra crueldad el mas tranquilo sufrimiento; y nos hace considerar los montones de leña en que habeis de abrasarnos, y los palos en que seremos clavados, como adornos de nuestro triunfo ¹.

La excelencia de la filosofía cristiana se descubre particularmente en la docilidad con que se sujeta á lo que nos enseña la fe, ó se nos dice de parte de Dios. Bien pueden los griegos envanecidos con su pretendida ciencia clamar que la fe es una cadena con que bárbara y vanamente se procura atar a la razon. Pero si bien se mira, es la fe un libre piadoso conocimiento con que la razon misma voluntariamente se sujeta á creer, quando todas las reglas de una ilustrada prudencia le dictan que debe creer. Porque si en todas las artes y ciencias, hasta en aquellas en que se procede por demostraciones evidentes, se comienza á aprender creyendo al maestro que enseña; si los filósofos que mas se glorían de discurrir, por lo comun abrazan una secta prefiriéndola á las demas, ántes de tener un completo conocimiento de todas: ¿quánto mas preciso será á nuestra razon seguir con docilidad por donde la guía la fe, si quiere adelantar en los elevados y difíciles conocimientos de Dios, y que nos conducen á Dios?

En toda la conducta de la vida civil nos gobernamos sobre ciertos principios que no los sabemos sino por una prudente creencia ó fe. Creemos que hay un emperador, aunque no le hayamos visto; y con esta fe se arregla toda nuestra conducta. ¿Cómo sembraria el labrador, si no creyese que ha de coger? ¿Quién navegará, si no quiere fiarse á la direccion del piloto? ¿Quántos hubieran perecido, si no hubiesen creído lo que les dice el médico? Es evidente que el comun de los hombres no tiene capacidad ni tiempo para exáminar y juzgar por sí de todas las cosas

1 Tert. Ap.

c. 49. 50.

CCCXCII

QUE ES CON-
FORME Á RA-
ZON CREER Á
DIOS:

sobre que debe resolverse y obrar. Y así le es indispensable creer á los otros y fiarse de su direccion; ó gobernarse por la sencilla fe, sin racionios. Pues si en nuestro trato y comunicacion con los demas hombres nos es tan necesaria su direccion y nuestra fe á quanto nos digan: ¿quién duda que en nuestro trato con Dios, en el culto que le debemos, nos es aun mas necesario que Dios nos dirija, y que nosotros solo obremos por la fe y creencia en el Señor? Si en tantas ocasiones es tan conforme á nuestra razon creer sin exâmen lo que nos dicen los hombres: ¿quanto mas justo y racional será, que la razon se rinda dócil á la autoridad divina, y crea sin mas exâmen quanto le dice Dios ¹?

¹ Orig. I. C.
Oets. c. 9. 10.
11. Clem. Al.
Strom. 11. n.
2. s. Theoph.
ad A. t. 1. n. 8.
Arnob. 11. n.
8. s.

CCCXCIII
QUE ES GLO-
RIA DE LOS
CRISTIANOS EL
SER NOTADOS
DE CRÉDULOS:

² Min. Fel.
Octav. in fin.
CCCXCIV

QUE LO ES
TAMBIEN PA-
DECER POR SU
DIOS:

Fundados en estos principios que dicta la recta razon los cristianos creen con firmeza, y resuelven sin duda ni ansia, siempre que conocen que Dios es quien habla; y justamente insisten en que debe creérseles quando dan tantas pruebas de que sus dogmas están declarados por la autoridad de Dios. Así los antiguos cristianos, sólidamente convencidos de que su fe era justa y conforme á la razon, oían con indiferencia el infame desprecio con que los presumidos de sabios los trataban de junta de populacho vil, y mugerzuelas livianas y crédulas. En efecto á estos dieterios de Cecilio, Felix en el diálogo de Octavio, aunque hubiera podido responder alegando las freqüentes conversiones de gente principal, y aun de muchos de los mismos filósofos, de que hablaremos despues: sin embargo solo dice, que la humildad y pobreza es la gloria de los cristianos: que con rigor no pueden llamarse pobres, pues no lo es quien no desea lo que le falta; y que en vez de pedir á Dios riquezas, le piden inocencia de costumbres y paciencia en los trabajos ².

De este desprendimiento de riquezas y honores estaban muy distantes los gentiles: ni sabian esperar de sus dioses otros bienes que estos. Así uno de los argumentos que mas fuerza les hacian contra nuestra religion eran los trabajos de los cristianos. ¿Qué Dios es este, decian,

CCCXCV
 Y QUE NADIE
 DEBE RETRA-
 HERSE DE
 ABRAZAR LA
 FE POR CAUSA
 DE LAS HERE-
 GÍAS.

dios sacaban otro argumento contra la Iglesia. También entre vosotros, ó judíos, decía Clemente Alexandrino, hay muchas sectas; y entre vuestros filósofos, ó gentiles hay mucha variedad de opiniones, y no por eso dexais, los unos de respetar á los filósofos, y los otros de alabar la aplicacion al judaísmo. El Señor profetizó que entre la verdad nacerían heregías, como en el trigo la zizaña; y preciso es que se cumpla lo que está profetizado. ¿Dexareis por ventura de conversar y contratar con los hombres de bien y de verdad, porque los hay que fingen y mienten en sus conversaciones y contratos? Por mas divisiones que haya entre los médicos, no dexa el enfermo de buscar quien le cure. Con mas razon pues el que está enfermo del alma no, porque hay heregías, puede excusarse de convertirse al Señor. Lo que debe hacer es poner mas atencion en distinguir la verdadera doctrina de la falsa, y en abrazar la verdadera piedad. Si te presentan dos manzanas, una natural, otra de cera muy parecidas, ¿dexas de comer la natural por no tener el trabajo de mirar qual es? ¿Dexa el labrador de sembrar verduras, para que no nazcan yerbas inútiles? Quando al caminante se le ofrecen muchos caminos, de los quales sabe que uno es el real, y los demas guian á precipicios ¿no se informa con cuidado, se aparta de estos, y sigue por el camino real y seguro? Pues asimismo, si por causa de las heregías se nos dan varios informes del camino de la verdad, no por esto debemos pararnos, sino con mas cuidado asegurarnos del camino mejor, y seguirle. Las heregías deben excitar nuestra aplicacion al estudio de la verdad y exercicio de la virtud, en vez de servirnos de pretexto para quedar en inaccion, ó abandonarnos al vicio y al error¹. El mismo Clemente explica en seguida algunas reglas infalibles, ó seguros caracteres, para conocer las heregías: de que hablaremos despues. Ahora veamos qué respondían los cristianos á las dos últimas objeciones de los gentiles².

Fúndanse en dos verdades ciertas y conexas, á saber,

¹ *Strom.* VII.
 n. 15. s.

² *Núm.* 353.
 CCCXCVI
 EN FIN CON-
 VENCEN QUE

que la religion verdadera ha de ser antigua ; y que ha de venir de Dios. Con la primera arguían directamente contra la religion cristiana ; pues les parecia indisputable que no puede ser mas antigua que el imperio de Augusto. Con el otro principio sostenian el culto de cada país. Pues creyendo que los dioses ya no hablaban á los hombres , y les habian hablado en los siglos anteriores , suponian que en cada pueblo habian mandado la religion y culto que querian , y que la practica y tradicion de los pueblos era el intérprete mas seguro de la antigua voluntad de los dioses. De uno y otro inferian que nadie debia abandonar la religion de su patria para abrazar la fe. De esta manera la idolatria , para cubrir el oprobrio de sus infames dioses y ritos , intentó revestirse de la antigüedad y del respeto á Dios. Pero los defensores de nuestra fe con varias razones , que despues veremos , demostraron que la religion cristiana era establecida por Dios ; y en quanto á la antigüedad hicieron ver á los gentiles que era muy reciente el origen de sus dioses , y que la cristiana era la religion mas antigua del mundo.

En efecto ; de qué antigüedad podia gloriarse el paganismo , que en las historias de los pueblos tropezaba luego con el principio de los varios cultos , y con el nacimiento de los dioses ? Los egipcios tan vanos en pretender una infinidad de siglos de antigüedad , no supieron llenarla de fabulas ridículas y obscuras , sin notar con claridad el nacimiento y la muerte de sus divinidades : no supó este pueblo hacerse antiguo , sin descubrir el principio de sus dioses. Los romanos daban aun menor antigüedad á los suyos ; y en sus historias se veía claro el primer origen de las principales ceremonias de su culto religioso. Así fué fácil á los apologistas de la religion verdadera señalar la data reciente de las falsas : lo que algunos juzgaron conveniente tratar con mucha detencion ¹.

Mas fácil les fué demostrar que Moysés era sin comparacion mas antiguo que los historiadores paganos , y aun que sus ciudades y pueblos , que sus dioses y sus religio-

LOS DIOSSES
GENTILES Y SU
CULTO SON RE-
CIENTES:

ANNO 11.
M. III.
CCCCX
SALVADOR DEL
MUNDO TAN-
BASTANTIS
SIGLOS EN NA-
TIVITATE
2 QI 3
IIIVXXXX

¹ Vid. Ar-
nob. Lib. 11. S.
Theoph. ad
Aut. 111. n.
20. s. S. Just.
Cohortat. ad
Græc. n. 12.
Tatian. Cont.
Græc. Orat.
n. 31. 36. s.

CCCCXVII
QUE LA RE-
LIGION CRIS-
TIANA ES LA
MAS ANTIGUA,
Y SU DIOS ES
ETERNO;

1 S. Just. *Co-*
hort. ad Græc.
n. 9. to. 10. 11. 12.

11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31. 32. 33. 34. 35. 36. 37. 38. 39. 40. 41. 42. 43. 44. 45. 46. 47. 48. 49. 50. 51. 52. 53. 54. 55. 56. 57. 58. 59. 60. 61. 62. 63. 64. 65. 66. 67. 68. 69. 70. 71. 72. 73. 74. 75. 76. 77. 78. 79. 80. 81. 82. 83. 84. 85. 86. 87. 88. 89. 90. 91. 92. 93. 94. 95. 96. 97. 98. 99. 100.

2 Tert. *Ap.*
c. 19. s.

ccccviii

3 Tert. *Ap.*
c. 18.

1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. 10. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31. 32. 33. 34. 35. 36. 37. 38. 39. 40. 41. 42. 43. 44. 45. 46. 47. 48. 49. 50. 51. 52. 53. 54. 55. 56. 57. 58. 59. 60. 61. 62. 63. 64. 65. 66. 67. 68. 69. 70. 71. 72. 73. 74. 75. 76. 77. 78. 79. 80. 81. 82. 83. 84. 85. 86. 87. 88. 89. 90. 91. 92. 93. 94. 95. 96. 97. 98. 99. 100.

nés.¹ Hacian ver que la antigua religion de los judíos era la misma que la de los cristianos: que se habia profetizado á aquellos la venida del Hijo de Dios, para formar un nuevo pueblo escogido de toda nacion, de todo idioma y de todo lugar, en que con mas abundancia de gracias serian mas en número, y mas fieles los verdaderos adoradores de Dios: que este pueblo era el cristiano; y que si la multitud de los judíos no habia reconocido al Hijo de Dios, Maestro y conductor del nuevo pueblo, ni quería ahora unírsele, las mismas desgracias que estaba sufriendo y se le habian profetizado, eran una nueva prueba de haber pasado á los cristianos los derechos de antigüedad, y las gracias de la verdadera religion.²

Y Por lo demás, añadian, Dios desde el principio del mundo se dió á conocer á los primeros hombres, y á otros justos y santos, llenándolos de su espíritu, para que extendieran su conocimiento, y para que publicasen que no hay sino un Dios, que crió todas las cosas, que puso á los hombres sobre la tierra, que les dió preceptos para que le sirviesen y mereciesen su agrado, y que al fin del mundo los juzgará á todos, y dará á los justos la vida eterna, y condenará á los impios al fuego eterno, despues de haber resucitado á todos los muertos.³ En todos tiempos ha dispensado Dios á los hombres las luces necesarias para que pudiesen servirle y adorarle dignamente. Estas luces han sido mas copiosas despues que vino al mundo el Redentor Jesucristo; pero la religion que este Señor ha establecido sobre la tierra es el culto del mismo Dios Eterno y Criador de todo, que se dió á conocer á los primeros hombres, y que adoraron los judíos. La religion es la misma, aunque los actos del culto hayan variado, variadas las circunstancias.

— Pero ¿cómo extrañan esta novedad los romanos, que ven en su pueblo tanta variacion en las leyes y costumbres públicas? ¿Cómo los gentiles, que saben que no hay entre ellos pueblo que no haya añadido ó quitado dioses, ni religion que no haya hecho mil mudanzas? Sobre to-

do, el juicio de un nuevo culto no debe formarse por el día en que comienza, sino por lo que contiene, y por el Dios que adora. Y si Jesucristo varió los sacrificios y otros actos de la verdadera religion antigua: á lo ménos no puede negarse que con un culto en sí irreprensible adora al Dios eterno é inmutable, anterior á los siglos; y así está muy léjos de adorar cosa nueva ¹.

Sin embargo, replicaban los gentiles, habiendo de ser Cristo el Salvador y Maestro del mundo, ¿cómo ha tardado tantos siglos en baxar del cielo? ¿Porqué ha dexado que el culto de los dioses se apoderase de los pueblos, y que así un justo respeto á la antigüedad y á nuestros mayores, nos impida de abrazar la religion cristiana? El Señor Criador y Gobernador de todas las cosas, respondian los cristianos, es el que sabe quando y cómo deben ponerse en execucion. ¿Por ventura habremos de dudar de la venida del Salvador, aunque esté indubitavelmente demostrada con todo género de portentos, solo porque no alcanzamos la razon de no haber anticipado ó retardado mas su venida? ¿Porqué no pudo ser este el tiempo mas oportuno? ¿Porqué no pudo remediarse de un modo á los pueblos antiguos, y de otro á los posteriores? ¿Porqué no pudo diferirse la venida del Redentor para quando estuviese mas estragada nuestra naturaleza, y el hombre mas convencido de su debilidad? Á Dios nadie le precisa: Dios lo hace todo quando es mas conveniente segun sus soberanos justos designios; y esto debe bastarnos. Vosotros mismos, si algunos años se retarda el frío ó el calor mas de lo regular, si vienen tal vez las lluvias quando están ya perdidas las mieses, ni dudais de que esto sucede, ni dudais de que así conviene, aunque no sepais la razon. Por último ¿qué nos molestais con estos frívolos reparos, quando militan con igual razon contra vuestro culto? Porque ¿acaso vuestros dioses vinieron todos desde el principio del mundo? Algunos hay que han tardado tanto que respecto de los otros parece que están aun en la infancia. De modo que como dioses aun niños, deberíais

.II. Santa *

.III. 11

.IV. 11

.V. 11

.VI. 11

.VII. 11

.VIII. 11

.IX. 11

.X. 11

.XI. 11

.XII. 11

.XIII. 11

.XIV. 11

.XV. 11

.XVI. 11

.XVII. 11

.XVIII. 11

.XIX. 11

.XX. 11

.XXI. 11

.XXII. 11

.XXIII. 11

.XXIV. 11

.XXV. 11

.XXVI. 11

.XXVII. 11

.XXVIII. 11

.XXIX. 11

.XXX. 11

.XXXI. 11

.XXXII. 11

.XXXIII. 11

.XXXIV. 11

.XXXV. 11

.XXXVI. 11

.XXXVII. 11

.XXXVIII. 11

.XXXIX. 11

.XL. 11

¹ Arnob. II.
pr. fin.

cccc

Y QUE SI PA-
GANISMO, AUN-
QUE FUESE EL
CULTO MAS AN-
TIGUO, SERÍA
INEXCUSABLE.

ofrecerles no mas que leche, en vez de esos toros y de-
mas víctimas de tan difícil digestion ¹.

Sobre todo es cosa muy ridícula abroquelarse con el
respeto debido á la antigüedad para mantener el culto de
los dioses, é insultar á los que abandonada la idolatría
hemos abrazado la fe. Ya hemos visto que todos los dio-
ses falsos y su culto, son de una data mucho mas recien-
te que el culto del Dios criador é inmutable; y que este
antiguo culto es el que estableció Jesucristo, aunque con
rito nuevo y particular. Mas aun prescindiendo de esto,
los romanos empezaron á adorar á Serapis y á Isis, y
abrazaron las ceremonias de Ceres y otras, despues de
mucho tiempo que se usaban en otros pueblos. Aun en el
culto de los dioses patrios se apartaron de la sencillez de
los tiempos de Numa, y añadieron muchos ritos y osten-
tacion. Lo mismo sucede en todos los pueblos gentiles. Si
les preguntamos cómo se han atrevido á adorar dioses no
adorados de sus padres, y variar el culto recibido de la
antigüedad, nos dirán que logran luces y proporciones
mas favorables que sus mayores, y que no han de reparar
en dexar de imitarlos, para mejorar el culto ó religion.
Pues esto es lo que nosotros decimos. Con la luz del cris-
tianismo hemos descubierto la vanidad de los ídolos: he-
mos logrado la proporción de conocer la verdad de la re-
ligion cristiana; y sabiendo que contra la verdad no hay
prescripcion, en nada debe detenernos un ridículo respe-
to á la antigüedad ². Dios ha infundido á todos los hom-
bres un destello de su sabiduría, con que pueden juzgar
de los conocimientos humanos. Si con esta luz conocemos
que nuestros mayores nos guiaron por las sendas del er-
ror, en que ellos mal guiados se introduxeron: justo es
que en vez de seguirlos, procuremos nosotros conducir á
nuestros descendientes por las sendas de la verdad que he-
mos conocido ³. Quien es verdaderamente piadoso y buen
filósofo, solo á la verdad aprecia: ni hace caso de las
opiniones por antiguas que sean, si son falsas ó injus-
tas ⁴.

² Arnob. II.
circ. fin.

³ Lact. *Inst.*
II. c. 8.

⁴ S. Just. *Ap.*
I. init.

De esta manera nuestros sabios apologistas con frecuencia hablaban de varias opiniones y estilos de los idólatras, no solo para demostrar la vanidad de sus dioses y ceremonias, sino tambien en defensa de nuestra religion. Y se valian con particularidad de este medio para mejor declarar la injusticia con que se perseguía á los cristianos. La evidencia con que disiparon las calumnias y razones que se les oponian, demostraba que ni habia delito para castigarlos, ni razon para dexar de permitirles el exercicio de su culto. Pero se descubria mejor la injusticia con que se les trataba, á vista de lo que se permitia en costumbres y en religion. Cada provincia, decian, cada pueblo, cada lugarcito tiene los dioses que quiere, y sacrifica las víctimas que le parecen; aunque tal vez acá sean víctimas las que allá son dioses. Solo á los cristianos no se permite religion particular. Á todo se puede dar culto, ménos al verdadero Dios. Se abandonan los niños en las calles, y de los pocos que hallan quien los cuide, los mas son destinados despues á una venal prostitucion. Hasta los filósofos autorizan aquella crueldad: hasta los emperadores cobran tributo de este comercio infame. Y al mismo tiempo un rumor popular, no solo inverisímil, sino convencido de falso, de que los cristianos matan un niño y cometen excesos, basta para perseguirlos con increíble furor. Las crueldades de los gladiadores, el desenfreno de los teatros, y varias fiestas religiosas se aplauden hasta en la capital: qualesquiera imposutores corren libremente las provincias del imperio; pero la inocente religion de los cristianos es ultrajada y ellos atropellados en todas partes ¹.

Pues ¿qué es lo que pretendéis de nosotros, decian los cristianos á los gentiles, qué es lo que os mueve á aborrecernos, y cuál es el delito que en nosotros castigais? ¿Pretendeis tal vez violentarnos á ofrecer sacrificios á vuestros dioses? ¿Pues cómo no conocéis que un sacrificio forzado ni hace honor á quien se ofrece, ni es útil á quien le ofrece? Vuestro furor en perseguirnos no nace

CDI
DE LO DICHO INFIERN QUÁN INJUSTO ES PERSEGUIR Á LOS CRISTIANOS; PERMITIÉNDOSE TANTO CULTO FALSO, Y TANTO ABUSO IRRACIONAL:

¹ S. Just. *Ap.*
I. n. 21. 24.
& seq. Tert.
Ap. num 24.
Athen. *Ap.* n.
34. Tatian.
contr. Græc.
Orat. n. 24. 25.

CDII
SE LAMENTAN DE QUE SIQUIERA ENSUS JUICIOS NO SE SIGA EL ORDEN PRESCRITO POR LAS LEYES:

del amor á vuestros dioses y á vuestra religion ; pues siendo así, perseguiríais tambien á tantos filósofos que se burlan de todos los dioses , y á tantos otros que les niegan el conocimiento y cuidado de los hombres , y así destruyen todo culto de Dios. No intentais castigar en nosotros los delitos que nos atribuíis ; pues castigaríais semejantes delitos en aquellos que los cometen á vista de todo el mundo. ¿ Sabeis qué es lo que en nosotros aborreceis y castigais ? Aborreceis la verdad de nuestra doctrina : se verifica en vosotros que la verdad es odiosa ; porque descubre la falsedad de vuestras opiniones y la injusticia de vuestra conducta.

No castigais en nosotros sino el nombre de cristiano , como demuestra el modo con que nos juzgais. En efecto al que confiesa ser cristiano , le castigais ; y al que niega le dexais libre , sin averiguar si ha cometido alguno de los delitos que quereis imputar á los cristianos. Si un reo confiesa ser homicida , no por esto le condenais luego sin exâminar las muertes que ha hecho , y las circunstancias: si lo niega , tampoco le declarais libre , sin averiguar ântes si niega con verdad. Ya pues que creéis que el nombre de cristiano es lo mismo que el de infanticida ó incestuoso , ¿ cómo es que al que niega ser cristiano , le dais por libre , y al que confiesa serlo , le dais por reo sin mas exâmen ? Si se intenta castigar en nosotros los delitos que se nos imputan , ¿ porqué no se sigue el órden de vuestros juicios para probar que somos reos ? ¿ Porqué no se nos permite que nos defiendan los abogados ?

Pero donde es mas monstruoso vuestro proceder judicial con los cristianos , es en la cuestión de tormento. Esta , segun las leyes , ha de ser solo para los reos que niegan sus delitos , y para moverlos á que los confiesen. Quando el reo los confiesa , cesan los tormentos , y se da la sentencia. Sin embargo con los cristianos lo haceis al revés. Si niegan serlo , los excusais del tormento. Si lo confiesan , entónces los atormentais , á ver si podreis lograr que nieguen , en cuyo caso los dexais libres. Ahora

pues, ¿qué cosa mas contraria á las leyes y á la recta razon, que creer que los cristianos están cargados de los mayores delitos, son enemigos de los dioses, de los emperadores, de las leyes y de las buenas costumbres, y al mismo tiempo al que confiesa serlo, obligarle con tormentos á que lo niegue, para absolverle al instante? Un procedimiento tan extraño debería hacerlos rezelar que os domina alguna fuerte secreta ilusion, que os arrastra á obrar contra toda ley y contra el estilo de vuestros mismos tribunales.

Ahora se verá, decia San Justino al emperador Antonino Pio y á sus hijos, ahora se verá si merecis los gloriosos renombres de piadosos, de filósofos, de protectores de la justicia y amantes de la instruccion con que se os aclama. Porque no nos presentamos para adularos, sino para pedirnos que mandeis que se averiguen nuestras cosas con diligencia y cuidado; y que no os dexeis vencer, ni de las preocupaciones de gente supersticiosa, ni de un furor irracional, ni de los antiguos rumores populares, para precipitar la sentencia contra vosotros mismos. Contra vosotros mismos, digo, pues por lo que á nosotros toca, persuadidos estamos de que ningun daño se nos hace, mientras no se nos pruebe ningun delito. Quitarnos podeis la vida; pero no nuestro bien. Á los súbditos nos toca justificar la inocencia de nuestra conducta y de nuestra doctrina; pero toca tambien á los que mandan, seguir en sus sentencias, no los violentos ímpetus de la tirania, sino lo que dictan la filosofia y la piedad: que por esto decian los antiguos que para ser felices los pueblos, han de ser filósofos los que obedecen y los que mandan. Por tanto á todos damos razon de nuestra conducta y de nuestra doctrina, para que nadie pueda imputarnos la ciega preocupacion de los que nos calumnian ignorando nuestras cosas.

Por lo que toca á nuestra conducta, demasiado justificada está nuestra inocencia, y que no castigais en los cristianos ningun delito; sino solo el nombre. Con todo,

1 S. Just. *Ap.*
I. n. 4. Athen.
Leg. n. 2. S.
Cypr. *cont.*
Demet. Lact.
Instit. v. c. 9.
et 20.

CDIV
Y CLAMAN CON
VALOR CON-
TRA LA INJUS-
TICIA

EDV
DE LOS QUE
PERSIGUEN SUS
PERSONAS Y SU
DOCTRINA.

como el nombre de cristiano le pueden tomar y tomar algunos que no le merecen , como sucede en el nombre de filósofo : nuestra pretension solo es de que á los acusados como cristianos los exámineis con rigor. Si son convenidos de algun delito , castigadlos como malhechores , pero no como cristianos : si resultan inocentes , dexadlos libres como inocentes , aunque cristianos. Pero no por esto pretendemos que castigueis á los delatores : bastante castigo es su propia maldad y la ignorancia de lo que les conviene. Por lo que toca á nuestra doctrina , si nuestros misterios y ceremonias os parecen fundadas en verdad y conformes á razon , haced de ellas el debido aprecio. Si al contrario os parecen fabulas y niñerías despreciables , despreciadlas como fabulas y niñerías. Pero no por esto habeis de decretar la muerte contra hombres inocentes , como si fuesen enemigos. Pues no podemos dexar de intimaros que si perseverais en tratarnos con tanta injusticia , vosotros no podreis evitar el castigo de Dios , y nosotros nos contentaremos con exclamar : Hagase la divina voluntad ¹.

1 S. Just. *Ap.*
1. n. 1. 2. 3.
7. 68. *Vid.*
Athen. Legat.
n. 1. 2.

ARTÍCULO III.

Pruebas de la verdad de la Religion Cristiana.

CDVI
LOS APOLO-
GISTAS DE LA
FE PRUEBAN
DE VARIOS MO-
DOS LA FALSE-
DAD DE LA
IDOLATRÍA:

Los antiguos filósofos en las disputas de las cosas de Dios , y de las reglas de las costumbres , solian con mucha facilidad impugnar las opiniones ajenas , sin poder sentar con solidez las propias , ni defenderlas de los contrarios. Pero nuestra sagrada religion con igual evidencia desvanece quanto se le opone , demuestra la solidez de sus fundamentos , y la insubsistencia de la idolatría. Fué facil á nuestros antiguos apologistas demostrar que era muy necia preocupacion del vulgo adorar á los ídolos como dioses , especialmente aquellos mismos que los habian hecho , vendido ó comprado : que era muy indigno proceder de los filósofos fomentar en el vulgo un

error tan estúpido, que ellos mismos conocian y burlaban: que la mayor parte de sus dioses no eran mas que hombres muertos en los siglos anteriores: que es contra la misma luz natural fingir una divinidad que se adquiriera despues de la muerte; y que es contra las buenas costumbres poner entre estos dioses á hombres viciosísimos. Les fué igualmente fácil hacer ver la disolucion y crueldad de muchas de sus ceremonias; y con otras varias reflexiones demostrarles que no eran dioses los que adoraban, y que era muy contrario á la razon el culto que les ofrecian ¹.

Al paso que los apologistas de nuestra religion destruían los ídolos y su culto, fueron recogiendo quanto ofrecen las luces de la razon natural, y los escritos de los antiguos filósofos y poetas en orden al conocimiento y culto del único verdadero Dios. Demostraron que el Sér supremo ha de ser único, y que es imposible que haya dioses subalternos, por ser contra la naturaleza de Dios el ser dependiente de otro ². Con el admirable orden del universo, y especialmente con la maravillosa estructura del cuerpo humano, hicieron ver que no puede ser obra sino de Dios: que hay una superior Providencia que lo gobierna todo, y que nada es mas propio de Dios que el extender su providencia sobre todas las cosas, especialmente sobre quanto pertenece al hombre ³. De aquí fácilmente coligieron que Dios ha de premiar á los buenos y castigar á los malos. Observaron que sin este premio, y castigo seria ridícula toda religion: que Dios crió al hombre para que fuese feliz: que esta felicidad la ha de conseguir ofreciendo á Dios un culto agradable: y que el culto que es del agrado de Dios, es el sacrificio interior que de sí misma le hace el alma purificada de todo vicio, adornada con varias virtudes, y exercitada en obras de misericordia, y en mortificar las pasiones.

Tambien probaron con razones naturales la inmortalidad del alma, la libertad de nuestras acciones, y otras muchas verdades que allanan el camino para introducir el verdadero culto de Dios, ó la verdadera religion ⁴. Al

¹ S. Justin. *Orat. ad Græc. De Mon. Ad Diog. n. 2. Ap. i. n. 9. &c. Theoph. 7. n. 9. 11. n. 2. s. III. n. 7. s. Tert. Ap. c. 10. s. Tatian. Orat. C. Græc. n. 4. 21. s. Athen. Leg. n. 8. 16. 18. s. Lact. Inst. I. c. 8. s. 11. c. 13. &c.*

CDVII

Y SE VALEN DE LA RAZÓN NATURAL PARA CONDUCIR LOS GENTILES Á LA FE

² Vid. Lact. *Div. Inst. I. c. 3.*

³ Lact. *De Opific. Dei c. 2. s. De Ira Dei c. 4.*

⁴ Lact. *De Ira Dei c. 5. et s. De Opific. c. 18. 19. Inst. vi. c. 7. & pas.*

mismo tiempo procuraron confirmar quanto decían con el testimonio de los poetas y filósofos más acreditados, en cuyas obras hallaron varias señales de la primera religion del linage humano, y de los libros de Moysés¹. Como entónces la idolatría aun dominaba en los pueblos, y la razón era el juez superior en el tribunal de los sabios gentiles, los autores de nuestras apologías trabajaban con mucho conato en derribar la idolatría, y en sentar con las fuerzas naturales de la razon, verdades que conduxesen al establecimiento de nuestra fe. Pero yo, contentándome con haber indicado el objeto de estos trabajos de nuestros apologistas, me extenderé mas en las pruebas que dieron de que el culto agradable á Dios, y que ha de hacer feliz al hombre, es el de los cristianos, ó que nuestra religion es la verdadera.

La asombrosa constante ceguedad de tantos pueblos que adoraban como Dios á todas las cosas, ménos al único verdadero Dios, era, segun Lactancio, una prueba indisputable de que habia alguna maligna potencia, enemiga de la verdad, ocupada siempre en derramar tinieblas en el entendimiento humano. Los efectos de esta maligna potencia ó del demonio, se veían especialmente en los sucesos admirables de los templos, en los efectos de la magia, y en las predicciones de los oráculos y adivinos. Pues como el demonio por su natural conocimiento á veces prevé los sucesos que son ocultos á los hombres, y conoce mejor que ellos las virtudes de las cosas: así aparentaba predicciones de lo futuro, y fuerzas superiores á la naturaleza, para autorizar los errores mas estúpidos². Sin embargo este mismo espíritu de error se vió forzado á dar testimonio de la verdad; y los apologistas con gran confianza alegan esta coaccion del demonio en prueba de la verdad de nuestra fe.

Con la sola invocacion del nombre de Dios, decia Lactancio³, son arrojados de los cuerpos que poseen, y confiesan que son demonios, no pudiendo mentir á Dios, en cuyo nombre se les conjura, ni á los justos, cuya sola

¹ *Instit.* I. C. 5.

et pas. T. 2.

1. 2. 3.

4. 5. 6.

7. 8. 9.

10. 11. 12.

13. 14. 15.

16. 17. 18.

19. 20. 21.

22. 23. 24.

25. 26. 27.

28. 29. 30.

31. 32. 33.

34. 35. 36.

37. 38. 39.

40. 41. 42.

43. 44. 45.

46. 47. 48.

49. 50. 51.

52. 53. 54.

55. 56. 57.

58. 59. 60.

61. 62. 63.

64. 65. 66.

67. 68. 69.

70. 71. 72.

73. 74. 75.

76. 77. 78.

79. 80. 81.

82. 83. 84.

85. 86. 87.

88. 89. 90.

91. 92. 93.

94. 95. 96.

97. 98. 99.

100. 101. 102.

103. 104. 105.

106. 107. 108.

109. 110. 111.

112. 113. 114.

115. 116. 117.

118. 119. 120.

121. 122. 123.

124. 125. 126.

127. 128. 129.

130. 131. 132.

² *Lact. Instit.*
II. C. I. & 16.

³ *Id.* II. C. 15.

voz los atormenta. ¿ Quereis , decia Tertuliano á los idólatras , ver una prueba evidente de esta verdad ? Tráygase delante de vuestros tribunales alguno de los que vosotros mismos reconocéis que están poseídos del demonio. Y vereis que con sólo mandarle un cristiano que se declare , confesará que en efecto es el demonio , y que es el mismo que en otras partes se hace adorar como dios. Asimismo tráygase alguno de los que creéis agitados por alguno de vuestros dioses : de aquellos que con la boca abierta sobre los altares reciben la divinidad con el humo , y hablan con agitacion y como sofocados. Si los que los agitan no confiesan que son demonios , no atreviéndose á mentir al cristiano que los pregunte : degollad luego á aquellos cristianos ¹. ¿ No dices que adoras á los dioses ? decia San Cipriano á Demetriano : pues á lo ménos cree á aquellos á quienes adoras. Ven á observar como nosotros con los espirituales tórmentos de nuestras palabras los arrojamos de los cuerpos que oprimen. Verás que nos ruegan á nosotros aquellos á quienes tú ruegas : que nos temen los que tú temes y adoras. Verás atados y cautivos baxo nuestro poder los que tú veneras por señores tuyos. Á lo ménos de esta manera podrá ser que te avergüences de tus errores , al ver y oír que tus dioses , preguntándolos nosotros , descubren lo que son ; y ni aun delante de nosotros mismos pueden encubrir sus engaños. Esta confesion de los demonios , y el imperio que sobre ellos exercian los cristianos , al paso que demostraban que la idolatría no era religion ó culto de la Divinidad , servia tambien de prueba de que lo era la cristiana.

Lo mismo sucedió en los oráculos Sibilinos , que tanto ensalzaban los mismos idólatras. Si teneis en mas vuestra salud , les decia San Justino ², que las vanas ficciones de unos dioses que no son nada , creed , como os dixé , á la Sibila antiquísima , cuyos libros son custodiados en todas partes ; y que á impulsos de una inspiracion poderosa nos enseña en sus oráculos , que estos que vosotros llamais dioses , no lo son ; y nos anuncia claramente la venida de

¹ Tert. *Ap.*
c. 23. *S. Cypr.*
cont. Demet.

CDIX
LOS ORÁCULOS
DE LAS SIBI-
LAS,
² S. Just. *Co-*
hort. ad Græc.
n. 38. & 16.

nuestro Salvador Jesucristo, y las cosas que ha de hacer. El conocimiento de lo que la Sibila nos dice, será una conveniente disposicion para que mediteis despues los vaticinios de nuestros santos profetas.

La inspiracion que, como dice San Justino, movió á las Sibilas á hablar como profetisas, pudo ser verdadera revelacion de Dios, como sucedió en las profecias de Balaan, y pudo tambien ser solamente una especial disposicion de la divina Providencia, para que aquellas mugeres en tono de oráculo profiriesen lo que ya sabian por medio de la tradicion, ó por noticia de los hebreos. En efecto San Justino hace memoria de las Sibilas entre los filósofos antiguos que hablaron con algun acierto de las cosas divinas, y en prueba de la proposicion que habia sentado ántes, á saber, que la divina Providencia hizo que dixesen muchas cosas conducentes á la fe los sabios filósofos, especialmente los que habian estado en Egipto, y se habian aprovechado de las luces de Moysés ¹.

¹ S. Just. *Contra Iudaeos*, ad Græc. n. 14 s.

CDX

² *Lib. I. n. 15.*

³ Véase el *Lib. I. n. 14.*

⁴ *Pastor. Lib. I. c. 2.*

⁵ *Vid. Quæst. ad Orthod. q. 74. int. Op. S. Just.*

⁶ *Lib. I. n. 14.*

Ya advertimos ántes ² que en los libros que se nos conservan como sibilinos, hay muchísimas expresiones añadidas posteriormente. Ni es menester averiguar si todas ó la mayor parte de estas adiciones se hicieron ántes de San Justino, ó bastante tiempo despues, como parece mas verisímil. Lo cierto es que los gentiles creían estos oráculos contrarios á sus dioses ³, y que los cristianos desde el principio los tuvieron en mucho aprecio; pues Hermás á primera vista creyó que era la Sibila una muger anciana que se le apareció en una vision, dándole un libro sobre misterios de nuestra fe ⁴; y San Clemente papa alegó un testimonio de la Sibila en prueba del último juicio ⁵. Es igualmente cierto que ántes de la venida de Cristo habia un libro ó coleccion de libros en que estaban recogidos los oráculos de las Sibilas ⁶. En el sólo pasage que nos conserva Virgilio en la égloga quarta, vemos profetizada la feliz renovacion de todo el mundo con expresiones semejantes á las de nuestros profetas: vemos que tan portentosa mudanza la ha de obrar un niño baxado

del cielo, Dios é Hijo de Dios: vemos tambien que uno de sus mas notables beneficios ha de ser alcanzarnos el total perdón de los pecados. Quando las Sibilas no hubieran dicho nada mas que esto concerniente á nuestra religion, ¿ no hubieran los cristianos alegado justamente aquellos oráculos en su defensa?

El mismo San Justino observa que por confesion de los filósofos mas sabios no hay otro medio para conocer á Dios y á la religion verdadera, sino los escritos de los profetas, y autores que nos enseñen lo que aprendieron inspirados de Dios ¹. Así este fué uno de los argumentos que mas avivaron contra los filósofos gentiles ². Les hacian observar que algunos de los profetas santos fueron reyes ó príncipes, libres de toda sospecha de ambicion y mentira: que los demas eran varones desprendidos de toda riqueza, que con su oficio solo se grangeaban persecuciones, tormentos, y aun la muerte: que todos en sus obras fueron siempre tan puros como en su doctrina: que estuvieron muy desprendidos de todo placer sensual, enteramente resignados á la divina Providencia, y dispuestos á sufrir la muerte en defensa de la verdad ³. Y mientras que con semejantes reflexiones justificaban la autoridad y crédito de los profetas, demostraban la verdad de la religion que se funda en sus oráculos, haciendo ver el cumplimiento de lo que habian prenunciado.

Porque en efecto ¿ cómo puede ser falsa una religion profetizada tantos siglos ántes con tantos oráculos evidentemente cumplidos? ¿ El cierto conocimiento de las cosas venideras no es el mas claro indicio de la inspiracion de Dios? Hemos visto desde el principio del mundo claramente profetizada la venida del Redentor; y muchos centenares y aun millares de años ántes indicado con ciertos caracteres el tiempo de su venida ⁴. Los principales acaecimientos de su nacimiento, vida, pasion, muerte y resurreccion, aunque tan agenos del natural curso de las cosas humanas, los leemos en los antiguos profetas con sus principales circunstancias. El reyno que venia á es-

CDXI

Y VARIOS ARGUMENTOS IRREFRAGABLES.
I. LAS PROFECÍAS SAGRADAS,

¹ Just. *Cohort. ad Græc.* n. 38.

² S. Just. *Ap.* I. n. 32. & s.

³ Lact. *Inss.* I. c. 4.

⁴ *Lib.* I. n. 5. s.

¹ *Lib. II. cap. IX. y núm. 5. 73. 93. 96. &c.*

² *Lib. IV. n. 49. s.*

³ *Num. 67. s. Lib. III. n. 275.*

⁴ *Lib. II. n. 325. s.*

⁵ *Eus. Hist. E. III. c. 7.*

tablecer en el mundo, ó su Iglesia, la vemos profetizada con las señales que la distinguen de todo reyno terreno ¹. El abandono del antiguo pueblo de Dios, el cautiverio sin exemplar que está padeciendo despues de tantos siglos en todas partes, tambien fué profetizado ². Y sobre las profecías de los libros del antiguo Testamento, cuya autenticidad defienden nuestros mayores enemigos, en el nuevo ¿quántas pruebas tenemos de que el divino Espíritu, que hizo hablar á los antiguos profetas, habló tambien por boca de Jesucristo, y de sus discípulos? Bastaría acordar la certeza con que se anuncian las persecuciones de la Iglesia, y su subsistencia hasta el fin del mundo ³, y la profecía del Redentor sobre la ruina de Jerusalem ⁴; la que si se compara con la relacion de su historiador Josefo, es imposible, dice Eusebio ⁵, dexar de alabar la presciencia de nuestro Salvador, y dexar de conocer que fué sobre manera admirable y verdaderamente divina.

Pero añadamos una reflexion de Orígenes. Recuerda á Celso que JESUS profetizó á sus discípulos que por su causa serian perseguidos y llevados á los tribunales. Hace ver quán nuevo era en el mundo el castigar á alguno por su doctrina, de modo que se le dexase libre con solo negarla, como se hacia con los cristianos. Observa quán grande autoridad respiran las palabras con que JESUS advierte el premio que dará á los que le confiesen delante de los hombres, y el castigo de los que le nieguen. Y prosigue de esta manera: Transpórtate, ó Celso, en imaginacion al tiempo en que JESUS decia estas cosas, y considéralas como profetizadas ántes de suceder. Será regular que quanto dice JESUS te parezcan ridículos desvarios, y que estés firme en que no sucederá nada de quanto predice. Pero si llegases á dudar si has de creerle ó no, seguramente dirias: Si estas cosas en efecto sucediesen: si los soberanos y jueces pensasen en efecto en hacer perecer á los que confiesen á JESUS: si esto no obstante, la doctrina de JESUS se conservase y ha-

llase defensores : entónces creeríamos que Dios le envió con gran poder á llevar esta doctrina al género humano , y que JESUS solo profetizó aquellas cosas , porque estaba muy seguro de que quanto se opusiese á su doctrina todo lo superaría con facilidad. Por lo mismo , prosigue Orígenes , ¿ quién puede dexar de admirarse , si por una parte se imagina que estaba presente quando Cristo decía : Este evangelio será predicado por todo el mundo ; y por otra parte considera que del modo que Jesucristo profetizó , su evangelio se ha predicado á todas las gentes , griegos y bárbaros , sabios é ignorantes de todo el mundo , y que no hay linage de hombres , en que no se haya admitido la doctrina de JESUS? Hasta aquí Orígenes ¹.

Quien considere el grande número de nuestras profecías indubitavelmente verificadas , verá con asombro la ceguedad con que los gentiles querian compararlas con las de sus oráculos y adivinos. De estos confesaban ellos mismos que con gran frecuencia salian falsas las respuestas , y frustrados los pronósticos ². Mas en todos nuestros profetas ¿ será posible hallar ningun error ni equivocacion? Aquellos hablaban con quanta obscuridad podian , y las mas veces con respuestas ambigüas , adaptables á qualquier éxito que tuviese la empresa de que se les preguntaba. En nuestros profetas no se ve ningun oráculo con esta afectada ambigüedad. Los hay oscuros , como son obscuras muchas otras sentencias de la escritura sagrada , para domar nuestra soberbia , y exercitar nuestra piadosa aplicacion. Mas ¿ en quantas profecías se habla de los sucesos venideros con tanta claridad como si se refiriesen despues de pasados? La profecía del capítulo ix. de Daniel pareció tan evidente al mismo Porfirio , que por no venerarla como inspirada de Dios , se vio precisado á decir que era fingida despues del suceso ; sin reparar que los mismos judíos reconocian su antigüedad ³. ¿ De quantas otras dirían lo mismo los filósofos gentiles , á no haber dispuesto la divina Providencia que nos las conservasen nuestros mayores enemigos , á pesar de la

¹ Origen. *C.*
Cels. 11. c. 13.

CDXII
INFINITAMENTE SUPERIORES Á LOS ORÁCULOS Y ADIVINOS:

² Lact. *Div.*
Instit. lib. 11.
c. 17. Eus. *de*
Præp. v. c. 10.

³ S. Hieron.
Proœm. Com.
in Dan.

1 Véase el n.
56. s.

CDXIII
Y QUE NO PU-
DIERON SER
DICTADAS SI-
NO DE DIOS,

ciega obstinacion con que niegan su cumplimiento, y que tambien está profetizada¹?

Sobre todo ¿qué comparacion puede haber entre las respuestas de los oráculos, ó anuncios de los adivinos, que recaen por lo comun sobre el éxito en empresas conocidas, en que la sola prudencia puede prever mucho: en que habiendo de ser el éxito ó favorable ó contrario qualesquiera que sean los pronosticos han de acertarse algunos; y que miran cada uno su particular objeto, sin conexión con los demas: con el conjunto de profecías de varios tiempos y lugares, que con admirable consonancia pronuncian la venida del Redentor y el establecimiento de la Iglesia? ¿En que se descubren una gran serie de sucesos sumamente extraordinarios, de los cuales ninguna prudencia humana podia no solo prever la existencia, pero ni formar idea alguna? Juntas pues las profecías del antiguo y nuevo Testamento forman un globo de luz, á que con dificultad puede el hombre cerrar los ojos de su entendimiento, para no ver que ha de ser Dios quien las dictó.

Del divino origen y cierto cumplimiento de tantas profecías, sacaban los antiguos defensores de la Iglesia muchas conseqüencias á su favor. San Justino despues de haber hecho presente á los gentiles la profecía de Jacob y muchísimas de las que hablan de Jesucristo y de los apóstoles, las de la destruccion de Jerusalem, y de la conversion de los gentiles: colige en primer lugar que habiéndose cumplido tantas profecías, no pueden dexar de cumplirse á su tiempo las otras que tenemos en las Escrituras, como las de la segunda venida de Jesucristo, de la resurreccion, del eterno castigo de los malos, y eterno premio de los buenos. Colige tambien que no puede dexarse de creer en Jesucristo, y reconocerle, aunque crucificado, por Hijo Unigénito de Dios y Juez universal del linage humano, quando nos lo demuestran tantas profecías. Y que es muy fundada en razon la creencia convencimiento con que los cristianos abrazan la verdad, sin

hacer caso de las opiniones de los hombres, ni rendirse á los afectos de la concupiscencia¹. Del cumplimiento de las profecías infirió también Tertuliano² que es cierta la divina autoridad de las Escrituras que las contienen.

En estas sagradas escrituras se encuentra la mayor parte de la doctrina de Jesucristo, de que di un resumen en el libro tercero. Nuestros apologistas ponian con frecuencia delante de los gentiles tanto los preceptos de moral como las verdades de los misterios: no solo para desimpresionarlos de la mala idea que algunos tenían, sino también para convencerlos de la sublimidad y pureza de quanto enseñó Jesucristo³. Les hacian también presentes los errores y contradicciones de sus poetas y filósofos, para convencerlos de que no podian servir de maestros en el importante estudio de la religion⁴. Y en efecto al modo que las extravagantes y corrompidas opiniones de los mayores sabios del gentilismo demostraban la necesidad de una luz superior que los guiase⁵: así no puede dudarse de que esta luz es la que Jesucristo encendió en el mundo, si se considera la verdad y pureza que brilla en quanto enseñó⁶. Esta doctrina, decia Celso, en su origen es bárbara; pues viene de los judios. Los griegos son mas propios para inspirar la virtud, y á ellos toca perfeccionar las invenciones de los barbaros, los cuales, añadía Celso, solo son capaces para inventar dogmas. Según esto, le responde Origenes, no negarás que qualquier sabio en las ciencias griegas, si se entera de nuestros dogmas, no solo los dará por verdaderos, sino que añadirá á sus pruebas todo lo que les falta para ser demostraciones, según las reglas de la escuela griega. Pero debes observar también que la religion cristiana prueba sus principios por una especie de demostración que le es propia: esto es: por los efectos sensibles del Espíritu, y del poder de Dios, como dice el Apóstol⁷. Los efectos del Espíritu son las profecías. Los efectos del poder son los milagros⁸.

Las profecías sirven particularmente de prueba para los judios y para los sabios: los milagros de Jesucris-

¹ S. Just. *Ap.*
1. n. 52. 53.
² Tert. *Ap.*
c. 20.

CDXIV

II. LA SUBLIMIDAD Y PUREZA DE LA DOCTRINA DE JESUCRISTO.

³ S. Just. *Ap.*
1. n. 15. s.
Orig. *C. Cels.*
pas.

⁴ S. Just. *Co-*
hort. ad Græc.
n. 2. s.

⁵ *Lib. I. n. 70.*
147. s.

⁶ *Lib. III. n.*
260. s. 363.

⁷ 1. *Cor. II.*
v. 4.

⁸ Orig. *C. Cels.*
1. c. 2.

CDXV

III. LOS MILAGROS SUYOS Y DE SUS DISCÍPULOS,

to y de sus discípulos son la prueba mas perceptible para los gentiles y para el pueblo. Considerémoslos pues con alguna detencion. La vida de nuestro Divino Redentor desde ántes de su nacimiento hasta su ascension á los cielos está toda llena de los mas admirables prodigios. Como venia para asegurar en el mundo la fe de unas verdades tan superiores á las luces naturales del hombre, quiso asegurar su autoridad con obras superiores á todas las leyes y fuerzas de la naturaleza. Hizo ostentacion de su infinito poder sobre los cuerpos celestes, haciéndolos brillar de nuevo en su nacimiento, y eclipsándolos en su muerte: sobre los mares, sosegándolos con imperio: sobre las cosas insensibles de la tierra, sobre las plantas, y sobre los brutos; pero especialmente sobre el cuerpo humano. Pues como su venida era para bien del hombre, para dar á su alma la vida espiritual, la vista de las cosas de Dios, y el remedio de todos los vicios, pecados y malas disposiciones del ánimo, quiso llamar la atencion y afecto de los hombres, remediando toda suerte de enfermedades corporales, hasta dar vista á los ciegos de nacimiento, y resucitar á varios difuntos.

Sus apóstoles y discípulos, desde la primera vez que empiezan á predicar en cumplimiento de la orden que les dió el Señor antes de subirse á los cielos, comparecen llenos del omnipotente Espíritu del Señor, y hablan en varios idiomas ántes desconocidos. Luego despues en el parage mas público de Jerusalem obran un estupendo prodigio, y prosiguen en predicar por todas partes, corroborando el Señor sus palabras con una continuada serie de portentos. Como estos los obra el Señor para conmover al mundo, hacer que despierte del profundo letargo en que le tienen sumergido los vicios y errores, y que abra sus ojos á la luz del evangelio¹: al paso que este va extendiéndose, y el nombre de JESUS va resonando por mas ángulos de la tierra, va disminuyendo la frecuencia de los milagros. Sin embargo en todo el tiempo de las persecuciones son muchísimos los que obra el Señor en defensa

¹ Vid. S. Just.
Dial. n. 69.

y para consuelo de los mártires ¹: los cristianos mandan con imperio á los demonios ²: curan varias enfermedades invocando el nombre de JESUS y rezando los evangelios ³; y el mismo emperador Marco Aurelio es testigo de la lluvia milagrosa que los cristianos con sus oraciones alcanzan para apagar la sed á todo su ejército en la Germania ⁴.

En quanto á los milagros de Jesucristo, San Justino remite los paganos á las actas que Pilatos envió á Roma, para que se convenzan de que fueron muchos ⁵. Y en Orígenes vemos que ni el impio Celso se atrevia á negarlos; pues para no ceder á la eficaz demostracion que de ellos resulta á favor de nuestra fe, no hallaba otro recurso que atribuirlos á la magia, y decir que JESUS la habia aprendido en Egipto ⁶. Este era el comun efugio de los idólatras mas obstinados, quando en su presencia obraban los fieles algun milagro, como vemos en las actas de varios mártires. Pero ¿quán indigno es de un filósofo, ó de un hombre de razon? ¿Quán notoria es la diferencia entre los prestigios de los magos y las maravillas verdaderas? En las curaciones de aquellos todo era ficcion, que tarde ó temprano se descubria, ó paliativos del mal que engañaban por muy poco tiempo ⁷. Pero las obras de nuestro Salvador, decia San Quadrato en su apología ⁸, eran permanentes, porque eran verdaderas. Los enfermos curados, y muertos resucitados no solo parecieron curados ó resucitados, sino que realmente eran ántes enfermos y muertos, y estuvieron sanos, y vivieron despues. Hasta nuestro tiempo, decia el mismo Santo, han vivido algunos de aquellos en quienes se obraron tan estupendos prodigios.

¿Qué operacion mágica podria resistir al riguroso exámen que se hizo de la vista restituida por JESUS al ciego de nacimiento, de la resurreccion de Lázaro, y del tullido que San Pedro curó en la puerta del templo? Unos furiosos obstinados enemigos de Jesucristo y de sus apóstoles, entre los quales están los saducéos incrédulos, son

¹ Núm. 344. s.
² Tert. *Ap.*
 c. 23. S. Just.
Dial. n. 7. et
 76. et 85.
³ Origen. *C.*
Cels. 1. c. 2.
 46. et 67. s. II.
 c. 8. III. c. 28.
 VII. c. 4. 67.
 S. Just. *Dial.*
 n. 39.
⁴ Tert. *Ap.*
 c. 5. *Véase*
Num. 549.

CDXVI
 CUYA VERDAD
 NO PUEDE CON-
 FUNDIRSE CON
 LOS PRESTIGIOS DE LOS
 MAGOS:

⁵ S. Just. *Ap.*
 I. n. 48.
⁶ Origen. *C.*
Cels. 1. c. 6.
 28. &c.
⁷ Tatian. *C.*
Græc. Orat.
 n. 16. s. S. Just.
Ap. 11. n. 6.
⁸ Ap. Euseb.
Hist. E. IV.
 c. 3.

CDXVII
 CUYA EVIDEN-
 CIA NO PUEDE
 OSCURECERSE
 CON LA MALI-
 CIA DE LOS IN-
 CRÉDULOS;

los que los exâminan : quando del exâmen resultan indisputables los portentos, aun tienen su consulta, buscando como desacreditarlos; y no hallando medios que tengan apariencias de razon, acuden á la fuerza, persiguen al ciego curado, procuran matar á Lázaro y á JESUS, y mandan á San Pedro que á lo ménos calle. Quando la incredulidad, el odio, y tanta depravacion de ánimo no bastan para poner en duda los portentos de JESUS y de sus apóstoles, ¿quán grande habia de ser la evidencia? Esta es la que á pesar de la mas fiera persecucion sostuvo á los apóstoles; y desde la muerte de Cristo fué aumentando siempre el número de sus discipulos, entre continuas persecuciones y trabajos. ¿De Simon Mago quedaban por ventura dos siglos despues treinta sectarios en todo el mundo, aunque en ninguna parte se les hubiese perseguido? No lo creía Orígenes, quien añade que los discipulos de Teudas y de Judas Galiléo desaparecieron con su muerte. Y es la razon porque los milagros de los impostores, si por un pronto arrastran la crédula multitud del pueblo, descubren luego su falsedad, que va desengañando á los mas preocupados. Al contrario los verdaderos portentos de Jesucristo y de los apóstoles iban demostrando mas y mas el divino poder que los hacia; y quanto con mas cuidado se exâminaban, tanto mas presto iban convirtiendo á los mas obstinados enemigos¹.

1 Origen. *C. Cels.* I. c. 57. II. c. 50. & VI. c. 11.

CDXVIII
Y CUYO AUTOR
NO PUEDE SER
SINO DIOS.

A estas reflexiones, añade Orígenes otra que quita igualmente á Celso el fútil medio de desacreditar los milagros verdaderos, confundiéndolos con los falsos, y atribuyéndolos todos al arte magico, y operaciones del demonio. Una vez admitido algun poder superior á la naturaleza, si le concedemos a un mal principio, le hemos de conceder tambien al principio superior á todo, que ha de ser esencialmente bueno. Por consiguiente si hay milagros que sean efectos del demonio, los ha de haber tambien que sean obra de Dios. Pues ¿cómo distinguiremos unos milagros de otros? Mirando las costumbres y doctrina de quien los hace, y los efectos que producen. Los

impostores que obran por impulso del demonio no tirarán á corregir á los hombres. Pero Jesucristo , y sus discípulos nada han enseñado que no sea muy digno de Dios , conforme á la razon , útil al bien civil de los pueblos , y propio para mejorar las costumbres. Su vida ha sido inocentísima ; y por Jesucristo se han reunido todos los pueblos en el conocimiento y culto del verdadero Dios , y en la práctica de costumbres santas , abandonando los ídolos y los vicios. Pues ¿ quién puede dudar de que los milagros que se hacen por tan buena causa , solo provienen de Dios ?

Entre los milagros de Jesucristo , observa el mismo Orígenes que el de su resurreccion descubre con especial evidencia su Divinidad y la de su doctrina. Aquí no cabe la menor sospecha de ningun artificio. Murió Jesucristo en público , en una cruz , á vista de todo el pueblo. Fuera cosa ridícula preguntar , porqué no baxó de la cruz , ó porqué no se dexó ver despues de todo el mundo. ¿ Acaso hemos nosotros de enseñar á Dios como ha de hacer sus milagros ? ¿ Acaso la divina Sabiduría , que en todo obra con tan admirable orden , no pudo disponer que el misterio de su resurreccion se revelara solo á discípulos escogidos , y por su medio á todo el mundo ? ¿ Qué número de testigos será bastante , si no basta que lo sean de vista San Pedro , todos los apóstoles , y mas de otros quinientos discípulos ? Si estos no le hubiesen visto resucitado , y no hubiesen estado muy convencidos de su Divinidad , ¿ de dónde les hubiera venido al pensamiento dexar su país , acometer toda suerte de peligros , abrazar una vida tan incómoda , exponerse á una muerte segura , para publicar su doctrina conforme les habia mandado ? ¿ El infame suplicio en que murió , no hubiera borrado el respeto que ántes le tenian ? ¿ No se hubieran creído engañados , especialmente en la promesa que les habia hecho de resucitar , si en efecto despues no le hubiesen visto resucitado ? Sobre todo los apóstoles y discípulos sufran qualesquiera tormentos y la misma muerte , ántes

I Origen. C.
Cels. II. C. 51.

CDXIX
IV. LA RESURRECCION DE
JESUCRISTO
CLARAMENTE
INDUBITABLE.

que faltar á la verdad, ó hablar contra lo que sienten en las cosas de Dios; y refieren de buena fe muchos sucesos que parecen indecorosos á su maestro y á ellos mismos. ¿Y gente de tanta veracidad no serán creídos en lo que dicen que han visto, y en lo que no era posible que se engañasen?

Idem. c. 56.

EDXX

V. LOS EFEC-
TOS DE LA PRE-
DICACION DE
LOS APOSTO-
LES.

Resulta pues evidente la certeza de la resurreccion de Jesucristo, con el solo hecho de haber los apóstoles emprendido la conversion del mundo. Pero si damos un paso adelante, y miramos las circunstancias de los apóstoles, y hasta donde condujeron tan admirable empresa, veremos que no podian tanto las fuerzas humanas; y por consiguiente tendremos otra prueba directa de que la Iglesia es obra especial del poder de Dios. Porque ¿quiénes eran los apóstoles? Ni eran hombres de letras, ni de valor, ni de dinero, sino unos pobres sencillos pescadores, destituidos de todo humano auxilio. ¿Y qué es lo que intentan? Que los judíos dexen sus ceremonias, y los gentiles abominen de los dioses que adoran: que unos y otros reconozcan por Dios á uno que acaba de sufrir el suplicio mas ignominioso; y que se renueve todo el mundo, abrazando una nueva creencia y nuevas costumbres. ¿Pero con qué medios y auxilios lo emprenden? Publican con valor su doctrina, la qual no es ménos contraria á las pasiones y afectos comunes de los hombres, que á las opiniones dominantes; y en vez de hallar quien los ayude, todas las potestades de la tierra se les oponen con extraordinario rigor. Sin embargo salen con su intento; y se ven luego cristianos por todas partes, y los idolatras se quejan de que sus templos quedan desiertos. Pues ¿qué ceguedad es menester para atribuir tan asombrosa mudanza, á pesar de tan obstinada contradiccion, á unos medios tan débiles? ¿Quién no vé que la conversion del mundo se debe á los milagros de los apóstoles, con que la divina Omnipotencia llamaba la atencion de los mundanos, y á los eficaces impulsos con que interiormente movia sus corazones?

Mas como el Señor tenia ofrecido proteger y amparar su obra hasta el fin de los tiempos, la fe recien encendida por todo el mundo no fué débil luz que al primer soplo se apagase. Quanto mas violento fué el ímpetu de las persecuciones, tanto mas se avivó la llama de la celestial doctrina, y se extendió por mas pueblos. De manera que despues de tres siglos de persecuciones, siendo la última larga, universal y cruelísima, quedó sin embargo tan grande el número de los cristianos, que uno de los mas malignos enemigos de la fe, para no atribuir á milagro la conversion de Constantino, dixo que solo por política abrazó la religion cristiana, por ver que era ya entonces la del mayor número de sus vasallos con notable exceso. En esta conservacion y progresos de la Iglesia cristiana en los tres siglos de las persecuciones, en la constancia de los mártires, y en los desastrados fines de sus perseguidores, ya vimos antes que se reunen muchas pruebas de que Dios la conserva con providencia muy particular, y que así es obra muy del agrado de Dios¹. Pero los antiguos defensores de la fe aun nos suministran tres reflexiones mas, que en la extension de la Iglesia nos hacen ver la mano de Dios: á saber, la santidad de costumbres de los cristianos, la conversion de la gente mas dominada de los vicios, y la de los sabios mas satisfechos de sus opiniones.

Si alguno, dicen, curase á cien personas de la impureza, ó de la injusticia, ó de la venganza, con dificultad creeríamos que en él no hubiese algo sobrenatural. Pues ¿qué diremos de la gran multitud de gentes, que se ven por todo el mundo, de tal manera mudadas con la doctrina cristiana, que se dexan degollar antes que defenderse de quien los persigue? que abrazan la continencia con tal perfeccion, que los fieles mas ignorantes viven con mas casta pureza que las vestales, los pontífices y los filósofos mas continentés? Corréjense en qualesquiera ciudades las asambleas de los cristianos con las populares, y se verá que aquellos son la luz del mundo. Porque ¿quién

CDXXI
VI. LOS PROGRESOS DE LA IGLESIA ENTRE PERSECUCIONES.

Núm. 333. a

CDXXII
VII. LA SANTIDAD DE LOS CRISTIANOS,

² Origen. C. Cels. 1. c. 26.

podrá dudar de que los fieles peores, cuyo número es pequeño en comparacion de los mejores, valen mucho mas que los que componen las asambleas del pueblo? ; En la iglesia de Atenas, qué paz! ; qué sosiego! ; qué union! Nadie cuida sino de servir y agradar á Dios. Mas en la junta popular de los atenienses, ¡qué confusion! ; qué sediciones! Lo mismo sucede en Corinto, en Alexandria y por todas partes. Quien lo contemple con ojos desapasionados se asombrará de que haya podido intentarse, quanto mas cumplirse, la formacion de tan divinas sociedades en todos lugares. Y si pasamos á comparar el gobernador y senado de cada ciudad, con el obispo y senado de su iglesia, veremos que los obispos y presbíteros mas relaxados, ó mas distantes de la perfeccion, exceden muchísimo á los magistrados en la bondad y justicia de costumbres ¹.

¹ Origen. C.
Cels. III. c. 30.

CDXLIII
Y LA MUDAN-
ZA DE COSTUM-
BRES Y DE OPI-
NIONES EN LOS
QUE SE CON-
VERTIAN.

Antes, decia San Justino, nos abandonábamos á la dissolution: ahora solo amamos la pureza. Antes nos valíamos del arte mágico: ahora solo confiamos en la bondad de Dios. Entónces no cuidábamos sino de enriquecernos: pero ya hacemos de nuestros bienes una masa comun, de que participan los pobres. Entónces nos aborrecíamos unos á otros, ni nos aveníamos sino con amigos y paysanos; pero despues que vino Jesucristo, no nos extrañamos de nadie, y rogamos por nuestros enemigos. Hasta á los que nos aborrecen injustamente procuramos convertir, para que vivan conforme manda Jesucristo, y participen de nuestras esperanzas. ¿Quántos hay entre nosotros, que siendo antes muy violentos y arrojados, se han hecho dóciles y fáciles á la persuasion? No solo vemos hombres y mugeres de sesenta y setenta años, que siendo cristianos desde la niñez, han conservado siempre su pureza: ¿quán infinito es tambien el número de los que despues que son cristianos han abrazado una vida pura y arreglada, habiendo antes vivido abandonados á toda suerte de impurezas? ¿Qué importa pues que adoremos un hombre crucificado, si este Señor no puede dexar de ser Dios verdadero y la Razon so-

berana, quando hace tan prodigiosas mudanzas en los que le siguen? Así discurría San Justino ¹; y en algun modo todavía se demuestra mas la Divinidad de Jesucristo y la verdad de su doctrina, con la mudanza de creencia y de opiniones en los presumidos de sabios, ó con la conversión y dócil rendimiento á los misterios de la fe, de muchísimos que hacían profesion de filósofos, de que vamos á hablar con alguna extension.

ARTÍCULO IV.

Filósofos convertidos.

Segun vemos en Orígenes ², los cristianos que con tanto zelo procuraban la conversión de los idolatras, exhortaban a creer con sencillez a aquellos que no eran capaces de mas; pero á los otros procuraban demostrarles la verdad, con una serie de preguntas y respuestas. Y como en los tres primeros siglos eran tantos los fieles que abrazaban la fe, ó recibían el bautismo, ya adultos, despues de haber dado culto á los idolos: así eran continuos los triunfos de la fe contra la idolatría armada con la preocupacion y la costumbre. De los escritores cristianos del tiempo de las persecuciones, á excepcion de Orígenes, ninguno habra de quien se pueda asegurar que toda su vida no tuvo otra religion que la cristiana. Pero de muchísimos sabemos que para plantarla en sus corazones, fué preciso arrancar primero las falsas, que habían echado en ellos hondas raíces. Hagamos memoria de algunos de los que hicieron servir despues su filosofia y sus desengaños para escribir en defensa de la fe.

Entre ellos merece el primer lugar San Justino, natural de Napoles en la Palestina ó Samaria, de padres idolatra, é incircunciso ³. Se aplicó con teson al estudio de la filosofia, y despues de haberse dedicado mucho tiempo á la doctrina de los estoycos, de los peripatéticos, de los pitagóricos, y sobre todo de los platónicos, convencido

¹ S. Just. Ap.
I. n. 14. 39.

CDXXIV
ENTRE LOS
MUCHOS SABIOS
QUE CON MA-
DURA DELIBE-
RACION SE
RINDIERON Á
LA FE,

² Origen. C.
Cels. vi. c. 10.

CDXXV
CONOCIMOS ES-
PECIALMENTE
POR SUS ES-
CRITOS Á SAN
JUSTINO;

³ Apol. II.
Ceillertom. II.
c. 1. a 1.

Año 132.

de que en ninguna de tales sectas se hallaba la verdad, con el mayor conocimiento de causa abrazó el cristianismo. Paseábase un día el Santo por la orilla del mar, metido en sus meditaciones filosóficas, quando reparó que le iba siguiendo un anciano de aspecto grave y agradable. Trabaron conversacion; y el anciano le hizo ver que los filósofos Platon y Pitágoras, á quienes tanto apreciaba, habian errado en los principios, y no habian llegado á tener una exácta idea ni de Dios, ni del alma racional: que los verdaderos sabios eran los profetas inspirados de Dios, como lo manifestaban sus predicciones y sus portentos, con los cuales habian logrado que se les creyera, y habian establecido la verdad, no con disputas ni largos discursos que pocos entienden, sino con autoridad decisiva: que estos profetas daban á conocer á Dios Padre, Criador de todas las cosas, y á su Hijo Jesucristo que vino al mundo, á quienes es menester rogar que nos abran las puertas de la luz, y nos hagan conocer la verdad. De esta conversacion salió San Justino ardiendo en amor de los profetas y de los cristianos; y conoció que su doctrina era la única filosofia cierta y útil¹. Quando aun estaba enamorado de la de Platon, al ver que los cristianos no temian la muerte, ni los tormentos, tenia por increíbles las calumnias que contra ellos se publicaban. ¿Es posible, decia, que el hombre voluptuoso, que llega á comer carne humana, busque la muerte para privarse de los bienes y delicias de que goza? ¿No sería mas natural que se escondiese de los magistrados, y desease vivir siempre en este mundo entre los gustos que tanto ama²?

¹ S. Just. *Dial.*
cum Triph. n.
3. s.

² S. Just. *Ap.*
11. n. 12.

CDXXVI

³ S. Just. *Dial.*
cum Triph. n.
58.

⁴ Origen. *C.*
Cels. v. c. 49.

Despues de su conversion San Justino se dedicó enteramente al estudio de las sagradas letras, como vemos en el uso freqüente que de ellas hizo en el diálogo con Trifon, haciéndole el Señor la gracia de que las entendiera³. Conservó el uso del palio ó vestido de filósofo, y segun parece, era del número de los *ascetas*, ó de aquellos que, como dice Orígenes⁴, á mas de los preceptos comunes á

los cristianos, seguían algunas reglas de mayor austeridad de vida. Es verisímil que fué presbítero; pues en Roma instruía en su casa á los fieles, y siempre miró como obligación indispensable la de dar á conocer y defender la verdad con quantos medios pudiese, hasta sufrir con la mas generosa constancia el martirio, como ántes vimos ¹. Habia el Santo escrito un libro contra todas las heregias, otro contra Marcion, y algunas obritas mas que han desaparecido ². Pero en las que se nos conservan, y dexamos mencionadas ³, vemos un sublime talento exercitado en lo mejor que enseñaron los filósofos, y constantemente convencido de que la verdad, la tranquilidad de ánimo, y felicidad ó bienaventuranza que aquellos prometen, se halla solo abrazando con docilidad la doctrina de Jesucristo.

Á tan ilustre maestro añadamos su discípulo Taciano. Estaba tambien muy versado en los libros de los filósofos y poetas; pero como él mismo refiere ⁴, fastidiado de la afeminacion y crueldad del culto de los dioses, conoció que debia buscar la verdad en otra parte. Quiso Dios que le viniesen á las manos algunos libros sagrados; y quedó admirado de su antigüedad, naturalidad de estilo, fácil idea de la creacion del mundo, profecías y preceptos admirables. Las instrucciones de San Justino avivaron su zelo por la religion cristiana, y contra la idolatría, que explayó en la Oracion contra los Griegos; ¡Oxalá no se hubiese desviado de los principios de tan santo maestro, para hacerse autor de nuevos errores!

La antigüedad nos ha conservado muy pocas noticias de Atenágoras, autor de la excelente apología ó embajada por los cristianos, y del tratado de la resurreccion. Como en ellos toma el título de filósofo, y descubre tanto conocimiento de los poetas, de los filósofos, y del culto de los ídolos: es muy verisímil que era filósofo famoso en Atenas ántes de ser cristiano ⁵. Y por su elevado ingenio, singular eloqüencia, vasta erudicion, ardiente zelo del bien de la Iglesia, y admirable prudencia para con-

¹ Núm. 119.

² Vid. Euseb. Hist. E. IV. c. 17. S. Hier. Cat. c. 23.

³ Núm. 357.

CBXXXVII
TACIANO,

⁴ Tat. Orat. C. Græc. n. 29.

Año 160.

CDXXVIII
ATENÁGORAS,

⁵ Vid. Pref. ad op. S. Just. P. III. c. 15.

Año 177.

CDXXX
SAN TEÓFILO
DE ANTIO-
QUÍA,

Año 160.

S. Theoph.
ad Autol. 1.
n. 14.

CDXXX
PANTENO,

Año 186.

² Eus. v. c. 10.
S. Hier. Cat.
c. 36.

CDXXXI
CLEMENTE
ALEXANDRI-
NO,

³ Núm. 358.

ciliarle la benignidad, quando no el afecto de los empe-
radores, merece ser contado entre los filósofos de su tiem-
po, que mejor emplearon el discurso en defensa de las
verdades de la fe.

De San Teófilo, obispo de Antioquia, que con tanta
solidez rebatió las calumnias con que el vulgo infamaba á
los cristianos, y el desprecio con que los miraban los sa-
bios, no puede dudarse que se habia criado entre las ti-
nieblas de las supersticiones paganas. Pues él mismo para
animar á Autólico á convertirse, le propone su exemplo:
confiesa que antes no creía; pero que considerándolo con
la debida atención llegó á convencerse, y que viendo cla-
ramente cumplidas muchas profecías anteriores, no pudo
resistir á tal demostración, dexó de ser incrédulo, y abra-
zó la fe conforme Dios manda ¹.

Otro exemplar nos presenta Panteno, varon famosí-
simo por su sabiduría. Habia sido educado segun las má-
ximas y doctrinas de la filosofía estoycas; mas, abrazado
el cristianismo, fué tanto su zelo, que á imitación de
los apóstoles, anduvo predicando el nombre del Señor
por todas las regiones del oriente hasta en la India; y fué
tal su instrucción en las ciencias sagradas, que se le con-
firió la dirección de la escuela de Alexandria, de que
solo cuidaban los varones mas versados en las letras sa-
gradadas. Allí enseñó hasta la muerte la ciencia de la salud,
explicando de viva voz y por escrito los libros sagrados,
y los misterios de nuestra religion ².

Á Panteno sucedió Tito Flavio Clemente, que es re-
gular fuese natural de Atenas, pues muchos le llaman
Ateniense, y que es comunmente conocido con el nom-
bre de Clemente Alexandrino. Sus primeros estudios fue-
ron de las bellas letras y filosofía: aplicóse con singu-
lar afecto á la de Platon. Mas en fin mejoró sus desve-
los, y se dedicó á las santas escrituras, y doctrina del
evangelio. Escribió muchísimas obras; pero á mas de las
que antes citamos ³, solo se nos conserva un pequeño
tratado con el título: *¿Qué rico puede salvarse?* Clemen-

te fué presbítero alexandrino : de su vida poco sabemos, y de su muerte nada ; y aunque Alexandro obispo de Jerusalen , en una carta que el mismo Clemente llevó á la iglesia de Antioquia , le llama bienaventurado presbítero, varon ilustre y experimentado , y dice que fortaleció y aumentó aquella iglesia : aunque otros autores antiguos y modernos le llamen *Santo* : con todo como no se sabe que ninguna iglesia le haya dado culto , como los antiguos hablan tan poco de sus costumbres , y como en sus obras hay bastantes expresiones á lo ménos sospechosas , Benedicto XIV. no se atrevió á poner su nombre en el martirologio romano , sin pretender por esto quitar nada á la fama de su sabiduría y santidad .

Quinto Septimio Florente Tertuliano, conocido por este último nombre, hijo de un centurion de tropas proconsulares , nació gentil , y vivió algún tiempo sin ninguna luz ni conocimiento del verdadero Dios , entregado á los placeres , y burlándose de las máximas de los cristianos. Á pesar de sus desórdenes , que él mismo confiesa que fueron mas de lo regular , hizo grandes progresos en todas las ciencias , en especial en la jurisprudencia y conocimiento de las leyes romanas. Á mas de la latina, estudió la lengua griega , en que compuso algunas obras. Pero quando en Cartago su patria era ya abogado famoso por su eloqüencia y sabiduría , la constancia de los mártires en los tormentos mas crueles , el poder de los cristianos contra los demonios , y el temor de los juicios de Dios , le movieron á dexar los antiguos errores para abrazar nuestra religion. Y aunque le hayamos de ver despues infelizmente enredado entre los engaños de la heregía, siempre deberá contarse entre los ingenios mas ilustrados con ciencias humanas , y mas adornados con las bellas artes , que detestando la idolatría que ántes abrazaban, se han rendido con gustosa docilidad á las obscuras verdades de la fe.

Minucio Felix, célebre abogado de Romá, dexó tambien la idolatría , para abrazar la fe cristiana , siendo

*1 Epist. ad
Reg. Porrig.
de Martyrol.
19. et s.*

CDXXXII
TERTULIANO,

Año 200.

CDXXXIII
MINUCIO FE-
LIX CON SUS
COMPAÑEROS,

ya adulto , y despues de haber pasado la juventud con mucha disolucion. Octavio Januario , compañero de Felix en sus errores y extravíos , abrazó tambien la fe , y fué causa de la conversion de Cecilio compañero y amigo de ámbos. Pasaba Felix las vacaciones de otoño en Ostia , y habiéndole visitado los otros dos , una mañana paseaban los tres por la orilla del mar ; y Cecilio , viendo un ídolo de Serapis , se puso la mano en la boca y la besó , lo que era señal de adoracion. Al verlo Octavio dixo á Felix : *Hermano , un hombre como tú no debia dexar á un amigo y compañero continuo en tan vulgar ignorancia.* Continuaron el paseo ; pero reparando Felix que Cecilio estaba pensativo y de mal humor , le preguntó la causa : confesó que el dicho de Octavio le habia conmovido , y les propuso si querian exâminar de propósito la question : lo que Octavio admitió de buena gana. Cecilio defiende la causa de los ídolos , contra la introduccion del cristianismo , con viveza y calor. Octavio le responde con moderacion y solidez , y al fin Cecilio se convierte. De manera que en la relacion de esta disputa , que es el diálogo intitulado *Octavio* , que escribió Felix , hallamos unos sabios que abrazan la fe , no por capricho , no por una simple credulidad de niño , no sin exâmen , sino á pesar de una anterior obstinada preocupacion , por quedar convencidos de que la razon y la prudencia les manda rendirse á la doctrina de la fe ¹.

Min. Fel.
Octav. init. et
fin.

CDXXXIV

S. CIPRIANO,

Á estas conversiones procedentes de la mas reflexionada deliberacion , añadamos la de San Cipriano , que es la mas útil de quantas conocemos , y la de Arnobio , que es una de las mas admirables. Cipriano habia cultivado su grande talento con la filosofia y las bellas letras , y se distinguia con particularidad en la eloquencia que habia enseñado publicamente. Nació pagano , y antes de convertirse lo pensó y meditó muy despacio. " Mientras yo estaba sumergido , dice él mismo , en las tinieblas de una noche obscura , y andaba fluctuando por el tempestuoso mar de este mundo , incierto de lo que

» debía hacer, destituido de la luz de la verdad, me pa-
 » recia en extremo difícil en tales circunstancias lo que
 » de la benignidad de Dios se me prometia acerca de mi
 » salvacion; esto es, que se puede renacer otra vez,
 » de modo que con las saludables aguas del bautismo se
 » quede animado con una nueva vida, se deponga la de
 » ántes, y quedando el mismo cuerpo, se muden las in-
 » clinaciones y el modo de pensar”.

» “¿Quién podrá, decia yo, desprenderse de una vez
 » de vicios arraigados y sostenidos por la misma natura-
 » leza y por una larga costumbre? ¿Cómo aprenderá á
 » ser frugal quien esta acostumbrado á una mesa delicada
 » y abundante? El que se ha presentado siempre con ves-
 » tidos ricos, y brillando con oro y púrpura; ¿cómo ha
 » de humillarse á un vestido sencillo y ordinario? Quan-
 » do se ha vivido entre empleos y honores, entre ami-
 » gos y vasallos, no es posible aceptar de buen gusto la
 » vida privada: el estar solo es un suplicio. Así me ha-
 » blaba yo á mí mismo, y desconfiando de mi mejora,
 » amaba el mal que se me habia connaturalizado. Pero
 » quando el agua vivificante hubo lavado las manchas de
 » mi vida pasada, y mi corazon ya puro recibió la luz
 » de lo alto y el espíritu celestial, ví con asombro que
 » mis dudas se desvanecieron: todo fue accesible, todo
 » lleno de luz: hallé fácil lo que ántes juzgaba imposible:
 » viendo con evidencia que aquel que habia nacido segun
 » la carne, y vivia sujeto al pecado, venia de la tierra;
 » mas el que estaba animado del Espíritu Santo venia de
 » Dios. Bien lo sabes tú, Donato, y conoces como yo,
 » de quanto nos ha librado, y quanto nos ha dado esta
 » muerte de los pecados, y vida de las virtudes”. Así
 » habla San Cipriano de su conversion¹, que fué por los
 » años de 243.

Los paganos la admiraron en extremo: motejaban al
 Santo, y le echaban en rostro que teniendo tan bello es-
 píritu, y siendo capaz de grandes empresas, se hubiese
 abatido á creer quatro cuentos de niños. Mas el Santo no

¹ *Ad Donat.*
 init.

contento con dar gracias á Dios de su conversión; llamaba padre al sacerdote Cecilio, que fué quien le convirtió: tomó su nombre con el de Tascio que ya tenia, llamándose en adelante Tascio, Cecilio, Cipriano, y con sus santas costumbres y excelentes escritos empezó desde luego á difundir los rayos de aquella brillante luz, que le ha acreditado por uno de los primeros astros de la Iglesia.

CDXXXV
Y ARNOBIO.

Á fines del siglo tercero, ó muy al principio del quarto, Arnobio enseñaba con mucho crédito la Retórica en Sica ciudad de África. No solo era pagano, sino tan zeloso defensor del culto de los ídolos que habia empleado siempre su talento para ridiculizar é impugnar nuestra santa fe. Pero Dios se valió del extraordinario medio de los sueños para moverle á abrazarla. Declaróse cristiano; mas los obispos, no pudiendo creer que lo dixese de veras, no querian admitirle. Y á esta resistencia debemos sus libros apologeticos de la religion, de que ántes hablamos; pues los escribió para justificar la sinceridad y verdad de su conversión. No es de admirar que en la obra de un recién convertido, que aun no pudo instruirse á fondo en nuestra religion, haya algunos errores. Y por mas que los haya, el zelo con que declama contra el culto de los ídolos que ántes adoraba, y con que rebate las calumnias y objeciones contra la Iglesia, que él mismo inculcaba y difundia, es uno de los mas admirables triunfos de la fe sobre la ilustrada razon.

del Señor. Pero despues que todos hubieron muerto , no hubo iglesia en que no intentasen los hereges á cara descubierta introducir el veneno de sus errores contra las verdades más fundamentales de nuestra religion ¹. En los libros de San Ireneo y de San Epifanio contra las heregias , en Eusebio ², y en algunos autores modernos ³ vemos el grande número de sectas, sus varios y multiplicados errores , y muchas noticias de los hereges mas famosos. Pero yo me contentaré con recoger de los autores antiguos los caracteres que mas distinguián á los hereges en general de los católicos , y á las sectas principales unas de otras.

El herege , decia Tertuliano , es aquel que por su eleccion inventa ó abraza alguna sentencia. Nosotros no creemos lícito ni inventar , ni escoger entre lo que los demas inventen. Seguimos á los apóstoles que nada introduxeron por su capricho , sino que fielmente publicaron á las naciones la doctrina que habian recibido de Jesucristo. Solo buscamos lo que JESUS ha enseñado : al hallarlo creemos : y esto lo buscamos en nuestra casa , ó en la Iglesia , para resolver nuestras dudas , sin apartarnos de la regla de la fe. Mas el herege no quiere sujetarse á creer : quiere inquirir como los filósofos ; y así la filosofía humana le da materia para toda suerte de heregias ⁴. Así habla Tertuliano de los hereges en general : contrae su observacion á los que hasta entónces habia en la Iglesia ; y observa que son las mismas las quëstiones ó materias que trataban los filósofos y los hereges ; á saber , de dónde nace el mal , y porqué nace : cuál es la causa y naturaleza del hombre , y cuál la de Dios.

Meliton obispo de Sardis , Apolinar y Dionisio , que lo eran de Hierápoli y de Corinto , Taciano , Bardesanes , é Ireneo en sus libros , manifestaron de que secta de filósofos habia nacido cada una de las heregias ⁵. Y en efecto en los errores que mas dominaron entre los hereges de los primeros siglos , se ve luego la conexiön con las opiniones de varias sectas filosóficas sobre el origen del mal ,

¹ Vid. Euseb. *Hist. E.* III. c. 32.

² *Hist. E.* II. c. 13. III. c. 26. ad 29. IV. 7. II. 22. &c.

³ *Massuet, Alph. à Castro, Ittigius, Rinaldi, Traversa, &c.*

CDXXXVII
DESDE EL
PRINCIPIO SE
PUDO CONO-
CERLES POR
VARIAS SEÑAS,

⁴ Tertul. *de Præscr.* c. 6. 7. 12.

⁵ S. Hieron. *Epist.* 83. ad Magn.

y naturaleza del hombre y de Dios; y se ve tambien aquella tolerancia filosófica que ántes les hacia reunir el culto de los ídolos con su filosofía que los detestaba, y ahora les movia á mezclar el cristianismo con ritos y máximas gentílicas ó judaycas, y á obscurecer ó negar aquellos dogmas de nuestra religion que su filosofía alcanzaba ménos, y contradecian mas los judíos y los idólatras. De aquí es, que á excepcion de algunos marcionitas y montanistas, los demas hereges no quedaban comunmente comprehendidos en las persecuciones, aunque llevasen el nombre de cristianos; pues fácilmente condescendian á quanto deseaban los idólatras ¹.

De todos los hereges de aquellos tiempos, decia San Justino que aunque se llamaban cristianos, y confesaban á Cristo de palabra, en la realidad eran ateistas é impios. Unos de un modo, otros de otro, todos, decia, blasfeman de Dios y de Cristo. Al modo que entre los gentiles se llaman dioses los que son hechos por mano de hombres: así estos toman el nombre de cristianos sin serlo ². Tenazmente adictos los hereges á su modo de pensar, hacian poco ó ningun caso de la tradicion de las iglesias, aun de las mas antiguas ³; y por lo que toca á las Escrituras, las falsificaban con frecuencia, ó no recibian aquel libro ó parte que los incomodaba ⁴; y aun, como observa San Ireneo, al verse convencidos por la Escritura, recurrían á la tradicion, y al oponérseles la tradicion, volvían á la Escritura ⁵.

Hay reglas infalibles, como largamente prueba Clemente Alexandrino, que sirven para condenar á los que por pereza ó preocupacion dexan de buscar la verdad, y distinguirla del error. La doctrina mas exácta, segun las Escrituras, no se halla sino en la sola, verdadera y antigua Iglesia. Los hereges se han rebelado contra la tradicion de la Iglesia, para meterse en opiniones humanas. Se valen de las Escrituras; pero desechando unos libros, y truncando los demas. Eligen algunos pasages de aquí y de allá, parándose en las palabras, sin penetrar el sentido.

¹ S. Just. *Ap.*
I. n. 26.

CDXXXVIII

² S. Just. *Dial.*
cum Triph. n.
35.

³ S. Iren. *C.*
Hæres. III. c. 2.
ad 5.

⁴ Tertul. *de*
Præscr. c. 15.
s. Eus. *Hist.*
E. v. c. 28.

⁵ S. Iren. *C.*
Hæres. III.
c. 2.

Á veces quedando convencidos, llegan á negar sus propios dogmas. En nada se detienen para lograr los primeros puestos en sus iglesias, y en sus convites de falsa caridad. Su soberbia les hace imaginar que han adelantado mas que los antiguos; pero su dicha fuera conservar la tradición que habian recibido. Todas las heregías son mas modernas que la Iglesia católica: todas han salido de la Iglesia mas antigua y verdadera, invocando y falsificando su doctrina; pero la Iglesia verdadera no es sino una. Al modo que no hay sino un Dios y un Señor: así una es la Iglesia, aunque los hereges intenten dividirla en muchas ¹.

¹ Clem. Alex.
Strom. VII. n.
17. ad 17.

CDXXXIX

Y POR SUS ER-
RORES PARTI-
CULARES SE DI-
VIDIERON EN
VARIAS SECTAS
Y NOMBRES.

² S. Just. *Dial.*
cum Triph. n.

35.

³ Clem. Alex.
Strom. VII. n.
17.

CDXL

DEL PRIMER
SIGLO FUERON
LAS DE SIMON
EL MAGO,

Estos fueron los caracteres mas comunes de los hereges de los primeros siglos, con que se distinguian de los católicos. Veamos ahora los errores particulares con que mas se distinguieron entre sí; pues ya en tiempo de San Justino unos se llamaban Marcianos ó Marcionitas, otros Valentinianos, otros Basilidianos, otros Saturnilianos, y los demas tomaban tambien el nombre de los que inventaron sus opiniones, ó de los xefes de sus sectas, como suelen los filósofos ². Tambien algunos, como observa Clemente Alexandrino, tomaban sus nombres del lugar, ó nacion en que comenzaban, otros de alguno de sus dogmas ó funciones particulares, y otros en fin de los sujetos que veneraban, ó de algun atentado que habian cometido ³.

Si solo llamamos *hereges* á los que manteniéndose cristianos, ó profesando veneracion á Cristo, y fe de su doctrina, yerran en no reconocer alguna ó algunas verdades de las que enseñó: no podemos llamar *herege*, sino apóstata impio enemigo de Cristo, al famoso Simon Mago, de quien ántes hablamos; pues léjos de conservar algun respeto á Jesucristo, con tanto furor se oponia á los progresos de su doctrina y religion. Pero extendiendo aquel nombre á todos los que despues de haber abrazado la fe de Cristo, ó haberse bautizado, dexan la verdad por el error: de esta manera es Simon el primero de los hereges, xefe, maestro y padre de toda heregía, mayormente

te atendida la variedad de sus impíos errores , en que se ven las envenenadas semillas de los que mas perturbaron á la Iglesia en los siglos siguientes. Fundábase Simon sobre una confusa idea del error filosófico de los dos principios , Bueno ó Soberano, y Malo Criador de la materia y cosas malas : y decia que él era el Poder soberano, que se dexaba dar por los hombres el nombre que querian ; y que habiendo aparecido en Judéa como Hijo , en Samaria como Padre , iba á las demas naciones como Espíritu Santo.

Llevaba consigo una muger llamada Helenas ó Selena, esto es , *luna*, á la qual habia comprado en Tiro, donde era esclava prostituta. La llamaba primera concepcion de su espíritu , madre de todas las cosas, por quien habia hecho á los ángeles. Estos eran los que habian fabricado al mundo : los quales por envidia habian detenido á su misma madre, y la hacian pasar de un cuerpo á otro : de modo que ella era la Helena causa de la destruccion de Troya. En fin habiéndola reducido á la infamia de quedar expuesta á la pública disolucion , él habia venido para librarla , darse á conocer á los hombres , y salvarlos del poder de los ángeles que gobernaban malamente todo el mundo. Por esto, decia , vine á corregirlo todo : en Judéa pareció que yo padecia, y en efecto nada sufrí : parezco hombre entre los hombres , y no soy hombre. Los que creen en mí y en Selena , no han de hacer caso de los profetas , á quienes inspiraron los ángeles autores del mundo : pueden hacer todo lo que quisieren , pues mi gracia es la que ha de salvarlos , y no sus obras , porque todas son indiferentes. Simon por consecuencia de sus delirios , y para atraer mas sectarios , decia que no era menester morir por no adorar á los ídolos , pues tambien esto era cosa indiferente. Se dexaba ó hacia adorar baxo de la figura de Júpiter , y á Selena baxo la de Minerva. Sus sacerdotes y adoradores vivian en la mayor disolucion , aplicados solo á la magia , sueños , y vanas observancias , para fomentar el amor impuro ¹. Menandro fue

¹ S. Iren. C.
Her. 1. c. 23.
al 20. S. Just.
Apol. 1. n. 26.

¹ S. Iren. C.
Hær. 1. 23.
al. 21. Tert.
de An. c. 50.

CDXLI
DE EBION, DE
CERINTO,

su principal discípulo : se suponía también enviado para salvar á los hombres, y aseguraba que su bautismo hacía á los hombres inmortales aun en este mundo ¹.

Ebion vivía en la Decápolis, quando en el año 66 los cristianos de Jerusalem se retiraron á Pella, pueblo de la montaña inmediata. Los ebionitas se gloriaban de este nombre, que significa *pobre*, pretendiendo imitar la santa pobreza de los que pusieron sus bienes á los pies de los apóstoles. Blasfemaban de San Pablo, como enemigo de la circuncision y de la ley, que juzgaban necesarias. Pretendian ser discípulos de San Pedro, y para atribuirle sus errores, corrompieron la relacion de sus viages que habia escrito San Clemente. Observaban el domingo, bautizaban, y consagraban la eucaristía; pero con agua sola en el cáliz. Decían que Dios habia dado el imperio de este mundo al demonio, y á Cristo el del siglo futuro : que Cristo era criado como uno de los ángeles, aunque el mas excelente : que JESUS habia nacido de Josef y de María sin ningun milagro; pero que despues por sus virtudes fué elegido para ser hijo de Dios, por medio del Cristo que baxó de lo alto en forma de paloma. Admittian el evangelio de San Matéo, pero sin la genealogía de Cristo, y truncado en otras partes. No admittian á los profetas, ni á toda la ley. Obligaban á todos sus sectarios aunque niños á casarse, y permitian la pluralidad de las mugeres ².

² S. Iren. 1.
c. 26. Euseb.
Hist. E. III.
c. 27. S. Epiph.
Hær. 29. 30.

Año 70.

En Asia enseñaba Cerinto errores muy semejantes. Según él, Dios ó la virtud soberana no tuvo parte en la fábrica del mundo, pues pretende que fué obra de una virtud separada inferior : ni en la direccion de los judíos, pues por su Dios pone un ángel. También blasfemaba como Ebion del nacimiento de JESUS : y decía que solo al tiempo de su bautismo habia baxado en él en figura de paloma el Cristo enviado por el Dios Soberano. El Cristo habia dado á conocer al Padre y hecho milagros; pero despues se habia retirado de JESUS al tiempo de la pasion : de suerte que solo JESUS habia muerto y resucitado, que-

dando el Cristo inmortal. Cerinto publicó un libro de una pretendida revelacion, en que despues de varias imágenes monstruosas paraba en asegurar, que pasada la resurreccion general habria un reyno terreno de Jesucristo, en que los hombres en Jerusalem gozarian de quantos placeres de la carne deseasen, pasando mil años en bodas y festines ¹.

Las impurezas y las virtudes celestes ó deidades intermedias, fueron tambien la materia de los errores de los Nicolaitas. Tomaron este nombre de Nicolas, uno de los siete primeros diáconos de Jerusalem. Tenia este una esposa muy bella; y como le reprehendiesen de que era zeloso, para justificarse la presentó á los fieles, diciendo que se casase con quien quisiese. Le era facil prever, que nadie la tomaría; y es claro que estuvo muy distante de aprobar la impureza, pues toda su vida no tocó otra muger que la suya: un hijo que tuvo guardó continencia; y sus hijas permanecieron vírgenes hasta la vejez ². Sin embargo el manifestarse pronto á dexar á su muger, y alguna expresion mal entendida, sirvieron de pretexto para que se cubriesen con su nombre algunos que despreciaban las reglas del matrimonio, y se abandonaban á toda suerte de impureza. Tales eran los nicolaitas, los cuales tampoco hacian escrúpulo de comer de las víctimas sacrificadas á los ídolos: decian que el Padre de Jesucristo no era el Dios criador: daban el nombre de Barbelo ó Prounicos á una que fingian madre de príncipes celestes, atribuyéndole acciones infames, que sirviesen para autorizar las suyas; y aplicaban un sin fin de nombres bárbaros á las potencias que fingian en cada cielo. Estos hereges se mantuvieron poco tiempo con este nombre ³.

Pero los mismos ó muy semejantes errores vemos desde el principio del siglo segundo de la Iglesia en varios sucesores de Simon, especialmente en tres discípulos de Menandro, á saber, Saturnino, Basílides y Carpócrates, al último de los cuales llama Eusebio autor de los Gnósticos ⁴. Saturnino admitia un solo Padre desconocido, ha-

¹ S. Iren. I. c. 26. al. 25. Eus. Hist. E. III. c. 28. & VII. c. 25.

CDXLII
Y DE LOS NICOLAITAS.

² Clem. Alex. III. Strom. II. 4

Año 70.

³ S. Iren. C. Her. I. c. 26. al. 27. Euseb. Hist. E. III. c. 29. S. Epiph. Her. 25.

CDXLIII
EN EL SEGUNDO VEMOS LAS DE SATURNINO,

⁴ Eus. Hist. E. IV. c. 7.

Año 120.

1 Iren. I. c. 24.
al. 22.CDXLIV
DE BASÍLIDES,
Y DE CARPÓ-
CRATES,

cedor de los ángeles, arcángeles, virtudes y potencias, y siete ángeles hacedores del mundo y del hombre, y rebeldes contra Dios Padre. Uno de estos era el Dios de los judíos, y para destruirle, el Cristo que era incorporeal, apareció con figura humana, para perder á los hombres de mala naturaleza, y salvar á los de buena, pues suponían que los ángeles habían criado hombres de dos naturalezas muy diferentes. Condenaba el matrimonio y la generacion, como inventadas por satanás, á quien suponía ángel contrario de los autores del mundo. Algunos de sus sectarios no comían nada que hubiese sido animado; y esta apariencia de austeridad engañaba á los sencillos. Saturnino era antioqueno, y enseñó en la Siria ¹.

Basilides, que era alexandrino, enseñó en Egipto; y pretendió haber inventado misterios mas elevados que Saturnino. Suponia al Padre sin origen, y que había producido á *Nous*, ó la Inteligencia: esta á *Logos* ó el Verbo: este á *Fronesis* ó la prudencia: esta á *Sofia* y *Dynamis*, ó la sabiduría y el poder: estos á las virtudes, príncipes y ángeles, los quales hicieron el primer cielo, y produxeron otros ángeles autores del segundo cielo: estos á los autores del tercero, y así seguidamente hasta tener trescientos sesenta y cinco cielos, ó tantos como dias el año. El Dios de los judíos era uno de los ángeles inferiores, y había reñido con los otros príncipes celestes. Por esto el Padre, ó Dios soberano, envió á *Nous* ó á su primogénito para librar al género humano del poder de los ángeles autores del mundo. Este *Nous* era el Cristo que se había dexado ver en figura de hombre, y se llamaba *JESUS*. Pero como tomaba la figura que queria, quando los judíos quisieron crucificarle, tomó la forma de Simon Cireneo que le ayudaba á llevar la cruz, y dió la suya á Simon, de modo que los judíos crucificaron á Simon, y *JESUS* se estaba burlando de ellos; pero luego se hizo invisible, y se volvió al Padre que le envió. De estas extravagancias concluían que no era menester adorar al crucificado, y así evitaban el martirio.

Disimulaban su creencia quando les importaba , teniendo por máxima conocer á los demas , y que nadie los conociese. Basílides , á imitacion de Pitágoras , hacia observar á sus discípulos cinco años de silencio ; y les encargaba tener secretos sus misterios , tratando á los demas hombres de puercos y perros á quienes no se han de comunicar las cosas santas. Decia que el alma era ahora castigada por los pecados de otra vida anterior : admitia la transmigracion de unos á otros cuerpos , y negaba la resurreccion de la carne. Enseñaba que en vez de combatir las pasiones , era menester obedecerlas , esto es , abandonarse á toda suerte de impurezas. Dividia el cuerpo humano en 365 miembros , y daba al Dios supremo el nombre de *Abraxas* , porque sus letras en griego hacen el número de 365 ¹.

Carpócrates era de Alexandría como Basílides , y tuvo muy semejantes errores. Segun él Jesucristo solo se distinguia de los demas hombres por sus virtudes : los ángeles hicieron el mundo , y para llegar á Dios , que está sobre todos , era menester haber cumplido con todas las obras del mundo , ó de la concupiscencia : de modo que el alma que le resiste , habrá de pasar á otro ú otros cuerpos , hasta haber cumplido en todo. De donde concluian que lo mas seguro era satisfacer luego esta deuda , cumpliendo con todas las obras de la carne. Así todas las deshonestidades no solo eran permitidas , sino mandadas , ni reconocian accion alguna que fuese en sí buena ó mala , diciendo que el ser bueno ó malo , era solo con respecto á la opinion de los hombres ².

Como los católicos llamaban *Gnósticos* ó *Nósticos* que significa sabios , ilustrados , ó iluminados , á los que eran mas perfectos cristianos : los discípulos de Carpócrates y Basílides se aplicaron este nombre , y á su imitacion otros hereges : de modo que baxo el nombre de *Nósticos* , vino á formarse como una secta general de los hereges que presumian de mas ilustrados , aunque tal vez defendiesen opuestos errores. Los nósticos solian detestar el ayuno , y

¹ S. Iren.
C. Her. I. c.
24. al. 23. S.
Epiph. Her.
24.

² S. Iren. I.
c. 25. al. 24. S.
Epiph. Her.
27.

CDXLV
EN CUYOS DIS-
CÍPULOS CO-
MENZÓ LA SEC-
TA DE LOS
NÓSTICOS.

en comida, baños y perfumes regalarse quanto podían. Tal vez oraban del todo desnudos en señal de libertad. Entre ellos las mugeres eran comunes; y se les atribuían abominaciones sacrílegas. San Epifanio habia visto en Egipto algunas reliquias de estas sectas, y pareciera increíble lo que refiere, si no se viese claro que estas heregias no eran mas que una mezcla de filosofía pagana con la religion, y no se supiese que muchos filósofos se gloriaban de no buscar sino el placer, y que entre los paganos, especialmente en Egipto, la disolucion habia llegado á lo sumo ¹.

¹ S. Epiph.
Her. xvi.
Clem. Alex.
Strom. III. n.
2. & al.

Una de las mayores extravagancias de los nósticos fué la mezcla del culto cristiano con la idolatría. Tenian imágenes de Cristo, junto con las de Pitágoras, Platon y Aristóteles, y á todas les daban el mismo culto que los paganos á los ídolos. Llegaron á consagrar altares y templos, y adorar como Dios á un hijo de Carpócrates llamado Epifanio. Su padre le habia instruido en las letras humanas, y filosofía de Platon; y aunque murió de diez y ocho años, habia compuesto un libro de la Justicia en que definia la de Dios: *Una comunidad con igualdad*; y pretendia probar que por ley natural y divina todo, sin ninguna excepcion, debia ser comun; y que la propiedad de bienes, y distincion de matrimonios solo se fundaban en leyes humanas ².

² Clem. Alex.
Strom. III. n.
2.

CDXLVI
ALGO DESPUES
FUERON NA-
CIENDO LAS DE
LOS VALENTI-
NIANOS CON
SUS EONAS,

Tambien se cuentan entre los nósticos los Valentianos ó sectarios de Valentino. Habia éste predicado la fe católica en Egipto y en Roma; mas en la isla de Chipre se pervirtió. Su talento y eloqüencia le hizo esperar el obispado; y habiéndole sido preferido otro por la prerogativa de mártir, ó de haber confesado la fe, irritado se volvió contra la Iglesia. Habia estudiado los autores griegos, especialmente la filosofía de Platon: así mezclando la doctrina de las ideas y los misterios de los números con la Teogonia de Hesíodo, y el evangelio de San Juan, que era el único que admitia, edificó un sistema muy ridiculo de religion sobre los fundamentos de Basíides y demas nósticos; en que disparató mas acerca de

Año 140.

las cosas de Dios, y vino á parar en la misma disolucion de costumbres. Por basa de su sistema fingió que eran personas los siglos de que en la Escritura se habla con frecuencia, y formaba una larga genealogía de *Eonas* ó *Aionas*, que es la palabra griega que significa siglo. Al principal éona le llamaba *Proon* ó preexistente, y *Bytos* ó profundidad; por compañero ó muger le daba *Ennoia* ó el pensamiento, al qual llamaba tambien *Caris* ó gracia, y *Sige* ó silencio. Despues de haber pasado muchos siglos, estos dos éonas solos y sin saber el uno del otro, se conocieron y engendraron á *Nous* ó á la inteligencia, hijo único de *Bytos*, y semejante á él: cuya hermana ó muger fué *Aleteia*, ó la verdad. *Nous* engendró á *Logos* ó al Verbo, y á *Zoe* ó la vida; y estos dos engendraron á otros dos éonas, á saber, *Antropos* ó el hombre, y *Ecclesia* ó la Iglesia. *Logos* y *Zoe* produxeron otros diez éonas ó cinco pares, y *Antropos* con *Ecclesia* seis pares, ú otros doce. Así tuvo treinta éonas, que formaron su *Pleroma*, ó plenitud invisible y espiritual. Le fué fácil hallar en la Escritura nombres para dar á sus éonas, y números iguales á los que entraban en su *Pleroma*: de la qual pretendia que habló San Pablo quando dixo, que en Jesucristo habita la plenitud de la divinidad ¹.

Hizo á *Nous* padre de otra pareja, á que daba el nombre de *Cristo* y de *Espíritu Santo*, quienes habian enseñado á los demas éonas á conocer y alabar al Padre. En fin todos los éonas con consentimiento del Padre, del *Cristo* y del *Espíritu Santo*, formaron á *JESUS* ó al Salvador, contribuyendo cada uno con lo mejor que tenia; de modo que *JESUS* era como la flor del *Pleroma*, y podia tomar todos los nombres de los éonas, especialmente los de *Cristo* y *Espíritu Santo*. Este Salvador no tenia nada de material: solo estaba unido con un cuerpo animal invisible é impasible. Solian añadir que el autor del mundo habia producido otro *Cristo* de su propia naturaleza: el qual habia pasado por *María*, como el agua por un canal: y que el Salvador salido del *Pleroma* habia des-

I Colos. II.
v. 9.

CDXLVII

cendido al otro Cristo al tiempo del bautismo ; pero que se habia retirado quando fué presentado á Pilatos, de modo que el que padeció fué solo el Cristo animal. Extendieron su fábula á la produccion del mundo. El último éona, decian, quiso salir del *Pleroma*, y el esfuerzo que hizo produjo una substancia espiritual flaca é informe, á la qual dió los nombres de *Entymesis*, *Acamot* ó *Hacamat*, que en hebreo significa sabiduría en plural. Por varios incidentes de *Acamot*, nació *Demiurgos* ó el artífice, al qual hizo autor ó Dios de todo lo que era fuera del *Pleroma*.

De tan ínfima calidad fingió Valentino al autor del mundo, añadiendo que hizo siete cielos : que no conocia las cosas espirituales : que se creía Dios único ; y que produjo al *Cosmocrátor*, ó Príncipe de este mundo, esto es, al diablo y espíritus malignos, formados de la tristeza de *Acamot*. Al *Cosmocrátor* le ponía en este mundo : á *Demiurgos* sobre los siete cielos : á *Acamot* en una region superior : y al *Pleroma* en lo mas elevado. Entre *Demiurgos* y *Acamot* hicieron tres especies de hombres : carnales é materiales, que nunca se salvarán, hagan lo que quieran : *psychicos* ó animales, en cuya clase ponian á los católicos, que no pueden salvarse, sino con la fe y con las obras : y espirituales, que son buenos por naturaleza, y la gracia no puede faltarles. De estos principios sacaban que las obras solo interesaban á los *Psychicos* : pues á los materiales de nada les servian las buenas, y las malas en nada dañaban á los espirituales, entre quienes se contaban. Somos, decian, como el oro que nada pierde en el lodo. Por esto sin reparo asistian en las fiestas de los paganos, comian de las víctimas, y freqüentaban los espectáculos, aun los de los gladiadores. Algunos se abandonaban sin freno á los excesos mas infames, diciendo que se habia de dar á la carne lo que tocaba á la carne, y al espíritu lo que tocaba al espíritu. Trataban á los católicos de ignorantes, porque temian los pecados de palabra y de pensamiento ; y de locos, porque su-

frian los tormentos y el martirio. Á los que no eran de su secta, como á profanos, les ocultaban con gran secreto sus máximas y misterios. Los que querian entrar habian de pasar muchas puertas, y tirar muchas cortinas, ántes de llegar al santuario: esto es, sus doctores se hacian rogar, y tal vez pagar para descubrir su doctrina. De los que se iniciaban en aquellos misterios, ó entraban en la secta, unos celebraban un matrimonio espiritual, que representaba la union de los éonas: otros eran bautizados con agua é invocaciones extrañas: á otros los ungian con aceite y bálsamo; y otros tenian por superflua toda ceremonia sensible ¹. Valentino fué á Roma en el pontificado de Higino, y estuvo hasta el de Aniceto ².

Hubo despues tres sectas de valentinianos, de poca gente, y mucha extravagancia. Los *setianos*, que querian que Jesucristo fuese el mismo Set: los *cainitas*, que tenian por santos á Cain, á los sodomitas, y á quantos la Escritura condena, especialmente á Júdas el traydor: y los *ofitas*, que creían que la sabiduría se habia hecho serpiente ³. Mas famosos fueron los *secundianos*, y *tolemaitas*, ó discípulos de Secundo y Tolemeo, que añadieron algunos éonas á los de Valentino ⁴: los *heracleonitas* ó sectarios de Heracleon, que añadian especiales supersticiones con los cadáveres ⁵; y los *marcosios* ó discípulos de Marco, con los de Colarbasio, tambien valentiniano, que entre otras ridiculeces afirmaban que toda la perfeccion de la verdad estaba en el alfabeto griego, y que por esto Cristo era el alfa y omega. Marco era famoso en la magia, y tenia fama de hacer milagros, especialmente con mugeres ricas y nobles. Despues de pomposas ceremonias y palabras, hacia sobre la que intentaba seducir varias misteriosas invocaciones, y le decia: Abre la boca, dí lo que te ocurra, y profetizarás. La muger seducida, palpitándole el corazon, decia algo que pasaba por profecía: muchas se le aficionaban con exceso, y las mas se rendian á sus deshonestos hechizos. Aí lo confesaron algunas que se convirtieron, y pasaron lo res-

¹ Tert. *Adv. Valent.* c. 1.

² 7. &c. S. Iren. 1. c. 1. s.

³ S. Iren. III.

c. 4.

CDXLVIII

⁴ S. Iren. I.

c. 30. 31. al 34.

35. S. Epiph.

Her. 37. 38.

39.

⁵ S. Epiph.

Her. 32. 33.

⁶ *Idem Her.*

36.

tante de la vida en penitencia. Sus discípulos, de que hubo bastantes en las Galias junto al Ródano, se tomaban el nombre de *perfectos*, y decían que tenían libertad para todo ¹.

Con los marcosios suelen juntarse los *ascodroutas*, ó *arcónticos*, así llamados, por fingir siete cielos, y en cada uno su *arcón* ó príncipe. Decían que la redención se completa con el conocimiento: así no admitían bautismo, ni sacramento alguno. Negaban la resurrección: fingían dos nuevos profetas, Marciades y Marciano, y vivían en soledad. Estos, y otros que conservaban el nombre de valentinianos, se habían apartado mucho de la doctrina de Valentino, que todos los días tomaba formas diferentes ².

En el mismo pontificado de Higinio fué á Roma otro herege llamado Cerdon ³. Sus principales errores fueron admitir dos dioses ó principios, bueno y malo: hacer á este autor del mundo y de la ley: negar la resurrección del cuerpo; y fingir que Jesucristo no había nacido ni muerto en realidad, sino en apariencia. Solo admitía el evangelio de San Lúcas, y aun truncado ⁴. Con este se unió Marcion, cabeza de los *marcionitas*, que fué una de las sectas mas notables. Era hijo de un obispo católico de la provincia del Ponto: corrompió una virgen: su padre le echó de la iglesia, y no quiso admitirle aunque pedía perdón. Se fué á Roma: presentóse á algunos ancianos presbíteros, que eran discípulos de los apóstoles; pero le dixeron, que sin permiso de su padre no podían admitirle. Y entónces arrastrado de su orgullo é indignacion les dixo: Pues yo pondré en vuestra Iglesia una division eterna. Admitió luego dos principios bueno y malo: el Dios bueno era invisible, y sin nombre: el malo criador del mundo, y Dios de los judíos. Ambos dioses prometieron enviar á Cristo: el que vino era del dios bueno: el otro aun no ha venido. Marcion desechaba el antiguo Testamento, y escribió un libro intitulado *Antiteses*, ó contradicciones de la ley con el evangelio:

¹ S. Ireu. 1.
c. 11. 12. 13.
Tert. adv. Va-
lent. c. 4. s.
De Præsc. c.
49.

²Theod. Her.
Fab. 1. c. 11.
& 13. S. Epiph.
Her. 40.

CDXLIX

LA DE LOS
MARCIONI-
TAS,

³S. Cypr. Ep.
74. ad Pomp.

Año 140.

⁴ S. Epiph.
Her. 41.

Año 150.

Decía que Jesucristo al bajar á los infiernos, no había salvado á Abel, y demás justos amigos del Dios de los hebreos, sino á Cain, á los sodomitas, egipcios y demás enemigos suyos. Como suponía que la materia, y por consiguiente la carne, era obra del Dios malo, negaba la resurrección, condenaba el matrimonio, y solo bautizaba á los que prometían continencia. Sus sectarios no comían carne, ni bebían vino: en el sacrificio solo usaban de agua: se exponían á la muerte con pretexto del martirio, y en odio de la materia ó cuerpo de que querían desprenderse. Esta heregia tuvo muchos sectarios en varias provincias, y por algunos siglos.

Entre los discipulos de Marcion se distinguió Apeles, que despedido de su maestro por un pecado de incontinencia, huyó á Alexandría. Allí admitió un solo principio, autor de cierta virtud, que hizo este mundo á imitación de otro mucho mejor. Decía que Jesucristo ni tenía verdadera carne, ni el cuerpo aparente que le daba Marcion, sino un cuerpo celestial y aéreo, que formó al bajar del cielo, y volvió á dexar al subirse. En lo demás negaba también la resurrección de la carne, y seguía á su maestro. Tenia algunos escritos que llamaba *faneroses*, ó revelaciones, y eran necedades de una mugerzuela llamada Filumena, á quien tenía por profetisa. Apeles vivió mucho, y en su vejez pareció muy grave y severo. Rodon, doctor católico, en una disputa le convenció en algunas cosas.

Comenzó la heregia de Marcion hácia la mitad del siglo segundo; y unos veinte años despues, ó el ciento setenta y quatro de Cristo³, tuvo principio otra secta de las mas famosas de los primeros siglos. Montano, eunuco y neófito, estaba en la Misia cerca de la Frigia quando poseído del demonio, ó solo por ambicion de mandar, empezó á hacer el papel de inspirado del Espíritu Santo. Escribió varios libros: fingió muchas profecías con los nombres de Barcabas, Bareof, y con otros bárbaros, para conmover á las gentes. Hablaba contra la tradicion y cos-

¹ Tert. *Adv. Marc.* 1. S. Epiph. *Hær.* 42. S. Iren. 1. c. 27. al. 29.

CDL
CON LA DE
APELES,

² Tert. *Præs-cr.* c. 6. 30. S. Epiph. *Hær.* 44. Eus. *Hist. E.* v. c. 13.

CDLII
IA DE MON-
TANO CON SUS
PROFETISAS,

³ Eus. *Chron.* an. 174.

tumbres de la Iglesia : con todo no dexó de haber muchos que le creyeron verdadero profeta. Uniéronsele Prisca ó Priscila, y Maximila, mugeres nobles y ricas, que como llenas del espíritu de Montano, hablaban como él de un modo extraordinario. Atraían las gentes, ya con grandes promesas : ya declamando contra los vicios, y pretendiendo adivinar los de los oyentes : ya tambien por la liberalidad con que socorrian á los necesitados, al paso que admitian quanto se les daba. Los principales errores de los *montanistas* fueron imaginarse que Dios, no habiendo podido salvar á los hombres por Moysés y los profetas, ni tampoco por medio de su Hijo Jesucristo, enviaba al Espíritu Santo, que ya Jesucristo prometió, y venia ahora en Montano, Priscila y Maximila. Así pretendió enseñar una moral mas perfecta que la de los apóstoles. Prohibió las segundas nupcias : permitió disolver el matrimonio : añadió dos quaresmas á mas de la apostólica : mandó que en la persecucion nadie huyera, ántes bien se ofreciesen al martirio : casi nunca concedió la penitencia á los pecadores.

Las costumbres de los montanistas distaban mucho de la severidad de sus máximas. Apolonio, autor eclesiástico de aquel tiempo, les objetaba la avaricia de sus profetisas, las contribuciones que exígian de sus sectarios, las pingües pensiones que daban á sus predicantes, varios excesos de los que eran mas alabados, y añadía : *Si niegan que sus profetas reciben muchos regalos, confiesen á lo ménos que esto no es de profetas, y nosotros probaremos con mil testigos que lo hacen. ¿ Es propio de un profeta pintarse el pelo, y sobrecejas? ¿ Es cosa de profeta usar vestidos costosos y brillantes? ¿ Jugar á los dados, y prestar á usura? Digan ellos si estas cosas son lícitas: yo probaré que ellos las hacen.* Los fieles de la Asia se juntaron en muchos lugares para exáminar estas pretendidas profecías. Hallaron que Montano, habiendo comenzado con ignorancia voluntaria, habia caido en una locura involuntaria, y que era arrastrado de un ímpetu violento:

lo que no se había visto jamas en ningun profeta del antiguo, ni nuevo Testamento. El éxito declaró falsas muchas de las profecías de los montanistas: todas en general fueron declaradas profanas, su heregía condenada, y sus sectarios descomulgados y arrojados de la Iglesia. Con todo esta heregía duró bastante, y se le dió el nombre de *catafrigas*, ó segun los frigios. Dividióse en varias sectas, especialmente en las de Próculo, de Esquines, de Quintila, y de los *tascodrogitas* ó *pasalorinquités*, que oraban con el dedo en la boca, en señal de silencio.

Taciano despues de haber defendido á la Iglesia contra los gentiles, la persiguió como herege. Hizo una mezcla de varios errores de Valentino, Marcion y Saturnino, y los enseñó en Dafne junto á Antioquia, en Cilicia y en Pisidia. Sus secretarios se llamaron *enkratitas* ó continentés, porque alababan la continencia, hasta tratar de exceso de corrupcion al matrimonio, y el comer carne, y beber vino. Se llamaron tambien *hidroparastas* ó *aquarios*, porque en la eucaristía ponian en el caliz agua sola. Taciano unió los quatro evangelios en una especie de concordia, que llamó evangelio de quatro, ó *Diatessaron*; pero quitó las genealogías, y todo lo que convence que nuestro Señor nació de David segun la carne³. Severo avivó los errores de Taciano, y sus discípulos tomaron su nombre, llamándose severianos. Unióse con Taciano un discípulo de Valentino, llamado Julio Casiano, el qual fué cabeza de los *docitas*, que daban á Jesucristo un cuerpo fantástico ó aparente⁴.

Hermógenes fué pintor y filósofo. Quiso unir la doctrina de la Iglesia, que reconoce una primera causa espiritual que lo ha hecho todo, con la materia eterna é increada de los estóycos. Si Dios, decia, hubiese criado el mundo de la nada, seria el autor del mal. Pero formándole de una materia eterna, como esta resiste á la bondad del Sér supremo, ella es el origen de los dolores que padecemos, de las pasiones que nos dominan y de todos los monstruos y males del universo. De la materia

¹ Eus. Hist. E. v. c. 16. 17. Vid. Tert. de Præscr. c. 52.

² S. Epiph. Her. 48.

CDLII
IA DE TACIANO
CON SUS
CONTINENTES:

Año 175.

³ Eus. Hist. E. iv. c. 29. S. Irén. i. c. 28. al. 30. S. Epiph. Her. 46. 47. Clem. Alex. ii. Pedag. c. 2.

⁴ Eus. Hist. E. iv. c. 29.

CDLIII
Y LAS DEL
PINTOR HER-
MÓGENES, Y
DEL CURTIDOR
TEODOTO.

Año 180.

hizo salir á los demonios; y parece que decia tambien, que serian otra vez convertidos en ella, y que el cuerpo de Jesucristo estaba en el sol. En África tuvo por discípulo á Nigidio. Seleuco y Hermias defendieron en Galacia el mismo error de la materia eterna; y añadian que el alma del hombre es de fuego y ayre, criada por los ángeles ¹.

Teodoto de Bizancio era de oficio curtidor; pero muy instruido. En la persecucion apostató: después avergonzado huyó á Roma: fué tambien conocido, y reconviéndole algunos, cómo siendo tan sabio habia abandonado la verdad, empezó á decir, que no habia negado á ningun Dios, sino á Jesucristo, que no era mas que hombre. Siguióle Artemon y otros, á quienes se dió el nombre de *alogos* ó sin Verbo, porque negaban que el Verbo se hubiese encarnado. Uniósele otro Teodoto, cambista de profesion, el qual añadió el error de que Jesucristo era inferior á Melquisedec, y que este era una virtud celeste, mediador de los ángeles, como Jesucristo de los hombres. De aquí nació la secta de Melquisedequianos ².

Los *alogos* no hacian mas que renovar y extender los errores de Cerinto y Ebion. Pero Praxeas natural de la Frigia fué á Roma, para publicar una heregía del todo nueva. Enseñó que Dios Padre omnipotente era el mismo Jesucristo crucificado: de manera que á sus sectarios se les llamó *monárquicos*, porque no admitían en Dios sino una persona, y *patropasianos*, porque atribuían al Padre la pasion y la cruz ³. El mismo error defendió en oriente Noeto, natural de Esmirna. No queria distincion entre las Personas divinas: una misma era Padre, era Hijo, y era visible y pasible quando y como queria ⁴. Hácia la mitad del siglo tercero extendia Noeto sus errores. Por el mismo tiempo parece que algunos árabes quisieron formar una secta de eunucos, con el error de que no servia dignamente á Dios quien no se cortase los miembros que podian serle ocasion de escándalo ⁵. Otros árabes en-

¹ Tertul. in Hermog. c. 1. s. Philostr. de Her. 11.

² Eus. Hist. E. v. c. 28. S. Epiph. Her. 54. Theodor. Her. Fab. 11.

³ 7.
CDLIV
EN EL SIGLO
TERCERO EN-
TRETROPRESER-
RORES, NACE
EL DE LOS SA-
BEBIANOS Y
PAULIANIS-
TAS,

⁴ Tert. Præs. c. 53.

⁵ S. Epiph. Her. 57.

S. Epiph. Her. 58. S. Aug. de Her. n. 37.

señaron que el alma muere con el cuerpo , y que ámbos después resucitarán ¹. Y aun entónces tomó cuerpo la secta de los Helcesaitas , que admitiendo solo algunos libros truncados de uno y otro Testamento , tenían un libro que pretendian baxado del cielo , y que quien creía en él , recibia el perdon de los pecados independiente de Cristo. Tambien defendian que bastaba creer bien de corazon , aunque la boca en caso de necesidad blasfemase , y negase la fe ². Estos errores los habia defendido en tiempo de Trajano un tal Elxai , quien mas debè contarse entre los hereges de los judíos , que de los cristianos ; pues aunque decia que Cristo era el gran rey , no declaraba si era este nuestro Señor Jesucristo , ú otro Cristo que aun hubiese de venir ³.

No vemos que estas últimas sectas causasen muchos estragos en la Iglesia ; pero los causaron sin duda los *sabelianos* , los *paulianistas* , y sobre todo los *maniqueos* , cuyo origen se ha de colocar en la última mitad del siglo tercero. Sabelio discípulo de Noeto no hizo mas que propagar y defender los errores de su maestro y de Praxeas sobre la Trinidad. Decia que Padre , Hijo y Espíritu Santo , no era mas que una persona con tres nombres , que no denotaban mas que tres varios efectos ó atributos de Dios : al modo que la figura , la fuerza de iluminar y la de calentar no hacen mas que un cuerpo solar ; y el alma , el espíritu y el cuerpo no hacen mas que un hombre.

Pablo de Samosata , hecho obispo de Antioquia por los años de 259 , empezó á explicarse muy baxa é indignamente de Cristo , como si no hubiese tenido mas que la naturaleza comun de los hombres. Con esto lisonjeaba á Zenobia reyna de Palmira , que era judía de religion ; y para aficionarla á la doctrina de los cristianos , no le enseñaba de Jesucristo sino lo que ella podia fácilmente creer. Por otra parte el fausto y arrogancia de Pablo en trénes y trato , eran mas de un gobernador secular , ó de un intendente de tributos , que de un obispo ; y sus cos-

¹ Eus. Hist.
E. VI. c. 37.

² Id. VI. c. 38.

³ S. Epiph.
Her. 30. n. 17.

S. Epiph.
Her. 30.
c. 17.

Año 259.

CDLV

Año 269. tumbres mas de gentil que de cristiano. Por uno y otro fué juzgado en distintos concilios, y por fin depuesto en uno muy numeroso, como se dirá despues ¹. Á pesar de esta sentencia, se mantuvo Pablo algunos años en la casa episcopal, protegido por Zenobia, que tenía entónces mucho poder é influxo en oriente. Mas en fin se desengañó la reyna; y los obispos católicos acudieron al emperador Aureliano, quien mandó que la casa se diese á aquel, por quien estuviesen el obispo de Roma, y los demas prelados cristianos de Italia ². Su principal error fué, que el Hijo de Dios no era ántes que María, sino que de ella habia recibido el principio de su sér, y de hombre habia llegado á ser Dios ³. De aquí se siguió el decir que Cristo, y el Verbo ó sabiduría del Padre eran dos personas, y aun dos hijos de Dios: porque Cristo solo lo era por beneplácito, y en el tiempo; mas el Verbo por naturaleza, y ántes de los siglos. Y aun parece que erró tambien con Sabelio en órden á la distincion de las Personas divinas ⁴. Á esto se reducía la secta de los paulianistas.

¹ Eus. Hist. E. VII. c. 30. et Vales. *ibid.*

² S. Athan. De Syn. 2^o

⁴ S. Epiph. Hæv. 65.

CDLVI

Y LA TERCI-
BLE SECTA DE
MANIQUÉOS,

La de los maniquéos, que tanto ruido habia de mover en la Iglesia, tuvo muy oscuros principios. Escitiano de nacion sarraceno, de profesion filósofo aristotélico, ni judío, ni cristiano, compuso en Alexandria quatro libros, en que defendía el error de los dos principios, y los intituló, al primero *el evangelio*, al segundo *de los capitulos*, al tercero *de los misterios*, y al quarto *de los tesoros*. Aunque llamó evangelio al primero, nada decía de Cristo, ni de los cristianos. Heredó sus libros y riquezas su discípulo Terbinto, que pasó á la Judéa, y de allí á la Persia, para introducir sus errores, y hacerse cabeza de partido; pero fué desechado y condenado en todas partes. Despues de su muerte la viuda y heredera compró un jóven esclavo llamado Cubrico, le adoptó por hijo, y le hizo instruir en las ciencias de los persas, entre cuyos sabios se hizo famoso. Murió la viuda, dexando sus libros, y bienes á Cubrico, el qual viéndose libre y rico, quiso tambien mudar el nombre, y tomó el de *Manes*, que

en persa significa eloqüente y fuerte disputador. Estando enfermo el hijo del rey de Persia, ofreció curarle, fiado en prestigios, ó en su conocimiento de la medicina. Mas el enfermo murió, y el rey irritado mandó poner á Manes en la cárcel. Estando preso envió algunos discípulos suyos á los que hacian copias de los libros sagrados para los cristianos, y fingiendo serlo, los compraron; y él se dedicó enteramente á su estudio.

Entónces parece que formó el designio de unir el sistema de los dos principios con la Escritura, valiéndose de nombres usados en ella, y de algunos textos truncados, para hacer partido entre los cristianos, que eran los mayores contrarios de su filosofia. Pudo despues escaparse de la cárcel: huyó á Mesopotamia; y sabiendo que en Cáscara habia un cristiano llamado Marcelo, de muy exemplar virtud, y que hacia grandes limosnas, intentó ganarle para atraerse aquellos pueblos. Escribióle, suponiéndose enviado de Jesucristo á mejorar al mundo: alababa su piedad, y se compadecia de que su fe no fuese conforme á la verdadera doctrina: intentaba probar que el bien y el mal no pueden venir de un mismo principio, y manifestaba deseos de visitarle. En respuesta le convidó Marcelo, y habiendo acudido, se acordó una disputa ó conferencia pública de Manes con el obispo Arquelao, tomando por jueces á algunos paganos. Manes quedó convencido; y confuso se retiró á una aldea: allí tuvo otra disputa, que comenzó un sacerdote llamado Trifon ó Diodoro, y continuó el mismo Arquelao obispo, que llegó despues. Manes quedó tambien vencido: el pueblo queria apedrearle; y aunque pudo huir, cayó en manos de los guardas del rey de Persia, quien para vengar la muerte de su hijo, le condenó á quitarle el pellejo con una punta de caña; y el cadáver fué arrojado á los perros. Tan infelizmente acabó el famoso Manes. Entre sus muchos discípulos, distinguió á doce, á quienes dió el nombre de apóstoles, teniendo por principales á tres. Tomas, que era uno de estos, escribió un evangelio: Adimanto un

Año 280.

Año 290.

S. August.
Her. 46.

CDLVII

QUE A SU ER-
ROR DE LOS
DOS PRINCI-
PIOS AÑADIE-
RON OTROS, Y
MUCHO DES-
PRECIO DE LA
FE EN LO QUE
ES SUPERIOR Á
LA RAZON:

libro contra la ley y los profetas : y Leucio ó Seleuco, unas actas con nombre de los apóstoles, y un librito del nacimiento de la santa Virgen. Y otros discipulos de Manes fingieron varias actas con nombre de San Andrés, de San Juan, de San Pedro y de San Pablo.

El principal error de los maniqueos era admitir dos principios eternos y opuestos : al bueno le llamaban príncipe de la luz, al malo príncipe de las tinieblas. Aplicaban al principio ó Dios bueno los nombres de Padre, Hijo y Espíritu Santo. Decían que el Padre habitaba en la luz principal ó inaccesible : el Hijo como virtud en el sol, y como sabiduría en la luna ; y el Espíritu Santo en las regiones del ayre. Por luz y tinieblas entendían dos inmensas moles de substancias corporales buena y mala, que habiendo estado infinitos siglos separadas, aunque inmediatas, en fin por la inquietud de la mala substancia ó de las tinieblas, algunos elementos ó partes suyas habian entrado en las fronteras de la luz, ó substancia buena, y en el choque y combate se habian mezclado algo, resultando de la mezcla este mundo. Muchos maniqueos no tenían ninguna idea de cosa inmaterial ó espiritual, y para ellos el Dios bueno era esta misma masa grande de substancia buena, que llamaban luz, y de que habia algunas partículas esparcidas por este mundo, las cuales habian de ir separándose de la substancia de las tinieblas, para pasar por el Espíritu Santo y el Hijo hasta al Padre : esto es, por el ayre llegar á la luna, de allí al sol, y de allí á la luz inaccesible mas elevada. Suponian los maniqueos que la carne pertenecía á la substancia mala ; y de aquí nacían entre otros, los errores de que Cristo solo tuvo carne aparente : de que el cuerpo no ha de resucitar ; y de que se ha de impedir toda procreacion de hijos.

Detestaban el antiguo Testamento, que desde las primeras líneas, en que habla de la creacion del mundo, es tan contrario á sus ideas. Al modo que creían necesarios dos principios, para hallar causa de los bienes y de los

males del mundo : tambien ponian en el hombre dos almas , la una causa de todas las acciones y cosas buenas , y la otra de todo lo malo que padece ó hace. La buena era parte de la substancia de la luz , en la qual habia de refundirse ; pero fingian que ámbas obraban por necesidad , pues negaban al hombre el libre albedrío. Los maniqueos se dividían en dos clases : escogidos ó electos, que afectaban mucha austeridad de vida ; y oyentes, que de nada se abstentian. Una de sus principales máximas era declamar contra la necesidad y la utilidad de la fe. Decian que era demasiado terrible la autoridad con que los católicos mandan creer lo que no se entiende : que solo con la sencilla razon debia procurarse ilustrar y guiar á Dios á los que quisiesen oír, desengañándolos de sus errores ; y que por esto ellos á nadie precisaban á creer una verdad, hasta haberla disputado y explicado. Estos son los principios mas generales de los maniqueos : en los cuales hicieron con el tiempo varias mutaciones, y sobre los cuales apoyaron muy ridiculas extravagancias y detestables costumbres ¹.

La última heregía , que vemos nacer en la Iglesia en los tres primeros siglos , es la de los *hieracitas*. Hierax ó Hieracas, su autor, era egipcio : estaba muy instruido en las ciencias de los griegos y egipcios , y hablaba muy bien una y otra lengua. Negó la resurreccion de la carne : dixo que el matrimonio solo fué lícito en el antiguo Testamento ; pero que ahora la continencia es aquella santificación , sin la qual nadie verá á Dios : que los niños que mueren ántes del uso de la razon no pueden salvarse , porque nadie alcanzará la corona , sino quien hubiere peleado ; y que Melquisedec fué el Espíritu Santo. Fundaba principalmente estos errores en un libro apócrifo llamado la *subida de Isaías*. Se abstenia de las comidas mas comunes : no bebia vino , ni queria entre sus discipulos sino vírgenes , viudos y continentes. Esta austeridad de vida y de doctrina le atraxo sectarios, especialmente de los que en Egipto llevaban la vida ascética. Compuso va-

Her. 66. Act.

Archel. v. S. August. De util. cred. c. 1. s. De duab. Anim. c. 1. s. Ceill. T. III. c. 19.

I S. Epiph. Her. 66. Act. Archel. v. S. August. De util. cred. c. 1. s. De duab. Anim. c. 1. s. Ceill. T. III. c. 19.

EDLVIII
EN FIN AL
TIEMPO DE LAS
PERSECUCIO-
NES PERTENE-
CE EL ERROR
DE LOS HIE-
RACITAS,

Her. 66. Act. Archel. v. S. August. De util. cred. c. 1. s. De duab. Anim. c. 1. s. Ceill. T. III. c. 19.

EDLVIII
EN FIN AL
TIEMPO DE LAS
PERSECUCIO-
NES PERTENE-
CE EL ERROR
DE LOS HIE-
RACITAS,

¹ S. Epiph.
Her. 67.

CDLIX

Y LOS CISMAS
DE NOVATO Y
NOVACIANO,

Año 251.

rios libros y cánticos : vivió mas de noventa años , manteniéndosele la vista clara , y la mano robusta para escribir ¹. De esta manera el demonio , despues de haber apurado con tan varias heregias todos los medios de atraer al error , lisonjeando á las pasiones sensuales , se vale tambien de una severidad excesiva , para seducir á las almas mas exercitadas y aficionadas á mortificar las pasiones.

La austeridad de la disciplina de la Iglesia habia servido ántes de pretexto á Novaciano para introducir el cisma ó la division entre los fieles de Roma. Fué este un nuevo género de persecucion , de que vamos á dar alguna noticia , comenzando desde su origen.

En tiempo de San Cipriano habia en Cartago un presbítero llamado Novato , hombre inquieto , amigo de novedades , y sospechoso en la fe : presuntuoso , avaro , lisonjero , sedicioso , enemigo de la paz. Ademas de otros delitos habia defraudado parte del tesoro de la iglesia : habia dexado morir de hambre á su propio padre , y de un puntapié habia hecho abortar á su muger. El pueblo clamaba que se le castigase , y el clero iba á deponerle y descomulgarle. Pero pocos dias ántes del en que habia de darse la sentencia , comenzó la persecucion de Decio , y los obispos no pudieron juntarse. Novato para prevenir la sentencia , se separó de San Cipriano , y procuró atraer á otros. Iba de acuerdo con Felicísimo , enemigo del prelado , y sin permiso ni noticia de este le hizo ordenar diácono. Felicísimo era tan travieso como el mismo Novato : los dos procuraron atraer á los que estaban disgustados de la justa severidad de San Cipriano , y con cinco presbíteros , y algunas gentes del pueblo erigieron altar contra altar , y tuvieron sus juntas en una montaña ² : de donde pudo venir á estos cismáticos el nombre de *montañeses* ó *montarazes*.

CDLX

³ Despues n.
513.

San Cipriano desde el retiro en que le tenia la persecucion , dió varias providencias para atajar el cisma ³. Pero Novato pasó el mar : se fué á Roma : se unió con Novaciano , á quien se da tambien muchas veces el nombre

de Novato ; y así como en África declamaba contra el santo rigor con que se prolongaba la penitencia á los apóstatas : en Roma declamó contra la facilidad de concedérsela. Novaciano habia sido filósofo estóyco famoso por su elocuencia : estuvo mucho tiempo poseído del demonio , y habiéndole librado los exórcistas católicos , abrazó la fe. Cabalmente enfermó de cuidado , por lo que se le bautizó en la cama por aspersion. Recobrada la salud , no cuidó de suplir las ceremonias del bautismo , ni de recibir la confirmacion , ó el sello del Señor de mano del obispo. Y aunque las leyes de la Iglesia prohibian ordenar á los bautizados en cama ó *clínicos* , el papa dispensó con él , y le ordenó sacerdote. Pero habiendo sido elegido San Cornelio por sucesor de Fabiano en la iglesia de Roma , Novato y Novaciano publicaron contra él varias calumnias , y se separaron de su comunión : llegando Novaciano al extremo de hacerse ordenar obispo de Roma , como si la silla hubiese estado vacante.

Para tan horrendo atentado , sorprendió con falsos pretextos á tres obispos sencillos , de pueblos pequeños y retirados de la Italia : los hizo pasar á Roma , y teniéndolos ocultos como presos , una tarde despues de haberlos hecho comer y beber con excés , los obligó á imponerle las manos , y ordenarle obispo de aquella capital. Siguiéronle en el cisma algunos confesores , á quienes engañó el aparente zelo con que declamaba contra la facilidad de dar la penitencia á los que en la persecucion habian apostatado. Muchos luego se desengañaban y le abandonaban ; pero procuró contenerlos con un terrible juramento. Al dar la eucaristía decia á todos de uno en uno : Júrame por el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo , que no te separarás de mi partido , ni volverás á Cornelio. El infeliz respondia con imprecaciones contra sí mismo , si le abandonaba. Entónces Novaciano le daba el pan , y el otro en vez de responder *Amen* , decia : No volveré á Cornelio. No contento con esto el antipapa , escribió á todas las iglesias , para hacerles saber su ordena-

¹ Eus. *Hist.*
E. VI. c. 43.

cion : envió diputados á algunas ¹; pero no fueron muchas las que le creyeron, y los confesores y fieles de Roma casi todos se reconciliaron luego con San Cornelio.

CDLXI

Al cisma añadió Novaciano el error de que la Iglesia no podía absolver y volver á admitir á los que durante la persecucion habian sacrificado, por mas penitencia que hiciesen, quedando reservado á Dios el perdon. Sus sectarios extendieron este error á todos los pecados, diciendo que despues del bautismo no es lícita la penitencia: que la Iglesia no puede perdonar el pecado mortal; y que dexa de ser Iglesia si admite á los pecadores. Condenaban tambien las segundas bodas: y se tomaron el nombre de *cátaros* ó puros, afectando pureza, aun en el vestido, que solian usar blanco ². Algunos pretendieron que Novaciano habia muerto por la fe; pero San Paciano lo niega ³, y San Eulogio á fines del siglo VI. probó que eran falsas las actas que corrian de su martirio ⁴.

² Socr. *Hist.*
E. VI. c. 20.
S. Patian. *Ep.*
III. ad *Sympr.*
n. 1.

³ S. Patian.
Ep. II. ad
Sympr. n. 14.
⁴ *Vid.* Phot.
Cod. 280.

Por una carta de San Cipriano sabemos que el cisma y el error de Novaciano inficionaron tambien alguna iglesia de las Galias. Marciano obispo de Arles negaba la paz ó reconciliación á los penitentes, habiendo dexado morir á muchos en este estado. Léjos de conformarse con la práctica de los demas obispos de las Galias, se gloriaba de haberse apartado de su comunión, para unirse con Novaciano. Faustino de Leon de Francia y los demas obispos de la provincia lo hicieron presente al papa San Estéban. Faustino escribió tambien á S. Cipriano, quien en consecuencia escribió á San Estéban, instándole eficazmente que escribiese á los obispos de la provincia, y al pueblo de Arles para que fuese depuesto Marciano, y substituido otro en su lugar ⁵. No sabemos la providencia que dió San Estéban; mas es regular que Marciano fuese depuesto y descomulgado; pues su nombre no se encuentra en las antiguas diptícas de aquella Iglesia ⁶.

⁵ S. Cypr.
Ep. 67.

⁶ *Vid.* Mabill.
Anac. Tom.
III.

Durante las persecuciones, á mas del cisma de Novaciano, comenzaron el de los *melecianos* y el de los *do-*

natistas; pero como sus mayores estragos fueron posteriores á la paz de Constantino, de ellos hablaremos despues. Ahora para acabar de ver los trabajos de la Iglesia en la primera época, demos una vista rápida sobre los vicios que entónces dominaban entre los fieles.

ARTÍCULO II.

Vicios y virtudes de los primeros cristianos.

Va en tiempo de los apóstoles se vió que la Iglesia, solo en la gloria será inmaculada en todos los miembros; y que en este mundo no pueden faltar escándalos, ignorancias y flaquezas de muchos de sus hijos, por los cuales deba decir todos los días al Señor: perdónanos nuestras deudas. En la iglesia de Corinto, quando todavía eran frecuentes los milagros, San Pablo tuvo que reprehender en su primera carta excesos de deshonestidad, divisiones de partidos, abusos en las cenas sagradas y otros desórdenes ¹. Y en la segunda, aunque los supone enmendados, rezela que quando pase á verlos, encontrará todavía entre ellos disputas, zelos, animosidades, disensiones, murmuraciones, chismes y sediciones; y tendrá que llorar la perdicion de muchos, que habiendo caído en pecados de deshonestidad, fornicacion y otras obscenidades, aun no habian hecho penitencia ². Escribiendo á los Gálatas se admira de que tan presto dexen el evangelio de Jesucristo, para recibir otro: declama contra su aficion á las observancias judaycas: se lamenta de que no quieran obedecer á la verdad que ántes habian abrazado; y teme que haya sido inútil quanto trabajó en su conversion ³. En casi todas las cartas del Apóstol vemos que no podian los fieles fiarse de todos los que predicaban á Jesucristo ⁴: vemos que habia muchos que predicaban solo por envidia ó por interes ⁵: que entre las viudas cristianas jóvenes, habia sus excesos ⁶; y que hubo ocasion en que San Pablo se vió abandonado hasta de los fieles que mas tenia

CDLXII

HUBO SIN DUDA MUCHOS MALOS CRISTIANOS, AUN VIVIENDO LOS APÓSTOLES,

I I. Cor. C. III.
S. XI. v. 18.
21.

2 II. Cor. XII.
v. 20. 21.

3 Gal. I. v. 6.
7. III. v. 1. 2.
IV. v. 11. V.
v. 7.

4 Rom. XVI.
v. 17. 18. II.
Thes. III. C. II.
I. Tim. I. v. 3.
ad 20.

5 Philip. I.
v. 15. II. v.
20. 21.

6 I. ad Tim. v.
v. 11. ad 15.

- ¹ II. *ad Tim.*
 I. *v. 15. et IV.*
v. 9.
² *Jac. IV. v.*
 14. 16. II. *Pet.*
 III. *v. I. 2.*
 I. *Jouan. II.*
v. 18. Jud I.
v. 4. 8.
³ *Apoc. II.*
 et III.

CDLXIII

Y EN TODA LA
 ÉPOCA DE LAS
 PERSECUCIO-
 NES.

á su lado ¹. Tambien los demas apóstoles hallaron vicios que reprehender ²; y sobre todo de los siete obispos del Asia, de que habla San Juan en el Apocalipsis, solo dos quedaron sin reprehension: en los otros cinco halló el Señor motivos de amenazarlos y prescribirles penitencia ³.

En los pocos monumentos que nos quedan de los tiempos inmediatos á los apóstoles, y en quanto sabemos de toda la época de las persecuciones, hallamos que la Iglesia al dar gracias á Dios por la caridad, paciencia y demas virtudes que brillaban en muchísimos de sus miembros, tenia tambien que llorar los escándalos de otros, que se dexaban arrastrar de las máximas y vicios del mundo corrompido. San Clemente Papa escribe una larga carta á los corintios, para remediar el cisma que habian introducido muchos ambiciosos, arrojando á los presbíteros allí constituidos por los apóstoles y sus sucesores. Tratando de los hereges, hemos visto que muchos escandalizaron á los fieles con sus costumbres, antes de ser separados de la Iglesia por sus errores. Tertuliano en los dos libros del vestido y adorno de las mugeres declama contra muchas de las cristianas que tenian tanto cuidado de parecer hermosas, como las paganas mismas: que tal vez se teñian los cabellos quando la edad los hacia blancos: que ni en pelo postizo, ni en ningun género de afeites y costosas galas querian dexar de seguir las modas de las gentiles. Y aun añade que no faltaban hombres, que á todas horas consultaban el espejo, componiéndose el cabello y vestido con tanto cuidado, como las mugeres ⁴. El mismo compuso otro tratado de los espectáculos, en que demuestra que estaban prohibidos á los cristianos; pero supone que no dexaba de haber muchos que los frecuentaban ⁵.

CDLXIV

- ⁴ *Tert. de Cul.*
Fam. Lib. I.
 et II.

- ⁵ *De Spectac.*
 c. 3.

- ⁶ *S. Cypr. de*
Laps.

San Cipriano describiendo el estado de la iglesia de África á la mitad del siglo III. poco antes de la persecucion de Decio, nos hace una pintura terrible de toda especie de escándalos, aun entre los ministros del altar ⁶:

juzga que la persecucion fué enviada de Dios, para purificar á su Iglesia de tanto mal. Asimismo escribiendo á su clero al tiempo de cesar la persecucion, se lamenta de que entre aquellos mismos confesores, que acababan de salir de las cárceles, habia algunos insolentes, ocupados en fomentar discordias, á quienes los presbíteros y diáconos no podian contener: y que algunos de aquellos miembros de Cristo que acababan de confesarle, se habian despues manchado con infames comercios. En la carta que dirige á los mismos confesores, observa que las deshonestidades y demas excesos de algunos de ellos, acarrean á todos mucha confusion é ignominia, y son un peligroso escándalo para la ruina de los demas ¹. La frecuencia con que en aquellos siglos se usaban los baños, y el poco reparo con que hombres y mugeres, aun cristianos, entraban en unos mismos, no podía dexar de ser ocasion de muchos desórdenes, y dieron un justo motivo á San Cipriano de lastimarse de la ligereza de las vírgenes que concurrían á los públicos. ²

Entónces fué tambien bastante comun el abuso de diferir el bautismo muchos años despues de haber abrazado la fe, ó ser admitido catecúmeno ³. Y aunque tal vez en algunos pudo esta dilacion tener justo motivo, las mas veces provendria de poco afecto á la religion, ó de deseo de conservar mas tiempo la libertad de pecar ⁴. La floxedad y disolucion de muchos cristianos se conocia al moverse ó avivarse la persecucion; pues todas las veces que esto sucedia, el corazon de los cristianos fervorosos quedaba penetrado de dolor, por la multitud de los que cedían á la fuerza. De la de Decio en Cartágo decia San Cipriano que muchos sin esperar que se les prendiera, de propio movimiento iban á ofrecer incienso á los ídolos, dándose por vencidos antes del combate. Se daba en general el nombre de *Lapsos* ó *caídos* á todos los que eran en algun modo reos de apostasia. Pero habia dos clases muy diferentes, á saber, los que en efecto habian sacrificado, y los *Libeláticos*, ó que sin sacrificar lograban ó daban testi-

¹ S. Cyr. Ep. v. & vi.

² Id. de Hab. Virg.

³ Id. Epist. 76. ad Magn.

⁴ Vid. Bened. xiv. de Syn. Diac. l. xii. c. 6. §. 7. Instit. 98.

CDLXV
 CONTUDO ERA
 MUY COMUN
 LA PERFEC-
 CION Y SANTI-
 DAD.

monio de que lo habian hecho. Y en unos y otros varia-
 ba mucho la gravedad del delito segun las circunstancias.
 Mas á pesar de tanta multitud de apóstatas y tantos
 otros escándalos, que afligian á la Iglesia durante las per-
 secuciones, sin reparo puede asegurarse que esta es la
 época en que á proporcion del número de los cristianos,
 han sido mas freqüentes y mas heroycos los exemplares
 de perfeccion y de santidad. Al paso que en casi todos los
 mártires resplandece una paciencia y fortaleza que asom-
 bran, ¿qué virtud hay de que no hallemos entre ellos varios
 singulares exemplos? El grande número de los cristianos,
 que en las persecuciones huían á los desiertos, ó se reti-
 raban á parages ocultos, ¿qué virtudes no ejercitaban en
 medio de las inevitables mortificaciones de su retiro? Aun
 respecto de todos los cristianos en general hemos visto el
 modo con que de ellos habla Plinio ¹, las prodigiosas mu-
 danzas de vida que se veían en los idólatras convertidos ², y
 con qué confianza los defensores de la fe, alegaban la san-
 tidad de costumbres de los cristianos en prueba de la verdad
 y divinidad de nuestra religion. Hemos visto tambien que
 las persecuciones contribuían de varias maneras á santificar
 á los cristianos ³. Despues veremos que la doctrina y disci-
 plina de la Iglesia eran las mas propias para santificar
 las costumbres. Y quantas noticias tenemos de aquellos
 tiempos convienen en que á lo menos el zelo de exten-
 der la religion, la ardiente esperanza de la feliz inmor-
 talidad, el total desprecio de los honores y riquezas mun-
 danas, y la activa caridad con los próximos, eran muy
 comunes entre los cristianos.

¹ Núm. 84. s.

² Núm. 423. s.

³ Núm. 422. s.

ARTÍCULO III.

Sabios escritores de la Iglesia.

CDLXVI
 EN LOS TRES
 PRIMEROS SI-
 GLOS NO ERAN
 NECESARIOS

El resplandor de las virtudes de los verdaderos hijos
 de la Iglesia disipaba con tanta evidencia quantas calum-
 nias y mentiras se inventasen contra ella, que pudo du-

darse si era superfluo defenderla con escritos ¹. Apenas en qualquiera provincia empezaba á oirse algun error , eran tan prontos los obispos en instruir y fortalecer á sus feligreses en la doctrina verdadera , tan dócil el pueblo á las instrucciones del prelado, y tan firmes todos en la doctrina de la Iglesia, que de las mas de las heregías que nacieron en los primeros siglos , se puede decir que quedaron sofocadas en su misma cuna. Por otra parte para ocultar á los paganos los misterios y prácticas de la Iglesia, era mas á propósito instruir á los fieles, y aun á los catecúmenos, solo de viva voz, y era mas que suficiente esta instruccion por la infatigable continua aplicacion de los eclesiásticos, y tambien de algunos legos. De manera que los ministros del Señor, al paso que trabajaban sin cesar en instruir á los fieles, y precaverlos de los engaños de la heregía y paganismo, no solo con la santidad exemplar de sus costumbres, sino tambien de viva voz: solo por precision algunas veces escribieron, para convencer ó mover á los infieles y hereges, y á lo mas para preservar á los cristianos mas débiles.

Pero no deben contarse entre estos escritos los muchos libros apócrifos, á quienes se pretendió dar una autoridad igual á la de los inspirados de Dios. El padre de la mentira, que á veces se transforma en ángel de luz, para mejor seducir á los fieles del tiempo de la sinagoga, habia fingido varios escritos con los nombres de sujetos famosos del antiguo Testamento. Y de la misma manera al publicarse los sagrados libros del nuevo, y en los siglos inmediatos hizo que sus ministros, especialmente los hereges, escribiesen evangelios, relaciones de hechos de los apóstoles, cartas, y apocalipses ó revelaciones con nombre de los apóstoles ó de varones apostólicos. Viéronse tambien salir muchos malos libros, algunas cartas y un himno con el adorable nombre de nuestro Señor Jesucristo, y tres cartas con el de María Santísima; pero todos con ciertas señales de ficcion.

No hemos de formar tan mal concepto de las liter-

MUCHOS ESCRITOS ECLESIÁSTICOS:

¹ Vid. Orig. C. Cels. Præf.

CDLXVII

SE PUBLICA-
RON VARIOS
EN NOMBRE DE
AUTORES SA-
GRADOS, NO
SIÉNDOLO;

CDLXVIII

CDLXVIII
CON TODO DE-

BEN ESTIMAR-
SE LAS LITUR-
GIAS DE LOS
APÓSTOLES,

gias ó misas atribuidas á San Pedro, San Mateo, San Juan, San Marcos, Santiago y otras semejantes; aunque no deban creerse escritas en tiempo de los santos, cuyos nombres llevan. San Basilio cita las oraciones de la celebracion de la Eucaristía, por exemplo de las cosas que nos constan por tradicion apostólica, y no por la Escritura. «Las palabras, dice, con que invocamos á Dios al consagrar el pan eucarístico y el cáliz de las bendiciones, ¿*qual de los santos las dexó escritas?* Pues no nos contentamos con las que nos mencionan los evangelistas y San Pablo, sino que añadimos otras antes y despues, como muy importantes para el misterio, las quales hemos recibido por una tradicion no escrita». Hasta aquí San Basilio¹. El Santo pues estaba muy distante de creer que hubiese alguna liturgia escrita por los apóstoles y evangelistas. Y aun si aquellas palabras *qual de los santos las dexó escritas*, no fuesen por el contexto determinadas á los santos apóstoles y evangelistas, podriamos extenderlas á todos los santos que precedieron á San Basilio, y sospechar que hasta su tiempo las liturgias se conservaban sin escritura por sola la tradicion. De qualquier modo es muy regular que los primeros que las escribieron, pretendian solo poner en escrito las oraciones con que por tradicion enseñaron á celebrar la misa aquellos santos apóstoles, en cuyo nombre las publicaron. Á lo menos en ellas nada se ve que no sea conforme al antiguo modo de celebrar el santo sacrificio, y sirven para manifestar que quando se escribieron, y aun antes, era la misma que ahora la fe de la Iglesia en varios artículos que han querido impugnar los hereges posteriores, como á su tiempo podrá observarse.

¹ De Spir.
Sanc. c. 27.

CDLXIX
Y LA CARTA
DE BERNABÉ.

² Lib. III.
Núm. 254.

La carta que va con el nombre del apóstol San Bernabé, aunque no lo sea², merece por su antigüedad ser la primera del catálogo que vamos á formar de los escritos eclesiásticos que nos quedan de los tres primeros siglos. El exórdio contiene tan tiernas expresiones de caridad, que pudo hacerla intitular carta de *Barnaba*, ó

del Consolador. Puede dividirse en dos partes principales. En la primera demuestra que con la ley nueva de nuestro Señor Jesucristo cesaron ya los sacrificios y observancias de la antigua ley, muchos de los cuales explica en sentido moral. En la segunda da muy bellos preceptos á los que andan por el camino de la luz ó de la virtud.

San Hermas, á quien saluda San Pablo en la carta á los romanos ¹, aunque griego, habitaba en Roma, era casado, y segun parece, simple lego y muy piadoso. Sus hijos vivian mal, su muger tenia fama de mala lengua, y Hermas por poco cuidado de su familia, mereció la indignacion de Dios, que le hizo perder los bienes, y quedó pobre. Mas el Señor compasivo le condujo por este camino á la salvacion eterna, poniéndole en manos del ángel de la penitencia. Este se le apareció en la forma de pastor, le dió muy oportunas instrucciones, le mandó escribirlas; y esto es lo que contiene y refiere el famoso libro, que por lo mismo fué intitulado el *Pastor*.

Está dividido en tres partes: visiones, preceptos y símiles. En la primera refiere Hermas que al ver una muchacha que años antes habia tratado y amaba como hermana, le vino al pensamiento que hubiera sido dichoso en dar con una muger tan bella y tan virtuosa. Su pensamiento no pasó mas adelante: con todo se le apareció esta misma muger, le reprehendió por estos pensamientos, y le dixo que diese adoracion á Dios que le perdonaría sus pecados y los de su casa. Apareciósele tambien una muger anciana, que representaba á la Iglesia, y le previno cómo habia de portarse con sus hijos y muger, para reducirlos á penitencia. En otra vision se le manifestó una grande torre, que se iba edificando sobre las aguas con piedras quadradas y pulidas; y se le advirtió que era esta una figura de la Iglesia, cuyas piedras colocadas eran los santos, y las desechadas por varios motivos, denotaban á los réprobos. Por último se le apareció una bestia de cien pies de alto, semejante á una ballena, por cuya boca saltaban langostas de fuego; y

LIBRO

CDLXX

DE SAN HER-
MAS TENEMOS
EL LIBRO DEL
PASTOR,

¹ Rom. XVI.
x. 14. Hier.
in Cat. c. x.

Año 91.

se le explicó que era una figura de la furiosa persecucion que iba á padecer la Iglesia.

La segunda parte contiene los preceptos que le dió el ángel en figura de pastor, siendo especialmente notables los que pertenecen al matrimonio, al ángel bueno que nos guarda, y al malo que nos tienta. En la tercera parte da muy útiles instrucciones morales, fundándose en algunas sencillas comparaciones. *No debemos, dice entre otras cosas, aficionarnos á las cosas de este mundo, en que estamos solo de tránsito: nuestros cuidados han de dirigirse á la ciudad de Dios, en que debemos habitar para siempre. Al modo que la vid se sostiene con el olmo: así el rico con las oraciones del pobre. Así como en invierno, caidas las hojas de los árboles, parecen unos mismos los árboles estériles y los fructíferos, entre quienes descubre el verano tanta diferencia con los frutos que hermosean á los unos, y de que carecen los otros: así en el invierno de este mundo se confunden los buenos con los malos; pero será infinita la distancia entre ellos quando se declare la misericordia del Señor.*

Con la semejanza de un criado que trabajó en la viña mas de lo que el amo le habia mandado, y dió á sus conservos parte de los regalos que el amo le hizo: enseña que los ayunos son del agrado de Dios, si van acompañados con obras buenas, y se reparte á los pobres lo que con la abstinencia se ahorra. Se vale de la comparacion de varios pastores, que cuidan sus ganados de muy diferente manera, para notar que unos se abandonan á los placeres hasta negar la fe, y blasfemar de Dios: otros quedan inmóviles en los vicios sin negar á Dios; y otros conducidos por el ángel de la penitencia se esfuerzan á salir de los vicios, y hacer con valor y constancia frutos dignos de penitencia. Baxo la semejanza de las ramas de un árbol que puestas en manos de muchos tuvieron muy diferentes destinos, distingue varias especies de justos, y de pecadores penitentes, que recibieron la ley de Dios, advirtiendo que á todos se

dará su corona ó paga , conforme sean sus obras. En fin describe grandes misterios de la Iglesia militante y triunfante , representándola por medio de una torre edificada con gran magnificencia y perfeccion , cuyas piedras fueron sacadas de doce montes , que significan todas las naciones del orbe , que han creído en Jesucristo.

En quanto á la autoridad de estos libros del *Pastor* , como suele suceder en los juicios humanos , unos se perdieron por exceso , contándolos entre los sagrados : otros por defecto , despreciándolos como fautores de varias heregias. Pero los mas , así antiguos como modernos , han juzgado que la obra del *Pastor* no es canónica , sino eclesiástica , escrita en defensa de la fe por el mismo Hermas , varon apostólico á quien saluda San Pablo , y así digna de muy particular veneracion. Y es muy natural que el desprecio que hizo de esta obra Tertuliano siendo montanista , y el que hacen algunos hereges modernos , proviene de ser un apreciable testimonio de la tradicion de la Iglesia en varios puntos.

No lo son ménos los pocos escritos que nos quedan de San Clemente romano , sucesor de San Pedro , especial cooperador de San Pablo , y discípulo de ámbos apóstoles. Es sin duda del Santo la famosa carta dirigida á extinguir el cisma de Corinto , que en el siglo pasado se imprimió por primera vez en Inglaterra , sacada de un antiguo preciosísimo manuscrito , que el que entónces era patriarca de Constantinopla habia traído del Egipto , y regalado al rey Británico por mano de su embaxador. Los sabios luego vieron que era la misma que con tanto aprecio citaron los antiguos ¹ hasta Focio ². En el mismo manuscrito se encontró otra carta del mismo Santo , y es la de que dixo Eusebio , que era ménos conocida , y poco citada de los antiguos. Sin embargo no parece que pueda dudarse de que en efecto la escribió San Clemente ³.

Comienza el Santo la primera con una salutacion semejante á las de San Pablo : alaba muchas virtudes de los corintios : procura afear sus divisiones , y la emulacion ó

CDLXXII
DIGNO DE
MUCHA VENE-
RACION.

CDLXXIII
DE SAN CLE-
MENTE RO-
MANO SE HAN
RECUPERADO
DOS CÉLEBRES
CARTAS;

Año 97.

VINZIG
S. Iren. Adv.
Her. III c. 3.
Clem. Alex.
Strom. I. n. 7.
& al. Origen.
de Princ. II.
c. 6.
² Cod. 113. &
126.
³ Vid. Cotel.
Constant.
Ceillier.

zelos que las habian ocasionado : encarga la humildad y dócil rendimiento á la voluntad de Dios , y otras muchas máximas y verdades cristianas ; y previene que las funciones eclesiasticas se han de hacer á su tiempo y con el debido orden. Al modo que en la milicia hay varios grados , y unos mandan á otros , y en la ley antigua el sumo sacerdote y los demas levitas y legos , cada uno cuidaba de sus funciones : así Dios envió á Jesucristo , Jesucristo á los apóstoles , y estos constituyeron obispos y diáconos , mandando que muertos los primeros , entraran otros en su lugar. En estos y otros principios se funda para declarar que fueron injustamente echados los que habiendo sido elegidos por los sucesores de los apóstoles , habia mucho tiempo que servian bien. Y que es pecado grave privar del obispado ó del gobierno á los que no dan motivo : que es lo que habian hecho los corintios ¹. Despues de esta declaracion los reprehende con viveza , y los anima á remediar el escándalo que habian causado , alborotándose contra los presbíteros , á unirse con el vínculo de la mas pura caridad , á hacer penitencia , á meditar las Escrituras , y á rogar con viva caridad por los que cayeron en pecado. En fin hablando en particular con las cabezas de la sedicion , los exhorta á estar sujetos á los presbíteros , y reparar su falta con verdadera penitencia. La segunda carta está llena de saludables documentos dirigidos á que los cristianos vivan conforme á la alteza de su vocacion y grandeza de sus esperanzas ².

La fama de San Clemente fué ocasion de atribuírsele muchas obras que incluyó Cotelerio en la coleccion de las de los santos padres , que vivieron en tiempo de los apóstoles. En primer lugar pone las *Constituciones Apostólicas*, con cuyo nombre tenemos una coleccion de varias leyes ó constituciones , que se suponen establecidas por los apóstoles para el buen régimen de la Iglesia ; y es cierto que no las escribieron los apóstoles , ni San Clemente papa. Pudo ser su primer colector Clemente Alexandrino ³, aunque despues se fuesen añadiendo y extendiendo las varias dis-

¹ Ep. 1. n. 44.

² Vid. ap. *Constitutiones & Constit.*

CDLXXIV
Y SUELEN
ATRIBUIRSELE
LAS IMPOR-
TANTES CONS-
TITUCIONES Y
CÁNONES
APOSTÓLICOS.

³ Bevereg. in
Can. 85.

posiciones que fuesen tomando los concilios y prelados de la Iglesia, segun exígiesen las circunstancias de los tiempos. Algunos sabios han censurado con sobrado rigor varias proposiciones obscuras que se leen en estas constituciones, semejantes á otras de los padres de los primeros siglos. Sin embargo no puede negarse que del modo que las tenemos contienen varios errores y opiniones ridículas, que introduciría en ellas algun impostor. Parece que desde el quinto siglo fueron puestas como están ahora; y sirven mucho para conocer la antigua disciplina de la Iglesia.

La conocemos tambien por los ochenta y cinco *Cánones Apostólicos*, atribuidos igualmente á San Clemente papa. Aunque esta coleccion, ni en todo ni en parte sea obra de este santo pontífice, y ménos de los apóstoles: tampoco ha de creerse obra de algun autor del quinto siglo, pues se ve citada desde el principio del quarto¹. Lo mas seguro es que aquella coleccion lo es de varios reglamentos de disciplina mandados observar ántes del concilio Niceno por varios concilios particulares, ó por los obispos de aquellos tiempos, que los llamarian *regla* ó *cánones* apostólicos, por no ser mas que costumbres, ó disposiciones establecidas por los apóstoles y varones apostólicos, y conservadas por tradicion. Esta coleccion se fué formando en el oriente. En el occidente Dionisio Exíguo ó el menor, en su coleccion de cánones, puso cincuenta de los apostólicos con este título: *Reglas eclesiásticas de los santos apóstoles publicadas por Clemente, pontífice de la iglesia romana*. Por la version de Dionisio comenzó á conocerse en el occidente esta coleccion; pues aunque en las constituciones de los papas mas antiguos se hallasen varias disposiciones semejantes á los cánones apostólicos, no es menester que estos se tomasen de aquellas, ni al contrario; pues todos provenian de la fuente comun de la tradicion. Porque tambien en Roma y demas iglesias occidentales se conservaban muchas prácticas y leyes venidas de los apóstoles y varones apostólicos que allí predica-

¹ Alex. Episc. Alexand. ap. Theod. Hist. E. I. c. 4. Conc. Nicen. can. v Euseb. Vita Constant. III. c. 61. &c.

ron, las cuales no podian dexar de parecerse mucho á las prácticas y leyes, que en el oriente establecieron los mismos ó los demas apóstoles, predicando una misma fe, y exhortando á las mismas virtudes.

Con los nombres de *Recogniciones ó conocimientos*, *Historia ó Crónica de San Clemente*, *Itinerario*, *Períodos ó Hechos de San Pedro*, ó con otros títulos semejantes, tenemos una obra dividida en diez libros, que contiene la relacion de varios hechos de San Pedro, de sus disputas con Simon Mago, y del modo con que San Clemente conoció á su padre y hermanos. Orígenes ¹ cita como de San Clemente varios lugares que se hallan en las *Recogniciones*. San Epifanio ² tambien supone que esta obra es de San Clemente, y se queja de que los hereges la han adulterado dexando pocas cosas intactas. Focio alaba su estilo y erudiccion; pero observa que está llena de disparates ³. En efecto son tan freqüentes los errores, y tan continuas y mal urdidadas las fabulas, que hasta su primer origen parece que no puede deberle á San Clemente, sino á algun filósofo erudito, y mal teólogo del siglo segundo.

Este autor, observando que eran poco leídas de los idolatras, judíos y hereges las obras serias y graves escritas en defensa de la religion cristiana: se propuso atraer á los lectores con la elegancia del estilo y la variedad y amenidad de sus relaciones, aunque fingidas. Sobre este plan procura conciliar con la religion cristiana varias opiniones entónces muy comunes entre los filósofos: impugna con viveza las fabulas de los gentiles, el culto de los dioses y la fatal necesidad de los astrólogos; y se esmera en ridiculizar los sueños de los nósticos, y especialmente á su xefe Simon Mago. Por lo que no es de admirar que no obstante los errores y defectos de esta obra, la alaben algunos antiguos, y la tengan por muy útil varios modernos. Cotelerio publicó tambien las *Clementinas*, ú homilias atribuidas á San Clemente que parecen otra edicion de las *Recogniciones*; y un *Eptome* de

CDLXXV
Y OTRAS OBRAS
POCO APRECIABLES.

¹ *In Genes.*
Tom. III. *Philoc.* Cap. 22.
Mat. 26. 6.

² *Her.* 30. n. 15.

³ *Cod.* 112. 113.

estas obras dirigido á Santiago. Á mas de las quales corrieron entre los antiguos con nombre del papa San Clemente una carta á Santiago y otros muchos libros apócrifos.

Á principios del siglo segundo, quando San Ignacio pasaba de Antioquia á Roma á consumir su martirio, escribió, como ántes diximos, á varias iglesias. Eusebio hizo un extracto de sus cartas, y notó con exáctitud el número, data y nombre de las personas á quienes se dirigian. Desde Esmirna escribió quatro: á la iglesia de Éfeso, á la de Magnesia, á la de Trales y á la de Roma. Y desde Tróade escribió tres, á saber, á los fieles de Filadelfia, á los de Esmirna, y en particular á San Policarpo. Á mas de estas cartas corren con nombre de San Ignacio algunas otras: á María de Casoboles, á la iglesia de Tarso, á Heron, á S. Juan el evangelista y á la Madre de Dios. Pero las dos últimas son evidentemente fingidas, y las otras tres tambien lo parecen. Mas en quanto á las siete que Eusebio menciona, aunque en ediciones antiguas se hallen tal vez interpoladas, sería mucha temeridad pretender que no son auténticas, ó que es sospechoso el manuscrito de Florencia publicado por Vosio y Userio, al qual se arreglan las ediciones mas correctas.

Hablando del martirio del Santo copiamos su carta á los romanos. Á los efesios les da gracias por la diputación que le enviaron: se congratula de que tengan en Onésimo un obispo, cuya caridad es superior á toda alabanza: recomienda la unión del pueblo, y en especial del clero con el obispo: la oracion en comun: el cuidado de huir el trato con los hereges, y de ganarlos con mansedumbre, caridad y buenos exemplos. Habla del misterio de la encarnacion, y les ruega que se acuerden de él, y de la iglesia de Siria. La carta á los magnesios comienza tambien por acciones de gracias: alaba á los presbiteros por el respeto que tienen al obispo Dámaso, aunque jóven: y encarga á los fieles una dócil y sincera obediencia á los ministros de la Iglesia: que renuncien entera-

CDLXXVI
DE SAN IGNA-
CIO TENEMOS
SIN DUDA SIETE
CARTAS;

Año 107.

¹ Eus. *Hist.*
E. III. c. 36.

Año 108.

² Vid. *Ceill. et*
Corel.

CDLXXVII

mente toda observancia de la ley de Moyses : que rechazen á los nósticos y demas hereges , aun sus nombres : y que vivan cristianamente , y se fortifiquen mas y mas en la doctrina de Jesucristo y de los apóstoles ; para que sus empresas tengan un éxito feliz para el cuerpo y para el alma , por la fe y la caridad en el Padre , en el Hijo y en el Espíritu Santo. Informado San Ignacio por Polibio obispo de Trales de la pureza de la fe , sumision al obispo y presbíteros , y demas virtudes de sus feligreses , los exhorta á la perseverancia , á no hacer nada sin la autoridad del obispo , á guardarse del veneno de los hereges , á creer que no fué aparente , sino real y verdadera la encarnacion y pasion del Hijo de Dios , á evitar toda division y pleyto , á poner mas cuidado en vivir bien que en penetrar la grandeza de nuestros misterios. Les da otras instrucciones ; y concluye deseando que comparezcan sin mancha en la presencia de Dios.

La carta á la iglesia de Filadelfia comienza con un elogio de su obispo , y procura inspirar á aquellos fieles horror á las prácticas del judaismo , á las heregias y sobre todo al cisma : constancia en la doctrina de los apóstoles , sincera union con el obispo , presbíteros y diáconos , y amor de la pureza y de la paz. Ensalza la dignidad de Jesucristo y la necesidad de su mediacion. Por último les ruega que envien algun diácono á Antioquia , para congratularse con aquellos fieles por la paz que Dios acababa de concederles. El objeto principal de la carta á los de Esmirna es probar la verdad de los misterios de nuestra redencion contra los hereges *docitas* ó *fantásticos* , á quienes describe para que los conozcan , y huyan del todo de su trato. Les encarga tambien mucho respeto y docilidad al obispo ; y que se mantengan unidos con el colegio de presbíteros y con sus diáconos. En fin San Ignacio , no teniendo tiempo para escribir á las demas iglesias de Asia , escribe á San Policarpo encargándole que procure que todas , con sus cartas ó diputados , se congratulen con la iglesia de Antioquia por la consecucion de la

paz. Da al Santo muy importantes consejos para el gobierno del obispado, y dirige su palabra á los fieles de Esmirna, para encargarles una perfecta sumision al obispo, presbíteros y diáconos.

La fama de estas cartas de S. Ignacio se esparció luego por toda el Asia: desearon tenerlas los filipenses: pidieronlas á San Policarpo; y tal vez á este deseo debemos la perfectísima y utilísima carta, con que se las envió; la que siendo la única de las suyas que se nos conserva, es justo que digamos algo de lo que contiene. Los filipenses, á mas de pedir á San Policarpo las cartas de San Ignacio, le habian consultado lo que debian hacer con un presbítero, que con su muger habia caido en un pecado muy notable. El Santo les responde en tiempo en que ya suponía muerto á San Ignacio, mas aun no habia recibido noticias de su martirio y del de sus compañeros: lo que prueba que sería pocos meses despues de haber San Ignacio salido de Esmirna. Desde el principio de la carta se alegra con los filipenses de que hubiesen podido hospedar á San Ignacio en su tránsito: da saludables consejos á los cristianos de todos estados y sexos: condena varios errores de los hereges de entónces: propone los exemplos de Jesucristo, de San Ignacio y de sus compañeros, y tambien de los apóstoles, los quales, dice, han llegado ya al lugar que merecieron, junto al Señor con quien han padecido. Pasa despues al asunto del presbítero y de la muger: les desea una verdadera penitencia: encarga que se les trate con moderacion, no como enemigos, sino como miembros enfermos; y que se vuelva á admitirlos para bien de todo el cuerpo. En fin los exhorta á rogar por los reyes y príncipes, y hasta por los perseguidores y enemigos de la cruz; y les dice que les envía las cartas de San Ignacio, que ha podido recoger. S. Ireneo ¹, Eusebio ², San Gerónimo ³ y Focio ⁴ han hecho singulares elogios de la carta de San Policarpo á los filipenses, y lo que de ella dicen no nos dexa la menor duda de que es la misma que ahora tenemos ⁵.

CDLXXVIII
Y DE SAN POLICARPO UNA.

Año 108.

¹ Lib. III. c. 3.
² Eus. Hist. E. III. c. 36. IV. c. 14.
³ S. Hieron. Catal. c. 17.
⁴ Photius Cod. 126.
⁵ Vid. Ceill. et Cotel.

CDLXXIX
 PERDIÉRONSE
 LOS ESCRITOS
 DE PAPIAS Y
 OTROS MUCHOS:
 -O-
 LIBRO DE SAN PAPIAS

Año 110.

.801 oñA

Estos son los escritos que nos quedan de los varones apostólicos, esto es, de los que tuvieron la santa complacencia de oír á los mismos apóstoles, y aprender de su boca la doctrina de nuestro Señor Jesucristo. Á los cuales añadiremos alguna noticia de algunos autores de aquellos tiempos, cuyas obras han perecido. San Papias obispo de Hierápoli en la Frigia, amigo de San Policarpo y discípulo de Aristion y de Juan el presbítero, no el evangelista, fué muy zeloso de recoger las tradiciones antiguas, preguntando á este fin á los que habian oído á los apóstoles, á los cuales él nunca oyo. Escribió cinco libros con el título de *Exposición de los razonamientos del Señor*, y en ellos habia muchas cosas que parecian fábulas: entre otras la de que Cristo ha de reynar mil años corporalmente sobre la tierra. Eusebio, que con este motivo le nota de talento muy mediano, de excesiva credulidad y de poca penetracion para comprehender los sentidos misteriosos de las parábolas de los apóstoles, en otro lugar le llama muy eloqüente, erudito y versado en las Escrituras ¹.

San Quadrato obispo de Atenas, y Aristides filósofo de la misma ciudad, como ya diximos ², ofrecieron á Adriano sus apologías por la fe. En la de aquel, segun Eusebio ³, se veía el gran talento del Santo y la sana doctrina de la fe apostólica: la de éste, segun San Gerónimo ⁴, estaba llena de erudicion y de sentencias de los filósofos; pero ni una ni otra han llegado á nuestras manos. Tampoco los escritos de Agripa Castor, varon muy sabio é instruido en las Escrituras. Eusebio habia visto, y alaba una valiente impugnacion de Basílides, en que descubre sus prestigios y engaños ⁵, y Teodoreto habla de otra obra de Agripa contra Isidoro hijo de Basílides, y mas impio que su padre ⁶. No se halla tampoco ahora la impugnacion de los judíos, intitulada *Disputa de Jason y Papisco* ⁷, que Origenes defiende contra las burlas de Celso ⁸. Su autor parece ser Ariston de Pella ⁹, judío convertido á la fe, del qual cita Eusebio que

¹ Eus. *Hist.*
E. III. c. 36.
 et 39.

² *Núm.* 356.

³ Eus. *Hist.*
E. IV. v. 3. S.
Hier. Catal.
 c. 19.

⁴ S. Hier. *Ca-*
tal. c. 20. *Ep.*
 83. ad *Magn.*

⁵ Eus. *Hist.*
E. IV. c. 7.
 S. Hier. *Cat.*
 c. 21.

⁶ Theod. *Hær.*
Fab. I. c. 6.

⁷ S. Hier. II.
 in c. 3. *Ep.*
 ad *Gal.*

⁸ *Orig. cont.*
Cels. IV. n. 52.

⁹ S. Max. in
Schol. Mist.
Theol. c. I.

Adriano prohibió que los judíos se acercasen á Jerusalem ¹.

Entre los grandes hombres que ilustraban á la Iglesia en el segundo siglo, se distinguía San Justino, varón admirable, verdaderamente filósofo, no ménos cercano á las virtudes, que á los tiempos de los apóstoles ². Este Santo, conocido por su glorioso martirio ³, y con el singular epíteto de *Mártir*, con razon puede mirarse como el primero de los padres de la Iglesia, por ser el mas antiguo despues de los apóstoles y de sus discipulos.

Desde que Dios le llamó á la fe, por el singular medio que ántes vimos ⁴, todos sus cuidados fueron de merecer el nombre de cristiano, sin temer violencias ni calumnias. Corrió la Campania, Egipto y provincia del Asia; y es regular que lo hiciese solo para sembrar en mas pueblos la divina palabra, y extender la verdadera religion. Pues vemos que en Roma su casa era una escuela en que se enseñaba: que en defensa de la fe tuvo varias disputas con Crescençio el cínico, con Trifon y otros judíos; y el mismo nos asegura que aprovechaba quantas ocasiones se le ofrecian de tratar de cosas de religion. Pero mientras que con el pálio de filósofo, iba publicando por todas partes la palabra de Dios, defendía nuestra fe con los volúmenes que iba escribiendo ⁵. Á mas de los que ántes mencionamos, en que la defendió de los judíos y gentiles, y que son los únicos que se nos conservan, habia escrito un libro intitulado *el Salmista*, algunos mas contra los gentiles, y otros muchos especialmente contra las heregías en comun, y los marcionitas en particular. Al paso que estas obras han desaparecido, se ha intentado atribuirle otras, que el tiempo ha descubierto no ser suyas. Sin embargo en las que tenemos, y lo son indisputablemente, hallamos anunciados con mucha exáctitud los principales misterios y verdades de nuestra religion; y vemos con cuánta razon decia Focio que en todas las obras del Santo se descubre un profundo conocimiento de la filosofia cristiana y de la profana, una gran-

¹ Eus. Hist. E. IV. c. 6.

CDLXXX
VARIAS OBRAS
DEL ADMIRA-
BLE SAN JUS-
TINO:

² Eus. Hist. E. IV. c. 8. II. 16.

³ Antes n. 119. s.

⁴ Núm. 425.

⁵ Eus. IV. c. 11. Hist. E.

¹ Phot. Cod.
125.

de erudicion y un vasto conocimiento de toda suerte de historias ¹.

CDLXXXI
LAS DE SAN
MELITON:

San Justino fué martirizado hácia el año 167, y poco despues se vieron brillar, entre otros astros de la Iglesia, San Meliton, San Dionisio de Corinto y San Claudio Apolinar. San Meliton obispo de Sardis en la Lidia hácia el año de 170, fué una de las mayores lumbreras de la Iglesia, y favorecido por Dios con el don de profecía. Escribió seis libros de extractos de la sagrada escritura, dos *de la Pascua*, uno de *Reglas de vida y de los Profetas*, uno *de la Iglesia*, otro *del Domingo*, otro *de la naturaleza del hombre*, otro *de la obediencia que los sentidos deben á la fe*, otro *del bautismo*, otro *de la verdad de la fe*, y *generacion de Jesucristo*, otro *de la profecía y hospitalidad*, otro intitulado *la llave*; y dexando algunos más, escribió por último una célebre apología de los cristianos, que dirigió á Marco Aurelio. Desde el siglo quinto corre con nombre de Meliton un tratado *de la muerte de la Virgen María*, que seguramente no es suyo. Esta obra supuesta subsiste; pero las suyas todas han desaparecido. Solo Eusebio nos conserva el principio de la primera, en que tenemos el mas antiguo catálogo de los libros sagrados y algunos fragmentos de su apología ². Meliton fué enterrado en Sardis, donde espera, decia Policrates, la venida del Señor en que ha de resucitar. Su vida fué santa, su ingenio bellissimo, su estilo eloqüente.

² Eus. Hist.
E. IV. c. 26. v.
c. 24. S. Hier.
Cat. c. 24.

CDLXXXII
DE SAN DIONISIO DE CORINTO: DE SAN CLAUDIO APOLINAR:

Año 170.

En Eusebio hallamos tambien algunos fragmentos de ocho cartas de San Dionisio obispo de Corinto, las siete *ecuménicas*, ó dirigidas en general á los obispos y fieles de algunas iglesias, y la otra á una tal Crisófora muger de especial virtud. Este Santo, cuya eloqüencia y zelo alaba San Gerónimo, no se contentó con alimentar al pueblo con exhortaciones y palabras: extendió su caridad á toda la Iglesia con escritos, en que descubrió de qué filósofo sacaba el veneno cada heregia. Sus cartas estaban llenas de instrucciones importantísimas. En la primera, di-

rigida á los lacedemonios, los instruía en la fe católica; y los exhortaba á la paz y union. En la segunda procuraba inflamar la fe de los atenienses, y animarlos á llevar una vida digna del evangelio. En la tercera escrita á los fieles de Nicomedia, defendía valerosamente la verdad contra la heregía de Marcion. En la quarta, dirigida á los fieles de Gortina y demas iglesias de la isla de Candia, alababa á su obispo Felipe, el qual habia escrito contra Marcion, y advertia á los fieles que estuviesen alerta contra las astucias y trampas de los hereges. En la quinta explicaba á las iglesias de Amastrida y demas del Ponto, algunos lugares de la Escritura: los instruía sobre el estado del matrimonio y de la virginidad; y les encargaba que recibiesen con blandura á los que quisiesen hacer penitencia, ó se convirtiesen tanto de la heregía, como de qualquier otro crimen.

En la sexta escrita á los gnosios exhortaba á su obispo Pinito á que no quisiese precisar á los fieles á llevar la pesada carga de la continencia, teniendo mira á la flaqueza del comun de los hombres. Parece que temia el Santo que Pinito por un exceso de zelo no se arrimase al error de los encratitas, que daban por ilícito el matrimonio. Mas este santo obispo le dió una respuesta, en que se veía la pureza de su fe, su cuidado en que el pueblo adelantase en la perfeccion, su grande eloqüencia y rara capacidad en la ciencia de las cosas santas. Manifestaba mucha estimacion y respeto á San Dionisio y á sus consejos; y por su parte exhortaba tambien á este santo á que en las cartas se animase á dar instrucciones de mayor perfeccion, ó mas fuerte alimento á los pueblos, alegando que si no les daba mas que leche, era de temer que envejecerian con la debilidad y languidez de la infancia. La última carta católica de San Dionisio es la que escribió á la iglesia de Roma y al papa San Soter, dando gracias de las limosnas, instrucciones y consuelos con que los habian socorrido ¹.

San Claudio Apolinar, obispo de Hierápoli, fué tam-

¹ *Eus. Hist.*
E. iv. c. 23.
S. Hier. *Cat.*
c. 27 30.

bien muy célebre por sus escritos. Los principales fueron la apología de los cristianos, cinco libros contra los gentiles ¹, dos contra los judíos, dos sobre la verdad, y uno de la piedad ². Sus últimos escritos fueron los libros ó cartas contra los montanistas, á cuyos errores, quando apenas nacian, se opuso como un baluarte invencible. Serapion, obispo de Antioquia, alegaba las cartas de Apolinar, en prueba de que la nueva profecía de Montano fué siempre rechazada con exêcracion por la Iglesia ³.

Vivia por los años de 170 Bardesanes, cuyo ingenio admiraron hasta los filósofos. Sabia con perfeccion las ciencias de los caldeos; esto es, las matemáticas y astrología ⁴. Habia acreditado la firmeza de su fe; pues como Apolonio, confidente de Marco Aurelio, procurase reducirle á abandonarla, muy sobre sí le respondió que no temia la muerte, la qual tampoco podría evitar, aunque quisiese complacer al emperador. Habia tambien empleado su talento en escribir sobre la persecucion de la Iglesia, y á mas un sin número de obras contra casi todas las heregías que entónces habian salido. Sin embargo se dexó infelizmente sorprehender de los sutiles errores de los valentinianos; y aunque llegó á conocer su falsedad, y los impugnó despues con valentia: con todo perdido ya el norte de la fe, cayó en otros errores, que le quitaron el mérito de sus obras contra gentiles y hereges ⁵.

San Gerónimo alaba con especialidad su libro del *Hado ó destino*, del qual nos conservó Eusebio un largo passage. Allí para probar el libre albedrío del hombre, observa que los animales en sus obras maravillosas obran uniformes en todas partes los de una misma especie. Se extiende sobre las singulares costumbres de los hombres de diferentes naciones; con cuya variedad demuestra que no provienen de la naturaleza, ni de ninguna necesidad precedente de los astros, sino del libre albedrío, y añade: "¿Qué diremos de la secta de los cristianos que se hallan en todas las partes del orbe, y aun en todos los pueblos? Ni los cristianos partos tienen muchas muge-

¹ Vase núm.

359.

² Eus. Hist.

E. IV. c. 27.

S Hier. Catal.

c. 26.

³ Eus. Hist.

E. V. c. 19. 16.

CDLXXXIII

DE BARDESANES:

NES:

⁴ Euseb. de

Præp. Evan.

VI. c. 9.

⁵ Eus. Hist.

E. IV. c. 30.

S. Hier. Cat.

c. 33.

res, ni los que son medos arrojan los cadáveres á los
 perros, ni los persas se casan con sus hijas, ni los bac-
 trios y galos corrompen los matrimonios, ni los que son
 egipcios adoran al becerro Apis, al perro, al macho de
 cabrío, ni al gato. En qualquier parte que estén, nadie
 puede reducirlos á conformarse con las leyes y costum-
 bres malas. Ni la constelacion de su nacimiento, ni la
 de ningun príncipe los obliga á hacer lo que su maestro
 les prohibió: por no hacerlo sufren la pobreza, los tra-
 bajos, afrentas y suplicios intolerables. Pues al modo
 que á nuestra voluntad nada puede forzarla: así nues-
 tro cuerpo no puede fácilmente guardarse de muchos pe-
 ligros. Y á la verdad si en nuestro poder estuviese todo,
 lo seríamos todo: si nada pudiésemos, no seríamos mas
 que unos instrumentos de las otras cosas. Dios, á cuya
 voluntad y poder todo está sujeto, dió á cada natura-
 leza algo de especial: al hombre lo mas excelente que
 de dió, es el uso de su libre voluntad y de su juicio.¹
 De las obras de Bardesanes, como de tantas otras de aque-
 llos siglos, no nos quedan sino pocos fragmentos; y lo
 mismo sucede con la primera historia eclesiástica de que
 tenemos noticia.

La escribió Hegesipo, que floreció desde el imperio
 de Adriano², hasta el pontificado de Eleutero. En cin-
 co libros comprehendió con estilo sencillo una historia muy
 verdadera de la predicación de los apóstoles, y de todos
 los sucesos de la Iglesia desde la pasión del Señor hasta su
 tiempo: recogió de varias partes muchas noticias útiles á
 los lectores; é hizo ver que hasta entónces en todas las si-
 llas episcopales y en todas las ciudades se conservaba la
 misma doctrina que enseña la sagrada escritura, y habia
 predicado el Señor. Se habia convertido del judaismo, y
 habia vivido en Jerusalem; mas en tiempo del papa Anice-
 to fué á Roma, en cuyo viage habiendo conferido con mu-
 chos obispos, en todos halló una misma doctrina³. No
 son de este Hegesipo, sino de otro del siglo quarto ó quin-
 to, los cinco libros de la ruina de Jerusalem que van con es-

¹ Euseb. de
 Prep. vi. c. 8.

CDLXXXIV
 DE HEGESIPO:

² Vales. ad
 Eus. Hist. E.
 iv. c. 8.

Año 157.

³ Eus. Hist.
 E. iv. c. 8. &
 22. S. Hier.
 Cat. c. 22.

¹ Vid. Ceill. Tom. II. c. II.
² Cod. 232.
³ Eus. Hist. E. IV. c. 22.

CDLXXXV
 DE MILCIADES, DE MOSTO, Y DE RODON.

⁴ Véase núm. 359.

Año 180.

⁵ Eus. Hist. E. v. c. 17. 28. S. Hier. Cat. c. 39.

⁶ Eus. Hist. E. IV. c. 25. S. Hier. Cat. c. 32.

⁷ Eus. Hist. E. v. c. 13. S. Hier. Cat. 37.

CDLXXXVI
 DE LAS DE SAN IRENEO, SOLO SE CONSERVAN CINCO LIBROS CONTRA LAS HEREGÍAS:

⁸ S. Gregor. Tour. Hist. I. c. 29.

⁹ S. Hier. Cat. c. 35.

¹⁰ Eus. Hist. E. v. c. 4.

te nombre ¹; ni tampoco los lugares ménos ortodoxos que le atribuye un herege de quien habla Focio ²; pues Hege- sipo en sus comentarios ó historia dió pruebas muy evi- dentes de la pureza de su fe ³.

Ya hemos visto la sabiduría y valor con que la de- fendieron contra idólatras y perseguidores San Teófilo de Antioquía, Atenágoras y Taciano ⁴. Milcíades á mas de la apología de la religion cristiana, escribió contra los judíos; y un autor del siglo tercero le cuenta entre los que defendieron por escrito la Divinidad de Jesucristo. Es- cribió tambien un excelente libro contra los gentiles, en que no se admiraba ménos la erudicion profana que el conocimiento de las Escrituras; y un tratado contra los montanistas, en que hacia ver que los verdaderos profetas no perdian el uso de la razon para profetizar ⁵. No fué menor el zelo con que Modesto, en el libro contra Marcion, descubrió con singular acierto sus errores y engaños ⁶; y con que Rodon asiático, despues de haber estudiado en Roma las letras sagradas con Taciano, aun católico, sin seguir despues sus extravíos, escribió muy excelentes obras, especialmente contra los marcionitas, cuyas varias divisiones ó sectas fué describiendo, é im- pugnando todos sus errores ⁷.

Pero veamos ya las excelentes obras, que en defensa de la fe y de la paz de la Iglesia, escribió su doctor, obispo y martir San Ireneo. Habia sido discípulo de los mas santos obispos del Asia, especialmente de San Policarpo; y como, segun él dice, desde la niñez le oía con especial gusto y atencion, es muy verisímil que fuese hijo de padres cristianos. Parece que San Policarpo fué quien le envió á las Galias, ⁸; y es cierto que fué presbítero de Leon de Francia, ó como dice S. Gerónimo ⁹, presbítero del obispo S. Potino. Los Mártires de Leon de Francia le enviaron al papa S. Eleuterio, recomendandole, no tanto por ser presbítero, como por ser zelosísimo del testamento de Jesucristo, esto es de la fe ¹⁰. Por muerte de S. Potino fué elegido obispo de dicha ciudad; y ya por la dignidad

de la silla, ya por su eminente virtud y ciencia, gobernaba todas las iglesias, y dirigia á todos los fieles de la Galia ¹. Era tal la fuerza de sus exhortaciones, que en poco tiempo convirtió casi toda la ciudad ². Tuvo muy santos y sabios discípulos, entre los cuales se cuenta el famoso San Hipólito, obispo y martir ³, y un tal Cayo que parece ser el presbítero de Roma ⁴. Amaba sumamente la paz, como veremos, tratando de las disputas sobre la fiesta de pascua.

Su caridad ilustrada le encendia en zelo contra las herejías y en compasion de las personas de los hereges ⁵. No podia creer que estos practicasen los excesos que autorizaban con sus escritos. Advertia que á los ménos obstinados y mas humanos, se les debe avisar y reprehender para que se enmienden, ó á lo ménos se contengan; mas en quanto á los mas fieros é irracionales, es menester huir léjos de ellos, y no escucharlos ⁶. Así el deseo de desengañar á los que pudiese, y de precaver á los fieles de sus errores, le movió á estudiar de propósito los libros de los hereges, y á tener con ellos largas conferencias, para escribir contra ellos con mas acierto. El dolor de ver á dos presbíteros de Roma entre los valentianos, y á muchísimas mugeres de las inmediaciones del Ródano seducidas por los marcosios, le hizo escribir particularmente contra tales hereges. Mas en sus escritos, trabajaba igualmente en la conversion de los infieles y en la edificacion de las costumbres de los cristianos. Habia compuesto un libro importantísimo contra los gentiles, intitulado *de la ciencia*: otro dedicado á Marciano, que contenia la demostracion de la doctrina de los apóstoles; y ademas un librito de varias disputas, en que traía algunas sentencias de la carta á los Hebreos y de la Sabiduría de Salomon ⁷. Entre sus muchas cartas, habia una al papa San Victor, sobre celebracion de la pascua, otra á Blasto del cisma, y otra á Florino, en que trataba de la Monarquía ó de la unidad del Principio, y de que Dios no es autor del mal. Este Florino cayó despues en los er-

¹ *Idem* v. c. 23.

² S. Gregor. Tour. I. c. 29.

³ Phot. *Cod.* 121.

⁴ *Act. S. Polyc.* in fin.

⁵ S. Iren. I. c. 31. al. 35. & alibi.

⁶ *Idem* II. c. 31. al. 56.

⁷ *Eus. Hist.* E. v. c. 26.

rorés de los valentinianos ; por lo que San Ireneo le dirigió un tratado de la *Ogdoade*, al pie del qual puso esta nota : "Ó tú qualquiera que copies este libro, con-
 » júrote por nuestro Señor Jesucristo ; y por su gloriosa
 » venida en que ha de juzgar á los vivos y á los muertos,
 » que compruebes lo que hayas copiado ; que con todo
 » cuidado lo corrijas conforme al exemplar que copies ; y
 » que en tu códice pongas tambien copiada esta mi con-
 » juracion ¹." Mas estas y algunas otras obras, que se
 cree compuso, ya no se hallan.

¹ Idem v. c. 20.
 & 24.

De todos los escritos de San Ireneo solo nos queda el tratado contra las heregias, intitulado tambien descubrimiento é impugnacion de la falsa ciencia : *Detectionis et eversio- nis falso cognominatæ agnitionis, seu CONTRA HERESES libri quinque*. Está dividida esta obra en cinco libros, y cada uno tiene su prefacio que explica su principal designio. Como el de todo el tratado era impugnar completamente la heregía de los valentinianos, en el primer libro descubre todos sus impiós y ridículos errores : hace ver su origen en Simon Mago, y en los secuaces de este sus continuas variaciones, y las multiplicadas sectas en que se iban dividiendo. En el segundo prueba con razones naturales que Dios ha de ser único, y autor de la creacion, y que lo sacó todo de la nada. Demuestra la ficcion de los éon- nas, la debilidad de las razones en que se fundaban y la imposibilidad de la metémsicosis. En el libro tercero se vale de los escritos de los apóstoles, y de la autoridad de la tradicion, para hacer ver algunos puntos que son de fe en las materias entónces controvertidas. En el quarto establece con las palabras del mismo Salvador, la existencia de un solo Dios Criador. Demuestra que del mismo Dios son ámbos Testamentos : que la interpretacion de estas divinas escrituras toca á los sucesores de los apóstoles, y que Dios ha concedido al hombre el libre albedrío, con que puede obrar bien ó mal. En el último libro con palabras de Jesucristo y de los apóstoles, prueba que Jesucristo nos redimió tomando verdaderamente un cuer-

po como el nuestro: que resucitó; y que los dogmas de los hereges en su misma novedad traen un título de condenacion.

Despues de haber Eusebio concluido el catálogo de las obras de S. Ireneo, dice que se conservaban todavía muchísimas de los antiguos varones eclesiásticos de aquel tiempo. De Heraclio, unos comentarios sobre San Pablo: de Máximo ó Maxímimo, un tratado sobre una cuestión entonces muy controvertida con los hereges, á saber, sobre el origen del mal, y que la materia no es increada: de Cándido y Apion, bellísimos tratados de la obra de los seis dias: de Sexto, el libro de la resurreccion; y de Arabiano, algunas obras sobre la doctrina cristiana. Añade Eusebio que á mas de estos habia habido por el mismo tiempo otros muchos sabios escritores ortodoxos¹. En efecto hallamos memoria de un tal Judas que escribió sobre las setenta semanas de Daniel²; y de Isidoro y de Gerónimo, hábiles en los libros hebreos y griegos³: de Musano, autor de un eloqüentísimo discurso contra los encratitas, que le mereció el título de *Defensor de la verdad*⁴; y de un anónimo, que escribió con el título de *Laberinto*, un libro contra Teodoto bizantino, ó contra Artemon herege, que defendia que Jesucristo era hombre puro; haciendo ver que este error era contrario no solo á las Escrituras, sino tambien á los autores eclesiásticos, y á los himnos y cánticos compuestos desde el principio de la Iglesia⁵.

Á fines del siglo II. y principios del III. á mas de Clemente alexandrino y de Minucio Felix, de quienes antes hablamos⁶, florecieron San Serapion en Antioquia, Panteno en Alexandría y Cayo en Roma. Serapion patriarca antioqueno escribió, entre otras muchas, una carta á Poncio y Carico contra los montanistas; y otra á Dominino, que habia abandonado la fe por las supersticiones judaycas. Pero su principal obra fué una preciosa impugnacion del falso evangelio de San Pedro. San Panteno escribió varios comentarios sobre la Escritura⁷. Y Cayo, célebre por su disputa con Proclo montanista, escribió una

CMLXXXVII
NINGUNA DE
HERACLIO, DE
MÁXIMO, Y
OTROS MUCHOS
ESCRITORES
ECCLESIASTI-
COS:

¹ Eus. *Hist.*
E. v. c. 27. &
S. Hier. Cat.
46. ad 51.

² *Idem c. 52.*
³ *Anatolius in*
Can. Pasch.

⁴ *Eus. Hist.*
E. iv. c. 28.
S. Hier. Cat.
c. 31. *Theod.*
Hæv. Fab. 1.
c. 21.

⁵ *Eus. Hist.*
E. v. c. 28.
Theod. Hæv.
Fab. 11. c. 6.

⁶ *Véase núm.*
358. 360.

⁷ *S. Hier. Cat.*
c. 36.

¹ Eus. *Hist.*
E. II. c. 25.
III. c. 28. 31.
VII. c. 20. S.
Hieron. *Cat.*
c. 59.

CDLXXXVIII
DE LAS MU-
CHÍSIMAS DEL
CÉLEBRE SAN
HIPÓLITO,

² *Idem* c. 61.

³ S. Hier. *Cat.*

c. 61.

⁴ S. Hier. *Cat.*

c. 61.

⁵ S. Hier. *Cat.*

c. 61.

⁶ S. Hier. *Cat.*

c. 61.

⁷ S. Hier. *Cat.*

c. 61.

⁸ S. Hier. *Cat.*

c. 61.

⁹ S. Hier. *Cat.*

c. 61.

¹⁰ S. Hier. *Cat.*

c. 61.

¹¹ S. Hier. *Cat.*

c. 61.

¹² S. Hier. *Cat.*

c. 61.

¹³ S. Hier. *Cat.*

c. 61.

¹⁴ S. Hier. *Cat.*

c. 61.

¹⁵ S. Hier. *Cat.*

c. 61.

¹⁶ S. Hier. *Cat.*

c. 61.

¹⁷ S. Hier. *Cat.*

c. 61.

¹⁸ S. Hier. *Cat.*

c. 61.

relacion de esta disputa ¹, un tratado contra Cerinto y algunas obras mas. De quantas obras hemos individuado despues de las de San Ireneo ninguna ha llegado á nuestros tiempos; y son tambien pocas las que nos quedan de las casi innumerables que escribió uno de sus discípulos, el esclarecido mártir San Hipólito.

Nada cierto sabemos ni de la patria, ni de la familia de este Santo. Todos le llaman obispo: algunos autores menos antiguos añaden que lo era de Porto junto á Roma, ó de otra ciudad llamada Porto ó Puerto en Arabia; pero ya S. Gerónimo no pudo averiguar de qué iglesia lo habia sido ². Casi todos los antiguos le llaman mártir; pero nada sabemos en particular de su martirio. Ni puede dudarse que no es este el San Hipólito de que habla Prudencio: el qual era romano, solo era presbítero, habia seguido algun tiempo á los novacianos, y Prudencio no habla de que hubiese escrito. Quando al contrario nuestro San Hipólito, que solo escribió en griego, y que fué obispo, mereció los mas distinguidos elogios por el zelo infatigable y sumo acierto, con que escribió en defensa de las verdades católicas contra toda suerte de heregías. Los antiguos le colocan entre las fuentes espirituales que derraman sobre la Iglesia las doctrinas saludables: le llaman muy grande y sagrado maestro y fiel testigo de la verdad, varon lleno de dulzura y de benevolencia, eloqüentísimo y doctísimo. Alaban en sus obras la exáctitud de los pensamientos, la naturalidad de las expresiones y la solidez de los discursos. Parece que el extraordinario mérito de las prendas de S. Hipólito, como escritor eclesiástico, hizo olvidar sus demas circunstancias. Pues así como nada sabemos de las del martirio, tampoco de las de su vida, y de las tareas del episcopado. Solo por una de sus homilias supo San Gerónimo que tuvo á Origenes entre sus oyentes ³; pero sus mismas obras justifican bastante que pasó toda la vida instruyendo á los fieles de viva voz, y defendiendo é ilustrando á la Iglesia con escritos.

CDLXXXIX

La mayor parte fueron comentarios sobre la sagrada

escritura; pero tambien trató varios puntos de disciplina y de controversia. Ademas publicó muchas homilias y cartas. De sus comentarios sobre la Escritura solo nos quedaban algunos fragmentos del que escribió sobre el Génesis, en que iba siguiendo los versos de uno en uno: del de los Salmos, de que parece ser parte su demostracion contra los judíos: del de los Proverbios, Eclesiástico y Cántico de los Cánticos; del de Isaias, Ezequiel, Daniel, historia de Susana, sueño de Nabucodonosor y Cántico de los niños en el horno. Y los nombres solos de sus comentarios sobre el Éxodo, sobre el capítulo 28 del primero de los Reyes, sobre Zacarías y algunos lugares de San Mateo. Pero posteriormente en Roma se descubrió su comentario sobre Daniel. En quanto á los tratados, homilias y cartas, estas han desaparecido del todo, á excepcion de dos fragmentos de una escrita á una reyna, que parece ser la emperatriz Severa, muger de Felipe: nos quedan solo los títulos de sus homilias en alabanza del Salvador, como tambien de otra sobre estas palabras: *El Señor me alimenta*; y han desaparecido igualmente un libro *contra Marcion*, otro *de la Resurreccion*, una *Apolo- gía del Evangelio y Apocalipsis de San Juan*, un tratado sobre el ayuno del sábado, otro sobre *si debe recibirse la Eucaristia todos los dias*, una *Crónica del tiempo de la pascua*, conforme á su ciclo pascual, varios *cánticos ú odas sobre las Escrituras*, y un *tratado sobre el bien y el origen del mal*. De algunos otros tratados y homilias nos han quedado fragmentos, á saber, de sus tratados *contra todas las heregias*, y en particular contra las de Beron, Helix y Noeto: de un escrito *de los dones del Espíritu Santo*, y *de la tradicion apostólica*: del tratado contra Platon intitulado *Del Universo*: de una *historia notable de una vírgen de Corinto* y de un *mártir llamado Magistriano*: de una homilia intitulado: *de un solo Dios en tres personas*, y *de la Encarnacion*; y de otras homilias sobre el *domingo de pascua*, *distribucion de talentos*, *los dos ladrones*, *Elcana* y *la madre de Samuel*, y sobre *la Divinidad*.

CDXC
 NOS QUEDAN
 SU HOMILIA DE
 LA TEOFANÍA,

Por último tenemos entera la homilía de la Teofanía, el tratado del anticristo y el ciclo Pascual. Teofanía significa la aparición de Dios entre los hombres, verificada en su encarnación, en la adoración de los reyes y en el bautismo que recibió de San Juan: bien que San Hipólito en esta homilía habla solo del bautismo del Señor. Observa desde luego la incomprehensible humildad, con que el mismo Dios criador del mundo por amor de los hombres quiere ser bautizado con un poco de agua: alega las pruebas que daba San Juan de que JESÚS era el Cristo que solo podía borrar los pecados del mundo: se detiene algo en la piadosa disputa que hubo entre Jesucristo y San Juan: con motivo de la voz que se oyó del cielo, va siguiendo las acciones principales de la vida de Cristo, observando lo que hacía como Dios, y lo que padecía como hombre: habla de los efectos del bautismo, y convida á todas las naciones á recibirle.

CDXCI
 SU TRATADO
 DEL ANTI-
 CRISTO,

En el año 1557 se publicó en París una oración del fin del mundo, y del anticristo, y de la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo. El editor pretendió que era el tratado de San Hipólito intitulado *Del anticristo*, ó bien *de Jesucristo y del anticristo*; mas en realidad era obra de algun griego muy posterior. Pues en 1661 un jóven holandés publicó otro manuscrito griego, cuya sola lectura, dice Ceillier, hizo juzgar á los sabios que era la misma obra de San Hipólito, que Focio habia leído, y en que habia hallado el mismo estilo, la amable sencillez, y el ayre de antigüedad de sus demas obras, y tambien algunas expresiones menos exáctas que las que se usan en los siglos posteriores ¹.

¹ Phot. Cod.
 202.

Al principio de este tratado previene el Santo que no debe comunicarse á los infieles, sino solo á las personas piadosas que viven con temor de Dios. Ruega á Teófilo, á quien escribe, que le ayude á alcanzar de Dios luces para interpretar bien los lugares de la Escritura que hablan del anticristo. Responde á dos preguntas de Teófilo, á saber ¿cómo se manifestó á los antiguos el Verbo

de Dios? y ¿porqué en la encarnacion se dignó hacerse siervo de Dios? y pasa á proponer varias dudas sobre la nacion, tiempo de la venida, nombre y caracteres del anticristo, procurando resolverlas con la Escritura.

Tambien el ciclo pascual de San Hipólito habia desaparecido, hasta que una feliz casualidad le hizo renacer á mitad del siglo diez y seis. Entre las ruinas de una antigua iglesia de San Hipólito cerca de San Lorenzo, fuera de Roma, se halló una estatua de mármol, sentada en una silla, en cuyos lados se leían grabados en letras griegas siete ciclos de diez y seis años, que fixaban el dia de la pascua para ciento y doce años, á saber, desde el primero de Alexandro Severo, ó 222 de Cristo hasta el 333. Aunque en la estatua no se veía el nombre de San Hipólito, nadie dudó que era este el ciclo pascual del Santo; mayormente habiéndose observado despues al lado una lista de títulos de varias obras de las que son ciertamente suyas ¹.

Eusebio ² cuenta los escritos de San Hipólito entre los que recogió Alexandro obispo de Jerusalem, que murió en la persecucion de Decio; y esto da fundamento para creer que nuestro Santo murió en la anterior, ó hácia el año 235. Pero por otra parte parece preciso darle algunos años mas de vida; pues escribió contra los noecianos, que segun se colige de San Epifanio ³, empezaron á publicar sus errores hácia el año 240. De qualquier modo podemos considerar á San Hipólito, como contemporáneo de Tertuliano, que habiendo nacido hácia el año 160 de Cristo, murió muy viejo hácia el de 245, y de cuyos escritos vamos á dar alguna razon.

Este grande hombre, que con tan deliberado conocimiento abrazó la religion cristiana ⁴, fué elegido presbítero de la iglesia de Cartago su patria, ó de la de Roma, en cuya ciudad estuvo muy de asiento. Pero dexándose vencer de la envidia, resentido por algunos agravios de los clérigos de la iglesia de Roma ⁵, tal vez atraído de Próculo famoso montanista, cuya eloqüencia y virtud ala-

CDXCII
Y SU CICLO.

¹ Vid. Eus. Hist. E. vi. c. 22. S. Hier. Cat. c. 61. Fabric. Op. S. Hippolit. et Ceill. Tom. II. c. 27.

² Eus. Hist. E. vi. c. 20.

³ S. Epiph. Her. 57. n. 1.

CDXCIII
DEL FAMOSO
TERTULIANO
TENEMOS

⁴ Núm. 432.

⁵ S. Hier. Cat. c. 53.

¹ Tertul. *adv.*
Valentin. c. 5.

² S. Hier. *Cat.*
c. 53.

³ Tertul. *De*
Pudicitia c. 1.
De Fej. c. 11.
12.

⁴ S. Aug. *Hær.*
86.

CDXCIV

LOS TRATADOS
DEL BAUTIS-
MO, DE LA
PENITEN-
CIA, DE LA
ORACION,

⁵ Ceill. *Tom.*
II. V. 28.

ba ¹, ó tambien deslumbrado por la aparente austeridad de vida y perfecta continencia, que profesaban los principales de esta secta: se unió con ellos, abrazó los errores de Montano y los delirios de mugeres visionarias. Era de mediana edad quando se separó de la comunión de los católicos ²: contra quienes despues enfurecido los trataba de carnales, groseros, sin luces, é incapaces de discernir las operaciones del Espíritu Santo ³. Apartóse tambien despues de los montanistas: hizose cabeza de partido, tenia sus juntas en una basilica, donde los pueblos iban á escucharle; y esta secta, aunque siempre fué disminuyendo, no se acabó hasta el tiempo de S. Agustin ⁴.

Habia Tertuliano escrito varias obras que se han perdido: entre otras un tratado de las dificultades y penas del matrimonio, otro de los éxtasis y otro del origen del alma. Pero sin detenernos en estas, ni en los poemas y obritas que falsamente se le atribuyen, veamos las que nos quedan, comenzando por las escritas mientras fué católico, y siguiendo el orden con que las menciona Ceillier ⁵. El primer libro es el del bautismo, *De Baptismo*, contra una muger llamada Quintila sectaria de los cainitas. Esta muger, imaginándose que una cosa tan sencilla como el bautismo no podia dar la vida eterna, impugnó su necesidad, pervirtiendo á muchos cartagineses. Así Tertuliano comienza el tratado, observando que el Espíritu Santo desde la creacion andaba sobre las aguas, y ensalzando muchas particularidades de este elemento. Manifiesta su analogía con los designios que Dios se propone en el bautismo: hace memoria de las figuras de este sacramento que precedieron en la antigua ley: habla del bautismo de San Juan: defiende la necesidad del de Jesucristo y su unidad; y explica la disciplina entonces observada en su administracion.

El libro de la penitencia, *De Pœnitentia*, trata de esta virtud en general; y observa cuán poca idea de ella tienen los paganos, y qué acciones la necesitan. Habla de la que precede al bautismo, y de la que debe hacerse por

los pecados cometidos despues, exhortando á los pecadores á hacerla verdadera. Sigue el libro de la oracion, *De Oratione*, en que pondera las excelencias del *Padre nuestro*, explica las peticiones de una en una; y observa que tambien puede usarse de otras oraciones, las circunstancias con que se debe orar, y algunas supersticiones de aquellos tiempos.

En el primero de los libros dirigidos á su muger, *Ad Uxorem libri duo*, le aconseja que si él muere antes que ella, no vuelva á casarse, aunque reconoce que podria lícitamente. En el segundo le previene que si en tal caso quisiese casarse, debe ser precisamente con un fiel: pondera los inconvenientes de que las mugeres cristianas casen con gentiles; y concluye representando la felicidad de un matrimonio cristiano. En su libro de las prescripciones, *De Præscriptione hæreticorum*, alega varios titulos por los cuales la Iglesia debe ser mantenida en la posesion de su doctrina, ó de su fe; y que contra ella á ningun herege debe oirse, ni debe con ellos disputarse sobre la inteligencia de las Escrituras, á que no tienen ningun derecho. Y como si hubiese querido prevenir el escándalo que su apostasía podia causar en la Iglesia, desde el principio observa que no debemos admirarnos de que algunos de los que mas se distinguen por la grandeza de la fe, despues se dexen arrastrar del error. En el tratado de la paciencia, *De Patientia*, prueba su necesidad, propone por modelo á Jesucristo crucificado, pondera sus beneficios y los daños de la impaciencia: hace ver que un cristiano jamas tiene motivo de impacientarse, y que sola la paciencia cristiana es verdadera, mas no la de los gentiles.

Dió el título de *Scorpiaco* ó *Scorpiace*, como si dixese contraveneno, á un tratado que escribió contra los hereges que pretendian, que habiendo Jesucristo muerto por todos, el martirio era superfluo, y así injusto. Prueba pues con la Escritura, la razon y varios exemplos que el martirio es agradable á Dios, bueno y aun necesario. Á este siguen los dos libros á los gentiles, su apologético, y

CDXCV
DOS LIBROS Á
SU MUGER, EL
CÉLEBRE DE
LAS PRES-
CRIPCIONES,
Y OTROS QUE
ESCRIBIÓ SIEN-
DO CATÓLICO:

¹ Núm. 360.

el del testimonio del alma, *Ad Nationes libri duo*, *Apologeticus*, de *Testimonio anime*, de los cuales hicimos antes mencion ¹. Todos parece que los escribió con motivo de la persecucion de Severo, durante la qual escribiría tambien su exhortacion á los mártires, *Ad Martyres*, dirigida á algunos confesores que estaban presos, en que los anima á la constancia y á la paciencia con muy oportunas reflexiones. Poco despues escribió de los espectáculos, *De Spectaculis*, y para retraer de ellos á los bautizados y á los catecúmenos, hace ver que son contrarios á la verdadera piedad y al sincero culto que debemos á Dios. Escribió tambien dos libros del vestido y adorno de las mugeres, *De Cultu foeminarum libri duo*, en que declama contra la vanidad en los adornos, el deseo de parecer hermosas, y sobre todo contra las que se pintan, y usan muchos afeytes.

Todavía era católico Tertuliano, quando publicó sus libros contra los judíos, contra Hermógenes y contra los valentinianos. En su libro contra los judíos, *Adversus Judeos*, refiere la disputa de un cristiano con un prosélito, y prueba la venida del Mesías con los testimonios de los profetas y con la extension de la Iglesia por todas las naciones. En su tratado contra Hermógenes, *Adversus Hermogenem*, deshace los sofismas con que este herege pretendía probar que la materia es eterna, y demuestra que si lo fuese sería igual á Dios, y Dios no sería su señor. Y en su libro contra los valentinianos, *Adversus Valentinianos*, explica los nombres bárbaros de que estos usaban, é impugna sus principales errores. Parece que iba ya cayendo en los suyos, quando compuso la exhortacion á la castidad, *De exhortatione castitatis*, dirigida á un viudo cristiano, para retraerle de volverse á casar, aunque lo supone lícito; y su tratado de la idolatría, *De idololatria*, en que sienta que todo pecado lo es, y con una moral que se arrima mucho á la dureza de los montanistas, da por reos de idolatría á los artífices que trabajaban estatuas ó pinturas de dioses, á los que enseñando las letras huma-

nas explicaban las fabulas, á los que vendian incienso ó cosa que sirviese para los sacrificios, á los que en fiestas públicas iluminaban sus casas, y coronaban las puertas con laureles, y á otros semejantes.

Era ya montanista quando escribió sus tratados del alma, de la carne de Jesucristo, de la resurreccion de la carne, los cinco libros contra Marción, la defensa del Palio ó capa filosófica, el aviso á Escápula, los tratados de la monogamia, de los ayunos, de la pureza, contra Praxeas, de la corona militar, de la fuga en tiempo de persecucion, y del velo de las vírgenes. En su opúsculo ó tratado del alma, *Dé Anima*, se propone demostrar la incertidumbre de quanto han dicho los filósofos sobre su naturaleza: parece que supone que el alma es corporal, habla muy obscuramente de su origen, impugna la transmigracion, defiende el libre albedrío, trata del estado del alma despues de la muerte, dice expresamente que resucitaremos con los mismos cuerpos, y varias veces hace mencion de su Paracleto, y alega la revelacion de una muger montanista.

En el tratado de la carne de Jesucristo, *De carne Christi*, defiende contra Marción que Jesucristo verdaderamente encarnó, ó tomó carne humana y la naturaleza de hombre: contra Apeles que Jesucristo no baxó su cuerpo del cielo, y sino que le tomó de María Virgen; y contra Valentinó que Jesucristo no solo nació por la Virgen, sino de la Virgen. En el libro de la resurreccion de la carne, *De Resurrectione carnis*, al paso que descubre su afición á las profecías de Montano, defiende el dogma de la resurreccion contra los hereges, que llama nuevos saduceos. Tambien en sus cinco libros contra Marción, *Adversus Marcionem libri V*, se descubre separado de los católicos, á quienes llama *psychicos*, como solian los discípulos de Montano; y no obstante establece máximas excelentes contra las heregías en general, y defiende y explica muchas verdades católicas en particular: que Dios ha de ser único: que es el Criador: que crió

CDXCVI
 VARIOS QUE
 ESCRIBIÓ
 SIENDO MON-
 TANISTA, AL-
 GUNOS DE LOS
 QUALES SON
 MUY IMPOR-
 TANTES:

al hombre libre : que solo el hombre es reo de sus pecados : que el mal físico es obra de Dios, pero es verdadero bien : que Jesucristo es Hijo de Dios criador : que su encarnacion no fué aparente sino verdadera , y otras muchísimas.

Es curiosa la defensa que Tertuliano escribió del *Pallio* ó capa , usada por los filósofos , *De Pallio* , la que llevó siempre aunque se le burlaban los romanos. Sostiene pues que es el vestido mas cómodo , que es útil á toda suerte de personas , y que es como un adorno sacerdotal que obliga á los que le usan á portarse con mas decencia , á lo menos en el exterior. Á esta defensa sigue su aviso á Escápula , *Ad Scapulam* , que ántes mencionamos ¹ , y luego tres tratados en que á cara descubierta impugna á los católicos : á saber , el de la monogamia , el de los ayunos y el de la pureza. En el primero , *De Monogamia* , alaba la indulgencia con que su paraceto , esto es Montano , condescendiendo con la flaqueza de la carne , tolera las primeras nupcias ; pero impugna á los *psychicos* ó católicos , que por seguir á San Pablo admitian las segundas , á pesar de la prohibicion de Montano , á quien condenaban como herege ; y pretende que su doctrina es conforme á la de Jesucristo y del mismo San Pablo. En su tratado de los ayunos , *De Jejuniis* , su único fin era defender que los ayunos particulares del miércoles y viérnes , y las *xerophagias* , ó abstinencia de carnes jugosas y de frutos vinosos , eran de precepto , como pretendian los montanistas , contra los católicos que decian que estos ayunos eran de devocion. En el libro de la pureza , *De Pudicitia* , se propone impugnar la práctica de la Iglesia que admitia á penitencia á los que despues del bautismo habian caido en fornicacion y aun en adulterio ; y se burla de los católicos que piensan tener facultad para perdonarlos.

Al principio de su tratado contra Praxeas , *Adversus Praxeam* , le supone causa de que el obispo de Roma no se hubiese unido con los montanistas ; y este resentimien-

¹ Núm. 360.

to pudo avivar el zelo con que defiende contra aquel herege la distincion de las Personas Divinas, y que no fué el Padre, sinó el Verbo ó el Hijo el que encarnó en el seno de María, padeció y murió. Su libro de la Corona militar, ó del soldado, *De Corona*, fué escrito con motivo de que uno que era cristiano no quiso ponerse en la cabeza la corona de laurel que le daba su tribuho: no obstante que muchos cristianos sostenian que este era un adorno indiferente, y que así habia hecho mal el soldado en exâsperar sin motivo á sus xefes contra la religion. Pero Tertuliano salió en su defensa, y pretendió que la tradición de la Iglesia reprobaba estas coronas, como fundadas en el culto de los ídolos. Con mayor severidad en otro libro intentó probar que era ilícita la fuga durante la persecucion, *De fuga in persecutione*.

En fin como en algunas iglesias se dexase á la libertad de las doncellas el estar en el templo con velo, ó sin él, al paso que en otras se les precisaba á cubrirse, los montanistas en todas partes seguian esta práctica: lo que segun parece dió lugar en algunas iglesias de África, á extenderse la costumbre de estar sin velo las vírgenes católicas, para evitar toda sospecha de que fuesen montanistas. Así Tertuliano escribió un libro con el título de que las vírgenes deben estar veladas, *De Virginibus velandis*, en que quiere probar que sin hacer caso de la costumbre, en todas partes deben andar con velo todas las vírgenes: esto es, que luego que llegan á la edad nubil no deben comparecer, ni aun en la Iglesia, sino cubiertas con un velo grande hasta la cintura.

En todas estas obras de Tertuliano son frecuentes las voces y expresiones bárbaras: es el estilo violento, desaliñado, obscuro, tal vez hinchado, casi siempre sentencioso, y á veces con mas sutileza que solidez; pero comunmente con pensamientos justos y elevados, cuya sublime hermosura compensa el trabajo que causa la obscuridad de la expresion. En el Apologético y demas libros contra los gentiles, se ve que poseía con perfeccion las le-

tras humanas : en los libros contra Marcion y Praxeas se descubren los principios de la teología, y una admirable claridad y exáctitud en hablar de la Trinidad de las Personas en un solo Dios : en muchos de sus libros se ven los antiguos ritos de la Iglesia ; y en el de las Prescripciones combate contra todas las heregias con gran vivacidad de ingenio , penetración de entendimiento y fuerza de discurso. Pero en las obras que escribió contra la Iglesia , aunque hay algunas cosas dignas de notarse , desaparecen la solidez y la exáctitud. Los errores en que Tertuliano cayó , han disminuido mucho la autoridad de sus obras ¹. Sin embargo San Cipriano hacía de ellas muy particular aprecio : siempre se han contado entre las más importantes de los autores eclesiásticos ; y San Vincencio Lerinense ³, explicando que Dios para prueba y ejercicio de los fieles , tal vez permite que algun maestro de la Iglesia se desvie de la fe , pone á Tertuliano por el mas docto de la Iglesia latina , ó uno de los mas doctos y mas versados en las letras divinas y humanas : pondera su vasta erudicion , la eficacia de sus razones y de su estilo para vencer á quantos impugna , y los triunfos que con sus escritos ha logrado contra varios hereges ; y concluye que su caída ó sus errores son una grandé tentacion para la Iglesia latina : al modo que la caída de Orígenes lo fué poco despues para la Iglesia griega , como luego veremos ; pero antes es preciso decir algo de algunos escritores que acabaron su carrera en aquel intermedio.

Entre los autores célebres por su doctrina y eloqüencia , que Dios suscitó en defensa de la verdad contra los errores de los montanistas , hace mencion Eusebio de tres libros , en que se describe el origen de esta secta y el desastrado fin de sus xefes , y se impugnan sus profecias , errores y falsos mártires. Y aunque al principio no nombra el autor , del contexto se colige que era Asterio Urbano , sacerdote católico ⁴. Tambien Apolonio , escritor eclesiástico , añade Eusebio ⁶, escribió un volumen en que de propósito impugna la heregia de los catafrigas , exá-

¹ S. Hilar. in *Math.* c. 5. init.

² S. Hier. *Cat.* c. 53.

³ *Common.* c. 24.

CDXCIX

NADA NOS
QUEDA DE AS-
TERIO, Y DE
APOLONIO: AI
-UA ESTE BR
-INGA Y, BOT
-LAD UR SJBAR
:AG

⁴ Eus. *Hist.* E. v. c. 16.

⁵ *Ibid.* c. 18.

minando muy por menor sus falsas profecías y la vida y costumbres de los autores principales de la secta. Pero dexando por ahora á los impugnadores de las heregías, digamos algo de un famoso historiador y cronólogo, y de un cristiano filósofo, alabado tambien de los gentiles.

Julio Africano, por sobrenombre Sexto, natural de la Libia, hábil en toda suerte de ciencias, habiéndose domiciliado en la arruinada ciudad de Emaus, que despues se llamó Nicópolis, por comision de los habitantes fué á pedir á Heliogábalo la reedificacion de la ciudad. Logrólo hácia el año 221. Hizo un viage á Alexandria para tratar al famoso Heraclas, presbítero, y despues obispo de dicha ciudad. La obra que mas contribuyó á hacer célebre su nombre, fué la historia de los tiempos ó cronología. Era conciso, pero sin dexar nada digno de conocerse, desde la creacion del mundo hasta su tiempo. Tocaba muy ligeramente los tiempos fabulosos de la Grecia anteriores á la primera olimpiada: aun despues trataba mas de propósito las cosas de los hebreos. Con todo en los pocos fragmentos que nos quedan, cita un sin número de historiadores griegos; y es fácil observar que algunos cristianos de los primeros siglos escribieron del orden de los tiempos con mas diligencia y exâctitud que los áticos mas célebres.²

Esta preciosa cronología ya no se encuentra; y solo nos quedan de Africano una carta á Orígenes y un apreciable fragmento de otra á un cristiano llamado Aristides, sobre la genealogía de Cristo, de que hablé en el libro segundo.³ Viajando Orígenes por la Palestina, disputaba un dia con un tal Baso sobre materias de religion, y citó la historia de Susana. Estaba presente Africano, que calló por entonces, y despues le escribió manifestándole que tenia por fingida aquella historia, y las razones en que se fundaba. Orígenes en su respuesta deshace las objeciones de Africano, y justifica la autenticidad de esta historia con mucha solidez. Pero una y otra carta están

D
DE JULIO
AFRICANO SO-
LO UNA PRE-
CIOSA CARTA,
Y FRAGMENTO
DE OTRAS:

¹ Phot. *Cod.*
34.

² *Vid. ap. Euseb. De Prep. Evang. x. c. 3.*

³ *Núm. 43. s*

escritas con tan admirable moderacion, que debieran servir de modelo en las disputas que se suscitan entre católicos. Julio Africano habia antes escrito una obra intitulada: *Los Cestos*¹, que nos obliga á creerle pagano al tiempo de escribirla; pues aunque Sincelo supone que esta obra estaba llena de observaciones de medicina, agricultura y química: por Suidas sabemos que enseñaba tambien á curar enfermedades con encantamientos, palabras y caracteres extraordinarios, y otras supersticiones idólicas².

Si este y otros muchos sabios abrazaron la fe despues de haber estudiado la naturaleza, y cultivado las ciencias humanas, tambien tenemos quien supo hacer grandes progresos en ellas, habiendo sido cristiano desde niño. Tal fué Ammonio, hijo de padres cristianos, y educado en esta religion³: el qual despues de haber tenido por oficio el transportar trigo y otros géneros con un sacco, de que le quedó el sobrenombre de *Saccas*, se aplicó á la filosofía, y llegó á ser uno de los mas famosos habitantes de *Bruquion*, barrio de Alexandria, donde se juntaban ordinariamente las gentes de letras. Así nos lo dice Amiano Marcelino, y Hierocles añade que habiendo los discípulos de Platon y de Aristóteles confundido y alterado las obras de estos dos maestros de la filosofía, para que apareciesen contrarios el uno del otro: remedió la confusion y division de las escuelas el *divino Ammonio*, que elevado por superior instinto á la verdadera filosofía, sin hacer caso de muchas opiniones que la desfiguraban, comprehendió perfectamente lo importante de una y otra secta, las reunió, y enseñó una filosofía pacífica, libre de las reñidas disputas con que la habian sobrecargado⁴. Aunque procuró conciliar á Platon con Aristóteles, su escuela pasaba por platoniana, y entre sus discípulos se cuentan Origenes Adamancio, Plotino, Herennio, el famoso Longino, San Heraclas, despues obispo de Alexandria, y otros muchos. Es muy verisímil que no perdía ocasion de imbuir en los discípulos la filosofía mas sólida, que es el

¹ Phot. Cod.
34.

Suidas in
Africano.

DI
DEL GRAN FI-
LÓSOFO AMMO-
NIO SACCAS

³ Eus. Hist.
X. vi. c. 19.

⁴ Hieroc. ap.
Phot. Cod. 114.
&c 151.

conocimiento de Jesucristo, pues en sus escritos acreditó gran zelo en promoverla.

Compuso entre otros muchos un tratado *De la conformidad de Moyses con Jesus*; pero no la vida de Aristóteles, que es de otro Ammonio del siglo V. De todas las obras del nuestro, solo nos queda la *Concordia ó Armonía evangélica*, en que está todo y el puro texto de los quatro evangelistas, sin haberse quitado ni añadido ninguna palabra: de manera que está muy lejos de los defectos de la que antes habia compuesto Taciano. Longino alaba mucho á Ammonio ¹. Porfirio en el libro tercero de su obra contra los cristianos dice que fué el filósofo mas sabio de aquel siglo; y tiene el atrevimiento de añadir que quando con la edad fué adelantando en la filosofía, abandonó la religion cristiana, que le habian enseñado sus padres, para abrazar el paganismo mandado por las leyes. Así nos lo refiere Eusebio, quien añade: "En lo de su mucha sabiduría y vasta erudicion, dixo verdad. Pero mintió evidentísimamente, (¿y cómo podia dexar de mentir escribiendo contra los cristianos?) diciendo que Orígenes de gentil pasó á cristiano, y que Ammonio de cristiano se hizo gentil ²." San Gerónimo ³ desmiente tambien esta calumnia; y á vista de la seguridad con que hablan estos sabios, no parece bastante motivo para sostener la apostasia de Ammonio, el que algunos de sus discípulos defendiesen la idolatría, ni el que pudo haber dos Ammonios, y que Eusebio y San Gerónimo pudieron confundirlos: mayormente siendo tan manifesto el malicioso prurito de aquel impio, para desacreditar á los cristianos, y no habiendo pretexto alguno para vindicarlo de la impostura, con que en el mismo lugar dice que Orígenes habia sido gentil.

En efecto Orígenes por sobrenombre *Adamancio* nació en Alexandría el año 185, y fué hijo de San Leónides mártir, y segun Suidas, obispo. El padre desde su niñez le hacia aprender de memoria cada dia algunos versos de la Escritura; y Orígenes tenia tanta afición

DIY
SE CONSERVA
LA CONCORDIA
EVANGÉLICA.

Año 232.

¹ Long. *Vit.*
Plotini P. 1.

² Eus. *Hist.*
E. VI. c. 19.
³ S. Hier. *Cat.*
c. 55.

DIH
ORÍGENES
CON UNA VIDA
ASOMBROSA
POR SUS AUS-
TERAS COS-
TUMBRES Y

APLICACION A
LA ENSEÑAN-
ZA

LA ENSEÑAN-
ZA

Año 1850

* Eus. Hist.

E. VI. c. 2.

^a Núm. 150.

á este estudio, que siempre pedía á su padre la explicacion de los lugares mas difíciles, queriendo penetrar hasta los sentidos mas profundos. San Leónides reprehendía esta curiosidad, y le advertía que se contentase con la inteligencia que la edad le permitía. Mas en su interior daba gracias á Dios de que le hubiese dado un hijo de tan buen natural; y á veces mientras dormía le besaba con respeto el pecho como templo de Dios. Llegada la persecucion, Orígenes concibió tan ardientes deseos del martirio, que él mismo se hubiera presentado, si su madre no pudiendo detenerle con súplicas, no le hubiese escondido los vestidos, para que no saliese de casa. Mientras San Leónides estaba preso, le escribió para animarle á padecer con valor, diciéndole: *Cuidado, Padre mio, no sea caso que por nuestra causa mudeis de sentencia* ¹.

Ya vimos antes ² que despues del martirio de su santo padre, no teniendo mas que diez y ocho años se le encargó la instruccion de los catecúmenos de Alexandría, y quán valerosos defensores de la fe salieron desde entonces de su escuela. Al confiscarse los bienes de su padre, le tomó en su casa una señora de Alexandría muy rica, que mantenía tambien, y había adoptado como hijo á un famoso herege llamado Pablo. Pero Orígenes, fiel desde la niñez á las disposiciones de la Iglesia, nunca pudo reducirse á comunicar con el herege en la oracion. Entre tanto hacia rápidos progresos en las humanidades; y se puso á enseñar gramática, con lo que ganaba para mantener á su madre y hermanos, y comprar libros. Pero despues para tener mas tiempo para la enseñanza de la religion y la meditacion de las Escrituras, vendió una preciosa coleccion de autores gentiles, concertando con el comprador que le diese cada dia solos quatro óbolos para mantenerse. En efecto le bastaban, pues iba siempre del todo descalzo, no tenia sino un vestido, dormía en el duro suelo, no bebía vino, ayunaba mucho, ni comía sino lo mas indispensable para vivir. Tanto como la austeridad de vida, era admirable la caridad con que sin temer ningún peli-

gro, á vista de los paganos, acudia á todas partes á consolar y socorrer á los que padecian por la fe. Y despues de haberse ocupado todo el dia en las continuas tareas que le inspiraba la caridad, pasaba la mayor parte de la noche en el estudio de los libros sagrados. Asi refrenaba su apetito en la juventud¹; y esta incesante aplicacion y activa caridad, que no cedia á ningun peligro ni trabajo, pudo hacerle dar el sobrenombre de *Adamancio* ó de diamante, y el de *Calcentero* ó de pecho de acero.

El oficio de catequista le obligaba á instruir á las mugeres, del mismo modo que á los hombres; y esto fué ocasion de que para evitar todo peligro, ó toda calumnia, tomase demasiadamente á la letra lo que Jesucristo dixo de los que se hacen eunucos por el reyno de Dios. Tendria veinte y un años quando se dexó arrastrar de este zelo indiscreto: el obispo Demetrio admiró tan atrevida accion, apreciando el fervor de que nacia; y el mismo Orígenes la reprobó despues, dando un sentido alegórico á las palabras de Jesucristo. Su gran sabiduria, su vida admirable, y la dulzura y agrado con que acompañaba sus instrucciones, aumentaban continuamente el número de sus discípulos: de modo que se vió precisado á dividirlos en dos clases. Encargó los principiantes á su amigo Heraclas, reservándose el cuidado de los mas adelantados. Atraídos de la fama de Orígenes, freqüentaban su escuela toda suerte de sabios, aun los hereges y filósofos mas distinguidos; pues junto con la religion enseñaba tambien la filosofia y las letras humanas. Á los mas vivos les enseñaba primero la geometría y aritmética, y despues las sectas y varias opiniones de los filósofos, cuyos escritos tambien les explicaba. Decia que este estudio disponia al de las letras sagradas, y citaba los exemplos de su maestro Panteno y de su amigo Heraclas, que se habian dedicado á las ciencias humanas.

En el año 211 al cesar la persecucion, hizo un viaje á Roma para ver aquella iglesia, la mas principal de todas². En 215 hizo otro á la Arabia, llamado de su

¹ Eus. Hist. E. VI. C. 2. 3.

DIV

DV
Á PESAR DE
SUS MUCHOS
VIAGES;

² Vid. Massuet Dissert. III. in S. Iren. art. 6. n. 31.

gobernador, que quiso consultarle algunos asuntos. El año siguiente treinta y uno de su edad, la guerra civil de Egipto le precisó á retirarse á Cesarea de la Palestina. Aunque era seglar, los obispos le rogaron que en su presencia en la iglesia instruyese al pueblo, y explicase las Escrituras. De esto formó queja Demetrio, obispo de Alexandria; mas Alexandro que lo era de Jerusalem, y Teoctisto de Cesarea, le citaron algunos exemplares de santos obispos, que exhortaron á algunos legos á predicar al pueblo, siempre que los hallaron hábiles para hacerlo con fruto ¹. Demetrio escribió á Orígenes, y aun le envió diáconos de su iglesia, para instarle á que volviese á Alexandria, como lo hizo. Otro viage tuvo que hacer Orígenes por causa de Mammea, tia de Antonino Heliogábalo, y madre de Alexandro. Esta princesa hallándose en Antioquía, y deseando tratar á Orígenes, le envió algunos soldados para que fuese con seguridad; y le recibió con mucho honor. Orígenes con varias instrucciones le declaró la gloria del Señor y el poder de su doctrina; y se volvió á las ordinarias tareas de Alexandria ².

¹ Eus. Hist.
E. VI. C. 19.

² Eus. Hist.
E. VI. C. 21.

Entonces fué quando Ambrosio, hombre muy rico, á quien Orígenes habia desengañado de los errores de Valentino, le instó para que escribiese sobre la Escritura. Le mantenía siete amanuenses de los que escribian con abreviaturas, varios copistas y algunas muchachas hábiles para hacer copias con especial primor. Le daba con generosidad quantos auxilios necesitaba, y todos los dias exigía algun nuevo fruto de su trabajo, premiándole de varias maneras, para que sin interrupción llevase adelante la obra.

Estaria Orígenes en los quarenta y cinco años de edad quando le precisaron á pasar á Atenas, para socorrer á las iglesias de la Acaya, perturbadas por varias heregias; la qual comision desempeñó con grande utilidad de toda la Grecia. Mas este viage fué el principio de la declarada enemistad con su obispo Demetrio, y de una serie de disturbios que agitaron á la Iglesia mucho tiempo. Al salir de

DVI
Y DE LAS PER-
SECUCIONES
QUE SIGUIE-
RON Á SU SA-
CERDOCIO,

Egipto pasó Orígenes por la Palestina, y se detuvo algo en Cesarea, cuyo prelado Teoctisto, San Alexandro de Jerusalem y otros obispos, que le juzgaban digno de los grados mas eminentes, le impusieron las manos, y le ordenaron de sacerdote. Sintiólo mucho su propio obispo Demetrio, ó fuese por envidia del mérito de Orígenes, ó por resentimiento de que hubiese admitido de otros obispos el honor del sacerdocio, ó por creer que iba á abandonar la escuela de Alexandria, para quedarse en la Palestina. Se quejó de los obispos, quienes se defendieron con las letras testimoniales que el mismo Demetrio le habia dado ¹. Escribió contra Orígenes, publicando la mutilacion con que se habia hecho eunuco, lo que hasta entonces no se habia sabido ²; y no contento con esto, juntó en poco tiempo dos concilios contra él. En el primero le prohibió enseñar en Alexandria, y aun le desterró de la ciudad. En el segundo pronunció contra él sentencia de deposicion, que firmaron los obispos del concilio; y aun llegó á descomulgarle, escribiendo á todas partes para hacerle separar de la comunión de los obispos ³.

¹ S. Hier. *Cat.*
c. 62.

² Eus. *Hist.*
vi. c. 8.

³ Phot. *Cod.*
118.

Estos procedimientos de Demetrio se fundaban en dos acusaciones contra Orígenes: la de haberse ordenado sin embargo de su mutilacion voluntaria, y la de varios errores que se le atribuían. En quanto á lo primero, no creo que entonces hubiese alguna ley eclesiástica contra los que se hiciesen eunucos, ni tampoco prohibicion de ordenarlos; pues los quatro cánones apostólicos que suelen algunos objetar ⁴, aunque pudieron hacerse en el siglo II. contra algunos hereges de poco nombre: me parece mas verisímil que fueron efecto de esa misma tan ruidosa causa. Demetrio dexándose vencer del resentimiento, no necesitaba de ley eclesiástica para declamar contra Orígenes. Un atentado no solo prohibido por las leyes civiles, sino tambien por la ley natural, le daba bastante campo para decir que Orígenes se habia hecho despreciable, é indigno de ser promovido al sacerdocio. Si Demetrio hubiese fundado su queja en alguna ley eclesiástica que prohibie-

⁴ *Can.* 21. 22.
23. 24. V. *núm.*
644.

se ordenar á los que se hubiesen hecho eunucos, San Alejandro de Jerusalem y sus compañeros, para defenderse ó excusarse de haber ordenado á Orígenes, solo hubieran podido decir que no sabian que fuese reo de este crimen, ó que tuviese este impedimento ó inhabilidad. Sin embargo no se defienden así; sino con que el mismo Demetrio le habia dado cartas de comunion y comendaticias, lo que le acreditaba de cristiano de buena conducta.

DVII

En quanto á los errores eran muchos los que se le imputaban. Y en una carta que escribió en su defensa, se lamenta de que habian corrompido sus escritos, y de que se le atribuían errores y blasfemias, que siempre habia detestado, entre otras la de que el demonio tambien ha de salvarse: lo que, añade, no lo puede decir sino un loco¹. Pero sea de esto lo que fuese, sus obras quedaron llenas de opiniones atrevidas, propuestas como dudas, y de muchos errores, que por la gran fama de virtud y ciencia del autor, causaron despues mucho daño á la Iglesia. Demetrio murió el año 231, poco despues de su última sentencia contra Orígenes; y este ya antes se habia retirado á Cesarea, donde continuó sus tareas de Alexandria²; pues los obispos de la Palestina, Arabia y Fenicia no le tuvieron por suspenso, ni descomulgado. Allí tuvo por discípulos á San Gregorio Taumaturgo, y su hermano San Atenodoro. Pasó á Capadocia, donde estuvo escondido por causa de la persecucion de Maximino, hasta la muerte de este emperador. Pasó tambien á la Arabia á ver si podria convertir á Berilo obispo de Bostra que negaba que Jesucristo fuese Dios antes de encarnar. En efecto lo logró: combatió igualmente con felicidad contra otros hereges de la misma provincia³; y vuelto á Cesarea despues de haber padecido mucho por la fe en la persecucion de Decio⁴, murió á los sesenta y nueve años de edad⁵.

No ha habido mortal, decia San Vincencio Lerinense⁶, que haya dexado mas escritos que Orígenes: ni bastaria la vida de un hombre para leerlos, segun San

¹ *Vid. S. Hier. Lib. II. cont. Ruffin.*

² *S. Hier. Ep. 29. ad Paul. Lib. II. adv. Ruffin.*

³ *Eus. Hist. E. VI. c. 37. 38.*

⁴ *Núm. 167.*

⁵ *S. Hier. Cat. c. 54.*

DVIII
ESCRIBIÓ UN
SIN NÚMERO
DE OBRAS:
SIENDO MUY
FAMOSAS SUS
HEXÁPLAS Y
OCTAPLAS.

⁶ *Common. c. 23.*

Gerónimo ; pero de la mayor parte ni noticia nos queda. Solo podemos decir en general que casi todos sus desvelos se dirigian á facilitar la inteligencia de las sagradas escrituras. Corrian entonces quatro principales versiones griegas del viejo Testamento : la que se llamaba de los Setenta , y las de Aquila , Simmaco y Teodocion : de las cuales será justo dar alguna razon en este lugar. La version de los Setenta fué hecha en Alexandria en tiempo de Tolomeo Filadelfo , 277 años ántes de Jesucristo. Aquila hácia el año 120 del Señor , de gentil se hizo cristiano ; pero habiendo sido descomulgado por su pertinaz incorregible aficion á la astroloiga judiciaria , renunció la fe , y abrazó el judaismo. Y entonces habiendo aprendido el hebreo con mucho trabajo , traduxo el antiguo Testamento , ya para desacreditar la version de los Setenta , ya tambien para obscurecer las profecias de Jesucristo. Los judíos á esta version la llamaban la *Exácta* , por que se ata mucho á la letra. Teodocion fué ebionita de los que pasaban por judíos , y hácia el año 184 publicó una version que por lo comun sigue á los Setenta. De la misma secta fué Simmaco , cuya version publicada por los años de 169 , en nada sigue á los Setenta , sino solo al texto , sin atarse á la letra con la afectacion de Aquila ; por lo que es mas clara é inteligible que esta , y mas exácta que las demas.

Orígenes encontró otras tres versiones , que no comprendian todos los libros hebreos , y las llamó quinta , sexta y séptima. La Iglesia usaba la version de los Setenta , en la que se habian introducido muchas equivocaciones por descuido de los copiantes ; por lo que Orígenes la revió y corrigió , cotejándola con el texto y con las demas versiones. Para facilitar el cotejo de unas con otras , y de todas con el original , compuso sus *Hexáp'as* , ó escrito de seis columnas. En la primera puso el texto hebreo con caracteres hebreos , en la segunda el mismo texto con caracteres griegos , en la tercera la version de Aquila , en la quarta la de Simmaco , en la quinta la de los Setenta ,

y la de Teodocion en la sexta. En algunos libros y exemplares se añadian las versiones quinta y sexta en otras columnas, y tal vez tambien la séptima. Así pudieron llamarse *Octaplas*, ó *Enneaplas*; como tambien *Tetraplas* ó de quatro columnas, quando solo se cotejaban las quatro versiones principales sin el texto. Hasta los mayores contrarios de Orígenes alabaron mucho estas obras; sin embargo de ningun libro sagrado nos quedan enteras, sino solo varios fragmentos, que recogió en dos volúmenes el erudito Montfaucon.

DIX
SUS COMENTARIOS DE LA ESCRITURA QUE SON DE TRES ESPECIES, SU LIBRO DE PRINCIPIOS Y ALGUNAS OTRAS QUE NOS QUEDAN.

1 S. Epiph.
her. 64. n. 3.

Tres especies de comentarios sobre la Escritura compuso Orígenes. *Escolios* ó notas breves sobre los lugares difíciles: *homillas* ó discursos familiares pronunciados al pueblo sin mucha premeditacion; y *tomos* ó volúmenes trabajados con mayor cuidado, en que explicaba de seguida y con extension el libro de la Escritura que emprendia. Segun San Epifanio de un modo ú otro los explicó todos¹. Pero han desaparecido la mayor parte; y de las demas obras suyas, solo nos quedan los libros de los Principios, de la Oracion, del Martirio, contra Celso, dos cartas y fragmentos de otras cartas y escritos. Una de ellas es la respuesta á Julio Africano, en que defiende la autenticidad de la historia de Susana y de otros lugares del antiguo Testamento, que ya entonces no estaban en el texto hebreo. La otra fué escrita á San Gregorio Taumaturgo, y le exhorta al estudio de la santa escritura, y á pedir á Dios con fervor la inteligencia de los lugares difíciles. En el libro *Periarcon*, ó de los principios, se proponia sentar los principios de quanto se ha de creer. No tenemos mas que la version de Rufino, que confiesa que ha quitado lo que ha visto contrario á la Iglesia, y corregido muchos lugares. Sin embargo aun quedan opiniones muy atrevidas, y generalmente reprobadas. En el tratado *De la Oracion* deshace las aparentes razones con que algunos impostores sin autoridad pretendian que la oracion era inútil ó superflua. Justifica su necesidad, previene sus circunstancias, y explica el Padre nuestro. La

Exhortacion al martirio la dirigió Orígenes á su amigo y favorecedor Ambrosio, que con un presbítero de Cesarea estaba preso en la persecucion de Maxímimo. Todo el tratado está entretexido de sentencias de la Escritura, por creer Orígenes que nada mejor que las mismas palabras de la verdad, puede excitar á los mártires á morir en defensa de la verdad. Los exhorta á no hacer caso ni de los tormentos, ni de las injurias, ni de la pérdida de todo lo de este mundo, con la esperanza del cielo, con el amor de Jesucristo, con las promesas del bautismo y otras oportunísimas reflexiones. Pero de todas las obras que nos quedan de Orígenes, la mas importante, y la que le hace mas honor por el estilo, por la erudicion y por la solidez son sus libros contra Celso, de que antes hablé ¹.

Pocos hombres habrá tenido el mundo tan universalmente admirados y estimados, como lo fué Orígenes algunos años. Pero pocos habrá tambien que hayan sido perseguidos con tanto calor, como lo fué en vida, y lo ha sido despues de muerto. Desde su ordenacion hasta ahora los santos y los sabios de la Iglesia han formado de él muy opuestos juicios. Y al paso que sus mayores apasionados confiesan que en sus obras, como están ahora, hay varias proposiciones erroneas ó atrevidas, tambien sus mayores enemigos hablan de él con honor en quanto á las costumbres. Es verdad que en San Epifanio leemos que ofreció incienso á los ídolos, para evitar una violenta deshonestidad con que le amenazaban. Pero parece que esta historieta no es del Santo, ó la creyó con poco exámen; pues sobre el silencio de amigos y enemigos de Orígenes, no ocurre la persecucion en que pudiese apostatar en Alexandria, como dice el Santo. Sobre todo la misma relacion viste la caída de Orígenes con tales circunstancias y tan pronto y constante arrepentimiento, que demuestra el grande concepto que tenian de su virtud, hasta los mismos que le calumniaban.

Concluyamos pues con el juicio que San Vincencio Lerinense ² hace de Orígenes, explicando que en la Iglesia

¹ Núm. 362.

DX

DE ESTE SABIO TAN ALABADO Y TAN PERSEGUIDO,

DXI

FORMA UN PRUDENTE JUICIO SAN VINCENCIO LERINENSE.

² Com. c. 23.

de Dios el error de un maestro es prueba ó tentacion del pueblo. " Yo pienso , dice , que en esta especie de tentaciones , ninguna puede compararse con la de Orígenes, en quien se juntaron tantas prendas excelentes, raras y admirables , que al principio pareció que debía creérsele en quanto dixese. Porque si la santidad de vida concilia autoridad , fué grande su aplicacion , grande su pureza , su paciencia , su tolerancia : si el linage y educacion , ¿ quien mas noble que el que nació en una casa tan ilustrada con el martirio? Privado por la fe de Cristo de su padre y de todos los bienes , entre las angustias de una santa pobreza , padeció muchas veces por la confesion del Señor. Además era su ingenio de tanta penetracion , profundidad , energía y elegancia , que casi nadie podía igualarle ni con mucho. Su ciencia y erudicion tan sobresaliente que poco habria en las ciencias divinas , y tal vez nada en las humanas , que no lo comprendiese perfectamente. Poseía el griego y el hebreo. ¿ Y qué diré de su eloquencia? Era tan plausible, tan agradable, tan dulce su oracion , que me parece que su boca en vez de palabras destilaba panales de miel. ¿ Qué cosa hubo tan difícil de persuadir , que con sus razones no lo aclarase ? ¿ Qué hubo árduo de emprender , que no lo representase muy fácil ?

¿ Acaso escribió poco ? No creo que ningun hombre haya escrito mas ; pues para que no le faltase ningun medio de hacerse admirable en la ciencia , llegó á una larga vejez. ¿ Fué desgraciado con sus discípulos ? Al contrario ¿ quién ha habido tan feliz ? De su escuela salieron innumerables doctores , innumerables sacerdotes , salieron confesores y mártires. ¿ Y quién podrá explicar quanto se grangeó la admiracion , la gloria y el agrado de todo el mundo ? ¿ Qué tierras hubo tan remotas de que no viniesen algunos á encontrarle ? ¿ Qué cristiano no le tuvo casi por profeta ? ¿ Qué filósofo no le veneró por maestro ? Hasta la madre del emperador Alexandro , y el emperador Felipe le trataron con amor y respeto : has-

„ta el impio Porfirio admiró y alabó su ciencia. Pero to-
 „das estas y otras innumerables prendas de Orígenes no
 „solo servian de gloria á la religion¹, sino que tambien ha-
 „cian mayor la tentacion de los fieles. Porque ¿quién en
 „vez de oponerse á tan grande hombre, no habia de de-
 „cir segun el antiguo adagio, que mas queria errar con
 „Orígenes, que acertar con los demas? En efecto se vi-
 „no á parar en que la peligrosísima tentacion de tan gran-
 „varon, maestro y profeta, desvió á muchísimos de la
 „verdadera fe. Y este mismo tan admirable Orígenes mien-
 „tras que abusando de los dones de Dios, fiándose dema-
 „siado en su ingenio, haciendo poco caso de la antigua
 „sencillez de la religion cristiana, pensando saber mas
 „que los otros, despreciando las tradiciones de la Igle-
 „sia y la doctrina de los ancianos, dió una nueva inter-
 „pretacion á algunos lugares de la Escritura; mereció
 „que la Iglesia le aplicase lo que de los profetas falsos di-
 „ce el Deuteronomio; y creyese que Dios le enviaba pa-
 „ra tentar ó probar su fidelidad.

„Porque en efecto era para la Iglesia grande tenta-
 „cion, el que mientras estaba pendiente de Orígenes, ad-
 „mirando su ingenio, sabiduría, eloquencia, tenor de vi-
 „da y santidad, sin sospechar ni temer nada de él, la fue-
 „se poco á poco conduciendo desde la religion antigua
 „á las novedades profanas. Pero dirá alguno que las obras
 „de Orígenes fueron corrompidas. No me opongo, ántes
 „mas bien lo deseo; y así lo dixerón no solo varios cató-
 „licos, sino tambien hereges. Pero con todo no puedo
 „dexar ahora de advertir que quando no lo sea él mis-
 „mo, á lo menos los libros publicados en su nombre son
 „una grande tentacion; pues estando inficionados con
 „muchas blasfemias, son leídos y estimados como suyos;
 „de modo que la autoridad de Orígenes sirve para per-
 „suadir el error, aunque su entendimiento no le hubiese
 „concebido”. Hasta aquí el Lerinense; y baste lo dicho
 de Orígenes. Digamos ahora algo del bienaventurado San
 Cipriano, á quien el mismo Vincencio ¹ llama Luz de

¹ Com. c. 24.

todos los santos , así obispos , como mártires.

Hemos visto el admirable principio y gloriosa consumacion de la vida cristiana del nobilísimo miembro de la Iglesia San Cipriano ¹. Tendremos aun otras ocasiones de renovar su memoria. Por ahora sin pretender formar su elogio , para el qual ni bastaria su misma eloqüencia , según San Agustín ² , daré alguna idea de sus escritos y de sus trabajos apostólicos , valiéndome principalmente de la vida del Santo , que escribió Poncio uno de sus diáconos y compañeros. Bautizóse San Cipriano en Cartago el año 246 ; y desde luego vendió sus posesiones , distribuyó á los pobres todos sus bienes que eran muchísimos , abrazó la continencia perfecta , renunció á todo fausto y pompa del mundo , y sujetó su cuerpo á rigurosas mortificaciones. Leía la sagrada escritura para ponerla en práctica , diciendo que quando Dios alaba á alguno es menester observar en qué le complació , y en aquello imitarle. Aun era neófito ó recién convertido , quando por disposición de Dios y por deseos del pueblo fué elevado al sacerdocio , y de seguida al obispado ; no habiendo podido huir como intentaba , porque los fieles en grande número tenian rodeada la casa. Tal era la fama de su virtud. Despues de obispo en toda su conducta fué un perfecto modelo de todas las virtudes. Sabia templar la blandura con la firmeza , la condescendencia con el vigor episcopal. Era á un tiempo alegre y grave , severo sin aspereza , benigno sin floxedad : propio para ganarse el respeto y el amor de todos. Á estas disposiciones del ánimo correspondia el porte exterior : en todo guardaba una prudente medianía , sin la ostentacion del luxo y sin afectacion de pobreza. Los asuntos graves , especialmente la ordenacion de los clérigos , solia tratarlos no solo con el clero , sino tambien con el pueblo. El esplendor de tantas virtudes le atraxo el odio de los gentiles y la proscripcion de los magistrados ; y se vió precisado á retirarse , como diximos hablando de la persecucion de Decio ³.

Desde el retiro trabajaba con la mayor vigilancia en

DXII

CIPRIANO, CUYA SANTIDAD PUE ADMIRABLE DESDE SU CONVERSION,

¹ Núm. 192.

434.

² Serm. 313. de S. Cypr.

³ Núm. 169.

DXIII

Y QUE TANTO

la direccion de su rebaño : amonestaba á su clero, exhortaba á los confesores, reprehendia á los que habiendo sido desterrados volvian sin permiso : excitaba á los fieles á implorar la misericordia de Dios, no solo con oraciones, sino tambien con ayunos y lágrimas : los animaba contra la violencia de los tormentos : se oponia á la indiscreta condescendencia de los mártires con los lapsos ; y exhortaba al pueblo á la mútua caridad fraternal y á la sobriedad en el comer y beber. Eligió diferentes vicarios, para que diesen cumplimiento á sus disposiciones, y ocurriesen á las urgencias de aquella iglesia. Los tres fueron obispos, á saber, Caldonio, Herculano y Victor : otros presbíteros, esto es, Rogaciano, Numidico y Tertulo ¹.

Sus vicarios le informaron del nuevo cisma de Novato y Felicísimo ². Y el Santo para cortar desde luego esa nueva peste de la Iglesia, en su respuesta declaró descomulgado á Felicísimo, y añadió : " Qualquiera que se junta á su faccion y conspiracion, entienda que quedará privado de toda comunion con nosotros en la Iglesia " ³. Y en efecto los vicarios del Santo descomulgaron á cinco ó seis ⁴. Al mismo tiempo escribió una larga carta á su pueblo, para preservarle de los engaños de Felicísimo ; y tambien concluye : " Pero si alguno se pasa al partido de Felicísimo y de sus sequaces, y se junta á esta faccion herética, entienda que no podrá volver á la Iglesia, ni comunicar con los obispos y pueblo de Cristo " ⁵.

Despues de cerca de dos años de destierro ⁶, tuvo el Santo el suspirado consuelo de ver á sus feligreses, abrazarlos, exhortarlos, y conducirlos segun la voluntad del Señor. Celebró varios concilios de que hablaremos despues ⁷; y exercitó con particularidad su zelo apostólico en la persecucion de Galo, y con motivo de la peste. En aquella no juzgando conveniente separarse de su rebaño, se preparó para la muerte, y dispuso á su Iglesia contra la violencia de los perseguidores. Dió la comunion á los penitentes, para reunir, como dice, todos los soldados de Cristo, y fortificarlos con el cuerpo y sangre del Señor;

INVIGILABA
EN LA DIRECCION DE SU
IGLESIA DESDE EL RETIRO,

¹ S. Cypr. Ep. 38. 39. s.

² V. núm. 459.

³ S. Cypr. Ep. 38.

⁴ Id. Ep. 39.

⁵ Epist. XL.

DXIV
Y ESTANDO
EN SU SEDE:

⁶ Ibid.

⁷ Núm. 594. s.

y exhortaba con gran zelo á sus feligreses á que se preparasen al combate con ayunos, vigiliass y oraciones. La peste, que iba arruinando el imperio, y que habia dado motivo á la persecucion con los sacrificios que se mandaban para aplacar á los dioses, hacia los mayores estragos en Cartago, cuyas calles estaban llenas de cadáveres medio corrompidos. San Cipriano vivamente afligido de tantas desgracias, convocó á su pueblo, y con tan singular eficacia le animó á sacrificar hacienda y vida en alivio de los enfermos y piadoso cuidado de los difuntos, que todos se ofrecieron á cooperar cada uno en lo que pudiese. Se repartieron entre sí los varios destinos que exígia la calamidad: se recogieron abundantísimas limosnas; y extendieron su caridad hasta á favor de los mismos perseguidores. En fin San Cipriano el año 257 fué desterrado por la fe, y el año siguiente consiguió la corona del martirio, como dexamos dicho ¹.

¹ Núm. 188. y 192.

DXV

NOS DEXÓ LA CARTA Á DONATO, LOS LIBROS DE LA VANIDAD DE LOS ÍDOLOS, DE TESTIMONIOS CONTRA LOS JUDÍOS,

Los escritos de este Santo, que han llegado hasta nosotros, son el libro á Donato sobre la gracia de Dios: el tratado de la vanidad de los ídolos: tres libros de testimonios: uno del tenor de vida y vestido de las vírgenes: otro de la unidad de la Iglesia: el de los lapsos ó caídos: de la oracion dominical: de la mortalidad: la exhortacion al martirio: el escrito contra Demetriano: el de la limosna y buenas obras: el del bien de la paciencia: el de la envidia; y ademas un buen número de cartas, con cuyo nombre se citan á veces tambien algunos tratados del Santo, segun la práctica de los antiguos, que llamaban indiferentemente cartas ó libros á los de mediana extension.

El libro ó carta á Donato, *Ad Donatum*, es uno de los primeros frutos de la conversion de San Cipriano. Describe con todas las flores de la eloquencia sus perplexidades antes del bautismo, la fortaleza admirable de la gracia del Señor, los progresos de los dones celestiales en los que viven con temor, y obran con inocencia, y los inminentes peligros y tempestuosas agitaciones del mundo. De que concluye que el único medio de vivir en paz y

sosiego, es el desprecio de las cosas terrenas y la esperanza del cielo que inspira la gracia del bautismo.

Antes hablamos del libro de la vanidad de los ídolos. Los tres de testimonios, *Testimoniorum libri III. adversus Judæos*, son una coleccion de extractos ó pasages de la Escritura, que formó el Santo para instruccion, y á instancias de Quirino recién convertido á la fe. Se suelen intitular *contra los Judíos*; y en efecto el primer libro hace ver que los judíos han perdido la benevolencia de Dios: que los cristianos recogidos de todas las naciones han entrado en su lugar; y que los judíos no pueden alcanzar el perdón de los pecados sino por el bautismo de Jesucristo, y entrando en la Iglesia. En el segundo libro se trata de la encarnacion del Verbo y de la pasion, muerte, resurreccion, reyno eterno y otros misterios de Cristo. El tercero contiene ciento y veinte máximas sobre las obligaciones y método de vida de un cristiano.

En el libro del Porte de las vírgenes, *De habitu virginum*, les advierte desde el principio que el arreglo de las costumbres ha de ser el fundamento de la fe y el apoyo de la esperanza. Ensalza las preeminencias de la virginidad, y quiere que en sus vestidos, palabras y en toda su conducta se conozca la pureza que profesan. Así previene á las ricas que su estado no las autoriza para usar de las galas y diversiones á que renunciaron en el bautismo. Pondera los excesos que ocasiona el deseo de adornarse: deshace los pretextos con que se suele excusar ó sostener el fausto ó luxo; y declama especialmente contra las que se pintan, las que concurren en festines de bodas, van á los espectáculos, y sobre todo contra las que no se avergonzaban de acudir á los baños públicos.

Uno de los tratados mas importantes de San Cipriano, es el de la Unidad de la Iglesia católica, *De unitate Ecclesie*. Prueba que la Iglesia ha de ser una con varias razones y exemplos tomados de la Escritura. Sienta que fuera de la Iglesia no hay salvacion, y que los cisináticos, aunque mueran por la fe, no se salvan. Establece máximas

1 N^om. 351.

D XVI
DEL PORTE DE
LAS VÍRGENES,
DE LA UNIDAD
DE LA IGLE-
SIA;

muy oportunas, para preservarse de los engaños de toda heregia y cisma, aludiendo en varios pasages al de Novaciano y á su ordenacion sacrilega. Advierte que no es menester escandalizarse de que algunos confesores de la fe se hagan cismáticos ó heréges; pues la confesion de la fe no hace impecables. Y concluye mandando á sus feligreses que se abstengan de toda comunicacion con los cismáticos, y vivan entre sí con tan íntima union, como los fieles de los tiempos de los apóstoles.

DXVII
DE LOS CAIDOS,

Concluida la persecucion de Decio, en que fueron muchos los fieles que apostataron, San Cipriano escribió el tratado de los Lapsos ó de los caídos, *De lapsis*, esto es, de los que habian caído en el crimen de negar la fe. Desde el principio da gracias á Dios por la paz, alaba á los fieles que se mantuvieron constantes en la persecucion, y lamenta la desgracia de los que cayeron. Hace memoria de la corrupcion de las costumbres de los cristianos, que fué causa de la persecucion de Decio, y de que en tan gran número se ofreciesen los fieles á sacrificar antes de ser presos ó atormentados. Pondera el grave delito de los que tan pronta y ligeramente negaron la fe, advirtiendo que el mismo amor y compasion que les tiene, le mueve á descubrir toda la malicia de su llaga. Se enardece contra los que querian reconciliarse sin hacer penitencia, valiéndose de recomendaciones de mártires moribundos: observa que esta indulgencia excesiva es cruel contra los mismos lapsos, es agena de la intencion de los mártires, y es una nueva persecucion de la Iglesia. Refiere varios portentosos castigos de la justicia de Dios. Declara que son tambien reos de grave delito los que compraron testimonios de que habian sacrificado, aunque nó lo hubiesen hecho; y que deben confesarse con el sacerdote, y hacer penitencia, quantos en su interior pensaron procurarse tales testimonios ó sacrificar, aunque no llegasen á executarlos. Á todos exhorta á confesarse, y procurar satisfacer á Dios con verdadera penitencia: encarga con energía sus santos rigores; y pondera la ceguedad y obstinacion de los que

prometiéndolo ó esperando una falsa salud sin penitencia; se privan de la verdadera que da la satisfaccion; y al contrario la felicidad de los que haciendo frutos dignos de penitencia, llenan de gozo á la Iglesia, que antes habian penetrado de amargura, y merecen de Dios, no solo el perdón, sino tambien el premio ó la corona.

El libro de la Oracion Dominical, *De Oratione Dominica*, puede considerarse dividido en tres partes. En la primera el Santo recomienda las excelencias de esta oracion, dictada por el mismo Señor, y enseña que siempre debemos acercarnos á orar con modesto encogimiento y respeto; y aunque oremos con los demas fieles, ha de ser sin gritos descompasados, considerando que Dios está presente, y que debemos complacerle hasta en la postura del cuerpo y tenor de la voz. En la segunda parte nos da una larga y preciosísima explicacion del Padre nuestro; y en la tercera enseña que la oracion ha de ser muy frecuente, como la de Jesucristo: ha de ir acompañada de gran vigilancia para evitar las distracciones; y ha de ser fecunda en obras buenas, especialmente limosnas, y arreglada de modo, que nunca falte en la noche, á mas de las horas de prima, tercia, sexta y nona.

Durante la peste que afligió el imperio en tiempo de Galo, publicó el tratado de la Mortandad ó Mortalidad, *De Mortalitate*, para animar á los que por flaqueza de ánimo, por poca fe, por demasiado apego á las cosas del mundo, por debilidad de sexô, ó lo que era peor por mala idea de la verdad, no se portaban con la fortaleza y constancia que corresponde á los soldados de Dios y de Cristo. Observa que estas calamidades públicas fueron profetizadas por el Señor: que ellas son una prenda de que está cerca nuestra felicidad: que este mundo está lleno de tentaciones, peligros y trabajos: que el cristiano no cree para librarse de las penas de esta vida, antes bien sabe que aquí ha de padecer mas que los otros: que el contagio, como toda grande calamidad, cura muchos viciosos, da ocasion de exercer varias virtudes, y sirve de prueba

DXVIII
DE LA ORACION DOMINICAL, DE LA MORTALIDAD,

DE LA ORACION DOMINICAL, DE LA MORTALIDAD,

á todos los hombres; y que aun los fieles que hubiesen deseado morir por la fe, si mueren de contagio, serán coronados por el justo juez, que no busca nuestra sangre, sino nuestra fe. Al paso que recuerda estos y otros cristianos motivos de consuelo, con admirable eloqüencia inspira un humilde rendimiento á la voluntad de Dios, una fe viva en sus promesas, y sobre todo un ardiente deseo y firme esperanza de la gloria celestial: con lo que convence y persuade que el temer los estragos de la peste, y llorar la muerte de los amigos, es cosa de gentiles; pero los que tenemos viva fe y mejores esperanzas, nos hemos de dar la enhorabuena en las calamidades públicas, y esperar con ansia la hora de acabar nuestra peregrinacion, llegar á nuestra patria, y gozar luego la compañía de Jesucristo y de los bienaventurados.

DXIX
DE LA EX-
HORTACION AL
MARTIRIO,
CONTRA DE-
METRIANO, DE
LA LIMOSNA,

Con un estilo semejante á los tres libros de Testimonios, escribió San Cipriano una Exhortacion al martirio, *De exhortatione martyrii*. La dirige á Fortunato, por cuyas instancias la escribió: le advierte que no tanto le envia un tratado, como materiales para hacerle, pues para exhortar á morir por la fe, juzgaba conveniente no hacer mas que recoger las palabras y exhortaciones de Dios. Así en doce capitulos recoge varios lugares de la Escritura, en que demuestra que ni los ídolos ni los elementos pueden adorarse, sino solo Dios: que el Señor con dificultad perdona, y regularmente castiga con rigor á los que caen en idolatría: que los que somos redimidos por Cristo, todo lo hemos de abandonar antes que á Cristo: que debemos perseverar constantes en la fe y en la virtud: que los trabajos y persecuciones son pruebas de nuestra fidelidad: que no debemos temer injurias ni tormentos: que en todos tiempos han sido perseguidos los buenos, y que está profetizado que lo han de ser los cristianos: en fin que es sin comparacion mayor, que quanto pueda padecerse en este mundo, el premio que Dios dará á los mártires, y tambien á todos los justos, aunque hayan sido llamados con una muerte pacífica.

Durante la persecucion de Galo , escribió San Cipriano la vehemente oracion apologética contra Demetriano, *Ad Demetrianum* , de la que hicimos antes mencion ¹. Y parece que fué despues de recobrada la paz , quando escribió la carta ó tratado de la Limosna, *De opere & elemosyna*. Con varios textos de la Escritura y las mas oportunas cristianas reflexiones , demuestra que uno de los mas grandes beneficios que nos ha hecho Dios , es facilitarnos en la limosna un medio de redimir nuestros pecados , de hacer eficaces nuestras oraciones , y de librarnos de los peligros del alma y aun del cuerpo : que los preceptos , consejos y exemplos de la limosna son los mas inculcados en la Escritura , y especialmente en el evangelio : que el temor de empobrecer haciendo limosnas , solo nace de suma ignorancia y falta de fe ; y que el tener muchos hijos ha de ser motivo de hacer mas limosnas , para mejor asegurarles su prosperidad. Introduce al demonio que se gloria de que sus siervos sin haber padecido por ellos , ni prometerles el cielo , derraman inútilmente los tesoros para fomento del luxo y de los vicios , con mucha mayor profusion que los siervos de Cristo , á pesar de tantas promesas y beneficios , para alimentarle en sus pobres. Hace ver en seguida el rigor con que Jesucristo en el último juicio castigará la falta de misericordia ; y concluye con una afectuosa exhortacion á hacer muchas limosnas.

Á las disputas sobre el bautismo de los hereges debemos , segun parece , dos excelentes tratados de San Cipriano , el del Bien de la paciencia , *De bono patientie* , y el de los zelos y envidia. En el primero demuestra que la paciencia de los filósofos fué falsa , y que solo es verdadera la de los cristianos : que Dios nos da el primer exemplo de esta virtud con lo mucho que sufre , espera y favorece á los idólatras y demas pecadores : que Jesucristo nos la enseñó con palabras y obras hasta la muerte : que la practicaron los patriarcas y los profetas , y especialmente los mártires : que esta virtud es necesaria desde la sentencia que intimó Dios á Adan despues de su pecado : que

1 Num. 361.

DXX
DEL BIEN DE
LA PACIENCIA,

es mas indispensable en los cristianos, pues sin ella no perseveraríamos en la caridad con Dios, ni en la paz y union con los hermanos, ni en el cumplimiento de los preceptos del evangelio, ni llevaríamos bien las enfermedades, miserias y demas trabajos de este mundo. El Santo hace ver que así como la paciencia es una gracia de Cristo y un gran indicio de que Cristo habita en el alma: así la impaciencia es un vicio del demonio y una prueba clara de que está en posesion de algun hombre. Declara los estragos de este vicio: añade una muy elegante enumeracion de los efectos de la virtud, y concluye advirtiendo que por grandes que sean las persecuciones de gentiles, judíos y hereges, bien podemos esperar con paciencia el dia de la venganza, quando la difiere el mismo Dios que ha de vengarse.

DXXI

Y DE LOS ZE-
LOS Y ENVI-
DIA,

En el libro de los zelos y de la envidia, *De zelo et livore*, advierte desde el principio que entre las varias continuas tentaciones del demonio, exige particular vigilancia la de la envidia, porque es oculta, y parece leve siendo gravísima. Observa que el ángel malo se perdió á sí mismo, y perdió al hombre por la envidia, y desde entonces han sido continuos sus estragos: que este vicio hace perder el temor de Dios, el respeto á la doctrina de Cristo, la memoria del juicio y todo freno de obrar mal. Fomenta el odio, inspira la audacia, inflama la avaricia, excita la ambicion, hincha la soberbia, exaspera la crueldad, arma la perfidia, conmueve la impaciencia, enfurece la discordia, enciende la ira, da fuerza á todo vicio, quebranta la paz del Señor, viola la caridad fraternal, adultera la verdad, rompe la unidad, y hace llegar á cismas y heregías, comenzando por murmurar de los sacerdotes, envidiar á los obispos, quejarse de no ser ordenado antes, ó desdeñarse de que otro sea preferido. Describe luego el Santo los estragos que causa la envidia en el mismo envidioso, así en el alma como en el cuerpo; y prueba que aborrecer al que es feliz, es una calamidad sin remedio. Se extiende despues en manifestar cuánto ha de

huir de la envidia el discípulo de Cristo : observa que el cristiano en tiempo de paz puede alcanzar muchas coronas ; y afectuosamente encarga que se procure ganar la del triunfo de la envidia con santas lecturas, oracion, ocupaciones saludables , detestacion de todo vicio y amargura de ánimo , mucha caridad , imitacion de los buenos, deseos de la gloria y presencia de Dios.

Á mas de los trece tratados mencionados , se nos conservan un buen número de cartas de San Cipriano. Algunas se dirigen á su clero y pueblo , desde el lugar en que estuvo retirado durante la persecucion : otras al clero de Roma y á los papas San Cornelio , San Lucio y San Esteban ; otras á mártires ó confesores ; y muchas son en respuesta á varios obispos , mayormente de su provincia , que le consultaban en asuntos árduos. En otros lugares ¹ , especialmente hablando de la vida del Santo ² , y tratando de la reconciliacion de los lapsos ³ y bautismo de los hereges ⁴ , hago memoria de casi todas. Aquí solo diré algo de sus respuestas á los obispos Eucracio y Pomponio. Eucracio le preguntó si daría la comunion á un comediante que habia dexado el teatro , pero continuaba en instruir á jóvenes paganos en el arte de representar. El Santo le responde que ni conviene á la magestad de Dios ni á la disciplina del evangelio , el manchar la pureza y santidad de la Iglesia con la permission de officio tan infame. Y si el comediante alega que es pobre , y que no tiene otro medio de ganar la vida , se debe socorrerle como á los demas pobres ; pero él debe contentarse con lo que se da á los demas , sin pretender que se le dé un salario ó premio para que dexede pecar ; pues esto es interes suyo , mas que de los otros ⁵.

Pomponio le consultó cómo debia portarse con unas vírgenes , que despues de haber firmemente resuelto mantenerse siempre en este estado , se descubrió que dormian con hombres , aunque aseguraban que era sin perjuicio de su integridad. El Santo declamó con zelo contra tan grande abuso ; y determinó que debia suspenderse la comunion

DXII
Y VARIAS CARTAS NO MENOS IMPORTANTES

¹ Núm. 461.

573. 582. s.

587. s.

² Núm. 484.

512. s.

³ Núm. 574. s.

⁴ Núm. 589. s.

⁵ S. Cypr Ep. ad Euc.

así á las vírgenes como á los que dormían con ellas. Que si se separaban y hacían penitencia, las que hubiesen permanecido vírgenes podrían admitirse luego en la Iglesia; pero con el apercibimiento de que si volvían á habitar con aquellos mismos hombres en una casa, ó baxo de un mismo techo, serían castigadas con mas rigor, ni debían despues ser recibidas en la Iglesia con facilidad. Pero si alguna hubiese perdido su virginidad, debía hacer penitencia entera, y solo despues de haberla hecho el tiempo que pareciere justo, volviese á la Iglesia. En fin si algunos y algunas permanecían obstinados en no querer separarse, de ningún modo pudiesen ser admitidos en la Iglesia ¹. Así estas, como todas las demas cartas de S. Cipriano, no son menos útiles, enérgicas y eruditas que sus tratados. De modo que en los solos escritos de este Santo tenemos los principales dogmas de nuestra religion establecidos con solidez, la disciplina de la Iglesia representada con magstad y las máximas de la moral evangélica sostenidas en su pureza, como será fácil observar en el resumen que daremos de la doctrina y disciplina de la Iglesia, antes de la paz de Constantino. Ahora acabemos de ver los escritores que en esta época la defendieron é ilustraron.

Al paso que de San Cipriano se han perdido varias cartas y algun tratado: con sus obras suelen imprimirse otras de las quales se duda que sean suyas, ó se cree que no lo son. El tratado de los espectáculos, *De Spectaculis*, aunque tal vez no sea del Santo, es sin duda de un obispo de aquellos tiempos: es un escrito excelente, piadoso, enérgico: demuestra qué indigno es de un cristiano asistir en los espectáculos de los gentiles, y qué sin vergüenza quieren algunos apoyarse en que David bayló delante del arca, y San Pablo hizo memoria de los atletas. Del libro de la alabanza del martirio, *De laude Martyrii*, no sin razon aun ahora hay quien juzga que es del Santo ². Hace ver el honor, efectos y premios del martirio: el exemplo de Cristo: la gloria eterna que consiguen los mártires; y hace una horrorosa pintura de las pe-

¹ S. Cypr. Ep. 62. col. 237. et s.

XXXIII
TAMBIEN SE
LE ATRIBUYEN
A G U N O S
OTROS TRATA-
DOS.

² Vid S. Cypr. Op. Ed. Ven. 1758. c. 720. n. 4.

nas del infierno, de que se libran. El tratado del bien de la pureza, *De Bono Pudicitiae*, es de un obispo que por causa de la persecucion se habia separado de sus feligreses; pero desde el retiro se creía obligado á instruirlos y exhortarlos quanto pudiese. Ensalza mucho la virginidad: dice que en algun modo hace al hombre superior á los ángeles, y que es particular efecto de la gracia de Dios.

El libro contra Novaciano, *contra Novatianum*, nada contiene que no sea digno de San Cipriano, y á lo menos es de su tiempo. Con mucha elegancia y copia de doctrina, se demuestra que Dios siempre está pronto á perdonar á los pecadores arrepentidos; y se observa que muchos de los que cayeron en la persecucion de Decio, despues en la de Galo permanecieron constantes y prontos á dar su sangre y vida por Jesucristo. El tratado *De la Solèdad*, ó singularidad de los clérigos, aunque prueba con solidez que los sacerdotes han de vivir célibes, y demuestra con eficacia los peligros que corren los clérigos viviendo con mugeres: no hay duda que no es de San Cipriano, sino de algun autor desconocido. En fin entre otros que por su estilo ó máximas son indignos del Santo, va con sus obras un tratado con el título *de que no han de rebautizarse los que fueron bautizados en nombre de Jesucristo*, *De Rebaptismate*. Este escrito, en que se hallan varias proposiciones poco exáctas, parece hecho de propósito para defender la sentencia de San Esteban contra la de San Cipriano sobre el bautismo dado por los hereges.

San Dionisio Alexandrino, á quien San Atanasio reconoce por maestro de la Iglesia católica ¹, sin duda merece un lugar muy distinguido entre los autores eclesiásticos del siglo III. Pero como de sus obras y cartas apenas nos quedan mas que algunos fragmentos, que se nos han conservado entre los escritos de Eusebio ² y San Atanasio ³, y de ellos hablamos en otro lugar ⁴: aquí nos contentaremos con advertir que no parece del Santo la carta á Pablo Samosateno, que con su nombre se imprimió

DXXIV
SOLO ALGUNOS
FRAGMENTOS
NOS QUEDAN
DE LAS OBRAS
DE SAN DIONISIO ALEXANDRINO, Y
DE OTROS MUCHÍSIMOS ESCRITORES.

¹ S. Athan. *Ep. de Sent. Dion.* n. 5.

² Eus. *Hist. E.* VI. c. 45. 46. et VII. c. 22.

³ S. Athan. *loc. cit.*

⁴ Núm. 625.s.

en la Biblioteca de los Padres, y en el primer tomo de la coleccion de los concilios del Padre Labbé. San Gerónimo cuenta entre los autores eclesiásticos á Berilo obispo de Bostra, á quien convirtió Orígenes, y á Trifon discípulo de este: á uno y otro atribuye varias obritas y cartas, de las que ninguna tenemos ¹. También deben contarse entre los escritores los papas San Esteban y San Dionisio, por sus cartas de que nos quedan algunos fragmentos; pero no San Sixto II. por el libro de sentencias que le atribuyó Rufino, porque es de un filósofo pitagórico del mismo nombre, como observan San Gerónimo ² y San Agustín ³.

San Dionisio Alexandrino impugnando el error de los milenarios, cuyo principal defensor era Nepos obispo del Egipto, dice que este prelado era por otra parte un varon muy ilustre, no solo por su fe, aplicacion y conocimiento de las Escrituras, sino tambien por los muchos himnos que había compuesto, y que aun despues de su muerte eran muy estimados entre los fieles ⁴. Un presbítero de Antioquia llamado Malquion se hizo famoso por su disputa, ó dialogo con Pablo de Samosata ⁵, que fué escrito por los notarios; y por una carta dirigida en nombre del sínodo á los obispos de Roma y Alexandria: San Anatolio obispo de Laodicea por algunos escritos sobre la pascua, y por el ciclo pascual ⁶; Firmiliano obispo de Cesarea en Capadocia por su carta sobre el bautismo de los hereges ⁷ y otros escritos ⁸; y sobretodo S. Gregorio Taumaturgo, de quien es justo hablar con alguna mayor detencion.

Teodoro, á quien se dió despues el nombre de Gregorio, y el sobrenombre de Taumaturgo por la multitud y grandeza de sus milagros, nació en Neocesarea del Ponto de padres nobles y ricos. Á los 14 años murió su padre, que era muy apasionado á la idolatría; y desde entónces el Santo le fué perdiendo la aficion, é instruyéndose en la religion cristiana. Su madre, que le destinaba á la jurisprudencia, le hizo estudiar la retórica, la

¹ S. Hier. *Catal.* c. 60. et 57.

² *Epist.* 43. *ad Ctesiph.*

³ *Retract.* II. c. 42.

⁴ Ap. Euseb. VII. c. 24.

⁵ S. Hier. *Cat.* c. 71.

⁶ *Ibid.* c. 73.

⁷ *Int. Epist. S. Cypr. Ep.*

⁸ *S. Bas. de Spir. S.* c. 29.

DXXV
SAN GREGORIO TAUMATURGO, QUE EN SU EXTRAORDINARIA ELECCION PARA EL EPISCOPADO,

lengua latina y el derecho romano. Con motivo de acompañar á una hermana, cuyo marido era asesor del gobernador de la Palestina, fué á Cesarea, y oyó á Orígenes que entonces tenia allí su escuela. Orígenes conociendo la bella disposicion del Santo para adelantar en la verdadera filosofia, procuró inspirarle aficion; y el Santo la concibió tan grande á su maestro, que olvidando el estudio de las leyes y su patria, se quedó en Cesarea con su hermano Atenodoro, y los dos estudiaron en la escuela de Orígenes la lógica, la física, las matemáticas, la moral, y en fin la teología y letras sagradas.

En 235 la persecucion de Maximino precisó á Orígenes á esconderse; y nuestro Santo se retiró á Alexandria. Aunque no estaba bautizado, vivia con tal pureza, que algunos jóvenes no pudiendo sufrir que la buena fama del Santo fuese una censura de sus desarreglos, procuraron que una mala muger al tiempo de estar el Santo en una conferencia pública de filosofía, fuese á pedirle la paga de sus crímenes. Los que le conocian se horrorizaron de tan atroz calumnia; mas el Santo vuelto á un amigo con gran sosiego le dixo: Da á esa muger el dinero que pide, para que no nos interrumpa mas. La infeliz muger fué al instante castigada por Dios, y poseida del demonio, abullando como una fiera, cayó de cara á tierra, se arrancaba los cabellos, le centelleaban los ojos, la boca llena de espuma como si estuviese rabiando; pero el Santo intercedió por ella, y quedó libre¹. Recobrada la paz de la Iglesia, y restituido Orígenes á Cesarea, volvió tambien San Gregorio con su hermano á proseguir los estudios, hasta que cinco años despues de haberlos comenzado, resolvieron volverse á su país. San Gregorio antes de partirse quiso manifestar su agradecimiento á Orígenes, pronunciando en elogio suyo un discurso, que aun tenemos, y es una de las piezas de eloquencia mas perfectamente acabadas.

Parece que el Santo se bautizó antes de salir de Cesarea; y al llegar á su patria, aunque sus paysanos es-

¹ S. Gregor.
Nissen. *Vita*.
Thaumaz.

peraban que en las juntas públicas haría brillar su talento y sus estudios, el Santo se retiró á la soledad, dexando todos sus bienes sin excepcion. No había mucho que gozaba las delicias de la vida solitaria, quando Fedimo obispo de Amasea, que tenía el don de profecía, le hizo entender que quería destinarle al servicio de la Iglesia. Gregorio para esconderse iba huyendo de una soledad á otra. Pero Fedimo impelido del espíritu de Dios, resolvió nombrarle obispo, aunque estuviese ausente, y le destinó á la ciudad de Neocesarea, en que todos eran idólatras, á excepcion de solos diez y siete cristianos. Gregorio entonces compareció resignado á la voluntad de Dios: se celebró la ordenacion con la solemnidad acostumbrada; y rogó á Fedimo que le dexase algun tiempo para conocer los misterios con mas exáctitud, y pedir á Dios que le ilustrase.

CXXXVI
RECIBIÓ DEL
CIRLO UN SÍM-
BOLO DE LA
XX:

Con tan santos deseos había pasado una noche exáminando la doctrina de la fe, para guardarse de los errores de muchos que la mezclaban con discursos humanos, quando se le apareció un anciano de semblante y porte respetable. Absorto el Santo le preguntó, quién era y qué quería. El anciano con voz grave le dixo que no temiese, pues Dios le enviaba para descubrirle la verdad de la fe. Luego alargando la mano le mostró al otro lado una persona en traje de muger, y de condicion mas que humana. Gregorio asombrado baxaba los ojos, y no podia sufrir el resplandor de esta vision; pues aunque la noche era obscura, las dos personas despedian una gran luz. Entre tanto oyó que la muger llamando á Juan el evangelista le decia que descubriese á aquel jóven el misterio de la verdadera religion; y que Juan respondió que estaba pronto, una vez que era del agrado de la Madre del Señor. Luego que acabó de explicarle dicha doctrina, la vision desapareció; y Gregorio desde luego escribió lo que acababa de aprender en estos términos: *No hay sino un Dios Padre del Verbo que vive, de la sabiduria que subsiste, del poder y del caracter eterno, perfecto, Padre de un Hijo per-*

fecto: Padre de un hijo único. No hay sino un Señor, solo de uno solo, Dios de Dios: caracter é imágen de la Divinidad: verbo eficaz: sabiduría que comprehende el enlazamiento de todas las cosas: y poder que ha hecho todas las criaturas: verdadero Hijo de un verdadero Padre: Hijo invisible de un Padre invisible: Hijo incorruptible de un Padre incorruptible: Hijo inmortal de un Padre inmortal: Hijo eterno de un Padre eterno. No hay sino un Espíritu Santo, que tiene su ser de Dios; y que por el Hijo ha aparecido á los hombres. Imágen perfecta del Hijo perfecto. Vida y causa de los vivientes: fuente santa: santidad que da la santidad: por quien se manifiesta Dios Padre, que es sobre todo y en todas las cosas, y Dios Hijo, que permanece por todas las cosas. Trinidad perfecta, sin division ni mudanza, en su gloria, eternidad y reyno. Tal fué la exposicion de la fe revelada á San Gregorio Taumaturgo. La dexó escrita de su mano á sus sucesores, y aun se conservaba en tiempo de San Gregorio Niseno.

I S. Gregor.
Nissen. *Vita*
Thaum.

DNXVII
CUYOS POR-
TENTOS FUÉ-
RON TAN ASOM-
BROSOS:

El Taumaturgo salió entonces de su retiro para irse á Neocesarea. Pero sorprendido por la noche de un grande aguacero, entró con los de su comitiva en un templo de ídolos, que era el mas famoso de aquel país. Invocó luego el nombre de Jesucristo: hizo muchas veces la señal de la cruz para purificar el ayre infecto con el humo de los sacrificios; y pasó la noche cantando las alabanzas de Dios. Por la mañana despues que partieron llegó el sacrificador de los ídolos; y los demonios se le aparecieron, diciéndole que ya no podian habitar en aquel templo, por causa de aquel que habia pasado allí la noche. Irritado el sacrificador contra Gregorio le busca, y le amenaza de hacerle castigar por el magistrado, por haberse atrevido á entrar en el templo de los dioses siendo cristiano. Gregorio le dice: "Yo con la ayuda de Dios puedo arrojar á los demonios de donde quiera, y hacerlos entrar donde quiera" Pues hazlos volver al templo, le responde el sacrificador. Y San Gregorio rompiendo un pedazo de un libro, escribió estas palabras: *Gregorio á Satanás: Entra.*

El sacrificador se fué con este billete, le puso sobre el altar, ofreció sus sacrificios ordinarios, y vió en el templo lo mismo que antes. Entonces vuelto sobre sí fué á encontrar á Gregorio, deseoso de conocer al Dios á quien los otros obedecian. Gregorio le explicó la doctrina cristiana; y él no se podía persuadir la encarnacion del Verbo, juzgando indigno de Dios tener cuerpo como los hombres. Gregorio le dixo: No son los discursos de los hombres los que prueban esta verdad, sino las maravillas del poder de Dios. Bien pues, dixo el sacrificador, señalando una piedra muy grande, á ver cómo mandais á aquella piedra que vaya á tal lugar. Gregorio se lo mandó, la piedra al instante obedeció, y el pagano sin mas dudas dexó su familia, sus bienes y su sacerdocio, para seguir á Gregorio, y ser su discípulo.

La fama de estos portentos llegó á Neocesarea antes que el Santo: así todo el pueblo salió á recibirle. Pero se pasmaron al ver que pasaba por en medio de ellos sin mirar á nadie. Como al retirarse habia abandonado todos sus bienes, no tenia casa, y los fieles que le acompañaban temian quedar sin alojamiento. "Pues qué, les dixo el Santo, ¿no estamos á cubierto baxo la proteccion de Dios? ¿Qué es poco el estar baxo del cielo? ¿Qué los cristianos necesitan otra habitacion que la que Dios ha dado á los hombres? En lo que habeis de pensar es en perficionar vuestro edificio espiritual: las casas de piedra casi no sirven sino para cubrir los delitos de los malos". Entre tanto acudieron muchos que les ofrecieron sus casas; mas el Santo admitió la de un tal Musonio, porque era cristiano. Aquella misma tarde se convirtieron algunos: la mañana siguiente estaba la puerta de la casa llena de mugeres, niños, viejos y enfermos: Gregorio los curó á todos, y de esta manera apoyando sus sermones con tantos milagros, en poco tiempo convirtió á una grande multitud. Entonces hizo edificar una Iglesia, contribuyendo todos con dinero ó trabajo: estaba en lo más alto de la ciudad, y se tuvo por milagro el haber resisti-

do á varios terremotos que arruinaron casi todas las casas, y el haber despues escapado de la persecucion de Diocleciano.

Era San Gregorio el director de su pueblo en todos los asuntos, y el arbitro en todos los pleytos. Para componer á dos hermanos, que en el repartimiento de los bienes de su padre se disputaban un estanque, de noche pasó á la orilla, mandó al agua que se retirase, y el estanque quedó seco. Como el rio Lyco solia en sus avenidas causar grandes estragos, infinitas gentes del pueblo fueron á rogar al Santo que lo remediase. Fué con ellos al rio, exhortándolos por el camino á poner sus esperanzas en la otra vida. É invocando en alta voz á Jesucristo clavó el baston ó palo que llevaba en el lugar en que el rio solia romper, y rogó á Dios que en adelante contuviera allí las aguas. El palo se arraygó y creció en grande árbol: desde entonces no dañó mas el rio; y cien años despues aun se observaba que en las avenidas al llegar el agua al árbol se detenia, como si estuviese cerrada en su cauce¹. Á estos portentos siguieron otros sin número, que hicieron dar á San Gregorio el nombre de Taumaturgo, esto es, hacedor de milagros, y con ellos logró plantar la fe no solo en Neocesarea, sino tambien en las ciudades inmediatas poniendo obispos en muchas.

La de Comana le envió diputados para que fuese á ponerles obispo. El Santo fué allá: pasó algunos dias trabajando con sus exhortaciones y exemplos en avivar el zelo de la religion. Llegó el tiempo de elegir el pastor: los magistrados y principales de la ciudad buscaban un sujeto que fuese muy noble, grande orador, y adornado de las brillantes calidades que admiraban en San Gregorio. Mas este, que solo hacia caso de la virtud, les dixo que no se desdexasen de buscar á su obispo entre gentes de porte humilde. Uno de los que allí estaban, por chanza le dixo: Si lo quereis del pueblo baxo, no hay mas que elegir á Alexandro el carbonero. El Santo dixo: ¿Quién es ese Alexandro? No faltó quien por seguir la chanza le presentó; y en efecto se rieron todos al ver en medio de

1 S. Gregor.
Nissen. *Vita*
Thaumat.

DXXIX
QUE HIZO
OBISPO Á ALE-
XANDRO EL
CARBONERO:

Año 248.

una junta tan respetable á un carbonero, medio desnudo, y con su poca ropa, cara, manos y todo el cuerpo tan negro como es regular en aquel oficio. La serenidad y modestia con que se presentó Alexandro, hizo sospechar á San Gregorio que era mas de lo que parecia. Y en efecto llamándole á parte, descubrió que no hacia tan pobre oficio por necesidad, sino para exercitar la virtud. *Este polvo de carbon, decia, me desfigura, y me sirve de mascarilla para vivir oculto. Yo soy jóven como veis, y en otro porte pareceria de buen talle: lo que es tentacion para quien ama la continencia.* El Santo despues de haberle examinado con gran atencion, le entregó á sus compañeros, previniéndoles lo que habian de hacer, y volvió á la junta. Allí explicaba las obligaciones de un obispo, hasta que en fin los familiares del Santo introduxeron á Alexandro. Le habian hecho lavar en un baño, y le habian puesto los vestidos de San Gregorio: de modo que pareció otro hombre, y se atraxo la atencion de todas las gentes. *No os admireis, les dixo el Santo, si os habiais engañado juzgando de este hombre por el exterior: el demonio tiraba á hacer inútil este vaso de eleccion, teniéndole escondido.* Despues consagró solemnemente á Alexandro con las ceremonias acostumbradas, y le encargó que hablase delante de la junta, y lo hizo perfectamente con mucha solidez y abundancia de doctrina, aunque con pocos adornos. De esto quiso criticarle un jóven ateniense; pero en una vision se le reprehendió. San Alexandro gobernó santamente la iglesia de Comana hasta la persecucion de Decio, en que sufrió el martirio del fuego¹.

¹ S Greg. Niss.
Vit. Thaum.

DXXX
Y QUE ENTRE
LOS HORRORES
DE LA PESTE
ACABÓ DE CON-
VERTIR LOS IN-
FIELES DE SU
DIÓCESI:

² Núm. 168.

Ya vimos el portento que libró á San Gregorio de esta persecucion, y el cuidado con que procuró despues que se celebrasen fiestas en honor de los que entonces padecieron martirio². Veamos ahora cómo Dios se valió de una calamidad horrenda para facilitarle la conversion de todo su pueblo, y de innumerables idólatras de todo el Ponto. El contagio, que en el imperio de Galo despoblaba la África, comenzó en Neocesarea, al tiempo que cele-

braban unas fiestas muy solemnes á los dioses. Habia acudido tanta gente de todo el país, que no cabiendo en el teatro, exclamaron muchos: *Júpiter, haznos lugar*. San Gregorio que lo supo, envió uno de los fieles á decirles que luego tendrían mas lugar del que pedían. En efecto comenzó luego la peste durante las fiestas, y las músicas y bayles se trocaron en fúnebres lamentos. Como un voraz incendio prendió luego en todas las casas: los templos y fuentes estaban llenos de muertos y moribundos, que buscando alivio y remedio quedaban desfallecidos. No bastaban los vivos á enterrar á los muertos: espectros espantosos entraban por las casas, y la muerte los seguía por todas partes. Acudióse á Gregorio: al punto que en una casa habia aparecido la vision, llamaban al Santo: iba á hacer oracion, y los enfermos curaban: ya no se buscó otro remedio: no se consultaron mas oráculos: no se ofrecieron mas sacrificios: quedaron solos los templos. Todos iban á San Gregorio: todos le querian en su casa; y el Santo en paga conseguia la salud de sus almas. Todos se convirtieron, unos por haberlos curado de la peste, otros por haberlos preservado.

Así, cercano á la muerte, habiendo hecho mirar con gran exáctitud si quedaban algunos infieles en la ciudad y territorio, no se encontraron mas que diez y siete: lo que dió ocasion á que el Santo exclamase: "Sensible es que falte algo al complemento de la salud de este pueblo: pero debo á Dios muchas acciones de gracias, pues no dexó á mi sucesor sino tantos infieles, como yo encontré cristianos." Dió orden de que no se comprase lugar para su sepulcro, para que supiese la posteridad que no habia conservado ningunos bienes, y que habia parado en sepulcro prestado. Con tanta pobreza se terminó una vida tan prodigiosa.

Sin embargo á mas del Símbolo de la fe recibido de San Juan, que dexó vinculado á su iglesia como su único patrimonio y herencia¹; y á mas de la brillante joya del elogio de Orígenes, dexó otros varios preciosos monumen-

Año 270.

DXXXI
 ESCRIBIÓ MUCHAS OBRAS,
 DE QUE Á LO MENOS QUEDA
 EL ELOGIO DE
 ORÍGENES,
¹S. Greg. Niss.
Vit. Thaum.

tos de su zelo, ciencia y virtud. Habia escrito una exposicion de la fe en consecuencia de algunas disputas que sobre religion tuvo con Eliano gentil¹; pero no parece esta la que Vosio publicó en su nombre. Tampoco me parece del Santo el tratado del alma. Muchos no creen suyos los tres sermones de la Anunciacion de la Virgen, y el quarto de la Teofanía ó manifestacion de Dios y Bautismo de Cristo. Á la verdad el silencio de los antiguos los hace sospechosos; pero en lo demas no hay argumento que pruebe que no sean del Santo²: ni debe admirarse que use varias expresiones autorizadas por los concilios Niceno y Efesino, aunque antes de estos concilios no fuesen tan frecuentes como despues. Lo que ya nadie duda que es del Santo, es la *Paráfrasis* sobre el Eclesiastés, que leemos entre sus obras, y la Carta Canónica, que contiene varios cánones sobre la penitencia.

En el imperio de Galieno, los godos y borados corrida la Tracia y Macedonia pasaron al Asia y Ponto, causando muchos estragos, que dieron ocasion á varios cristianos de caer en grandes crímenes. Un obispo pidió á San Gregorio cómo habia de arreglar la penitencia de estos pecadores, y la respuesta del Santo es su célebre Carta Canónica. En ella declara que lo que le da pena no son las carnes que han comido los cautivos por dárselas sus amos, mayormente porque los bárbaros que los cautivaron, según se creía, no sacrificaban á los ídolos. Tampoco era lo que mas sentia, el que las mugeres cautivas hubiesen sido violentadas. Con todo advierte que si algunas antes tenian mala fama, no se las admira ahora fácilmente á la comunión³. Pero á las que siendo libres vivian con perfecta continencia, no se les haga cargo de lo que hayan padecido en la esclavitud⁴. Los usurpadores de los bienes ajenos deben ser desterrados de la Iglesia; porque solo algunos impios y enemigos de Dios pueden pensar en sacar provecho de la ruina comun en una irrupcion de enemigos. Así sean todós descomulgados⁵. Nadie se alucine con el pretexto de que ha hallado lo que retie-

¹ S. Basil. *Ep.*
125.

² *Vid.* Nat.
Alex. *Sac.* III.
c. IV. art. 5.

DXXXII
Y SU CARTA
CANÓNICA.

³ *Can.* 1.

⁴ *Can.* 2.

⁵ *Can.* 3.

ne; pues debe buscar á su dueño y entregárselo. Porque si en tiempo de paz no es lícito aprovecharse de lo que un hermano ó un enemigo pierden por pereza ó descuido, cuánto ménos en perjuicio de un infeliz, que lo abandona todo por la necesidad de huir de los enemigos ¹. Otros se imaginan que pueden retener los bienes ajenos que encuentran, para compensarse de los propios que han perdido. Así porque los borados y godos han sido bárbaros con ellos, ellos se hacen godos y borados con los demas ². Algunos del lugar del obispo habian llegado á la inhumanidad de retener cautivos á los que huían de los godos. Al Santo le parece cosa increíble entre cristianos, y dispone que tales cautivos sean enviados á su casa ³. Otros habian tomado partido con los bárbaros, y los seguian en sus excursiones: olvidados de ser pόνticos y cristianos, y trocados en bárbaros, asesinaban á sus payсанos, y servian de guías á los mismos bárbaros: tales cristianos no deben ser admitidos ni aun en el tiempo de oír, hasta que se resuelva lo que se deba hacer, en una junta de santos en que presidirá el Espíritu Santo ⁴. Los que tuvieron la audacia de insultar las casas de otros son indignos aun de oír: con todo si ellos mismos se denunciaron, y han restituido, podrán postrarse en la clase de los que se convierten ⁵. Los que en el campo, ó en su casa hallaron algo de lo que habian robado los bárbaros, queden tambien entre los postrados; pero si ellos mismos lo denuncian y restituyen, sean admitidos á la oracion ⁶. Los que cumplen con lo que Dios manda deben hacerlo sin ningun interes, ni han de exigir nada por lo que han descubierto, guardado ó encontrado, ni por qualquier otro pretextó ⁷. Previene tambien el Santo que envia al presbítero Eufrosino, para que conforme á lo que le ha visto practicar á él, diga á qué acusaciones se ha de dar lugar, y á quiénes se ha de privar de las oraciones. Y á esto se reduce la Carta Canónica de San Gregorio, en la que se funda comunmente en exemplos ó testimonios de la Escritura.

¹ Can. 4.² Can. 5.³ Can. 6.⁴ Can. 7.⁵ Can. 8.⁶ Can. 9.⁷ Can. 10.

DXXXIII
 EN FIN ANTES
 DE LA PAZ DE
 CONSTANTINO
 FLORECIERON
 SAN METO-
 DIO,

¹ Eus. *Hist.*
 E. VIII. C. 13.

² *Núm.* 362.

Digamos ahora algo de los demas escritores eclesiásticos anteriores á la paz de Constantino; y sea el primero el ilustre mártir San Metodio. Habia sido obispo de Olimpo, ciudad marítima de la Licia, y despues lo fué de Tiro en la Fenicia. En esta iglesia se cree que sucedió á San Tiranion, que fué uno de los mas ilustres mártires de la persecucion de Diocleciano ¹, al fin de la qual logró tambien San Metodio la corona del martirio en Cálcida, ciudad de la Grecia. Este Santo fué especialmente conocido por su impugnacion de Porfirio, de la que antes hablamos ², y por algunas obras que escribió contra Orígenes, especialmente un tratado *de la Resurrecion* y otro *sobre la Pitomisa*. Nos queda memoria de algunos otros tratados suyos: *Del libre albedrío*, en que demostraba que el mal no proviene de una substancia coeterna á Dios, y que no es otra cosa que la inobediencia del hombre criado por Dios, con una voluntad libre é indiferente: *De las cosas criadas*, ó que el universo no es coeterno á Dios: *De los mártires*, en que inspiraba el mas alto concepto del martirio: de algunos comentarios sobre la Escritura, y de un diálogo.

Todas estas obras han desaparecido, y solo se nos conserva del Santo un tratado de la castidad, que intituló: *Convite de las Virgenes*. En él introduce diez virgenes, cada una de las quales forma su discurso alabando la castidad, ó exponiendo sus obligaciones. Marcela hace ver que si es grande la excelencia de la virginidad, lo son tambien los trabajos en conservarla: que fué desconocida de los patriarcas y profetas: que Jesucristo es el príncipe de los virgenes: que la meditacion continua de las sagradas escrituras es un gran medio para conservar la pureza, y que la gloria de los virgenes será grande en el cielo. Teófila prueba con la Escritura que Jesucristo animando á los hombres á guardar castidad, no abolió el matrimonio: que Dios le instituyó formando á Eva de una de las costillas de Adan: que Dios es el autor de la generacion de todos los niños: que condena el adulterio,

pero que con todo da ángeles tutelares á los niños ilegítimos, como á los legítimos: que el alma no es engendrada como el cuerpo: que es inmortal, y que tiene su ser solo de Dios. Talia aplica á Jesucristo y á la Iglesia la expresion de Adán: *Este es el hueso de mis huesos, y la carne de mi carne*; y explicando lo que dice San Pablo en el capítulo siete de la primera carta á los Corintios, pondera las ventajas de la virginidad, y da varios consejos á los casados y viudos.

Teopatra intenta manifestar que la virginidad es el mejor medió para reconciliar al hombre con Dios, y conducirle por el camino de la virtud y de la inmortalidad. Talusa en su discurso, que es el quinto, enumera las cosas que se podian ofrecer á Dios, segun la ley de Moyses, y dice que el mayor de todos los votos es el de la castidad, el qual consagra á Dios al hombre entero, y santifica cuerpo y alma. Previene que es menester ofrecerse á Dios desde luego, y prescribe á las vírgenes lo que deben hacer y evitar. Agata se vale de la parábola de las diez vírgenes, para hacer ver que la virginidad debe ir acompañada de la prudencia, de la justicia y de obras buenas. Procila ensalza la virginidad con varias expresiones, tomadas de los Cánticos. La compara á la azucena entre las espinas, y dice que solas las vírgenes son esposas de Jesucristo. Tecla observa que la palabra griega que significa virginidad, con solo una letra que se suprime, significa la union con Dios y la participacion de las cosas celestiales. Añade que la virginidad nos eleva al cielo, nos desprende de las cosas terrenas, y nos hace superiores á qualesquiera tormentos. Demuestra que los hombres son libres, y que la concupiscencia de la carne es el origen del mal.

Tisiana despues de una explicacion alegórica de lo que dice el Levítico de la fiesta de los tabernáculos, concluye que nuestro cuerpo puede llamarse tabernáculo de la fe, de la caridad, de las demas virtudes, y especialmente de la castidad: que es menester adornarle, y

que su mas bello adorno es la virginidad. Por último Dominina se vale de una comparacion tomada del libro de los Jueces, para representar á la virginidad como la mas excelente, ó la reyna de las virtudes. Las diez vírgenes hablaron de la castidad por instancia de Aneteo, quien observa que hay pocos que sean verdaderamente vírgenes, pues para esto no basta la continencia del cuerpo, sino que es menester purificarse tambien de toda suerte de concupiscencias y desarreglos del espíritu, como de la vanagloria y ambicion. Suscitóse la disputa de si la condicion de las vírgenes que no sienten los movimientos de la concupiscencia debe preferirse á la de las que sienten sus tentaciones, y las resisten; y se demuestra con varios exemplos, que hay mas mérito en resistir á los movimientos de la carne, que en no experimentarlos.

DXXXIV

TEOGNOSTO,
ARQUELAO,

¹ S. Athanas.
de Decr. Nic.
Syn. n. 25.
Epist. 4. ad
Serap. n. 9.

Antes de la paz de Constantino vivia tambien Teognosto, varon erudito, admirable y digno de aprecio. Focio habla de siete oraciones ó libros suyos, que iban con el título de *Hypótiposes del bienaventurado Teognosto de Alexandria, intérprete de los libros sagrados*. En el primero probaba que Dios es el Criador de todo, y que la materia no es eterna: en los demas hablaba de las Personas de la Trinidad, de los ángeles y del misterio de la encarnacion. Y aunque al principio, á modo de argumentos, echaba proposiciones mal sonantes acerca de la Trinidad: con todo se explicaba despues con tanta exactitud, que San Atanasio conserva algunos fragmentos para impugnar á los arrianos. ² Arquelao, obispo de Casarea en la Mesopotamia, solo nos es conocido por las disputas con Manes, de que antes hice mencion ³. Las escribió en siriano; pero luego fueron traducidas en griego ⁴, y segun parece el traductor añadió algunas circunstancias omitidas por Arquelao. Tenemos ahora una antigua traduccion latina que parece trunca; pero con todo por ella sabemos la historia de Manes y sus ridiculos errores, y tenemos preciosos testimonios de varias verdades importantes.

² S. Athanas.
de Decr. Nic.
Syn. n. 25.
Vid. Phot. Cod.
106.

³ *Nin.* 456.
⁴ S. Hier. *Cat.*
c. 72.

⁵ *Vid. Ceill.*
Tom. III. c. XX.

San Victorino, obispo de Petavio en Austria, á quien San Gerónimo cuenta entre las columnas de la Iglesia ¹, habia escrito varios comentarios sobre la Escritura, un tratado contra todas las heregias, y varias traducciones y extractos de obras de Orígenes. Todos han perecido. Solo nos queda en su nombre un comentario del Apocalipsis, del qual no puede dudarse que es del tiempo de las persecuciones, y tiene todas las señas de ser obra genuina del Santo. Pues los conceptos de este comentario son sublimes y justos, y las palabras ó estilo muy humilde; y este es el juicio que de sus obras hace San Gerónimo en el catálogo ². San Victorino coronó su carrera con un ilustre martirio; pero no sabemos donde, como, ni quando.

Perio, presbítero de Alexandria, siendo obispo Teonas, gobernaba la escuela de aquella iglesia: sus instrucciones al pueblo le hicieron mirar como un segundo Orígenes: el amor de la pobreza, la vida austera y el vasto conocimiento de las ciencias divinas y humanas, le hacian tambien recomendable. Una vigilia de pascua en un largo sermón explicó la profecía de Oseas: Focio le habia leído, y tambien otro volumen de obras de Perio, que contenia doce libros, uno de ellos sobre San Lucas. Pero nada nos queda de Perio, sino lo que de algunas opiniones suyas y de su estilo nos dice el mismo Focio ³. Tambien pueden contarse entre los autores eclesiásticos San Atenogenes, que como vemos en San Basilio ⁴, quando iba á consumir el martirio entre las llamas, dexó á dos discípulos un himno, en el qual se explicaba como los católicos sobre la Divinidad del Espíritu Santo: Asclepiades, de quien nos dice Lactancio que escribió un tratado de la providencia de Dios ⁵: el mismo Lactancio y su maestro Arnobio de quienes antes hablamos ⁶, y por último San Panfilo.

Este esclarecido mártir, cuyas singulares virtudes hemos insinuado hablando de su martirio ⁷, merecia un distinguido lugar entre los autores eclesiásticos, solo por su gran cuidado de conservar las obras de los que le prece-

DXXXV
SAN VICTORINO, PIERIO,
Y Á MAS DE
OTROS ESCRITORES,

¹ S. Hier. in Ruff. l. 1.

² S. Hier. Cat. c. 74. & al.

³ Phot. Cod. 119.

⁴ S. Basil. de Sp. S. c. 29.

⁵ Lact. Inst. l. VII. c. 4.
⁶ Núm. 3^a 3^a 5.

DXXXVI
EL GRANDE
SAN PANFILO.

⁷ Núm. 312.
3. 8.

¹ S. Hier. *Cat.*
75.

² Isidor *Hisp.*
Orig. vi. c. 6.
³ S. Hier. *Ep.*
ad Marcell.

⁴ S. Hier. *in*
Ruff. *Lib.* i.

⁵ Euseb. vii.
c. 32.

⁶ *Vid.* Ceill.
S. Pamphile.
T. 111. c. 29.
art. 2. n. 2.

DXXVII
DE ESTA PRIMA
ÉPOCA DE LA IGLESIA
DIOS HA QUE-
RIDO CONSER-
VAR NOS POCOS
ESCRITOS, Y
DE POCOS AU-
TORES:

dieron. Copió de su mano muchísimos volúmenes ¹; y los recogió de todo el orbe en tanto número, que la biblioteca que formó en Cesarea contenía cerca de treinta mil, según San Isidoro de Sevilla ², y San Gerónimo la com- para con las de Demetrio Falereo y de Pisistrato ³. Su natural beneficencia y el amor á las letras le hacian casi pródigo con los literatos, á quienes suministraba con abundancia lo necesario para el sustento. Tenia siempre una gran provision de códices de la sagrada escritura, y los distribuía con liberalidad á los que no tenían: no solo á los hombres, sino tambien á las mugeres que eran aficionadas á leer ⁴. Sus mayores delicias eran el estudio de la escritura sagrada: trabajó infinito en corregir la version de los Setenta, que por descuido de los copiantes, se habia confundido mucho despues de Orígenes, y explicó tambien los santos libros en una academia ó escuela cristiana que estableció en Cesarea ⁵.

La principal de sus obras fué la apología de Orígenes. En los dos años que estuyó preso por la fe, compuso los cinco primeros libros junto con Eusebio; quien despues de la muerte del santo mártir añadió el sexto y último ⁶. De esta apología solo nos queda el primer libro traducido por Rufino. Pero este basta para conocer el sólido juicio del santo mártir: las reflexiones son justas: los discursos sólidos: las pruebas bien escogidas; y se puede decir que no podia Orígenes hallar un defensor mas ilustre ni mas hábil que San Panfilo. Á mas de esta parte de la apología, solo se nos conserva un breve escrito sobre los Hechos de los apóstoles, que viene á ser un resumen de lo que contienen. Pero sabemos que escribió muchas cartas en respuesta á los que le consultaban.

Con este mártir santísimo, escritor sabio y juicioso, copiante correcto é infatigable, fundador de una academia y de una copiosa biblioteca, liberal protector de los literatos de su tiempo y zeloso defensor de los que le precedieron, queda concluida la serie de aquellos autores eclesiásticos de la época de las persecuciones, de quie-

nes tenemos mas seguras noticias. Al modo que casi de todos nos faltan algunas ó muchas obras, y de los mas nos quedan pocas ó ningunas: así es evidente que fueron varios los escritores eclesiásticos de aquellos siglos, de que no se nos conservan ni obras, ni los nombres, ni noticia alguna. Y sobre este tan general extravío de monumentos, que servirian á ilustrar nuestra fe y fomentar nuestra piedad, debemos hacer una reflexion semejante á la que hicimos hablando de las escasas memorias que nos quedan de muchos apóstoles, y aun de la Virgen Santísima en los mas de los años de su vida. Dios nos quiere siempre en ejercicio de mortificar nuestra curiosidad. Pero al mismo tiempo, pródigo protector de la Iglesia, ha dispuesto que en los escritos indubitables, que nos ha conservado de la primera época, tengamos el entero depósito de la fe, transmitido por el canal de la tradicion á las edades venideras. Así lo veremos en el capítulo sexto.

Mas ahora es menester observar que algunos críticos, como del erudito Focio lo advierte Dupin ¹, son demasiado fáciles en atribuir errores á los que escribieron en los primeros siglos. Creen portarse con ellos con bastante benignidad, excusando sus errores por no ser entonces claramente declarados tales por la Iglesia. Pero la crítica mas cristiana y racional exige que por lo comun no creamos que estuviesen en el error, aunque leamos en sus escritos algunas expresiones, que como nosotros las entendemos son erróneas é intolerables. Primeramente quando los Padres defendian la fe contra los idólatras, como deseaban ocultarles quanto podian nuestros mas elevados misterios, para preservarlos de sus irrisiones: así al verse precisados á hablar de la Encarnacion, ó de la Trinidad, ó de algun otro misterio incomprendible, tal vez callaban de propósito lo mas sublime del misterio, y buscaban las expresiones que pareciesen menos repugnantes á los gentiles, ni se detenian en que fuesen menos exáctas, por no ser su designio instruir en la fe á gentes dóciles, sino defenderla de sus enemigos. Asimismo quando disputaban

DXXXVIII
LOS QALES
UNA JUICIOSA
CRÍTICA POR
MUCHAS RA-
ZONES CREE
LIBRES

¹ *Bibliot. des
Aut. Eccles.
Tom. 1. Art.
Theognoste.*

con los primeros hereges era muy fácil que el calor de la disputa y el zelo de impugnar un error defendido, les arrancase expresiones favorables á algun error opuesto, por mas que conociesen y amasen la verdad media : al modo que quien pretende enderezar un ramo torcido, regularmente le inclina al lado contrario, no para que quede así, sino para asegurar que quede recto despues. Aun en los siglos posteriores, en que la mayor multitud de heregías, y el haber muchas palabras y expresiones autorizadas por la Iglesia, facilita mayor exáctitud en el modo de explicarse, se interpretan benignamente en los impugnadores de alguna heregía, los modos de hablar que mirados por sí solos parecerian rozarse con otra heregía opuesta.

En un mismo tiempo y país con frecuencia corresponden diferentes ideas á unas mismas palabras proferidas por dos sabios, solo porque están adictos ó fueron educados en diferentes sectas filosóficas. La variedad de sistema, ó de modo de pensar dominante en puntos de filosofía, influye tambien variedad en el sentido de las palabras y expresiones de los sabios de un siglo en general, respecto de los de otro. Y aun solo la distancia de tiempos, al modo que varía el uso de las palabras, tambien á veces varía el sentido de unas palabras mismas. Quien con estas consideraciones coteje los tres primeros siglos de la Iglesia con los posteriores, no admirará que en los sabios de aquellos se encuentren muchas expresiones dichas en un sentido muy católico y conforme á lo que siente la Iglesia; y que con todo despues hayan aparecido erróneas: especialmente las expresiones que contienen las palabras *alma*, *cuerpo*, *substancia*, *verbo*, y otras usadas por los filósofos, y en los siglos en que dominante la filosofía Aristotélica hizo olvidar el sentido verdadero de los modos de hablar nacidos de otras sectas.

Aun ahora se han visto por yerro de imprenta proposiciones erróneas en autores á quienes nadie las ha atribuido, ó por quedar justificadas con otras ediciones, ó

con otros lugares de sus obras, ó porque la sola fama del autor hizo creer que el yerro no era suyo sino de la edicion. Estos eran sin comparacion mas freqüentes y considerables antes de haber imprenta: muchísimo mas fáciles en tan larga carrera de siglos como han pasado desde los tres primeros: de los autores de entonces nos faltan la mayor parte de las obras, que pudieran aclararnos el sentido de las pocas que nos quedan: muchas de estas las tenemos de poquísimos códices, para corregirlas con su cotejo. Por otra parte ya muchísimas veces el hallazgo de un nuevo códice ha justificado á algun autor de aquellos siglos del error que se le atribuía en fuerza de los códices primeros. Y todo esto demuestra que es prudentísima la benigna interpretacion de las proposiciones mal sonantes de los Padres mas antiguos, aun quando por otra parte parezca violenta.

Á mas de las reflexiones precedentes da mucha verisimilitud á la interpretacion mas benigna, el solo respeto debido á aquellos Padres. Porque si consideramos su dócil rendimiento á la fe, por la qual los mas derramaron la sangre, y quán libres estaban de vanidad, ambicion y demas viles afectos que suelen ser el origen de los errores, quando leamos en sus obras algunas proposiciones que nos parezcan contrarias á la doctrina cierta de la Iglesia, fácilmente nos persuadiremos que no las entendian como nosotros, sino en otro sentido católico que nosotros no alcanzamos. Y quando algun error se halla enunciado con tal evidencia, que no dexé lugar á duda, ni á interpretacion benigna, entonces el respeto á aquellos santos autores nos hará acordar de que ya desde entonces se lamentaban de que los hereges corrompian sus escritos con freqüencia.

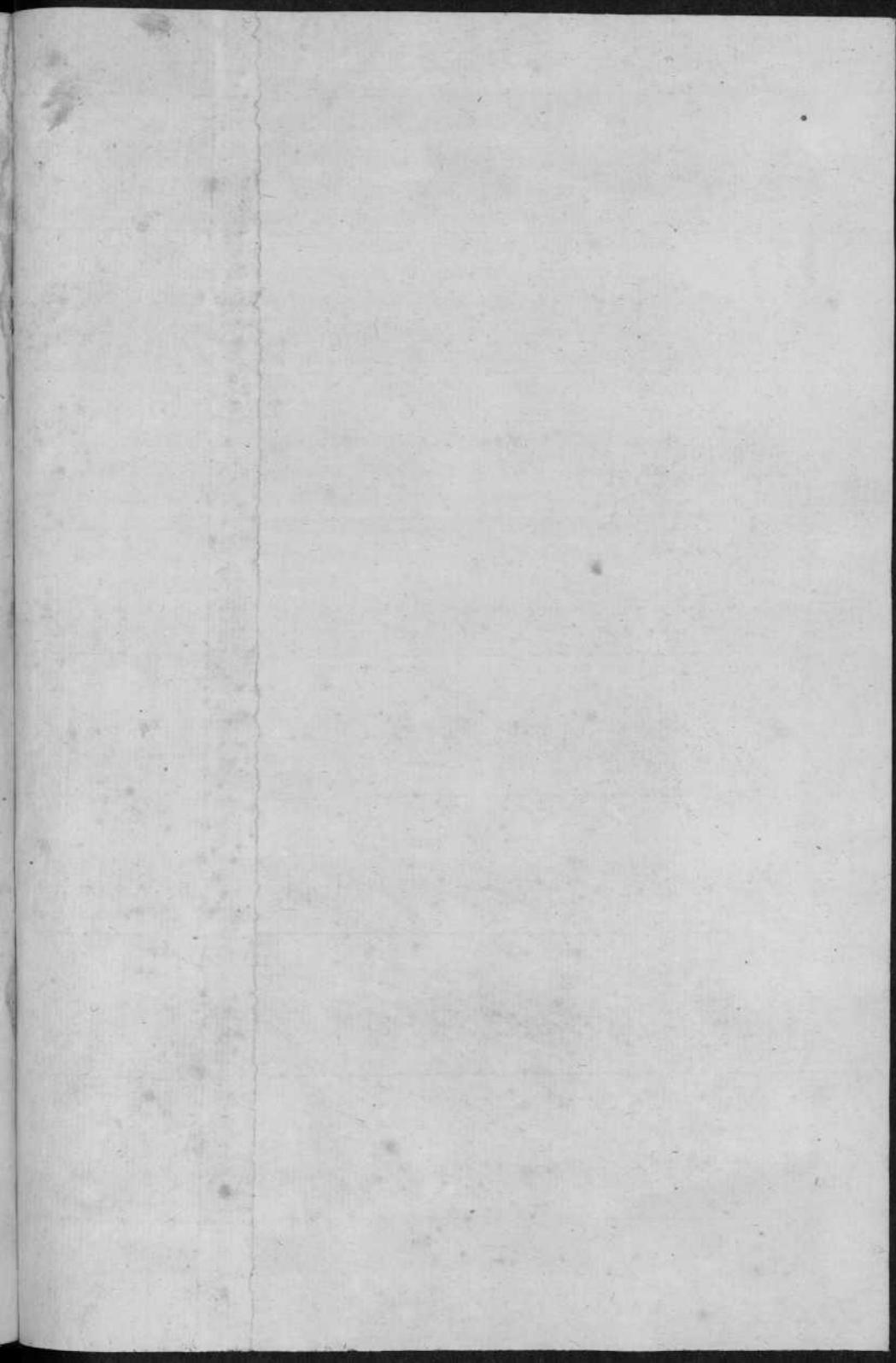
En los prefacios y notas de las mejores ediciones de los Padres antiguos, se hallan innumerables exemplos de lo que acabo de decir. En lo que no pretendo excusar de error, así á las personas como á los escritos de todos los autores eclesiásticos que dexo mencionados. Antes juzgo que

DXXXIX
DE LOS ERRO-
RES QUE LAS
PALABRAS TAL
VEZ SUENAN.

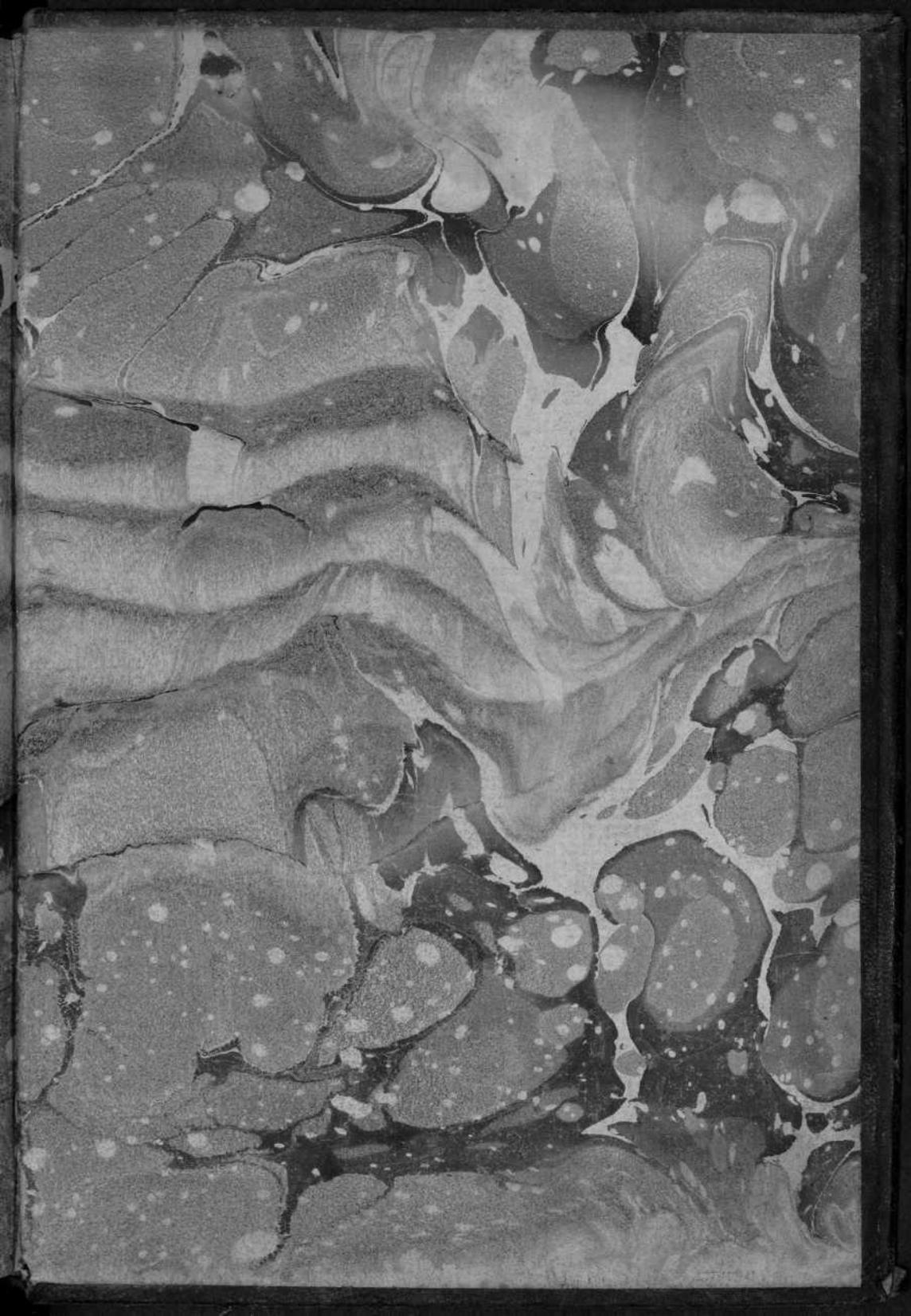
es gran temeridad excusar por exemplo de heregía á Tertuliano, y de error á los escritos de Arnobio: á pesar de lo que juzgaron los Padres del siglo quarto ó quinto. Lo que pretendo es, que debemos mirar con mucha desconfianza las acusaciones de arrianismo ó de otros errores, que Focio y algunos críticos mas recientes de nuevo intentan contra los cristianos, que escribieron en los tres primeros siglos; y tengamos presente que la presuncion está por muchos títulos á su favor, no solo para que el error les fuese inculpable, si tal vez hubiesen caído en él antes de las claras decisiones de la Iglesia á que han dado motivo las heregías: sino principalmente para que creamos que pensaron y creyeron como piensa y cree la Iglesia, aunque usasen de expresiones que ahora no pueden usarse.

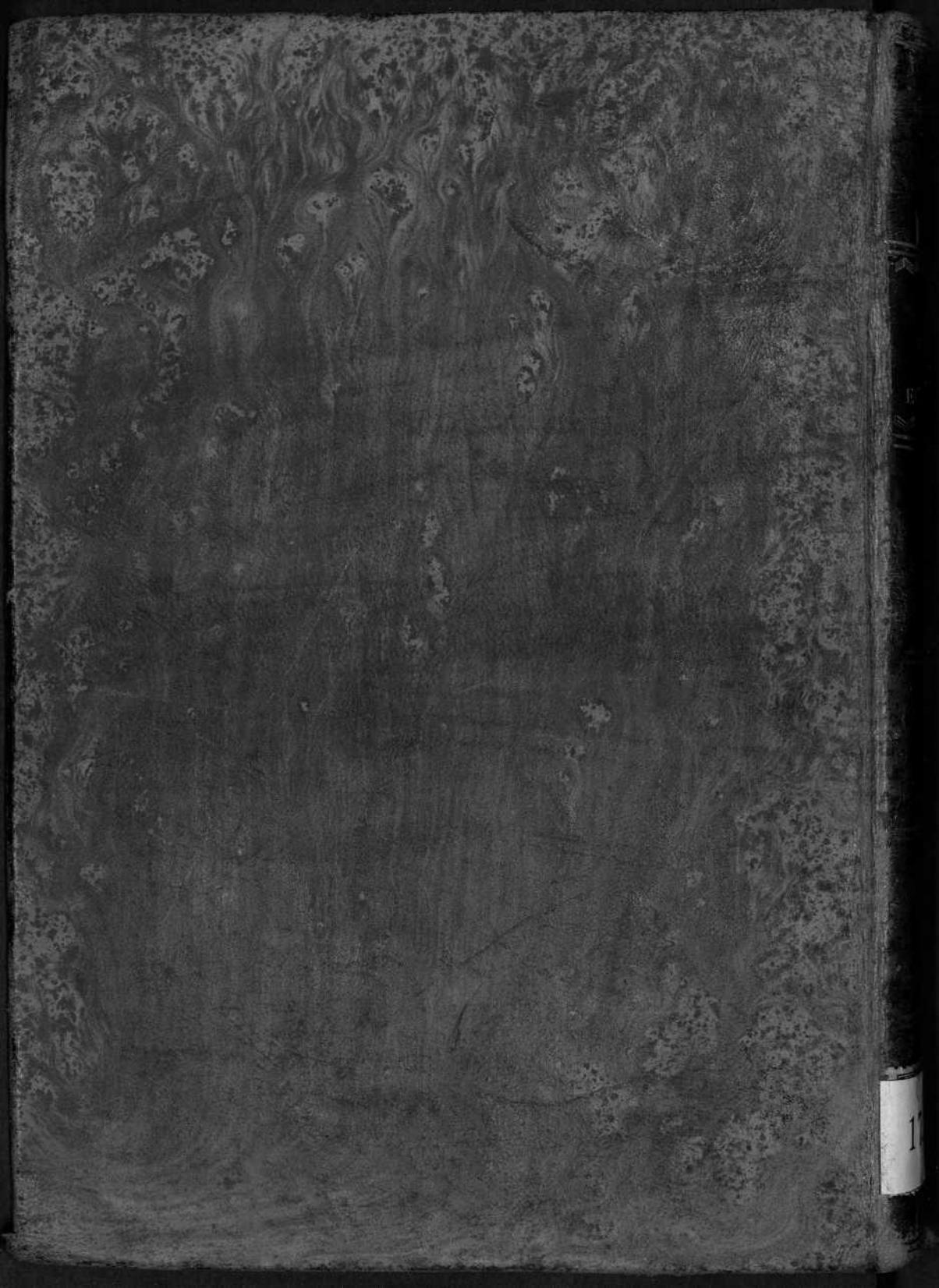


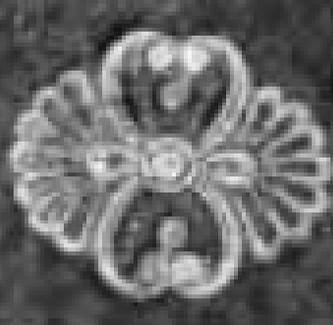
XXIX
DE LOS REYES
RE DE LOS
REYES DE
REYES DE



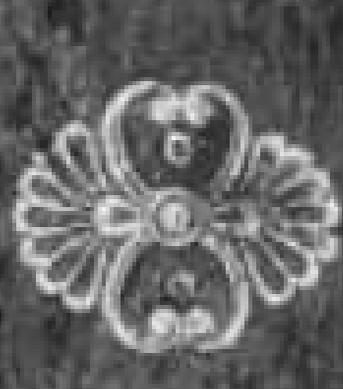








AMAT
HISTORIA
ECCLSIASTII



17.592